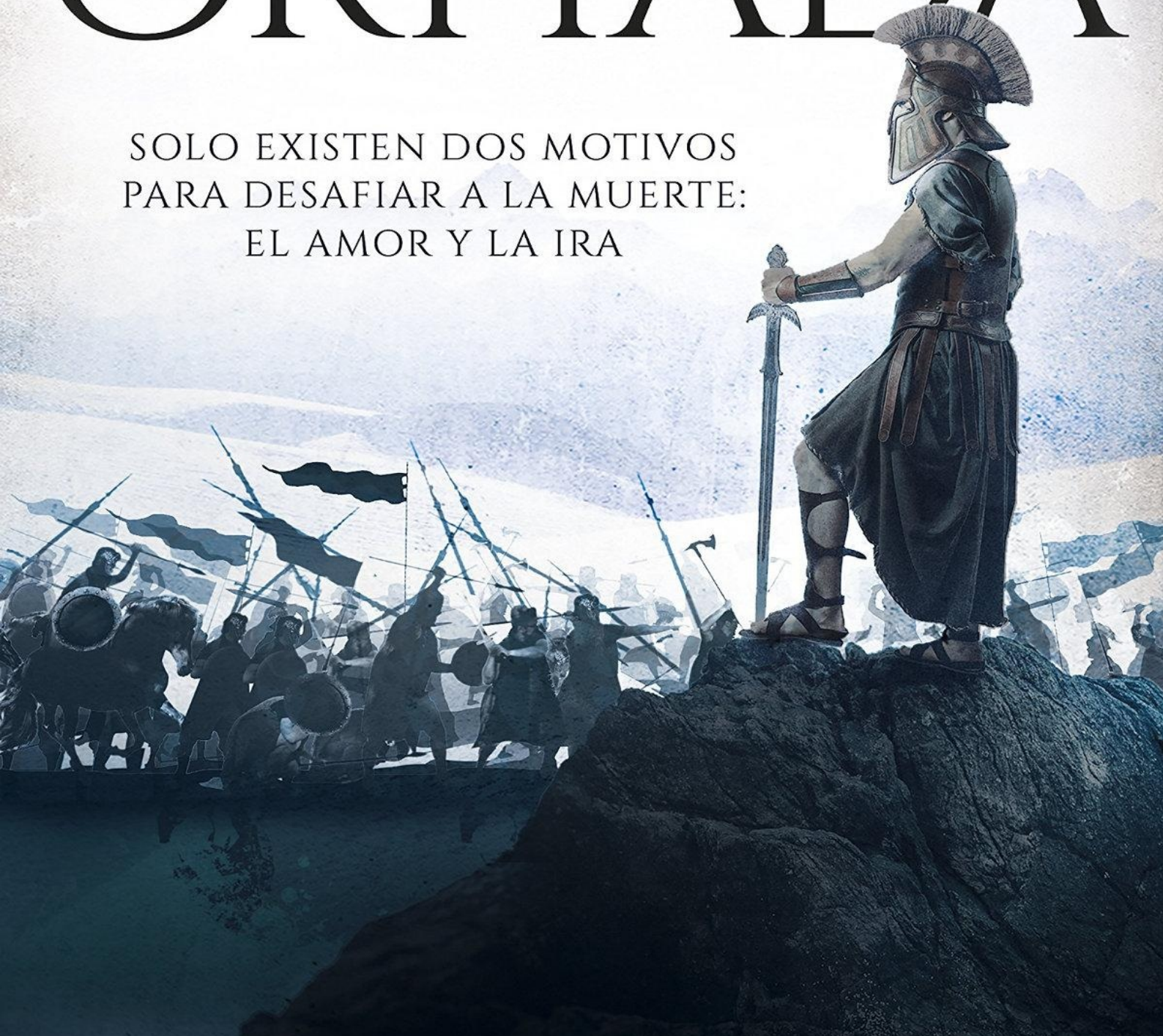


LA ORFÍADA

SOLO EXISTEN DOS MOTIVOS
PARA DESAFIAR A LA MUERTE:
EL AMOR Y LA IRA



VÍCTOR CONDE



Lectulandia

Dos reinos de una Antigüedad mítica se enfrentan en esta ambiciosa novela épica en la que héroes a medio camino entre lo divino y lo humano se jugarán en el campo de batalla el destino de toda la humanidad.

El Gran Reino acaba de salir de una cruenta campaña. Sus victoriosos generales, como el indomable Hesión o el sádico Yaroslav, son llamados a la capital con sus ejércitos tras la dura contienda. Pero allí les esperan los oscuros juegos de poder de la corte y la amenaza creciente de una guerra total contra los países del sur, dominados por el mítico Kan Magnus.

Mientras los titánicos ejércitos de los Kanes hacen temblar la tierra en su avance para tomar la capital, Hesión parte en una búsqueda sagrada en compañía de su amada Eithne, una búsqueda que podría significar la renovación de la alianza con los antiguos Dioses y el resurgimiento de la magia en el mundo. Lo que Hesión desconoce es que él también es una marioneta en las intrigas palaciegas que están a punto de desatar una ola de sangre y odio en el Reino...

Víctor Conde

La Orfíada

ePub r1.0

Titivillus 08.11.2019

Título original: *La Orfiada*
Víctor Conde, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mis padres

Musa, recuérdame por qué causas, dime por cuál numen agraviado, la reina de los Dioses impulsó a un varón insigne por su piedad a arrostrar tantas aventuras, a pasar tantos afanes.

¡Tan grandes iras caben en los celestes pechos!

PUBLIO VIRGILIO,
La Eneida

A cada cual le están señalados sus días.

Breve e irreparable es para todos el plazo de la vida, pero alcanzar mediante sus hechos fama duradera, obra es de gran valor.

HOMERO,
Ilíada

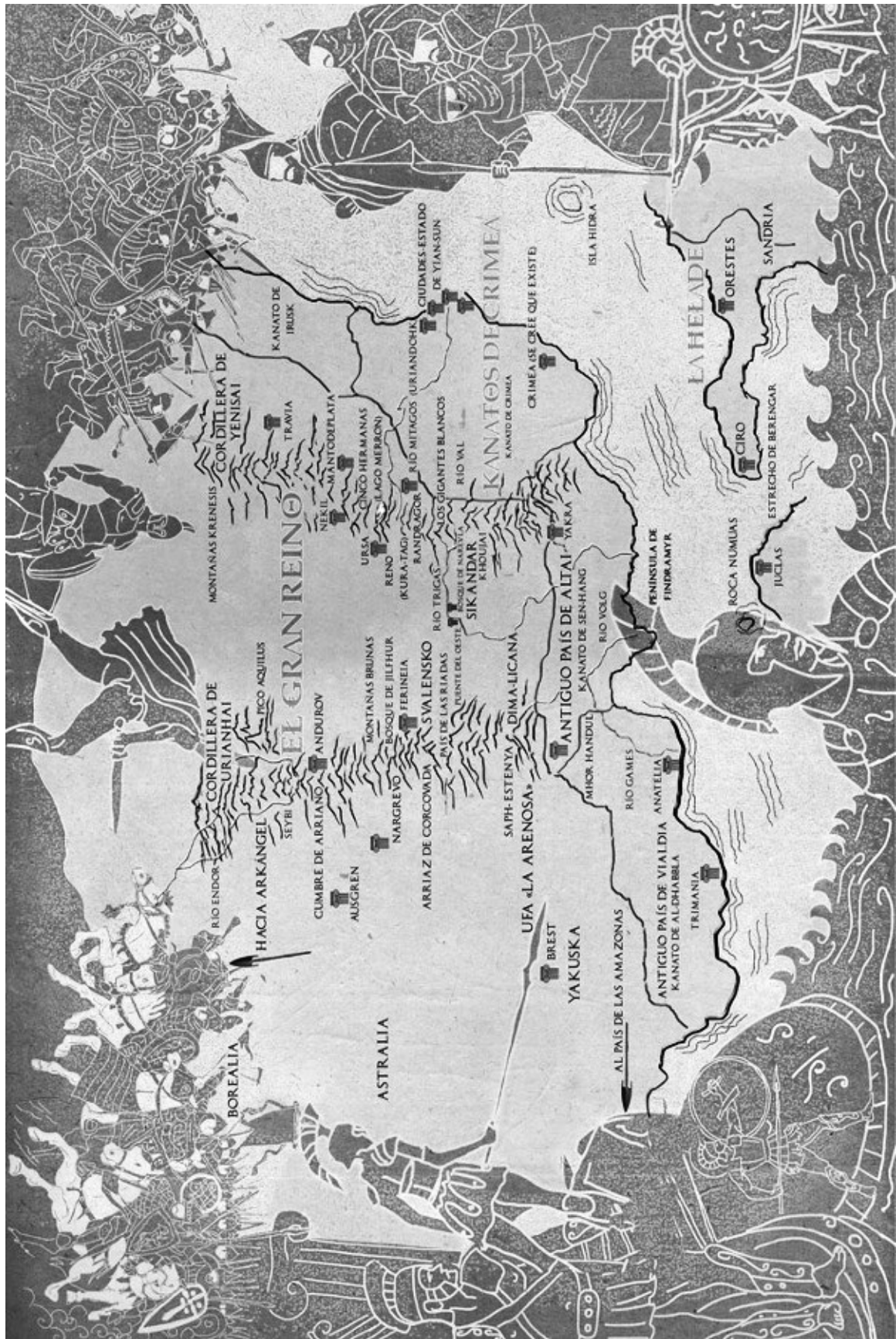
¿Quién, amigo mío, saldrá vencedor de la muerte?

Solo los dioses viven eternamente al lado de Shamash; los hombres tienen contados sus días, todo lo que hacen no es más que viento.

Tú, ahora, temes al olvido. ¿Qué se ha hecho de tu poder heroico?

«Si caigo, fundaré mi gloria», respondióle; «La gente dirá: Gilgamesh cayó luchando contra Huwawa...».

La epopeya de Gilgamesh, texto asirio.
Columna IV, tablilla III



Unas líneas a propósito del manuscrito original de *La Orfíada*:

La obra de Autólico de Sandria, el poeta divino que nos legó el relato original de *La Orfíada*, puede estudiarse en base a dos etapas bien diferenciadas: una más temprana, correspondiente a sus años como maestro de sabios en el Gran Reino, cuyas vivencias y experimentación con el idioma glagos condujeron a la redacción de este largo y trágico poema. Y otra más tardía, situada en una época de senectud, en la que los ecos de *La Orfíada* resonaban en sus viejos oídos y se deslizaban como sueños furtivos por sus manuscritos.

Autólico cambió mucho tras concluir este poema, por el esfuerzo que le supuso y por el desconocimiento de la suerte que habían corrido sus amigos, Hesión y Eithne, las personas sobre las que trata fundamentalmente esta saga. Una cosa es segura: las pocas traducciones que se conservan del glagos original nos han legado la descripción de un mundo que ya no existe, pero que los Dioses de la Antigüedad forjaron en los crisoles de la leyenda. Un mundo sobre el que circulan muchos relatos y un amplio acervo de mitos, cuyo espíritu puede resumirse en una frase:

SOLO HAY DOS COSAS POR LAS QUE MERECE LA PENA DESAFIAR A LA MUERTE:
EL AMOR Y LA IRA.

PRÓLOGO

Abismos en el tiempo

Tal vez la edad sea solo una ilusión que nubla los sentidos, una cadencia interminable de latidos que acerca el alma al estado de ensoñación que otorgamos a la otra vida. Si es así, permítame mi señor reposar el tiempo suficiente para indagar en las nieblas de mi mente, y recordar tiempos muy lejanos... tiempos cuyas efemérides han sido conmemoradas en tantas ocasiones que, aunque antaño fueron verdades, ahora solo persisten en forma de leyendas.

Permitidme apartar los velos que ensombrecen recuerdos de una época considerada por pocos verídica, pero que una vez albergó hechos tan importantes como para que de ellos dependiera la existencia de las cosas.

Dejadme pues recordar al guerrero Hesión, campeón de un reino tan vasto que se extendía hasta ocupar casi todo el mundo conocido. Nacido bajo el signo de la muerte, en los auspicios de un dios cuyo nombre era temido en los confines de la Tierra, se decía de él que era el mejor y el más noble de todos los paladines. Pareja a su leyenda corre la de la princesa Eithne, hija de noble linaje que fue bendecida por el numen de la Diosa, antes incluso de que sus ojos fueran zaheridos por la luz del Sol. Juntos recorrerían un camino que marcó el final de una época, entre años de desgracias y sacrificios.

Ocurrió en tiempos del Segundo Origen, el albor de una era que estaba llamada a traer paz y prosperidad al mundo de los hombres. El Gran Reino se extendía desde la cuna del Sol hasta la tumba que lo albergaba durante la noche, y desde los confines boreales hasta el lejano mar del Sur, piélago de sombras. Gobernaba con mano de hierro el rey Maximilian II, un monarca que había heredado de sus abuelos el ansia por conquistar las tierras de Magnus, el Gran Kan. Magnus se alzaba como una figura legendaria de la

cual los profetas decían que era inmortal, un semidiós que caminaba con pies de hombre.

Fue la ambición de los reyes, junto con su desprecio por la vida de aquellos que parecían no importar, los que no poseían un nombre que distinguiera su alma de otras, lo que a la postre ocasionó la caída de ambos países. Los Años Oscuros marcaron su llegada con ríos de sangre y montañas de cadáveres; los reyes lucharon y saldaron el precio de su locura en vidas de inocentes. Millares desaparecieron de la faz de la Tierra en aquellos días, y durante un tiempo pareció que ningún futuro le aguardaba a la especie humana, salvo la ruina y la muerte.

Pero hubo algunos que lo dieron todo por salvar lo poco que tenían. Estaba el guerrero, sí, y también su amada Eithne, y muchos otros sobre los que quiero cantar en estas páginas. Ellos lucharon y murieron, entregaron hasta la última chispa de luz que había en sus corazones para sembrar el germen de un futuro pacífico... y pagaron el precio definitivo. Aquel que exigen los más grandes sueños, las mayores empresas.

Sobre todos ellos os voy a relatar.

A los ancianos se nos nubla la razón al sentir la proximidad de la muerte. Nuestro intelecto se llena de imágenes de paraísos y recompensas insensatas por los triunfos que logramos en vida... y una amplia generosidad por parte de los grandes poderes a la hora de obviar nuestros defectos. Tal vez el estado de eterno bienestar no pueda existir, pues la lucha por la supervivencia es una constante de la vida, una característica intrínseca a la noción de existencia.

Posiblemente los ancianos seamos las únicas memorias que os quedan a los jóvenes, pero hay cosas de las que ni siquiera nosotros deberíamos hablar. Secretos como el que la hermosa Eithne escuchó de labios de la Diosa y se llevó a la tumba. Secretos que deberían permanecer ocultos para siempre...

... por nuestro propio bien, y el del inmenso mundo.

LIBRO PRIMERO

DE LA VIDA Y LA MUERTE

CANTO I

El regreso de los héroes

1

Ven.

Fue una simple palabra, un susurro escondido entre dos parpadeos... pero sonó tan atronador que acabó de despertarla.

La princesa Eithne se incorporó en el camastro. Su piel reaccionó al frío del ambiente. Con un único movimiento se cubrió con la manta y se levantó, mirando por la ventana.

El alba asomaba con perfume de lavanda, pero hacia el Oeste el firmamento aún brillaba con cientos de fuegos celestes.

—Ven... —repitió, con el propósito de oír su propia voz. Era increíble lo distinta que sonaba de la voz del sueño.

Una sirvienta pidió permiso para entrar en la alcoba. Hizo una reverencia ante su maestra y le dejó ropa limpia sobre una poltrona. Lejos, en el patio, un perro ladró sin motivo.

—Déjalo estar, ya las cambiarás cuando baje a comer —dijo Eithne cuando la sirvienta hizo un ovillo con las sábanas.

Por orden expresa de la suma sacerdotisa Oxana, todo el juego de telas y la ropa de las mujeres que ocupaban un cargo de importancia en la Orden tenía que ser sustituido a diario. Había ocasiones en que a Eithne le costaba recordar qué color tenían la falda o la capa que había usado el día anterior.

La joven hizo una reverencia y cerró la puerta con la punta del pie. La princesa trató de recordar su nombre. Seguro que se lo había dicho el primer día, pero en aquella época entraban tantas novicias en servicio que, en el improbable caso de que la ciudad fuera atacada, los efectivos de muchachitas

de mejillas sonrosadas no tendrían nada que envidiar a los destacamentos de la Guardia. Demasiados padres en busca de un plato caliente para sus hijas.

Se preparó para el baño. Una de las pocas cosas que de verdad echaba de menos de su hogar, aparte del viejo colchón de plumas de ganso, era la posibilidad de bañarse todos los días. Cuando las obligaciones le concedían un respiro solía cabalgar hasta uno de los meandros del Trigas, un espigón dominado por una cascada, y se sumergía desnuda para nadar. Cuando era invierno y hacía frío, se quedaba flotando en la superficie y conjuraba una onda de calor que hacía subir varios grados la temperatura del agua, molestando a los peces.

Aquella mañana trató de recrear esa sensación de calma. Ordenó que le subieran una tinaja, y cuando le ofrecieron braseros los rechazó. Una vez la tinaja estuvo en su habitación, la princesa cerró la puerta, se deshizo de sus ropas y dio forma a un pequeño fuego para que calentara el agua mientras ella luchaba contra los bucles de su pelo. El aire era dulzón y embriagaba como un vino de alta graduación.

Cuando la habitación se convirtió en una nube de vapor, se introdujo lentamente en el líquido. Las sensaciones de aquellos días pasados volvieron a ella: las gotas del chapoteo que a la luz de la mañana parecían piedras preciosas; las mariposas que revoloteaban cerca de la piel y la besaban con su aleteo; el cabello abriéndose como un abanico azabache sobre la superficie del agua...

—Aaaahhh... —Fue el sonido del placer extremo.

Luego recordó la palabra que la había sacado del sueño, y el gozo se esfumó.

El sonido aún estaba allí. Era una orden, no una invitación. Llevaba escuchándola varias semanas, y en cada ocasión la asustaba más porque sentía que no era un sueño, sino algo muy real que no permitiría que lo ignorase.

—Ven... —susurró—. Pero ¿adónde?

Alguien quería que ella hiciera algo. La pregunta que realmente la preocupaba no era qué, sino quién.

El percutir de unos nudillos en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué se me molesta? —preguntó, irritada.

Otra vocecita de muchacha tímida, distinta de la anterior:

—Mi señora, la suma sacerdotisa quiere que acuda a sus aposentos en cuanto le sea posible. Desea hablar con usted de algo urgente.

A sus aposentos, pensó. ¿Qué implica eso?

—Enseguida voy.

Pese a la alta procedencia de la orden, concedió unos minutos más de vida al baño y aprovechó para cepillarse el pelo. Tenerlo tan largo era un símbolo de prestigio social, como la barba en el caso de los hombres (de hecho, ambos estaban regulados por la ley), pero a veces resultaba un incordio.

Antes de que resonaran en las campanas las primeras horas sidéreas, Eithne ya se había puesto la indumentaria apropiada para ese día (mantua larga de color vino, con mangas de boca ancha y un collar de aljófares que era indicativo de rango). Recorrió los sombríos pasillos del templo en dirección a los aposentos de Oxana. Le disgustaba la falta de luz que había en ellos, así como las frecuentes ráfagas de viento; nadie sabía de dónde venían, pero fustigaban la piel como latigazos de un domador invisible.

Años atrás se había dado orden de reparar las ventanas del templo, pero aquel edificio era un verdadero panal de agujeros por los que se colaba hasta el último soplo de aire.

Las habitaciones de Oxana estaban en el ala Este, el lado opuesto a la fachada principal. La suma sacerdotisa, una mujer entrada en años pero con unos ojos vivaces, la esperaba mientras hacía sus abluciones.

—Pasa, Eithne, por favor. Que la Diosa te conceda gracia en este nuevo amanecer.

—Que la luz de la sabiduría nos ilumine —murmuró ella, completando el ritual.

Oxana no se había arrodillado, una maniobra demasiado exigente para sus piernas, pero hizo una genuflexión ante un pebetero.

—No sabes cuánta envidia les tengo a las novicias, que todavía son capaces de hacer un movimiento tan simple sin acompañarlo de una queja.

—Me asombráis —sonrió Eithne—. Una mujer fuerte como vos, aquejada de los achaques de los viejos. Debería daros vergüenza.

—Tu insolencia es una prueba de tu juventud. Ojalá yo también fuera capaz de ser insolente, pero me temo que a la primera sílaba ya estaría pidiendo perdón...

Eithne la ayudó a ponerse la toga de los rituales, un peplo que caía con tanta rotundidad hasta el suelo que se clavaba en las losas.

—Te he llamado porque quiero que seas la segunda en enterarte. —Oxana pasó los brazos por los agujeros de la prenda—. Hay que ser un poco lento de reflejos para no percatarse del revuelo que ha habido en palacio estos días, por mucho que el senescal intente mantener el secreto bajo la alfombra.

—Me he dado cuenta, pero pensé que se trataba del cumpleaños del príncipe Azov. Cae por estas calendas, ¿no es así?

—Es Milosh quien cumple años, pero todavía es demasiado pronto. — Oxana sacudió un dedo de izquierda a derecha—. No, el motivo de tanta actividad es otro. No quieren hacerlo público para que a los gosti no se les despeine la barba exigiendo que los trabajadores sean licenciados de la milicia.

Eithne arrugó la frente.

—¿La milicia? ¿Qué ejército poseemos que haya reclutado campesinos a costa de los terratenientes?

—La Guardia del rey jamás confesará que se ha rebajado a enrolar labriegos, pero algunos ejércitos privados los usan a veces para la intendencia.

Oxana le guiñó un ojo. El color subió a las mejillas de Eithne a medida que la comprensión (y todas las emociones aparejadas) saltaba a sus ojos.

Los gosti, grandes terratenientes y amos de la masa campesina, solo tenían derecho a protestar si no eran las tropas del rey quienes reclutaban a los trabajadores, por lo que Oxana solo podía estar refiriéndose a un ejército privado que estuviera próximo a regresar de una misión. De ahí el revuelo en palacio. Y si era el que ella pensaba...

—¡El Ejército de las Seis Lunas! —exclamó, temblando por la emoción—. Decidme que no estoy soñando, os lo suplico. ¿Son ellos?

Oxana asintió. Se emocionaba al ver a su alumna con el corazón a punto de saltársele del pecho.

Eithne se tapó la boca para no soltar un gemido de felicidad. Dio un par de vueltas rápidas por la habitación y plantó un sonoro beso en la mejilla de la anciana.

—¡¡Gracias!!

A continuación salió corriendo, olvidando todas las consideraciones que se le debían a una sacerdotisa de mayor rango, y lo que era aún peor, dejándola con un brazo a medio introducir en el peplo. Oxana trató de retenerla, pero lo único que vio fue el repulgo de una túnica que se esfumaba tras un recodo.

Suspirando, dio el alto a una novicia y le ordenó que la ayudase.

—Santidad... eh... —La joven inició la pregunta, pero su timidez la bloqueó en el símbolo de interrogación.

—¿Qué te preocupa, niña?

—Es que... nosotras, en el cuarto de las lavanderas...

—Puedes hablar con libertad. ¿Tenéis algún problema con mi ropa?

—¡Oh, no, no sois vos! —La muchacha sacudió la cabeza—. Se... se trata de la princesa Eithne.

—¿Qué pasa con ella?

La joven se ruborizó.

—Disculpad mi ignorancia. —Aquel posesivo abarcaba a muchas personas, ya que si ella no lo sabía, sus compañeras de la lavandería tampoco —. No estoy segura de qué trato se le debe a una persona de su posición. No sé si me entendéis, es que... nunca nos han enseñado cómo debemos comportarnos ante los miembros de la familia real...

Oxana tardó unos segundos en comprender, y dejó escapar una carcajada. La novicia dio un respingo, sin entender qué había de gracioso en tan tremendas dudas.

—No, no, pequeña, te estás equivocando. Vosotras... quiero decir «tú» —sonrió Oxana— no debes preocuparte por eso. Eithne es de familia noble, sí, y también princesa, pero no pertenece a la egregia dinastía del rey. Por lo tanto, le debes el trato que una sacerdotisa de su rango merece, ni más ni menos.

—P... pero... entonces...

Oxana la despidió y terminó de colocarse ella misma los oropeles. La sonrisa no se le borró de la boca hasta un rato después. ¿Cómo explicarle a una niña que apenas sabía leer los entresijos feudales del Gran Reino? ¿Cómo contarle que, pese a que desde el final de la última guerra solo había una dinastía capaz de aspirar al trono, seguían existiendo nominativamente otros reyes en la periferia del país?

No, era demasiado complejo. Incluso a ella le costaba apreciar las sutilezas del Estado de dinastía única, sabiendo que el rey tenía a otros monarcas entre sus súbditos con el mismo poder e influencia que algunos gosti. De hecho, muchos de los reyes de antaño tuvieron que aceptar el rango de terratenientes para seguir subsistiendo, cuando el estandarte del Áquilus se impuso sobre todos los demás... lo cual no les restaba poder, pues uno solo de ellos podía gobernar haciendas del tamaño de grandes países.

Eithne procedía de una de aquellas familias, la Casa Mantodeplata, un apellido venido a menos cuyos descendientes aún habitaban los congostos del Mitagos. Por derecho de cuna conservaba el rango de princesa, pero no poseía valor oficial. Era más un título honorífico que otra cosa.

Y Eithne se sentía, antes que nada, una sacerdotisa de la Diosa Madre. Había luchado por alcanzar el rango que ahora ostentaba, y Oxana tenía sus dudas sobre si sería capaz de sacrificarlo aun cuando el rey le devolviera a su familia los privilegios ancestrales.

Se colocó el último elemento del vestido, un dhoti^[1] ceñido al vientre, y abandonó sus aposentos con cara de resignación. Si en verdad era el Ejército de las Seis Lunas el que regresaba de la larga campaña contra los Kanés, aquella iba a ser una semana muy larga.

2

Eithne no podía ocultar la excitación. Las emociones se le derramaban por la cara como un maquillaje de algalia. Tenía tantas ganas de irrumpir en el palacio e interrogar a alguien competente que sus pies se movían solos en aquella dirección.

Oxana había sido lista al darse cuenta del secretismo que, por fuerza, debía rodear un evento como este. En un país como el Gran Reino, tan vasto que podría albergar varios imperios bajo su bandera, si había un adjetivo para definir los asuntos de la política era *lentitud*. Todo marchaba increíblemente despacio, en un intento por no romper el frágil equilibrio de poderes que, aun estando subordinados a la autoridad del rey, se repartían las competencias en materia de terrenos y cultivos, e incluso de milicias privadas que convenía tener bajo control.

La Corte era un lugar peligroso donde las rencillas podían hervir a fuego lento durante décadas. Y ya había demasiados nobles que veían con malos ojos el culto a la Diosa Madre, por motivos que databan de sus bisabuelos y que ellos ni siquiera tenían claros. Eithne no deseaba alimentar ese fuego con preguntas inapropiadas.

Pero el corazón le ardía. Ya habían recorrido tres años el círculo cabal de los meses que los componían, y ella, triste dama que disimulaba su soledad entre votos y ceremonias, rezaba todas las mañanas para que llegara esta noticia: que quienes habían partido hacia tierras lejanas volvieran, triunfantes o no, y con ellos su único amor, aquel del que solo podía hablar con Oxana. Un amor de esos que generan angustia y que no conceden a los miembros un apacible descanso ni cuando caen las húmedas sombras.

Eithne abandonó el templo. Por un momento se quedó quieta, en plena calle, sin saber qué hacer.

Dejó pasar un carruaje mientras la compleja realidad de Sikandar, la ciudad santuario de los reyes, le penetraba de mil formas en la mente.

No había otro alcázar tan grande y legendario en el Reino. Sikandar era una maravilla ciclópea que abotargaba los sentidos, y sus armas eran la

rotundidad de sus muros (construidos a escala de titanes y no de hombres), la belleza de los frisos (azulejos, mármoles, juncos, mosaicos de esplendor catedralicio), la persistencia de los olores (miasmas y perfumes, humanidad y bestias en corrales, nobles y mendigos, todo lo sublime y lo despreciable en una vaharada llena de matices) y los cien dialectos de los comerciantes.

Todos aquellos aspectos se entretejían para propalar un único mensaje: grandiosidad. Sikandar era la capital del Reino, el hogar del monarca y su dinastía, y no había otra fortaleza amurallada^[2] capaz de comparársele, ni siquiera en los países conocidos allende los mares.

Unos niños sucios pasaron junto a Eithne y la saludaron. Se dirigían con prisa a los establos del templo, donde les daban un poco de pan y una ración de manteca a cambio de que echaran paja sobre la orina de los caballos. El santuario de la Diosa, apoyado en un basamento de tres gradas, también estaba diseñado para impresionar: los frontones de los testeros estaban decorados con tallas que glosaban hechos históricos. Los diferentes cánones de columnas se relevaban unos a otros a lo largo del crepidoma como si compitieran en belleza, resumiendo en sus formas el lenguaje arquitectónico del Gran Reino.

Sin embargo, por extraordinario que fuera el templo, palidecía en comparación con la majestuosidad del palacio de los reyes, que se erguía como un coloso escalonado justo detrás. Ahora, al pensar en que por sus pasillos circulaban noticias de su amado, la cólera la bañó como sebo derretido.

—¡Autólico! —cayó en la cuenta.

Ya tenía con quién hablar. El poeta era su otro gran confidente, y no respetaba los protocolos tanto como Oxana. Y si sus costumbres no habían cambiado, creía saber dónde encontrarlo.

El anciano se hallaba examinando unas jarras en la calle de los alfareros. Eithne lo reconoció a lo lejos por la lisura de su cayado. Autólico era un hombre ágil para su edad, pero nunca salía de casa sin su báculo. Sus facciones eran contundentes y algo oblicuas, lo que le daba un aire de graciosa perplejidad. Iba vestido con ropas normales: túnica, calzas y una soga a modo de tahalí para la bolsa de las monedas. Era alto, de exagerada gesticulación y con una barbilla siempre elevada, como si tuviera miedo del suelo.

—¡Autólico! —llamó la princesa-sacerdotisa—. ¡Autólico, aquí!

El anciano no se dio por enterado hasta que estuvo casi encima de él, y entonces comprendió por qué: el vendedor, que hasta ese momento no lo

había reconocido, le lanzó una mirada desde el otro lado de su larga nariz y frunció el ceño. Los rasgos del poeta perdieron un aire desvalido que, de haber aguantado unos segundos más, habría forzado un acuerdo por debajo de los cien kópeks. Ahora, la jarra de porcelana que sostenía pesaba mucho más.

—Princesa —saludó con resignación, devolviendo la jarra a su dueño. En cuanto se alejaron de la tienda, el vendedor hizo unos rápidos trazos de carboncillo en la pared. Si era buen dibujante, al día siguiente todos los comerciantes de la zona conocerían las facciones de Autólico, y sabrían que era una persona de posibles a la que había que estafar.

—Lo siento en el alma —se disculpó Eithne—. No sabía que tú... bueno, que estabas...

—Puedes decirlo: intentando que mi dignidad de comprador no se viera mermada por las astucias de ese buhonero —rezongó—. Pero da igual, tarde o temprano tenía que ocurrir. Cuando eres el maestro de sabios de la Biblioteca, tu rostro acaba volviéndose popular entre la plebe.

—A la plebe no le interesan las cosas que ocurren en ese edificio, sino las que atañen a las carnicerías que se apoyan en la fachada. —Eithne rio musicalmente—. El perfume de la carne concede menos cuartel que el de la tinta seca.

—Por desgracia, querida mía, así es. —Autólico hurgó en la mirada de la joven con una agudeza desconcertante—. ¿Qué haces aquí, pequeña? ¿No deberías estar quemando inciensos o algo por el estilo?

—Debería, pero... ha ocurrido un hecho muy importante y necesito hablar con alguien. Con una persona de confianza.

—Demasiados misterios en una frase. Te doy un kópek por tus pensamientos.

—Ya sabes en quién estoy pensando. Y en parte, también en ti.

—Vaya, es el kópek mejor gastado de mi vida. —Un palanquín sostenido por dos esclavos apareció esquivando a la gente. Autólico se echó a un lado, metió el pie en un charco y, al tratar de sacarlo, lo único que consiguió fue que se le desanudara la túnica. Eithne lo socorrió lo mejor que pudo. El poeta era tan sabio en lo sublime como desastroso para las cosas básicas de la vida, tanto que a veces era un espectáculo verlo caer en una cascada de desastres que parecía no tener fin—. ¡Hijos de una vaca sebosa, boñiga de gusanos! —increduló a los porteadores—, ¡tened más cuidado!

—Anúdate o te quedarás en cueros en plena calle. Eso no le sentaría nada bien a tu reputación. —Eithne recogió el cayado del suelo—. Aunque alguna matrona necesitada disfrutaría del espectáculo.

—Ay, niña mía. Las personas de menos de cincuenta años se tapan la desnudez para protegerse a ellas mismas, y a partir de ahí lo hacemos para protegeros a los demás. En fin, ¿me vas a contar qué es ese «algo» que te preocupa o vuelvo a mi papel de comprador lastimoso?

—Hesión regresa —dijo ella, arrebatada—. Mi amado vuelve a la ciudad, por fin.

—Aaahhh... ya comprendo. Así que era eso lo que se tenían tan callado. La campaña de Yakra ha concluido. ¿Sabes si para bien? —Se contestó como simulando la presencia de un tercero—: No, no, claro, eso jamás podría acabar bien. De ninguna manera. Estas malditas campañas militares son lo peor que ha podido ocurrirle al país.

—¿Qué importa? ¡Necesito saber más, conocer todos los detalles! ¿Cuándo, cómo, por qué...?

—Calma, chiquilla, calma. —A Eithne le hacía gracia cómo la trataba el viejo. Siempre la había considerado una niña, pese a su rango de gran sacerdotisa y sus treinta años recién cumplidos (diez menos que su amado Hesión), lo que en una mujer de su condición ya era prácticamente la vejez—. No tardarán en hacerlo público. De todos modos, frotaré el oído contra las celosías. ¿Satisfecha?

Ella lo abrazó.

—Es más de lo que esperaba. Ahora debo volver; me temo que dejé a Oxana a medio vestir. ¡Mantenme informada, por favor!

Eithne se marchó, feliz, no sin antes comprar un poco de fruta para el almuerzo. Pagó con fyds, una moneda religiosa distinta a la oficial pero con un alto valor de cambio en las casas de usureros. Con ella los ciudadanos podían obtener un lucro desmedido en las granjerías, por lo que nadie la rechazaba.

El anciano poeta se tironeó de la barba, viéndola marcharse. La tez de la joven despedía un brillo suave, de plata, tan pálido que rayaba en la anemia.

Autólico sentía una mezcla de lástima y admiración hacia Eithne. Su familia había sufrido mucho en la época de represión que siguió a la guerra. Fueron tiempos en los que no existía un gobierno central y muchas ciudades ni siquiera tenían claro que pertenecieran a un país u otro. Las tropas maximilianas habían invadido las tierras de los Mantodeplata y los habían sometido como si se tratara de una potencia enemiga.

Era cierto que en aquellos días las lealtades de los nobles se tambaleaban, sobre todo las de quienes vivían cerca de unas fronteras mal definidas y que podían fluctuar de la noche a la mañana. Cuando su linaje decidió quedarse en

el lado del Gran Reino, la única forma de recuperar cierto grado de prestigio fue que la primogénita, Eithne, hiciera valer su pasado glorioso y se entregara al estudio del Alma^[3]. Para ello tuvo que abandonar a los que amaba, cuando era muy niña, y blindarse con una coraza de fe y valentía como raras veces había visto Autólico.

La pequeña Eithne sufrió, al igual que muchos. Pero fue especialmente duro para ella cuando el rey decretó que la ciudad de Yakra, un importante núcleo estratégico de los Kanatos, tenía que ser anexionada a sus dominios.

Hesión, el paladín más afamado del Reino, fue designado para llevar a cabo tal empresa. Y Eithne, profundamente enamorada de él, volvió a quedarse sola.

—De modo que los héroes de Yakra se atreven a volver triunfantes — musitó Autólico—. Veremos cómo le sienta eso a los intereses del rey...

3

El ejército llegó al día siguiente, haciendo sonar trompetas y portando las banderas de los pueblos vencidos. La multitud se congregó en la bastida para arroparlo en su entrada triunfal.

Allá venían los caballeros en sus negros corceles, juventud que había ejercitado los brazos en herbosas palestras para educarlos en el arte de la lanza. Criando lozanas bestias fue como aprendieron a cabalgar, cuando vestía sus mejillas el primer bozo de la juventud, y escuchando sangrientos relatos sobre los Kanes, a odiar al enemigo. Las sacerdotisas de la Diosa, ataviadas con sus mejores galas, contrapunteaban el clamor popular ora pulsando el arpa con los dedos, ora con el ebúrneo plectro.

Eithne aguardaba de pie en un estrado, sobre las gradas del templo, pues esa sería la primera parada que efectuarían los caballeros. Oxana se había subido a un escalón para que su altura compensara la de su pupila. Ansiosos los ojos, el báculo quirinal en la diestra y los símbolos de poder ardiendo bajo el Sol, aguardaba con aire solemne a que los primeros caballos chacolotearan en el empedrado de la plaza.

—Ya viene —susurró la princesa, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

Oxana tendió un dedo hacia ella en una suave caricia, el roce de un copo de algodón. *Mantente serena*, le decía; *sé solemne*.

La gente se apretó para ver llegar el cortejo de los paladines. Corrió a agolparse en los ribazos del camino, se encaramó a los postes y formó un cordón humano que solo aventajaban en altura los jinetes de penachudo casco y sus estandartes.

Rompieron la marcha los caballeros, lustrosas las armaduras y enhiestas las lanzas, alzados los mechones de sus yelmos como si quisieran barrer las nubes. Los caballos picoteaban el suelo con los cascos en su desfile, mientras sus bocas tascaban el espumoso freno. Los jinetes marchaban en grupos iguales, apoyados en el arzón de la silla y cantando loores a su señor. Nadie, al contemplar tal muchedumbre, la habría tomado por un ejército cubierto de bronce, sino por una nube de roncadas aves precipitándose desde la alta mar hacia los rompientes.

Siguiendo a los caballeros apareció hasta una docena de los famosos trompeteros de tierras llanas, célebres en las crónicas de los reyes por sus pulmones. El desfile lo cerraba la soldadesca de a pie, una nube de peones cubiertos de adargas que se extendía por todo el ámbito de la plaza. Separados de estos llegaban los timbaleros, a prudente distancia para no desmerecer la gloria de la milicia, montados en recuas de mulas con gualdrapas y penachos.

Cuando dejó de hervir el clamor de la formidable trompetería, y el ejército traspasó las soberbias puertas, Eithne notó que le faltaba el aire.

Aún no había divisado la armadura de su amado. Los ojos se le movían con inquietud de un lado a otro buscando la robusta silueta de Escila, el corcel de guerra de Hesión, una bestia negra de trece manos de altura. Los caballos marchaban recogidos, equilibrados hasta la doblez del cuello, pero ninguno le resultó familiar.

Una vocecita tímida detrás de la frente le advirtió que algo podía haber pasado, que estuviera preparada para las malas noticias... pero apretó los puños y la ignoró. No podía haberle ocurrido nada malo. Ninguna horrible nueva iba a desgarrarle los oídos aquella hermosa mañana.

Entonces reconoció a uno de los caballeros.

No era Hesión, sino el segundo al mando, el joven comandante Iván Etheldred. Fue remontando su mirada como llegó hasta sus ojos, y al establecer ese contacto, ambos sonrieron: se había cerrado un círculo, pues los ojos de Iván fueron lo último que vio Eithne en aquella lejana mañana, hacía tres inviernos, cuando el Ejército de las Seis Lunas dejó la capital. Luego había corrido una cortina y, de esa manera, interpuesto una barrera entre la triste realidad y los deseos de salir corriendo y sumarse a la hueste.

—Mirad cómo se adelanta Iván, cargado de despojos opimos, y cómo, triunfante, se eleva por encima de sus iguales —dijo Oxana—. Pero ¿por qué razón es él quien porta el estandarte de la Luna? ¿Dónde está su general, cuando debería encabezar el desfile?

Eithne no contestó, cada vez más pálida.

El caballo de Iván se detuvo frente a las gradas e, hincando una pata, simuló una reverencia. Archeó su hermoso cuello y pegó el hocico al casco de la pata doblada.

Iván era apuesto, pero de una forma muy distinta a Hesión, mucho más... fina. Sus agraciados rasgos se afilaban en la barbilla y parecían de mujer. Visto de cerca mostraba signos de un esfuerzo extremo, pues la capa y los pantalones estaban desgastados por el viaje, tras meses de exposición a la lluvia y al Sol, y su piel exhibía nuevas cicatrices.

El comandante agachó la cabeza a ambos lados.

—Mujeres sagradas —dijo—, intérpretes de oráculos, que descubristis su voluntad en las trípodas y en el laurel de los altares. Hace tres años nos vaticinasteis un próspero regreso a casa, librándonos de nefandos prodigios. Puesto que así se ha cumplido, permitidme que os agasaje en nombre del Ejército de las Seis Lunas.

Oxana correspondió al saludo (sin bajarse del escalón), trazando una espiral con el báculo. Por todo su cuerpo había símbolos en hélice. Las espirales eran la firma de la Diosa, doquiera que se encontrase, aunque ni siquiera las propias acólitas recordaban el origen ancestral de ese símbolo.

—Igual que el nido espera al ave, intacto tras el embate de la tormenta, y protege a los polluelos bajo el denso manto de las ramas, así nunca os olvidó vuestra patria ni dejó de enaltecer vuestros apellidos. En justa retribución, tampoco consintió que se perdieran las casas y las tierras que por derecho os pertenecen. Yo, Oxana, suma sacerdotisa de la Diosa Madre, os doy la bienvenida al hogar, y prometo realizar ofrendas para que los caídos hallen santuario en el otro mundo.

Eithne sentía las grietas abriéndose en su máscara de serenidad; cómo iban socavando la entereza que los demás presuponían en alguien de su rango. Al oír esa palabra, *caídos*, su corazón se heló, pero hizo gala de un tremendo autocontrol y siguió sonriendo.

Iván la miró y, sin añadir más (el protocolo no lo autorizaba), siguió cabalgando rumbo al palacio. Las escuadras desfilaron lentamente, como gotas filtradas por un tejado de bálago.

Eithne miró de reojo al comandante mientras se acercaba a la muralla interior de la bastida y al balcón del rey, aún vacío.

—Por la Diosa, ya no me cabe duda. Algo ha debido ocurrirle... —se tensó.

Oxana hizo gestos condescendientes a los soldados que presentaban sus respetos y dijo, con la boca pequeña:

—A pocos guerreros conozco en toda la faz del Reino tan dotados para la lucha como Hesión. Confía en su destreza. Seguro que no le ha ocurrido nada.

Iba a añadir: «además, tampoco he visto al otro gran protagonista de esta parada, el noble Yaroslav», pero cuando su esbelta silueta apareció blindada de oscuro entre los farautes, enmudeció.

Esto sí que era preocupante. Los dos líderes del ejército podían demorar su aparición en el desfile, para hacerla más dramática, pero lo inaudito era que llegaran separados.

Yaroslav era el otro campeón del Reino, con una impresionante leyenda escrita unos renglones después de la de Hesión. Los relatos de sus hazañas habían conseguido hacerse un hueco en el folclore, e incluso se habían volcado en los relieves de los obeliscos, distinción que solo los héroes caídos solían disfrutar. Pero en una época tan oscura como aquella, el pueblo necesitaba figuras que representaran todo lo que era digno de encomio.

Yaroslav había sabido sacar partido al hambre de héroes del vulgo, pero los que le conocían en persona sabían cuán diferente era de Hesión. No había tanta nobleza ni tanto fervor hacia la Corona en sus actos, sino un propósito más egoísta. Yaroslav no buscaba la gloria de su rey, sino la de sí mismo, y su crueldad en el campo de batalla era tan proverbial como la fuerza de su brazo.

El inmenso caballero negro se detuvo ante las sacerdotisas.

—Nobles damas —dijo con voz profunda—, es un honor para mí devolver este icono, que tomé del templo el día de nuestra partida. —Enseñó una figurita de porcelana, una representación de la Diosa en su tercer estado—. ^[4] Me siento en deuda con este pozo de fe, y prometo ante testigos que destinaré buena parte del botín en pro del templo y sus coadjutores.

—Sois muy generoso, noble Yaroslav —respondió Oxana—. Si deseáis que se haga de esta manera, nos complaceremos en aceptar vuestra ofrenda. ¿Estáis convencido de querer aportar dineros de vuestra soldada para el bien del templo?

Un brillo extraño iluminó desde dentro las pupilas del caballero.

—Mi dama, regreso de un lugar donde el filo de las espadas y las centelleantes puntas fulminaban la muerte. Un lugar donde, aparejados a la

lid, los ejércitos chocaban cual galerna de hombres y las vísceras regaban los campos. Por ahora he visto suficiente muerte, y deseo contribuir a la vida. Os ruego que aceptéis mi donativo, pues no será escaso.

—Sea pues. Os prometo que vuestra gesta quedará inmortalizada en la piedra de los frontones, así crezca el edificio al envión de vuestro oro.

Yaroslav espoleó a su caballo, continuando el desfile. Había obtenido lo que venía buscando.

—¿Será el frontón lo suficientemente grande como para albergar una fracción de su ego? —susurró Eithne.

Oxana la regañó.

—No seas así, sabes lo mucho que necesitamos el dinero. El lustre de la plata no se mantiene solo con rezos.

—Lo sé. Es que... no alcanzo a entender sus motivos. Él ya posee una bula de perdón, un tesoro por el que hasta los reyes matarían. ¿Qué más viene buscando a nuestros salones?

—Me temo que eso, hija mía —suspiró Oxana—, es algo que pronto averiguaremos. Pero una cosa te adelanto: sea lo que sea lo que pida a cambio del oro, valdrá al menos el doble.

El corcel de Yaroslav se perdió de vista. Las sacerdotisas bajaron de las gradas y ocuparon un lugar en la fila. Estaba a punto de comenzar la segunda mitad de la ceremonia, aquella en la que la mismísima familia real se asomaría al balcón para dar la bienvenida a los soldados. Era una gracia que solo concedían en las mejores y más raras ocasiones. Pero antes, los agasajados tenían que dar un buen rodeo por las avenidas, haciéndose receptores del amor de su pueblo.

Las calles hervían en gritos de alborozo, juegos y aplausos. En cada altar de cada templo, por humilde que fuera, se alzaban aras, y delante de estas cubrían el suelo inmolados novillos. La gente se agolpaba en los balcones y tiraba escamas de cebada sobre los primeros jinetes, los que portaban las banderas de los pueblos vencidos. De esta manera observaban una antigua tradición: la escama era lo único que no se aprovechaba de la gramínea, bien que los ciudadanos poseían en abundancia, y arrojándolo expresaban su desdén por los símbolos del país vecino. Las banderas de los Kanatos, colgadas del revés, simbolizaban el triunfo del Gran Reino.

Poco a poco las tropas se fueron reuniendo frente al palacio. Colocadas en largas hileras, rectas como tendidas a cordel, esperaron la señal de las trompetas. Aquellos que no portaban coraza vestían trajes de campaña

ornados con hojas de cedro, camisa azul con cuello de tirilla, chaqueta de brocado con ribete de marta y botas de cordobán bermejo.

Más discreto, el clero ocupó un lugar preferente, y se cubrió la cabeza con largas capuchas de pico de cuervo para protegerse del Sol. Un cerco formado por la Guardia del Águila se encargó de mantener al populacho a raya.

No tardaron en sonar las fanfarrias. Los militares se cuadraron y la plebe contuvo el aliento. Para la mayoría de ellos esta sería la primera ocasión en que verían en persona (aun desde lejos) a su rey. Posiblemente la única en toda su vida.

Apabullada por la tormenta de sensaciones, Eithne advirtió que Yaroslav había ocupado el lugar que habría correspondido a Hesión al frente de las tropas, y esperaba la arenga de bienvenida.

Los cortinajes del balcón tardaron unos minutos en abrirse, pero cuando lo hicieron la plebe estalló en vítores. Eithne imaginó que desde aquella altura se podría disfrutar de una grandiosa vista, con las avenidas atestadas de gente abriéndose en abanico y un mosaico de color y movimiento sacudiendo la urbe. Así debió de percibirlo el monarca, pues su rostro se iluminó y, con una amplia sonrisa, saludó a la multitud y comenzó su discurso. Junto a él, un paje sostenía en alto una esplendorosa espada que brillaba como una joya al Sol. Era Valnius Indomerim, la hoja de los reyes, símbolo de poder del rey y una de las pocas armas en el Gran Reino que poseía nombre propio.

—Trae una mala noticia para mí —dijo Eithne en voz baja, para que solo la escuchara Oxana—. Lo vi en sus ojos.

—¿Los de Iván o los de Yaroslav?

—Había distintas verdades en el interior de cada uno. No sé en cuál confiar.

Oxana deslizó una mano tranquilizadora sobre la suya.

—Cree en la más optimista. Con toda seguridad será la verdadera.

—¿Cómo podéis estar tan tranquila? La guerra es campo de cultivo para la desgracia, no para la esperanza.

—Porque tengo fe.

—Fe... —Esa palabra le sonó extraña, como privada de contexto. Normalmente era una luz que cubría los corazones como un manto sin costuras, salvo cuando atañía a las personas verdaderamente cercanas. No podía explicarlo.

El rey clamó desde arriba, con voz de oso:

—... Y por todo ello os doy la bienvenida, hijos míos. Aceptasteis una responsabilidad más allá de toda medida, y fuisteis capaces de llegar hasta el

final sin dar vuestro brazo a torcer. En tiempos en los que el frío invierno con sus aquilones encrespa las olas, y se muestra inclemente con los hijos de la estepa, supisteis hallar la senda que...

—Nunca supe el porqué —continuó Eithne, ignorando el discurso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Oxana.

—Por qué tuvo que marcharse. Por qué Yakra es tan importante. Por qué Magnus es nuestro enemigo... No sé. —Las sombras de la capucha enterraron su rostro—. Hago un esfuerzo por comprender las cosas que suceden a mi alrededor, pero no lo consigo. ¿Es demasiado pedir querer entenderlo todo?

—Siempre has sido una persona muy cauta, Eithne, pero tu debilidad es esa ansia por controlar todo lo que sucede en tu entorno. Si me lo permites, te daré un consejo.

—¿Como sacerdotisa o como amiga?

—Como persona mayor: no intentes estar en todas partes. No trates de manejar los hilos de la madeja, porque esa empresa está más allá del alcance de los mortales. Si tu cordura, o tu capacidad para sentirte protegida, descansa en tu sensación de control... acabarás volviéndote loca. Y jamás —recalcó esta palabra— tendrás un segundo de paz. Te lo digo por experiencia.

—No soy tan egoísta.

—¿De verdad puedes juzgarlo? Todos necesitamos cierta perspectiva en los momentos clave de nuestra vida. No perdamos el tiempo discutiendo cosas que están fuera de nuestro alcance y sombras surgidas de sueños; lo que la Diosa disponga que sepamos, eso y nada más llenará nuestra alma.

Al oírla mencionar a la Diosa, Eithne recordó aquella palabra. Aquella orden. *Ven*.

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal. ¿Estaba obligada a ceder ante los augurios que tan negros se desvelaban en sueños o tenía derecho a decidir? ¿Se enfadarían los Dioses si clamaba a los cielos pidiendo su fortuna?

No. El resultado de tal acción sería imprevisible. Tenía que saber más para que no la tomaran por loca. Tenía que...

¿Controlarlo?

Rio para sus adentros. Cuánta sabiduría había en las palabras de Oxana. Sí que estaba obsesionada, e iba a terminar volviéndose loca si no hacía algo para remediarlo. En cierto modo se sentía como la princesa de aquel extraño cuento^[5], la mujer que eligió vivir en una jaula de oro a despecho del héroe que venía a rescatarla, porque tenía miedo del caos que imperaba en el mundo.

Yo nunca he tenido miedo. No lo tuve cuando mi familia me entregó al templo, ni tampoco cuando empuñé mi primera espada.

¿Por qué siento la necesidad de llorar, entonces?

La ceremonia acabó como había empezado, con una salva de aplausos. Y Eithne supo que había llegado el momento. El ejército se dispersó y los soldados obtuvieron permiso para visitar a sus familias. Había comenzado una semana de festejos decretada por el rey que incluiría banquetes, juegos en la calle y una inusitada exención de impuestos.

Todo el mundo estaba feliz, o eso parecía.

Iván Etheldred descabalgó, confió su animal a un lacayo y caminó en dirección a los asientos del clero. Directamente hacia Eithne.

Había llegado la hora de la verdad.

CANTO II

Reencuentros

1

El rey se apartó lo suficiente del balcón como para que nadie pudiera verle desde la plaza, pero siguió con la vista prendida de las almenaras. Le relajaba sentir el frío en la cara, en los ojos, en las pestañas. Sobre todo cuando el aire provenía de un cielo tan azul que parecía tallado en zafiro.

Rememoró en voz baja su discurso, repitiendo las frases que más le habían gustado. Tenía un pequeño defecto de pronunciación en la «zc» de algunas palabras que sus dobles de voz (que empleaba junto a los de cuerpo para que el pueblo lo viera asistir a ciertos actos cuando a él realmente no le apetecía) debían mimetizar. La simulación tenía que ser perfecta. Si el doble pronunciaba el idioma de los heucanitas mejor que el soberano, lo que merecía era que lo colgasen de una soga.

Su vista sorteó los muros de la urbe y se paseó por la inmensa llanura que había detrás. El río Trigas rodeaba como un lazo de esmeraldas la ciudad de Puente del Oeste, una pequeña acumulación de casas y molinos en la distancia. Mucho más allá, recortándose contra el horizonte como la dentadura de un anciano, se elevaba la inmensa cordillera plateada del Urianhai. Muy cerca de Puente del Oeste se alineaban los gloriosos abetos del Bosque de Narevia, imponentes, seculares... desafiando al tiempo y abarcándolo con sus ramas majestuosas.

Aquellos árboles habían estado allí en los tiempos de su abuelo, durante la gran guerra que asoló el continente. Y seguirían estando cuando sus hijos fueran viejos y cedieran el testigo de la regencia. Maximilian los contempló con envidia, con la mirada de la mariposa que sorteja las cárceles hechas para los hombres, exhibiendo sus veinticuatro horas de rabiosa libertad.

—Breve e irreparable es para todos el plazo de la vida... —murmuró. No se dio cuenta de que los sirvientes habían comenzado a trabajar en la estancia hasta que uno de ellos se postró en el suelo—. Sigue con tus menesteres —ordenó—. La sala debe quedar impoluta para la próxima ceremonia.

—Ha sido un gran desfile —dijo una figura que se deslizaba entre los sirvientes como un fantasma sin peso. Era Sorokin^[6], consejero apreciado por el monarca y hombre rico en ardides—. Un espectáculo digno de verse. ¡Por todas partes la multitud clamaba a los héroes, y los aurigas sacudían las riendas sobre el aguijado tiro! Aún resuenan en mis oídos los vítores de quienes consideran este regreso un triunfo —dijo con sorna.

—¿Crees que ha sido hermoso el desfile? —Maximilian torció el gesto—. Puede que en apariencia sí, pero la cantidad de soldados que hoy han recorrido las calles era espantosamente pequeña. Muchos más que los que volvieron nos dejaron al comienzo de esta campaña.

Sorokin asintió, taciturno.

—Y me temo que otras malas nuevas nos aguardan, mi señor. Apenas he tenido tiempo de hablar con los generales, pero Ulov permanece reunido con los altos mandos y está recibiendo sus informes. El relato de la campaña no es todo lo esperanzador que convendría.

—¿Ha llegado Hesión a la ciudad?

—Aún no. Y según Yaroslav, puede que se demore un tiempo. Está comprobando los rumores sobre incursores yunk^[7] que corren por las haciendas de los gosti.

El Sol cayó oblicuo en los ojos del soberano, haciéndolos brillar de manera siniestra.

—Que se presente ante mí en la sala de terciopelo en cuanto llegue —siseó—. Tiene mucho que explicar.

2

El opistodomo^[8] del templo, con cuatro estatuas sedentes de más de quince codos de altura, no buscaba ser un espacio para la contemplación. Los fríos muros y el lejano techo, que se difuminaba en una oscuridad no reclamada por las antorchas, invitaban a pocas cosas aparte del silencio. Y fue precisamente eso lo que encontró Iván Etheldred cuando entró.

Silencio.

Eithne había sido fiel al protocolo: había cumplido con sus funciones y sonreído cuando hizo falta... y luego destapó la caja de truenos de su mirada. Iván la siguió hasta el único lugar que ella consideraba a salvo de escuchas, y dejó que se lo preguntara.

—¿Qué le ha ocurrido a Hesión? Dímelo, o te juro que mi corazón se derrumbará como las huestes jotuns ante los ejércitos de seda...

Iván la abrazó. No gozaba del contacto con su mejor amiga desde hacía tres años, y era como un bálsamo que le recordaba que estaba *allí*, de verdad, y que el retorno al hogar no era un sueño del que despertaría en una horrible zanja.

—Hesión está perfectamente, no te preocupes. Ninguna lanza ni flecha ha logrado penetrar su coraza en estos tres violentos años.

Y esas fueron las palabras más maravillosas que la sacerdotisa pudo escuchar. Cuando se tranquilizó, le concedió tiempo a Iván para que se fuera explayando.

—Estas últimas semanas han sido una locura. Conforme nos íbamos alejando de la frontera, los hombres se sentían más seguros y la impaciencia por ver a sus familias crecía. Las postreras cien millas los trajimos a corso, remudando las bestias a fin de no perder tiempo en darles forraje y descanso. Sin embargo, hace dos noches interceptamos a un jinete con divisa de la ciudad de Svalensko que se dirigía por caminos secundarios hacia la capital. —Iván se sentó en la base de una de las estatuas. Ánforas cubiertas de barbotina negra que el ceramista había raspado para crear figuras de animales, eran el único elemento decorativo que retaba la simplicidad del mármol—. Aquel desdichado estaba herido, y no por una caída fortuita del caballo, sino por una flecha de las que usa el Ejército Negro. Nos cansamos de verlas en Yakra.

—¿El Ejército Negro? —se sobresaltó Eithne—. ¿Hay enemigos cerca de Svalensko?

—La historia no es demasiado creíble. Aquel correo moribundo nos dijo que llevaba un mensaje para el rey, suplicando ayuda para las ciudades fronterizas, pero que le había sido robado por sus asaltantes. Svalensko es nuestro principal bastión defensivo, pero la frontera es tan vasta que solo con sus tropas no cubriríamos ni un tercio del perímetro.

—Lo imagino, pero... ¿por qué es poco creíble?

Iván sonrió.

—Si tienes vagar para oír los anales de nuestros trabajos, Eithne, debo advertirte que antes de que yo acabe la Diosa extinguirá la luz del día.

—Me conformaré con unas migajas. Después de años sin tener noticias, unos relatos breves no me harán daño.

—Como desees. —Se cruzó de brazos—. Tras la derrota de Yakra, lo siguiente que suponemos hará el Kan será reunir tropas, no enviar a las pocas que tenga cerca de la frontera en una acometida suicida. Ojalá me equivoque, pero son más de veinte los pequeños países que, bien en este continente o allende los mares, sufren su tiranía. Si los llama a todos para que luchen a su lado en una gran ofensiva, ni siquiera las audaces tropas del rey podrían hacerles frente.

»Al principio pensamos que aquel jinete moribundo deliraba, y que lo que en realidad le había atacado era una banda de salteadores de caminos, pero esa flecha... Por la Diosa, las plumas de cuervo de las saetas yunk son inconfundibles.

—¿Y Hesión? —interrumpió Eithne. Su capa de terciopelo caía hasta el suelo en lánguidos pliegues, y temblaba como una segunda piel—. ¿Qué tiene eso que ver con su ausencia?

Iván se rascó la barba. La tenía estropeada, como si se la hubiera lavado durante semanas a base de restregar pedazos de hielo tras perseguir a los piojos con la punta de un cuchillo. Eithne sabía que esas condiciones no eran ni de lejos las peores con las que lidiaban los soldados en las largas campañas.

—Ya le conoces. En lugar de enviar a alguien a la última parada de postas para comprobar si la historia de los yunks era cierta, decidió ir él mismo. Yaroslav se alegró mucho de esa decisión, huelga decirlo...

—Sí, me lo imagino —suspiró ella—. Pero ha obrado mal. No solo ante mí, sino también frente al rey. Su deber era informarle del resultado de la campaña, y no perderse en los caminos en pos de nuevos misterios. Además, Magnus no se atreverá a invadirnos si ha perdido una ciudad tan importante como Yakra.

—Podría —rebatía Iván—, si sus espías son lo suficientemente veloces como para llevar la noticia de nuestra actual debilidad a su palacio.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no he dicho que los derrotados en Yakra fueran los Kanes.

Una réplica saltó a la garganta de la princesa, pero nunca se materializó.

Sus ojos se clavaron en una figura que se recortaba en el umbral, una silueta llagada de luz, de espaldas anchas pero cansadas, melena despeinada y brazos muy musculados; un mentón liso, sin la barba de prestigio que solían usar los hombres de su rango, y unos ojos que encontraban una fuente de luz para seguir brillando incluso sumidos en la más profunda de las tinieblas.

Todas ellas armas que habían hecho prisionero a su corazón sin derramar una gota de sangre.

—Hesión...

El hombre se despegó del quicio y caminó hacia ella. Sus ojos, defendidos por almenaras de ojeras que afeaban su cara, se dulcificaron ante la visión de Eithne.

El espacio que había entre el general y la princesa parecía enorme, pero se consumió muy rápido. Iván apartó sutilmente la vista de aquel abrazo. Estaba tan feliz como ellos de verlos reencontrarse, pero acababa de convertirse en el tercero de la multitud.

—Os dejo solos —dijo, y salió cruzando el pronaos.

Cuando los pasos de Iván ya retumbaban en la distancia, Hesión acarició el cabello de su amada.

—Te he echado tanto de menos...

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Eithne, que se fundió con él en un largo beso, esgrima silenciosa del amor donde las lenguas se entrelazaban buscando la sumisión del otro, una bandera que ya estaba rendida. Los labios cambiaron de forma y textura para acomodar toda clase de sensaciones, algunas en las que ocurría todo, otras ansiosas de nada.

Hesión buscó con las manos el calor de su cuerpo, la inmediatez de su piel. Había soñado tantas veces con tenerla allí, tan cerca como para que su perfume eclipsara todas las demás circunstancias del mundo, que ahora no sabía por dónde empezar. Quiso abarcarlo todo con aquellas manos, la cara, el cuello, los brazos, la cintura... pero Eithne le puso un dedo en los labios.

—Aquí no, mi amor. Este es un lugar sagrado.

—No sé si podré esperar a tenerte en otro sitio —objetó. Luego se apoyó en la pared—. Estoy agotado. Te suplico que me perdones por no haber enviado un mensaje que explicara mi tardanza. Tuve que confiar en que Iván te lo contara en cuanto te viera.

—Iván... no sé dónde estarías ahora si no fuera por él.

—Eso mismo me he repetido infinidad de veces.

—No tenemos mucho tiempo, cariño: los postulantes están a punto de llegar para la ceremonia del...

—Que esperen.

Tras el siguiente (y larguísimo) beso, ella preguntó:

—¿Cuántos deberes urgentes estás dejando de lado por tenerme entre tus brazos?

—No los suficientes.

La princesa se apartó. Hesión notó el gélido vacío que dejaba.

—Hesión, debes cumplir con tus compromisos antes de que alguien importante te eche de menos. No me gustaría que corrieran más rumores sobre nosotros.

—*Ya* me echa de menos alguien importante. La persona más importante del mundo.

Eithne se ruborizó.

—Sabes a lo que me refiero, tonto.

Hesión le acarició una mejilla. Ella recostó su cara contra la poderosa mano, endurecida de tanto blandir espadas.

—¿Cuándo acabará esto? —preguntó el general—. Estoy tan cansado de tener que verte a escondidas...

—No lo sé. Ya conoces lo difícil que es para mí, pero el prestigio de mi familia depende de las formas. Hasta que mi padre no vea restaurada su posición por medio de mis méritos, no podrá concederle mi mano a ningún pretendiente.

Hesión le lanzó una mirada traviesa.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántos pretendientes tienes?

—Muchos. Están tus dedos, tu boca, tus caricias...

Un crujido los sobresaltó. Las puertas del cella se habían abierto, y una procesión de religiosas entraba en la cámara escoltando a los nobles a los que iban a ungir. El hedor de los toros que serían inmolados, para que la sangre cayera como una lluvia purificadora sobre los postulantes, irritó sus fosas nasales.

—Te espero esta noche en mis aposentos —dijo Eithne, con prisa. Le costó horrores separarse de él, casi más que hacía tres años—. No te demores ahora, pues el rey te aguarda.

—Subiré a tu alcoba aunque tenga que derribar las puertas con un ariete.

—Olvídate de tu ejército por una noche —sugirió ella—, y ven solo.

Eithne cruzó el pórtico aprovechando los últimos vestigios de su voluntad. No vio salir a Hesión por el corredor lateral, pero se lo imaginó apretando los dientes, furioso por tener que capitular ante el único enemigo que no podía vencer con la espada: las normas sociales, el protocolo que debían observar las familias menores para tener algo de peso, aunque fuera simbólico, en la asamblea de los gosti.

Cuán fáciles eran las cosas en el campo de batalla, donde el honor de un hombre se medía por la fuerza de su brazo, en comparación con el frustrante laberinto de influencias de la capital.

Eithne se alisó la túnica para borrar la arruga que la mano de Hesión había dejado en su nalga, carraspeó para fortalecer la voz, y entró en el cella.

La gran cámara estaba atestada de gente. Los rayos de Sol que se filtraban por los ventanucos se cruzaron, espadas en combate, robándose unos a otros un lugar en el que descargar la rabia.

Las acólitas de la escolanía le ofrecieron las varas de liturgia. Eithne las apoyó contra su pecho mientras repasaba la fila de nobles. Era interesante saber quién había venido. El ungimiento estaba reservado a las familias que habían aportado un gran capital para financiar las campañas, en forma de oro o de hijos, y era una manera de premiarlas reconociendo sus esfuerzos.

La dimensión religiosa de la ceremonia solo era trascendente para unos pocos: con el transcurso de los años se había convertido en un mero evento social, una puesta de largo donde el arúspice entonaba hermosas palabras. Pero Eithne sabía que Oxana jamás la prohibiría, dada la generosidad de las donaciones que corrían parejas a cada ungimiento. Por cada toro que moría, las arcas del templo engordaban en la misma proporción.

Las flautas llenaron el silencio. Un aedo se humedeció la garganta y tensó la voz, que aplicó a una canción llena de tristeza:

*Buscadlos,
en el amor y en la pena,
en la nostalgia y el olvido,
a los niños que se fueron
a los ríos sin atadura
en el nuncio del destierro
que aparece en la neblina.*

*Sean las tormentas vagabundas
y los pórticos que abrazan senderos
no a mucha distancia de los nombres
la volandera Muerte desgrana
mil faroles que el viento apaga.*

*Vertida estrella, juez de los pesares
que guías desde la espesura
a la nao que ara los mares
cual caballo cuatralbo
que galopa en las llanuras.
Mas en la distancia y el tiempo
de vestir tus nombres anhelo
del amor de los hijos perdidos,
de olas que al mar volver supieron*

para rendir tus noches a otro cielo.

Cuando el silencio absorbió la última nota, el bardo cedió su lugar a los nobles. Entre tal procesión había broches de oro, capas de terciopelo tramado, teselas de plata y finos encajes de seda. Ni una sola espada, pero sí bastantes armas de otra clase.

Los andares de la mujer que encabezaba la fila delataron su juventud. Cuando se desprendió de la capa, mostrándose ante todos como había venido al mundo, Eithne ahogó una exclamación.

Era la princesa Cordelia, hija del rey Maximilian, una mujer que no se prodigaba en tales ceremonias. La última vez que había pisado en calidad de postulante aquellas salas había sido una década atrás, cuando era niña. Verla allí, con su carne expuesta ante la Diosa y ante los hombres, exhibiendo sus fastuosos diecinueve años y su rasurado pubis (uno de los requisitos para la ceremonia era que el postulante solo tuviera pelo en la cabeza), hizo que más de un testigo soltara una exclamación de asombro, y que las acólitas le apartasen el mejor de los toros.

El pardo semental fue colgado de unas cuerdas en el centro del cella, frente a la estatua de la Diosa, tras lo cual la princesa se situó en una pequeña concavidad que había debajo. El animal bufaba de pánico, luchando por su libertad mientras los tenaces garfios sujetaban su cornamenta.

La olvhami, sacerdotisa encargada del sacrificio, frotó contra la panza del animal un afilado machete.

Eithne se preguntó a qué venía este golpe de efecto de la princesa, y más tratándose de una persona de su rango. Cordelia era, sin lugar a dudas, una mujer intrigante, capaz de esconder misterios dentro de acertijos y revestir estos de elaborados enigmas. Eithne solo la había visto en persona en dos ocasiones, y en ambas Cordelia se las había arreglado para dejar constancia de su absoluta superioridad, tanto jerárquica como mental. La princesa había heredado la delgadez de su padre, aunque todavía era una cabeza más baja que él. Tenía su misma majestad, y una mirada penetrante que desarmaba al oponente más templado.

—Mi señora. —Eithne ensayó una reverencia—. Es un honor daros la bienvenida a estos sacros salones.

—Nadie nos concede mayor honor por estar aquí que la misma divinidad —respondió la princesa—. Pero estoy perpleja. Tenía entendido que iba a ser la suma sacerdotisa la oficiante de la ceremonia.

Una arruguita rompió la perfecta simetría de sus cejas.

—Eh... la tradición dicta que cante en soledad sus endecasílabos —aclaró Eithne—. Así derramará gotas de su propia sangre para asegurar la purificación de...

—Es igual. Proceded. —Aquellos ojos centelleaban regios. A ninguna de las dos se le escapaba que ambas poseían el título de princesa, aunque el de Eithne no valiera nada.

La sacerdotisa ordenó a las acólitas que se prepararan. Los cánticos fueron entonados, los presentes se arrodillaron ante la colosal estatua de la Diosa^[9] y las plegarias se entretejió con una celosía de ecos.

Eithne cerró los ojos, respiró profundamente y entró en comunión con el Alma, la preternatural esencia de las cosas que le permitía obrar pequeños milagros, destellos de la magia que usaban las potencias para dar coherencia al universo.

No supo por qué, en ese instante el nombre de Hesión retornó a su mente.

—Envolvámonos en la noche inmortal, cumplidos los tiempos debidos a los sueños, que conceden a las preces de una madre que no las quebrante ninguna travesía —rezó Eithne—. Roguemos para que el numen de la Diosa nos guíe y purifique a través del Éstige, pues suya es la potestad de hacer arder el Sol y subyugar la fragua de las tinieblas.

La princesa coreó:

—Yo, Cordelia I hija de Maximilian, glorioso adalid de los heucanitas^[10], Espada al Viento, deseo dibujar los sonidos de mi corazón sobre un lienzo impoluto, para que la Gran Madre se apiade de su sierva y los haga realidad.

Una jovencita entró momentáneamente en la pila y depositó una jarra a sus pies. La princesa escribió unos ruegos en un trozo de pergamino y lo introdujo ella misma dentro de la jarra, donde unos carbones lo reducirían a cenizas.

Esta era la señal que esperaba la olvhami. De un experto tajo destripó al toro, cuyas vísceras bañaron por completo a Cordelia en una violenta explosión de sangre. El animal gimió y sus ojos se volvieron blancos.

Convertida en una estatua carmesí, y utilizando como tinta la sangre y como pluma los intestinos, la princesa dibujó en el suelo unos símbolos cabalísticos. Luego miró a Eithne. La sangre parecía haber inundado también sus pupilas, saturándolas del escarlata de la vida.

Había un secreto sobre la ceremonia que las sacerdotisas se esforzaban por mantener oculto, hasta tal punto que nunca había sido escrito ni revelado a ningún lego. No figuraba siquiera en los libros atesorados en la Gran Biblioteca de Sikandar. Era un misterio referente a la comunión con el Alma,

momento en el cual la sacerdotisa se fundía con el espíritu de todos los presentes.

—¡Diosa! —exclamó Eithne. Con muchos vaivenes le palpitaba el corazón, pues la textura de los besos de su amado aún anidaba en sus labios, pero cuando rozó el Alma de la Diosa... todo cambió.

Llegó el sosiego, y pudo ser partícipe de muchos secretos que instantes después olvidaría. Entre ellos la palabra que Cordelia había garabateado en el pergamino, enmarcada dentro de un símbolo de muerte.

El nombre de su hermano mayor, Azov.

3

Resultaba asombroso cómo cambiaban los lugares con el paso del tiempo. Casi tanto como las personas, aunque las diferencias fueran más sutiles.

Una falta de concordancia con sus recuerdos aquí, un fallo de perspectiva allá, un elemento decorativo que antes no estaba... y todo parecía distinto. Como si los lazos que unían los sitios a los hechos que antaño sucedieron en ellos se aflojaran por el desuso.

Hesión lo notó en cuanto puso un pie en el palacio. Miraba sus botas, pues lo que las rodeaba (todo aquel nimbo impoluto de jaspe dividido en hexágonos) no casaba en absoluto con ellas. Tenía la sensación de que lo iban a castigar por mancillar con el polvo de los caminos un lugar tan perfecto.

Anduvo por pasillos que parecían no tener fin, engalanados con frescos y esculturas. Se sintió vigilado por ojos de piedra y apuntes de caseína en los lienzos, pero en ningún momento escuchó una ovación de bienvenida. Ni uno solo de aquellos guardianes de la memoria, atrapados en mezclas de apresto y pinturas al temple, alzó la cabeza para saludarlo.

Hesión, campeón del Gran Reino, conquistador de la ciudad de Yakra y vencedor del Kan, volvía a casa.

Cuánto le gustaría creerlo.

Los centinelas de la Guardia del Águila se le cuadraron al paso. Eran soldados de élite, curtidos en batallas contra los jotuns y otros «problemas internos» del país. Hesión mismo los había entrenado en los años anteriores a la partida hacia Yakra, cuando sus obligaciones incluían supervisar las defensas del palacio. Había sido un líder duro, despiadado en ocasiones, pues era lo que su señor demandaba: solo los más fuertes y leales merecían ser los protectores del rey y de su familia.

—Mi general —se cuadró uno de los guardias, la barbilla tan separada del suelo que parecía que se le fuera a despegar de la cabeza.

—Anúnciame a tu amo —dijo Hesión.

El hombre desapareció tras una puerta y transcurrieron unos segundos, que el general aprovechó para pasar revista. Recorrió la fila de soldados y pulsó con el pulgar la verticalidad de las lanzas.

Fue la propia voz del monarca la que lo invitó a entrar:

—Pasa, general.

Hesión se armó de valor y franqueó el umbral.

La sala de terciopelo no era llamada así por la decoración, pues no había telas de agradable tacto colgando de las paredes, ni alfombras o tapices que la protegieran del frío. La única fuente de calor era una chimenea excavada en uno de los muros de piedra. Los mampuestos, sin sujeción a escuadra, formaban unas paredes rudas pero extrañamente acogedoras. La piedra negra relucía como si estuviese mojada, y sus facetas parecían talladas sin concurso de la mano del hombre. Al fondo, tras una mesa, una puerta daba a una balconada con balaustres de hierro^[11].

Y en el centro de la estancia había un hombre.

El anciano estaba sentado frente a un plato de frambuesas, un manjar imposible de conseguir por aquellas calendas. Pese a su edad, seguía siendo tan alto como Hesión. Su cabello había capitulado ante una ralea cana que, como una sombra, le colonizaba el rostro. Sus pétreos rasgos le daban un aspecto de asceta, de halcón peregrino.

El monarca clavó los pozos azules que tenía por ojos en Hesión.

—Bienvenido, general. Esta casa se honra en recibirte.

Hesión clavó una rodilla en el suelo.

—Mi señor, antes de presentaros mi informe creo que os debo una disculpa. Debí de...

—... De estar aquí esta mañana, en el desfile, para compartir el cariño que te profesa el pueblo —le reprochó el monarca—. Eso es tan importante como la misión pacificadora en sí misma. La gente necesita ver a sus campeones.

—No tengo excusa, alteza, salvo quizá un ánimo desmedido por rematar los flecos de esta compleja misión. Nada me colmaba más de felicidad que saberme cerca de la ciudad santuario, tras tantos años de brutal campaña, pero los rumores sobre una incursión yunk en nuestro territorio turbaban mi espíritu.

—Álzate, Hesión.

El guerrero besó la mano de Maximilian y permaneció firme ante la mesa, mientras el rey se entretenía con la comida. Los frutos con forma de sombrero destacaban contra el oro pulido del plato.

—Hace un rato hablé con Yaroslav —dijo el anciano—. Me confió su preocupación por los movimientos yunk cerca de la frontera, y también en las inmediaciones de Svalensko. ¿Podría ser esa ciudad la puerta de entrada para una expedición de castigo de Magnus? ¿Han trepado sus legiones haciendo zigzag por los valles del Urianhai hasta acantonarse al Norte de Sikandar?

—No lo sabemos con certeza. Solo son confesiones arrancadas a prisioneros capaces de decirnos cualquier cosa con tal de conservar la vida.

—Pareces dudar del buen juicio de Yaroslav.

—En absoluto. Le encargué que os detallara los pormenores de nuestro viaje si yo no llegaba a tiempo —explicó el general—. Espero que su informe haya sido tan completo como... —tanteó la expresión— satisfactorio.

—¿Satisfactorio? —El monarca rio por lo bajo—. Sabes muy bien que una cosa es aparentar que se regresa victorioso de una guerra, paseando banderas y exhibiendo triunfos, y otra muy distinta el haber ganado esa guerra. Esta mañana, Hesión, me he vestido con mi mejor capa, me he ceñido la corona, he salido ahí fuera —señaló al balcón—, y he aguantado mi espantoso dolor de garganta para ensalzar vuestra proeza. La ciudad lo celebra con varios días de festejos, y todos son felices. Pero sé sincero, ahora que nos ampara la privacidad de estos muros. —Se metió unas bolitas moradas en la boca—. Quiero oírlo de tus labios. ¿Qué pasó de verdad en Yakra?

Hesión bajó la vista. Yakra. Todo comenzó la primera vez que oyó ese nombre. Una ciudad fronteriza de los Kanatos, un puerto comercial de primer orden y apenas defendido por un par de regimientos. Desde que aprendió cómo funcionaban los entresijos del arte de la guerra, Hesión supo que esa ciudad se acabaría revelando como lo que en realidad era: una trampa mortal, un caramelo emplazado cerca de los dominios del rey por su mayor enemigo, el Gran Kan Magnus, como quien tienta a un león con un pedazo de carne.

Hesión se recordó a sí mismo, en un pasado tan lejano que parecía un sueño, estudiando un mapa más o menos fiable de la frontera y riéndose ante lo ingenuo de aquel cebo. ¿De verdad pretendía Magnus que cedieran a la provocación y fueran los primeros en atacar? ¿Qué ganaría con ello, con semejante pérdida de vidas y recursos, de cara a su propia gente?

El Gran Kan no necesitaba excusas para invadir el reino vecino, si era eso lo que pretendía.

Hesión lo había visto venir con mucha antelación, así que no se sorprendió el día en que le ordenaron que se presentara ante el rey. Había empezado una nueva campaña de anexión de territorios, a despecho del Kan, y la primera ciudad en ser conquistada sería... Yakra. Le costaba creer que los militares sucumbieran con tanta facilidad a la ambición por una victoria fácil.

De nada sirvió que protestara en medio de la sala de guerra, elevando su voz por encima de las risas de los generales, que no entendían por qué debían mostrarse precavidos si su superioridad militar estaba fuera de dudas. Hesión trató de explicarles que en realidad *no sabían* cómo estaban las cosas en el interior de los Kanatos, ni cuántos países sometidos podrían acudir en ayuda de Magnus si este los convocaba.

Circulaban rumores, sí, informes imprecisos sobre el potencial militar del enemigo y sus recursos, pero nada era seguro. Nada se sabía a ciencia cierta. Magnus era un rey legendario que gobernaba en los países costeros desde hacía generaciones, y ya era temido en tiempos de Arkadi, el abuelo de Maximilian. Debía de ser muy anciano, si es que seguía vivo. Y el conjunto de países que lo veneraban, aunque tuvieran mayor densidad de población, en realidad no sumaban ni una tercera parte del territorio del Gran Reino.

Pero Hesión sospechaba que había algo equivocado en todo aquello. Un profundo error de base que acabarían pagando caro.

Rememoró los largos meses de atrincheramiento en Yakra, el hambre y la miseria que anegaron la tierra al envión de los ejércitos. Cual lobos que en mitad de la noche acechan la majada, espoleados por el hambre que requema sus fauces, así los Kanos asediaron a los resistentes. Se aparejó el bronce, se blandieron los dardos, y los norteños aguardaron el momento del ataque bien apercebidos en los alminares.

Cuando la soldadesca golpeó los muros, inflamada por sus ansias de liberar la ciudad, lo hizo armada de negras teas, humeantes tizones que convirtieron la noche en un mar de fuego.

No de otra suerte ardió en ira el Plento, la antigua región de Yakra a la que despojaron de identidad y nombre las huestes de Arkadi. Mucho más que sueños se perdió en la cruel guerra, y ahora que Maximilian trataba de recuperar lo que pensaba que le pertenecía por derecho, eran los jóvenes quienes saldaban su deuda en carne y sangre.

—La lealtad que debo a la bandera no me permite criticar los esfuerzos militares de mi país —dijo Hesión, intentando ordenar sus pensamientos—. Pero mi corazón me impulsa a denunciar ciertos comportamientos atroces de

mis subordinados, que jamás debieron darse en una batalla regida por el honor de sus capitanes.

Maximilian levantó la vista del plato.

—¿Qué comportamientos?

—Yo... confiaba en que Yaroslav también os hubiera referido esa parte.

No tuvo más opción que recordar los días de la invasión, cuando las tropas de Yaroslav fueron las primeras en alcanzar Yakra y en traspasar sus murallas de adobe. Durante más de ocho jornadas hicieron de las suyas en la urbe, sin control ninguno por parte del mando supremo, y el resultado...

La voz se le quebró al relatar las atrocidades que vio cuando las tropas de refuerzo, comandadas por él, llegaron al noveno día. La ciudad estaba anegada en llanto. Yaroslav había quemado vivos a todos los hombres de Yakra, fueran militares o comerciantes civiles, y luego ordenó a las tropas que violasen a las mujeres y a los niños, antes de colgarlos a ellos también de las ramas de los árboles. Hesión vio soldados (de su propio país, no las bestias yunk de las que tanto le habían hablado) vestidos con pieles de jovencitas y cocinando fetos recién arrancados a sus madres. Las provisiones se acababan, arguyeron con un encogimiento de hombros.

Cuando pidió explicaciones a su capitán por lo ocurrido, Yaroslav se echó a reír y alegó que los Kanes habrían hecho lo mismo con sus compatriotas, si hubiesen tenido la oportunidad.

Hesión sintió revolvele la ira en sus entrañas, y por el amor de los Dioses Volos y Lesbos que le habría formado un consejo de guerra allí mismo, de no ser porque los yunks, en justa represalia, cabalgaron en aquel momento contra la ciudad. Hesión tuvo que confiar en Yaroslav y luchar codo con codo junto a él durante las siguientes semanas, pero su corazón aún sangraba por la afrenta.

Desde aquel momento Yaroslav sería «el carnicero de Yakra». Y se juró que iba a hacerle pagar por sus atrocidades.

—¿Tiene que ser tan honesto un líder como para olvidar los lazos de sangre que lo hermanan con sus subordinados, y condenar estas acciones en tiempo de guerra? ¿Cómo podremos borrar de nuestra conciencia tal desdoro? —preguntó Hesión—. ¿Tengo que ser sincero a la fuerza, aun cuando la vergüenza que medra en la memoria me impele a ejecutar la sentencia contra ese carnicero?

Maximilian se limpió la boca con los dedos, y los secó en el pelo del perro que dormitaba a sus pies. El animal ni se inmutó; su pata intentó llegar hasta una oreja, pero solo rascó el aire.

—General Hesión —explicó en tono paternalista—, ¿conoces la historia de...? —Buceó en sus pensamientos y los desechó—. Bah, es igual. Iba a ilustrarte el ejemplo con una fábula, como hago cuando les explico algo a mis hijos, pero eres lo suficientemente listo como para entenderlo sin ejemplos. —Las cejas se le emborronaron—. ¿Estoy en lo cierto?

—Puedo entender muchos argumentos, mi señor, pero no aquellos que justifican el horror. Amparado por su bula de perdón, Yaroslav comete barbaridades sin nombre, sin que nadie ose...

—El horror nunca se justifica, Hesión, pero sí los métodos extremos que demandan los tiempos difíciles. Yaroslav actuó con suma dureza, no puedo negarlo, pero en aquel momento necesitábamos dejar un mensaje claro en Yakra: que el Gran Reino no se detendrá hasta conseguir sus objetivos, ni se doblegará ante la coacción de un grupo de países de segunda categoría.

—Pero incluso la guerra tiene reglas, mi señor —objetó Hesión—. Es un pulso entre hombres de honor, en el que los civiles no toman parte a menos que hayan sido reclutados para las milicias, y los niños nunca...

—¿Tú me amas, Hesión? —lo interrumpió Maximilian.

—¿Cómo?

El rey se retrepó en su silla.

—¿Me amas con toda la fuerza de tu corazón? ¿Amas a tu país?

Hesión volvió a doblarse en un profundo gesto de sumisión.

—Mi soberano lo es todo para mí —aseguró—. Lo único que anhelo en este mundo es seros de utilidad, y servir de igual modo a mi patria.

—Pues deja que el pasado se quede donde está, bien enterrado en las nieblas del tiempo, y goza del presente. No revuelvas innecesarios desmanes en contra del otro paladín que posee este reino, pues solo sobre vuestros hombros no puede descansar toda la gloria. —Afiló los ojos—. Necesito a Yaroslav. Ese hijo de una serpiente es la clase de espada que puede llevar mi voluntad a los territorios fronterizos. No puedo permitir que mis dos adalides se peleen en público por un asunto tan nimio como el honor.

—¿«Nimio»...?

—Olvídate de Yakra, es una orden —zanjó Maximilian—. Entiérrala junto con los demás cadáveres y disfruta de la breve paz que tendremos antes de que Magnus decida mover pieza. Estoy seguro de que hay alguna dama afortunada que te espera con el lecho ya caliente. No la defraudes.

El silencio se agrupó mientras el rey desarmaba una frambuesa, separando los granos con la uña. Un fino haz de luz se filtraba desde arriba, haciendo brillar sus anillos.

Hesión levantó la vista y vio las troneras de antepecho profundo que se abrían en los muros, espiando desde los nidales. Sabía que allí arriba se escondían arqueros.

—Os he dedicado mi vida, rey de reyes —murmuró—. Y cumpliré con mi juramento de amaros y obedeceros, pase lo que pase.

El rey escupió una pepita al suelo, que llamó la atención del perro. Hesión dio media vuelta y salió de la habitación. Ni siquiera respondió al saludo de los hombres que se hallaban enfrascados en el cambio de guardia.

El siseo del aire que se colaba por el balcón quedó flotando en la estancia como un punto y aparte.

4

El carruaje salió del palacio de noche, arropado por dos cuñas de caballería. El oficial de guardia ordenó a un correo ensillar a su animal y adelantar a la mayor velocidad posible al coche, para comprobar que la ruta estuviese libre de obstáculos. La hora intempestiva (era más de medianoche, y únicamente los centinelas y los encargados de mantener encendidos los farolillos recorrían las calles), así como la importancia del pasajero, solo auguraban problemas.

La carroza viró por una alameda donde había plantados árboles de caña, avanzó bajo los destellos de ventanas encortinadas y se detuvo frente a un callejón. Como el ocupante solo miraba a ratos por la ventanilla, la ciudad pasaba a su lado como una sucesión de ilustraciones.

El cochero presionó un pedal y una escalerilla se descorrió frente a la puerta del pasajero. Cuando esta se abrió, un delicado pie de mujer se apoyó en los peldaños.

El capitán del destacamento la escoltó a través del callejón, su mano apoyada en el pomo de la espada. Al final del pasaje se abrió un sesgo de luz en la pared. Un sonido de risas se escuchaba al otro lado, junto a una música cuyo hermanamiento con la melodía era pura casualidad. La taberna ni siquiera tenía nombre, solo el símbolo de un velludo miembro que, raspado en las baldosas del suelo, apuntaba hacia ella indicando su verdadera utilidad.

El adormilado portero se sacudió el sopor cuando la mujer, ataviada con una damasina negra, le dijo:

—Esta noche hospedáis a un cliente con el que debo hablar. Ya sabéis quién es. Traédmelo.

El portero asintió, nervioso, y desapareció por la puerta. Durante el breve lapso en que estuvo abierta, el hedor a humanidad, a sudor encastrado en las paredes, y los estratos de aguamiel que pudrían la madera surgieron como un latigazo y fustigaron la noche. La dama retrocedió unos pasos. El capitán permaneció frente a ella, protegiéndola con su vida de lo que pudiera atravesar aquella puerta.

A los pocos minutos salió otro hombre muy diferente al que había entrado. Estaba medio desnudo, y de sus brazos colgaban sendas jovencitas que no debían sobrepasar los quince años, empapadas en alcohol y con los pechos al aire. El hombre era corpulento como un buey, con un mapa de cicatrices que mostraba el cifrado de mil batallas.

Al ver a la dama, dejó caer a las furcias sobre un charco. Las chicas protestaron, pero al distinguir la insignia de la Guardia del Águila desaparecieron asustadas en el interior.

—Por lo visto, es mi noche de suerte —masculló el gigante.

—Capitán Yaroslav, hay una persona que desea veros —dijo la mujer. En comparación con él era tan menuda que parecía una niña—. Si hacéis el favor de acompañarme...

—Eh... claro. —Se sorbió el agüilla que le brotaba de la nariz—. Pero tengo una deuda ahí dentro que...

—Ya está saldada. Venid, no os demoréis.

Yaroslav no se molestó en comprobar que fuera cierto. Si su misterioso benefactor quería pagar la cuenta de los toneles de aguardiente que habían disfrutado sus hombres y de la media docena de jovencitas que habían pasado por su catre, mejor que mejor. Y si no... bueno, el dueño del local no se atrevería a denunciarlo, por su propio bien.

Se acomodó en el carromato. Yaroslav era tan alto y ancho que rozaba tanto el techo como las paredes del vehículo. Notaba un incómodo golpecito cada vez que las ruedas sorteaban un bache, por lo que se inclinó hacia un lado y adoptó una pose irreverente frente a la joven.

Esta lo miraba sin pestañear, con ojos fríos como el solsticio de invierno.

—¿Tengo derecho a conocer el nombre del insigne dueño de esta carroza? —preguntó el capitán. Pelaba capas de la joven con la mirada como si no hicieran falta manos para desnudarla—. Al menos decidme el vuestro, y no todo se habrá perdido.

—Os enteraréis cuando llegue el momento.

La mirada del guerrero se endureció.

—¿Y quién dice que el momento no es ahora, pedazo de furcia de...?

Miró por la ventana justo a tiempo de ver pasar una silueta colosal. El coche estaba cruzando por debajo de las alas de la inmensa Esfinge de Sikandar, un coloso de piedra que abarcaba con la sombra de sus extremidades buena parte de la bastida.

Enfrentada a las puertas dobles de la ciudad, la Esfinge era una reliquia de los tiempos del rey Arkadi, diseñada para ser el bloqueo definitivo de aquel acceso. Un avispa arquitecto había encajado la mole en unos canales practicados en el suelo, sobre los que podía desplazarse para sellar la ciudad en caso de extrema necesidad.

Pero para Yaroslav significaba otra cosa: que el carruaje estaba entrando en palacio. Eso tenía muchas implicaciones.

—Ah, ya comprendo... —mintió. Se llevó una mano a la boca y fingió un bostezo.

—Seguidme —ordenó la muchacha mientras se apeaba del coche. Entraron por una arcada que hacía nudos con el viento.

La persona que lo había mandado llamar no se retrasó. Un cirio bailó con la corriente de aire que escapó por una puerta. El hombre que entró en primer lugar era de mediana edad, corpulento pero sin llegar al grado de musculación de los maceros. Estaba vestido con calzones de estambre, jubón y botas lanudas, para protegerse del frío que se enseñoreaba de los salones nocturnos. Yaroslav lo identificó como un asesino perteneciente a los eskvarios, un cuerpo de guardaespaldas de élite.

Tras él hizo acto de presencia una mujer, con un andar regio y un saber estar que lanzaron una retahíla de mensajes sin que ella abriese la boca.

—Bienvenido, capitán —comenzó. Su sonrisa añadía una dimensión adicional a su cara—. ¿Sabéis quién soy?

Yaroslav se inclinó en una profunda reverencia. La borrachera desapareció como por ensalmo.

—Mi señora Cordelia, es un honor.

La princesa le tendió una mano y le ayudó a levantarse.

—Disculpad que os haya hecho venir de esta manera, con tanto secretismo... pero tengo algo importante que deciros, y tiene que ser dicho esta noche.

El guerrero pareció turbado.

—Yo... vivo para serviros.

—Lo cual me agrada, Yaroslav. No sabéis cuánto.

El grupo deambuló por los angostos pasajes que se abrían en aquella zona del castillo, muy distintos a los bellos salones de los pisos superiores. Estaban

caminando por el sistema nervioso de pasadizos y arterias que horadaba la muralla. Capiteles y gárgolas torturadas hacían de sustento a las nervaduras de los techos. Yaroslav se preguntó a cuántos prisioneros políticos habrían visto dar su último paseo aquellos ojos de piedra.

Cordelia se situó junto a él, abriendo la marcha. Detrás iban la sirvienta y el robusto guardaespaldas. La joven no despegó en ningún momento sus rapaces ojos de Yaroslav, hasta que acabó por volverse una molestia.

—¿Puedo preguntar a qué debo este honor, mi señora? —inquirió él, frotándose la nuca para espantar los ojos de los que iban detrás.

—¡No habléis hasta que no se os pregunte! —advirtió la sirvienta, irritada. La princesa levantó una mano.

—No te preocupes, Nizni. Estoy segura de que un caballero de la talla de Yaroslav sabrá observar los cánones de la cortesía. —Lo miró de soslayo—. Estáis en vuestro derecho de preguntar, aunque para seros sincera, no estoy del todo segura de que podáis comprender en toda su magnitud lo que estoy a punto de deciros.

—Yo... no soy bueno con las palabras, pero haré cualquier cosa que me pidáis. No necesito comprenderlo, solo escucharlo de vuestros labios y se hará realidad.

Cordelia emitió una tosecita, un discurso gestual ambiguo.

—Yaroslav, os voy a contar una historia de cuando era niña. Ocurrió hace mucho tiempo, cuando mi madre aún vivía. Mi padre construyó un jardín secreto en los campos del Palacio de Invierno. Era un lugar precioso, con azaleas, piceas y muchas, muchas flores. —Sonrió como si los recuerdos la transportaran a un entorno lleno de fragancia y color—. Me encantaba jugar con Azov en aquel lugar. Mis otros hermanos aún no habían nacido, así que aquel paraíso nos pertenecía solo a nosotros. —Trazó un camino sinuoso con el dedo en el polvo de una gárgola—. En un rincón había un pequeño riachuelo al que teníamos prohibido acercarnos, porque el agua estaba helada y mi padre temía que nos cayéramos dentro mientras jugábamos. Azov era un inconsciente, y saltaba de una orilla a otra con tal de hacerme rabiar.

Cordelia torció el gesto. Parecía como si su inocencia se midiera por el reflejo de aquel río que todavía guardaba en sus pupilas, con riberas de cristales sublimados y el brillo de una extraña tensión superficial. Un reflejo del que apenas perduraba un centelleo.

—En una ocasión Azov tropezó y se cayó dentro. El muy idiota se pasó tres días llorando, y a mí me castigaron por permitir que mi hermano mayor hiciera travesuras. ¿Sabéis lo que hice entonces?

—¿Cumplisteis las órdenes de vuestro padre? —aventuró Yaroslav.

—No. Me propuse domar al riachuelo, para volverlo manso y que respetara mis deseos. Reuní unas piedras de los alrededores y formé un caminito hasta la otra orilla. —No abrió mucho los brazos al ejemplificarlo, como si ya contase con la diferencia de perspectiva que había entre sus ojos de niña y los de adulta. El riachuelo debió de haber sido, en realidad, un salto muy pequeño—. Pero entonces surgió otro problema: no había forma de alinear las dichas piedras para que quedasen rectas. Desde cerca parecían estar bien, como las hileras de guapos soldados que nos rendían honores en los desfiles, pero en cuanto me alejaba veía alguna fuera de sitio. Me pasé horas intentando corregirlo, y eso es mucho tiempo para una niña.

La princesa se detuvo en mitad del pasillo. Realmente no parecía que estuvieran yendo hacia ninguna parte, solo caminando.

—Con el tiempo me di cuenta de que no eran las piedras las que estaban mal —concluyó—. Era yo la que no estaba bien alineada, y por eso veía el mundo torcido. Aun hoy en día soy incapaz de ver las cosas completamente rectas, como me gustaría que fuesen.

Yaroslav se sintió tan inseguro como ella, aunque no con respecto a las mismas cosas. Durante los periodos de entreguerras, el pueblo del Gran Reino había luchado por levantar su país, convencido de que la manifiesta verdad contenida en la filosofía del régimen ganaría la partida, pero ahora... al escuchar de boca de uno de sus dirigentes tantas y tan profundas dudas, empezó a sospechar que ese camino podía no estar tan planificado como el vulgo creía.

—No sé si os servirá de algo, mi señora —dijo con humildad—, pero en las largas batallas que he sostenido contra los Kanés he tenido la misma sensación. Hay momentos, sobre todo en las horas en que la noche ha caído y el silencio invade los campos, en los que puedes escuchar cómo la tierra reclama los despojos. Cómo los insectos empiezan a comerse a los cadáveres, la lluvia diluye la sangre y el mundo hace lo posible por limpiarse a sí mismo. Entonces yo también deseo con todo mi corazón que las cosas fuesen de otra manera, y rezo por tener la voluntad para cambiarlas.

—Entonces entendedís que el mundo a veces necesita un pequeño empujón para ser perfecto. Y que el deber de los gobernantes es dárselo para que todos, absolutamente todos los habitantes del Reino, sean felices.

—¿Acaso mi espada podría aportar ese grano de arena?

Cordelia desnudó sus dientes en una mueca.

—Sois un buen soldado, Yaroslav. Fiel y despiadado, sin nada que perder en este mundo ni en el otro. —Se estudió las uñas—. Eso os convierte en un peón fundamental en este juego, mucho más capaz que alguien tan dependiente de las reglas del honor como Hesión. —Aquello podría haberse interpretado como un insulto, pero en sus labios sonaba como el mayor de los cumplidos. Cordelia tomó aliento y dijo—: Se aproxima una época de grandes cambios, Yaros. Un tiempo en el que, mediados sufrimientos o pundonores, la faz del Gran Reino se trocará para adecuarse al futuro que tenemos pensado para él. Será una lucha desigual, y habrá que escoger bando. Os he mandado llamar esta noche para haceros una simple pregunta, aunque a estas alturas imagino que no hará falta formularla.

Yaroslav inclinó la frente en señal de sumisión.

—Podéis estar segura, mi dama, de que en mí encontraréis a un seguro servidor. Tanto si necesitáis que alinee las piedras que ya cruzan el río, o si lo que queréis es que añada otras nuevas, mi espada estará siempre a vuestro servicio.

Cordelia le dio unas palmadas en el hombro, con una familiaridad que desarmó los esquemas del capitán, y caminó hacia la salida de aquel laberinto.

—¿Lo ves, Nizni? Te lo dije: todo un caballero.

CANTO III

Recuerdos de Andurov

1

Desnudos, en la madrugada.

Había en el jardín del templo un acebuche plantado junto a un estanque, olivo de amargas hojas consagrado a un dios de los ríos; un árbol que los devotos acostumbraban a usar como lugar para sus ofrendas, suspendiendo ropas votivas de las ramas.

En honor a esta antigua tradición, Eithne se peinó los destrenzados cabellos y arrojó desde la ventana de la alcoba una cinta blanca, la misma con la que se había atado las sandalias durante la ceremonia. La vio caer lentamente hacia las ramas. La distancia era larga, pero confiaba en que si el árbol aceptaba la ofrenda, la atraería con un influjo que solo las plantas y la seda podrían entender.

En el último momento, cuando la cinta estaba a punto de besar la madera, un soplo de aire la lanzó lejos y cayó sobre la hierba.

—¿Qué haces? —preguntó el deiforme^[12] Hesión, revolviéndose en las sábanas. Sentía un picor entre los omóplatos que pretendía vencer frotándolos contra el catre, pero la estrategia estaba resultando un fracaso—. Ven a la cama. Necesito tus uñas de gata.

—Hace una noche magnífica. Puedo ver más estrellas que nunca allá abajo.

—¿Abajo? ¿Dónde pretendes encontrar estrellas, amor mío, si diriges tus ojos hacia la tierra?

—En la piel del estanque —sonrió Eithne. Su cuerpo brillaba con un perfil de claro de Luna—. Los peces comparten espacio con las constelaciones y las

esquivan en busca de comida. Nadan entre nombres de Dioses escritos con diamantes blancos.

—Yo no necesito bucear en los estanques para encontrar una estrella. Me basta con la que tengo aquí.

—Adulador. —La princesa se recostó a su lado, alivió su molestia y lo abrazó con fuerza. Era como si le faltasen pruebas para atestiguar que había vuelto de la guerra, y que estaba realmente allí, a solo una caricia de distancia —. Aún no puedo creerlo. Que esto esté pasando de verdad.

—Si te soy sincero, hubo momentos en los que yo también dudé sobre si regresaría o no.

Ella le revolvió el vello del pecho con los dedos. Tuvo que deshacer algunos bucles, pero al final todos los rizos acabaron peinados del mismo lado.

—No digas eso. Si por un segundo hubiese dudado de tu fe en mantener aquella promesa, me habría derrumbado. Y la poderosa y petulante Eithne, tan altiva ante los hombres, habría mostrado su verdadera cara de niña asustada.

—Esa no es tu verdadera cara, mentirosa.

Eithne apoyó la barbilla en su hombro.

—Qué seguro estás. ¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Eres la mujer más decidida que hay en Sikandar.

—Con permiso de Cordelia.

—La princesa es despiadada. Es algo muy distinto. Tú posees coraje y valor, pero bajo todo ello late un buen corazón. Si alguna vez hubo una niña asustada en tu interior, se perdió en algún recodo del camino que une la capital y las haciendas de tu padre.

Eithne dejó escapar la vista por la ventana. Su aleteo no produjo más sonido que el de sus pestañas.

—No soy tan fuerte como crees.

—Yo tampoco. —El silencio se prolongó unos instantes—. Te molesta que lo admita, ¿verdad?

Ella contestó haciéndole el amor de nuevo. Cuando acabaron, frágiles y desprotegidos bajo el viento nocturno, temblaron sobre el catre y se dejaron arrullar por la noche. Era embriagador sentirse tan desprotegidos, tan expuestos, tan... convencidos (como tantas otras veces) de que esta vez había sido la definitiva.

—«Atrapados entre sueños —recitó Hesión—, cuando el letargo abrumba nuestros párpados, se nos figura que pugnamos por salir de un agujero, pero el

áureo celeste está cada vez más lejos. En medio de nuestros conatos sucumbimos con doliente angustia, resignándonos a morar junto a los muertos».

—¿Qué poema es ese?

—Mi padre lo recitaba cuando se sentía triste. Recuerdo que mandó tallar las estrofas en el sobremanto de la chimenea, y que un día dijo «quiero que me enterréis bajo ellas». —Su tez se ensombreció—. No le hice caso. Yo quería que sus huesos descansaran a la luz de las montañas, no a la sombra de sus pesares.

—Amabas realmente a tus padres —se asombró Eithne—. A pocos hijos he conocido que sintieran con toda plenitud la fuerza de ese lazo.

—Todavía los amo. Visito su sepulcro en Andurov una vez cada pocos años, y si por mí fuera viviría en la antigua hacienda, cultivando la tierra en lugar de errar por el mundo segando vidas. Plantar y recolectar es el mejor uso que se le puede dar al bronce, no acabar de un tajo con la historia de los hijos de otros.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no dejas esta vida y vuelves a Andurov? Sabrías ser un buen amo de tus tierras.

Hesión le buscó los ojos por debajo del flequillo.

—El rey me necesita aquí. Los rumores de guerra son cada vez más sólidos, y sin nadie que proteja las fronteras los yunks llegarían hasta la capital antes de dos primaveras. Debo quedarme, por el bien de los pocos seres queridos que aún me esperan en mis montañas. Además —sonrió—, tú no me acompañarías.

—Lo haría en cuanto restableciera el honor de mi familia. El rey prometió a los reyes que aceptaría su vasallaje y eximiría a sus líneas de sangre de pagar el impuesto de herencia. Y juró que algún día verían restaurados sus derechos de cuna.

Eithne pocas veces hablaba de un asunto tan espinoso con tanta confianza, por lo que Hesión dudó si hacerla partícipe o no de su recelo. ¿Tales cosas había prometido Maximilian? Sí, y seguro que hizo hincapié en el «algún día». Devolver a las familias nobles los privilegios de antaño era una promesa tan vacua, un sueño tan irrealizable, que le asombró que su amada lo creyera a pie juntillas.

Ella debió de percibir su vacilación, porque cambió de tema.

—Me gustaría contarte algo. Pero antes tienes que prometerme que no me tildarás de loca.

—He visto a muchas personas locas en mi vida, y créeme, no te pareces a ellas.

Eithne se pasó la lengua por los labios. En ese momento hubiera deseado tener un gran abanico de pétalos de rosa con el que recoger el rocío de la madrugada, para verterlo en un cuenco y saciarse con su pureza. Pero claro, para ello también necesitaría las alas que, según la leyenda, la Diosa concedió al semental Aliojin^[13] para que fuera algo más que un corcel anclado a la tierra.

—Desde hace un tiempo... —El resto de la frase se le atragantó. ¿Qué versión de sus pesares debía contarle: la prudente, la verdad llana, la disculpa? Al final optó por la más sencilla—: He estado escuchando... una voz.

—¿Una voz?

Ella le apartó la mano, devolviendo el flequillo a su sitio.

—No sé de dónde viene ni a quién pertenece, pero estoy convencida de que es real. Me pide en sueños que haga cosas, que vaya a...

—¿Adónde?

—A un lugar muy especial. Nunca ha mencionado el nombre, pero comienzo a sospechar que... bueno, no sé cómo decírtelo, pero creo que sé dónde se encuentra. O al menos, dónde empezar a buscarlo. Es un enclave sagrado para nuestra religión cuya situación se perdió hace siglos. Un mito.

Hesión se sentó en posición de loto, acomodando la cabeza de Eithne sobre su muslo.

—Nunca he entendido esa especie de... lo que sea, llámalo comunión mística o don arcano, que poseéis las hijas de la Diosa. Pero me asusta.

—A nosotras también. ¿Crees que lo que me pasa tiene algo que ver con el Alma?

—Te contestaré con otra pregunta: ¿es una voz de verdad la que escuchas? Es decir, ¿la oyes con tus oídos?

Eithne se mordió el labio. Hesión examinó la diversidad de sus expresiones: cómo podía desgranar una sonrisa o una mueca de preocupación en cinco o seis matices distintos.

—No. Definitivamente no es humana. Resuena en mi cabeza y en mi corazón, pero nadie más puede oírla.

—¿Has pedido consejo a Oxana o al viejo zorro de Autólico?

—La verdad es que no sé cómo abordar con ellos este tema. No me resulta tan fácil como contigo. Se me escapan las consecuencias que podría tener una

noticia así. Cómo podría modificar, para mal, la manera como me ve la suma sacerdotisa.

—Y ese... lo que sea, te está pidiendo en sueños que vayas a alguna parte. Expresamente *a ti* —se preocupó Hesión.

Ella le acarició la mejilla, tranquilizándolo.

—No te inquietes más de lo necesario, amor. Ahora que te tengo de nuevo entre mis brazos, no pienso ser yo la que te abandone. Te lo prometo, por lo más sagrado sobre lo que puede jurar una sacerdotisa.

—La Diosa sabe que si nos quedamos en Sikandar, nuestras obligaciones no nos dejarán un minuto de respiro. Ni para estar juntos, ni para... —De repente enmudeció—. ¿Sabes qué? Vamos a hacer un viaje. Juntos. Ahora mismo.

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—¡A Andurov! —exclamó Hesión, entusiasmado como un niño—. Después de tres años de campaña, me merezco un permiso de unas cuantas semanas. Podrías alegar algún menester en esas latitudes, y así acompañarme. Oxana no se opondrá.

—Pe... pero...

—¡Andurov! —Hesión se dejó llevar por la nostalgia—. Imagina sus cumbres, esos dedos de granito que dispersan las nubes como si un dios hubiese peinado el cielo a contrapelo, y que apantallan una Luna que declina clara y luminosa. Imagina los senderos, engalanados de asnallo y gatuña, que trepan más escarpados en tanto desafían los repliegues de las estribaciones^[14]. —La imaginación talló las facetas de aquel recuerdo que sabía que no eran suyas—. Ivania, el palafrenero de mi familia, te proveería de los mejores corceles para pasear por esos caminos y conocer la tierra donde echamos raíces. ¡Venga! —la animó—. Acepta venir conmigo, por favor. Te servirá para reflexionar sobre esas voces de tu cabeza. Incluso podrías pedirle a tu sibadalla, esa chiquilla tan avispada... ¿cómo se llama?

—Anya.

—Eso, Anya. Puedes pedirle que nos acompañe, y así parecerá algo oficial.

Eithne se incorporó. Tanto entusiasmo le parecía maravilloso, pero poco práctico. Su amado trató de convencerla arguyendo mil y un motivos por los que un viaje como aquel ayudaría a cerrar la herida que había abierto la distancia, pero ella articuló un:

—Ah.

... Que no sonó demasiado convincente.

—No crees que haya herida que deba ser cerrada, ¿verdad?

—Después de lo que ha pasado esta noche, en esta alcoba, ¿tú crees que la hay?

—Solo piénsalo, por favor —suplicó el guerrero—. No tienes por qué darme la respuesta ahora. En cuanto amanezca pienso ir a visitar a Autólico para referirle los pormenores de la campaña. Sé que está componiendo un poema sobre Yakra, y no quiero que la primera visión que tenga sea la de Yaroslav^[15].

—Cuando le veas —suspiró la princesa, dedicándole aquella mirada desangelada—, pregúntale si una sacerdotisa ha pospuesto alguna vez sus obligaciones por acompañar a unas cuantas novicias en su viaje iniciático a los lugares sagrados. Si existe algún precedente en poesía o en los breviaros, me será más fácil justificarlo ante Oxana.

Hesión la besó apasionadamente.

2

La luz de un día pleno invadió la oscuridad de repente, sin que mediara ningún amanecer. La forma que tenía la piedra de Sikandar de atraparla, de jugar con ella y hacerla caracolear por los saledizos, era tan única como el aspecto que ofrecía la urbe cuando el Sol la golpeaba de frente, aplanando su silueta contra el horizonte.

Desde la primera vez que cruzó aquellos muros, Hesión había sentido una innegable fascinación por las callejas de casas torcidas que desembocaban en la bastida, con las gárgolas que vomitaban lluvia, los derrames espectrales a causa del gastado arcaísmo, las escaleras arqueadas a las que recurrían para conquistar los desniveles de la mota, y los accesos a torreones desconocidos.

La ciudad era a la vez un mausoleo y una residencia para los vivos, donde cada familia edificaba junto a su hogar el santuario de sus penates, y destinaba a él casi tantos recursos como los reservados para perpetuar la vida de los que aún no se habían ido. Esa mezcla de cultos, ese descabellado infijo entre polis y necrópolis, era lo que le confería una poderosa identidad.

Hesión estaba tan radiante como la mañana. Se despertó después que Eithne, se aseó y afeitó, y abandonó el templo sin llamar la atención. Se sentía un poco como si anduviera desnudo al llevar su brazo izquierdo a la cintura y no encontrar el familiar apoyo de la espada. Era un reflejo que había adquirido en el frente, donde la seguridad de un hombre dependía en gran

medida de lo cerca que ese pomo estuviera de sus dedos. Ahora, en tiempo de paz, no sabía qué hacer con esa mano.

Gastó un kópek en comprar una pieza de fruta con la que jugar, y así cambiar de hábito.

Dado lo temprano de la hora, era de suponer que Autólico se encontraría en la Gran Biblioteca. Como hombre dedicado al atesoramiento de la cultura en esos caducos pedacitos de tela llamados libros, Autólico se pasaba la vida encerrado entre anaqueles, repisas, alacenas, rinconeras y cualquier otra superficie capaz de sostener un códice. Él mismo olía a mezclas de pulpa y fieltro de borra, como si sus huesos se hubieran acoplado fundiendo aprestos y cola animal, como los incunables.

—Viejo zorro —dijo con una sonrisa, recordando la última vez que había hablado con el poeta. En aquel entonces, Autólico le aconsejó que no se embarcara en la campaña de Yakra.

Ojalá le hubiese escuchado.

El edificio de la Biblioteca era una obra de arte en sí mismo. Para diferenciarlo de la arquitectura a dos aguas propia de los templos, los constructores habían imaginado un domo gigante, un relicario que representaba la estructura celestial y que ascendía a base de círculos concéntricos. La imponente masa delataba la genialidad del diseño, pues... ¿qué mejor para sostener las bóvedas del conocimiento que la propia palabra?

Cuando Hesión entró en la sala principal, quedó asombrado por las columnas que imitaban el ramaje de los árboles. Las portadas de gabletes abruptos, los ápices agudos y las paredes curvas conducían la vista de una columna-árbol a la siguiente, espesándose en un bosque de arquitectura desquiciada. Era la palabra esculpida, el contenido de los libros traído a la vida para que sostuviera con fuerza los techos de alabastro.

Hesión aplaudió la genialidad de los arquitectos. Dado que el glagos, ancestral expresión escrita de la lengua del Gran Reino, se escribía usando trazos con forma de árboles, lo que habían hecho en aquel lugar era escoger versos de poemas inmortales para esculpirlos en la piedra que sostendría la bóveda^[16].

De este modo, si un visitante permanecía el suficiente tiempo mirando fijamente aquel bosque de columnas, acababa *leyéndolo*.

«*Juguete en las manos de un oribe, la existencia es una joya que brilla con la suma de nuestros anhelos*», le dijo una columna. «*Breve e irreparable es para todos el plazo de los días, pero alcanzar mediante sus hechos fama duradera, obra es de gran valor*», se atrevió a sugerir otra.

Hesión vagabundeó unos minutos entre sintagmas y saboreó el complejo léxico de las pilastras, hasta que halló el primer signo de vida.

La sirvienta era agradable como el frufú que hacía su falda. Al ver a Hesión se arrodilló y escondió las manos detrás del cuerpo.

—Mi señor —saludó.

—Deseo hablar con el maestro de sabios de la Biblioteca. ¿Se halla aquí, por casualidad?

—Aquí me encuentro, aunque puede que por poco tiempo...

Hesión vio materializarse un espíritu entre la columnata, el espectro de un anciano.

—Hesión, hijo mío, no sabes cuánto recé para que llegara este día —dijo Autólico, abrazando al guerrero—. Nunca abrigué dudas sobre si vendrías a visitarme, pero me preguntaba si quien ambos sabemos te dejaría escapar tan pronto de su alcoba...

—Yo también me alegro de verte, querido amigo. Y sí, me dieron un permiso especial para hablar contigo —rio—. ¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Siguen con la parsimonia de costumbre?

—Los asuntos de palacio van despacio, ya lo sabes. Gracias, puedes retirarte. —La sirvienta siguió con sus menesteres mientras ellos paseaban entre palabras gigantes—. A veces me gustaría recurrir a un aforismo distinto, algo más alegre que no disculpase la ineptitud de la realeza, pero...

—No digas esas cosas en voz alta. En ningún lado se está menos a salvo de oídos indiscretos que en la propia casa de uno.

—Cuánta razón llevas, amigo. Sobre todo en los tiempos que corren. Cada vez está todo más enrevesado, la gente ya no confía en la gente y el poder se ha transformado en un desquiciado laberinto. ¡Ya no sé si tengo potestad para hacer cambios en mi propia Biblioteca, o si alguien debe dar su aprobación para que me maneje en mi casa! —Se tiró de la barba—. Para colmo de males, me han quitado libros.

—¿Quitado? ¿Te los han confiscado?

—Confiscado, expurgado, retirado... la forma de decirlo es lo de menos. ¿Puedes imaginar una locura peor que esa? ¿Cómo puede alguien decidir si un libro es perverso? ¡Es como si una apestosa enfermedad pudriera los cimientos de estas columnas! —Movió la cabeza como un ave—. No sé... dicen que los ancianos recordamos con cariño los tiempos en que fuimos jóvenes, y que la nostalgia de la juventud nos hace confundirla con un falso recuerdo de prosperidad. Pero en este caso es cierto: los años que se fueron son mejores que los que vendrán, tenlo por seguro.

Entonces se dio cuenta de que aún no lo había preguntado.

—¿Para qué has venido, hijo, aparte de para saludar a esta momia achacosa?

—Me gustaría contarte la verdadera historia de lo acontecido en Yakra. El horror de lo que vimos allí... en ambos bandos. Y que la memoria eterna fuera justa por una vez.

—No sé si será necesario, pues no creo que complete nunca ese poema.

—Pero... —Eso le sorprendió—. Tenía entendido que era un encargo de la Corte. ¿No te castigarán si no lo compones?

Autólico rio.

—La única verdad a la que quiero ser fiel es que me quedan escasos años de vida, Hesión. Son pocos los versos que puedo componer antes de que mi numen se atrofie y las Musas dejen de susurrarme secretos al oído. —Le palmeó uno de los vigorosos brazos—. Tú todavía posees juventud y fuerza, pero yo sé que las gotas de tinta que puede derramar mi pluma tienen un límite, y ya comienzo a vislumbrar el desenlace de esa cuenta atrás. Quiero aprovechar estos últimos años componiendo un poema que realmente me llene el corazón; uno con el que honre a las personas a las que amé en vida. —Tomó aire—. Me gustaría contar la tragedia de todo un reino, la historia de este gran país a través de sus conquistas y sus derrotas, de sus héroes y sus demonios.

—Es un proyecto muy ambicioso. Demasiados hexámetros para arriesgarte a que lo tilden de perverso.

—Usaré a unas pocas personas para ilustrar los avatares de todas las demás. Rush, heucanitas, ustranianos^[17]... un mosaico de culturas y etnias muy complejo, que devendrá en todo un desafío. ¡Es casi tan difícil escribir sobre el Gran Reino como gobernarlo!

—Seguro que el rey agradecerá que emplees su insigne nombre en un proyecto tan grandioso.

—La verdad es que... —Autólico jugueteó con los dedos— estaba pensando más bien en tu padre, el sabio Orfías, y en su valiente hijo, el protector de los débiles y los huérfanos de la guerra. El héroe al que todos agasajan: Hesión.

—¿Un poema dedicado a mi linaje? —Pareció turbado—. ¿Por qué? No merezco que nadie afine métricas para contar mi gesta.

—No estoy de acuerdo. Las grandes trovas del pasado parten de hechos reales, de hazañas que personas que vivieron hace años llevaron a cabo por distintos motivos. Gloria personal, afán de lucro, exploración del mundo,

defensa de los reyes... da igual por qué haya sido, lo que importa es que la leyenda se perpetúa a través de los siglos. —Autólico recurrió a su mueca favorita—. No como esos malnacidos de la Corte pretenden, quemando manuscritos que nunca devolverán lo perdido...

Hesión se aproximó a un ventanal. Al otro lado, las formas sublimes del mármol dejaban paso a las más groseras de una porqueriza. Unos jovenzuelos amontonaban las heces de los cerdos y se metían los dedos en la nariz, mientras los porqueros conducían los animales en filas pestilentes.

Al ver a aquellos hombres altos y delgados, que bogaban con los cayados en un mar de pieles rojizas, un recuerdo vino a su mente. Por primera vez desde hacía años se acordó de una persona, un erudito caído en desgracia a quien él mismo se encargó de vender como esclavo a las porquerizas de Sikandar.

—Bashlenky... —murmuró.

—¿Cómo has dicho?

—¿Recuerdas al tutor de la Casa de Orfías, el maestro Bashlenky?

La mirada de Autólico se ensombreció.

—Hacía mucho que no oía ese nombre. Sí, claro que me acuerdo de él. Fue un prohombre de mente despierta, con dotes para la alquimia y la métrica. Entendía tanto de venenos y de sales curativas como del repertorio de fórmulas de la poesía oral. —Miró al paladín de reajo—. ¿Crees que seguirá vivo?

—Lo dudo. A veces he sentido curiosidad por bajar a las callejuelas más hediondas a comprobarlo, pero nunca me atreví. No sé si soportaría ver en lo que se ha convertido.

—Fue una lástima lo que le ocurrió.

—Te equivocas —contradijo Hesión—. Era lo que merecía, ni más ni menos. Jamás le perdoné que traicionara a mi padre.

—Pero reducirlo a la esclavitud y venderlo a una majada para el resto de sus días... ¿no crees que el castigo que le impusiste fue excesivo para alguien tan notable, un hombre que fue el responsable de tu educación? Sabes leer y escribir gracias a sus esfuerzos. Seguro que muchos enemigos que te atacaron con la lanza en los campos de batalla recibieron de ti un trato más piadoso.

—Cierto. Pero ellos tuvieron la dignidad de herirme de frente, sin subterfugios. Bashlenky atacó con la daga más envenenada que concebirse pueda, aquella que se oculta en la confianza de un amigo.

—¿Por qué te has acordado ahora de él?

Hesión se apartó del ventanal. Los rayos de luz improvisaban tornasolados juegos de luces en el pavimento.

—Tu oferta me ha recordado algo que me dijo Bashlenky una vez, cuando era niño. Fue una tarde de verano. Estábamos sentados en la cañada de Petrusk, frente a la cascada de Dhar.

—En los límites de la hacienda de tu padre.

—Eso es. Tú estuviste allí. No sé si tienes recuerdos de un árbol de hojas blancas que alguien había plantado en un cerro, con frutos en forma de media luna. No se conocía una planta semejante en ninguna de las haciendas. Lo cierto es que ninguna de las simientes de aquel árbol prosperaba en la tierra helada, así que cuando muriera ya no quedarían árboles argénteos que nos dieran a comer lunas. —Observó las filas de puercos por la ventana, pero ninguno de los esclavos que las conducían se parecía a Bashlenky—. Yo le dije que algo tan hermoso no merecía morir, por lo que juré que algún día cogería algunas semillas y me las llevaría lejos, en busca de tierra fértil.

—¿Y qué pasó?

—Que me hice mayor. Cuando abandoné Andurov, tras la muerte de mi padre —iba a añadir «y la traición de Bashlenky»—, olvidé aquella tonta promesa y dejé que el árbol se marchitara. No traje ninguna semilla cuando me alisté en los ejércitos del rey.

—A lo mejor todavía sigue allí. Ciertos árboles pueden ser centenarios.

—Lo dudo; aquella época... ya pasó^[18]. Bashlenky me dijo entonces que la valía de un hombre no era mensurable por lo fuerte que llegara a ser, ni siquiera por su inteligencia o sus conocimientos, sino por su capacidad para cambiar el mundo. Si yo cogía uno de esos frutos y lograba que germinase, ya fuera en Andurov o en alguna tierra lejana, me habría probado a mí mismo que en verdad valía como persona, y que mi paso por esta tierra habría servido para algo más que para causar dolor.

—Empiezo a comprender tus palabras —asintió el poeta—. No te sientes merecedor de homenajes, ¿verdad? ¿Es esa la verdadera razón por la que llegaste a la ciudad anoche, de incógnito, evitando los desfiles?

—Sí.

El guerrero estaba confuso. Había venido para relatar los pormenores de la campaña de Yakra al poeta y se descubría abriéndole su corazón. No era la primera vez, pero había rincones en su espíritu por los que prefería no transitar.

—Está bien, amigo mío. No seré yo quien te prohíba volcar tu divino talento en esas estrofas, pero si algún día escribes una elegía^[19] sobre mí, no

la bautices con mi nombre. Titúlala en honor a mi padre, Orfías. Él sí que fue una persona capaz de plantar un árbol fuerte en tierra lejana.

—Lo hizo, joven Hesión —convino el anciano, mirándole—. En verdad, lo hizo.

3

—Eso es, alineaos contra la pared. Os quiero firmes. Y espero, por vuestro bien, que no tengáis ni una arruga en el uniforme.

El pequeño destacamento de la guardia nocturna formó como había ordenado Nizni Menchikov. La jovencísima ayudante de cámara de la princesa se paseaba ante la fila de hombres como un capitán revisando las tropas, aunque estaba vestida con el delantal propio de su uniforme. Ninguno de los hombres, sin embargo, se atrevió a moverse cuando ella revisó sus atributos (deslizando la mano sin sutilezas por debajo de la faldilla de cada soldado) y sopesó cuál de ellos estaría a la altura del ama para esa noche.

—¿Qué nombre malgastó vuestra madre en vosotros?

Dos de los más recios guardias escondieron la barriga.

—Nadjov y Zhirri^[20] —respondió el más velludo.

Nizni pasó una mano por su robusto brazo, pero debió de encontrar algo que la disgustó, probablemente el olor, pues se apartó arrugando la naricilla. Ignoró también a su compañero y pasó al siguiente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al oficial, un joven apuesto de veinte años.

—Vahsnily Jrus, para servirla, mi señora.

—No es a mí a quien tendrás que servir hoy. ¿De dónde eres, Vahsnily?

—De la orgullosa tierra de Travia, cuna de lanceros.

—Lanceros... —Sonrió con picardía—. Interesante. ¿Es esta tu primera guardia nocturna, teniente?

El joven se sonrojó, imaginando las risas de sus compañeros.

—Eh... sí, me temo que sí, mi señora.

—Bien. Servirás.

La joven se retiró un instante. Cuando regresó, otra persona la acompañaba. Los susurros divertidos de la soldadesca (incluidas las bromas de los más veteranos hacia el joven oficial, que tendría que luchar para mantener erguido el estandarte de la Guardia esa noche) cesaron al instante.

Todos se cuadraron, esta vez de verdad, cuando la princesa apareció en el pasillo.

Iba vestida con un brial plisado y una capa de largas mangas, en negros que competían con la misma noche. Su cabellera estaba mojada, y se le derramaba sobre la espalda tras filtrarse por los paneles de una redecilla. Estaba agresivamente bella aquella noche, tanto que algunos de los soldados reaccionaron antes de que ella emitiera su dictamen.

—¿Cómo ves el panorama hoy, Nizni?

—No muy satisfactorio, ama. —Ponderó a los varones como si hubiera visto muchas filas idénticas a aquella, y señaló al teniente—. En mi modesta opinión, este es el mejor. Es el más guapo.

La princesa examinó a Vahsnily con una frialdad que lo hizo sudar. El joven pensó que lo único que faltaba era que le abriese la boca para mirarle los dientes, cosa que probablemente haría luego. Según los rumores, si había algo que Cordelia detestaba en un hombre era que tuviera los dientes amarillos.

—Uhm... no me desagrada del todo. Llévalo a mis aposentos.

Los compañeros del oficial sonrieron imperceptiblemente, deseándole suerte, mientras Nizni conducía a Vahsnily al corazón de la Torre del Homenaje.

En ese momento se escuchó el crujir de la madera y una puerta se abrió. Cordelia ordenó romper filas y dispersó a los hombres con celeridad. Su padre apareció, bostezando, con un candil en la diestra.

La princesa recurrió a una sonrisa mojigata.

—Padre. —Hizo una reverencia—. Deberías estar acostado. Las dependencias están más frías que de costumbre.

—Eso mismo podría decirte yo, hija —refunfuñó el rey—. ¿Qué haces a estas horas deambulando por los pasillos?

—No podía dormir. —Compuso una expresión de pura inocencia—. A veces me tranquilizo asomándome a los balcones y observando el cambio de guardia. Hay algo en su sincronía que, no sé por qué, me calma los humores.

—Ayer quisiste decirme algo antes de los oficios. ¿De qué se trataba?

—No sé si este será el momento más adecuado. Yo...

—Mañana, después de la ceremonia, tengo prevista una reunión con los mandos para decidir cuál será nuestra respuesta a la toma de Yakra. Sea lo que sea lo que te preocupa, no encontrarás mejor momento para decírmelo.

Cordelia apretó los labios. Una mezcla de dudas y preocupación religaba en su interior, pero sabía que tenía que contárselo ya, sin titubeos. Tenía que

afrontar el problema con decisión y con un cierto distanciamiento, o su padre sospecharía de intenciones ocultas.

—Padre —se aclaró la garganta—, he estado sopesando la posibilidad de acuñar mi rostro en una partida de monedas. Serían solo unas cuantas piezas de oro de poco valor, meramente para uso interno de los templos, pero...

—Imposible.

La categórica respuesta del monarca la cogió por sorpresa. No por la negativa en sí, sino por el énfasis que el anciano puso en la palabra.

Cordelia tragó saliva para que el tono de su voz no variara.

—No acierto a comprenderlo. ¿Tan terrible es que mi rostro aparezca como efigie en los kópeks, en lugar de los iconos de la ciudad y los decretos reales^[21]?

El monarca situó el candil junto a la cabeza de su hija. El disco que se proyectó contra la pared llevaba impresa su silueta, tal y como ella imaginaba las monedas.

—Eres una mujer inteligente, Cordelia, de eso no me cabe duda. Sé que algún día serás una magnífica consejera, pero no intentes ocupar un lugar que por derecho de sucesión no te corresponde, pues eso desataría mi furia de un modo como no has visto antes.

—No es mi propósito incurrir en tu ira, padre.

—Pues ten cuidado y pon más interés en observar las costumbres que en dar rienda suelta a tu ambición, o acabarás lamentándolo. Y yo también.

No quiso añadir más. Cordelia intuyó que seguir insistiendo sería un error táctico, así que se humilló mientras su padre regresaba con paso cansado a sus aposentos.

Por fuera, la princesa era un modelo de contención y de sometimiento a los deseos de su progenitor, pero por dentro bullía la rabia. Llevaba planeando la maniobra de las monedas desde hacía años, pero nunca imaginó que el rey se opondría frontalmente a la idea de ver a su hija en el anverso de unos pocos kópeks.

¿Tanto miedo tenía de que desbaratase el equilibrio de poderes de la línea sucesoria? ¿O es que, con toda la experiencia que le aportaban sus décadas de gobierno, era incapaz de prever los problemas que la coronación de Azov iba a causarle al Gran Reino?

¿Tan ciego estaba el omnipotente Maximilian?

Notando palpitaciones en la frente, Cordelia se retiró a sus aposentos. Allí la esperaban Nizni y el apuesto oficial, desnudos y extraviados entre las sábanas.

Cuando ella entró, Vahsnily se cuadró sobre la cama. Cordelia admiró sus músculos y sus atributos masculinos.

Cerró la puerta tras de sí. Aquel desdichado estaba a punto de pagar por la humillación a la que su padre la había sometido, solo que él aún no lo sabía.

Al menos, sería una última guardia muy placentera.

4

Iósif, el escriba favorito de Autólico, estaba desconcertado.

En una de las paredes de la Biblioteca, sobre un ancho sitial de piedra, un artista (de esos que se creían únicos pero compartían el aspecto de muchos, con la barba cortada a pico y el ceño torvo) había dejado su impronta en forma de fresco. Aquella pintura tenía nombre, *El cortejo de las ninfas*, y representaba a Rourila, emperatriz de las hadas, siendo agasajada por un conquistador que acababa de llegar a las fronteras de su reino.

A Iósif siempre le había atraído aquel icono femenino, esbelto en una túnica ceñida de plata y con la sabiduría de muchos veranos atesorada en los ojos. En cierto modo le recordaba a una dama que a veces visitaba a su maestro, la hermosa Eithne, aunque la pintura no lograba reflejar la fuerza de la mirada de la princesa.

El arte prestaba inmortalidad por medio de la alegoría, siempre que estuviera bien cuidado. Lo que aquella tarde había llamado su atención era un defecto en una esquina del fresco, una hendidura que coincidía con las grebas de la armadura del caballero, y que se había deshecho en polvo debido al precario estado de la pared.

Pero debajo no había piedra ni estuco, sino otra pintura distinta.

Iósif frunció el ceño. ¿Era posible que, a modo de palimpsesto, el artista hubiera soterrado otra pintura que ya estuviera allí antes? Y de ser así, ¿qué representaba el cuadro original, y por qué fue borrado?

Los sótanos de la Biblioteca alojaban un taller de escultura en el que se modelaba la piedra para extraer arte de su recio corazón. El propio Iósif había bajado en numerosas ocasiones para ver cómo nacían las imágenes a golpe de escoplo: las sombras duras, el rostro aristado, la expresión soberbia. ¡Cuán diferente era la escultura de la pintura! En una roca no podías disimular enigmas a menos que los anteriores desaparecieran. Era un arte más sincero.

Las manos del caballero que cortejaba a Rourila estaban callosas por las heridas de mucho tiempo y de no menos combates, pero lo que Iósif jamás

pensó era que ocultaran un enigma.

El escriba se apeó del sitial y fue hasta la puerta, junto a la cual se elevaba una peana. Sobre esta descansaba un trozo amarillento de papel en el que los maestros libreros anotaban las incidencias del día. Cogió una pluma de cálamo y garabateó un recordatorio para que alguien revisara el muro, y lo que parecía esconderse bajo él. Por supuesto, aquella sugerencia sería cómodamente ignorada si implicaba una inversión de dinero, por lo que además de dar parte tendría que convencer a alguien bien situado de que se interesara.

Se pasó la mano por los cabellos, que a pesar de la tonsura eran rebeldes y ensortijados. Desde el fresco, los soldados parecían retarlo con la mirada, desafiándolo a que hiciera algo por arruinar las eternas cacerías, los saqueos de paraísos perdidos y los raptos de odaliscas.

En tales cavilaciones andaba cuando sonó la campana.

Iósif movió su oronda figura hasta el pasillo central, una galería atestada de códices y pinturas al encausto. Era eso de la hora décima, y el edificio se encontraba vacío de gente, lo cual lo hacía parecer aún más tétrico, henchido de susurros procedentes de los propios libros. Al tratar de ocultarse tras el marco de una puerta, los movimientos del escriba resultaron más graciosos, pues su barriga sobresalía por las esquinas.

Una puerta se abrió. Los guardias dejaron pasar a un hombre (debía de ser un varón por las ropas que llevaba, aunque sus movimientos eran gráciles, afeminados, y no lucía la barba de prestigio que tanto se prodigaba en el Gran Reino). El extraño vestía unos ropajes sueltos, nada apropiados para aquel clima pero habituales quizá en una tierra lejana. No parecía provenir de los Kanatos, pero su aspecto hablaba de un largo y peligroso viaje.

El visitante se acercó a Iósif. El joven escriba se atragantó: estaba claro que lo había visto. Salió de detrás de la puerta y amagó un saludo.

—Bi... bienvenido sea, señor, a estas salas de recogimiento y *paz* — subrayó la palabra—. Sobre todo paz. Este... ¿en qué puedo servirle?

Los ojos del visitante eran de un azul profundo como solo había visto en los ríos y en los pétalos de ciertas flores que crecían en la montaña. En contraste, su piel era morena, hispida, claramente sureña.

Iósif nunca había estado cerca de un sureño con anterioridad, pero siempre se los había imaginado como hombres hirsutos, terribles, con mirada de ogro y dientes de mastín. Feroces guerreros que no conocían las virtudes de la literatura o la música. Pero aquel extranjero no tenía cuernos, ni armas de ningún tipo. Y cuando habló, su voz fue dulce:

—Que la paz y la sabiduría sean contigo, joven escriba. Deseo hablar con el maestro de sabios de la Biblioteca, el honorable Autólico. Traigo un mensaje de extrema importancia.

—Eh... sí, aguardad un momento, por favor, lo mandaré llamar de inmediato. ¿A quién representáis, si no es indiscreción, y cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Acrisio, Acrisio de Sémele. Soy el cónsul de Orestes. Anúnciame a tu amo, él entenderá.

¡Un cónsul!, pensó mientras correteaba por el pasillo. ¿Para qué querrá un dignatario tan importante de la remota Orestes ver al maestro?

Las visitas de personalidades importantes eran algo frecuente en la Biblioteca, pero no la de alguien de allende los mares. No era de extrañar que su maestro fuese de las únicas personas de Sikandar en haber nacido cerca de Orestes, en las islas de la Hélade, pues las relaciones entre los Reyes Comerciantes y el Gran Reino eran frías y episódicas, y las fronteras de los Kanatos raramente se abrían.

Cuando el viajero o el emigrante deseaban conocer Sikandar, primero debían arriesgarse a abandonar las naves al hondón marino, confiar en las velas, hacer libaciones a los Dioses y rezar por que la buena fortuna se apiadara de ellos. En numerosas ocasiones, Iósif y los demás escribas se habían deleitado escuchando las canciones que trataban de viajes y aventuras, y que describían tierras quiméricas que ellos no llegarían a ver. Pero jamás pensó que algún día un representante de aquellas quimeras, una persona real y un poco más baja que él, pediría audiencia.

—¡Maestro, maestro! —Entró gritando en los aposentos de Autólico. El anciano estaba sentado en su escribanía, con la mano izquierda^[22] embebida de surcos y palabras derramadas en sacra tinta, y la derecha alzada en el aire como si sujetara rimas para que no se le escaparan.

—¡Iósif! —protestó, concluyendo el último verso por inercia—. ¿Cuántas veces te he dicho que no entres así en la habitación de alguien que está creando? ¡Sabes lo esquivas que son las Musas, y cómo odian los ruidos fuertes! Ya has conseguido espantarlas, muchacho.

—Lo... lo siento, no sabía... es que...

—Es que, es que, ¡es que! —resopló el poeta—. ¡Es que no se te puede dejar solo, bendita criatura, haciendo de las tuyas en esta casa! ¿Qué quieres ahora, que es tan importante como para entrar en mis aposentos sin llamar?

—En la galería hay un cónsul de Orestes que solicita audiencia. Dice que tiene un mensaje de extrema urgencia para vos —dijo de carrerilla.

Autólico se quedó mirándolo fijamente.

—¿Un... qué?

Al minuto siguiente ya bajaban los dos las escaleras, el joven abriendo paso y ahuyentando las sombras con un candil, el viejo terminando de ajustarse las calzas.

—¿Qué te ha dicho, exactamente? —preguntó Autólico, muy nervioso.

—Os juro que ninguna palabra surgió de sus labios más que las que os he referido. ¡Ah, sí! —Íosif chasqueó los dedos—. Dijo que se llamaba Acrisio, o algo así. Y que provenía de Sémele.

El anciano pellizcó al pupilo en la grasa que le bailaba bajo el brazo, donde más le dolía.

—¡Ay!

—Estúpido jovenzuelo. Nada importante salió de su boca salvo su nombre, ¿no? ¿Cómo has podido olvidar semejante detalle?

El escriba se disponía a excusarse cuando la luz alcanzó la figura que aguardaba ante el sillar, silenciosa, contemplando el fresco que había interesado a Íosif. Al verla, al reconocer la forma de sus ropajes y el tono de su piel, Autólico abrió los ojos como si estuviera contemplando algo imposible.

El cónsul se volvió hacia ellos. Al ver al anciano hizo una reverencia.

—¿Sois por ventura Autólico, el gran poeta, el maestro que instruyó a los sabios errantes de Ciro y Numuas?

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo Autólico. De no ser porque nunca había visto llorar a su maestro, Íosif habría jurado que los ojos se le empapaban bajo aquella tenue luz.

—Es un honor conoceros, venerable. Mi nombre es Acrisio. He venido de Orestes porque mi amo, el rey Rexénor, tiene una propuesta que haceros.

—El honor es mío, creedme, pero... ¿Rexénor? Me temo que nunca he oído ese nombre.

—Es lógico, pues varias décadas han pasado desde que partisteis de las costas de la Hélade rumbo al continente. Mucho ha cambiado nuestro país desde entonces.

El cónsul extrajo un sobre lacrado de un bolsillo y se lo tendió al poeta. Autólico lo cogió con manos temblorosas, pero no quiso abrirlo todavía. La trementina del lacre mostraba la huella de una zarpa de oso, un escudo familiar que le era desconocido.

En ese momento ocurrió algo que dejó perplejo a Íosif, por lo inesperado, aunque por otro lado le pareció lo más lógico del mundo. El cónsul comenzó

a hablar en su lengua natal, un idioma hermoso, lleno de construcciones atractivas al oído. Y escuchó responder a su maestro en aquel mismo idioma, desempolvándolo con una facilidad de la que solo las lenguas maternas pueden gozar.

Ambos hablaron con seriedad durante mucho tiempo, tanto que las posaderas reclamaron el contacto del sillar, y aun después de acabar sentados, la conversación se prolongó por más de una hora. Iósif, como espectador ignorante de aquel código, se limitó a contemplar los rostros en claroscuro.

En primer lugar habló el cónsul, alargando las frases, como si incluyera muchos detalles necesarios para entender lo que estaba exponiendo. Autólico apenas le interrumpió, pues quería escuchar todo lo que el otro hombre decía y rumiarlo bien en sus mientes. Luego le llegó el turno de intervenir, y por espacio de una hora intercambió una buena cantidad de preguntas y respuestas que lo dejaron medianamente satisfecho.

Pero lo más intrigante de todo llegó al final, cuando el cónsul bajó la voz, como si no bastase el cambio de idioma para proteger el secreto, y dijo algo que dejó al poeta con las pupilas dilatadas, la mirada perdida y sin respirar.

Cuando acabó de hablar, Acrisio se sonó la nariz en un trozo de tela bordado y lo volvió a plegar, aguardando la respuesta de su contertulio.

Autólico permaneció en silencio durante varios minutos, y luego preguntó, volviendo al idioma del Gran Reino:

—¿Cuándo debería partir?

—No somos excesivamente optimistas en esa cuestión —respondió el cónsul, también en glagos—. Sabemos que tenéis responsabilidades aquí, y que podríais tardar años en atar todos los cabos. Pero cuanto antes suceda, mejor. Los trabajos de construcción podrían prolongarse durante décadas, y necesitamos tener las estrategias listas cuanto antes.

—No quiero esperar años; la situación en este país es demasiado precaria. Pero tampoco puedo desaparecer sin más.

—Por eso os he traído este salvoconducto. —Acrisio señaló el sobre—. Os permitirá cruzar nuestras fronteras con el acompañamiento que creáis prudente, y os franqueará el paso al palacio de Rexénor. Usadlo cuando estéis preparado. Os estaremos esperando.

Iósif miró aquel sobre con espanto. Estaba oyendo palabras que no le gustaban. ¿Partir? ¿Salvoconducto? Por el amor de Lesbos y Volos, ¿qué estaba pasando allí?

Los dos hombres se pusieron en pie. La vela del candil agonizaba.

—¿Os quedaréis algún tiempo en Sikandar? —preguntó Autólico.

—Solo el imprescindible. Su majestad el rey nos ha concedido la gracia de una audiencia para mañana, durante el homenaje a los héroes de Yakra. Dice que tiene algo importante que anunciar.

—Un miedo atroz sacude mi alma cada vez que oigo a nuestro monarca decir que tiene algo que anunciar.

—Después de la ceremonia nos iremos. Mi comitiva debe dirigirse al Sur, al antiguo Altai. La Hélade desea establecer tratos de amistad tanto con el Gran Reino como con los Kanés, mientras tales alianzas sean posibles.

—Es demasiado pronto para daros una respuesta —se lamentó Autólico—. Pero podéis estar seguro de que lo meditaré, muy seriamente.

—Gracias, maestro. —El cónsul pareció más que complacido—. No esperaba menos. Que la caricia de las Musas os acompañe todos los días de vuestra vida, y los hagan dignos de ocupar un lugar en la memoria.

—Que la suerte os acompañe a vos en tamaña empresa, y... ya sea conmigo al frente o sin mí, que ese titánico proyecto que Rexénor ha tenido a buenas compartir llegue a buen puerto.

El cónsul se despidió con otra reverencia y abandonó la Biblioteca. Un carruaje le esperaba bajo un cielo donde negros nubarrones amordazaban la Luna. Íosif oyó un relinchar de bestias y el tímido repique de las gotitas de lluvia.

El escriba interrogó a su maestro con la mirada. Autólico seguía con una expresión pétrea, mirando sin ver cómo el pabilo del candil crepitaba con sus últimos latidos.

—¿Qué significa esto, mi señor? ¿Quién era ese hombre, y qué ha querido decir con que desea que partáis? ¿Qué es eso tan grande que se está construyendo...?

Autólico salió de su ensimismamiento.

—Íosif, pequeño tunante, mucho me temo que ha llegado la tan profetizada era de los cambios. —Una chispa de diversión tiró de la comisura de sus labios—. Unos cambios de los que, si me concedes el beneficio de la duda, tú mismo podrías ser testigo, pues voy a necesitar auxilio en la dura prueba que me aguarda.

Tras decir esto, se marchó.

Íosif permaneció unos segundos allí, junto al fresco, tratando de digerir lo sucedido, y luego correteó detrás del maestro. Solo una cosa, un simple detalle, destacaba entre todos los que se apelotonaban en su mente. Y no tenía nada que ver con las miles de preguntas que quería hacerle a Autólico, ni con

su innata curiosidad ante cualquier suceso que se saliera de la rutina, sino más bien...

... A qué le recordaba la sonrisa que Autólico le había dedicado cuando el cónsul se marchó. Esa sonrisa no parecía tal, pues tenía una cualidad extraña, como si fuera una herida practicada por ideas demasiado radicales para ser expresadas en voz alta.

No fue hasta bien entrada la madrugada, cuando yacía en su camastro mascando unas hojas de sínfito^[23] para los callos, cuando lo comprendió.

Aquella sonrisa en el rostro de Autólico era idéntica a la grieta que había visto en el fresco de la pared.

Al igual que ella, parecía ser una ventana a secretos largamente ocultos, que afloraban de repente para cambiar las vidas de quienes los contemplaban.

CANTO IV

La sombra en el Norte

1

Dijo el poeta...

¿A qué obedece que los hombres encubran sus actos cual esconde sus escamas la serpiente de arena, la cual, tras enseñar su trisulca lengua, se arroja como un látigo de muerte sobre la presa? ¿Por qué oscuro articular se mueven los destinos de los palacios y las patrias, celados por los intereses de los gobernantes?

¿Qué se hizo de la inocencia de la niñez cuando de asuntos de Estado susurran los poderosos? ¿Qué, de la claridad de las ideas y los sueños?

Conversaciones, murmullos, secretos amparados en la cacofonía del silencio...

... Como los que recorrieron aquel día los salones del palacio, inflamados por los alientos de cien bocas, todas cerradas, todas calladas para demandar sin ser escuchadas, para acusar sin ser descubiertas y matar a traición sin ser señaladas. Bocas que ensayaron sus mejores sonrisas cuando la sala de terciopelo se abarrotó de militares y de nobles, de personas influyentes que tenían en sus manos los destinos de muchos.

Ni un solo apellido de ilustre abolengo, ya perteneciera a los gosti de grandes haciendas o a los vaivodas que controlaban las extensas Marcas, faltó a la ceremonia. Los padres enviaron a sus hijas más bellas en pos de un desposorio que ampliara sus dominios, y los militares no dudaron en acosar a aquellas jovencitas con más tacto que espada, pero sin olvidar los finos ardidés de la esgrima.

La multitud aguardaba el momento en que se abrirían las puertas para dejar entrar a la familia real. Las damas se aplastaban unas a otras los volantes en feroces abrazos y se preguntaban qué vestido luciría la princesa. En secreto, anhelaban y temían resultar más elegantes que ella. Los caballeros esperaban con incertidumbre el discurso de Su Majestad, pues aunque no pronunciase nombres, de los mensajes que deslizara entre líneas podría deducirse hacia qué lado se iba a inclinar la balanza del poder en los años venideros.

Al fin llegó el momento. Con un toque de fiscornos se rompió el silencio. La familia real, encabezada por el monarca y siguiéndole, por orden de edad, el heredero Azov, la princesa Cordelia y los retoños Milosh y Nadezhda, apareció entre loas y aplausos. El rey ocupó el trono (que, bien lo sabían los esclavos encargados de dar lustre a los suelos, disponía de un orificio oculto para que el rey pudiese dar de cuerpo durante las largas y agotadoras sesiones del consejo), y ordenó que las frentes se separasen del suelo.

El atuendo de Cordelia arrancó alguna que otra exclamación. Llevaba los hombros cubiertos por un cendal azoico^[24] y un vestido poco recargado, azul medianoche, como si estuviera por encima de las ostentaciones. Esto revolvió más de un estómago, pues conquistaba por la sencillez lo que las presentes pretendían doblegar por el boato. Su hermano lowo^[25], Azov, repelía cortésmente las miradas, pues nadie quería ser sorprendido fijándose en la baba que le goteaba de la comisura de los labios, o en su perfil de ojos ligeramente sesgado, como el de los sureños. Distráido, jugueteaba con un trocito de hilo que se había desprendido de su pantalón, mientras el senescal le hacía señas solapadas para que lo dejara.

Pero sin duda los que más llamaron la atención fueron los niños, los jovencísimos Milosh y Nadezhda, que habían llegado al mundo casi a la par poco tiempo antes que la hija menor de Maximilian, Yulia^[26], la cual (según algunos rumores) fue la causa de la muerte de la madre. Los presentes pudieron comprobar con orgullo todo lo que habían crecido y, en el caso de Nadezhda, cómo recordaba a su hermana mayor. Ambas se parecían en algún detalle que no quería salir de su escondite, pero detrás del cual estaba la herencia de la reina.

Conversaciones, murmullos...

... Como los que compartieron Hesión e Iván, agradecidos por haber sido invitados pero agobiados por la frivolidad de tan variopinta ralea. Mezclados con la nobleza, se percataron de que tanto hombres como mujeres tendían a reunirse en corros. Ellos paseaban entre los círculos con aire distraído, y las pocas personas que les dirigían la palabra (con ese lánguido arrastrar de sílabas propio de la nobleza) lo hacían para alabar las hazañas guerreras que eran la comidilla de la Corte.

Hazañas que aquellos escorpiones cubiertos de seda, pensó Hesión, habrían oído solo en versión de los aedos: gestas de armas en las que los norteños vencían sin ningún esfuerzo, baladí mentira.

—Todos te están mirando —observó Iván, más cómodo fuera de la armadura que su amigo.

—No, miran cómo me miran sus esposas.

—Eres un engreído. Creo que el motivo de tanto susurro y de tanta ojeada en tu dirección es porque se preguntan dónde está tu barba.

—Si alguien trata de sonsacártelo, dile que se la regalé a un yunk.

Iván repasó con la vista a los presentes hasta que localizó a Autólico.

—El poeta ha venido. Y parece muy feliz.

—Me pareció escuchar su risa hace un rato. Luego le saludaré.

—Y también... —Iván señaló con la misma mano con que sostenía la copa hacia el otro extremo del salón.

Hesión arrugó la frente al verlo. Yaroslav se manejaba entre los invitados como pez en el agua, no esquivando los grupos, sino fundiéndose con ellos y ganándose su aprobación a fuerza de darles lo que querían: breves y brutales descripciones de cómo ajustició al demonio yunk en Yakra y cómo arrancó a mordiscos los gallardetes de sus torres. Por supuesto, omitió la parte tocante a las violaciones y a la matanza de niños, pero Hesión intuyó que, aunque hubieran conocido toda la historia, aquellas alimañas habrían seguido aplaudiendo.

—Se me acaba de agriar el licor. —Dejó la copa en las manos de un sirviente. La gente bailaba. Había música pero no pasos, solo un lento cabrillar de un lado para otro—. ¿Cuándo acabará este suplicio, Iván?

—Imagino que cuando el interés del rey por los halagos se torne en hartazgo, cosa que podría tardar horas.

Hesión se peinó la melena con un gesto que algunas damas encontraron tan rudo como atractivo. Muchas debieron imaginárselo en ese momento sin el disfraz de elegancia que mal casaba con sus rasgos, con mellas en la coraza, costurones abiertos en el sayo y sangre reseca agrietándose como miel

antigua. Trotando en libertad por los montes como un toro bravo, en lugar de estar allí, celebrando fiestas donde corría el peligro de convertirse más en el bufón que en el héroe.

—Ojalá Eithne llegue pronto. Prometió que no faltaría.

La sombra de una duda oscureció el rostro de su amigo.

—¿Vais a hacerlo, finalmente? —preguntó Iván—. ¿Os marcharéis juntos a Andurov?

El general asintió. Una jovencita, la hija mayor de algún vaivoda, le sonrió desde lejos. Era, como tantas otras, una muchacha díscola que aún no había aprendido a distinguir entre seducción y manipulación, entre dejarse cortejar y sacar partido de cualquier prisionero de sus afectos.

Se sintió muy ofendida cuando Hesión ni siquiera se dignó a mirarla.

—No veo la hora de partir y dejar atrás este nido de víboras —murmuró—. Que el rey me dé la medalla de una vez y me deje ir en paz, ¡que me la arroje si quiere como un hueso a su perro!

—Por mucho que la odies, necesitas que esta gente te apoye. Si no, podrían confiar el mando del ejército a Yaroslav.

—Yo ya poseo mi propio ejército.

—Sí, pero... ¿te sentirías cómodo sabiendo que él es el nuevo hombre de confianza de Maximilian?

Hesión torció el gesto.

Entonces vio a Eithne, acompañada por una jovencita ataviada con la librea de la Orden. Llamó su atención con un gesto y canturreó una armoniosa balada mientras se acercaba. La princesa se movía como si sus colores fuesen llamas en una noche fría.

—Esta es la verdadera naturaleza de la felicidad, amigo mío —suspiró—. No la que garantizan el honor o las medallas.

—Entonces ¿por qué no huiste de la ciudad anoche, con ella? —preguntó Iván, con un soniquete de reproche. Hesión podía despotricar todo lo que quisiera sobre el honor y la gloria, pero los que le conocían bien, e Iván era uno de ellos, sabían cuán importante era para él que su nombre y su valor fueran recordados y admirados por los cronistas.

Hesión robó otra copa e hizo como si no le hubiera impactado el dardo.

Eithne intercambió con ellos un saludo exageradamente formal. Luego presentó a su acompañante.

—Esta es Anya, mi sibadalla. Anya, te presento al general Hesión, de quien seguro habrás oído hablar, y al primer comandante Iván. Ambos están al corriente de nuestro próximo viaje.

La muchacha ejecutó una reverencia. Era bastante joven, tanto o más que las honorables casquivanas que pululaban por la fiesta, pero en sus ojos brillaba algo parecido a la auténtica inocencia. Hesión sintió añoranza de otros tiempos.

—Es un honor —dijo la chiquilla.

—Estáis muy atractivo, Iván —observó la princesa—. La cantidad justa de encaje siempre favorece el aspecto de un hombre.

—Muchas gracias, mi dama.

—Me alegra conocerte al fin —dijo Hesión, mirando a Anya—. Eithne me ha hablado mucho de ti. Te tomó a su cargo mientras yo estaba de campaña, ¿verdad?

Anya asintió.

—¿Asistirás a tu maestra en el viaje?

—Faltaríamos al protocolo de la Orden si una sacerdotisa abandonase el templo sin la asistencia de su sibadalla —dijo Eithne—. Sobre todo si se trata de una peregrinación a lugares sagrados.

—¿Qué lugares sagrados quedan que no hayan sido visitados en mil ocasiones?

—Cuentan que cerca de la cumbre de Vorolk, al Norte de las Montañas Brunas, han sido halladas unas reliquias del culto ancestral a Maruik, el Sol, y a su esposa la Tierra. Es menester que una sacerdotisa viaje hasta allí y compruebe si esa información es verídica antes de que el yacimiento sea profanado por los saqueadores.

—Profanación... —Hesión se frotó la barbilla, fingiendo inquietud. Era consciente de los corros de oídos indiscretos que en aquel momento se posaban en ellos—. Vaya, qué mal suena eso. Aunque sé que no os va a gustar, mi dama, la experiencia en asuntos de guerra me dice que necesitaréis que un destacamento os acompañe. Nunca se sabe qué les podría ocurrir a un grupo de mujeres viajando solas por unas tierras tan inhóspitas, y menos cuando hay saqueadores de por medio.

Iván miraba a un lado y a otro alternativamente, escuchando cómo montaban pieza a pieza la coartada, y sintió ganas de reír.

—Qué lástima que el Ejército de las Seis Lunas se encuentre de permiso —se lamentó Eithne—, porque constituiría una escolta inmejorable.

—Sí, pero eso también nos deja libertad para disponer de nuestros asuntos —repuso Hesión—. Aunque, pensándolo mejor, después de años de campaña sería cruel que ordenara a mis hombres reunirse tan pronto para una misión de

escolta. A menos que tengáis algún inconveniente, me ofrezco a ir yo mismo, pues no tengo una familia en Sikandar que me esté esperando.

Las pestañas de Eithne fingieron sorpresa.

—¿Estáis seguro, mi señor? ¿No os reclamarán en Sikandar para haceros cargo de una empresa más importante que vigilar a un grupo de mujeres en un aburrido viaje?

—No lo creo. Las fronteras son seguras por el momento.

—Uhm... está bien. ¿Cuándo estaréis listo para partir?

—En cuanto acabe esta dichosa ceremonia. —Hesión bajó la voz para que lo siguiente solo lo oyera Eithne—. Y a partir de ese momento serás solo mía.

El rubor anidó en sus mejillas mientras pensaba en las posibilidades.

Conversaciones, murmullos...

... Como los que acompañaron a la degustación de un licor en una copa de oro, un néctar que podía fluir del solio de la realeza hasta el salón que pisaban los nobles, convirtiéndose en el único punto de contacto entre ambos estratos; la única sangre que corría por todas las venas.

Al igual que el aguamiel, Cordelia gozaba de una mayor libertad de movimientos que su padre o sus hermanos, pues era la única cuya presencia en el estrado no era indispensable, y podía descender si lo deseaba para codearse con los vaivodas. Este tipo de concesiones la enfurecían, pero también sacaba partido de ellas; en concreto, manteniendo a dos hombres a la suficiente distancia.

El primero era Sorokin, el consejero de su padre. Nunca le había gustado aquel viejo con aires de prepotencia, que acogía las sugerencias que ella trasladaba al monarca con una sonrisa cáustica. Era como si pudiera descifrar de alguna manera lo que ella pensaba. Cordelia consideraba a Sorokin un hombre peligroso, entrenado para adivinar por qué fueros circularían sus contubernios.

Había muchos asuntos en aquel Reino de los que el rey no debía enterarse, y los eslabones sueltos como Sorokin no hacían sino debilitar la cadena de secretos.

El otro hombre del que por el momento deseaba mantenerse alejada era uno de aquellos asuntos. No podía ser considerado como un enemigo, en modo alguno, sino como un aliado que debía parecer ineficaz. Se trataba de

Cormal Ruyrin, el maestro del cuerpo de los odhuri, una logia fundada por la propia princesa con el beneplácito de su padre, y que se dedicaba a interrogar a los sospechosos de traicionar a la Corona.

Cuando su utilidad fue expuesta por Cordelia como algo que el Reino necesitaba con urgencia (la Odhuria era una intrincada red de espías y de legados reales que velaban por los intereses del monarca, llegando hasta donde fuera para cumplir con ese objetivo), Sorokin se había negado en redondo, temiendo el alcance y la influencia que la red pudiera tener en los años venideros.

Sin duda, el maldito viejo había vuelto a analizar con sabiduría el futuro, pero por fortuna para su instigadora, Maximilian desestimó su consejo y donó fondos para el temido cuerpo de odhuri. Pero cada moneda tenía dos caras, y eso era algo con lo que Cordelia había aprendido a jugar: su padre toleraba a los espías, pero solo si le informaban a él y a sus consejeros. Ver a Cormal acercándose taimadamente a Cordelia y susurrándole cosas al oído podría hacer que Maximilian ordenara disolver la Odhuria de inmediato. El amor hacia una hija no suavizaba ni un ápice la suspicacia de la realeza.

Fue el propio Ruyrin, hombre competente en su oficio, quien buscó la manera de acercarse a la princesa, aprovechando un momento en que Sorokin se retiró para hablar con un magistrado.

—Mi señora, soy portador de nuevas. —Se tapó la boca con su copa, para que no le leyeran los labios—. El plan se desarrolla como previsteis, pero todavía queda por solucionar algo vital.

—No te preocupes por eso —murmuró Cordelia, vigilando a Sorokin con el rabillo del ojo—. Yo me ocuparé de Hesión. Él es el único ustraniano que posee un rango de importancia en el ejército. Será fácil de manejar.

—¿Cómo lo haréis... si no soy demasiado atrevido al preguntarlo?

La voz de la princesa apenas se elevó sobre la algarabía del salón.

—Mi padre está a punto de enviar a las legiones a luchar contra los Kanes y a vigilar las fronteras del Reino. Uno de esos ejércitos será el de Hesión. Convenceré al general Ulov de que el mejor destino que podría tener ese contingente es Svalensko, muy lejos de la cumbre de Vorolk. El rey se guiará por su consejo más que por el mío.

—Para apartarlo de la escena sería más sencillo enviarlo al Este, más allá de las montañas.

—En efecto, pero por desgracia mi padre desea mantener a los pequeños ejércitos privados en el Suroeste del país, donde las fronteras son más

extensas y deshabitadas. La mayor movilidad de estos contingentes de tropas los vuelve ideales para cubrir tanto terreno.

—¿Y quién se ocupará de «limpiar» los enclaves ustranianos del Urianhai?

Cordelia señaló a Yaroslav.

—El mejor de mis paladines. Pero hay que mantener lejos de todo esto a Hesión o su lealtad podría sufrir un revés. El rey confía ciegamente en él, pero yo no estoy tan segura de que su amor por la Corona sea tan inquebrantable.

—Pero... ¿cómo nos aseguraremos de que el Ejército de las Seis Lunas cumpla con la misión? ¿Y de dónde sacaremos otro para respaldar a Yaroslav?

—Eso, mi querido Cormal —sonrió la princesa, señalando a un hombre que hasta ese momento se había movido por la reunión en silencio—, es tarea para uno de tus legados reales.

El legado Pulev era un hombre delgado, enjuto, de gestos contenidos como fieras enjauladas. Ruyrin conocía muy bien a aquel odhuro, y también la fama de despiadado que con su voz suave y sus métodos de interrogatorio se había ganado en las mazmorras.

El legado saludó primero a la princesa, besándole la mano, y luego a su superior, Cormal. Sus ojos eran pedazos de obsidiana metidos en el cráneo a martillazos.

—Mi señora, estoy aquí para complaceros en cualquier menester que tengáis a bien encomendarme.

—Pulev, confío en vuestra habilidad para manejar este asunto con la mayor sutileza. Quiero que enviéis a Yaroslav mañana mismo a la fortaleza de Svalensko con un mensaje para su vaivoda. Que un heraldo vaya con él para atestiguarlo —ordenó Cordelia—. Mis órdenes son que el vaivoda ponga su guarnición al servicio de Yaroslav para que limpie las montañas de ustranianos. Prometedle que un segundo contingente de tropas llegará para reforzarlos al poco de partir Yaroslav.

—¿Que limpie las...? —La orden era tan despiadada, tan extrema, que el legado tardó en asimilarla—. Sí, mi señora, pero... ¿cómo sabemos que el vaivoda Vóronez se prestará a ello?

—Vóronez es heucanita hasta la médula. Odia a los ustranianos y en numerosas ocasiones ha manifestado su desprecio por esa casta. Incluso ha

llegado a solicitar a mi padre que los derechos de los campesinos se revoquen, para que vuelvan a la condición de esclavos que tenían en tiempos de mi tatarabuelo. Obedecerá.

—¿No se encuentra la familia de Vóronez representada aquí en estos momentos? —se extrañó el legado—. ¿Por qué no hablar con ellos ahora?

—No nos conviene. Podrían pedir una audiencia con el rey para confirmar tales órdenes. Vóronez se mostrará reacio no a la idea de someter a los ustranianos, sino a la de deshacerse de su guarnición, pues sin duda no querrá desproteger su fortaleza. Es mejor que se entere cuando esté de regreso en el Norte, lejos de Sikandar.

—¿Y no os resultaría más eficaz si yo mismo acompañara a Yaroslav a Svalensko y entregara ese mensaje? —se ofreció Pulev.

—No. —Cordelia adoptó una expresión calculadora—. Debemos enviar a Hesión a vigilar la frontera más alejada de los asentamientos ustranianos. La del Kanato de Al-Dhabbla, por ejemplo. De esa manera no correremos el riesgo de que se tropiece con Yaroslav. Pero contamos con que de camino a Al-Dhabbla deberá pasar por fuerza por Svalensko, pues es en el País de las Riadas donde se encuentra el Paso de Adrat.

—La única senda segura para rebasar las montañas —comprendió Ruyrin.

—Exacto. Llegará a Svalensko poco después de que Yaroslav se haya marchado. Solo de esa manera el vaivoda consentirá en dejar la fortaleza desprotegida. —Miró a Pulev—. Vos acompañaréis a Hesión como legado real y os aseguraréis de mantenerlo bajo control. El general no debe enterarse de la limpieza étnica bajo ninguna circunstancia, ¿entendido?

Pulev asintió. La conversación debía concluir ya, pues Sorokin volvía de su entrevista con los magistrados.

—Solo vivo para hacer vuestra voluntad —siseó.

Conversaciones, murmullos...

... Como los que el sabio Autólico y su fiel escriba disfrutaron en compañía de algunas damas, gozando de la risa de la juventud como quien desgrana los matices de un poema. Autólico, entre bromas, sondeaba a las jovencitas para extraer algún detalle importante sobre los presentes, mientras que Iósif no buscaba sino ampliar su elenco de conquistas (reducidas hasta entonces a la anuencia de siervas y campesinas).

—Observa, Iósif, el doble espectáculo de la honesta perfidia y la diplomacia ladina que se despliega a tu alrededor —dijo Autólico—. Observa las sutilezas, la taimada retórica, el arte de danzar sin ir a ningún sitio.

Sin despegar los ojos de una joven de pecho guerrero, Iósif asintió.

—Sí, maestro.

—Observa bien, porque es un espectáculo del que raras veces podrás participar en tu vida. Que los poderosos ejerciten chanzas y facundias, y los plebeyos retocen en los maizales, que al final del día a todos juzgará por igual la Luna.

—Sí, maestro.

—Pero mantén siempre la distancia, Iósif, pues lo que ves no es más que un teatro, y como en cualquier proscenio los amos de títeres son los únicos que permanecen ocultos. En este mundo donde lo único afilado son las palabras, los sufijos pueden atravesar el acero y los enclíticos iluminar la noche. ¡Quién tuviera buen señor, para al menos ser buen vasallo!

—Sí, maestro.

Autólico cayó en la cuenta de que el escriba no le prestaba la menor atención. Juntó los dedos para pellizcarlo en las carnes, cuando vio al cónsul de Orestes.

Olvidó a su discípulo y se aproximó a Acrisio de Sémele.

—Es un placer charlar con vos de nuevo, en un ambiente más propicio para ciertas conversaciones. —Su sonrisa exhibió tantos dientes como un caballo en un día de venta.

—No puedo afirmar que haya más placer en las palabras que en el licor, pero si las palabras proceden de vos, sin duda estarán mejor fermentadas.

Las copas tintinearón. Autólico se colocó a la diestra del cónsul, adoptando la misma pose de confidencialidad que llevaba un rato criticando de los presentes.

—¿Debo entender que habéis meditado sobre mi propuesta? —preguntó Acrisio.

—La oferta de vuestro soberano, el ilustre Rexénor, no podría ser rechazada por ninguna mente cabal. Ni siquiera aunque esa mente esté preocupada por la herencia del glagos en esta tierra culturalmente árida.

El cónsul sonrió imperceptiblemente, solo con los ojos.

—Podría ser que esa... mente, como vos decís, se asegure para su tranquilidad de un intercambio de textos entre la Biblioteca de Sikandar y la nueva Gran Biblioteca de Orestes, antes de marcharse.

—El templo del saber de esta ciudad está consagrado a un tipo determinado de cultura, y no sé hasta qué punto me permitirían duplicar libros o enviarlos a tierras lejanas.

Acrisio encogió los hombros.

—Ofrecedles lo que todo el mundo demanda. Un bien que nosotros tenemos en abundancia.

—¿Un intercambio de bienes culturales? ¿Sabios, artesanos, eruditos? ¿Obras de arte...?

—Oro.

Autólico tosió. Toda la noche la había pasado urdiendo maneras de persuadir a los censores de Sikandar para que respetasen el tesoro cultural de la ciudad en su ausencia, y no se le había pasado por la cabeza la solución más trivial: comprarlos.

—Podría funcionar, no es descabellado...

Una campana repiqueteó. Aquel sonido tuvo un sorprendente efecto: la algarabía cesó, y los nobles se volvieron sumisos hacia el estrado.

El rey los estaba mirando desde el solio, casi uno por uno, como el jugador de ajedrez que examina las piezas preguntándose de qué será capaz cada una, e incluso cuál convendría que fuera sacrificada.

Cordelia guardaba un completo mutismo a su izquierda, pero se había situado medio paso más cerca del trono que Azov, en una maniobra sutil de la que ni siquiera Sorokin se había percatado.

El monarca se levantó. Y cuando habló, su discurso resonó con palabras recias, altaneras, incontenibles en su furor. Los vaivodas esperaban oírle hablar de haciendas, tributos y vasallaje, pero lo que surgió de aquellos labios fue una profunda reflexión sobre el futuro del Gran Reino:

—Cierto es que todas las muertes son odiosas para los mortales, pero la más penosa es sucumbir en una celda de cuyos muros no alcanzamos a ver el final. La ilusión de ser libres no basta cuando el espíritu se da cuenta de que la realidad es fantasmagoría. Poco ha de importar que amemos con ciega pasión la celda en la que estamos condenados a ver pasar los días; poco ha de valer que de paraísos naturales esté sembrado el ergástulo, cuando no somos libres para alcanzar nuevos confines allende los mares, ni para establecer prósperas rutas comerciales.

»Los pergaminos de Regmos dicen que todo cuanto se halla bajo el cielo en el Norte del mundo pertenece a la raza de los heucanitas, pero hay quienes se oponen a este mandato. De la infame ciudad de Yakra, que su nombre permanezca maldito por siempre, han regresado nuestras huestes. Sin duda

habréis visto las banderas de los vencidos, que arrancaron nuestros hijos a sangre y fuego de los mástiles. Pero hay un hecho que no debemos ignorar: el Gran Kan no permanecerá tranquilo después de que nuestro pueblo haya recuperado lo que por derecho le pertenecía: el acceso a los ríos y el dominio del ancho cauce del Umilinan, hermano de sangre del Trigas, vital para nuestra prosperidad naval.

Maximilian tomó aliento, como preparándose para lo que venía a continuación.

—Por todo ello, tengo el triste deber de anunciar que nos espera una época difícil, una era de cambios y de pulsos de poder con los reinos del Sur, que solo podrá acabar de una manera: la tierra entera que baña el Sol en el continente ha de ser gobernada por nuestra benevolente égida. Ha de pertenecer a nuestro imperio, el más vasto que jamás contempló el mundo, y del cual hablará la Historia mientras quede un ser humano capaz de entonar una canción.

Se sentó de nuevo, como si el peso de la responsabilidad y de todo lo que implicaba aquel discurso se estuviera asentando sobre sus hombros.

—Prestadme un solemne juramento, hijos míos. Fragüemos una alianza que respetaremos hasta sus últimas consecuencias, aun cuando tengamos que sacrificar todo aquello por lo que hemos creído vivir —propuso—. Mañana partirán los ejércitos para defender nuestras fronteras de los ataques de los yunks, hasta que los planes de invasión de los Kanatos estén listos. Si la venganza asienta sus raíces en las mentes de nuestros enemigos, si de improviso nos asalta el huracán de la guerra con lluvias de fuego, estaremos preparados. Ningún hijo del Gran Reino dará su brazo a torcer, ni ahora ni en los años venideros. —Señaló con el báculo a los presentes—. ¡Prevaleceremos!

Inflamados por el coraje de aquellas palabras, los nobles estallaron en vítores. Hubo aplausos, sonrisas de afirmación y algún que otro llanto.

Al otro lado de la sala, Eithne sintió cómo el mundo desaparecía bajo sus pies.

Autólico se volvió hacia el cónsul Acrisio, con el semblante grave.

—Esto lo sella todo —dijo el poeta—. Las viejas mentiras se transforman en nuevas verdades.

—Oídmeme: una embarcación bordeará una y otra vez la península de Findramyr, en la desembocadura del río Volg, a lo largo de todo un año —informó Acrisio—. Dada la concentración de tropas en torno a Yakra, ese río es el más seguro para cruzar los Kanatos, no el Trigas. El barco esperará por

vos y vuestro séquito. Mostrad el salvoconducto que os di anoche y os llevará a salvo a los puertos de Orestes. —Le tomó la mano en señal de urgencia—. No os demoréis en vuestra partida, os lo ruego. La situación con los Kanatos podría ponerse muy difícil en cuestión de meses.

—Lo intentaré. Os lo prometo.

El cónsul se separó de Autólico y se dirigió al estrado, ocupando un lugar en la fila de privilegiados que tendrían ocasión de presentar sus respetos al rey. Autólico supo que ya no volvería a hablar con él, y buscó con premura a Iósif.

El joven estaba tratando de impresionar con su verborrea a una dama, que por su expresión dejaba entrever que no entendía ni la mitad de lo que decía. Autólico rescató al escriba del futuro desengaño.

—Escúchame bien, no tenemos mucho tiempo.

—Pe... pero... maestro —balbuceó el joven, media sonrisa de cortejo colgando todavía de sus labios—. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanta urgencia?

—Nos vamos.

—¿De la fiesta?

—De Sikandar. Prepara un carromato y llénalo de ropa, provisiones y enseres de viaje. Que nadie te vea hacerlo, ni comentes nada sobre esto a personas que no sean de confianza. —Se lo pensó mejor—. Mejor no abras la boca, así no podrás hacer daño.

—¿De... de Sikandar? —La noticia cogió a Iósif con la guardia baja—. Pero ¿por qué? ¿Adónde? ¿No será...? —Señaló al cónsul, que se arrodillaba en ese momento ante Maximilian y le ofrecía un presente.

—No tengo tiempo para explicártelo, muchacho. Obedece y no preguntes. Búscate si quieres la ayuda de ese primo segundo tuyo, ¿cómo se llamaba?

—¿Kuzmin?

—Eso, Kuzmin. Dile a ese pillastre que te ayude a empacar si quiere ganarse unas monedas. Pero por todo lo sagrado, Iósif, no levantes sospechas entre la Guardia o los maestros librereros. Si alguien te pregunta qué estás haciendo, dile que hable conmigo.

—Sí... sí, maestro, como ordenéis.

Cuando salió por la puerta, la mente de Iósif estaba tan confundida que incluso había olvidado la caída a pique del escote de la jovencita. A su espalda, Autólico miró una última vez hacia el estrado, y pensó en lo que implicaba el violento y triste discurso del rey.

Sería mejor que partieran de inmediato, si querían abandonar sanos y salvos el Gran Reino.

Conversaciones, murmullos...

... Y el silencio fue, y estuvo cargado de palabras. Silencio entre Hesión y Eithne, miradas de preocupación porque los planes trazados con tanto esmero pendieran de un hilo. Silencio entre Cordelia y sus odhuri, que vigilaban a Hesión y se preguntaban hasta dónde sería capaz de llegar el héroe por amor a la patria. Y silencio también por parte de Autólico, pues la incertidumbre batallaba en su cabeza: el miedo a abandonar la Biblioteca en manos de poderes que quemaban libros cuando resultaban incómodos para la política. Y todo para marchar a costas lejanas en pos de un bien supremo, la mayor y más importante empresa que un corazón sensible pudiera concebir.

Al fin y al cabo, ¿qué hombre no arriesgaría todo lo que tiene por el bien de su amada, aunque esta no fuese una persona, sino una entelequia tan inasible como el amor a los libros?

Dijo el poeta.

2

El viento cantaba, silenciando y reiniciando su tonada, como el tenue soplo que se desliza en los templos y agita las velas de sándalo. Eithne lo escuchó, y creyó entender la advertencia.

—No podemos separarnos otra vez —decidió—. Me lo dice el viento: si nos alejamos el uno del otro, algo terrible podría ocurrirnos.

Hesión dejó caer sobre la cama el peto de su armadura, la misma que había detenido cien tajos mortales, y que había sido reparada en otras tantas ocasiones. Parecía un cascarón hueco, duro por fuera pero gélido y vacío por dentro.

Igual que las promesas del rey, pensó Eithne.

—Tengo que obedecer, es mi deber para con el Reino —dijo Hesión. No sonaba a excusa, pero tampoco a argumento definitivo. La tristeza podía leerse en sus ojos, si se sabía mirar.

—Pero ¿por qué tú? ¿Por qué el Ejército de las Seis Lunas? —explotó Eithne—. ¿No acabáis de regresar de la más cruenta campaña imaginable?

—Traté de explicarles que era un error, el peor que podrían cometer, pero no me escucharon. No les bastó con una humillación, que ahora buscan otra

aún mayor y más sangrienta.

Eithne bajó la vista y se encontró con una alfombra sucia, salpicada de migas de pan.

—Tendrías que ordenar a los sirvientes que limpiasen esto, o la habitación se te va a llenar de ratones.

—No tengo sirvientes. Dado el poco tiempo que paso en Sikandar, me deshice de ellos hace mucho.

—Pues deberías tenerlos. Alguien de tu posición no puede pasar sin manos que lo alivien de los trabajos más pesados. —Lo miró—. Hesión, hablaste con el rey la noche en que llegaste. Dime la verdad. ¿Esperabas que diera ese discurso?

—Digamos que me lo temía. En cierto modo me recordó a cuando salía con mi padre a cazar lobos, en Andurov. —Su labio se estiró en una media sonrisa—. Nos escondíamos para atisbar entre los cañizos, y con frecuencia veía los ojos encendidos de la bestia y la hechura alargada de su hocico. Solía preguntarme cuántos dientes cabrían allí dentro. Ahora ya lo sé.

—Pues iré contigo.

Hesión sopló sobre la vaina de cuero para quitarle el polvo. No era polvo de caminos, sino de cocinas, que escapaba por las chimeneas y dejaba la ciudad oliendo a especias.

—¿Cómo dices?

—No pienso dejarte solo otra vez. Si te marchas de Sikandar, seguro que alguna excusa habrá para que una sacerdotisa te acompañe. La magia de la Diosa puede cerrar heridas y aliviar el sufrimiento de los caídos.

El guerrero sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso. No creo que Magnus envíe tropas más allá de las fronteras tan pronto, pero podemos toparnos con otros peligros, como bandidos o incursores jotuns. ¿Y si entramos en batalla?

—Es potestad mía decidir si corro o no ese riesgo, como es la tuya decidir si obedeces o no a tu rey. Además, sabes perfectamente que soy diestra en el manejo de la espada. Sé defenderme. Tuve al mejor maestro de todos.

—Cierto, pero... ¿y tus obligaciones en Sikandar? ¿Y el honor de tu familia?

Eithne volvió a escuchar al viento. Desde lejos le llegó el trino de una avutarda hambrienta.

—El honor se restaurará de inmediato si mi sangre es derramada en combate. Lo que espero que no sea necesario.

Hesión tiró con disgusto de la correa que ceñía el tahalí. Sabía lo dura que era Eithne; en ella el fuego ardía sin pausa, pero su corazón la traicionaba. Él también deseaba más que nada en el mundo permanecer a su lado, pero no a costa de arrastrarla a primera línea de una guerra. De todos modos, si se empeñaba en seguir discutiendo, esquivaría sus argumentos como si fueran golpes de espada. Así de tozuda la habían criado los Mantodeplata.

Por eso la quiero tanto, pensó, recordando cuando era más joven y no se parecía a nadie en el mundo.

—Mi amor, yo... —Abrió mucho los ojos—. ¿Qué te ocurre?

La princesa se tambaleó. Sufrió un pequeño desmayo que acabó con su cuerpo convulsionando en los brazos de Hesión. El general llamó a gritos a la Guardia para que avisaran al físico del cuartel.

Ella abrió unos ojos llenos de diminutos afluentes rojos.

—¡Lo veo! —gritó.

—¿El qué? —preguntó Hesión, preocupado por el carácter tan repentino e intenso de aquel ataque. Sabía que las sacerdotisas entraban en trance bajo determinadas circunstancias, como cuando oficiaban los ungimientos, pero ningún trance que él hubiera visto se parecía a aquello—. ¿Qué es lo que ves, cariño? ¡Por la Diosa, háblame!

Como una encrespada rocalla que detuviese las olas del mar, la cabeza de Eithne trató de mantenerse firme ante la avalancha de visiones que la sacudieron. Latigazos de luz, granizo de sonidos, cicatrices abiertas en la tela del futuro.

Fue testigo de muchos y lejanos acontecimientos, pero solo retuvo una imagen de ellos, una alegoría de la vida que la Diosa dispensaba y arrebatava luego a los hombres. Se vio a sí misma de pie, con sangre chorreando de una túnica raída y manchada de barro, observando cómo se elevaba un edificio en medio de las montañas. Un arcaico templo cuyas columnas, ahora poco menos que su recuerdo truncado, parecían haber estado allí mucho antes de que se amontonaran a su alrededor los valles.

Aquellos muros estaban desgastados por la intemperie y por la fuerza de los rezos que los devotos habían clavado en sus contrafuertes. Naufragios de culturas que llevaban el tiempo de cien vidas fermentando en la leyenda.

Aquel santuario la llamaba desde su enclave en las montañas, en un valle protegido de la vista del hombre desde hacía siglos. Estaba amparado por un cielo donde acechaba Zledi, la única constelación privada de los baños en el océano.

Y lo que había a su alrededor...

Cadáveres. Decenas de miles, moviéndose como las olas del ponto indomable que revolvía los abismos y extraía enigmas solo inteligibles para los Dioses. Entre esos cadáveres había rostros conocidos: Hesión, Iván, Oxana... incluso el rey Maximilian y su familia, aunque estos aparecían tan desfigurados que solo eran reconocibles por sus ropajes.

Eithne los miraba a todos, y lloraba, y de los ojos le manó agua bendita, agua de los ríos que nacían puros en la montaña. Entonces la puerta del alegórico templo se abrió. La princesa solo retuvo en su mente lo que vio durante un brevísimo segundo, lo justo para que una entidad primigenia le susurrara:

Ven.

Aquella palabra hizo pedazos el templo, arrasando con el valle y llevándose el piélagos de ánimas.

Eithne recobró el control de su cuerpo, y volvió la cara manchada de lágrimas hacia Hesión. Cada gota parecía la punta de un puñal que agrietase la piel en su caída.

—Debo... debo ver a Oxana... ¡rápido! —exigió, sudando por el esfuerzo—. Algo horrible está a punto de pasar.

3

Luego que hubieron llegado al templo y las acólitas se hicieron cargo de Eithne, Hesión pudo por fin sentarse y dejar que sus pensamientos revolotearan como avispas sobre lo que había ocurrido en las últimas horas.

Le costaba un esfuerzo creerlo. Movilización general de los ejércitos, planes de invasión de los Kanatos, visiones de templos perdidos... ¿Es que el mundo se había vuelto loco? ¿Y qué hacían los irreprochables generales y representantes de la nobleza graznando como águilas sobre su territorio, ansiando volar a tierras donde ningún heucanita había estado en siglos para reclamarlas como suyas?

El fuego de la guerra estaba a punto de prender el mapa, y ellos serían los responsables de avivarlo.

Tampoco comprendía a qué venía la misión que el rey, a través de Ulov, le había encargado: ¡Svalensko, la mítica fortaleza inexpugnable del Gran Reino! Si había un lugar además de Sikandar que no necesitaba vigilancia, era ese. ¿Para qué, entonces, destinar al Ejército de las Seis Lunas a patrullar esas

comarcas? ¿Acaso el vaivoda de Svalensko no poseía suficientes hombres como para defenderlas por sí solo?

¿O es que Ulov poseía información sobre la fortaleza del Norte de la que nadie más estaba enterado?

De todos modos tendría que pasar por allí si quería llegar a Oskova antes de la primavera, pues la manera más segura que un ejército de cierta magnitud tenía de cruzar la gran cordillera era emplear el Paso de Adrat, situado muy cerca de Svalensko. La alternativa era dar un inmenso rodeo por el Sur, que les haría perder muchos meses.

La misión encomendada a su hueste de caballeros era clara, pero muy dura: dirigirse primero a Svalensko y después a la lejana Oskova, ciudad que había sido arrebatada al Kanato de Al-Dhabbla en tiempos de Arkadi, para reclutar las milicias e informarles del conflicto con los Kanes.

De nada de esto le había hablado a Eithne todavía. Si ella supiera que la misión iba a llevarlo hasta los confines inhóspitos del país, deduciría, recurriendo a la lógica que todo amor arrincona, que Hesión no podría regresar a Sikandar en por lo menos uno o dos años más. Y entonces sí que sería imposible convencerla de que permaneciera en la ciudad, el lugar más protegido en caso de guerra.

El cella del templo estaba vacío, por lo que cuando Oxana entró en la amplia sala, acompañada por dos acólitas, Hesión oyó sus pasos antes de que su figura apareciera entre las columnas.

El guerrero se puso en pie, esperando noticias. La sacerdotisa lo tranquilizó.

—Está dormida. Anya cuida de ella en estos momentos.

—¿Se encuentra bien? ¿Ha vuelto a tener otro de esos ataques?

—¿Ataques? Yo no los llamaría así —dijo la anciana—, pero admito que visto desde fuera podría dar lugar a esa interpretación.

—Si no son ataques, ¿qué le está pasando? ¿Por qué entra en esos trances tan duros, que parece que van a matarla?

—Hesión, ¿os ha hablado alguna vez Eithne de los misterios de la Diosa Madre?

—Me ha contado cosas referentes a esa extraña magia, el Alma, como en ocasiones la llama.

—El Alma no es la magia en sí, sino la fuerza esotérica de la comunión con la divinidad —aclaró Oxana—. El sustrato místico que se esconde tras cada acto de volición, tras cada súplica que acaba convertida en milagro. No... —corrigió—, milagro no. No deberíamos usar esa palabra tan a la

ligera. Lo que nosotras hacemos no son sino pequeños favores robados a la Diosa, fruslerías, pinceladas de magia en un mundo que es un océano de poder en sí mismo.

—¿No podéis curar a Eithne con vuestro arte para librarla de las visiones, igual que hacéis con las heridas de los soldados?

Oxana se detuvo ante una pared. Las antorchas mostraban imágenes que se encadenaban contando una historia cargada de detalles.

—Si fuera posible lo haría, pero no puedo curar lo que no es una enfermedad.

—No os comprendo.

—¿Verteríais agua en grandes cantidades para detener una riada, o alzaríais una muralla de seda inflamable para sofocar un incendio? ¿Ordenaríais a los remeros bracear con más fuerza si quisierais detener la nave? Lo que Eithne siente no puede curarse con magias ni ungüentos, porque no es una enfermedad. Es un aviso.

—¿Un aviso? ¿De quién?

Oxana señaló los bajorrelieves.

—General, os cuento esto porque conozco el amor que Eithne os profesa, y porque ella... si lo que en realidad está ocurriendo es lo que temo... necesitará más que nunca de un hombro en el que apoyarse. Desde tiempo inmemorial, el misterio mejor guardado que posee nuestra fe es el rivhar, el lazo supremo entre el Alma de las hijas de la Diosa y la entidad divina, ¿me seguís?

—Creo que sí.

—Hechos que sucedieron en épocas remotas han llegado hasta nosotras en forma de mitos, pero las pocas sacerdotisas que han alcanzado un grado de sabiduría especialmente profundo ven más allá de la leyenda, y han descubierto que detrás de tales mitos hubo verdades. —En la pared, como si las figuras se movieran para ilustrar sus palabras, las nubes se abrían sobre muchedumbres que veían descender plagas o ríos de maná sobre los campos. Muerte o salvación, condenación o piedad arbitrarios—. Los Dioses no son ajenos a nuestros problemas, a los hechos clave que hacen circular los destinos de los mortales. En numerosas ocasiones han intervenido para salvar a una persona, destruir una ciudad, o evaporar la salada savia de los mares en prodigios de difícil comprensión.

»A esto, Hesión, nuestros ancestros lo llamaron rivhar.

El guerrero miró las figuras, estupefacto, pues desde su más tierna infancia había escuchado relatos sobre milagros y hechicerías, pero siempre

los había achacado a la imaginación de algún aedo. La magia de las sacerdotisas, esas demostraciones a pequeña escala de la existencia de la Diosa, era el único prodigio que se atrevía a dar por cierto. Pero ¿ciudades enteras arrasadas por lluvias de fuego y mares sajados en dos mitades por una espada invisible? Eso era demasiado para su cordura.

—¿Tales portentos... fueron ciertos alguna vez?

—Lo son todavía, general. Hace siglos que no sucede un rivhar en el mundo, al menos que nosotras sepamos. Pero hay algo que sí sabemos. —Apretó las cejas hasta que se fundieron en una línea indistinta—. Se trate o no de los prolegómenos de un milagro a gran escala, el proceso siempre es el mismo. Empieza con un mensaje y una demanda de la Diosa; una orden, o una revelación.

—Pero... ¿por qué ahora? Si los Dioses existen y son capaces de obrar semejantes prodigios, ¿por qué solo se manifiestan en tan raras ocasiones?

—Quién sabe esas cosas. Yo lo único que he aprendido, después de tantos años de explorar mi fe interior, es que los designios divinos son inescrutables. Pero algo tienen en común.

—¿El qué?

—Siempre que se ha producido un rivhar en la historia de la Humanidad, ha sido en un momento traumático, de profundos y dolorosos cambios para todos los reinos del mundo. Si lo que experimenta Eithne es lo que tememos...

No acabó la frase. Una niña apareció corriendo, haciendo un ruido parecido al de los saltamontes con sus sandalias, y le susurró algo al oído. Oxana sonrió.

—Acaba de despertarse.

Hesión la acompañó hasta los pisos superiores del templo, a los aposentos de la princesa. Encontraron a Eithne ya incorporada, bebiendo una infusión.

—¿Estás bien? —preguntó su amado, mientras corría a abrazarla.

—Creo... creo que sí. Pero no me pidas que me lance a cabalgar por la estepa.

—Os dejo para que habléis —dijo Oxana, y se marchó en compañía de las acólitas. La única que se quedó fue Anya, que revolvía hierbas y aguas de extraños colores en un anafe.

—¿Hablar sobre qué?

Eithne apoyó una mano en el cristal de la ventana, contemplando el frondoso jardín, y dijo:

—Ya sé qué es lo que la Diosa quiere de mí.

CANTO V

La partida

1

Unas figuras tiraban penosamente de sus sombras cerca de los establos de la Biblioteca. Se movían con sigilo entre el almacén y las caballerizas. El agua que bañaba la ciudad trazaba espirales por la fachada, rodeando los fanales, venciendo a las castigadas gárgolas y corroyendo sus dientes.

Dos eran las personas que amontonaban bártulos en un carromato, pero de ellas, solo una expresaba su disgusto en voz alta:

—Tengo la solución definitiva para nuestras deudas, tengo la solución definitiva para nuestras deudas... —El muchacho remedó con sarcasmo las palabras de Iósif—. ¡Cuando me hablaste de una forma de burlar a nuestros acreedores pensé que habías conseguido dinero, no que fuéramos al exilio!

—No vamos al exilio —repitió por enésima vez Iósif. Kuzmin era la antítesis del escriba: mustio, taciturno, con las carnes mal repartidas y escasa fuerza en los brazos, pero con un impulso feroz en la muñeca que, de haber servido para otro menester que no fuera lanzar dados, le habría conseguido un buen puesto en la Guardia.

—¿Ah, no? —Kuzmin lanzó otro saco de comida a la carreta—. ¿Y cómo llamas a dejar la ciudad de incógnito y partir hacia unas tierras tan lejanas que seguro que ni existen?

—¡Claro que existen! He visto mapas del mundo y sus confines, y te aseguro que como mínimo hay ínsulas que llegan hasta donde rompe la Hélade. Más allá no lo sé.

—¿La Hélade? ¿Qué es eso, un Kanato?

—Deja de decir tonterías y agradece a mi maestro que te haya dejado venir. Tus deudas estaban a punto de colgarte de un poste.

—*Nuestras* deudas.

Iósif le apuntó con un dedo.

—Si tú no me hubieras metido en aquel antro, yo no habría tenido que cubrirte apostando las columnas del templo.

Kuzmin sacudió una mano.

—Mira que cuando los sicarios de Vladimir vengan a cobrar y descubran que no pueden arrancar todo ese mármol...

Un ruido diferente de la lluvia los alertó. Los jóvenes se escondieron detrás del carronato (como si la simple presencia de este no fuera ya motivo de sospecha). Un centinela de músculos cultivados, uno de esos brutos más de exhibición que de batalla que vigilaban las plazas, hizo un alto en la ronda.

Iósif y su primo se giraron a la vez, apoyando sus espaldas contra el carro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kuzmin.

—Tú déjame a mí. Sé cómo ocuparme de esto.

—Que la Diosa nos acoja en su seno.

El guardia se acercó despacio, su mano descansando con fingida indiferencia en la espada. No era inusual que los comerciantes descargaran mercancías de madrugada, pero sí que alguien tuviera tanta prisa como para hacerlo con un tiempo tan horrible.

Antes de que el guardia berrease su consabido «¿quién va?», Iósif salió del escondite. La figura enorme, empapada como un gato tras su última tropelía, hizo que el centinela retrocediera.

—¡Alto! —ordenó, desnudando unos dedos la hoja.

Iósif chapoteó con su andar zambo hasta el guardia y le dedicó una reverencia.

—Disculpados, señor, si con nuestra labor os hemos inquietado —suplicó—. Somos peones de la Biblioteca que cumplimos con un encargo de nuestro amo.

—¿Con este tiempo?

—Pues sí. Despiadado patrono nos tocó en suerte, cuando los dineros y el trueque decidieron nuestro destino, pues no le importan las inclemencias del tiempo ni el bostezo de los gatos. Nos ordenó acabar este trabajo antes del amanecer, y aquí estamos, mi primo y yo, bregando en soledad nuestro infortunio.

El centinela miró con desconfianza al carronato. La figura mal escondida de Kuzmin enterró la cara entre sus manos, maldiciendo a la familia entera de Iósif.

—¿Tiene nombre vuestro señor, o es también un embuste?

—No es embuste, os lo aseguro. Si queréis os llevaré con él para que podamos aclarar todo este asunto.

—¿Hay algún problema, soldado? —terció una voz, anciana pero autoritaria.

Los tres volvieron la cabeza hacia la puerta del almacén, por la que salió Autólico. Iósif dio gracias en silencio a la Diosa, pues pese al baño de lluvia ya había empezado a notar el sudor.

El guardia hizo una reverencia.

—Perdonadme, maestro. No había reconocido a vuestros siervos.

—Tranquilo, hijo. Puedes regresar a tu ronda, aquí no ocurre nada de lo que debas dar parte —dijo el poeta—. Hablaré bien a tus oficiales de ti y elogiaré la labor a la que tan valientemente te entregas. Nos sentimos mucho más seguros teniéndote esta noche de guardia.

—Gracias, eminencia. —El soldado se marchó por donde había venido. La guarnición de aquel distrito conocía bien a los altos cargos de los edificios principales, pues en ocasiones requerían de sus servicios para escoltar algún cargamento de bienes destinados al ornamento.

Autólico mantuvo su sonrisa hasta que el guardia se alejó, y luego miró a Iósif con furia. El joven se protegió los antebrazos.

—¡Está casi terminado! —informó—. Los bártulos están en el carromato. Solo faltan las mantas y los coscojos de los animales.

—Acabad pronto. —Autólico se arrebujó en su pelliza—. El guardia informará a sus oficiales. Tenemos que partir antes de levantar sospechas.

Los jóvenes se apresuraron. Una vez saciadas las bestias de forraje y extendido el fuelle del carro, ocuparon su sitio en el pescante. Autólico robó de la Biblioteca un par de sacos de libros (sus niños, los llamaba él), los acomodó entre la comida y la ropa para que no sufrieran golpes bruscos, y se apretujó junto a ellos. Parecía como si nada en el mundo le importara más que esos vetustos ejemplares, que se quedarían para siempre a medio copiar en el scriptorium de la Biblioteca.

Dio la señal de partir, y las riendas latiguearon.

Iósif impuso a los caballos un ritmo que juzgó que aguantarían. Quería llegar a la primera parada de postas, al otro lado del Bosque de Narevia, antes del mediodía, para desde allí tomar el camino del Sur en dirección al puesto de caravanas de Bolshaia. A continuación viajarían al Oeste hasta Dima-Licana y a la frontera con los Kanatos.

Iba a ser un viaje largo y peligroso, pero confiaban en aprovechar la red de postas para minimizar riesgos.

¿En qué piensa un hombre cuando se mira en el espejo? ¿Qué bieldo avienta sus decisiones para que hagan caer la balanza del Destino por el lado de los sueños? Para los tres viajeros aquella no era una pregunta fácil, y menos cuando el espejo que reflejó sus inquietudes fue la ciudad que había sido su hogar durante muchos años (en el caso de los jóvenes, toda la vida), y los motivos para abandonarla parecían tristemente justificados.

Fueran deudas de juego o lealtades a un señor magnánimo lo que espoleara su corazón, fueran júbilos o melancolías lo que apuntalara sus ilusiones, lo cierto es que antes de que el amanecer se extendiera como un incendio lento, sin prisa por consumirse, los viajeros ya habían puesto rumbo a lo desconocido.

Pero Autólico no podía marcharse sin más, por mucha prisa que tuviera, sin despedirse de algunas personas. Y cuando Iósif divisó el campamento de las sacerdotisas, plantado a pocas millas de Sikandar, supo que este encuentro había sido previsto con bastante antelación.

El carromato se acercó al campamento. Una vez dispersó el viento las cortinas de lluvia, que dibujaban acrílicos en el cielo, las sacerdotisas aprovecharon para preparar sus caballos. A ellas también les esperaba un largo viaje. El escriba se ilusionó por un momento con la idea de que los acompañarían al Sur.

Una de las mujeres detuvo sus caballos tirando de la frontalera. Con un sensual gesto de cabeza, se echó hacia atrás la capucha.

—Maestro —saludó.

Autólico se apeó del carro y la abrazó. La princesa Eithne enjugó un reflejo en sus ojos que podrían haber sido lágrimas.

—Aún no me puedo creer que hayamos tenido que llegar a esto —se lamentó.

—Ni yo —dijo Autólico, señalando un hato alargado que colgaba del cinturón de Eithne. Sabía muy bien lo que escondían aquellas telas.

—Es la espada dinástica de mi familia. La portaré en este viaje, aunque no creo que la necesite.

—¿No resulta un poco violento que una sacerdotisa viaje por el mundo llevando un arma en la cintura?

—Será tarea de mi sibadalla cuidarla y mantenerla a salvo de ojos indiscretos. Pero tienes razón; el concepto de una mujer que ha dedicado su vida a la curación portando un arma... viola todo aquello que hemos jurado proteger. Pero son tiempos duros.

—Lo son. Sin duda lo son.

El poeta se sentó con ella en un círculo de piedras. Iósif y su primo se sacudieron como harapientos para secarse las gotitas. Algunas mujeres les miraron, divertidas, y ocultaron comentarios tras sus manos.

—Es una desgracia que nuestros destinos nos hayan hecho partir tan precipitadamente, sin siquiera una tregua. Casi ni he tenido tiempo de despedirme de vosotros —dijo Autólico—. Sobre todo de Hesión. ¿Se reunirá contigo antes de...?

—Sí. De hecho, mi comitiva viajará escoltada por su ejército hasta que lleguemos al País de las Riadas.

—¿Viajaréis juntos? ¡Qué buena noticia! —Su vista se desvió al cercano Trigas, que con las primeras luces reducía a mil diamantes el reflejo del Sol—. Ojalá yo tuviera una mesnada de hombres dispuestos a escoltarme. En lugar de eso, tengo que lidiar con dos patanes henchidos de buena voluntad —suspiró—. En estos tiempos es peligroso viajar, estando los ejércitos en campaña y el gacinate de los peregrinos a merced de cualquiera.

Eithne señaló el carromato, adivinando lo que contenían algunos sacos.

—Tú posees el conocimiento, y nosotros la fuerza. No sé cuál de los dos prefiero en estos momentos.

—Habrà momentos para el bronce y momentos para los libros, de eso puedes estar segura. Confío, de todos modos, en obtener buena escolta cuando lleguemos a Dima-Licana. Espero que los dineros de la capital sigan valiendo allí. No he tenido tiempo de cambiar las monedas por piedras preciosas.

—¿Dima-Licana? —se extrañó Eithne—. Nunca he oído hablar de esa ciudad.

—Es un pueblo. Ni siquiera llega a la categoría de ciudad, pero en sus aledaños se acantona una guarnición de milicianos, y posee un puerto fluvial muy pequeño. Crucé por aquellos lares cuando llegué al Gran Reino, hace... —Prefirió olvidar las fechas—. Espero por nuestro bien que todo siga como estaba.

—¿Y desde ese pueblo, adónde iréis?

—Alquilaremos una lancha de esas pequeñas, de las que pescan en los afluentes, y descenderemos el Volg. Es el río más seguro para cruzar los Kanatos. Si los Dioses nos acompañan, dentro de unas semanas llegaremos a la costa, donde un barco nos espera para conducirnos a Orestes.

—Te deseo lo mejor, amigo mío.

La mirada de Autólico se endulzó.

—Y yo a ti, princesa. Siempre supe que llegaría este momento. Me habría gustado esperar a que las tropas de Hesión llegaran para despedirme.

—No sería prudente. Con él viajará un legado real, y si te ve planteará demasiadas preguntas. Debes irte ya, antes de que amanezca del todo y las puertas de la ciudad se abran para despedir a las milicias.

Eithne no quería preguntarlo, pero algo en su interior la obligó:

—¿Volveremos a verte algún día, poeta?

Autólico se encaramó a la parte de atrás del carro, tomando asiento junto a los libros. Iósif le dio un codazo a su primo, que insistía en presentarse a unas acólitas y mostrarles lo ducho que era en juegos de manos.

—Puede que algún día, mi princesa —sonrió Autólico, y ella supo que estaba mirando hacia dentro—. Pero ahora una empresa de suma importancia me requiere, y no puedo negarme.

—Lo entiendo. Como reza el viejo epodo, que los Hados te sean propicios y te regalen palabras de gran belleza con las que tejer melodías.

—Y que a ti te conserven esa hermosura digna de Diosas aunque tengan que esculpir una constelación con tu rostro —se despidió el poeta. El carro se puso en marcha—. ¡Por cierto, dile a Hesión que sí lo compondré, aunque sea lo último que haga! —Su voz llegó cuarteada por el traqueteo.

—¿Cómo?

—¡Dile que compondré aquel poema que le prom...!

Eithne no entendió el resto. Permaneció de pie, viendo cómo cruzaban el Trigas por uno de los puentes y tomaban la ruta de Bolshaia. Agitó un brazo en el aire.

Autólico se marchaba junto con la tormenta, y Eithne se sentía más sola que nunca desde que su padre la vendió a los templos.

No había pasado ni una hora cuando retumbaron ecos de cuernos y trompetas y se abrieron de par en par las puertas de Sikandar. Con la pompa que la ocasión merecía, en clamor de vítores y de espadas golpeando la recia protección de los escudos, tres columnas de jinetes llenaron de muescas de argentería la gran llanura.

Huestes de guerreros, montados en alazanes de largas patas y lustrosas crines, entonaban cantos para templar el valor y disipar la ansiedad de marchar a la guerra. Desde la distancia a la que se encontraban las sacerdotisas podía verse, además, una luz en la torre más alta del palacio: el sublime Áquilus, el fuego siempre ardiente que era símbolo del poder del Reino, y que guiaba sus destinos como un ciclópeo titán encallado entre nubes.

La columna del Ejército de las Seis Lunas, con trazos de azogue flameando en su bandera, se separó del grueso de las legiones y se aproximó al campamento. Tres jinetes se adelantaron para presentar sus respetos. Uno era Hesión, el penachudo casco cimbreando en la zurda y las riendas bien sujetas con la mano de la espada. Escila, su caballo, tascaba impaciente el freno como si anticipara el largo viaje.

A su derecha se encontraba Iván, alto y poderoso con los paramentos de guerra, tan distintos de los encajes que subrayaban la finura y los cortejos de la noche anterior. Al tercer jinete Eithne solo recordaba haberlo visto de refilón en la fiesta, un hombre de cierta edad con ojos que parecían pozos en los que uno podía precipitarse sin quererlo. Lo identificó como el legado que acompañaría a las tropas. Todos los ejércitos solían ir acompañados por un agente de la realeza que informaba directamente a la Corte, salvo en el caso de Yakra, en que ninguno de ellos regresó con vida de las lides.

Los engalladores hacían que los animales levantaran la cabeza, pero fueron los jinetes quienes las inclinaron en señal de respeto.

—Os saludo, princesa Eithne —dijo Hesión—. Mis hombres y yo estamos listos para daros escolta.

—Gracias, general. Aceptamos complacidas el auxilio que nos prestáis.

—En esta campaña tendré el honor de ser secundado por el legado Pulev, odhuro de Su Majestad —continuó Hesión. Se le escapó una inflexión de hastío a la hora de presentarlo, como si Pulev fuera una carga que en modo alguno deseara llevar.

—Mi dama —se inclinó el hombre, con una sonrisa en su faz de urraca—. Que el crinado Iopas pulse su cítara si los rumores sobre vuestra belleza no eran ciertos. Es un placer para mí el conocerlos.

—El placer es mío, legado, aunque preferiría que os ahorráseis los halagos. Nuestra misión es demasiado importante como para desperdiciar el aliento con lisonjas.

—Bien, pongámonos en marcha. ¡A cuerpo de tres! —ordenó Hesión, dirigiéndose a sus portaestandartes—. Nos quedan varias semanas antes de alcanzar la plaza de Svalensko. ¡Hombres, despedíos de Sikandar! Pronto la volveréis a ver con sus banderas flameantes y sus inexpugnables muros intactos, os lo prometo. ¡Adelante!

El ejército comenzó su imparable marcha muy lento al principio, en lo que las filas se componían y se adaptaban al ancho de los caminos, pero ganó velocidad después. Las sacerdotisas se unieron a la columna principal pero sin llegar a mezclarse del todo con ella. Eithne conocía la importancia de

mantener las distancias con semejante reunión de hombres ansiosos, que no verían a sus esposas en más de un año. Entre las acólitas se contaban algunas que nada sabían de misterios de alcoba (Anya la primera) y no era su deseo que semejantes puertas se les abrieran en las quebradas de la estepa, entre relinchos de animales y la ponzoña de los campamentos.

Anya parecía un poco distraída desde que dejaron Sikandar. Pero no porque se sintiera intimidada por los soldados, sino por la presencia de una jovencita (aún más lozana que ella, lo que prácticamente la convertía en una niña) que se había sumado a la comitiva poco antes de partir. Se trataba de una novicia llamada Aglaya, cuarta hija de nobles que ingresó en la Orden casi a la fuerza, por petición de su padre, y que pronunció sus votos entre llantos. En circunstancias normales, el destino de aquella jovencita habría sido no abandonar el templo y centrarse en sus oblaciones hasta alcanzar la mayoría de edad, pero las leyes que regían la curia eran a veces contradictorias, y exigían que si la maestra a la que había jurado fidelidad partía en un viaje de larga duración, era su deber acompañarla. Anya, que trabó amistad con la novicia casi al instante de su ingreso, fue la primera en oponerse a tan descabellada orden.

Para Eithne, verla tan preocupada por otra acólita, como si Anya fuera la maestra y Aglaya la aprendiz, era a la vez motivo de inquietud y de orgullo. Anya crecía espiritualmente a ojos vista, y aunque todavía fuera un misterio para ella lo que los varones escondían en esa parte del cuerpo que defendía el pteryges^[27], el amor hacia los demás y el afán por ayudar a las hermanas eran como un combustible nuevo. Anya pidió expresamente que Aglaya montara a la grupa de su caballo, pues era demasiado baja para que los pies le llegaran al ación, y las dos cabalgaban abrazadas.

Eithne las veía conversando por lo bajo, riéndose a veces, y hasta podía adivinar con qué palabras trataba Anya de animarla. Pero existía un riesgo. La fe de Aglaya había sido ratificada con murmullos en la seo de la Diosa, más que a voz en grito, y no sería de extrañar que la novicia fuera tentada por el primer camino adyacente para abandonar la fila y regresar a la hacienda de sus padres. Alguna mentira argüiría, seguro, para justificar su retorno.

La princesa estaba ensimismada cuando notó que un enorme caballo negro se acoplaba a su paso. Era Escila.

—Me pregunto qué habrá sido de Yaroslav —dijo Hesión, preocupado—. No lo vi en la ceremonia de despedida.

—Se habrá sumado a cualquiera de los otros ejércitos, bien al que se dirige al Yenisai o al que retorna a Yakra. No creo que quiera estar de nuevo

bajo tu mando después de lo que pasó.

—Podría ser... pero te juro que he pasado la noche en vela preguntándome qué estará tramando. Anoche lo vi discutiendo cosas en privado con ese congénere suyo de Cormal.

—Sssshhh —lo silenció ella. Por fortuna, el legado Pulev estaba a suficiente distancia como para que el trote no le dejara oírle—. Ves fantasmas donde no los hay. Puede que estuvieran discutiendo planes, nada más. La Corte es un lugar incómodo para ti, pero hay guerreros que saben sacarle partido.

—¿Acaso insinúas que no sé sacar partido de la gente bien situada?

—Idiota —se enfadó ella, y le sacó ventaja. Hesión rio por lo bajo hasta que se aproximaron Iván y el segundo comandante Hizri, uno de sus oficiales más veteranos y de mayor confianza.

—¿Hasta dónde vamos a escoltar a las religiosas, mi señor? —preguntó Hizri.

—Hasta donde ellas lo decidan. Probablemente nos abandonarán en algún lugar cercano a Svalensko, en las faldas del Urianhai.

—¿Y qué van a hacer allí, en esa región inhóspita? ¿Rezar para que no se las coman los osos?

Hesión se encogió de hombros.

—Sobrados motivos tendrán o no viajarían tan lejos. Algo relacionado con un santuario secreto de su Diosa, he oído. Por ahora, Hizri, asegúrate de que ninguno de nuestros hombres se deja tentar demasiado por la religión.

—Sí, mi general —asintió el comandante, y redujo el paso para hablar con los jefes de escuadra, que cabalgaban un poco más atrás.

Iván encontró el momento propicio para que su superior le aclarase dudas.

—¿Seguro que Eithne sabe hacia dónde se dirige? —preguntó—. Parece un tanto insegura...

—Es peor que eso —murmuró Hesión—. Sigue los pasos de un sueño. No me gustan los asuntos que tienen que ver con visiones y truculencias mágicas.

—¿Acaso vio Svalensko en ese sueño?

—No. —El general dudó si contárselo, pero si había alguien a quien podía confiar un secreto semejante era Iván. Además, necesitaba compartir sus preocupaciones con una persona que no fuera Eithne, o explotaría—. Al parecer, por lo poco que conozco sobre los enigmas de fe, existe una leyenda que habla de un templo perdido en las montañas, donde la Diosa habló con el primer creyente y le otorgó el don de la magia. Nadie ha encontrado jamás ese

templo, pero las sacerdotisas creen que si alguna vez la Diosa desea volver a manifestarse en el mundo, será allí donde lo haga.

Iván miró a Eithne, impresionado. La princesa encabezaba la fila, mostrándoles la espalda para dejar claro a Hesión lo que opinaba de su impertinencia.

—¿Quieres decir que Eithne va en busca de ese templo perdido?

—Eso parece. La conexión que siente en su espíritu con la Diosa la está guiando... y eso, mi buen Iván, es lo que me da más miedo.

Ambos cruzaron una mirada. De fondo, el legado Pulev no les quitaba ojo de encima, prestando especial atención a sus labios y a las palabras que estos moldeaban.

El ejército se perdió en la distancia.

2

Muchos pensamientos habría revuelto Hesión en su acalorada fantasía si sus ojos no fueran los de un hombre, sino los de un águila, y con su portentoso alcance hubiera cruzado en pocos instantes la llanura.

Dos jinetes habría alcanzado a ver en la distancia, galopando como hojas que huyen de la tempestad sin saber que es la misma fuerza de aquella la que les presta las alas. Dos muescas de polvo en una inmensidad a la que pronto reclamaría la nieve, eso eran los jinetes, pues galopaban con fuerza y sin estandartes que revelaran a quién debían lealtades.

Ninguna bandera de Sikandar flameaba a sus espaldas, pese a que los ocultos salones del palacio y la suave voz de Cordelia aún estaban presentes en la memoria de Yaroslav. Aquellas palabras, que se le habían grabado a fuego la noche anterior, habían sido pronunciadas por una garganta que podía haber pasado por dios o por demonio, tal era la gravedad de su contenido, pero que viniendo de Cordelia no era más que una simple orden. Una orden terrible que él debía acatar.

Los subterfugios no le eran desconocidos a Yaroslav. También a Yakra había llegado portando órdenes secretas, provenientes de otra fuente distinta a la princesa, pero de las que igualmente sus superiores no debían conocer ningún detalle. No había sido fácil ocultárselas a Hesión, pues el caudillo ustraniano era astuto y ferozmente independiente... pero en aquellos días, y a costa de su suspicacia, había aprendido algo muy importante sobre él: que con el general era mejor no correr riesgos. Si Yaroslav quería llevar a cabo su

actual misión tendría que hacerlo lejos de su sombra, o las espadas de los dos mejores guerreros del Reino acabarían chocando como es el destino de dos halcones que se disputan el mismo cielo.

En su fuero interno ansiaba que llegara ese día. Oh, sí, lo ansiaba de veras. El Gran Reino era el país más extenso del mundo, pero aun así resultaba una jaula pequeña para dos mastines de semejante ferocidad y que codiciaban, además, el mismo premio: permanecer en la memoria de las generaciones venideras como el mejor guerrero jamás nacido. En los renglones de la Historia solo había espacio para escribir esa frase una vez.

Sus caballos sudaban por los belfos. Los jinetes resolvieron hacer una pausa; llevaban horas aguantando un ritmo muy veloz, y no querían agotar a las bestias hasta un límite que les resultase fatal. Habiendo partido a medianoche, le sacaban mucha ventaja al Ejército de las Seis Lunas. Si había que sacrificar a los caballos, forzándolos hasta la extenuación, que fuera cerca de una parada de postas o de una granja donde pudieran tomar un reemplazo.

Yaroslav se alzó en el estribo, mirando hacia atrás, a la lejana silueta de la capital. Gruesas serpientes de polvo se elevaban hasta el cielo, estampa de miles de jinetes que partían en direcciones distintas. La serpiente más cercana avanzaba en la misma dirección que ellos, pero a ese paso (en cuerpo de a tres, dedujo) tardaría horas en alcanzarlos.

—El tiempo corre en nuestra contra —le dijo a su acompañante, un legado de los odhuri llamado Quldov—. Debemos rebasar la meseta de Udkii antes de cuatro días.

El legado asintió. La ciudad de Udkii era la última escala importante antes de Svalensko, y un ejército tan grande como el de Hesión tendría que repostar allí por fuerza. Solo una urbe de ese tamaño podría proporcionarles el forraje necesario para los animales y la comida y el licor para los soldados. Sobre todo este último, indispensable para aguantar las temperaturas espantosamente bajas que el invierno anunciaba.

Eso significaba que la columna tendría que desviarse hacia el Noroeste, perdiendo un tiempo muy valioso, cuando ellos dos podrían seguir a buen ritmo hacia Poniente, directos a Svalensko.

Pero claro, Hesión no tenía ninguna prisa. Sus órdenes eran asegurar la fortaleza y establecerse después en Oskova, ¿verdad?

Yaroslav sonrió, una sombra pavorosa ocultando sus facciones.

—Lo conseguiremos —dijo—. Ese patán jamás podrá alcanzarnos ni descubrirá nuestras huellas, aunque envíe a sus exploradores a tantear el terreno.

—¿Y si el vaivoda de Svalensko se niega a poner su guarnición a vuestras órdenes? —preguntó el legado.

—No se atreverá. Vóronez siempre ha sido un hombre astuto que sabe cuidar de sus intereses. —Hizo corcovear al caballo—. Sabe que más le vale obedecer o el castigo para él y su familia será terrible. Muchas flechas se apoyarán en las cuerdas a mis órdenes antes de que esto termine, Quldov, te lo aseguro. —Hizo un gesto hacia la polvareda del ejército de Hesión—. Y algunas encontrarán un blanco entre nuestros amigos.

3

Sufriendo el asedio de vientos que incitaban a no seguir adelante, el carromato de Autólico pronto dejó atrás las rutas más frecuentadas y torció en dirección al Sur, hacia el puesto de caravanas de Bolshaia.

Ni Iósif ni su primo habían estado nunca tan lejos de la ciudad, y aunque habían escuchado a los peregrinos contar historias de cómo era el mundo allá afuera, seguían con los ojos muy abiertos, embelesados con el paisaje. La irregularidad de los caminos, sucios y llenos de baches (tan distintos de las calles de Sikandar, con el empedrado que imitaba la armonía con la que se reparten las escamas en un pez), la incomodidad de las largas distancias, el frío que burlaba la ropa... todo ello eran signos que avisaban de lo inhóspito de la vida salvaje.

Aun así, el escriba reaccionó de manera distinta a su primo ante la perspectiva del exilio. Kuzmin lo veía como una salida al problema con sus acreedores, una maldición que aceptaba porque la alternativa era la horca, pero para Iósif era una oportunidad de conocer a qué olía, a qué sabía, cómo era en realidad la textura del mundo. Cuán distinto de los cantares de gesta y de los versos de los aedos; cuán inmediato y real, sucio y esplendoroso a la vez. Ya fuera soportando las implacables trombas de agua (que a veces los acompañaban durante días) o sentado bajo el desfalleciente Sol, su mirada no perdía un ápice del maravillado interés por la Creación.

Encontraron granjas donde comprar leche y raciones a cambio de monedas y, en ocasiones, de versos que improvisaba su maestro. La mayoría de aquellos aldeanos no había escuchado poesía auténtica en su vida, salvo algún que otro atentado contra el buen gusto que los aedos parían a cambio de una limosna. Así que cuando oían palabras de verdad, música que los mareaba y los entristecía y los alegraba y los sobrecogía, muchos dejaban caer

a traición una lágrima, e incluso les brindaban una ración extra de manteca para mostrarles su gratitud. Los viajeros eran quienes narraban ahora, no quienes escuchaban, y por las viejas líneas de la lírica trazaban su rumbo.

Rondando las madrugadas, los atardeceres de oro chorreante o las noches que los envolvían con una capa de estrellas, los viajeros convirtieron los recodos del camino en millas, y estas a su vez en leguas, y fueron testigos de prodigios que solo los vagabundos suelen apreciar. Vieron templos antiguos, arrasados por alguna guerra olvidada o por la muerte de la divinidad a la que rendían culto, en cuyos cementerios brillaban fuegos fatuos. Creyeron ver espectros lechosos que los vigilaban en un alto de su ronda por los laberintos de tumbas, y nubes vivas que adoptaban formas imposibles frente a las estrellas, pues no era vapor lo que conformaba aquellos nimbos sino enjambres de cuervos.

Los jóvenes temblaron de miedo en más de una ocasión ante semejantes visiones, pero les reconfortaba la tranquilidad de su maestro. Autólico fumaba en pipa una variedad de hierba que algunos comerciantes le traían de muy lejos, y contemplaba aquellos prodigios expulsando lánguidas vaharadas de humo. Como si fueran espectadores no invitados de un teatro concebido para las criaturas de la noche.

Sí que se alteró, empero, cuando al anochecer de un día frío divisaron las luces de un poblado de casas viejas, parapetadas tras una cerca de madera. El anciano las miró con desconfianza y dio el alto.

—¿Qué ocurre, maestro? —preguntó Iósif, buscando indicios de cuatros a la vera del camino.

—Demos un rodeo —sugirió el poeta, apagando la lumbre de la pipa que llamaba la atención como un farolillo—. Es preferible que nos mantengamos alejados de ese poblado.

—¿Por qué deberíamos hacer eso? —intervino Kuzmin, enfadado porque raras veces Autólico tomaba en cuenta su opinión—. Esta noche lloverá otra vez, ¡otra!, y estamos muertos de frío. ¿Por qué soportar la intemperie cuando podemos jugarnos a los dados una cena y un techo?

Iósif salivó, pensando en las candiotas de licor que había visto burbujear en otras tabernas, y en las humeantes patas de conejo que las acompañaban.

—Uhm... creo que en esta ocasión estoy de acuerdo con mi primo, maestro —opinó—. Mirad esas nubes que han devorado ya toda estrella que antes nos hubiera guiado. Es el viento lo que las espanta con tanta rapidez. Además, los animales están cansados y no les vendría mal un establo.

Autólico apuntó a la cerca con la boquilla de su pipa.

—¿Veis eso? No dudo que a los habitantes de ese pueblo les complazca recibir visitas, sobre todo si se trata de una persona honorable en chanzas como tú, Kuzmin —dijo con sorna—, o con una afición a comer regaladamente como Iósif. Pero de lo que no estoy tan seguro es de que a nosotros nos interese visitarlo. Es una leprosería.

Los jóvenes dieron un respingo, fijándose en detalles que de pronto parecían obvios, como la diminuta portilla que se abría en la entrada principal, por la que solo cabía una mano, o la ausencia de un camposanto cercano a la villa, pues los fallecidos no retornaban al polvo, sino que eran incinerados por sus propios compañeros para no contaminar la tierra. Fósiles de escuálidas hogueras formaban un cerco protector que alejaba a los curiosos con más eficacia que la valla de madera.

Ambos habían oído historias sobre esos lugares, pero como en Sikandar no se toleraban cierta clase de enfermos (en el mejor de los casos las autoridades los expulsaban, cuando no los lanzaban a una hoguera para cremarlos, estuvieran muertos o no), les costaba creer que esas personas se reunieran para formar clanes donde la única fraternidad era la suciedad de la sangre.

—Creo que... prefiero la intemperie —decidió Iósif. Kuzmin le apoyó rápidamente.

—Pongámonos en marcha, a ver si alcanzamos el próximo pueblo antes de que amanezca —dijo Autólico. No había acabado de pronunciar la frase cuando los exhaustos animales estaban otra vez en marcha.

Pronto dejaron atrás el poblado, de cuyas chimeneas no salía humo a pesar de que un rancio olor a comida llegaba desde lejos, y se aproximaron a un soto de abedules. Era una isla de vegetación en mitad de aquel páramo raso y desabrigado. Los árboles parecían escuálidos, pelados, como cuando el verano asomó aquel año después de una primavera sin hojas, tan muerta como el otoño.

El poeta miró al soto de árboles con mayor recelo aún que a la leprosería.

—Espera, Iósif, detente —ordenó cuando alcanzaron el sotobosque que rodeaba a los abedules—. Detén el carro.

—¿Qué pasa ahora? ¿Nos persiguen?

—No es de los leprosos de quienes deberías temer esta noche —masculló el anciano—, pues hay algo más perverso en esos árboles.

Kuzmin esperó a que la risa de Autólico surgiera en cualquier momento, como colofón a una broma de mal gusto (y de rabiosa eficacia, todo hay que decirlo), pero el anciano estaba hablando en serio. En los crespones de

negrura se movían cosas. El viento transportaba débiles respiraciones y roces de pezuñas, mientras que la Luna, de haberla habido, podría haber arrancado algún destello de los ojos que acechaban tras las breñas.

Iósif no sabía cuánto de aquello estaba solo en su imaginación, pero de repente el camino parecía una emboscada: demonios delante y enfermos detrás. ¿Qué más podía salir mal?

—¿Qué... qué es lo que hay ahí delante? —balbuceó Kuzmin, que en sus baladronadas se jactaba de haberse enfrentado a quince ladrones en un callejón, y ahora tenía un miedo espantoso de abedules mecidos por el viento.

—Quién sabe —dijo Autólico—. Espíritus necrófagos, probablemente. O asaltantes de caminos que han visto los caballos. Desde aquí se huele su hambre.

—¿Ne... necrófagos? —tembló Kuzmin—. ¿De este mundo o del otro?

—Mejor no averiguarlo. Retrocedamos.

—¿Adónde? —Iósif tiró de riendas. Lo importante era moverse. Hacia dónde era lo de menos.

—A la leprosería. Nos dejarán entrar si les ofrecemos provisiones.

Los chicos miraron al poeta, pero Autólico se mostró inflexible.

—Si permanecemos en el camino nos matarán, pero no se atreverán a entrar en el pueblo. ¡Haced lo que os digo!

A paso más que ligero, espoleados por un pánico que los humanos habían logrado transmitir a las bestias, en breves minutos alcanzaron la cerca. Allí se alzaba una barrera, con troncos sostenidos más por la casualidad que por la argamasa, en los que se abría una portilla a la altura de la cintura. Una campana se mecía junto al herraje.

Autólico se apeó del carro y tocó la campana. Iósif se retrepó en el pescante, como si aquel sonido estuviera contaminado por la enfermedad. Detrás, en el páramo, la isla de árboles parecía haberse movido. Ahora estaba unos codos más cerca.

Unos pasos chapotearon en el barro al otro lado de la puerta. La portilla encuadró un rostro cubierto de vendas. Iósif y Kuzmin se abrazaron.

—¿*Qado va?* —preguntó en la jerga de los leprosos, ajustada a las tumefacciones de su lengua.

—Salud, buen hombre. Somos viajeros que buscan asilo por una noche.

—Salud no hay. *Esqo ed una lepgoseguía.*

—Lo sabemos. Pero los caminos son peligrosos y no queremos que ningún puñal encuentre nuestro gazonate. Ni las fauces de criaturas

sobrenaturales tampoco. —Autólico mostró los odres que guardaban en la parte trasera—. Pagaremos bien, con aguamiel.

El rauco lugareño los midió con la vista, y al final se escuchó cómo se descorría un travesaño. La puerta se abrió, y hasta los caballos sintieron un escalofrío al mirar dentro.

El pueblo estaba desierto. No se diferenciaba de otras aldeas pobres que habían encontrado, pero se percibía algo en el aire, una sensación agobiante, el olor a la putrefacción simultánea de cien cuerpos que se descomponen día a día, sin fuerzas para regenerarse con la comida como el resto de los humanos.

Tampoco había animales a la vista, ni los perros que guardan las pocilgas ni los gatos que no tienen casa. Ni siquiera pájaros, ahora que Iósif se fijaba. Los montones de guano que nacían como arrecifes en los alféizares y que delataban la presencia de aves, o habían sido raspados, o no habían existido nunca.

Autólico, encabezando a pie la comitiva, tiró de las bridas para obligar a los caballos a entrar. No había dado ni tres pasos cuando las botas se le metieron en un charco y, al intentar esquivar el siguiente, quedó colgando del barboquejo y pendulando como un gracioso saco de insultos.

Iósif sacudió la cabeza. Con la tranquilidad que el anciano transmitía con la voz y la seguridad en sí mismo, había olvidado lo torpe que era Autólico en la vida real.

El lugareño corrió a socorrerlo. El poeta no tuvo reparo en aceptar aquella mano enguantada, pero luego, mientras el hombre no miraba, se enjuagó los dedos en el lodo.

—*Pod aquí casa de güéspedes* —dijo el leproso. Los estaba guiando hacia el centro del poblado.

Kuzmin se extrañó.

—¿Esta gente tiene huéspedes alguna vez? —preguntó entre dientes.

—Esto es un sanatorio, no una prisión —dijo Autólico—. Reciben visitas de físicos y de familiares con cierta frecuencia.

La casa de huéspedes, para su sorpresa, estaba razonablemente limpia. Era un edificio de una sola planta dividida en dos partes: una ocupada por una habitación común, sin apenas muebles, y otra donde funcionaba una especie de taberna. No era tal en tanto que no había barra ni mesas ni estantes con garrafas de licor, pero estaba bien ventilada, y en torno a un barril plantado verticalmente se alineaban algunos taburetes.

Cuando entraron sintieron la presión de varios pares de ojos. Iósif reprimió un temblor, más nervioso que antes. Había hombres y mujeres allí

dentro, e incluso algunos niños. Vestían harapos a los que parecían haberse cosido las vendas que los acompañarían de por vida. Algunos rostros no estaban manchados por la enfermedad, y aquellos que podían lucirlos los llevaban al aire, sin defensa, como si la execración de la carne no pudiera alcanzarlos.

Una mujer hizo sitio a Autólico junto al barril.

—*Biengvenidog* —saludó, sin ofrecerles ninguna vianda.

—Gracias. Como le dije a la persona que nos recibió, solo estamos de paso. Si nos permitís refugiarnos aquí hasta que amanezca, os compensaremos. Tenemos con qué pagar.

—¿*Gomida*?

—Aguamiel. Llevamos bastante en los odres.

Los leprosos intercambiaron comentarios alegres. Alguien avivó un fuego de leña. Íosif se preguntó de dónde sacarían la madera, pues los únicos árboles cercanos eran los abedules, y no había visto mordiscos de hachas en sus troncos.

—También tenemos dinero —añadió Autólico.

—*Eg dinego aquí cadece de valog. Valen más la cadne y el dulce licog que miles de vuedros metálicos pedacitos de trueque.*

—Entonces volveré a la oferta original. Un odre por cabeza a cambio de la estancia y la lumbre de una hoguera. ¿Hay trato?

—¡Un momento, nos lo podríamos jugar a los dados! —intervino Kuzmin, olvidando por un instante dónde estaba.

Cuando los lugareños alargaron el silencio, la piel del tahúr palideció y se achicó detrás de su primo.

—¿*Sabéis jugad a azad*? —preguntó alguien, una mujer tan delgada que la piel le colgaba como una túnica de la percha de los huesos.

—Eh... no —dijo Kuzmin, intentando esquivar la mirada furiosa que le lanzó Autólico.

—Lo ha dicho —dijo un niño que hablaba normal—. Sabe del azar. Conoce el misterio de los juegos.

Los aldeanos cuchichearon. Antes de que el asunto fuera a más, Kuzmin optó por dejar claras algunas cosas:

—Os estáis equivocando. Creo que ha habido un malentendido. Yo no sé nada de tabas o de juegos de dados. Solo lo decía por decir, yo nunca... yo...

La siguiente mentira murió en su garganta, pues los lugareños se habían apartado, como se rinden las aguas de un río ante la inviolabilidad de una represa, y una persona se plantó frente a ellos.

Era una mujer cuya belleza solo podía provenir de una condición preternatural, pues tenía la piel lisa, sin estigmas, y parecía estar sana cuando el resto del mundo sucumbía a un padecimiento mortal. Generosa de anca y esbelta de talle, era una aparición que se les antojaba más aterradora que el aliento en la nuca de los enfermos. Sus ropas semejaban las de una romaní, herencia nómada que se traducía en la sinuosa proporción de las cejas y que diluía su origen en la noche de los tiempos. Los leprosos parecían tratarla como a una especie de líder, aunque por algún motivo nadie la miraba a la cara.

La aparición se aproximó a Kuzmin, aunque solo con la vista, pues lo miró de lejos. Aun así, el aterrorizado muchacho sintió algo parecido al vaho de una respiración extenderse por su cara.

—¿Es cierto eso? —preguntó la mujer—. ¿Ha sido alguien tan joven capaz de meldar en los secretos de la cábala? ¿Tienen tus manos grabado el gesto y la forma de los dados, y el peso del marfil en los ajuares funerarios^[28]?

Kuzmin negó muy lentamente con la cabeza, pero su boca dijo:

—Sí.

La mujer sonrió, acomodándose en uno de los taburetes. La madera no crujió, como si ella no pesara. De repente hacía frío en la habitación.

—Mi nombre es Rinia. Os doy la bienvenida a mi casa, viajeros, y espero que al marchar dejéis aquí parte de la felicidad que traéis como presente.

—So... solo queremos... dor... dormir.

Autólico no había abierto la boca. Miraba a la mujer fijamente, como si la recordara de los viejos cantares.

—Es virtud de hombres nobles jugarse la vida, entre otras prendas de igual valor, al tintineo de los dados —dijo la súcubo—. En este pueblo ha sido tradición, desde que el primer manchado vino a morar, que el azar determine si los huéspedes tienen que pagar por su estancia. Por consiguiente, os invito a jugar una partida de dados. Si ganáis, podréis quedaros y disfrutar de nuestra comida y de nuestra compañía.

—¿Y... y si perdemos? —preguntó Iósif, el nudo de su garganta tan tenso que apenas dejaba pasar el aire.

La mujer bosquejó una sonrisa.

—Regresaréis al camino.

Autólico puso una mano sobre la mesa.

—Kuzmin, saca los dados —ordenó.

—¿Qué? No pretenderéis que yo...

—¡Haz lo que te digo!

Kuzmin se metió una mano en los bolsillos. Sacó a la luz dos pequeños cubos limados.

—A... aquí los téneis, maestro...

—Como desafiados, exijo que se juegue con nuestros dados y nuestras reglas —dijo Autólico.

La mujer se inclinó hacia delante. Su taburete tampoco crujió esta vez, pese a que el de Autólico gemía solo con su respiración.

—¿A una tirada?

Surgieron más murmullos de la claqué de apestados.

El poeta asintió, y cedió el sitio frente al barril a Kuzmin. El joven sentía la sangre tamborilear en sus sienes.

—¡No, por favor! ¡No me pidáis que lo haga! —suplicó.

Iósif lo observaba todo de fondo, mudo como una estatua.

Autólico se inclinó sobre Kuzmin, como si lo abrazara, y le susurró al oído:

—Estamos ante el mismo horror que nos espiaba cobijado en la noche, entre los árboles. No nos dejará marchar a menos que sigamos las reglas.

—Pero... yo no estoy preparado para...

—Te has jugado la vida mil veces en las calles de Sikandar. Esto no es diferente. Quiero que sientas los dados, que los acaricies como si fuera la primera vez. Como si montaras las ávidas carnes de una jovencita en los burdeles. —Poco a poco, le conminó a sentarse—. Ámalos. Siéntelos. Lánzalos como no los has lanzado nunca, y puede que salgamos de aquí con vida.

Kuzmin se encontró sentado frente a su oponente, aquella beldad con ojos de culebra que lo miraba como si la vida no valiera nada, como si mil profecías convergieran aquella noche. Sopesó los dados. Y supo que, fuera cual fuese el resultado de la apuesta, ya no jugaría nunca más en lo que le quedara de vida.

Los dados besaron la mano de Rinia, la acariciaron como si reconocieran a su amo. La súcubo sintió el calor, el peso desigual, las aristas quemadas por donde el caprichoso azar los había hecho rodar más veces, y sonrió.

Los dados volaron.

Cinco y seis. La pareja desavenida, en jerga de truhanes. Muchos puntos para una sola tirada, que descansaban insolentes sobre el barril. Iósif soltó un juramento.

Autólico miró a Kuzmin. Era el momento. Para esto había nacido. Todos los días de su vida confluían aquí.

El aterrado joven levantó los dados. Notó el sudor que Rinia había dejado en ellos, el calor remanente de su tacto. Cerró los ojos. Él era un tramposo, un embustero, un timador que aprovechaba su talento para desplumar a los hombres y desvirgar a las mujeres, mientras les contaba lances divertidos. Si había una tirada de dados para la que siempre se había estado preparando, era esta.

Palpó los diminutos cubos. Previó su comportamiento, cómo caerían, cómo se rebelarían contra los deseos del tirador. Y los arrojó, pensando en todas aquellas veces en que su vida dependió del giro de una carta favorable.

Los dados bailaron. En lugar de piezas de marfil, caracoleaban como los dientes de una vieja mellada.

Tras un instante que se dilató por espacio de una eternidad, se detuvieron.

Kuzmin abrió los ojos para descubrir el doble seis que se burlaba de la suerte y de la magia y de la belleza de las rameritas de la noche. Que le garantizaba la supervivencia, al menos por un día más.

Cuando alzó los ojos, vio que tanto la mujer como los leprosos habían desaparecido. Nadie los había oído salir, ni Autólico ni su primo, pero lo cierto era que ya no estaban. Solo quedaban los dados, testigos eternos de una dirección que no llegó a tomar el Destino.

No esperaron a que amaneciera para abandonar el pueblo. Autólico y los muchachos se subieron al carro, recuperaron los odres de aguamiel y salieron de allí con la rapidez de las nubes que bogaban por las alturas.

—¿Qué hemos presenciado ahí dentro, maestro?

—Mejor será que lo olvides, mi fiel escriba. Por nuestro propio bien, mejor será que nos concentremos en el futuro...

Las ruedas encontraron el camino casi por inercia. Aún les quedaban muchos baches antes de llegar a la frontera.

CANTO VI

Los olvidados

1

A todo lo largo y ancho de la meseta de Sikandar, entre los bosques y sobre las corrientes, y a través de los pasos de las colinas, se difundió el rumor de que los ejércitos estaban otra vez en liza, y que su atronador tumulto pronto se dejaría sentir en las aldeas del interior. Eran rumores infundados, pues nadie había visto humo de fuegos en el horizonte ni se oían los estertores de los muertos, pero los campesinos solo necesitaban oír rumores para creer que ya se estaba combatiendo, y que, como de costumbre, los sacrificados, las bajas más numerosas y menos importantes, serían ellos.

La sensación general era de aislamiento, de acopio de víveres, de aldeas que se parapetaban tras cercados de madera, y de ventanas cerradas a cal y canto en casas llenas de miedo.

Hesión no creía que un peligro tan inmediato pudiera existir, al menos durante el primer año de conflicto, pero sí que notaba algo inusual. Era el colofón a las visiones que había tenido Eithne sobre aquel templo perdido. Él, que siempre había creído en los Dioses pero no hasta el punto de ponerlos por encima de su vida, dudaba que su mente pudiera captar un eco de los sueños de su amada, el fantasmagórico delecto de una profecía.

La naturaleza explotó en toda su majestad alrededor del Ejército de las Seis Lunas, ganando en barroquismo cuanto más se alejaban de la meseta y más se aproximaban a la cordillera del Urianhai. Interminables extensiones de bosques, apenas hollados por la mano del hombre, ejercían su imperio de los horizontes. Sobre las copas flotaba un frente tormentoso con encajes de oro y púrpura, asaeteado por ejércitos de nubes que libraban una guerra inalcanzable en las alturas. A ras de suelo, el tiempo parecía haberse rendido a

un sueño del que nunca despertaría. El humus estaba repleto de flores, el tesoro fugaz de la lluvia que se amontonaba en jazmines, ceibos, gardenias, lirios e incluso insólitos macizos de rosas.

Hesión hinchó los pulmones con la belleza de aquel panorama. Se acordó de los nobles que lo habían mirado como a un salvaje, durante la fiesta, y se rio de ellos. Algunos vivían muy lejos de la capital, en las haciendas remotas y los campos de oro, pero se pasaban la vida encerrados en castillos infranqueables. Todos ellos, por mucho que se refugiaron tras modales refinados, licores exquisitos o lúbricas odaliscas, en el fondo ansiaban poseer lo mismo que él. Libertad. Para poder ir donde quisieran y hacer lo que se les antojara, y rendir cuentas solo tras haber entrado por la puerta grande en los salones de la Historia. Para sentirse dueños de la tierra y no esclavos de ella.

Ni siquiera Eithne compartía aquella sensación de pureza, de emancipación. Ella adoraba la vida en la ciudad, el relumbrón de la Corte, el taimado duelo de influencias, los mismos excesos de los que también se burlaba. Eithne era un ser social, que había crecido en un mundo complejo donde solo la fe resultaba auténtica; Hesión sabía que se sentiría muy desgraciada si se viera obligada a abandonarlo.

De entre las personas a las que amaba, solo Iván, compañero de batallas, lances y victorias, podría encontrarse tan a gusto como él en la quietud de la naturaleza... aunque a veces, cuando recordaban amores que se encontraban a un mundo de distancia, Iván añoraba el tumulto de las haciendas, y le confesaba lo ansioso que estaba por que las guerras terminaran y le fuera permitido regresar a la granja comunitaria de sus padres.

Hesión le prometió que algún día lo conseguiría, aunque él mismo tuviera que acabar con todas las guerras. Pero a medida que transcurrían los años y el futuro del Gran Reino se volvía cada vez más negro, esa promesa perdía fuerza e iba adoptando el aire falaz de una utopía.

Udskii les devolvió por unos días el sabor de la metrópoli. El regateo de los mercados permitió que Eithne se desfagara de tantas leguas cabalgadas; Iván peinó las armerías, donde los artesanos realizaban labores de ataujía, buscando alguna pieza que además de ser hermosa supiera dar la talla en buena lid. El legado Pulev, simplemente, desapareció. Nadie lo volvió a ver hasta que partieron de la ciudad.

El polvo de los caminos cubría a los jinetes como un manto sin costuras, pero solo con su porte y la rectitud de los estandartes ya atraían los suspiros de las campesinas y las pretensiones de los jovencuelos. En el escaso tiempo que pasaron en la ciudad, los farautes^[29] recibieron más de una docena de

ofertas de jóvenes en edad de sembrar para ser tomados bajo su soldada. Todos querían unirse a aquella hueste, viendo en ella más una forma de no pasar hambre y de abandonar el ingrato servicio a los gosti que un peligro real de que los matasen.

Al amanecer del día siguiente partieron, retomando los senderos enjorjados de vegetación. Y encontraron las primeras aldeas quemadas.

Las pezuñas de los caballos abrían cráteres en la capa de ceniza del suelo. Aquella mortaja de polvo escalaba las techumbres de las casas y se acumulaba como nieve reseca en los ángulos de las cercas. Atestiguaba el caos acontecido en aquella aldea, la huida precipitada de los habitantes y la agonía de los que dejaron atrás.

Iván abrió con su espada el contrafuerte de una ventana. De su interior brotó un olor cáustico.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —Dejó escapar el aire por un lado de la boca. Era más bien una pregunta retórica, pero Hesión contestó desde el otro lado de la valla. Se había apeado de Escila y estaba acuclillado en un huerto, examinado un pedazo de metal.

—No hay señales de lucha. Parece como si el incendio se hubiera propagado desde muchos sitios a la vez. —Repasó con la vista las casas que lo rodeaban en semicírculo—. Como si lo hubieran provocado.

—¿Y los cadáveres?

Hizri se acercó a uno, el de un anciano que abrazaba su muleta como a un familiar bienamado. Le despegó la cabeza del suelo con la bota. El cuello crujó.

—Esta cara no muestra la agonía de las llamas.

Hesión ordenó examinar los demás cuerpos. Como temía, los pocos restos humanos que asomaban de la ceniza parecían haber muerto en circunstancias mucho más plácidas que un dédalo de flamas.

—Fueron colocados aquí, en lugares estratégicos, antes de que el incendio comenzara. Pero ¿por qué?

Eithne se acercó. Ninguna otra sacerdotisa había entrado en el pueblo. Formaban una mancha de color distinto al de los caballeros.

—Esto lo he visto antes —dijo—. Este mismo cuadro.

—¿En tu visión?

Arremangándose el pliego de la túnica que llevaba sobre los pantalones, Eithne se acuclilló junto al anciano. Raspó con un dedo la costra de ceniza

que se había apelmazado en torno a su muñeca (por la lluvia, dedujo; había llovido después del incendio). Entre los grumos apareció una pulsera de cuentas medio enterrada en el muñón, pero que todavía era identificable: una ofrendaria de Volos.

—Adoraban al dios de los rebaños, pero bajo otra advocación. —Su mente se extravió durante un rato, mientras examinaba los símbolos de la pulsera—. Una mucho más antigua. Senuhé, me atrevería a decir.

—Nunca había oído ese nombre.

—Muy poca gente lo conoce. Así se invocaba a un dios arcaico que se decía engendró de sus cenizas a Volos, cuando nacieron los primeros rebaños para ser domesticados por el hombre.

—¿Quiénes lo veneraban de esa forma? —se extrañó Hesión.

—Según me contó Oxana una vez, los bárbaros jotuns trajeron este mito cuando invadieron las planicies.

Hesión enarcó las cejas. Jotuns. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

El cadáver del anciano descansaba en una pose forzada sobre el manto de ceniza. Más que muerto, abandonado, como un hueso cuyo tuétano no quiere roer nadie.

—¡Mi general! —llamó un jinete que llegaba galopando—. Detrás de la colina hay otro pueblo en iguales condiciones, señor. No ha sobrevivido nadie.

—¿Has visto algún lugar de enterramiento cerca, soldado? ¿Un cementerio?

—Eh... creo que sí. Pero está muy dañado.

—Enséñamelo. —Hesión montó en Escila de un salto y salió galopando hacia las colinas. Iván y Eithne fueron detrás.

El altozano no tenía demasiada altura, pero desde allí se podía ver cómo hacía su aparición el camino entre la masa boscosa, y cómo se diluía en la niebla tras jugar con los sotos en dirección Oeste. El ejército lo tapaba por completo desde un lado, pero había huellas recientes de una huida por el otro: gente, carros y animales moviéndose en tropel hacia las tierras altas.

—Tomaron aquella ruta —dijo Hesión—, hacia las profundidades del bosque. —Se volvió en la silla para ver un sembrado de tumbas que dominaba la parte de atrás de la colina. Era un cementerio inclinado, en terrazas, que ocupaba un terreno pedregoso. Muchas de aquellas tumbas habían sido profanadas recientemente, y los cuerpos inhumados descansaban junto a los montones de tierra.

—¿Por qué habrán hecho semejante cosa? —preguntó Hizri, dibujando en el aire un símbolo de protección. No en vano procedía de Ufa, una región habitada por gente temerosa de los espíritus y de las calamidades que estos pudieran desatar desde la otra vida.

—Esto no es trabajo de un solo día. Hacen falta hombres, palas, carretas... Se necesita tiempo para vaciar un cementerio. Además, estoy convencido de que los cadáveres que hemos visto allá abajo pertenecen a este lugar; cuerpos a los que aún no les había dado tiempo a descomponerse.

—La pregunta no es cómo lo hicieron —dijo Eithne—, sino por qué.

El general saltó al interior de una de las tumbas. Sacó un par de piedras y los restos de un cadáver, que depositó a un lado sin ceremonias. En la pierna de aquel despojo aún se adivinaban los vestigios de una armadura de mimbre.

—Lo que me temía —gruñó—. Buscaban armas.

—¿Armas? —preguntó una nueva voz. El legado Pulev había subido también a la colina. Su caballo, un castrado de piernas delgadas pero ágiles, relinchó al oler tanta muerte.

—Sí... muchos cementerios están llenos de armas antiguas que todavía servirían para defenderse en caso de batalla. —Hesión tocó el mimbre. Aún estaba rígido, pero una sopa de gusanos burbujeaba entre las hebras—. Esta técnica de fabricar corazas se perdió hace mucho. Ya nadie trenza mimbre en capas, salvo...

Recordó lo que le había dicho Eithne sobre los jotuns. Eran demasiadas coincidencias.

—Lo que estamos viendo era en realidad un asentamiento bárbaro —dijo Iván, adelantándose al razonamiento—. Pero las casas estaban construidas a la usanza heucanita.

—Y seguramente vestían igual, y hablaban nuestra misma lengua. —Hesión saltó fuera de la tumba. Se sacudió las manos para limpiarse la suciedad—. Pero si eran jotuns, ¿por qué necesitaban armas? ¿Y de quién o qué huían?

—Alguien los encontró —intervino Hizri—. Alguien hostil y numeroso. Y los obligó a marcharse.

—Pero no hemos encontrado otras huellas salvo las nuestras.

—¿Yunks? —aventuró Eithne. Por la cabeza de todos rondaba esa posibilidad, pero ninguno se había atrevido a enunciarla.

Hesión dio instrucciones a los exploradores para que peinaran la zona y anuló la orden de acampar. De repente, aquel lugar se le antojaba poco

seguro. Y aunque el fuego lo había saneado, podría haber cadáveres en las cercanías que propagaran alguna enfermedad.

El ejército continuó con su lento avance, y descubrió que el sendero que se internaba en la taiga pronto desaparecía bajo los matorrales y la hojarasca. A partir de ese momento volvieron a depender de los exploradores y del cielo para orientarse.

Fue entonces cuando Hesión advirtió que Eithne se había traído consigo la pulsera del anciano. La princesa jugueteaba con la estropeada alhaja y, haciendo cabriolas entre los dedos, posaba la vista una y otra vez en sus símbolos.

—¿Qué te está contando ese trozo de madera?

—El cartílago que sostiene las cuentas no llegó a quemarse. —Se lo mostró. Aquella pulsera aún conservaba cierta elasticidad, pese a lo chamuscada que estaba—. El fuego duró poco.

—Pero fue intenso. —El general oteó entre los árboles, a la oscuridad que arrojaba la neblina—. No me has contestado.

—Lo siento, es que estaba absorta mirando estas muescas. —Le enseñó una que representaba un animal grande con dos colmillos retorcidos que le brotaban de la nariz—. Esta gente vio animales que ya no existen. En las antiguas leyendas los llamaban starkhads. Tuvieron ancestros nómadas, comedores de carne cruda. Que venerasen a Senuhé y a un horror conocido como el Xormog lo demuestra.

—No cabe duda de que eran jotuns. Los gosti valorarían mucho el saber que entre las aldeas que gobiernan podría haber bárbaros disfrazados.

—Si el disfraz es perfecto, ¿por qué seguir llamándolos bárbaros? ¿Por qué no admitir que se han vuelto tan indistinguibles de nosotros que... casi son nosotros?

—Eso se parece mucho a la historia de los ustranianos.

—Solo intentaban sobrevivir, volverse sedentarios por una vez —dijo Eithne, tristemente consciente de que no les había servido para nada—. Fuera quien fuese su enemigo, era tan despiadado como para que practicasen una quema de casas y de cosechas y huyesen bosque adentro. Me pregunto de quién tendrían tanto miedo...

—De nosotros no. Yo he perseguido a muchas bandas de forajidos en mi vida, pero jamás haría daño a un grupo de refugiados hambrientos. Ni les obligaría a abandonar sus hogares.

Eithne lo premió con una sonrisa. Las palabras de su amado eran sinceras.

—Lo sé, mi am... —Miró en derredor, por si Pulev estaba cerca—. Lo sé.

Algo llamó su atención en la espesura.

—¿Lo has notado?

Hesión asintió. Unas voces oscilantes, apantalladas por la capa de bruma. El destello del bronce como azogue fundido.

—Llevan un rato siguiéndonos —susurró, mirando hacia delante como si nada ocurriera—. Pero no se atreverán a acercarse. Somos demasiados.

—¿Son los habitantes del pueblo?

—Quién sabe. Puede que sean ellos o la amenaza de la que huían. Habrá que hacerlos salir, pero quiero darles tiempo para que demuestren sus intenciones.

Eithne disimuló también, pero los ojos se le desviaban a traición hacia los jirones de niebla. Allá se movían figuras con cuidado de no mostrar ningún metal desnudo.

—Quédate aquí —dijo Hesión, y clavó ijares en su caballo. Sin darle tiempo a rechistar, dejó atrás a Eithne y se sumergió en una niebla tan espesa que parecía líquida. Escila pasó en unos segundos de ser una silueta difuminada en un lienzo a desvanecerse por completo.

Maldiciendo, la princesa se acopló al paso de Iván.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comandante—. ¿Adónde ha ido?

—Dímelo tú. Conoces mejor que yo sus estrategias.

Iván pensó: *conozco mucho más de él de lo que tú imaginas*. Un súbito arrebato de celos le poseyó, pero no supo ni de dónde surgió, ni cómo atajarlo. Simplemente lo encajó como se encaja un dolor de tripa o un comentario malsonante, sin concederle más importancia.

Los minutos transcurrieron despacio. Eithne e Iván contemplaron la pantalla de niebla, que iba matizando la luz del atardecer añadiendo a la paleta unos toques de regoldano.

De pronto, a la izquierda y delante, alguien lanzó una consigna en una lengua desconocida. Iván desenvainó, pero antes de que pudiese dar la alarma, una figura se materializó en el nimbo de bruma.

Era Hesión.

—Sígueme, Iván —le ordenó—. Ahí delante hay algo que debes ver. Dile a los demás que se detengan. Princesa, si tenéis la bondad...

Hizri transmitió las órdenes. A Hesión, Iván y Eithne se los volvió a tragar la niebla.

La columna hizo un alto. Nadie veía los destacamentos de cabeza, pero los órdenes fueron pasando de testigo en testigo hasta recorrer toda la fila.

Pronto llegaron hasta donde estaban las sacerdotisas y las acólitas de menor edad. Anya había descabalgado hacía rato, más por aliviar el dolor de sus posaderas que por obedecer órdenes. No le eran desconocidas las leyendas sobre las tribus de amazonas que montaban sus corceles a pelo, pero en el templo habían insistido en que para viajes muy largos lo mejor, tanto para el jinete como para el animal, era la correosa silla de cuero.

Tras liar las riendas del caballo en una rama, lo suficientemente holgadas como para dejarle inclinar el cuello sobre la hierba, se dispuso a sacar unas provisiones. En el templo no solían cenar muy tarde, pero el ambiente de la taiga hacía apetecibles unas hojas de té diluidas en agua caliente. El humo que desprendía el líquido hirviendo era lo mejor de todo, y había quienes preferían aspirar ese vapor aromatizado a beberse la tisana, acompañándolo con unos panecillos de semillas que más que nada servían para mantener engañada a la tripa.

Uno de los axiomas que había aprendido en el templo era que el orden, por encima de cualquier otra cualidad, era lo que facilitaba más y mejor la vida de las personas. Por ello, extrajo del morral unos saquitos perfectamente cerrados que contenían distintos tipos de plantas, un vaso de cerámica, un pequeño hornillo de alcohol (más apropiado que el fuego de campamento para ciertos menesteres) y un vaporizador, y los colocó todos frente a la hoguera. Uno de los soldados se encargaba de encenderla tirando de yesca y pedernal.

Anya organizó en limpias hileras los utensilios y los dispuso más o menos cerca del vaso según el momento en que necesitaría usarlos. Eso atrajo la mirada de más de un soldado.

—¿Os enseñan a ser así de pulcras en el templo? —preguntó el que se peleaba con las ramas húmedas. Si quiso deslizar o no un tono de burla en la pregunta, ella no lo supo.

Anya permaneció en silencio, esperando que la paciencia del hombre (y con ella la necesidad de responder a la pregunta) muriera por sí sola. Pero él seguía mirándola.

Como no le quedaba más remedio, respondió:

—La falta de orden lo único que hace es complicar las cosas.

El soldado no estaba seguro de haberlo entendido, así que cambió de tema.

—¿Por qué siempre cabalgáis todas juntas? ¿No sería mejor que os repartierais por todo el largo de la columna, para estar más a mano si os

necesitamos? —Enfatizó de una forma muy masculina el «más a mano»—. Dicen que sois unas magníficas curanderas, y que entendéis mucho de los misterios del cuerpo.

Anya imaginó que hasta que el insolente guerrero no acabara con la tarea de encender la fogata no la dejaría en paz. Así que se concentró en usar uno de los pocos hechizos que había aprendido, un conjuro para encender los fogones de las cocinas y avivar las calderas. Entornó los ojos para reducir a una fina línea al hombre que intentaba ordeñar calor de donde no lo había, y dejó fluir el Alma. Visualizó la rama y le preguntó por su fuego, por el latiente pulso de la vida que vibraba en la corteza. Poco a poco la fue convenciendo para que liberase ese hálito, minúsculo pero muy concentrado, y a mitad de una frase surgió una chispa.

—Pero ¿qué rayos...? —se sobresaltó el hombre. Se disculpó y llamó al oficial de cocina. Anya respiró, aliviada, y devolvió su atención a las hierbas.

Aglaya parecía estar más mareada que ella. Había pasado casi todo el tiempo tratando de no caerse a cada cimbreo del caballo. Anya siempre había creído que a todas las hijas de nobles les enseñaban a montar (y también que su destino estaba lejos de los templos, bailando en fiestas con deslumbrantes vestidos y suntuosos tocados), pero por lo visto había más de una clase de herederas, y más de un tipo de padres.

Aglaya se sentó junto a ella. Una ramita se partió bajo sus posaderas.

—¡Ay!

—Ten cuidado, el monte no es tan blando como una alcoba.

—Qué sabrás tú —rezongó la joven— si nunca has salido de Sikandar.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres comer algo?

Aglaya iba a soltar un comentario burlón, pero el olor de la tisana la hizo echarse hacia delante en un acto reflejo.

Cogió un vaso de cerámica y esperó a que su amiga preparara una infusión de yemas foliares. El calor que el agua transmitía a las manos ya valía su peso en kópeks.

—Esto es cosecha fina —la instruyó Anya—. Se toma de la planta la yema y no más de dos hojas. No es como la cosecha imperial, donde se arranca una sola hoja. Luego se amasan con las palmas de las manos, así, ¿ves? —Hizo una bolita con una hoja peciolada y la lanzó dentro del hornillo—. Pero antes tienes que secarte el sudor o le darás un sabor malsano. —Lo dijo como si fuera obvio, pero la primera vez que hizo té no se le ocurrió lavárselas y tuvo que tirar la mezcla.

—Quiero que me enseñes a hacerlo.

—Por supuesto. Arrolla tú esas bolitas, venga.

—¿Eso es pluma de ganso?

—Sí... hay quien podría llamarlo cálamo, pero por desgracia su lustre se ha desvanecido —comentó Anya, revolviendo la mezcla con un palo.

Ambas compartieron el mismo vaso. Otras mujeres fueron sentándose y formando un círculo natural en torno a aquel fuego. La risa y los comentarios alegres sustituyeron poco a poco al cansancio. Incluso llegaron a abrir un poco el perímetro (no demasiado) para que algunos oficiales las acompañaran en la degustación del té.

—Pareces desgraciada estando con nosotras —tanteó Anya. Deseaba preguntarle a Aglaya por los motivos de esa tristeza desde que la había conocido, pero la confianza entre ellas nunca había estado tan madura. De hecho, no estaba segura de cómo iba a reaccionar ahora.

La muchacha arrugó su naricilla.

—No es por vosotras, sino por estar tan lejos de mi familia. Tú eres buena conmigo.

—Parece mentira, pero es difícil hacer amigas en un lugar donde estamos tan apretadas —rio Anya.

—Lo que odio es estar bajo la tutela de esa mujer. Es una engreída.

—¿Quién, la princesa Eithne? —se extrañó Anya. Como sibadalla no podía permitir que nadie socavara la autoridad de la maestra, pero decidió escuchar lo que Aglaya tenía que decir.

—Sí... Estamos aquí, pasando hambre y frío por su culpa. ¿Por qué tenemos que seguirla en este absurdo viaje? ¿Qué es lo que estamos buscando?

—Vamos en peregrinación a los lugares sagrados, eso debería bastarte.

—¿Y por qué viajamos con un ejército?

Anya sorbió de la taza.

—Supongo que porque los caminos son difíciles. Pero los motivos no deberían importarnos, sino el viaje en sí. La oportunidad de aprender que nos brinda.

—Hablas como ella.

—Soy su sibadalla.

Aglaya se escondió tras el vaso. Tardó un poco en devolvérselo a su compañera, y cuando lo hizo solo quedaba un fondo de agua sucia con fragmentos de hojas.

—Lo último que me dijo mi padre no fue que me quería —dijo de repente—. A mis hermanas ya se les había buscado marido, pero para mí tenían otros

planes. —La sonrisa que torció sus labios era tan forzada que Anya pudo ver friccionar los músculos—. Mi padre me llevó un día aparte. Me dijo que una de nosotras tendría el honor de dedicarse al clero. Yo pensé que se refería a alguna de mis hermanas, y llegué a sentir una insensata pena por ellas.

No le describió las escenas habituales en los últimos días en la casa, más propias de un teatro que de una familia. La ruptura de las ilusiones, las risas de sus hermanas, que aún seguían prisioneras de encajes y alfileres, las caras de malvada satisfacción de sus padres...

—¿Tu padre no te acompañó hasta el templo?

—No. Vino su senescal.

Anya rellenó otra vez el vaso. El aroma se tornó más almizcleño.

—Pero aun así deseas volver con ellos.

—Allí al menos sé a qué atenerme. Todavía no sé si este es mi sitio. Tengo miedo de no tener fe.

Esa era la lucha interna de cualquier acólita cuando fingía dormir por las noches, cuando las luces se extinguían y el templo estaba vacío y sereno, y las lágrimas no eran más que un residuo. Algunas encontraban la vocación sin esfuerzo, abriendo las puertas de su corazón mediante la correcta mixtura de plegarias... pero a otras les costaba más.

Anya ni siquiera estaba segura de haber desarrollado algo parecido a la fe auténtica, aunque confiaba en poder abrir las puertas en algún momento. Era un objetivo que las jóvenes se imponían al poco de ingresar en la Orden. Cuando el Alma se implantaba con toda aquella gloria majestuosa en sus corazones, el proceso se volvía más sencillo (la Diosa no era una simple entelequia, sino que estaba allí, ¿físicamente?, un trocito de Ella anidando para siempre en cada corazón). Pero Aglaya no había llegado a esa fase. Todavía era cautiva del rencor hacia un padre que respetaba más las normas sociales y su posición de privilegio que la felicidad de sus vástagos.

Quedarse sin marido no era abjurar del amor, aunque Aglaya así lo sintiera. Era sustituir el amor carnal por otro más profundo, y a su modo más tangible.

—Dice mi maestra que uno siempre trata de deshacer el hilo del Destino, dejándolo bien tenso a la espalda, pero que otras historias y otras personas acaban embarullándolo. Pero la fe siempre llega, Aglaya —le aseguró—, y con ella...

—¿La felicidad?

—Algo mejor. ¡La tranquilidad!

—¿Y todo cobrará sentido entonces?

—Bueno... no todo. —*Lo de las aldeas quemadas desde luego que no, pensó—*. Pero sí lo más importante.

No hablaron más. Aglaya tenía mucho en lo que pensar, y junto a Anya, para colmo, se había vuelto a acomodar el mancebo de la hoguera, dispuesto a resultarle simpático a toda costa.

La joven suspiró. Iba a ser una noche muy larga.

3

Los jinetes encontraron un calvero al otro lado de la arboleda. Era una depresión más baja que el nivel del suelo, rematada por un acantilado y con paredes de arcilla en las que se entrelazaban raíces como calamares en celo. La niebla era menos densa, como si la tierra se empapara de ella y fuera drenando la humedad del aire.

Los tótems los habían conducido hasta aquel lugar. Hesión descubrió el primero, una talla en la piel de un alerce, una flor de savia en su corteza gris, pero luego aparecieron otros. Representaban algo que podría ser un animal pero también una palabra, y señalaban un camino hacia un lugar secreto.

Examinaron el calvero. Al principio les costó verlos, pero había orificios en la pared de arcilla: pequeñas grutas a las que una persona podía llegar columpiándose por las raíces, y solo de esa manera. Había también puentes de gruta en gruta, que solo parecían tales si se los miraba desde un ángulo determinado.

Hesión mantuvo envainada la espada y ordenó a Iván que hiciera lo mismo, pues no deseaba que aquella gente pensara que sus intenciones no eran amistosas. Habían cabalgado bastante tiempo a través de la niebla, y por lo menos se habían alejado una milla del campamento. Durante ese tiempo habían sentido presencias alrededor, ya fuera detrás, siguiendo sus huellas, o delante, tirando de sus sombras.

Solo cuando llegaron al calvero, Hesión pudo averiguar lo que eran en realidad aquellas presencias.

Parecían hombres, pero iban vestidos con pieles de animales y llevaban las cabezas cubiertas por cráneos de lobo. Eran muy ágiles: a la misma velocidad trepaban a los árboles como pisaban la hojarasca con los pies desnudos. Si aquellos eran los habitantes del poblado, que tan civilizados habrían parecido a ojos no advertidos, se había operado en ellos un cambio

fundamental, una transformación que había sacado de dentro una verdad más atávica, más real que su disfraz de civilización.

Eran jotuns, hijos de bárbaros que vivían del bandidaje. Iván se preguntó por qué no les habían atacado todavía. Tal vez los estuvieran conduciendo a una trampa.

Los caballos olieron la depresión en el terreno antes de verla, o la sintieron en el eco que la tierra devolvía a sus pezuñas. Frenaron justo a tiempo para no perder pie en el irregular precipicio. Hesión apartó a Escila del borde y se encaró con los hombres-lobo. Entre ellos funcionó una especie de diálogo mudo.

Súbitamente, un grito de mujer.

De una espesura de avellanos salió corriendo una joven que mostraba marcas en la piel. Desde lejos parecían desgarros provocados por el espino, pero más cerca se distinguían los trazos de un único y complejo tatuaje.

Hesión tranquilizó a su corcel. Se quedó mirando a la joven: no debía de tener más de dieciséis años, pero por las estrías en las caderas y en los pechos desnudos se notaba que había tenido hijos.

—No queremos haceros daño —dijo el general, alzando la voz para todo aquel que estuviese escuchando—. Estamos en estas tierras de paso, no buscamos la guerra.

La joven tatuada se estremeció, como si una mano helada la hubiese agarrado desde atrás.

—*¡Heimbor ladog!* —gritó—. *¡Siejh kaisii lokhar, myssfeinn!*

—¿Entiendes esa lengua? —le preguntó Iván.

Hesión negó con la cabeza.

—No, pero desde luego no es un dialecto de los Kanatos.

—Es algo muchísimo más antiguo —confirmó Eithne—. Es vaikjonstad, una lengua que proviene del confín del mundo.

—¿Puedes entenderla?

—No, pero he oído a los jotuns usarla entre ellos.

Las sombras se estaban envalentonando, y crecían en número y atrevimiento. Ya se hallaban muy próximas a los caballos, y los rodeaban por todas partes excepto allá donde el calvero cortaba el horizonte.

Las fauces de lobos los desafiaban, pegadas a cráneos que no eran los suyos, mientras que en sus manos comenzaban a aparecer las primeras espadas. Como Hesión había supuesto, eran bronce antiguos y mellados, rescatados de aquellas tumbas.

—¿Vivíais en el pueblo que ardió? —gritó—. ¿Lo quemasteis vosotros? ¡Decidnos por qué! ¿De quién teníais miedo?

La joven del tatuaje emitió una risita desdentada, de anciana.

—Dos jinetes al calor del día, al frío de la noche —canturreó en el idioma de los heucanitas—. Seres mitad animal y mitad humano que vinieron del frío para traer la muerte. ¡Fuimos advertidos con antelación, sí! Los huesos nos dijeron que ellos traerían la desgracia.

—¿Jinetes? ¿Quiénes eran?

—Ricos hombres, portavoces de Aquel Que Habla Alto —prosiguió la muchacha. Hesión no podría decir si estaba hablando con ellos o verbalizando alguna clase de trance—. Los huesos vaticinaron el holocausto. Los tiempos bañados en sangre están regresando, y ya no queda tierra que pisar ni montañas que escalar... Huir, ¡huir! Solo nos queda huir hacia abajo, al corazón de la tierra...

—¿Hablas de huesos? —se adelantó Eithne, mostrándole la pulsera que había cogido en el poblado.

Hasta ese momento los ojos de la muchacha habían estado vibrando dentro de sus cuencas, pero el movimiento se invirtió: las pupilas se quedaron fijas y fue el resto lo que empezó a temblar.

—¡Herejía! —La palabra se partió en fragmentos—: ¡He-re-jí-a...! Tu mano está henchida de magia, pero no es magia buena, no, no, ¡magia perversa! Dioses usurpadores que llegaron al mundo cuando los nuestros eligieron el exilio...

De improviso, una luz muy fuerte estalló en la niebla. Parecía fuego, pero la fuente era mucho más roja y no dejaba humo. Esa luz asustó a los animales, que retrocedieron por instinto. Escila y el caballo de Iván eran corceles de guerra, acostumbrados al fragor de las batallas, pero el de Eithne corcoveó y sus patas resbalaron por el borde del precipicio.

Hesión maldijo y espoleó a su caballo. El animal de Eithne perdió el equilibrio y comenzó a caer hacia atrás. La princesa se agarró lo mejor que pudo a las riendas y clavó tacones en los ijares, pero no sirvió de nada. Los cascos estaban resbalando por la arcilla, precipitándose al vacío.

Eithne hizo lo único que podía: saltar hacia un lado y abandonar el animal a su suerte. Cayó junto a unas ramas y alargó la mano en un acceso de pánico hasta que sus dedos encontraron por pura casualidad unas raíces. Eso la frenó. La mano de Hesión apareció de la nada y la sujetó por la muñeca.

—¡Te tengo! —exclamó, mientras Iván desnudaba la espada y mantenía a raya a los hombres-lobo—. Ahora les daremos su merecido...

—¡No! —suplicó Eithne—. ¡No les hagáis daño, nos han confundido con esos jinetes, los portadores de la muerte!

—¿Qué estás diciendo? ¿No ves que has estado a punto de morir por su culpa?

La princesa subió a lomos de Escila y pidió a Iván que no hiriera a los atacantes. Parecía comprender ciertas cosas.

—Tú también eres sacerdotisa y bruja —le dijo a la joven del tatuaje—. ¡De igual a igual, dime cómo te llamas! ¡He visto al animal de largos colmillos, conozco la profecía!

La muchacha alzó una mano y el ataque cesó.

—Starkhad... —susurró. Aquella palabra hizo que se sintiera como herida por una flecha.

—Starkhad. ¿Era ese su nombre, el nombre de la bestia de largos colmillos y pelaje espeso como la piel de nutria? ¿Así os enseñaron los Dioses que debíais llamarla?

—Ya no hay starkhads en estas tierras. —La voz de la joven se impregnó de una profunda melancolía—. Murieron o se marcharon lejos, muy al Norte, donde el hombre no puede vivir y el Sol no se oculta jamás. Frío, mucho frío...

—¿Quién conoce los designios de los Dioses? —insistió Eithne. Sabía que cuanto más hablara con la niña bruja, tanto mayor sería el puente que podría tender entre ambos grupos, el suyo y el de los bárbaros, que habían retornado de una manera insospechada a sus raíces mitológicas. No solo la mención del legendario Mimir^[30], sino también las máscaras de lobo y aquellos extraños tótems lo atestiguaban—. ¿Quién puede medir el alcance de la visión de aquel que ha sido Mimir y luego hombre? —preguntó, evocando la leyenda jotun—. ¿Quién puede explicar por qué sale el Sol por la mañana o qué clase de divinos doseles lo arrojan por la noche? Todos estamos igual de perdidos, sin luces de guía. Yo entiendo de visiones; las palabras de mi Diosa hierven en mi sangre como las de la tuya cicatrizan en las piedras. Por favor, habla conmigo.

Las dos mujeres se midieron con la vista. Hesión e Iván aguardaron, indecisos, notando cómo se iban esfumando segundo a segundo magníficas oportunidades para atacar y deshacerse de los bárbaros.

La bruja lanzó una nueva consigna y las máscaras de lobo se desvanecieron. Volvieron a la niebla. El silencio se adueñó del calvero.

—Los huesos buscan regresar a la tierra...

Eithne comprendió. Tiró con fuerza la pulsera, que cayó en la arcilla dibujando una serpiente que complació a la joven bruja.

—No ser los jinetes de la profecía. Pedimos perdón.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Gundara, aunque padres darne también nombre de Talía para tratar con tu gente.

—El mío es Eithne. —Hesión la ayudó a descabalar. La princesa adoptó la misma postura que la joven, sentada en flor de loto—. Mi sangre es distinta a la de los heucanitas, como la tuya. ¿Puedes explicarme un poco mejor lo que está pasando?

—Los Dioses avisaron. Huesos cantan, chillan y lloran en mis oídos. Los jinetes cabalgan arrastrando la muerte bajo sus pezuñas. Somos los olvidados, la raza que fue abandonada bajo el techo del cielo para servir de alimento a la carroña.

—¿De qué muerte estás hablando? ¿Es la guerra lo que teméis?

—Guerra... —asintió, sucinta—. Pero no contra el que es distinto de piel y ruega a otros cielos, sino contra hermano, sangre de nuestra sangre. Muerte contra el que se esconde dentro, quien comparte casa y mundo. Muerte de promesas vacías y colmadas de veneno que una vez nos ampararon en fértiles campos.

Eithne se frotó las sienes. ¿Acaso ella hablaba también de esa manera tan críptica cada vez que tenía una visión? Le estaba costando enlazar los significados que podrían contener todas aquellas palabras, y ni siquiera estaba segura de cuáles tomar como referencia y cuáles no. Ahora era cuando empezaba a respetar la paciencia que Hesión mostraba cuando le contaba sus visiones.

—Teméis que comience la represión —entendió—. Que os expulsen de vuestros hogares. Pero nosotros no hemos venido aquí a perseguiros, sino a protegeros de un mal mayor.

La bruja cloqueó.

—Protégete a ti misma, bruja blanca, de estragos de futuro. Huesos también haber hablado de ti, y de sangre que se convierte en texto sobre lienzos de piedra. —Señaló al barranco—. Profecía allá abajo te aguarda.

—¿Lienzos de piedra? ¿Te refieres a pinturas en la roca?

La bruja extendió un dedo lleno de lenguas bífidas hacia el precipicio. Ahora que estaba tan cerca, Eithne vio lo que eran en realidad sus tatuajes: serpientes, miles de serpientes enterradas en la piel y encadenadas a los mismos huesos.

Miró hacia donde ella señalaba, una de las grutas en la pared arcillosa. Hesión negó con la cabeza, previniéndola, pero Eithne se aproximó al acantilado.

Bajando con extremo cuidado, enterrando bien los pies en la arcilla y usando las raíces como lianas, se podía llegar hasta la oquedad. Y así fue como Eithne alcanzó la gruta, ayudada por Hesión (mientras Iván permanecía arriba, al cuidado de los animales), y vio lo que la magia de aquellas misteriosas gentes había reservado para ella desde tiempo inmemorial.

En aquella cueva encontró algo más que tinieblas. Vio tallas de mascarones de barcos, escamas de dragones concebidas para espantar con su ferocidad a las criaturas del océano. Vio cabezas de Dioses y héroes sin cabeza, con las ascendientes de los reyes labradas en antiguo cedro. Y sobre todos esos tesoros, tatuadas para la eternidad en la piedra del techo, había pinturas, recuerdos inmóviles de su cultura milenaria. Hechos tan antiguos que hacía eones se habían convertido en leyendas.

Y entre ellos...

Eithne abrió los ojos como platos, mirando estupefacta una de aquellas escenas traducidas en cuadros planos, primitivos pero inquietantes.

—No puede ser... es imposible...

Hesión también lo vio: un bosque de árboles dorados, pintados por la mano de un artista como flamas que se elevaban del suelo en un grito de piedra. Árboles y más árboles, ramas trenzadas y anudadas unas a otras como si formaran parte de un mismo ser.

En medio de aquellos árboles imposibles había alguien, un hombre o tal vez una mujer, que caminaba con los hombros cubiertos por una especie de capa blanca.

Él había visto antes aquel lugar, de eso estaba seguro, pero ¿dónde?

—¿Qué bosque es ese?

Eithne permaneció muda. No, no era un bosque. Y sí, ella también había visto hacía poco tiempo algo similar.

Entonces comprendió lo que estaba viendo, y clavó los ojos en la figura representada en la pared.

No era un catedralicio bosque de árboles lo que la rodeaba, sino de columnas. Columnas de escritura glagos como las que sostenían la bóveda de la Biblioteca de Sikandar. Palabras en forma de árbol que contaban una historia.

—Es el templo perdido de la Diosa —dijo con voz estrangulada—. El que aparece en mis visiones. Por lo más sagrado, ellos saben dónde está.

CANTO VII

La voz de otros días

1

Una araña le despertó cuando intentaba encontrar refugio dentro de su boca.

Iósif se revolvió en el saco de dormir, salió fuera del carro y escupió entre arcadas los restos del arácnido. Recordaba despertares menos intensos, como aquella vez en que la cara se le llenó de gatitos. Eran bolas de terciopelo que colgaban de una cortina. Se había quedado dormido en el scriptorium, traduciendo un texto, y el Sol había venido a darle los buenos días con un soplo de viento y una caricia. Sin arañas.

Se despejó. Había un niño tullido mirándole.

Poco a poco, a medida que sus ojos se acostumbraban al resplandor del amanecer, la realidad se fue instalando en su cabeza y los recuerdos volvieron: Bolshaia, el puesto de caravanas. Habían alcanzado sus muros de adobe por la noche, y tras pagar un succulento soborno les habían dejado entrar.

Era un recinto polvoriento y carente de higiene, con dos pozos cuyas venas de agua tenían sabor a mohó y cientos de tiendas de campaña. Vigas sin desbatar sostenían las paredes que les protegían de los vientos. Animales de las más variopintas especies se amontonaban en los cercados, desde caballos hicsos hasta bueyes albinos, pasando por zorros, tapires, perros de tiro, renos y camellos.

Y aquel niño continuaba mirándole con una ensayada cara de hambre.

Iósif se alejó para estirar las piernas, con el niño siguiéndole a base de pequeños saltitos y quejidos lastimeros, hasta que se apiadó de él y le lanzó un pedazo de pan que se le había extraviado en el bolsillo. El niño lo agarró al vuelo, con asombrosa maestría, y silbó. Al instante, una jauría de mozalbetes

en diferentes estados de degradación rodeó como una manada de chacales al escriba.

Iósif se escondió detrás de su maestro, que se desperezaba mientras hacía gárgaras con aguamiel. El niño cojo persiguió al escriba dando enormes saltos con sus muletas de palo.

—Buenos días, Iósif —saludó el poeta—. Los sueños son buenos cuando buen sabor de boca dejan al despertar^[31]... pero ¿qué te ocurre, muchacho?

—¡Socorro! —El escriba se agarró a su túnica. Los mozalbetes indigentes se detuvieron al ver al anciano, los pies frenando con pequeñas estelas de polvo, y se marcharon.

Iósif dejó escapar un suspiro.

—Ufff... gracias a los Dioses... Y encima, ese pequeño bastardo se quedó con mi pan. ¡Ojalá te arranquen la otra pierna! —ladró, agitando las manos en un gesto copiado de Autólico.

—¿A qué viene tanto enojo, Iósif? —preguntó el viejo. De Kuzmin esperaba cualquier cosa, pero el escriba no era de los que se metían en problemas—. ¿No te estarás dejando contagiar por los malos hábitos de tu primo?

—Os pido perdón. ¿Cuándo nos marcharemos de este horrible sitio? —gimió Iósif. Parecía preocupado por su seguridad en un lugar teóricamente concebido para proteger a los viajeros.

Autólico se hundió los dedos en la barba, como si guardara allí sus pensamientos. Se le había vuelto más cana y poblada desde que habían dejado Sikandar.

—Que no te domine el miedo. En este refugio de mercaderes estamos a salvo de peligros. En lugar de huir, deberíamos hacerle voto a la Diosa con doce novillas añales y no agujiadas, si se complace en mantenernos sanos hasta que concluyamos nuestro viaje. Si las tuviéramos, claro —se excusó.

—Sí, maestro, pero...

—Bien. Quiero que Kuzmin y tú vayáis a aquel puesto. —Señaló una tienda un poco más grande que las demás—. Es la casa del procurador. Compradle las provisiones que necesitamos para llegar a Dima-Licana y, si el regateo dura menos de lo cabalmente esperado, deja hablar a Kuzmin.

—No quisiera desobedeceros, maestro, pero me pregunto si no sería mejor que fueseis vos mismo. El procurador os tomaría más en serio que a un par de jovenzuelos con acento de ciudad, y no trataría de estafaros...

—¿Regatear, yo? ¿El mayor poeta que ha conocido Sikandar? Eso es trabajo para gente de vuestra condición, Iósif. Eres un muchacho listo,

perfectamente capaz de cumplir con este encargo. Venga.

El escriba se resignó y fue a buscar a Kuzmin. Para variar, encontró a su primo preguntando por lugares donde se reunieran los caravaneros a jugarse las pagas. El instinto le decía que había timbas todas las noches. Había olvidado pronto el episodio con la reina de los leprosos y su juramento de no volver a lanzar un dado. En él, aquellos duelos sin sangre, de tabas y mentiras, eran como una enfermedad.

Iósif lo agarró por una oreja y se lo llevó a la casa del procurador. Este resultó ser una mujer, una sureña con aspecto de sarabaíta, de discurso compendioso y dedos acostumbrados a la forma de los kópeks. Su cabello se había transformado en un nido de cigüeñas por culpa de la sucesión de plumas y palitos que metía y sacaba de él.

Caló a Iósif y a su primo nada más verlos, y como Autólico predijo, su regateo fue demasiado breve. Eran muchas las raciones de viaje necesarias para enlazar Bolshaia con Dima-Licana, tantas como para tender un puente entre lo que quedaba del otoño y el invierno. Y serían necesarios repuestos para el carromato.

Entonces intervino Kuzmin (transformándose en un criado plácido, bien adiestrado y locuaz), y el precio fluctuó un poco a la baja. No demasiado, pero siempre dentro de lo que había previsto la astuta procuradora. Iósif abandonó la tienda preguntándose quién había salido triunfante, si la mujer (complacida por hacerles creer que rebajaron un precio que ya estaba muy inflado) o Autólico, quien tal vez prefirió dejarse estafar unos kópeks antes que humillarse haciendo labores de buhonero.

Cuando regresó, Iósif vio que el poeta estaba ocupado. Con un palo dibujaba surcos en la tierra, líneas rectas que se cortaban aquí y allá formando el plano de un edificio. Luego tachaba cosas o sustituía los trazos por otros más largos, y afirmaba con la cabeza, satisfecho.

—¿Habéis rascado un buen precio?

—Kuzmin se portó bien. ¿Puedo preguntaros qué hacéis, maestro?

—Mira esto y dime qué ves —le apremió con semblante inspirado—. Trata de adivinar cuántos libros podrían caber en semejantes salas, y cómo podríamos transportarlos con poco personal de un lugar a otro. Habrá que inventar un sistema de circulación interior para el agua, puede que con suelos inclinados, para que siempre haya líquido disponible en caso de incendio. Podríamos pegar el edificio a una cascada, por ejemplo, de modo que el agua entre por arriba, se distribuya a través de cien canales internos, y salga por debajo.

El escriba trató de imaginarse lo que Autólico tenía en mente, y adjudicó una escala al dibujo. Lo mirase de cerca o de lejos, con más o menos ambición, seguía siendo *grande*.

—¿Existen tantos libros en el mundo como para llenar todas esas salas?

—¡Claro, tonto, y muchos más que habrá cuando completemos nuestra labor! Rexénor no solo quiere que se almacene cada manuscrito que caiga en nuestras manos, ya sea mediante el trueque o la casualidad, sino también que contratemos a las mentes más despiertas, a los filósofos y aedos más capaces, para que *creen*, Iósif. ¡Que se limiten a crear, sin preocuparse de a qué mecenas tienen que complacer o a qué dios rinden su tributo! ¿No es maravilloso?

A Iósif se le humedecieron los ojos. Así que era aquello lo que el Rey Comerciante quería de Autólico.

Se lo venía imaginando desde aquella noche en que oyó hablar al cónsul Acrisio y a su maestro, pero la idea era tan utópica, tan maravillosamente imposible en los tiempos que corrían, que no podía creerla. ¿De verdad existían países donde los reyes no eran guerreros incultos, sino próceres amantes de los libros, y concedían libertad a los poetas para que crearan lo que la Musa tuviera a bien susurrarles en lugar de prohibir temas y lanzar manuscritos a la pira?

Una lágrima se deslizó, furtiva, mejilla abajo.

—¿Es posible que algo así sea verdad, maestro?

—Ay, querido niño; largos y maravillosos años nos esperan si logramos alcanzar los legendarios puertos de Orestes. —Cerró los ojos. Parecía que ya estuviera soñando—. Vamos a construir la mayor biblioteca que el mundo jamás haya conocido. Y si los Dioses lo permiten, una vez que las absurdas guerras entre el Gran Reino y los Kanatos hayan concluido, negociaremos con ellos para que nos presten los incunables de sus templos. —Le palmeó la espalda—. ¿Y adivinas quién los va a copiar todos, página a página y verso a verso?

El rictus de alegría se borró de la cara de Iósif.

Dejaron atrás Bolshaia en compañía de una caravana fuertemente armada que se dirigía al Bosque de Hierro, avanzando como una serpiente de escamas blindadas sin separarse del Trigas. El cielo era del color del bronce y el horizonte un cartílago rojo.

Cuando la sombra amaranto del bosque tiñó las montañas y el clima se volvió un poco más cálido, los viajeros dijeron adiós a la caravana y torcieron al Oeste. Si no habían confundido la ruta, tras varias semanas de viaje alcanzarían la escurridiza corriente del Volg, un río que nacía en la alta montaña y se catapultaba con encajes de espuma hasta las planicies. El río perdía ferocidad en cuanto rebasaba la frontera de Sen-Hang, y se volvía manso como un riachuelo que no hubiera conocido las cresterías.

Iósif no dejaba de pensar en lo que le había dicho el maestro. Pretendía nombrarlo escriba principal de esa nueva Gran Biblioteca en cuanto acumulara un poco más de años y experiencia. Pero eso solo significaba que tendría que pasarse la vida encerrado en un scriptorium. Copiar un solo libro, respetando las filigranas de cada versal y los tornasoles de color de cada glifo, no era asunto que se tomara a la ligera.

No es que la idea le desagradara, pues era consciente de que la alternativa a carecer de una ocupación que durara toda la vida salía a relucir en cada esquina, con mendigos y jornaleros que suplicaban entrar al servicio de algún señor, y a los que les aguardaban labores ingratas, llenándose las manos de fístulas a pleno Sol.

Otros, en verdad, labrarían el bronce con primor o medirían con sus compases el curso del cielo, atenderían a gobernar a los pueblos o recogerían con palas los desperdicios de los cerdos. No había persona a quien no le correspondiera una estrella y un Arte al nacer, decían los filósofos, y todas estaban destinadas a hacer de él un legado.

Iósif agradecía la cómoda vida que le había tocado en suerte, pero también temía el ritmo de trabajo que acabaría imponiéndole Autólico. ¿Cómo, que ya llevas seis meses con ese montón de borrones, muchacho?, le reñiría, al tiempo que por la puerta entrarían nuevos libros sacados de quién sabía qué monasterios, tumbas, ajuares o herencias, o encontrados quizá en las bodegas de bajeles contrabandistas. Volverían las noches en las que se desplomaría de puro cansancio en el catre.

Para colmo, atraídos por la promesa de dinero fácil, también llegarían los aedos analfabetos, esos que recorrían el mundo viviendo como anacoretas y que solo se sabían de memoria un único poema, una gesta heroica que se pasaban media vida recitando. La cansina traslación al papel de tales versos ocuparía miles de páginas^[32].

Se frotó los párpados. El clima había mejorado, pero llevaba horas embozado en su capa para protegerse de un céfiro helado, y tenía las manos acalambradas en torno a las riendas. Kuzmin roncaba a pierna suelta mientras

Autólico seguía enfrascado en el alzado de un hipotético edificio que albergara todos sus sueños.

A cada rato, cuando los ronquidos de Kuzmin se volvían más atronadores que una avalancha, el poeta daba una calada a su pipa y le echaba el humo, haciéndole toser y darse la vuelta. Luego Kuzmin explicaría que había soñado con los fumaderos de Sikandar, esos que tanto frecuentaba.

Antes de abandonar para siempre Bolshaia, Kuzmin tuvo la oportunidad de medir sus artes con los tahúres locales. Se topó con perros duros de roer y malos perdedores que le acusaron de hacer trampas, pero solo en uno de aquellos adversarios halló resistencia. Era un mestizo con seis dedos en cada mano, lo cual en un principio le hizo mostrarse reticente a jugar (¿quién podía ponderar qué clase de buena o mala estrella tenían semejantes individuos?), pero acabó enmarañándose, y a punto estuvo de sacrificarlo todo al antojadizo caracoleo de los dados.

Pero, igual que había hecho antes, se lo jugó todo a una última y desesperada mano, y se encerró con aquel hombre en una tienda donde nadie pudiera vigilar sus trucos. Lo que ocurrió entre ellos tuvo lugar en secreto.

—He ganado más de lo que aposté —resumió Kuzmin, acariciando algo que escondía en una bolsita—. Con eso me basta.

Fue la última vez que Iósif lo vio sobrio aquella tarde.

Su primo se preguntaba hasta cuándo iba a acompañarle esa suerte extrema, y qué sería lo que le tenía reservado el Hado para el día en que por fin cambiasen las tornas.

De repente le bañaron los rayos del Sol. El escriba sintió renacer su optimismo. ¿Quién podía juzgar las esperanzas de otro hombre? Allí estaba Autólico, cortando una larga espiral de una manzana, perdido en fantasías sobre un mundo en el que todo el saber de la Humanidad estuviera custodiado en fortalezas inexpugnables. Y a su lado roncaba una persona sin otro afán en la vida que sobrevivir a la próxima apuesta, o deslizar la mano debajo de la próxima falda.

Lo más curioso era que ambos viajaban juntos, y que compartían un mismo destino.

Los Dioses eran omnipotentes, y articulaban con sus divinas manos los menesteres de la vida... pero no se podía negar que también tenían sentido del humor.

Hesión se sentía turbado por las palabras que le dedicó Gundara cuando abandonaron el calvero. Eithne también las había escuchado, pero estaba demasiado perdida en sus propios dilemas.

—En tus manos sostendrás algún día la fortuna de tu patria, comprometida en apretado trance —le auguró la bruja jotun—. Serás un Héroe de frente mustia y sagaces ojos, gallardo mancebo con armas refulgentes y atroz designio. ¿Sobre quién volcarás tu cólera, hijo de la Nada? Solo tú lo sabrás...

No le habían gustado aquellas palabras. Pensó que tal vez se trataría de un engaño, una retorcida forma de venganza por tantos años de sometimiento. No en vano, los heucanitas llegaron allí en crecido número no hacía ni tres generaciones y trataron cruelmente al pueblo de los jotuns. Les robaron todo cuanto tenían y los sometieron a cadena y látigo. Y ahora, era precisamente en los restos de su marchita herencia donde habían encontrado la única pista para resolver el enigma.

El Ejército de las Seis Lunas abandonó el país de los olvidados. A cada paso que daban hacia las montañas del Urianhai, más taciturna se volvía Eithne. No habían podido sacar más información de la que había en aquella caverna, pues ningún jotun recordaba los días en que sus antepasados la excavaron arañando arcilla con lascas. Pero Eithne había visto algo. Copió el dibujo que formaban las columnas en un pergamino, y ya llevaba estudiándolo varios días con sus noches.

El glagos de aquellas columnas era arcaico, pero inteligible para una mente instruida. Se trataba de un mensaje escrito hacía siglos, cuyo destinatario parecía ser aquel que estaba llamado a convocar el nuevo rivhar: la misteriosa persona que aparecía en la pintura.

Eithne sintió un escalofrío. Nunca había pensado en tantas historias al mismo tiempo, ni las había conectado entre sí. Mientras su nuevo caballo (requisado del grupo de reserva, que marchaba a la cola del ejército cargando con la intendencia) plantaba con apatía una pata delante de la otra, se dedicó a desembrollarlas.

Los jotuns rezaban a las potencias Nords, un panteón venerado en la taiga desde tiempo inmemorial. Que hubieran incluido parte de una profecía relacionada con la Diosa en aquella cueva era síntoma de que algo muy importante estaba pasando, pero ¿qué? ¿Por qué se entremezclaban los credos? ¿Acaso los distintos panteones de Dioses estaban más unidos de lo que Oxana y sus teólogas estaban dispuestas a admitir?

Y el mensaje de aquellas columnas... Era una forma antigua de designar un lugar. Ningún jotun recordaba qué significaba, ni siquiera la niña bruja, pero apuntaba a un enclave escondido en el Urianhai, un acceso prohibido a todos los seres vivos lejos del Paso de Adrat. Un santuario que podría coincidir con aquel que nombraba la leyenda del primer humano que escuchó la voz de la Diosa.

El primer rivhar. El comienzo de una religión.

Ven, ordenaba la Diosa. *Ven*, se estremecía su alma. Era una llamada solo para ella. Un viaje aterrador, ominoso y (tal vez) solo de ida.

En algún momento de aquel viaje tendría que separarse de Hesión, cosa que no le gustaba pero que cada vez veía más necesaria. El Ejército de las Seis Lunas continuaría con su lento caminar hacia Poniente y desempeñaría su papel en los acontecimientos venideros, uno que solo los Dioses podían prever, pero que estaba muy lejos del de ella.

Pero lo que más la aterraba era el doble sentido de la palabra que se escondía en el dibujo de columnas. Era un término ambiguo, que recogía la colectividad y la singularidad en un mismo concepto. Designaba un único lugar, pero también al mundo entero, tanto al Gran Reino como a los países controlados por Magnus. ¿Significaba eso que la profecía sería global? ¿Afectaba a una persona y a la vez a todos los habitantes del mundo?

Saboreó la bilis al plantearse lo que eso implicaba.

—Háblame de ese lugar al que nos dirigimos, el País de las Riadas —le pidió a su amado.

—¿Qué quieres saber? —preguntó el general, atendiendo solo a medias. La otra mitad de él estaba perdida en la predicción de Gundara.

—¿Cómo es? ¿Por qué levantaron allí la fortaleza de Svalensko?

—Imagina una llanura como no existe otra igual en el mundo, esponjosa y traicionera, inundada una vez al año por riadas procedentes del deshielo de las montañas. Un campo que no sirve para vivir ni para cultivar, pero que posee una isla en el centro, Ferineia, que se eleva por encima de las inundaciones como único altiplano de roca. Allí fue donde se construyó Svalensko.

—Un lugar fácil de defender, entonces.

—¿Fácil? Es la fortaleza mejor protegida del Reino. Nunca ha caído, y más nos vale a todos que siga así. La guarnición destacada en Svalensko protege el Paso de Adrat. Si ese paso fuera tomado por el enemigo, partirían el Gran Reino literalmente en dos. Debemos cruzar por allí para alcanzar Oskova antes de la primavera.

—De eso precisamente... quería hablarte.

Hesión abrió mucho los ojos, arrebatadores y completamente francos, y por un instante la fe de Eithne se vino abajo. Tal era la virtud de su mirada que podía escrutar en lo más profundo de su corazón, y contemplar la flor marchita que anidaba dentro.

—No podremos continuar juntos durante todo el viaje —dijo Eithne, oyéndose a sí misma pronunciar aquellas palabras.

—Por supuesto que no. Te acompañaremos hasta el templo secreto, si logramos encontrarlo. Luego entrarás tú sola. Los misterios de la religión son exclusivamente para los más devotos.

—No —sacudió la cabeza, abatida—. No lo entiendes. Por ahora podemos estar juntos, pero tarde o temprano hallaremos una encrucijada en el camino en la que me veré obligada a tomar otro rumbo. Es necesario que se haga de esa forma. No debéis saber dónde se encuentra el templo, ni tú ni tus hombres, ni qué es lo que sucederá en su interior. Es un secreto demasiado importante.

—¿A qué te refieres? ¿Qué va a ocurrir en ese sitio? —se alarmó. A Eithne le resultó gracioso que se hubiera acordado de las historias sobre mártires que se inmolaban para satisfacer a los Dioses, y de mujeres santas que sacrificaban sus vidas en una espantosa ofrenda. Si Hesión sospechara que algo así fuera a ocurrir, dejaría el mando del ejército en manos de Iván y se empeñaría en acompañarla, aunque tuviera que profanar el templo.

—Tranquilo, no es lo que piensas. No pienso cometer ninguna locura. Es solo que... este es un viaje que debo hacer sola, no sé si lo entiendes. Hemos apurado juntos el mayor tiempo posible, caminando en la misma dirección mientras la Diosa nos lo ha permitido, pero llegará un momento, dentro de poco, en que cada cual deberá afrontar sus propios desafíos.

—¿Y cuánto tardaré en volver a verte?

La princesa no respondió. Pero era cierto: debía seguir aquella senda no solo por su fe, sino también por sí misma, para demostrarse que era capaz de enfrentarse sin ayuda a las encrucijadas de la vida. Eithne tenía que recorrer sola aquel último tramo del viaje aunque significara volver a perderle; dejar que Hesión saliera de nuevo de su vida dejando un hueco enorme en su corazón, en su lecho, en sus días y en sus noches.

Por la tarde los alcanzó la sombra de las montañas, envolviéndolos en un manto de negrura. Estaban tan cerca de la cordillera que sus imponentes moles se elevaban como una muralla concebida para retener no a hombres,

sino a estaciones enteras, duros inviernos e implacables estíos que cristalizaban en las cumbres.

Eithne llevaba tiempo preguntándose cuándo intentaría hacer uso de su autoridad el legado Pulev para averiguar qué estaba pasando. Pulev no aguantaría tanto secretismo. Ni la princesa ni el general se habían molestado en informarle de nada, y eso era algo que el odhuro no podía tolerar.

Su trabajo era conocerlo todo, y cuantos más detalles del *todo* mejor, así que Eithne no se sorprendió cuando se acercó a ella durante el almuerzo y preguntó:

—¿Hasta cuándo va a durar esto, sacerdotisa?

Eithne se echó hacia atrás el pelo para destapar las orejas. Estaban cerca de los restos de otra aldea abandonada. Inquietantes sonidos provenían del interior de una casa quemada, como si todavía ardieran cosas allí dentro.

—¿A qué os referís, legado? —Se hizo la distraída.

—Al secretismo que hay entre el general y vos. Desde que desaparecieron en la niebla, en los alrededores de aquel poblado de traidores, no han hecho sino hablar quedamente uno con el otro. —Afiló los ojos—. Qué es exactamente el dibujo que había en la cueva, qué es lo que representa y por qué es tan importante, son las cuestiones que mi natural curiosidad me lleva a plantear.

Aquello la cogió por sorpresa. Siempre que Hesión y ella habían hablado sobre el dibujo, había sido a suficiente distancia de los demás como para asegurarse de que nadie los oyera, mientras cabalgaban en vanguardia. Si Pulev lo sabía, significaba que poseía recursos que ni siquiera sospechaban.

Pero había un lugar donde una sacerdotisa seguía pudiendo refugiarse.

—Son asuntos de índole religiosa que no incumben a la Odhuria, lo lamento. —Torció el gesto—. No pretendo ser descortés, pero la verdad es que prefiero no contaros nada. Por lo menos hasta estar segura de saber con certeza qué fue lo que vi en aquel lugar.

Esperaba que ese arrebato de sinceridad bastara para espantarlo, pero Pulev era un hueso duro.

—No es mi intención inmiscuirme en asuntos que no me conciernen, en efecto, pero estoy empezando a sospechar que, sea lo que sea lo que hayan encontrado, acabará afectando de alguna manera la buena marcha de esta misión. Y eso entronca directamente con mis deberes, en tanto que he de informar a la Corona de nuestros progresos. He escuchado a Hesión decirles a los oficiales que puede que nos demoremos en la llegada a Svalensko.

—Hesión no incumplirá ninguna orden —se enfadó—. Ha expresado su deseo de escoltarnos en el último tramo de nuestro viaje, cierto, pero no estoy dispuesta a permitirselo. Estad tranquilo, legado, que el Ejército de las Seis Lunas continuará con el plan previsto y alcanzará Svalensko en pocas jornadas.

—Eso espero. —Pulev recogió del suelo una figurita de ceniza, un residuo de la aldea que la brisa había desbastado—. Mi respeto hacia el clero está por encima de cualquier consideración, pero aún más arriba se encuentran los deseos del rey. Él no es un dios, pero de su voluntad depende la supervivencia del Reino. No es algo, como comprenderéis, que pueda tolerar que se cuestione.

Aplastó entre sus dedos la quebradiza figura.

Eithne suspiró. Sabía que acabaría llegando aquel momento. De fondo, vio cómo Iván se aproximaba a uno de los edificios de la nueva aldea. Una techumbre de bálago lo cubría, estrechas alfarjías que se apelotonaban en un armazón enclenque.

Con cuidado, el comandante puso un pie dentro y luego el otro. Desapareció de la vista durante unos minutos hasta que salió por el otro lado, por algún orificio que hacía de puerta. De la punta de su espada colgaba algo, un paño que por mucho que ardiera no acababa de consumirse.

—¿Qué prodigio es este? —preguntó Iván.

Unos murmullos recorrieron el campamento. Los soldados tendían a ser personas muy supersticiosas, y aquel fenómeno no se les pasó por alto. La mayoría quedaron consternados ante aquel portento.

Anya se acercó a su maestra y la tocó en el hombro. Eithne examinó el objeto que le tendía: su vaso de cerámica para el té. Las hojas depositadas en el interior no se diluían en el líquido, sino que formaban un pozo ondulante, como de pequeños gusanos.

—Maestra... —tembló Anya.

—Conserva la calma. No te muevas de aquí.

La princesa se sacudió las piedrecillas incrustadas en el pantalón y fue en busca de Hesión. Lo encontró cepillando a Escila, una labor más propia de lacayos que de los altos mandos, pero que él prefería realizar en persona. Le relajaba estar unos momentos a solas con su caballo y contarle cosas. Había ocasiones en que los animales sabían escuchar mejor que las personas.

Cuando vio a Eithne, supo que algo andaba mal.

—¿Qué ocurre?

—Augurios. —Miró hacia arriba, leyendo las nubes—. Magia remanente. Ya ha empezado.

Hesión guardó el cepillo y la acompañó hasta donde Iván exhibía su hallazgo, el trozo de tela que ardía sin arder, que quemaba sin emitir calor.

La mirada de Eithne se cruzó con la de Pulev.

—Que los hombres aperciban las armas, pero que se mantengan quietos —ordenó Hesión, recelando a estas alturas incluso del viento que besaba su rostro—. No creo que haya nada tangible contra lo que luchar en estos parajes malditos, pero al menos los mantendrá ocupados.

—Tengo que hablar con las demás mujeres —dijo Eithne, y se marchó. Iván lanzó lejos el trozo de tela. Cuando tocó el suelo, una capa de escarcha bañó su superficie. Los hombres hicieron gestos de protección en el aire.

—Por grandes que sean los prodigios que ahora vemos, son asuntos que no afectan a nuestra misión —dijo Pulev, impertérrito. Él era el único al que no parecían sorprender más de lo necesario aquellos fenómenos—. Deberíamos ponernos en marcha ahora mismo, para no tener que pasar acampados otra noche más.

Hesión estuvo de acuerdo.

—Sí, el movimiento despejará las cabezas de los hombres.

Miró a Eithne. La princesa estaba rodeada por un corro de mujeres que la escuchaban con ojos y oídos muy abiertos, mientras explicaba lo que estaba pasando. Cuando acabó, regresó junto a los militares.

—Ha llegado el momento que más he temido durante las últimas semanas. —Hacía esfuerzos sobrehumanos por que no se le notase la tristeza, pero Pulev leía en su rostro como en un libro abierto—. Aquí es donde debemos separarnos, general.

Hesión apretó los puños. Eso también lo vio Pulev.

—¿Estás segura?

—La misión de escolta ha terminado. Os estaremos eternamente agradecidas por lo que habéis hecho por nosotras, protegiéndonos de los jotuns y de otros peligros en este largo viaje, pero a partir de ahora debemos continuar solas.

—Podría designar un pequeño destacamento que os acompañara un tramo más del camino —se obstinó Hesión—. No echaremos en falta a unos pocos hombres, y así estaréis más seguras.

Pulev le lanzó una mirada acerada, pero fue Eithne quien descartó la idea.

—Agradezco tu oferta, pero el lugar al que vamos ha permanecido oculto a la vista de los profanos durante muchos siglos, y así debe continuar. Nadie

que no sea una sacerdotisa debe conocer el emplazamiento del templo.

Hesión probó algunas alternativas, propuso estrategias para que el ejército se mantuviera paralelo a ellas en su marcha, para que en caso de peligro la llamada de un cuerno bastase para acudir a socorrerlas. Pero Eithne se opuso para solaz del legado, que disfrutaba de todo ello con la boca cerrada.

Ya hacía tiempo que Hesión había admitido para sí mismo que lo que quería no era tanto proteger a las sacerdotisas como permanecer junto a Eithne, pero la triste realidad se acabó imponiendo, y las mujeres recogieron sus bártulos, aprestaron a los animales e hicieron acopio de provisiones.

Cuando estaban a punto de partir hacia el Urianhai, Eithne se acercó una última vez a su amado.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos abrazamos en Sikandar? — preguntó en voz baja.

—¿Que si te había echado de menos?

—No, tonto. —Abrió las manos como para darle una caricia o un pellizco, pero se reprimió. Estaban apartados de los demás, a la sombra de unos alerces, pero no se sabía si habría alguien mirando—. Eso lo doy por sentado. Me refiero a cuando te pregunté que cuántos deberes estabas dejando de lado por tenerme en tus brazos.

—Y yo te contesté que no los suficientes.

—Sigo pensando que es mala idea que las obligaciones impongan su criterio sobre nuestros corazones.

Hesión la tomó de la mano. Ella intentó apartarse, pero no opuso mucha resistencia.

—Cuando todo esto acabe estaremos juntos, para siempre.

—¿También eres capaz de ver el futuro, como la bruja jotun?

—Soy capaz de luchar por él.

A Eithne se le humedecieron los ojos.

—Te veré en Svalensko. Cuando concluya mi misión bajaré de la montaña e iré directa a la fortaleza.

—Nos veremos allí. No sé cuánto tiempo me retendrá el vaivoda, pero si cuando llegues ya me he marchado, no vuelvas a Sikandar. Retrasaré lo máximo posible nuestra marcha por la taiga para darte tiempo a alcanzarnos.

—Rezaré por eso, Hesión. Rezaré por eso...

Sus cuerpos parecieron sucumbir a la atracción mutua, a la ansiedad por besarse una última vez, pero cuando sus labios estaban a punto de tocarse sonó un ruido entre las ramas. Una figura apareció como por casualidad.

Pulev.

—Ah, estáis aquí, general. —Sonrió como una barracuda—. Los hombres están dispuestos, solo esperan una orden para retomar la marcha. Me he tomado la libertad de venir a decíroslo.

—Gracias, legado. Enseguida voy.

—Os ruego que no os demoréis en exceso, pues el Sol ha empezado a caer y...

—He dicho que iré enseguida —silabeó Hesión. El tono de su voz fue tan gélido que hasta Eithne se asustó.

—Por... por supuesto... —se disculpó el legado—. Os estaré esperando en el claro. —Se retiró con cierta prisa, no en vano la mirada del general podría haber cortado aquella sonrisa con la facilidad con la que el bronce siega los tallos de hierba.

Eithne aprovechó ese momento de distracción para retirarse. Lo miró una última vez y la congoja se hizo insoportable. Las acólitas la esperaban con los caballos ensillados.

Fue la última vez que se vieron. Hesión permaneció un rato más en aquel lugar, firme como un centinela, observando cómo se alejaba entre la foresta la comitiva de mujeres; cómo se la tragaba la oscuridad como la garganta de un ente descomunal y aterrador.

Pero en sus pensamientos había más odio que tristeza. Odio hacia la situación en sí, pero sobre todo hacia Pulev, que les había robado el placer de ese último beso.

CANTO VIII

Nabarza o la maldición de los gedneis

1

Nabarza ya estaba despierto antes de que rompiera el nuevo día. Salió de su casa dando un bostezo (una cabaña de tejado gris y paredes agrietadas, donde la hiedra se aferraba a los surcos), y se dirigió a la parte de atrás. Un descuidado huerto la abrazaba por el lado de la chimenea.

Le gustaba aquel rincón porque podía realizar sus prácticas de esgrima sin estar a la vista de los vecinos, y en un pueblo pequeño como Dima-Licana, una pizca de intimidad valía una fortuna.

Nabarza era un hombre perdido a medio camino de los treinta, no demasiado alto pero sí ancho de espaldas, con una boca generosa que odiaba el parloteo insustancial pero no las conclusiones rápidas. Su mentón redondo, los ojos claros y la frente ancha, con espacio para muchas ideas, resultaban atractivos en un pueblo donde las cejas oscuras y las frentes estrechas eran moneda corriente. En su mano izquierda llevaba una espada envainada, con un cinturón de cuero colgando por un lateral. El campesino miró los agujeros practicados en aquel cinto y recordó con nostalgia la época en que su barriga cabía en el primero. Pero claro, cuando se ganó el derecho a portar aquella arma fue en su época de instrucción en Sikandar, hacía varios años, mientras cumplía con el servicio militar obligatorio para los aliaros^[33]. Era más joven, delgado y travieso, un hombre que planificaba sus asaltos a la faltriguera de los cadetes y a las faldas de las mozas. Pero también (en esto consistía la excusa) menos sabio.

Y hacía falta sabiduría para ser un buen guerrero, a veces incluso más que fuerza bruta.

Arrojó a un lado la funda, que cayó en un estanque donde boqueaban carpas. Ejecutó los movimientos iniciales de una pelea, cualquier pelea; intentó imaginar qué haría el adversario a continuación y lo contrarrestó.

En el horizonte clareó el alba, y un gallo madrugador inició un cacareo que un gato segó con un maullido y un zarpazo.

Menos de una hora después, Nabarza había cumplido con el entrenamiento matutino. Aquello le servía para desentumecer los músculos de cara a la siembra. Bañado en sudor, rescató la funda del estanque y la colgó para que se secase. El instructor que le había tocado en suerte (ni más cruel ni despiadado que ningún otro, solo un hombre que los preparaba para un hipotético enfrentamiento contra los yunks) le había insistido muchas veces en que una vaina era como el santuario de una mujer, y que había que mantenerla cálida y confortable antes de guardar en sus entrañas el bronce.

Se estaba echando por la cabeza un cubo de agua helada, con el consiguiente chirriar de dientes, cuando apareció una figura femenina por uno de los extremos del huerto. Era más alta que él y más rubia, y aunque parecía también más joven, todos en la familia sabían que lo aventajaba en por lo menos un año. No era guapa, al menos siguiendo los patrones de la nobleza, pero poseía todos los atributos que hacían valiosa a una mujer en el campo. Iba ataviada con un camisón largo, de esos de dormir perdida entre mantas en noches de nieve.

—¿A cuántos has matado hoy? —preguntó, con una voz que habría encajado mejor en un hijo varón.

—El cubo de regar cayó el primero, pero la verja pidió refuerzos y tuve que atacarla a traición —explicó Nabarza.

—¿A traición? —sonrió su prima—. No me esperaba que un golpe supiera pelear sucio. No es digno de los soldados del rey.

—Dasha, ¿tú conoces a algún soldado del rey?

—Pues... no, aparte de ti. Y no me das buen ejemplo, la verdad.

—Anda, métete en casa que vas a coger frío.

El hogar de Dasha estaba junto al de Nabarza, compartiendo valla y huerto. Ambas ramas de la familia se llevaban bien, lo suficiente como para que alguna hortaliza se escapase de un lado al otro sin que nadie notase nada.

—No quiero —dijo ella—. Hay reunión en la posada.

—Ah, sí, me lo dijo tu padre. Pero no pensarás ir así.

Dasha se dio un repaso a sí misma. Compuso una expresión de no haberse dado cuenta hasta ese momento de que llevaba ropa de cama.

—Está bien, me cambiaré y me vestiré de emperatriz. —Hizo un gesto frívolo, y antes de que Nabarza lo dijera, precisó—: No, tampoco he visto nunca a una emperatriz, pero me imagino cómo deben vestir, ¿vale? —Extendió una mano hacia la espada—. ¿Me dejas tocarla?

—Está muy afilada.

—¿Y por qué la llevas desenvainada?

El campesino elevó la vista al firmamento, pidiendo paciencia.

—Es una larga historia.

—Adoro las historias de cuarteles.

—Ay, Dasha, si no fueras tan rematadamente ingenua... —suspiró—. Las historias de cuarteles siempre acaban bien para ellos, nunca para ellas. No sabes cuánto hijo bastardo de guarnición hay holgazaneando por esos mundos. Tendrías que mirar los cuarteles con un poco de miedo. —Pellizcó equitativamente las mejillas de Dasha para sacarles el color—. Así, con recato. Como se te ocurra acercarte al puesto militar de Vilshnia sacudiendo de esa manera las faldas, vas a salir de allí con unas arrobos de más en la barriga.

El asco arrugó el gesto de la joven.

—¡Eres un asqueroso! Además, no soy virgen. ¿Por qué habría de tener miedo?

—Ya sé que no lo eres —dijo con segundas. Alzó instintivamente la espada para protegerse de uno de los pellizcos de su prima, su principal arma disuasoria contra los patanes, cuando el padre de ella los saludó desde la posada.

—¡Eh, comandante! —gritó. Nabarza odiaba que los paisanos usaran el rango que se había traído del ejército, pero en Dima-Licana poseer a todo un comandante-golve era tener cerca a una celebridad—. ¡Venga, hombre, que hay que empezar la reunión antes de que el Sol esté alto! ¡Llama a los demás!

—¡Voy!

Le impuso a Dasha un plazo muy breve para que se cambiase si quería ir con él. La muchacha desapareció corriendo dentro de la casa. Al momento volvió; se había echado sobre los hombros una camisola larga de hombre y un exomis que dejaba al descubierto un brazo (el de los pellizcos). Con ese atuendo propio de varones se sentía más a gusto que si estuviera vestida de princesa, pues podía correr por los terraplenes sin pararse a pensar en su falda.

Nabarza intuía que su prima nunca sería feliz siendo cortesana, llevando con primor ramos de rosas de un lado para otro, pero prefería no estropearle la ilusión.

Entraron en la posada, donde la congregación alcanzaba ya el grado de abarrotamiento. El padre de Dasha, Ilich, un hombre cuyo pelo escapaba en mechones alborotados de una cinta, estaba en el rincón de los gedneis, familias que llevaban una mezcla de distintas sangres. El sojorv del pueblo, una especie de corregidor que informaba directamente al señor de las tierras, estaba en el lado contrario (el de la etnia rush), discutiendo con un forastero.

Nabarza se sorprendió al verlo. Aquel forastero era un correo militar. Había acumulado suficiente polvo en las botas, allá donde el estribo dejaba pasar la punta del calzado, como para atestiguar que había cabalgado mucho y muy velozmente. Sostenía un pergamino con el lacre hecho pedazos.

Nabarza ocupó el taburete que Ilich le reservaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—No lo sé. Ese jinete llegó esta mañana, muy temprano. Tuvieron que sacar de la cama a Prévor para que lo recibiera. Creo que está de mal humor.

—¿No ha explicado todavía por qué nos ha convocado? La próxima reunión del consejo no tenía que celebrarse hasta la semana que viene.

—Sshh... creo que va a hablar.

—Bueno, ya que estamos todos... —carraspeó Prévor, el sojorv, dando golpes con una jarra sobre el mostrador. Los paisanos se volvieron hacia el sonido como girasoles—. He de deciros que la reunión de esta mañana va a prolongarse un poco más de lo habitual. Lo siento, pero es importante.

Eso ocasionó protestas. Ciertas tareas diarias debían concluir cuando el Sol estuviera alto en el cielo, y otras debían empezar justo entonces.

—¡Tengo que sembrar! —gritó alguien.

—¡Y yo que recoger la fruta! —alegó otro.

El sojorv pidió paz.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero antes tenéis que escuchar una noticia de extrema urgencia que acaba de traer este correo. —Miró al mensajero como cediéndole la palabra, pero el hombre estaba distraído con una muchacha que le sonreía sin abrir demasiado la boca, pues ella tampoco tenía todos los dientes—. En fin, esto no os va a gustar, pero se ha declarado una situación de emergencia a cincuenta millas al Sur de aquí, cerca de las haciendas de la frontera.

—¡Habla para todos! —exigió un paisano. Había gente para la cual las palabras de más de dos sílabas eran difíciles, y que solo sabía contar mientras el número final no sobrepasara el de sus dedos.

El sojorv escondió la boca tras su puño, mientras se daba pequeños golpecitos en los labios. Parecía estar intentando encontrar palabras que

explicaran el problema sin ofender a nadie.

Eso intranquilizó aún más a Nabarza.

—Vale, lo diré lo más claramente posible: puede que en una fecha no muy lejana nos veamos obligados a abandonar el pueblo.

Su voz fue perdiendo volumen a medida que completaba la frase. Los paisanos se miraron unos a otros, aguardando una explicación a semejante barbaridad.

Ilich se levantó.

—Espero que no consideres esto una broma, Prévor —dijo—, porque la verdad es que no tiene maldita la gracia.

—No es ninguna broma. Según este pergamino, se ha dado orden a la guarnición de Vilshnia de que congregate a los aliarios.

La gente murmuró. Nabarza tensó los hombros. Algunos ojos se volvieron sin disimulo hacia él.

—Al parecer, las tropas deberán partir en una semana hacia la capital. Allí reforzarán los ejércitos que se están reuniendo.

—¿Vamos a la guerra? —preguntó alguien, aterrado. Otros comentarios, cuestiones y respuestas alocadas echaron a volar como una algarabía de pájaros. Sin haber escuchado la explicación, había gente que ya ofrecía teorías sobre lo que estaba pasando.

—Según me notifica nuestro gosti, a quien este hombre representa, puede que haya tropas yunk acantonadas cerca de la frontera. Sé que eso queda muy lejos de aquí, a muchas millas río abajo —se hizo escuchar Prévor—, pero si los yunks cruzaran a este lado tendríamos pocos días para desalojar el pueblo. Las tropas avanzan deprisa por el terreno llano.

Mostró el pergamino a los presentes, pero la mayoría no vio más que garabatos. Nabarza, que sí sabía leer (cortesía de su abuelo, no de la pobre educación que recibió en Sikandar), echó un somero vistazo al contenido de la orden y frunció el ceño. Dasha permanecía junto a él, sus dedos montados unos sobre otros como anguilas en celo.

—Aquí dice que las tropas de aliarios han sido convocadas en Sikandar, en efecto, pero no que los yunks estén invadiendo el país.

Ese fue el momento en que el mensajero apartó la vista del pecho de la chica.

—Las noticias son verdaderas —reaccionó—. Podéis creerme. Se está advirtiendo a todas las aldeas de que se preparen por si hay que evacuar.

—Pero ¿se sabe con certeza que hay tropas en la ribera del Volg? —insistió Nabarza. Debido a su atuendo de campesino, aquel joven no lo había

reconocido todavía como un golve, o estaría más tieso que una vela en lugar de hablándole con condescendencia.

—Bueno, se cree que están concentradas sobre todo en la región de Yakra, pero... —Cruzó los brazos—. Es igual. Mi señor opina que si intentan penetrar en el país lo harán siguiendo el curso de los ríos. Y el Volg es uno de los más importantes.

En eso tenía razón, tuvo que admitir Nabarza. Aquella era la primera noticia que tenían de que las hostilidades contra el Kan habían comenzado, pero si era así, lo más lógico sería pensar que los yunks tomarían primero los ríos, y las aldeas y ciudades con puertos situados en las riberas. Las grandes columnas de soldados y de bestias sedientas necesitaban un aporte constante de agua, y la de los ríos era mucho más fácil de obtener que derritiendo la nieve que pudiera caer en la taiga. Nabarza había oído leyendas sobre ejércitos tan numerosos que secaban corrientes enteras al abrevar, y que agostaban campos de maíz que no volvían a crecer en décadas.

Para agravar la situación, los cauces que provenían de la meseta se hundían como puñales en el Gran Reino, flechas de agua directas a su nevado corazón, por lo que eran caminos fáciles de seguir para llegar hasta la capital y no extraviarse en la gigantesca estepa.

—Esto no quiere decir que tengamos que hacer acopio de víveres —se apresuró a aclarar Prévor—. Pero sí sería bueno que nos preparásemos para una eventual huida a las colinas.

—¿Y de qué vamos a comer en las colinas? —preguntó Ilich—. ¿De la caza? Somos labradores, no tramperos.

—Cogeremos fruta de los árboles.

—¿Ah, sí? ¿En los meses de las nevadas?

El sojorv intentó tranquilizar a los asistentes, pero la semilla del miedo ya había sido plantada. Nabarza leyó en los ojos de casi todos que, hicieran lo que hicieran a partir de ahora, tendrían pesadillas con sangrientas incursiones de yunks que devastaban el pueblo y hacían una carnicería con sus habitantes. Algunas familias incluso comenzaron a darse instrucciones por lo bajo.

Nabarza se acercó al correo.

—Soy el comandante-golve regional —se identificó. Los músculos de la espalda del joven tiraron de su columna hasta dejarla recta—. ¿Ya están reunidos todos los destacamentos para partir hacia Sikandar?

—Eh... no, señor. Lo siento, yo...

—¿Cuándo y dónde?

El joven hizo memoria. Nabarza intuyó que la orden no habría sido dada todavía.

—En el cruce del Raleón, dentro de cuatro días —dijo el mensajero—. Desde allí partirán. Yo... yo tengo que estar de vuelta para entonces.

Nabarza lo dejó ir. Que disfrutara de un poco de placer carnal con la joven desdentada; echaría de menos esos momentos en cuanto se sumara a la fila de reservistas.

Dasha se le acercó.

—Estoy asustada.

—Y yo. Pero no te preocupes, esto es solo un aviso. Si la situación empeora de verdad nos iremos a las colinas.

Se había incluido él mismo en aquella frase, pero Dasha sabía que la forma correcta habría sido «os iréis». Él tendría que sumarse a los destacamentos, y eso la asustaba más que nada en el mundo.

—Pero se acerca la fecha de llevar los sacos de grano río arriba, al mercado de Zerv —argumentó ella, como si los apuros económicos de la familia pudieran cambiar de alguna manera la situación—. Si no los vendemos rápido, la temporada pasará y ya nadie querrá comprarlos.

—Iré a venderlos mañana mismo, así tendréis dinero para cuando llegue el recaudador —decidió Nabarza. El plan no era descabellado: el río Niklos, un afluente del Volg, era fácil de navegar, y podría estar de vuelta en tres días. Por el pequeño puerto de Dima-Licana pasaban a diario suficientes pescadores de anguilas como para que alguna barcaza le admitiera a bordo—. Se lo diré a tu padre.

Ilich era un hombre respetado en el pueblo. Rico en hacienda y aún más de facundia, era tenido por hábil en el consejo y diestro en cerrar acuerdos comerciales. Nabarza sabía que la gente respetaría su opinión incluso más que la de Prévor. Por eso, cuando lo abordó al salir de la taberna, se esforzó por dejarle clara una cosa:

—Tienes que mantener a la gente tranquila y ocupada en sus menesteres. En el momento en que uno ensille a los animales y atiborre su carreta de víveres...

—Los demás le seguirán —comprendió—. El pánico se extenderá como fuego en la maleza. Pero va a ser difícil. Ya he visto cómo algunos mozalbetes corrían de aquí para allá llevando mensajes a las granjas.

—Haz lo que puedas. Y ata todos los sacos de grano que tengas en el cobertizo. Voy a llevarlos junto con los míos a Zerv.

—Buena idea, iré contigo —asintió Ilich—. Necesitarás más de dos brazos para cargar con tantos sacos.

—Sí, la cosecha de este año ha sido buena... —se lamentó Nabarza, como si hubiera que tirar todo ese esfuerzo por la borda.

Pocas horas después, los sacos se amontonaban junto al río, en el humilde embarcadero del pueblo. Dasha ayudó a trasladarlos, y ahora montaba guardia junto a ellos (o más bien sentada en ellos, pellizcando los hilos de estambre) mientras su padre y Nabarza hacían negocios con el único capitán que no había zarpado hacia el Norte. Se trataba de un lobo de mar refugiado en la tranquilidad de los ríos llamado Kysmir. Su barcaza, el *Corazón de primavera*, era una lancha de poco calado, ágil para culebrear entre los juncos. Era pequeña y alargada, pero muy resistente; no parecía la frágil almadía capaz de ser destrozada por una ola. La dotación la componían marineros duros, más propios de un océano inclemente que de un manso regato de espuma.

Nabarza conocía a los de su clase, hombres que huían de alguna historia que era mejor relatar con el respaldo de unas copas. Supervivientes con ese afán por vivir al límite, desafiar las leyes del Reino cuando el beneficio no les complacía, y malgastar el dinero en los burdeles. Todos tenían historias sobre cuerpos bravíos que se domaban bajo sus espolones, ciñendo el borrén del sudor a las caderas y cabalgando muslos en sofocantes canículas.

—Con un saco extra de grano completamos el pago —dijo Ilich, concluyendo la negociación. El capitán aceptó el dinero y les permitió subir.

Ilich se despidió de su hija con un beso y un hasta pronto. A Nabarza le costó más.

—Cuídate mucho —le advirtió—. Y si ves que a la gente le entra el pánico, no salgas de casa y espera a que regresemos.

—No te preocupes, sé dónde cuelgas tu espada —sonrió ella.

Un acceso de temor sacudió al comandante al pensar en lo que su prima podría haber hecho con el arma, tanto a amigos como a enemigos.

—Me la llevaré, lo siento. Es mejor estar bien protegidos en el río. — Señaló un bártulo alargado que colgaba de la silla del caballo.

Dasha plantó sus gruesos puños en las caderas y preguntó:

—¿Pensabas dejarme así, indefensa, en ese pueblo lleno de gente asustada?

—Sabrás cuidarte. Como siempre. —Le guiñó un ojo—. Si alguien se te acerca con malas intenciones, pellízcale.

Las faldas de Dasha murmuraron cuando se inclinó para darle un beso. Después cogió la espada y se la lanzó.

—Qué pena que te la lleves —dijo—. Pensaba aprovechar para saldar un par de cuentas con los hijos de Varul.

—Eres un peligro, ¿lo sabías?

—Claro que sí.

Nabarza se retiró de la borda y dejó que los marineros hicieran su trabajo. Dasha permaneció a pie de muelle hasta que el *Corazón de primavera* desapareció tras el meandro.

Los marineros tendieron una vela de cangreja, envergada por dos relingas, para que se llenara el vientre de austro e impulsase la barcaza corriente arriba. En aquella región llamaban al viento Gouvin, que significa traicionero, un ser que tanto moldea la seda hacia un lado como tira de ella hacia el otro, a la usanza de las costureras cuando oponen brazos para rasgar el paño. Por ello, las velas debían estar confeccionadas con materiales resistentes, que no se rajaran con facilidad por aquellas espadas que lanzaban en cortas ráfagas sus estocadas.

Tendiendo las velas al insidioso soplo del Gouvin, desembocaron un día después en las corrientes del Niklos. A diferencia del río Volg, que tenía un cuerpo largo y mucho tiempo para dosificar su rabia, el Niklos era un retoño de breve existencia y peor carácter.

Kysmir decidió alejarse del centro de la corriente e ir trepando por ella, cual risco horizontal lleno de lugares donde encallar, haciendo que sus hombres apoyaran los remos en la orilla. Nabarza e Ilich también se sumaron a este esfuerzo, descamisados y brindando el tesón de sus brazos.

Cuando los hombres ya suplicaban un descanso y los remos parecían doblados, llegaron a un remanso donde la barcaza flotaba libre, como si alguien la hubiera colgado de un jirón de nubes. Fue entonces cuando Kysmir encendió su pipa y, señalando unas casas que se amontonaban junto a la ribera, dijo:

—Zerv.

Nabarza se dejó caer en la cubierta, agotado pero feliz. Zerv, el pueblo de comerciantes del que partían las caravanas llevando productos para el gran mercado estacional.

Habían llegado a su destino.

A Iósif le sorprendió el olor que desprendía aquel pueblo. No había ninguna piara hozando en los alrededores, pero olía a cerdo en cada esquina. Su estómago también lo celebró, con un gruñido que asustó al propio escriba.

Kuzmin lo miró desde el pescante.

—¿Tienes hambre otra vez? —preguntó. Iósif no había dejado de protestar por la sobriedad de las raciones durante los últimos días. Ni de quejarse por la sal. Les sobraba sal para condimentar todo lo que quisieran, pero sabía como si un millón de insectos estuvieran incubando sus huevos entre los cristales.

—No tengo hambre otra vez. Tengo hambre *todavía* —matizó. Se quitó las orejeras de fieltro, empapadas en sudor—. Estoy harto de esas raciones que no podrían saciar ni a una mosca. Si en este pueblo el cerdo no es un animal sagrado, entonces lo que pienso hacer no será herejía.

—Tú sí que le rindes culto, aunque no sea sagrado —rio Kuzmin. Ató los caballos a una cerca y arrancó un tallo de hierba, chupándolo con fruición—. ¿Qué río es ese, sabiondo?

Hizo un gesto con la barbilla a la corriente azul que flanqueaba las casas. Apenas podía verse con el poco espacio que dejaban las fachadas al separarse unas de otras. Las calles eran estrechas y desprovistas de farolillos, por lo que cualquiera que circulara por ellas durante la noche o bien poseía una fuente de luz propia, o tendría que contratar los servicios de un antorchero.

—El Niklos. —Iósif recordó las clases de geografía que tanto odiaba de niño y que Autólico, con su mezcla de rigor y de seco ingenio, convirtió en una experiencia inolvidable—. Estamos muy al Sur de Slogontsi. Creo que el maestro no debió ordenarnos tomar aquel desvío en el llano de las cigüeñas.

—¿Cómo se llama este pueblucho?

—Zerv, creo, pero si no quieres buscarnos otro problema con tus baladronadas —advirtió, mientras un hurraño pueblerino pasaba cargando unos bártulos—, mejor controla tu lengua. Las gentes de estas tierras tienen fama de marrulleros, pues se divierten simultáneamente con el agasajo a los mercaderes y viendo cómo salen mal parados de los trueques.

El lugareño pasó de largo.

Autólico venía en dirección contraria. Llevaba un pescado de ojos acuosos bajo el brazo. Nada más verlo, a Iósif también se le licuaron las pupilas.

—¡Mirad lo que venden aquí! —celebró el poeta—. También hay anguilas, muchas anguilas. Lo que no me explico es de dónde sale esta peste a porcino, pero si no hay más remedio que aguantarla...

—¿Podremos comer pescado?

—Claro, pero no te hagas demasiadas ilusiones. El pez de río no es tan sabroso como el de mar. —Autólico recordó que en Sikandar solo servían peces de río, así que su escriba no sabría de qué estaba hablando—. Es igual, nos servirá para llenar la tripa. Vayamos a la taberna, la que está junto a la casa de peonías. He visto algunas personas con aspecto de marineros que podrían ayudarnos en la siguiente etapa.

—¿Cómo sabremos de quién fiarnos, maestro?

—Déjame eso a mí, Iósif. Tengo práctica en estas lides.

—Si vos lo decís...

Los jóvenes dejaron de protestar y siguieron al poeta como perritos falderos. El hambre podía más que el sentido común.

El aire de la taberna casi se podía paladear de lo saturado que estaba con aromas a licores especiados. Iósif salivaba tanto que a punto estuvo de resbalar, pero aguantó hasta que les ofrecieron una mesa y una moza de buen ver trajo el primer plato. Sopa de fideos seguida por un pez de cola estrecha y algo de carne.

Autólico tuvo que alzar la voz por encima de sus dentelladas.

—Disculpad, señora, pero... ¿acaso es este el afamado pueblo de Zerv?

La joven asintió, intrigada porque alguien hubiera oído hablar de su pequeño pueblo y lo considerara, además, «afamado».

—Sí, señor. Y no soy señora.

—Entiendo. ¿Podrías decirme si en los alrededores hay alguna casa de contratación donde pudiera alquilar los servicios de un barco?

La moza abrió las manos, haciendo un gesto extensivo a todo el local.

—Estáis en ella.

—Muchas gracias. Sois muy amable, y muy hermosa, si me permitís el atrevimiento. —La joven, riéndose, continuó sirviendo las otras mesas. Autólico se inclinó sobre los muchachos, que ya habían vaciado sus platos y estaban lamiendo las gotas de agua del pescado—. Creo que este lugar es justo lo que necesitamos. Esperadme aquí, voy a hablar con esos hombres.

—*Mnshí, maeshtro* —dijo Iósif, despegándose las escamas con un dedo del paladar.

El anciano se aproximó con aire solemne a otra mesa, a la cual estaban sentados cuatro hombres. Dos tenían aspecto de marineros, en efecto, pero los otros parecían simples campesinos que hubieran hecho un alto en las labores de siembra matutinas.

—Que la gracia de Volos os guarde —saludó—. ¿He juzgado mal vuestras ropas, o tengo delante a la tripulación de uno de los barcos fondeados

fuera?

Los hombres le miraron con recelo. El que fumaba en pipa asintió, dando una honda calada.

—Intuyo que eso es un sí —continuó Autólico—. Me gustaría saber si el barco que gobernáis es de los que se alquilan para ayudar a unos viajeros a realizar un viaje... aunque este sea largo, y no del todo exento de peligros.

Los hombres se miraron. Estudiaron detenidamente a Autólico y cuchichearon entre ellos en una especie de jerga que le resultó incomprensible. El que parecía ser el capitán preguntó:

—¿Lejos?

—Bastante. Habrá que atravesar el Kanato de Sen-Hang —dijo el poeta, acercando con el pie un taburete.

—¿Dinero?

—Tengo kópeks de la capital, recién acuñados. Su oro aún no se ha desgastado por el roce de los dedos. Seremos tres personas, más unos sacos.

Los marineros ponderaron la abultada bolsa que Autólico, como un prestidigitador, hizo aparecer en la zurda.

Iba a mostrarles el contenido cuando una mano se apoyó en su hombro y le hizo levantarse por la fuerza.

—Yo que vos no confiaría en estos caballeros —dijo un joven que también tenía aspecto de campesino, pero más fibroso que los otros—. Mis amigos me aseguran que tienen mala fama por estos lares.

Autólico retrocedió. El campesino que lo había apartado de aquella mesa estaba tratando de disimular algo a la espalda, un hato alargado. Los marineros con los que había estado a punto de cerrar el trato se levantaron, coléricos. En sus manos brillaron unas dagas curvas. Iósif y Kuzmin se parapetaron tras la mesa a la que estaban sentados.

—¿Quién eres tú, paleta? ¿Sabes con quién hablas? —ladró el jefe de la banda.

—Me llamo Nabarza, y respecto a si sé con quién estoy tratando... —Con un ademán entrenado, extrajo una espada de bruñido bronce del hato y ejecutó unos cuantos molinillos en el aire. Eran figuras rápidas, cíclicas, que incluían hasta un par de veloces cambios de mano. Normalmente aquellas maniobras las hacía en la granja para desentumecer los músculos, pues carecían de valor marcial, pero la rapidez y la facilidad con que manejaba la hoja bastaron para llenar de miedo a los piratas y hacerlos huir en desbandada.

Aquellos hombres estaban adiestrados únicamente en peleas callejeras, sucias y traicioneras, donde luchaban no solo contra el enemigo sino contra el

peso de sus armas, lo errático de su respiración, y la falta de paciencia para saber cuándo atacar y cuándo retirarse.

Una vez conjurado el peligro, el arma volvió a su funda. Autólico miró al hombre, asombrado.

—¿Cómo dijiste que te llamabas, muchacho?

—Nabarza, señor. Es un honor volver a veros —sonrió—. No, no os esforcéis por recordarme. Fue hace mucho tiempo, durante mi instrucción en Sikandar. Vos comprabais cosas en el callejón de los ceramistas haciéndoos pasar por mendigo y yo era un infante que montaba guardia en las escaleras de la Biblioteca. Nunca intercambiamos una palabra.

El poeta le devolvió la sonrisa.

—Un aliario... Ya comprendo. Pues me alegra que te acuerdes de mí, hijo, porque probablemente me has salvado la vida. Es un placer encontrarse con soldados en estas tierras tan poco hospitalarias.

—Estoy en la reserva, pero... —Su expresión cambió, al darse cuenta realmente de con quién estaba hablando—. Venís de la capital, ¿no es así?

—Y ha sido un viaje agotador, te lo garantizo.

—¿Podrías decirnos qué demonios está ocurriendo en el país? —preguntó Nabarza, invitándole a unirse a su grupo. En la misma mesa se encontraba Ilich, sus manos hundidas en una hogaza de pan, y la tripulación del *Corazón de primavera*, que había contemplado la exhibición de esgrima entre aplausos. Iósif y su primo también se acercaron—. ¿Por qué están llamando de forma tan apresurada a la milicia? ¿Hemos entrado en guerra?

—Aún no, pero no tardaremos en invadir los Kanatos. El rey ha dado orden de recuperar Yakra a toda costa, y apostaría mi vida a que no se detendrá ahí. Pero tranquilos; todavía falta mucho para que las hostilidades se extiendan a todas las Marcas.

—Lo cual quiere decir que los ríos ya no son seguros —dedujo Nabarza—. Malos tiempos para los pescadores.

Kysmir asintió con su habitual serenidad.

—Escuchadme, por favor —rogó Autólico—. Sé que lo que os voy a proponer os va a sonar un tanto descabellado, pero necesito contratar una tripulación para que me lleve hasta la desembocadura del Volg. Y como se ha podido demostrar —miró de reojo a la otra mesa, ya vacía—, no tengo demasiada experiencia en elegir a las personas.

Iósif y su primo asintieron como si fuera obvio.

—Tuvisteis suerte de que el capitán Kysmir reconociera a esos piratas. Os habrían asesinado a medio camino para repartirse vuestras pertenencias —dijo

Ilich—. Deberíais indagar con un poco más de tacto antes de ir enseñando por ahí una bolsa de dinero.

—¿Cuánto pagarles? —preguntó Kysmir, con una dicción muy particular. Hasta sus propios hombres se sorprendieron.

—Lo que haga falta —dijo Autólico.

—Viaje largo. Muchos días.

—Sé que está lejos, y también que habrá que atravesar territorio enemigo, pero las tropas del rey aún se están reuniendo. Si nos damos prisa, tal vez podamos cruzar Sen-Hang sin llamar la atención antes de que todo estalle.

Nabarza apuró su vaso de cerveza de jengibre.

—En esta tripulación sí podéis confiar, maese Autólico —dijo—. Pero yo no me embarcaría en semejante empresa a menos que fuera un asunto de vida o muerte.

—En cierto modo lo es, joven. Tengo que llegar a la costa antes de que los yunks cierren las fronteras —se obstinó el poeta. Su expresión era la de un hombre que sería capaz de construirse una maltrecha balsa de troncos y aprender a navegar si con eso lograra su propósito.

Kysmir sopesó el volumen de la bolsa y se apartó un poco con sus hombres para discutir los pormenores, pero en sus ojos se adivinaba que estaba más que dispuesto a aceptar el encargo. Como Nabarza había señalado, eran malos tiempos para los pescadores.

Nabarza e Ilich se despidieron de ellos, trasladando los sacos de grano a una carreta que habían comprado nada más desembarcar. El corregidor local anotó los pesos y el tipo de mercancía adquirida en un pergamino, firmó al pie con una floritura y espolvoreó la tinta con arena para fijarla.

Autólico, viendo que los dos hombres necesitaban ayuda, les ofreció su carromato.

—Podéis quedaros con él, y también con los animales. Nosotros ya no los necesitaremos.

Nabarza acarició la crin de uno de los caballos.

—¿Estáis seguro? Son buenas bestias. Podrían valer bastante en el mercado.

—Dado el aprecio que le tengo, considero que mi vida vale mucho más que todo eso —replicó Autólico—. Y tú la has salvado. Qué menos que devolverte una minúscula parte del favor regalándote el carro y las bestias. Son tuyas. Empléalas como quieras.

Nabarza le tendió la mano.

—Encontrarán buen quehacer en mi aldea. Allí se valora mucho al caballo y su nobleza.

—¿Cómo se llama esa aldea, si puedo preguntar?

—Dima-Licana.

Autólico alzó las cejas.

—Qué coincidencia, vaya, qué coincidencia —repitió, aunque no se molestó en aclararlo.

Los hombres de Kysmir abordaron su bien ensamblada nave. Unos desligaron las amarras de popa y a otros se les ordenó atender al aparejo. Alzaron el mástil y lo encajaron en el hueco de las traviesas. Lo dejaron bien sujeto con las maromas y desplegaron las velas.

El Gouvin soplabla desafiante ese día, y apuntaba hacia el Sur, señalando con su borrascoso dedo a los Kanatos. Al subirse a la barcaza, Iósif miró por última vez hacia atrás, a los campos que de alguna forma conectaban en su cabeza con el que fuera su hogar, y derramó una lágrima.

Exilio, lo llamaba Kuzmin. Sueño hecho realidad, rebatía Autólico: plasmación del pensamiento libre, de la curiosidad y la suposición, y una victoria de lo inmortal sobre lo perecedero.

Él todavía tenía que decidir en cuál de los dos bandos se encontraba.

CANTO IX

El tenebroso viaje

1

En el aire había un hálito de la mañana. Fue la proximidad del amanecer lo que desgarró sus sueños, y no la humedad que empapaba las mantas. El bosque entero estaba regado de lluvia, y plañía con el llanto de las acículas.

Eithne despertó sobresaltada al son de tan peculiar melodía.

Una multitud de sombras había poblado sus sueños, mezclándolos en un tenebroso fárrago. Soñó que era un árbol al que los carpinteros arrancaban la piel a hachazos. Era, en parte, producto del cansancio extremo, como cuando se quedaba a trabajar en el templo durante semanas enteras, encargándose de la administración del culto y sin darse cuenta de que los días acababan a medianoche.

Recordaba haberse dejado dormir en medio de un escalofrío, y ahora se despertaba con otro. Por lo menos estaba dentro de sí misma y no en los restos de un roble marchito. Tenía el cuerpo destemplado y sentía un fuerte dolor en el cuello. Eran aquellos bosques, pensó. La llamada de la Diosa se oía cada vez más fuerte, y también más sombría.

Se apartó de las demás mujeres para vaciar el vientre. Habían montado el campamento la noche anterior entre fuertes vientos y una llovizna que parecía manar del suelo, de las crapulosas^[34] piedras. Hacía tiempo que el abanico de árboles les impedía divisar las tierras bajas, por lo que la columna del Ejército de las Seis Lunas se había vuelto invisible.

No poder ver a Hesión la deprimía. Él le había dicho que encendiera una hoguera de humo blanco, de musgo y ramas jóvenes, cuando necesitara ayuda. Así sus tropas acudirían lo antes posible. Pero Eithne no quería que

viniera; le bastaba con saber que estaba allí, acordándose de ella. Y ahora el bosque le impedía tan siquiera considerar esa posibilidad.

Anya se encargó de preparar el desayuno. Al verla trabajar, entregada a algo tan nimio como un desayuno con una solicitud prodigiosa, en contraste con la roncería de otras acólitas, Eithne se dio cuenta de un detalle: tanto Anya como las demás miraban cada cierto tiempo hacia arriba, a la cima de la montaña, como si esperaran ver algo. Algunas lo hacían abiertamente, buscando cualquier detalle que se saliera de lo normal, un destello de irrealidad que delatara las terribles magias que la Divinidad usaba para modelar el mundo. Otras desviaban la vista, como sirvientas temerosas de que el amo las sorprendiera fisgando en lo que no debían.

El ambiente de la montaña, con la mortaja de niebla y la pléyade de sonidos que se les antojaban tan diferentes a los de la taiga, hacía que el viaje pareciera un tránsito a otro mundo. Un mundo al que tal vez estuvieran invitadas a entrar, pero no a marcharse después.

Retomaron la marcha al poco de haber desayunado. No había senda que seguir, por lo que tuvieron que fiarse de la intuición (que no siempre las ayudó) y de la suerte (que tampoco estuvo presente). Los árboles se organizaban en cinturones de alisos, dispuestos en hileras tan impenetrables como los muros de una fortaleza.

Hubo un momento en el que Anya, que había andado cabizbaja durante horas, gritó de repente:

—¿¡Dónde está Aglaya!?

Se armó un pequeño revuelo. Anya lo había preguntado en voz alta y afectada, como si hubiese olvidado algo importante en un recodo del camino y lo recordase horas después, angustiada.

La joven Aglaya se echó hacia atrás la capucha y sonrió. Estaba en un extremo de la fila, con los pies hundidos hasta los tobillos en el barro (en un terreno como aquel era imposible montar a las bestias, y había que guiarlas por el barboquejo) y un tizne de polvo en la frente. La sensación que experimentó cuando se dio cuenta de que Anya no hacía más que pensar en ella fue la misma que cuando algún pretendiente, en uno de los bailes organizados en casa de su padre, se aferraba a su mano ese instante de más.

Eithne dio unos golpecitos en el hombro a su sibadalla.

—Cálmate, se encuentra bien. ¿Tanto te preocupa esa chiquilla que a todas horas piensas en ella?

Anya sintió elevarse la soflama hasta sus mejillas, que no acusaron el cambio de color porque las tenía manchadas de tierra.

—Me preocupa lo mismo que cualquier otra, mi señora. —Sabía que era mentira.

—Aguantaré la presión. Es fuerte.

—Ni tan siquiera estoy segura de poder aguantarla yo...

Eithne la abrazó.

—Mi pequeña, te elegí porque sabía que cuando llegara la hora darías la talla. Eres joven e inexperta en muchos aspectos de la vida, Anya, pero veo en ti la fuerza que... —Iba a decir «que hallé en mí misma cuando me separaron de mi familia», pero se dio cuenta de que Aglaya estaba en una situación similar, y podía resultar ofensivo. En realidad no hacía falta añadir nada. Con el abrazo se lo había dicho todo.

Dos sacerdotisas salieron de la pantalla de vegetación, los rostros tirantes. Habían sido designadas como exploradoras.

—Maestra, hemos descubierto... *algo* —informó la primera—. No sé cómo describirlo. Debéis venir de inmediato.

Eithne le guiñó un ojo a Anya y se marchó. La sibadalla sintió las miradas de sus compañeras. Se hizo la ocupada mientras reinstauraba un remedo de orden en su pelo.

Prefirió no preguntar de nuevo por Aglaya. Algunas hermanas eran unas provocadoras que sacaban partido de cualquier chisme. En un viaje como aquel, lleno de tantos hechos espantosos, refugiarse en la trivialidad era la única salida para la cordura. Incluso a Aglaya la situación debía parecerle (¿amablemente, dolorosamente?) familiar, como cuando disfrutaba de noches de cálidos licores, mientras atacaba el ganchillo con saña y generaba codos y codos de encaje para sus hermanas, que ya tenían marido, y esperaba en su ingenuidad que algún día le tocara a ella.

—¡Sigamos avanzando! —dijeron las exploradoras, filtradas por la espesura. De repente todas las sacerdotisas perdieron el Norte, y ninguna supo exactamente dónde estaba. La débil sensación de estar situadas en un punto u otro con respecto a la llanura se esfumó. Los caballos relincharon nerviosos, adivinando el peligro.

Los rumores sobre aquellos tupidos bosques eran ciertos. No había granjas ni cultivos a la vista. No se habían topado (por fortuna) con cepos colocados a traición por los tramperos. Nadie se había internado en aquellos parajes desde hacía décadas, siglos quizá. Y eso a pesar de la proximidad de una fortaleza como Svalensko.

Había algo en aquellas estribaciones... un hálito de muerte, tal vez, que ahuyentaba a todos los seres vivos salvo a los árboles. Algo que hacía que ni

siquiera las águilas se atrevieran a sobrevolar tales parajes.

Una presencia.

Anya tragó saliva.

La ladera se inclinó un poco más, haciéndose abrupta y dificultosa. Las mujeres escalaron trabajosamente por una cuesta y se detuvieron en un claro. Un caballo metió la pata en una madriguera y relinchó de dolor. Se la había partido. Esa no fue la única baja que sufrieron en tan penoso ascenso: la homogeneidad del paisaje, tan verde y tupido, les impidió distinguir un abismo de negrura que cortaba una de las estribaciones, y por él se precipitaron dos bestias más. Sus cuidadoras estuvieron a punto de caer, pero se salvaron agarrándose de las ramas.

—¡No dejéis que se pierdan las provisiones! —advirtió una sacerdotisa. Al asomarse al abismo para atrapar al vuelo los petates casi estuvo a punto de precipitarse tras ellos. Las demás contemplaron con angustia cómo la oscuridad se tragaba las alforjas llenas de comida.

—Voy a quemar este maldito bosque —juró otra de las hermanas.

Cuando Anya echó un vistazo a sus propios pies, se estremeció al distinguir manchas de sangre, llagas que habían reventado por el esfuerzo. La totalidad de su piel, hasta la rodilla, estaba surcada de arañazos.

—Déjame que te ayude —se ofreció otra hermana, pero ninguna tenía fuerzas para invocar la magia de la curación. Si el esfuerzo no las mataba antes, acabarían por construir camillas con ramas y palos para cargar con las que ya no pudieran moverse.

Anya se aplicó un unguento. Palpó una piel troceada por mil pequeños flagelos que armaban los helechos y los culantrillos. Adivinó que todas las hermanas estarían igual, hasta su querida Aglaya. Ni siquiera portando recias armaduras, al estilo de los caballeros, se habrían protegido de los rigores de aquella naturaleza que se les aparecía como una bestia salvaje, indomada, muy distinta del ser dócil en que el hombre la había convertido en otros lugares.

Rezó por que su maestra volviera pronto. Habían pasado dos horas desde que se adelantara en compañía de las exploradoras, y aún no tenían noticias. ¿Cómo era posible que no las hubieran alcanzado todavía, si no habían hecho más que avanzar y avanzar tras sus pasos? ¿O era que (esto la asustó más que nada) se habían perdido, dividiéndose sin querer en dos grupos?

De pronto, Eithne apareció. Su expresión había sufrido un cambio radical. Estaba sobreexcitada y alarmada, pero también muy contenta.

—¡Deprisa, atravesad los árboles! —Tenía la voz estrangulada por la emoción—. ¡Ahí delante hay algo increíble!

2

Nabarza e Ilich regresaron por tierra a Dima-Licana, unos días después de que Autólico zarpara con el *Corazón de primavera*. Ya habían vendido todo el grano, y aprovecharon para comprar ciertos repuestos que se necesitaban en la aldea, como clavos de metal, tan largos como una mano y finos como el meñique de un niño, y herramientas para sustituir aquellas a las que el brío del leñador había acabado por derrotar. Llegaron con el carro de Autólico y sus caballos, cosa que pensaron que iba a llamar mucho la atención en el pueblo.

No fue así.

Les recibió una extraña frialdad en el ambiente, un aislamiento de los habitantes en sus hogares que nada tenía que ver con su tradicional forma de ser. Solo los perros se sentían libres para campar a sus anchas. Las veletas gemían en los tejados.

El viento arrancaba enseres de los alféizares y los lanzaba a la calle sin que nadie corriera tras ellos. Un ciego, la única persona que parecía lo suficientemente valiente o despreocupada como para pasear por la aldea, los examinaba con la yema de los dedos y metía los que le interesaban en un saquito.

—¿No te parece que esto es muy raro? —preguntó Ilich.

—Sí... demasiado. Ha debido ocurrir algo en nuestra ausencia —se temió Nabarza.

Detuvo el carro junto al ciego.

—¡Eh, Dmitri! —le increpó—. ¿Qué estás haciendo, viejo truhan?

—¡No le peguéis al viejo Dmitri! —sollozó el hombre, encogiéndose como el rejo de un pulpo—. ¡Él no es un gednei, no señor! ¡Dmitri tiene sangre pura en las venas!

La mirada que cruzaron Nabarza e Ilich lo dijo todo.

El comandante se inclinó un poco más sobre el viejo.

—¿Cómo dices? ¿Por qué habríamos de pegarte por ser un gednei, Dmitri?

El ciego tropezó con un cazo lleno de agujeritos que el viento había lanzado a sus pies, y mientras su mente estaba ocupada en llorar, sus manos lo tasaron en un instante y lo lanzaron dentro del saco.

—Dmitri no tiene culpa de las peleas que han ocurrido aquí, señor. Vos sois el comandante Nabarza, ¿verdad? Entonces sabéis de estas cosas.

—¿Peleas? ¿Quién se peleaba, y por qué?

El hombre exageró mucho la expresión de su cara, como es habitual en los ciegos.

—Todo comenzó la otra noche, cuando alguien dijo que se iba a ir del pueblo en dirección al Sur. La gente tiene miedo de perder sus hogares, y cuando huyan lo harán hacia el Norte, no hacia los Kanatos. Dicen... dicen que solo los gedneis serán perdonados si llegan los yunks, señor.

Nabarza ahuyentó a un perro dando un firme pisotón en la tierra, y agarró al ciego por la camisa. El viejo se encogió tanto que pareció que fuera a desvanecerse dejando atrás un montón de harapos.

—¿Quién ha dicho tal idiotez?

—La gente... ¡la gente! Y Prévor no lo ha negado. Él está de acuerdo con que los que son de sangre pura deben marcharse cuanto antes del pueblo. Ellos sí tienen por qué temer a los yunks.

—¿Ellos? ¿Y por qué los demás no? ¿Cómo os habéis creído semejante patraña?

—Dmitri cuenta lo que oye... él no tiene opinión. No tiene nada, solo un mísero saco...

Nabarza se mordió el labio. ¿Qué clase de locura se había apoderado de sus convecinos, las buenas personas que hasta hacía una semana les habrían abierto la puerta de sus casas? Era cierto que había dos castas en el pueblo, una de raza pura de la estepa y otra, los gedneis, con una mezclanza de herencias. Como su familia por parte de madre, sin ir más lejos, y la de Dasha también. Pero hasta la fecha, que él supiera, todos y cada uno de los habitantes de Dima-Licana se habían portado como perfectos súbditos del Gran Reino, reverenciando al rey y a los vaivodas. La idea de que los de sangre mestiza fueran a cambiar de bando (¡o que el ejército enemigo los fuera a respetar, reconociendo de forma tácita una suerte de hermandad!) era algo absurdo.

—Vamos a hablar con Prévor —decidió. Ilich asintió, pero antes dieron un paseo por las casas de sus respectivas familias. Las encontraron cerradas a cal y canto, aunque en la de Nabarza había una ventana rota.

—Pero ¿qué demonios...? —se sorprendió, apresurándose a comprobar la puerta. Alguien había tratado de forzarla, aunque desistió antes de lograrlo. Había marcas de palanca en la madera, pequeños mordiscos triangulares. Con un instrumento afilado, un cuchillo o un punzón, habían socavado el dintel,

tratando de sacar el gozne de sitio—. Se han vuelto locos, Ilich. No hay otra explicación.

—Tanta gente no puede haber enloquecido a la vez. Eh... ¿verdad? —No parecía muy convencido.

Ilich se bajó del pescante y tocó en la puerta de su propia casa, con un soniquete especial que los inquilinos reconocerían.

Dasha abrió casi inmediatamente. Junto a ella estaba su hermana Lorel, una muchacha cuyo cimbreño físico contrastaba con la naturaleza robusta de Dasha.

—¡Padre! —Lo abrazó, emocionada. También se alegró mucho al ver a su primo—. Por fin habéis llegado. Dioses, si supierais lo que ha sucedido, cuánto miedo hemos pasado...

—Empiezo a hacerme una idea —rumió Nabarza—. ¿Quién ha intentado entrar en mi casa?

—Varios jóvenes, los hijos de Varul y unos cuantos más. Pero los espanté con un palo. Me gritaron cosas horribles, y dijeron que si había armas en el pueblo no tenían que estar en manos de los mestizos.

Aquello lo cogió por sorpresa. Nabarza estaba acostumbrado a que la gente creyera que, además de su vieja espada, también se había traído otros paramentos de guerra de la capital, como si fuera habitual que un soldado tuviera la casa abarrotada de armas. Pero eran puras habladurías, de esas con las que la gente con vidas vacías disfruta tanto.

Si en verdad había armas ocultas, una forja donde repararlas y otros ornamentos con los que la opinión popular había decorado su casa, él nunca lo admitió.

—La vieja Gohé dijo que la sangre tiraría de la sangre, y que los yunks nos reconocerían como iguales si llegaban hasta aquí —continuó Dasha—. Entonces el tío de Uwe, Yashiv, se levantó y enseñó un cuchillo y dijo que sus hijos jamás serían vendidos por los mestizos. Una cosa llevó a la otra y... —Ahogó la frase.

—Tenemos que hablar con Prévor para que nos explique con detalle todo esto —sugirió su padre.

Nabarza asintió, aunque no creía que sirviera de mucho. Prévor era un hombre de labia fácil, pero cada vez que intentaba abundar en un tema complejo los nervios le podían. El cargo de sojorv, que desde luego le venía grande, le tocó en suerte porque era el único representante de la familia fundadora del pueblo, un linaje medio arruinado que había pasado del

esplendor del terciopelo a no poder alquilar un barco para llevar grano al mercado.

Aun así, era el corregidor de la aldea. Y si había alguien a quien se le pudieran pedir explicaciones sobre la conducta de los pueblerinos, era a él.

Nabarza encabezó la comitiva, seguido de cerca por Ilich y sus hijas. Era consciente de la presencia del ható que le colgaba del hombro, aunque por ahora mantenía sus manos alejadas de él. Avanzaron por la única calle que era digna de tal nombre hasta llegar a casa de Prévor.

También estaba cerrada. La puerta se combaba hacia el exterior de manera exagerada, como si la hubieran barricado.

—¡Llamo al sojorv de este pueblo! —voceó, plantando las manos en sus caderas—. ¡Contesta, Prévor, no me hagas entrar a buscarte!

Era una forma de hablar demasiado irrespetuosa hasta para él, pensó con tristeza, pero en las actuales circunstancias...

La ventana del piso de arriba se entreabrió.

—¿Qué quieres, comandante? —La voz podría haber sido la de Prévor tras escanciar un par de litros de licor.

—¿Qué pasa aquí, sojorv? ¿A qué se debe esta locura?

—Yo... no soy el más indicado para hablar contigo.

La última palabra la pronunció como si tuviera más de un significado. Como si no solo designara a Nabarza como su interlocutor, sino que lo estuviera etiquetando, distanciándolo de alguna manera. Llamándolo... gednei.

—Eres el maldito corregidor de este pueblo. —Nabarza se mantuvo firme—. ¿Qué le dirás al vaivoda cuando demande una razón por la cual Dima-Licana está desierta? ¿Qué le contarás cuando nos exija el tributo anual, y lo único que tengamos sea una cosecha arruinada? ¡He visto los campos y están vacíos! ¡Ni siquiera los leñadores han salido hoy! ¡Todas las barcas están fondeadas en el muelle! ¿Por qué la gente no ha salido a pescar?

—Es imposible luchar contra el Destino. —La voz de Prévor bajó una octava—. Ni siquiera tú puedes hacer nada. Dentro de poco te marcharás a Sikandar con la guarnición de Vilshnia, y estas tierras quedarán desprotegidas. Ya no quedará nadie que se interponga entre nosotros y los yunks.

—Vamos, Prévor, soy yo. Nos conocemos desde hace años. No puedo creer que os hayáis rebajado a esto por un simple rumor.

—No es un rumor. Antes de marcharse, el mensajero del vaivoda nos lo confirmó. ¿Qué será de nosotros cuando se hayan ido los aliaros?

—El vaivoda dejará tropas para que os defiendan en caso de peligro. ¡Estáis haciendo una montaña de un grano de arena! —se desesperó—. Además, los yunks no podrán llegar nunca tan al Norte. El ejército del rey los detendrá mucho antes.

Una risita llegó amortiguada por la oscuridad de la vivienda.

—¿Tan seguro estás, comandante? Dicen que se han visto destellos de metal en las colinas, y columnas de humo que van trazando un camino por el bosque. Hay quien cree que los yunks ya están aquí, y que...

—¿Quién os ha dicho eso? —lo interrumpió Nabarza—. ¿Quién, exactamente?

—Unos niños que jugaban junto al río.

El comandante sintió ganas de reír.

—¿Y por la palabra de un niño que dice haber visto humo vais a abandonar la región?

—*Nosotros* nos vamos. Vosotros no sé lo que haréis.

De nuevo la diferenciación, la zanja infranqueable donde antes no había sino puentes.

Nabarza apretó los puños.

—Me estoy cansando de este racismo, Prévor. ¿De dónde ha salido todo ese odio, tan de repente?

—Los gedneis sois distintos. Parientes lejanos de los sureños. Estáis entre un bando y el otro. No sabemos si podemos fiarnos de gente así.

—¿Y por eso habéis levantado estos muros? ¡Siempre hemos vivido juntos, y trabajado la misma tierra! Tu familia y la mía llegaron a las colinas casi a la vez, ¿recuerdas? Nuestros abuelos prácticamente crecieron juntos.

—Sí, y por eso te vas cuando peor están las cosas. Tan duro que te crees y no tienes ningún... ningún... —Perdió el hilo de su propia argumentación—. ¡Es igual! Eres el único con experiencia militar y nos abandonas a nuestra suerte.

—El deber me reclama, es cierto, pero no me gustaría marcharme del pueblo dejando las cosas como están.

—¿Quieres el puesto de sojorv? —preguntó Prévor, con un destello de esperanza—. Es tuyo. Convince al próximo mensajero para que te anuncie al vaivoda y dile que yo estoy de acuerdo, que confío en ti para apotrerar el fundo de Dima-Licana. Me quitarás un peso de encima.

—No es eso, pobre inútil. —Poco a poco notaba cómo iba dominándole la furia—. Solo sugiero que...

Sintió una mano en el hombro. Ilich.

—Déjalo. Es inútil discutir. Tienen demasiado miedo.

—Pero ¿no podemos permitir que lleguen a esto!

—Ya han llegado, ¿no te das cuenta? Mira.

Ilich señaló las granjas. Había detalles que al principio se les habían pasado por alto, pero que eran obvios si se miraba con detenimiento. Los árboles y los huertos habían sido despojados de toda la fruta y las legumbres maduras. Los enseres de labranza estaban tirados en los surcos, pero las gallinas y los huevos no. Y tampoco las mulas. Todo aquel que tenía un carro seguramente lo habría cargado ya con sus viandas y se disponía a partir en cuanto estuvieran listos. ¿Juntos o por separado? ¿Formarían un grupo compacto los de sangre rush para hacerse fuertes en las colinas, o cada cual huiría por su cuenta y riesgo? Eso nadie podía saberlo, ni siquiera los aldeanos.

—Es el fin —dijo Nabarza—. La muerte de nuestra aldea, de la herencia que nos legaron nuestros padres. Y todo por un simple rumor.

—Tú también tendrás que asegurar tu casa, si no quieres que la desvalijen.

—No pienso portarme tan mezquinamente como ellos, Ilich.

—¿Te queda otra opción?

Nabarza miró hacia arriba. Las contraventanas de Prévor habían vuelto a cerrarse.

—Los yunks han ganado. Han destruido nuestra aldea, y eso que ni siquiera han cruzado todavía la frontera.

—¡Eh, venid aquí! —gritó alguien, en susurros estentóreos. Nabarza se volvió para ver la silueta de una mujer que los llamaba desde una casa. Era Akrova, una viuda que se dedicaba a asistir en los partos y a amamantar a los niños con su propia leche cuando las madres no podían. Les estaba haciendo señas para que entraran en su casa—. ¡Por esta puerta, rápido!

Los cuatro se aproximaron. Dentro de aquella vivienda había mucha gente reunida, pero estaban en silencio, abstraídos, como el Estado Mayor de un país planificando una guerra.

Todos eran gedneis.

—He rezado a la Diosa para que volvierais pronto —dijo la viuda—. No queríamos tomar ninguna decisión sin consultar a vuestra familia.

—¿Qué estáis tramando?

—Hace pocos días, justo antes de que los rush nos humillaran, pasó por aquí un viejecito muy simpático en una barcaza. Nos dijo que se dirigía a Sen-Hang. A muchos, ahora mismo, nos parece la mejor opción.

Autólico, pensó Nabarza.

—No podemos viajar hacia el Sur —dijo, categórico—. Solo porque unos locos os hayan dicho que los yunks os recibirán como amigos, no podéis confiar vuestras vidas a esa idea. Si entramos en guerra con ellos, matarán a todo habitante del Gran Reino que encuentren.

—Entonces ¿qué nos queda? Si permanecemos en el pueblo acabaremos lapidándonos unos a otros.

—Es cierto —convino Ilich—. Hasta que las aguas vuelvan a su cauce mejor será que nos ocultemos. Hay cuevas en las colinas donde podríamos refugiarnos hasta que sepamos si los rumores sobre el ejército invasor son ciertos o no.

—Los niños lo han visto —aseguró alguien, como si fuera una verdad de fe.

—¿Vas a ir con ellos? —preguntó Nabarza, consternado.

Ilich bajó la vista.

—Me gusta tan poco como a ti, pero la sangre es la sangre. No quiero arriesgar la vida de mis hijas quedándome en un pueblo lleno de gente que nos odia. —Dada la solemnidad que impregnó sus palabras, parecía como si estuvieran escritas en una profecía—. En momentos así, la unión hace la fuerza.

Nabarza resopló. Se estaba preguntando cuándo sería imposible dar la vuelta a aquella situación, cuándo alcanzarían un punto sin retorno. Pero era un ingenuo.

Aquel punto se había rebasado hacía mucho tiempo.

CANTO X

El polvo de los siglos

1

Las nubes se dispersaban rápidamente, y la Luna declinaba clara y luminosa. Un parapeto de quejigos y melojos formaba una muralla donde los caballos eran incapaces de encontrar un paso, allá donde ni siquiera el Sol habría podido clavar una pica. El cielo abierto sobre la taiga se desteñía de azul a turquesa y de ahí al color oscuro del mar.

Cayó una nueva noche tras un día inusualmente corto. Y con ella llegó otro misterio.

Eithne se encontraba al borde de una pared de acantilados; los flancos siniestros de una cascada subían perdiéndose en la oscuridad. Aquel río no tenía nombre, era tan virgen como el terreno que lo albergaba, y caía a pique en una profunda hondonada. Al pie del acantilado, en el más recóndito y aislado corazón del Urianhai, se formaba un lago flanqueado por cañaverales.

Y frente al lago, se alzaba aquello.

Era una eflorescencia de piedra que vestía la pared, dando cuerpo con sus filamentos a un órgano de basalto de turbadora belleza. Desde la atalaya donde estaban las sacerdotisas parecía el frontal de un castillo esculpido por las tempestades, una descomunal pintura de agua sobre piedra que llevaba milenios puliendo sus contrafuertes.

Aquel órgano, pese a su complejidad, no conformaba una masa sólida y opaca, sino que obligaba a la luz a caracolear por sus columnas, superpuestas en cortinas de sangre mineral. Tras las trincheras de la luz, una segunda estructura yacía bajo el órgano. La entrada a otro mundo muy distinto del que conocían.

Ven.

Eithne respiraba con avaricia, como si le fueran a robar el aire.

Sin decir palabra encabezó el descenso, siguiendo un peligroso sendero que la cascada había labrado usando el escoplo de la gravedad.

Tuvieron que dejar a los animales arriba, pues la separación de sus patas jamás les habría permitido bajar por aquel camino que no era sino un saliente resbaladizo, una trampa mortal hasta para las acólitas de pies menudos.

No supieron bien cómo, pero tras cruzar por debajo de la cascada (en la que la erosión había esculpido una especie de rostro humano, de cuyas barbas brotaba el caudal de agua) y aferrarse con uñas y dientes a la piedra, consiguieron alcanzar ilesas la base del órgano. Desde allá abajo era todavía más impresionante, pues imitando el estilo de algunos templos, las líneas rectas tiraban de la vista y de la sensación de vértigo, anclándolas al lejano cielo, recordándoles a las criaturas mortales lo pequeñas que eran y lo poco que contaban sus decisiones en el devenir del mundo.

—Tengo miedo —logró decir Anya.

Eithne asintió. Todas estaban aterradas, y ella la primera... pero no habían avanzado tanto para detenerse a un paso de la meta.

—¿Y si no podemos entrar?

—Podremos —confió Eithne.

Se acercó al órgano. Su trazado era un prisma de reflejos. Algunas columnas estaban lo suficientemente separadas como para que cupiera un cuerpo humano, pero nadie podía asegurarles que aquellas fisuras no se estrecharían en el interior. De todos modos decidió probar. Deslizó su cuerpo entre dos pilastras; buscó una entrada, un pasadizo hacia el corazón de la catedral, y lo encontró. No tardó en superar la primera mitad de la barrera.

—¡Venid! ¡Creo que hay un pasaje!

Las sacerdotisas dudaron. Al final tuvo que ser Anya la que rompiera el hielo. Las demás la siguieron a prudente distancia.

Lo tenían muy presente: aquella acción era como violar un secreto que hubiese estado prohibido al hombre desde la concepción del mundo; adentrarse por su propio pie en terreno de dioses, forzando el milagro, observando una realidad que la mente humana no estaba preparada para asimilar. Como devotas, estaban acostumbradas a ver la religión como una herramienta benévola, un objetivo que concedía un propósito a sus vidas y las encauzaba hacia una apoteosis de amor. Pero allí, lejos de los templos y los rezos, de los fieles y las ofrendas, el contacto con la Diosa adoptaba una aleación pura, distanciándose de la religión para parecerse... a otra cosa. Era

como un monstruo que seguía sus propias reglas, ajenas al deseo de los hombres.

Por un momento se preguntaron si los Dioses no serían eso, entes impersonales y distantes sin ninguna de las características humanas que se obstinaban en conferirles.

Aun así, Eithne siguió adelante. Hacia lo desconocido. Ya no le importaba salir con vida o no de aquella empresa, solo quería *saber*. Necesitaba las respuestas más que el aire que respiraba. Vivir en la ignorancia, en el confortable borreguismo de las personas a las que no les interesaba lo más mínimo cómo funcionaba el mundo, era la clase de tristeza que había pasado toda la vida intentando mantener a raya.

De repente, su mano dejó de tocar pared. No hacía falta llevar antorchas para manejarse por aquel laberinto, ya que el arcoíris rellenaba con algo más de siete colores la caverna.

Eithne dio un último paso entre dos columnas y salió a un espacio abierto, la espalda del órgano de basalto y cristal, donde pudo ver por fin qué era lo que ocultaba su mole.

Dejó escapar el aliento.

Allí dentro había un templo, semejante al que vio en sueños, con columnas que no eran más que recuerdos truncados y paredes que besaban la tierra entre celosías de diamantes. Enormes piedras geométricas se habían desprendido del techo, amontonándose ante un inmenso pórtico, y reteniendo el agua que con el paso de los años se había filtrado hasta formar un estanque.

No quedaba rastro de la puerta que debió ocultar los secretos allí guardados, si es que alguna vez existió, por lo que la herida de oscuridad por la que se podía acceder al interior del edificio estaba despejada. Solo había que sortear el dique y el estanque y ya estarían dentro.

Eithne notó que una mano rozaba la suya. Era Anya.

—Vosotras esperad aquí —ordenó—. Entraré la primera y tantearé el terreno.

La sibadalla asintió, pero cuando su maestra avanzó unos pasos, ella seguía pegada a sus talones.

Eithne no insistió en que se quedara atrás. Se ayudaron mutuamente a trepar por el dique y examinaron el terreno. Había más piedras sumergidas en el líquido, con las aristas rozando apenas la superficie, por lo que con un poco de destreza tal vez podrían saltar de roca en roca.

Eithne lo intentó. Encontró la primera piedra sumergida y abrió los brazos para mantener el equilibrio. Consiguió mantenerse en pie. La siguiente fue un

poco más difícil, pero flexionó las piernas y solo resbaló en el último tramo, donde la oscuridad ya era total.

—¡Pasadme una antorcha!

El objeto pasó de mano en mano hasta llegar a Anya, y de ahí voló hasta las de Eithne. La princesa usó un yesquero para arrancar una chispa de la pared y el aceite prendió.

Lo que descubrió la luz la hizo retroceder.

Dos rostros de animales mitológicos, dragones quizá, llevaban un rato observándola desde las tinieblas, cerca del suelo pero invisibles a sus ojos. Eran estatuas flageladas por chorros de agua, bajo cuyas fauces habían llegado a formarse estalactitas.

Eithne las rodeó, con mucho cuidado para no tocarlas, y se internó en el cella de aquel templo.

—¡Maestra, no! —advirtió Anya, pero su maestra no escuchaba. Volvió junto a Aglaya y encontró sus ojos almendrados. La jovencita estaba muerta de miedo.

La isla de luz dorada que era Eithne hirió de muerte a la oscuridad, y muy pronto dejaron de verla. La princesa sorteó un derrumbe y alcanzó el espacio abierto principal, una especie de hipogeo funerario que no albergaba ningún sarcófago, pero que parecía diseñado para contener los restos de alguien... o de *algo*.

Pero lo más impresionante eran las columnas que sostenían la bóveda. La pintura prehistórica de la cueva jotun las había retratado bien: era escritura hecha piedra, como la de la Biblioteca de Sikandar. Palabras enteras esculpidas en un idioma anterior al glagos, anterior al ser humano, pero que de alguna manera Eithne podía comprender.

Tendría que situarse en un punto en concreto del cella para leerlo y captar todos los matices, pero ¿cuál?

Su mente, en un segundo plano, no paraba de hacerse preguntas. Nada de lo allí representado tenía relación con la forma que el culto a la Diosa adoptó posteriormente. Aquel hipogeo revelaba su función mediante una serie de sutiles símbolos y detalles arquitectónicos, pero no se parecía a nada que llenase sus templos.

¿Tanto había cambiado la religión desde aquellos tiempos inmemoriales? ¿Cuántos ritos y dogmas, importantes hacía eones, cayeron en el olvido según se sucedían las eras? No veía el clásico doble altar, ni un lugar para las

ofrendas, ni estatuas ni cirios. No había foso para la olvhami ni canales para recoger la sangre de los toros.

¿Acaso no se sacrificaban animales a la Diosa en aquella era pretérita? Y si resultaba que esa era la verdad, la forma original del culto, ¿cuándo y por qué surgió la necesidad de incluir inmolaciones en el rito? ¿En qué momento las sacerdotisas derramaron sangre por vez primera dentro de los santuarios?

Eithne presintió que la Diosa no solo quería formular un rivhar, intervenir por voluntad propia en los hechos del mundo, sino también regresar a una forma primordial de adoración. Una más sencilla y directa, sin oblações innecesarias.

Aquello no iba a gustarle nada a Oxana.

Pero todavía quedaba una cuestión: si la cueva era en realidad una mastaba, significaba que el edificio podría no haberse concebido como lugar de adoración, sino de enterramiento. Un mausoleo en lugar de un templo. Y si era así... ¿para quién? ¿Quién fue enterrado allí, en aquel lugar vacío?

Una posible respuesta cruzó por su cabeza, pero la desechó con un escalofrío.

No, era imposible. Los Dioses mismos no podían morir, ni necesitaban hipogeos que albergasen sus restos por toda la Eternidad.

No estaba viendo la cripta de la Diosa. Tenía que ser otra cosa. El comienzo de una religión, no su desenlace.

Entonces vio las columnas desde un ángulo en que las frases parecieron tener sentido. Era un cuadro mucho más complejo que en Sikandar, ya que las columnas no solo encerraban un mensaje en sí mismas, sino que la superposición, al contemplarlas sumando todas las ramas y los troncos y las nervaduras que corrían por el techo, tenía sentido propio. El todo era más, mucho más, que la suma de las partes.

—¿Maestra?

Eithne dio un respingo. Anya y otras sacerdotisas habían cruzado los dragones de piedra y estaban allí, contemplando el lugar con infinita perplejidad.

No se enfadó. Ellas también habían hecho el viaje, habían arriesgado sus vidas, y tenían derecho a verlo.

—Ocurrió aquí... —murmuró Eithne—. Hace tanto tiempo que ni siquiera las montañas eran como hoy las conocemos. Pero fue en este lugar. —Se le heló la sangre—. Estoy segura.

Trató de imaginar cómo habría sido aquel templo cuando era nuevo y reluciente, y hombres que quizá todavía no eran hombres entonaban cánticos

en idiomas perdidos. El peso de los siglos cayó sobre ella como un designio inexorable.

—¿Fue aquí donde la Diosa se le apareció a la primera creyente? — preguntó Anya.

—Es algo más. Es la cuna de los poderes que hoy llamamos Alma. — Acarició una columna con la mano—. Pero no... —La expresión de su cara cambió de repente—. Algo no va bien. No es aquí. ¡No es aquí!

—¿A qué os referís, maestra?

La princesa estaba desconcertada. Se movía de un lado para otro esgrimiendo la antorcha como una espada, paseando la luz por cada ángulo. Había algo que no encajaba.

En aquel puzle faltaba una pieza.

—Se nos ha escapado algún detalle, lo presiento. Algo que aún no hemos visto... —La princesa reflexionaba en voz alta pero para sí misma. Había olvidado que las demás mujeres estaban allí—. ¡Leer! ¡Leer el mensaje inmortal, la profecía en la piedra!

Centró su vista en las columnas y su mente se expandió. Era la misma sensación que experimentaba cuando acudía al Alma para ayudar a una persona herida o para realizar algún ínfimo prodigio. Se dio cuenta de que allí, en aquel lugar sagrado, el contacto con tales poderes era constante, no se limitaba al instante de gloria al que estaban acostumbradas. Lo sentía desde que atravesó la cascada, pero lo había confundido con oleadas de fatiga.

El poder la bañó. Tiró de sus miembros hasta casi romperlos. Fuerzas místicas pulsaron las cuatro esquinas de su mente, desgarrándola con destellos de rabia divina.

Eithne chilló. Anya la sostuvo para que no cayera. Al arriesgarse a convocar al Alma había abierto la puerta a un caudal de energía como nunca antes había experimentado.

La princesa se retorció, e inició una caída sin fin hacia el lejano suelo que unas manos amortiguaron. Tenía cosida a los ojos una imagen post-retiniana de las columnas, y mientras sus pupilas ardían con el dolor de la santidad, su cerebro siguió trabajando, descifrando el arcano mensaje que había trazado un puente a través de los milenios para llegar hasta ella.

Eithne comprendió.

El primer rivhar de las leyendas había tenido lugar allí, y consistió en el alzamiento de aquellas cordilleras majestuosas. La roca brotó del suelo como un manantial y sembró de valles y acantilados lo que hasta entonces había sido una llanura argéntea. Los Dioses separaron la inmensa taiga en tres

partes para que las criaturas quedaran aisladas unas de otras, y tuvieran que recurrir al ingenio para sobrevivir. Los hombres, que hasta ese momento habían sido seres simples y despreocupados, que andaban desnudos por la tierra y se conformaban con recoger lo que nacía del polvo, tuvieron que vestirse para soportar las bajas temperaturas que llegaron cuando las montañas detuvieron el viento.

Suplicaron al cielo que les diera calor y los rayos empezaron a caer de las nubes, mostrándoles el secreto del fuego. Las montañas propiciaron que las bestias de feroces colmillos que habitaban el confín del mundo bajaran por las quebradas hasta el océano, en busca de nuevos pastos. Eso puso en peligro a las tribus y las obligó a reunirse, a construir chozas, luego granjas y después castillos; las obligó a abandonar las cuevas que eran feudo de lobos, no de los futuros hijos del Gran Reino.

El hombre lloró por la inocencia perdida, pero se hizo fuerte e inteligente; los Dioses quebraron la tierra para hacerle progresar y que abandonara para siempre su condición de animal.

Y ahora volvían a intervenir de nuevo.

Vomitó un esputo de sangre. Como pudo, la princesa se puso en pie y estiró la espalda.

—¿Qué os ha pasado, estáis bien? —preguntó Anya, angustiada.

Eithne se apoyó en su hombro para mantenerse erguida.

—Es la historia... nuestra historia...

—¿La de los heucanitas?

—La de *todos* —aclaró, y esta vez sí tuvo que sentarse para recuperar fuerzas. Las mujeres formaron un corro a su alrededor.

Eithne las miró. Eran jóvenes valientes, que lo habían abandonado todo por estar allí, descubriendo los cimientos del nuevo orden. De lo que fue en tiempos y sería otra vez en los días venideros.

Las admiró, las quiso más que nunca, y se sintió orgullosa de que estuvieran junto a ella para ofrecerle un hombro en el que apoyarse si lo necesitaba, o para llorar si era eso lo que demandaba su corazón.

—Aún no hemos llegado al final de nuestro viaje —dijo Eithne. Eso arrancó un gemido de protesta de las acólitas—. Pero no os preocupéis, porque estamos muy, muy cerca. La Diosa ha querido enseñarnos esto por una buena razón. Ahora... —estrechó la mano de su sibadalla— debo subir a la cima de esta misma montaña.

—¿Por qué, maestra? ¿Qué encontraréis allí?

—Al Guardián que custodia el verdadero santuario de la Diosa. El lugar donde ella nació. Allí será donde ocurra el próximo rivhar. —Eithne habló con lentitud, clara y deliberadamente, tal como hacía durante los oficios. Solo que los dientes le castañeteaban al pronunciar estas palabras—. Y cuando eso suceda, comenzará una nueva Edad de los hombres.

CANTO XI

Svalensko

1

Varias semanas después de su partida de la capital, el Ejército de las Seis Lunas llegó a la planicie que daba nombre al País de las Riadas, un cenagal esponjoso que parecía tierra firme, pero que ondulaba como la gelatina y se tragaba las patas de los animales. No era un pantano, pero tampoco se asemejaba a ninguna otra llanura que existiera en el mundo.

Apenas crecía nada en aquella extensión traicionera, a no ser unos arbustos que tenían más en común con las algas que con la vegetación de la taiga. ¡Tal era el aspecto de sus hojas! La inmensa llanura era un cenagal jaleoso, el sumidero de cien valles por el que las aguas de escorrentía llegaban al nivel más bajo de la taiga.

Al contemplarla, con la mole pedregosa de la isla de Ferineia alzándose en el centro, Iván supo que nunca en su vida vería otro paraje tan triste.

—Ciertamente, es descorazonador —comentó, acariciando la crin del caballo como si presintiera la dura prueba a la que estaba a punto de enfrentarse—. Ahora entiendo por qué ningún ejército ha conseguido conquistar esta plaza.

—Hay lugares en el mundo donde parece que un salto y una firme zancada pueden llevarte donde quieras —dijo Hesión—, pero no es el caso de esta llanura. En los collados que dejaste atrás cuando el verdor se enseñoreaba del mundo, reinaba la vida en todas sus formas^[35]. La tierra se elevaba en repliegues boscosos y los ríos se torcían en lazos sobre los campos. Pero aquí, en este sumidero donde el lecho absorbe una y otra vez el agua de las riadas, los animales se hunden en el suelo y apenas encuentran apoyo para sus pezuñas. Ningún ejército podría hacer cruzar maquinaria de asedio por aquí,

pues lo que estás viendo no es más que la cuenca de un enorme lago, que se deseca en invierno y se llena de agua hasta la altura de un hombre en verano.

—Desde luego, Svalensko es el baluarte más seguro del Gran Reino —comprendió Iván—. Es una lástima que la capital no haya sido trasladada aquí.

—¿Lo es? —Hesión torció el gesto—. Realmente, así lo pensaría un estratega, pero en la paz resulta un lugar muy difícil donde vivir. Sikandar está rodeada por campos de cultivo y un frondoso bosque. Svalensko es un baluarte de tiempos más antiguos y peligrosos, en los que era menester protegerse de enemigos que asediaban nuestras fronteras. Pero ahora, sus muros son fríos y su dureza solo es invocada en momentos de necesidad. No me gustaría tener que pasarme la vida encerrado en sus estériles impluvios.

—Sé a lo que te refieres —sonrió Iván—. Yo también echo de menos Andurov.

—Ojalá podamos regresar algún día a sus maravillosos valles —deseó el general—. Quisiera que esta miserable guerra acabe pronto y mis obligaciones para con el rey conozcan un descanso. Es lo que más anhele.

Arrebujándose en la pelliza, Hesión dio orden de avanzar. Las últimas pendientes quedaron atrás. Protuberancias de pálidos colores se iban allanando hasta formar un manto aceitoso. Se dejaron oír algunos estornudos en las filas: el aire procedente de las montañas no encontraba allí obstáculo, por lo que tanto bestia como jinete temblaban de frío.

—¡Legado! —gritó Hesión.

Pulev llegó galopando por su derecha. Tenía la nariz morada, con gotitas colgándole de las aletas.

—¿Qué deseáis?

—Dadme el mapa.

—Aquí lo tenéis, general. —Le tendió un pergamino al tiempo que ahogaba otro estornudo.

Hesión desenrolló el pergamino. En él no había líneas, ni marcas topográficas, ni los símbolos habituales que daban cuerpo y sentido a los mapas. En su lugar Iván pudo distinguir manchas de color, algunas hechas con humo, otras con tintes vegetales; una muesca a cuchillo en el centro y otra en una esquina. Para los ojos no advertidos, aquel trozo de tela podría haber pasado por un paño sucio para lavar pinceles, pero en verdad contenía un mapa. Solo había que descifrarlo.

Hesión oteó en el horizonte y localizó uno de los picos de la cordillera. Era el Arriaz de Lovorov, bautizado así por su forma de mango de cuchillo y

su perfil abrupto. Elevó el pergamino y alineó la muesca del borde con él. Iván comprendió: si esa señal representaba aquel pico, la muesca central tenía que ser Svalensko. Y los cambios de color en el mapa, lugares más sólidos en el camino hasta Ferineia. Sendas que podrían soportar el peso de los caballos.

—Avanzaremos al filo de la sombra de la montaña. —Hesión espoleó a su caballo—. Seguidme en fila de a dos, y aunque os parezca que algunas zonas son atajos, no los toméis.

—Por lo menos sabemos algo —comentó Pulev—: las fuerzas de Magnus aún no han traspasado las fronteras. Si no, estarían acampadas en este mismo lugar.

Iván ladeó la cabeza en desacuerdo. Era cierto que el enemigo no estaba a la vista, pero la ausencia de huellas en aquel terreno no significaba nada. Mil hombres podrían haberlo cruzado esa misma mañana, y no quedaría de su paso ni el más mínimo rastro.

Una vez elegida la ruta, el ejército ganó confianza. Incluso se permitió avanzar al trote en lugar de con la prudencia recomendada para aquel tipo de terrenos. Fue culebreando por las dunas hasta que Svalensko dejó de ser una mancha y se convirtió en una formidable ciudadela de altos muros, fabricados con la piedra del Urianhai; muros fracturados aquí y allá por troneras y columnatas alzadas en la parte externa del lienzo.

A la ciudadela se accedía por un camino que rodeaba la isla, acabando en una puerta custodiada por dos gigantes. Eran las estatuas de los Ungmer, constructores de la fortaleza y predecesores del actual vaivoda, cuyos brazos sostenían los flancos de la poterna. Aquellos rostros imperturbables estaban esculpidos en el granito con una extraña crudeza.

En el perímetro de la isla se tropezaron con unos acebos, esqueléticos y manchados de hollín. Crecían junto a chimeneas de las que brotaba el humo de los subterráneos. Más allá de estas columnas de madera fosilizada, erguidas como centinelas al final del camino, se adivinaban un foso y un puente en desuso. Parecía como si los arquitectos hubieran diseñado una protección extraordinaria que nunca llegó a usarse, pues no había mejor defensa para la plaza que el entorno en el que estaba ubicada. Pese a todo, Hesión desaprobó el aspecto ruinoso del lugar.

—Una acebeda crecía en el escudo de la casa señorial de Ungmer —recordó—. Que el actual castellano no la cuide y la deje pudrirse bajo los rigores del otoño rompe pocas levass a su favor.

—Os ruego que contengáis vuestro espíritu cínico una vez nos hallemos en los salones —advirtió Pulev. Su réplica había sido inmediata, como si

estuviera esperando a que Hesión abriese la boca para soltarle un sermón—. El vaivoda Vóronez no es hombre al que se le puedan lanzar insinuaciones de ese estilo. Su Casa es la que administra ahora la ciudadela, y cualquier comentario sobre su buen o mal proceder podría ser interpretado como un insulto. Además, de nada tenéis que lamentaros, pues gracias a él los vastos parajes del Urianhai son seguros.

Hesión lo atravesó con la mirada.

—Entonces ¿cómo explicáis nuestra misión, legado? Si la plaza de Svalensko es tan inexpugnable, y su capacidad para defender a los gosti y a los aldeanos tan irrefutable, ¿por qué el Ejército de las Seis Lunas debe cabalgar durante semanas por un clima hostil, arriesgándose a perder hombres y animales, para comprobar que todo marche bien? ¿Por qué el rey nos ordenó que viniéramos?

Pulev esquivó aquel combate dialéctico. Pero el silencio es a veces elocuente, y todos se dieron cuenta de lo molesto que estaba por su actitud. Iván admiró la rebeldía de su amigo, pero se preguntó si mostrarla abiertamente era sensato. Todos sabían que el general despreciaba al legado, pues representaba los intereses de la princesa Cordelia antes que los de su padre. Y encima, los métodos empleados por el cuerpo de odhuri para interrogar a los prisioneros, aprobados públicamente por la princesa, eran considerados inhumanos por las personas de honor como Hesión. Él jamás torturaría a un enemigo; antes, empero, le daría una espada y la oportunidad de defenderse.

Unas trompetas los saludaron desde la barbacana. Resultaba curiosa la presencia de un muelle para barcos, plantado a varios codos del suelo, que en aquella época del año no albergaba agua sino aire. Era un elemento fuera de lugar que adquiriría sentido una vez llegara el verano.

Fueron las estatuas de los Ungmer quienes parecieron empujar las puertas con sus brazos de piedra. La sombra de la Torre del Homenaje se alargaba en la bastida, a la vez que unas escuadras de milicianos se alineaban torpemente para recibirles. Svalensko era un baluarte histórico del Gran Reino, pero a la vez resultaba muy distinto de Sikandar, por estar situado más al Oeste y haber sufrido la influencia de las antiquísimas culturas del Urianhai. Los colores, el olor, las texturas, hasta la forma de moverse de la gente... todo era conocido y a la vez revolucionariamente distinto. Sus habitantes estaban envueltos en un sudario de costumbres que no pertenecían por completo a nadie.

Un edificio ostentaba un pabellón en espiral; contra sus muros yacían barcas cubiertas por lonas. En los establos se veían enarbolados los

gallardetes, líneas y triángulos de los nobles atacados de viruela que agonizaban a las puertas del templo esperando un milagro que no llegaba. Unas mujeres con esclavinas echadas sobre los hombros descubrían negligentemente su embozo ante hombres que las miraban lascivos.

Había aretes y gorros que daban una nota de fiesta a un panorama dominado por el negro de las murallas; ansiedad y prisa repartidas entre grupos de negociantes que charlaban en docenas de códigos. El oro de las levitas se mezclaba con las espartanas capas de los buriatos, cuya firma eran unos bonetes descosidos que les caían por el lado del cuello. Todos, absolutamente todos, parecían celebrar con regocijo la llegada de aquel ejército.

Nada más entrar en el patio de armas, sin embargo, a Iván le invadió la sospecha. Los habitantes de la ciudadela tenían motivos para aquel alborozo, pues las escuadras que tenía delante, mal alineadas y peor instruidas, no estaban compuestas por soldados. Eran labriegos. Las masas de hombres no eran cuadradas, sino irregulares, y menos de la mitad sabía sostener correctamente una lanza.

El único que parecía profesional era un destacamento de hostigadores ataviado con armaduras de cuero tachonado, broqueles y arcos cortos, que montaba guardia en torno a los mangoneles.

Hesión también se dio cuenta de aquello. Se apeó de su animal para lidiar con el comité de bienvenida, en el que destacaba la ausencia del propio vaivoda. El aspecto del anciano que los lideraba, al que no le sentaban nada bien los ropajes, se distanciaba mucho de la descripción facilitada por Pulev.

—¡Bienvenido! —Su barba, al ondular, recordaba el vaivén de las hojas antes de romper su unión con la rama—. ¡Sed bienvenido a nuestra morada, señor de la guerra! Soy el senescal Tolomius, a vuestro servicio.

—Senescal, hemos venido para hablar con el vaivoda. Solicito que me sea concedida una audiencia con carácter urgente, pues los asuntos que debemos tratar no admiten dilación.

—Por supuesto, por supuesto. —El anciano se sonó la nariz en un pañuelo y se lo metió a su lacayo por el cuello de la camisa—. Enseguida. ¿Y vos sois...?

—Legado Pulev —respondió el aludido, haciendo un rizo de cortesía con la muñeca. Para dejar clara su posición en el esquema de mando, deslizó una mano hacia la bolsa y dejó ver su libro sagrado, el que otorgaba poder a los odhuri.

Al ver el libro, el anciano se achicó aún más que frente a Hesión.

—¡Mi señor! Es un honor teneros entre nosotros. Si hacéis el favor de seguirme...

Pulev sonrió de medio lado cuando adelantó a Hesión.

El viejo los condujo a la Torre del Homenaje, un edificio acordonado por un grueso muro. Todo estaba hecho de la piedra negra de aquel país, tanto los edificios principales como los anexos, los puentes elevados, las caballerizas y los cuarteles. El musgo se enseñoreaba de las grietas, pero saltaba a la vista que, bien aprovisionada, aquella fortaleza estaba pensada para resistir cualquier ataque. Iván se preguntó qué la habría llevado a mostrar aquel grado de decadencia.

El senescal se recogió la túnica, sorteó un charco y fue anadeando escaleras arriba, al segundo piso. A mitad de camino se toparon con una comitiva de mujeres, todas con el velo facial que era costumbre en aquellas latitudes.

Iván se aproximó a Hesión y le advirtió, en voz baja:

—Cuídate de elogiar en su justa medida a las hijas de Vóronez. El mostrarnos amables no entorpecerá las relaciones con la Casa de los castellanos; antes bien, nos ayudará en nuestra tarea.

—No estoy seguro de querer malgastar mi tiempo correspondiendo a damas lisonjeras, Iván.

Hesión examinó con impaciencia a las mujeres. La más corpulenta, una damisela de ávidos ojos marrones y con una saturación de anillos en los dedos, se sonrojó cuando el guerrero le hizo una reverencia.

—Mi dama, es un placer conoceros.

—¿A mí? —preguntó ella, divertida.

—Por supuesto. Vuestra hermosura se hace digna de mención en un teatro de piedra como el que nos cobija. Resalta como el destello de una rosa en un campo marchito.

La mujer hizo un gesto coqueto.

—Vaya, tenéis buena vista, mancebo. Casi tan sagaz como vuestra lengua, que encajaría en un aedo de no ser porque esa armadura da fe de vuestra profesión. Pero ¿cómo osáis alabar mi belleza cuando ni siquiera habéis tenido tiempo de levantarme el velo?

A Hesión aquello le pareció una impertinencia, pero insistió:

—No necesito hacer tal cosa para reconocer las virtudes de una dama.

La mujer se apoyó en la pared de la risa. Las siervas bajaron la cabeza como si compartieran un chiste privado, pero no dijeron nada.

—Quizá podríamos encontrarnos más tarde. Me dirijo a hablar con vuestro padre.

—No creo que mi padre desee veros —puntualizó ella—. Al menos, no donde ahora se encuentra. Hay quien juzga agradable el aroma de los camposantos, pero cuando estoy cerca de uno siempre me dan ganas de llorar.

—No... no lo entiendo.

El senescal carraspeó. Hesión sabía que tenía que sacar la pata de donde quiera que la hubiese metido, pero no estaba seguro de cómo.

—Ejem. —Tolomius acudió al rescate. De fondo se oían las risas apagadas de Pulev—. Mi señor, os presento a Gervalda, esposa morganática del sobrino de nuestro vaivoda. La dama Laurane, a quien supongo el verdadero destinatario de vuestros halagos, es *esa*. —Señaló a una jovencita que bajaba en aquel momento por las escaleras. Podría haber sido más bella que cualquiera de las siervas que tenía al lado, de no ser por el mentón que afeaba una pizca su rostro al tiempo que lo estiraba en la dirección de la aristocracia.

—No os preocupéis —rio Gervalda—, pues los piropos de un guerrero tan apuesto encuentran mejor asilo que la dote más rica en el corazón de una mujer^[36].

—Lo... lo lamento, yo no...

—Creo que me he perdido la mejor parte de esta conversación —dijo Laurane, iniciando una reverencia—. Mi padre me ha pedido que os conduzca ante su presencia, general. Os ruego que me sigáis... y que perdonéis cualquier barbaridad que haya podido surgir de la boca de esta prima mía.

Gervalda se hizo la ofendida, pero saltaba a la vista que no poseía ni los modales ni la educación como para comportarse de otra manera.

Hesión cruzó una mirada con Pulev, quien estaba disfrutando tremendamente de todo aquello, y bajó la vista, resignado.

La muchacha que se hacía llamar Laurane lo guio escaleras arriba, hacia la cúspide de la torre.

2

La habitación era fría y espartana. Solo una mesa llena de pergaminos y enseres de cartografía se levantaba frente a un sillar de madera. Laurane dejó entrar únicamente a Hesión y a Pulev. Los demás tuvieron que esperar fuera.

El vaivoda estaba reclinado en su trono, jugueteando con un abrecartas. Era un hombre enérgico, de unos cincuenta años, con un rostro dominado por el mentón diagonal que había heredado su hija, y ojos animados por movimientos vivos y nerviosos. Cuando fruncía el ceño, los músculos de su frente sobresalían como nudos de madera. Vestía un pantalón de astracán de seda, con charreteras que llevaban la numerología astrológica de la familia.

Al verlos entrar, el vaivoda les apuntó con el abrecartas.

—En la casa del dios vivo de Handul me contaron cosas sobre el futuro —dijo, ampuloso.

Hesión lo saludó como merecía un hombre de su rango y esperó. Era inútil que intentara añadir algo cuando estaba claro que no entendía ni una palabra.

Vóronez arrastró la punta del abrecartas por el borde de la mesa.

—Ocurrió hace muchos años, en un lejano país que ya no existe. La región se llamaba Altai, y en ella se hablaba una lengua derivada de las bestias y de los sonidos de la naturaleza. En Altai los Dioses se encarnaban una vez por generación a través del hijo de una familia virtuosa, y se paseaban por el mundo repartiendo sabiduría y ayudando a los nobles a tomar decisiones. Yo conocí a uno: era un jovencito llamado Sumotai que parecía un diosillo de opereta, pero que hablaba con palabras sabias, impropias de su edad. A veces los echo de menos, tanto a él como a su gente. Como aquellos que nunca construyeron armas, sino solo azadas, fueron pisoteados por el yugo expansionista de los Kanatos.

—He oído canciones sobre el país que mencionáis —dijo Pulev—, aunque no tenía noticias de esos Dioses que caminan como hombres.

—Es lógico. Forman parte de tantas y tantas cosas que se llevó el tiempo... ¡pero al menos nos queda su legado! Una simple moraleja: quien no se prepara para el futuro, caerá bajo sus zarpas cuando se presente bajo el aspecto de un oso. —Miró a Hesión—. General, los heraldos anunciaron vuestra llegada hace días. Os agradezco que hayáis acudido a mi casa con tantos caballeros. Sin duda los necesitaremos.

—Mi señor, fui enviado por el rey para comprobar si los rumores sobre una incursión yunk eran ciertos, pero...

—¡El peligro existe! No imaginaba que pudieran despertar de su letargo tras tanto tiempo, pero los Kanos se están moviendo hacia el Norte por primera vez en décadas —aseguró Vóronez—. Hace nueve días, unos tramperos que cazaban en el Arriaz divisaron a lo lejos un jinete. Le hicieron

señas pero no obtuvieron respuesta. Cuando bajaron hasta el lugar por donde había cabalgado encontraron huellas, marcas de herraduras forradas de cuero.

Ese dato preocupó a Hesión. Los yunks a veces forraban de cuero y quemaban las herraduras de sus bestias, para que el emplasto resultante se adhiriese mejor a los cascos. Era una costumbre con muchos siglos de antigüedad, muy rara de ver en el Gran Reino.

—Envié exploradores para cerciorarme de que aquellos rumores eran ciertos —continuó el vaivoda—. El jefe de postillones de un paso de montaña confirmó que había divisado humaredas en el horizonte, y que una gran masa de hombres había lanzado flechas ardientes a las cumbres para provocar aludes.

—¿Una masa? ¿Cómo de grande? —preguntó Iván.

El vaivoda respondió con un gesto que se podría haber aplicado a cualquier escala.

—Hay una cosa que no entiendo de todo esto, señor —barruntó Hesión—. Perdonad mi atrevimiento, pero... ¿dónde está vuestro ejército? Esta es una plaza fuerte. Deberíais poseer una legión permanente y bien abastecida.

—La teníamos, pero recibí órdenes estrictas de la princesa Cordelia y tuve que mandarla a una misión lejana. No regresará hasta dentro de varios meses.

Hesión parpadeó.

—¿La enviasteis fuera? ¿Bajo el mando de quién?

—Vos le conoceréis, sin duda, pues es otro de los grandes campeones del Reino: Yaroslav.

—Yaroslav. —La palabra se paró en su garganta—. ¿Me estáis diciendo que la princesa real lo envió en una misión secreta, con *vuestro* ejército?

—Olvidad lo que os he dicho. Aún quedan suficientes hombres para defender la plaza, aparte de los que habéis traído. —Vóronez se dejó caer en el sillar. La madera crujió bajo sus posaderas—. He dado orden de reclutar a todo varón en edad de luchar de las haciendas que están bajo mi mando. Ya han comenzado a llegar los primeros, pero no tardarán en presentarse otros. Y con un cabecilla como vos se convertirán en una fuerza temible.

Pulev carraspeó, produciendo un sonido como de barajar de naipes.

—Disculpadme, pero... ¿no os planteará eso un problema con los gosti?

—¿Los administradores de las Marcas? No se atreverán a cuestionarme. Si les pido que manden a sus braceros para la guerra, obedecerán o serán ejecutados. La orden proviene de muy arriba.

—Uhm... el problema que se nos plantea es más táctico que político. Ya es difícil mantener la disciplina cuando se trata de tropas profesionales —

argumentó Hesión—, pero los muchachos que vi en el patio ni siquiera saben sostener recta una pica. Los soldados a menudo tienden a reunirse en pandillas para discutir los acontecimientos cotidianos y censurar a sus jefes; imaginaos si son campesinos, a los que nadie les cuenta ni siquiera por qué están luchando.

—Por eso mismo debéis quedaros en Svalensko hasta que conjuremos el peligro —replicó Vóronez, con una expresión severa acentuada en la boca—. ¿Cuál tendría que haber sido vuestra próxima parada, según las órdenes que os dieron?

—Oskova, en la frontera con el Kanato de Al-Dhabbla.

—Eso queda a bastantes semanas de viaje... Si hay tropas yunk más arriba Yaroslav las interceptará. Sé que Svalensko parece invencible, pero os aseguro que nada construido por manos humanas lo es. Solo la Divinidad tiene ese poder —repuso Vóronez—. ¿Recordáis al dios vivo Sumotai, del que os hablé antes? Pues bien, él me refirió la historia del orgulloso lama Émergol, el guerrero contemplativo, que instruyó a sus siete hijos en el arte de la guerra y fue el único en su país en levantarse contra la invasión de los Kanes. Su familia vivía en una pagoda fortificada, Mhor Handul, junto a un bosque que databa de edades en las que el mundo era joven, y el cielo aún no tenía este color^[37].

»Cuando la invasión comenzó, Émergol reunió a sus hijos y les asignó cada una de las esquinas del castillo, para que las protegieran con sus vidas. La pagoda tenía ocho lados, pero el octavo daba al bosque, una barrera natural llena de laberintos que ningún ser vivo, a menos que hubiera nacido allí, sería capaz de sortear. Émergol estaba convencido de que su hogar era inexpugnable, y rezó al dios vivo de Handul para que lo guiase con sabiduría.

»Quién iba a decir, en aquel entonces, que los perros mercenarios no se detendrían en los laberintos naturales del bosque, sino que, provistos de la muerte en forma de antorchas, harían bailar el fuego y condenarían al olvido a tan frondosa arboleda. Como no podían atravesarla, la arrasaron a golpe de hacha y llama hasta que no quedaron más que tocones chamuscados: los restos moribundos de un bosque que estaba llamado a sobrevivir a todas las Eras.

»Impulsadas por su afán de conquista, las legiones enemigas quemaron los árboles, escalaron las anfractuosas crestas del Urianhai y atacaron Mhor Handul por su flanco débil, destruyendo la fortaleza. ¡Ni siquiera Émergol pudo escapar a tan aciago destino! Sus hijos lo vieron caer al impulso del bronce; retemblaron los edificios y la sangre manó cual torrente espumoso por

las calles. Fue el final de una larga historia de orgullos y de tristes bondades, que desembocó en un montón de lápidas a las que el tiempo robó los nombres.

El vaivoda se apoyó en el alféizar de la ventana, contemplando de Este a Oeste la llanura cárdena.

—No, general —prosiguió—. No habré de contemplar a la orgullosa Svalensko siendo entregada a sus enemigos, con llamas cundiendo por las murallas y los templos. No habrán de violar a mis hijas ni de empalar a mis súbditos. Antes bien, ofreceré resistencia como nunca han conocido esos salvajes. Mandaré llamar a los campesinos y a los capataces, les daré un arma a cada uno y aguantaré si es necesario hasta la llegada del verano, estación en que las montañas liberarán las implacables mareas, detenidas en el tiempo por las cadenas del frío.

»Echaré al vuelo mil campanas y proclamaré que yo, solo yo, Vóronez, soy el único y verdadero señor de Svalensko.

Hesión no se atrevió a replicar. El ardor del vaivoda era digno de encomio, pero de nada serviría sin tropas profesionales que lo respaldasen. Yaroslav no había sido nada inteligente al llevarse a sus soldados, pues unas granjas desprovistas de brazos serían pasto fácil para los lobos y las temperaturas extremas de la siguiente estación.

Los gosti nunca le perdonarían a Vóronez que reclutara a los campesinos con una excusa militar, pues de esa manera estarían abandonando las fincas a su suerte. De ello dependían sus ingresos como intermediarios del poder del vaivoda, y la existencia de la próxima cosecha.

¿Pelear o cultivar? ¿Empuñar espadas u ordeñar a las bestias? Era un panorama más complejo de lo que parecía a simple vista.

Vóronez aún se encontraba de espaldas a él cuando Hesión vio el mapa. Era un pedazo de tela arrugado que asomaba por debajo de otros enseres, en la mesa. Hesión lo desplazó con el índice, lo suficiente como para darse cuenta de que representaba al Urianhai y sus Marcas. Las haciendas de los gosti estaban subrayadas en verde, los desfiladeros en amarillo y los pueblos de alta montaña en azul.

Pero algo raro llamó su atención.

Había una fina línea roja que cruzaba justo por el valle de Andurov, el de sus antepasados. Allí, junto a la marca que señalaba el pueblo, habían anotado algo con caligrafía nerviosa.

No tuvo tiempo de leerlo. Vóronez advirtió que estaba curioseando y apartó el mapa de él, enrollándolo.

—Perdonadme —se disculpó Hesión—, no he podido evitar interesarme por vuestros planes. ¿Están amenazadas las comarcas de alta montaña por los incursores?

—Claro —confesó Vóronez. En un instante todo quedó atrás (el discurso inspirado, la entonación penetrante) y volvió a ser el administrador a cargo de la plaza—. Por eso rogué a Yaroslav que partiera con tanta premura. La cumbre de Vorolk y el paso de las nieves podrían estar amenazados, pero él llegará antes que ningún perro yunk. No temáis, esos poblados estarán a salvo. —Hizo un aspaviento—. Más debería importaros ahora esta ciudadela, cuya integridad solo estará asegurada si vuestro ejército permanece con nosotros. Y no quiero oír más peroratas sobre mi decisión de reclutar civiles. ¿Os quedaréis?

Hesión meditó la respuesta. Había cosas que no cuadraban en su cabeza, como el hecho de que la princesa hubiese enviado a Yaroslav al Urianhai, en lugar de destacarlo en la gran cordillera oriental del Reino, que también necesitaba ser defendida. ¿Acaso no se fiaba del Ejército de las Seis Lunas, o es que temía una amenaza mucho mayor procedente del Sur? ¿Y por qué precisamente Yaroslav, después del desastre de Yakra?

El tejido conjuntivo que hacía falta para unir aquellos hechos debía ser tan fino que ni tan siquiera alcanzaba a verlo.

—¿Estáis completamente seguro de que esa avanzadilla yunk existe, mi señor?

—Me temo que sí. Los granjeros que llegaron en primer lugar a Svalensko para reforzar la milicia no acudieron llamados por mí. Eran supervivientes de pueblos quemados, de poblaciones arrasadas por esos bárbaros, ¡huesos que emasculan la descendencia de una estirpe bastarda! —Vóronez apoyó sus puños en la mesa—. Creedme, general: la bestia yunk se acerca, y está prácticamente a nuestras puertas.

—Está bien —accedió Hesión—. Si tanta falta hacemos para el pro comunal, no le será esquivada a estas manos la victoria. Permaneceré aquí hasta que el peligro sea eliminado. Luego continuaré hacia Oskova.

—Os lo agradezco, y al rey cuya voluntad cumplís, también. Por favor, legado, quedaos —prorrumpió cuando sus huéspedes ya se estaban marchando—. Tenemos asuntos que discutir.

Hesión hizo una última reverencia y dejó la sala de mapas. Pulev escondió las manos dentro de las mangas y esperó a que los pasos del general se hubieran alejado lo suficiente.

—Su ardor guerrero es notable, pero es un peón difícil de manejar — opinó. Era raro que un odhuro transparentara de esa manera sus pensamientos, lo cual conllevaba una sucinta invitación.

—Acompañadme —dijo Vóronez—. Hablemos.

Abrió una puerta disimulada tras el sillar y salieron a un pontón entre dos torres. Unas estatuas, concebidas para ser miradas de frente, mantenían los ojos cerrados como certificando la confidencialidad de lo que allí ocurriera.

—¿Traéis órdenes nuevas de Cordelia?

Pulev asintió.

—El plan está en marcha. La limpieza étnica decretada por Su Majestad ha comenzado, pero hay que tener cuidado.

—¿Tan impredecible es vuestro caudillo?

—Me gustaría decir que Hesión es un hombre fácil de manejar, pero lo cierto es que llega a ser más terco que una mula. No acepta órdenes ni consejos, a no ser que provengan de su círculo íntimo. Es uno de esos héroes estúpidos que todavía se rigen por un código de honor. Hemos hecho lo posible por erradicar esa arcaica forma de pensar, pero me temo que no todos nuestros paladines pueden ser como Yaroslav —suspiró—. Podría ser un problema a la larga, si no comprende los motivos que nos llevan a hacer esto.

—¿Qué opina el cuerpo de los odhuri?

—Que mientras menos detalles sepa Hesión sobre lo que está pasando, mejor. Que siga siendo el asno.

Vóronez se pasó la mano por la barba, marrón como la de un hombre con la mitad de su edad.

—Dais su desobediencia por sentada, pero lo cierto es que ha jurado lealtad a la Corona.

—Sí, pero también es ustraniano. Jamás aceptará el plan, ni mucho menos obedecerá la orden de ejecutarlo. Es demasiado... ingenuo —se burló Pulev—. Se cree que es la típica figura legendaria sacada de los antiguos poemas. Y representa muy bien ese papel, lo tiene asumido. Yaroslav es un campeón mucho más listo que él, la clase de héroe que necesitamos para el futuro.

El legado acarició la base de una de las estatuas. Estaba tan agrietada que en cualquier momento podría venirse abajo.

—El Gran Reino se pudre —musitó—. Es innegable. Las heridas que dejó la última guerra son demasiado profundas para que sanen por sí solas. Los Kanes lo saben, y van a aprovechar esta oportunidad para tratar de aplastarnos. Por eso Hesión sigue con vida, porque tiene talento para guiar a los soldados a la muerte y la carnicería.

—Ningún hombre es imprescindible para el Reino, legado. Ninguno excepto el monarca. Cuando Hesión haya cumplido con su cometido, será eliminado —auguró Vóronez—. Mejor pronto que tarde, de hecho; así evitaremos problemas. —Abrió el acceso del otro extremo del pontón—. Descansemos esta noche, pues mañana habrá que llamar a concilio. Nos esperan debates y unas cuantas decisiones difíciles...

3

En las depresiones del suelo se pudrían tocones y ramas húmedas. Las siluetas de los alerces se alzaban ante los desfiladeros como hoscas centinelas. Al verlos, Eithne creyó que eran espíritus del bosque encarnados en savia y madera, y se inclinó ante ellos para rendirles pleitesía.

Los árboles no respondieron. Se limitaron a contemplarla desde las alturas y a seguir allí, impertérritos, dibujando un círculo más en la historia de sus anillos.

Ven.

Esta vez la palabra se escuchó claramente, sin distorsiones. Reverberó en los oídos de la sacerdotisa, que se volvió intentando sorprender a la criatura cuyo aliento se paseaba por su nuca.

Pero allí solo estaba Anya, con esa expresión de impotencia en los ojos.

—¡Mi señora! ¿Qué os ocurre? ¿Habéis vuelto a oírlo?

—Ya... estamos cerca... —balbuceó su maestra. Se apoyó en la muchacha y le clavó las uñas sin darse cuenta—. Es en... en esta... montaña...

Anya miró el manto de nubes que celaba la cumbre. Las cortinas de vapor desprendían un aura maligna, ajena a los humanos, que encubría muchas cosas aparte de la nieve. Ningún glifo ni estandarte proclamaba su santidad, pero una cosa estaba clara: aquel pico era un santuario donde moraban fuerzas que ningún mortal (ni siquiera las hijas de la Diosa) estaba preparado para comprender.

—*Ella* quiere decirme algo. —Eithne recuperó el aliento—. Quiere que visite Su casa, que escuche Su voz... y que comprenda. ¡Que comprenda!

—¿El qué? —preguntó Anya, desesperada—. Por la Gracia divina, ¿qué hemos de entender?

La respuesta estuvo a punto de brotar de los labios de la princesa, pero algo la frenó. Un pensamiento, tal vez, o la espantosa premonición de lo que

la aguardaba en aquella cima.

—Montad el campamento. Esta noche emprenderé el ascenso, yo sola.

Las mujeres obedecieron. Estaban asustadas, pero tenían la certeza de que todo el entrenamiento y la fe que habían cultivado en el monasterio, desde que eran niñas, se convertirían en la rada que las abrigaría del desastre.

Algo grande estaba a punto de ocurrir. Algo imprevisible que cambiaría el destino del Reino. Mientras Anya deshacía los bártulos y montaba la tienda, se preguntó qué tendría que entregar su maestra a cambio.

—Llevaos esto, por lo que más queráis, si pensáis subir sola —imploró Anya poco después, dándole un bártulo. Eithne lo miró sin tocarlo: era su espada dinástica, envuelta en una funda regada de rocío.

—No pienso llevar un instrumento de muerte a Su casa —dijo la princesa con acritud.

—Pero no sabéis a qué peligros os enfrentaréis —reiteró la sibadalla, aun a riesgo de incurrir en su ira—. Recordad la advertencia sobre el Guardián del santuario. Sois una gran espadachina; lleváosla solo por precaución, os lo suplico.

—¡No! —Eithne apartó de un manotazo el metal, que fue a caer en la hoguera. Las acólitas se asustaron.

La princesa enderezó su espalda un ápice más y ajustó el porte para volver a ser la sacerdotisa al mando, fría y distante.

Anya enrolló una mano en su propia bufanda, empapada de humedad, y la metió entre las llamas para sacar la espada. La vaina estaba un poco chamuscada, pero no había sufrido daños de importancia. Cruzó una mirada callada con su maestra y se retiró, llevándose el arma.

Eithne odiaba hablar así a una persona tan buena como Anya... pero ella no lo entendía. Si la Diosa, o un aspecto de su omnipotente ser, habitaba en aquel pico, lo último que deseaba era ofenderla portando una hoja manchada de sangre. Una espada que había sido testigo de la historia negra de su familia.

Filos de hierba meciéndose al son de los vientos. El aire arrastra palabras pronunciadas en la noche de los tiempos, cuando los Dioses aún no habían techado el cielo.

No, ninguna de sus acólitas sabía en modo alguno lo que había que hacer en una situación tan extrema.

Eithne esperó a que todas se hubieran acostado antes de hacer su siguiente movimiento.

Del cielo caía una lluvia viscosa, aceitunada; salivazos de leche fagocitada por los pájaros que al llegar al suelo se hundían como dagas.

La princesa tenía la frente bañada en sudor. Hacía una hora que había dejado el campamento, saliendo furtivamente como una prisionera que tratase de despistar a los guardias. No poseía cuerdas ni equipo de escalada, tan solo las manos desnudas y los pies, ataviados con botas de monta. Tomó los senderos menos escarpados hasta que la pendiente se volvió impracticable, y luego fue trepando por los árboles con vistas a alcanzar los salientes rocosos.

No quería mirar abajo. Había momentos en los que, al abrirse un hueco entre las nubes, podía contemplar una caída en línea recta hacia el profundo valle, muy, muy lejos, más allá de las tupidas masas forestales.

Eithne estaba encaramada a las ramas de un árbol que crecía al borde de un risco, y bajo sus raíces se proyectaba la nada. La muerte disfrazada de vacío. Podía ver la Luna fulgurar en las plumas de aves que volaban a muchos pies por debajo.

Entonces se dio cuenta, por primera vez, de que estaba sola.

Total y definitivamente sola.

Ven.

—No... no me asustas... —le advirtió a la nada.

Se sintió desbordada por ansiedades inexplicables, palpitaciones oscuras y desnudos arrebatos de culpa. Lo que estaba a punto de ocurrir le daba un miedo atroz, a la vez que un ansia irreprimible de *saber*. De averiguar por qué la Diosa había estado llamándola, precisamente a ella, de entre todas sus hijas. Qué era lo que tenía que decirle que exigía tantos sacrificios.

—¿¿Es mi vida lo que quieres??

Una vaharada de aguanieve congeló sus sentidos. Las nubes empezaron a moverse más deprisa, arremolinándose en torno a la cima. Las copas de los alerces dieron latigazos contra su mismo vientre, como si estuvieran pastoreando relámpagos que hasta ese momento no habían sido más que embriones de estática.

La princesa los vio madurando en la bruma. Los futuros rayos eran fetos que nadaban a escasa distancia de sus manos, con formas ligeramente bípedas. Entes más espirituales que físicos, abrieron sus ojitos para mirarla a ella también. Mientras trepaba por el interior de la nube, la princesa creyó que había vuelto a los tiempos del útero, y que flotaba en un éter lleno de bebés nonatos que algún día estallarían con la fuerza de la mayor tormenta conocida por el hombre.

—El hijo pródigo empuñará la muerte —susurró—. Él será el instrumento de venganza de aquellos que nunca pudieron defenderse por sí mismos. Asesinará al padre y al hijo, al árbol y a la semilla; traerá el cambio e inaugurará un nuevo mundo sobre las cenizas del anterior... El Destino, los días que están por llegar, las cenizas del mundo, la profecía maldita...

Trepó más y más, aferrándose con todo su cuerpo a las piedras milenarias. Ya ni siquiera veía el campamento. Las manos le sangraban, y sus pies hacía tiempo que habían perdido toda sensibilidad por culpa del frío. Eso casi le costó la vida, pues hubo un instante en que apoyó un pie en falso, creyendo que allí había una rama, y resbaló.

Su corazón suspendió el siguiente latido hasta que sus manos pudieron agarrarse a algo. Poco a poco fue recuperando el aliento. Para colmo de males, la rama que tanto esfuerzo le había costado alcanzar se había partido. Ya no veía otro modo de seguir subiendo.

Eithne lloró. Estaba furiosa con el Destino, capaz de brindarle la solución y no la sabiduría para utilizarla. Cada vez tenía más claro que aquel era un viaje sin retorno. Que encontrara lo que encontrase allá arriba, en la morada de los Dioses, no viviría para contárselo a nadie. Ni siquiera a su amado Hesión, a quien había tenido que abandonar en mitad de una guerra para cumplir con la llamada de la fe.

¿Estaría él también pensando en ella? ¿Cuáles serían sus palabras, cuál el calor de sus besos, cuál el secreto ardor de sus abrazos? Echó de menos el especiado aroma de su cabello, y la sensación de sentirse bañada por su contacto cuando los cubría el manto de la oscuridad. Demasiados anhelos como para resumirlos en una sola frase.

De reojo vio un chisporroteo. Era uno de aquellos querubines de luz, que se había acercado para mirarla. ¿Compartía acaso su dolor? ¿O era un fenómeno más de la Naturaleza, y no tenía más capacidad que un jirón de niebla para entender lo que sucedía en el mundo?

Cuando alzó una mano para acariciarlo, el feto se consumió a sí mismo. La princesa se preguntó si no era así como nacían las estrellas fugaces... y de algún modo encontró fuerzas para seguir escalando.

Se concentró y usó el Alma para convencer a aquel terco árbol de que doblara sus ramas. Eso las puso a su alcance, pero la dejó al borde de la extenuación.

Ya faltaba muy poco, y el Guardián, si de verdad existía, estaría esperándola para someterla a la prueba final.

Iván esperaba en un gran salón, mirando por un ventanal hacia las cumbres del Urianhai. Entre todos aquellos picos encontró uno por cuyo flanco caía el hilo plateado de un arroyo. Los rayos del Sol ya se volvían horizontales, y patinaban sobre la superficie en lugar de hundirse en las aguas.

Se preguntó si aquel arroyo sería una promesa que les hacía la montaña. Esta corriente blanca que por mi falda deo caer es vuestra, decía el gigante, pero no sublimaré mis crines argénteas hasta que el dios Sol lo decrete. Entonces corred y escondeos, pues nada podrá detener la furia de las inundaciones, la embestida de mi manto de agua. Nada es tan fuerte como la Naturaleza.

—Nada es tan fuerte... —repitió en voz baja.

Unos oídos indiscretos captaron su reflexión.

—¿Os referís a un ser humano o a una idea? Si me lo decís tal vez pueda arrojar luz a vuestro dilema.

La voz era todo mocedad. Iván se volvió para descubrir a Laurane, la hija del vaivoda. La joven cubría su espléndido torso con un chal de tafetán que apenas disimulaba el contorno de los pechos. Parte de sus cabellos los tenía sujetos con un lazo púrpura.

—... Por más que la solución al enigma se me antoje obvia —acabó la frase el soldado, inclinando la cabeza con respeto—. Mi señora.

—¿Sobre qué estabais elucubrando?

—Eh... no era nada. Solo miraba las montañas.

—¿Qué tienen que decirnos?

—Que el enemigo ha elegido una buena época para atacar. Si hubiera esperado unas estaciones más, nuestra presencia en esta fortaleza sería innecesaria y podríamos continuar el viaje.

—Qué ganas tenéis de dejarnos. ¿Por qué? ¿Qué hay tras esos valles que merezca más la pena que nosotros?

El comandante rio, seducido ante la idea de enfrentarse a la peligrosa cordillera con la inocencia de un infante. Pero entonces se dio cuenta de que Laurane probablemente nunca habría visto más tierras que las que circundaban su casa, y la risa cedió protagonismo al embarazo.

—Os ruego me perdonéis, pues interpreté mal vuestras palabras. Ciertamente es que cada lugar que baña el Sol y se vuelve de cristal con la llegada de la nevisca merece mi respeto, pues ningún tipo de belleza puede compararse con ningún otro, o no sería belleza.

—Tenéis alma de poeta, soldado. ¿Cómo os llamáis?

—Iván Gorviani Etheldred, mi señora.

—¿Procedéis de una familia noble? Vuestros apellidos son largos y entendéis el lenguaje culto de la poesía, así que no podréis convencerme de que tenéis un origen humilde.

—Me temo que no. —Iván se sonrojó—. Yo no entiendo a los nobles, ni siquiera a la mayoría de los poetas. Sus conversaciones son ágiles e incluso su significado va en ocasiones más deprisa que las palabras que pronuncian. El lenguaje del pueblo es más plácido a mis oídos.

—Entonces ¿sois hijo de granjeros?

—En efecto, aunque mi padre siempre quiso que fuera mucho más de lo que era él. Mucho más de lo que pudo legarme. Por eso me instruyó.

—¿Había libros en vuestra casa?

Iván sintió un arrebato de nostalgia.

—Solo uno, que perdió un viajero en una noche de tormenta y fue a caer en la bolsa de mi padre. Pero me lo sé de memoria, todas y cada una de las páginas.

—¿Os habéis aprendido de memoria un libro entero? —Laurane rio. Para ella eso debía ser como quien se empeña en saborear una y otra vez la misma copa de licor, en lugar de servirse otra—. No puedo ni imaginar cuántas veces habréis tenido que releerlo para lograr tal hazaña...

—Una vez cada día, durante nueve años.

Laurane lo miró con rendida admiración.

—Recitadme un párrafo —suplicó—. El que sea. Debo oírlo o jamás me quedaré tranquila.

—No, yo... no soy bueno con las palabras.

—¡Por favor! —Le tomó de la mano, cosa que Iván no esperaba. La piel de la chica estaba helada—. No seáis cruel conmigo o me quejaré ante mi padre. No pretenderéis decirme que algo tan tonto como un libro vale la pena tanto esfuerzo.

—Bueno. —Iván tragó saliva—. Si es por evitar que me delatéis a un poder superior...

Se aclaró la garganta y dejó que su lengua rondase por uno de sus pasajes favoritos:

*Su piel, una caricia de cielo y estrellas,
su risa, un poema de agua fugitiva,
sus manos, los cuencos que recogen la lágrima,
su pecho, la capilla de una pasión furtiva.*

*Como la sombra orlada en la brisa
su rostro se impuso a la Luna,
su cabello circundó el Poniente
y su dedo apuntó a una sonrisa.*

En una ocasión había oído a un aedo cantar estos mismos versos, con una melodía de acompañamiento que se le antojó increíblemente hermosa. Recordó que en este párrafo arrancaron las suaves cítaras, se derramaron los cascabeles, vibraron las campanillas y...

*... Cuando al Alba veo
enfundar la pujante espadaña
la tierra se estremece alborotada
y el trémulo fulgor de la mañana
cae prisionero de tus pestañas.
Yazca la noche y vuela mi merced a una ciudad
de paredes y lienzos de plata,
cubran los abetos con su sangre de nieve
la llama que se eleva orgullosa
y resucite el alma limpia y sublimada.*

*En cualquier color, subyace la luz.
En cualquier piedra, duerme un diamante.
Cambia tu piel por la de aquel que vuela alto,
cambia tu destino... por el punto final de un verso.*

Cuando abrió los ojos Laurane aún seguía allí, embobada. No podría decir en qué estrofa los había cerrado.

La joven iba a comentar algo cuando otra persona entró en el salón. Iván se cuadró al reconocer a su superior.

—Descansa —dijo Hesión, y recibió la mano de Laurane en sus labios—. Mi señora, quería decirle que me siento avergonzado por el incidente de la escalera. Nada más lejos de mis intenciones que mostrarle mis respetos a la dama equivocada.

—Oh, no os preocupéis, caballero. Probablemente le habréis dado argumento a la cotilla de mi prima para amenizar sus reuniones durante años. Estoy segura de que si pudiera trataría de devolveros el favor de la manera más soez posible.

—Espero que esa oportunidad jamás se presente. No os parecéis en absoluto a ella, de lo cual me alegro.

—¡Eso intento! —rio Laurane, y se retiró un mechón de la cara sin mirarlo—. Mi hermana y yo procuramos no mezclarnos demasiado con esa rama de la familia —guiñó un ojo a Iván—, aun a sabiendas de que jamás podremos mantenernos tan puras como las ninfas caídas de un verso.

Dicho lo cual se marchó a toda prisa, con la anécdota asomando ya por sus labios y ansiosa por aterrizar en los oídos de su hermana... aunque no sin antes regalarle a Iván el lazo púrpura con el que sostenía sus cabellos, en premio por su dulzura.

Hesión miró primero el lazo y luego a Iván, perplejo.

—¿A qué diablos ha venido eso?

Su amigo compuso una expresión de absoluta idiotez, sin despegar los ojos de la joven que se alejaba.

—¿A qué ha venido el qué...?

CANTO XII

Ilofonte

1

El primer grupo de refugiados llegó al romper el alba.

Eran campesinos eslavos, de las tribus del Urianhai oriental. Su aspecto era deprimente; parecía que hubiesen tenido que abandonar sus casas sin poder llevarse ni un mísero bastón en el que apoyarse. Casi todos eran ancianos y mujeres, y no se veían muchos niños, como si los infantes no hubiesen podido sobrevivir a tan arduo viaje. La mayoría estaban demacrados; los menos afortunados mostraban heridas a las que la presión de la marcha impedía cerrarse. Unos pocos llegaron a divisar Svalensko en la lejanía para desplomarse justo después.

Iván lideró el destacamento encargado de conducirlos a salvo tras las murallas. Ya no había duda: aquellos desgraciados hablaban de un gran ejército que había arrasado los campos y las granjas, una columna de hombres ataviados como jamás habían visto, de estatura aventajada y que se expresaban en una lengua extraña.

Iván se estremeció. La avanzadilla yunk que tanto temían Cordelia y los generales del rey era una realidad. Los Kanes habían comenzado una invasión del Gran Reino.

—¡Subid a las grupas a los que no puedan caminar! —Iván hizo un remolino con el brazo para que los jinetes se distribuyeran uniformemente por la llanura—. ¡Que los físicos estén preparados!

Él mismo recogió a un campesino con un vendaje podrido en el abdomen, y galopó sin demora de regreso a la ciudadela. Fue el primero en dejar a uno de aquellos supervivientes en manos de los curanderos. A continuación se reunió con Hesión en la barbacana.

—Hablan de grandes masas de hombres —jadeó—, probablemente yunks. Y se dirigen hacia aquí.

—Entonces debemos prepararnos para lo peor —barruntó Hesión, grave el semblante. Miró a las torres y encontró la silueta de Vóronez asomada a una ventana. El vaivoda contemplaba la frenética actividad del patio sin inmutarse—. Odio admitirlo, pero él tenía razón.

Los centinelas fueron separando a los civiles que entraban por aquellas puertas. A los que estaban demasiado agotados o enfermos los dejaban en el suelo, amontonados junto a los establos. A los que podían mantenerse en pie, fueran hombres o mujeres, los alineaban contra una pared y los acosaban a preguntas. Ninguno se había ejercitado en manejar carros en el polvoroso llano, ni en blandir dardos o en luchar a brazo partido. La mayoría no había cogido una espada en su vida, pero sabían cómo manejar una guadaña. Las hoces y las segaderas podían ser armas formidables si se empleaban con esmero.

Iván contemplaba indignado todo aquello. Vio los rostros afligidos y la sorpresa de los campesinos, que venían buscando protección y se encontraban siendo reclutados como braceros de turba. Otro destino más justo merecían aquellos desgraciados, pues era en su trabajo en lo que los nobles se apoyaban para sentarse cómodamente en el solio de sus padres.

¿Qué sabía la plebe de glorias imperecederas y cantares de gesta? Seguro que todos preferirían haber nacido en otra época distinta, sin hechos trascendentales, sin aventuras ni desafíos. Así todo habría sido más fácil. Pero les había tocado sufrir la amenaza de las guerras, el aumento de los impuestos (para sufragar el titánico esfuerzo militar del Reino) y las levvas obligatorias.

Sin embargo, pese a su malestar, Iván no dijo nada. Si esas eran las órdenes del vaivoda, debían cumplirse a toda costa. La traición se penaba con algo peor que la horca.

—¿Y si saliésemos a su encuentro, en campo abierto? —sugirió—. La maniobra del yunque y el martillo nos ha funcionado en buen número de ocasiones.

—Tácticamente peligroso —objetó Hesión—. Si nos aventajan en número, y todo hace suponer que sí, debemos aprovechar el terreno en nuestro beneficio. Aquí estaremos a salvo de sus máquinas de asedio.

—Pero no podremos aguantar un sitio muy largo. He estado inspeccionando los almacenes. Esta gente no ha hecho acopio de víveres desde hace décadas. Están casi vacíos. Lo único que nos sobra es agua.

Se escucharon unos vituperios. Un destacamento escoltó a varios nobles embozados hasta un edificio de la periferia. Eran los que padecían de viruela, demasiado iracundos como para lidiar con ellos. Algunos aceptaron el encierro de buena gana, a otros hubo que recordarles cuán afiladas eran las espadas.

—Enfermos y harapientos dentro de nuestros muros, bodegas y almacenes vacíos, milicia desorganizada... ¿en qué quedó el espíritu práctico de los Ungmer? —se preguntó Hesión—. ¿En qué, la bravura de su linaje? —Miró de nuevo al vaivoda, pero ya había desaparecido. Su lugar en la ventana lo ocupaba la tierna Laurane, que probablemente no habría visto jamás una batalla, ni se figuraba los mares de sangre que se derramaban en ellas—. Ojalá pudieras conservar indemne tu inocencia, pequeña...

—¡Mi señor, jinetes! —anunció un vigía.

Hesión e Iván subieron a toda prisa a los adarves. En efecto, cuatro siluetas veloces se acercaron hasta el límite de la llanura, y se detuvieron con sorpresa en cuanto las patas de los animales comenzaron a hundirse en el terreno. Ningún soldado amigo habría incurrido en semejante error.

Dieron unas cuantas vueltas y miraron largo rato en dirección a la fortaleza, analizando la situación. En el ojo de uno fulguró el destello de un catalejo.

Iván supo que eran ellos.

—Gracias a los Dioses, son solo cuatro —exclamó el senescal Tolomius, alongándose en la almena—. El cielo se muestra piadoso con sus fieles.

—No seáis ingenuo, no son más que exploradores —dijo Hesión—. El Ejército Negro se encontrará a tan solo un día de viaje. Dos a lo sumo.

El semblante de Tolomius se endureció. Sus emociones eran extremas e incontroladas, como las de un niño. Iván se preguntó por qué el vaivoda mantenía a un hombre tan incapaz como su representante. Un títere, sin duda, pero demasiado evidente como para resultar legítimo.

—¡Que la bifronte Féebra, soberana de Alcímena^[38], nos guarde! ¡Tenemos que avisar a Yaroslav! —El anciano miró al cielo como si pudiera leer los planetas—. ¡Puede que aún esté a tiempo de regresar!

El general lo miró con desdén.

—Tu vaivoda ha decretado que su misión, sea cual sea, es más importante que la defensa de esta ciudadela —gruñó—. Tendremos que arreglárnoslas solos.

Los exploradores enemigos dieron media vuelta y se alejaron al trote. Ya habían recabado los datos que necesitaban.

Una jornada, puede que dos. Ese era el tiempo del que disponían.

Iván buscó consuelo en la idea de que muy lejos, en la esplendorosa Sikandar, las grandes mentes militares del país no los dejarían abandonados. Seguro que en todo momento alguien muy capaz, como los generales Ulov o Kamás, o incluso el mismísimo rey Maximilian, estaría pensando en ellos.

2

—¡Padre, padre, mira qué bonito!

Milosh correteó por el pasillo en dirección a los brazos de su padre. El rey lo alzó en volandas y le hizo dar una voltereta.

—¿Qué quieres que vea, mi tesoro?

—¡Mira lo que me ha hecho Bogdana!

El joven príncipe vestía un traje bordado en oro y piedras preciosas, que formaban intrincados arabescos en torno a su pecho. Relucía como un destello olvidado por el Sol en la tierra. El complemento al que se refería era un gorro de astracán negro, confeccionado como una pequeña pagoda, que tenía un orificio disimulado en el frontal. Al tirar de un cordel, la puertecita de la pagoda se abría y dejaba ver una jaula con un petirrojo.

El animal comenzó a trinar en cuanto le tocó la luz.

—¡Es precioso! —se asombró el rey—. Dile a Bogdana que me ha gustado mucho. ¿Tu hermana Nadezhda tiene otro?

—Sí... —rezongó el niño, molesto por no poseer la exclusividad de tan singular invento.

Su padre rio.

—Venga, regresa con el aya. Queda poco para que empiece la fiesta, y es nuestro deber... —Le invitó a completar la frase.

—... Estar presentables y dignos —dijo el niño con soniquete aburrido.

—Sobre todo dignos. Anda, ve.

Le dio la vuelta como a un muñequito, y luego una palmada en el trasero. Los atareados sirvientes hicieron lo posible por no pisar al niño. Él no se iba a apartar por ninguna persona de rango inferior, así que corrió en línea recta con el ímpetu propio de su edad, y fueron los más de doce asistentes que llenaban el pasillo los que tuvieron que hacer malabarismos para apartarse y no dejar caer los adornos.

Un regimiento de lacayos llevaba días enfrascado en preparar la fiesta de cumpleaños de Milosh (¡ocho ya, por los Dioses!, se repetía su padre). El

palacio entero estaba engalanado, de las cocinas a los alminares, pasando por los amplios salones donde tendría lugar la fiesta. Muy apropiado, pensó Maximilian, ya que en aquellas estancias, reservadas para los grandes acontecimientos, fue donde levantaron sus primeras fasces los monarcas, y juraron por las efigies de los próceres.

Se había mandado llamar a rapsodas y malabaristas de los confines del Reino, así como a titiriteros y aedos ambulantes. Animales exóticos, procedentes de allende los mares, a deshora de la noche rugían por romper sus cadenas: había elefantes, leones, panteras, gacelas, serpentarios y muchos otros de los que ni el mismo Maximilian había oído hablar. Batallones de pájaros de esplendorosos colores acompañaban a las fieras, y decían sus cuidadores que algunos habían sido bendecidos con la facultad del habla, hasta ahora exclusiva de los humanos. Por su propio bien, el rey deseó que fuera cierto y que entretuvieran a su hijo con las acrobacias y la charla o lo pagarían caro. Quería que todo fuese perfecto aquel día.

Por eso el rostro se le ensombreció cuando, al asomarse a la balconada, vio a un grupo de escultores tallando un obelisco destinado a elevarse en el jardín del Esplendor Luminoso. Los diestros golpes de pitón arrancaban esquirlas y definían bajorrelieves. Una de las caras del obelisco estaba terminada, con un episodio ilustrado de la vida del rey.

Lo chocante era la disposición de las figuras. La de Cordelia no estaba colocada en el centro del cuadro, pero de alguna manera se las habían arreglado para que fuera la más llamativa. Era la más grande y la mejor perfilada, y aunque retenía una pose de supuesta sumisión al rey, alzaba los brazos como si fuera ella la que otorgara su dádiva.

Furioso, Maximilian pisoteó a un sirviente que fregaba el suelo y se dirigió a los aposentos de su hija.

Encontró la puerta cerrada, pero eso no lo detuvo.

Las mujeres gritaron cuando irrumpió como un huracán en la alcoba. Cordelia estaba medio desnuda, inmóvil como una isla entre un océano de ropas de todos los colores. Un gran espejo de pared devolvía su imagen, ataviada con un corsé que resaltaba sus pechos como manzanas redondas. A su lado estaba Nizni, que golpeó el suelo con la frente en cuanto vio entrar al monarca.

—¡Padre! —exclamó la princesa, tapándose sus vergüenzas—. ¿Qué haces en mis habitaciones?

—No soy yo quien tiene que justificarse, hija —dijo el rey, los brazos en jarras. Era la pose que solía adoptar cuando la castigaba de niña, por lo que

Cordelia no pudo evitar un estremecimiento—. Espero que tengas una buena explicación para lo del obelisco.

Cordelia se enrolló en una bata y despidió a Nizni. A continuación adoptó una pose que tenía estudiada a la perfección: con la cabeza gacha y unos cabellos repartidos delante de los ojos, enlazó las manos en actitud sumisa y adoptó un tono de voz humilde. Eso nunca fallaba con su padre.

—¿Te has enfadado, papá? Yo solo quería aparecer en los monumentos. Ya tengo edad para ello...

—Hemos hablado muchas veces de esto, Cordelia, y al menos yo tenía claro que cuando te dije que eras muy joven, no había discusión posible.

—Pero es que el pueblo tiene que ir acostumbrándose a las efigies de sus gobernantes. Yo...

—¡Tiene que acostumbrarse a la efigie de tu hermano Azov! —estalló Maximilian—. La línea sucesoria es la que dicta cómo seremos inmortalizados en los templos. Tu hermano es mayor que tú, y además varón, lo que deja claro cuál debe ser tu lugar en los monumentos.

Cordelia espació mucho dos respiraciones.

—Siempre, durante todos y cada uno de los días de mi vida, he tenido muy claro cuál es mi lugar, padre. —Admitió esa verdad como si fuera una losa con grilletes.

—¡Un lugar que no está falto de nobleza, hija! Azov heredará los vastos Estados, y si bien a ti te prometo loores y un destino insigne, lo cierto es que quiso el Hado ceñirle el lowo con hojosa rama. Y aunque él no hubiera nacido, o no hubiera sido bendecido con el don divino, aún quedaría Milosh para reemplazarte en los capiteles.

—Lamento haberte ofendido, padre mío. —Las lágrimas cristalizaron—. Cometí una imprudencia, y merezco el castigo que me impongas. Amo a mi hermano Azov, y no existe en este mundo nada más lejano a mi interés que robarle la dignidad que merece.

El rey no pudo mantener su expresión severa por más tiempo. Su frente relajó una pizca las arrugas, pero su voz mantuvo el tono de reproche.

—Cordelia, eres la más capaz y la más inteligente de toda mi prole. —Acarició su mejilla—. Siempre lo he sabido, desde el momento en que te vi nacer. Eres una gran estratega, y sabe Volos que muchas veces me he dejado llevar por tus consejos. Pero existen normas que debemos observar con celo, por el bien de la estirpe.

—Lo sé, pero es que... tengo tantos planes para el Reino... —Sus pupilas titilaron—. ¡Tantas ideas maravillosas!

—Será tu hermano quien las lleve a cabo. Necesitará de un guía que ilumine su sendero, pues su don, si bien enlaza su alma con los Dioses, es una carga que no debe soportar solo.

Se abrazaron. Maximilian depositó un beso en la frente de su hija y se marchó, no sin antes prometerle que llegaría el momento en que su efigie se elevaría con esplendor en los obeliscos del Reino.

Cordelia lo conocía bien, y sabía que sus promesas no carecían de valor. Era un hombre cuya cualidad compendiaba un millar de piezas de amor y odio, capricho y voluntad. Un hombre que a menudo batallaba consigo mismo, y que salía vencedor de casi todas las lides.

En cuanto cerró la puerta, Cordelia se secó las falsas lágrimas y murmuró:
—Maldito tirano. Si no fuera porque Azov es intocable...

Nizni salió de detrás de un biombo y procedió a ayudarla con la ropa. Había mucho donde elegir y muy poco tiempo.

Las mesas habían sido dispuestas para quinientos quince comensales. Todos traían regalos en cantidad suficiente para reflejar su lealtad a la Corona, por lo que Maximilian tuvo que ordenar que se construyera un ala suplementaria al cuarto de juegos que haría las veces de almacén.

El pequeño Milosh lo miraba todo con ojos muy grandes y dilatados. Arrellanado en un solio a su medida, vio pasar las delegaciones de los distintos vaivodas. Era un desfile de luz y color, aderezado con bailarinas, camellos, leones mantenidos a raya por gruesas cadenas, saltimbanquis, enanos disfrazados y arpistas. Todos tenían el nombre del niño en la boca, y se deshacían en marrullerías a la vez que mostraban sus presentes.

Hubo un momento en que Milosh, entusiasmado con una réplica del palacio de Sikandar de la altura de un hombre (y que incluía un Áquilus de verdad, que podía arder con una llamita), sintió el impulso de bajarse del trono y salir a jugar. Su padre, cariñoso, lo detuvo.

—Todavía no, hijo. Aguanta un poco.

Los vaivodas rieron. Entre salvas de aplausos, los camareros hicieron desfilar los sabrosos platos que se servirían a continuación en número no menor a dos mil: cerdos asados, dorados lechones, fuentes de setas e hileras de pasteles, flanqueados por bandejas de oro rebosantes de caviar y muchos otros placeres. Los cisnes parecían querer volar con sus cuellos rellenos de ambrosía, seguidos por bandadas de patos y perdices en salsa. La procesión

concluyó con unos destellos de fuego de alquimista y el paseo de gladiadores y esclavos recién traídos de la frontera.

—¿Quiénes son esos hombres tan sucios, padre? —preguntó Milosh.

—Esclavos, hijo. Piratas del mar Borealis, capturados en Arkángel y traídos hasta aquí para tu disfrute. ¿Qué deseas que hagamos con ellos?

El niño los miró con asco, pues los prisioneros no habían sido lavados y las drogas que los amansaban brotaban en forma de babas. Con decisión, bajó su pequeño pulgar. Los presentes estallaron en vítores mientras los esclavos eran arrastrados al cadalso. Milosh, orgulloso, aguantó una ronda de cariño de su padre y siguió comiendo. Ya quedaba menos para que aquel aburrido festín concluyera y le dejaran ir a jugar. En lo único que pensaba era en qué juguetes *no* le iba a dejar tocar a su hermana gemela, cuya festividad se había dejado para el día siguiente.

La entrada de Cordelia, calculadamente tarde, despertó suspiros de admiración. Lucía un vestido de amplios faldones bordados en pan de oro, un corpiño trufado de diamantes y una corona que bien podía valer lo mismo que aquel banquete regio. Nizni la seguía unos pasos por detrás, sosteniendo la cola del vestido.

La princesa hizo una genuflexión ante el monarca y tomó asiento. Cuando la atención volvió a centrarse en los platos, el rey se inclinó hacia ella y dijo sin perder la sonrisa:

—¿Cómo has tenido la desfachatez de ceñirte la corona de tu madre, y de mostrarla en público?

Cordelia respondió entre dientes, también con una sonrisa luminosa.

—Me la legó en su lecho de muerte. No contravengo en modo alguno el protocolo si la ciño en la fiesta de mi hermano. Además... —elevó su copa en respuesta al brindis que ofrecía uno de los vaivodas—, madre habría querido que yo la luciera en su memoria.

—Cordelia, un día de estos vas a acabar conmigo.

Los acróbatas siguieron amenizando la fiesta mientras los comensales se atiborraban. Subidos a una tarima, bromeaban a costa de los camareros que corrían por delante del estrecho proscenio.

—¿Por qué no ha acudido Vóronez? —preguntó Maximilian al hombre sentado a su izquierda, el archigeneral de lanceros Ulov.

Este se limpió un resto de comida que había caído sobre su barba.

—No ha sido por faltar a sus deberes, majestad. Parece ser que tiene... problemas domésticos.

—¿Otra vez los bandidos sátrapas?

—Corren rumores sobre una incursión yunk en nuestro territorio, pero no han sido confirmados.

A Maximilian se le oscureció el semblante.

—Los yunks. Es lo que nos temíamos, entonces.

—No hay motivo de preocupación, mi señor. —Ulov sorbió ruidosamente de su copa—. Seguro que se trata de una expedición de castigo, algo sin importancia. Sospechábamos que intentarían una maniobra así tras lo de Yakra.

—El Gran Kan nos ofrece una imagen demasiado transparente de sí mismo. Podría ser un truco. —El tenedor de Maximilian jugueteó con el plato, unas anguilas que miraban lúgubres una fuente de chocolate.

—Svalensko se ocupará de este espinoso asunto, mi señor. Vóronez no es uno de esos vaivodas petulantes que solo se preocupan de sí mismos, como el Bulganin de la leyenda. Os es fiel hasta la muerte.

—Eso espero.

Milosh hizo una monería y su padre rio. Estaba precioso, con ese aspecto de querubín rellenito y su enjambre de pecas.

Después del noveno plato, Cormal Ruyrin, el maestro del cuerpo de odhuri, vio que la princesa se levantaba y aprovechó la ocasión para acercarse a ella. Acompañándola hasta los arcos que daban al jardín (y procurando no ser vistos por Sorokin ni por ninguna de las personas de confianza de su padre), comentó:

—Yaroslav debe de haber partido hace días con el ejército de Svalensko, mi señora. Limpiaré de apestosos ustranianos los desfiladeros del Urianhai y proseguirá con las aldeas de la Meseta.

—Perfecto —aprobó Cordelia—. Para cuando lleguen las calendas de final de año, no quiero a un solo miembro de esa infecta casta de mestizos en mi Reino, ¿queda claro?

—Así lo entendió vuestro campeón. Pasando a temas más importantes, me he tomado la libertad de traer la primera remesa de monedas acuñadas.

—¿De verdad? —Cordelia se entusiasmó—. ¡Enseñamelas!

Ruyrin se destrabó una bolsa de terciopelo del cinto y vertió el contenido en su mano. Unas monedas doradas, de flamante cuño, refulgieron bajo la luz de los candelabros. Mostraban el símbolo del Áquilus por un lado y la efigie de la princesa en el otro. El artesano había cuidado todos los detalles, hasta el de rebajar casi imperceptiblemente el perfil aguileño de su nariz para que resultara más atractivo.

—Solo aparecerá en monedas de oro y plata, nunca en las de vellón —dijo Ruyrin.

Cordelia manipulaba los pequeños discos como quien toca un gran triunfo.

—Mi padre no debe enterarse de esto. Si lo supiese nos meteríamos en un lío.

—Entiendo. Estas monedas son solo una prueba, de todos modos. Si el rey cambia el diámetro oficial del numerario, como tiene previsto, habrá que modificar los cospeles^[39].

—Llegará el momento en que todos los dineros canjeables lleven mi rostro, pero aún es pronto. Antes tengo que ocuparme de otros asuntos... más delicados. —Lanzó una mirada de reojo al extremo de la sala, donde su hermano mayor, Azov, se peleaba con el pequeño Milosh por ver quién pinchaba antes un pavo. A pesar de la tremenda diferencia de edad entre ambos, parecía que los dos fuesen niños de pecho.

Cordelia frotó su anillo, aquel que llamaba *Zhold*, un hermoso círculo de oro blanco con un secreto escondido.

—Ejem. Hay otra cuestión, si me lo permitís, referente a la curia de la Diosa Madre —carraspeó el odhuro.

—¿Qué ocurre?

—Buena parte de las sacerdotisas del culto son ustranianas. Hace varias décadas los templos prosperaron en las regiones de la taiga, y las familias nobles ingresaron a sus hijas para asegurarles un futuro. Hoy en día, o bien ellas o sus descendientes ocupan cargos de importancia.

Cordelia frunció el ceño. Con el problema de los cultos no se había topado hasta ese momento.

—Eso no cambia nada. Todos los ustranianos correrán la misma suerte, sin excepción. Es la única manera de asegurar la pureza de la raza. Además —sonrió—, no debería quitarte el sueño esa organización trasnochada. Hace muchísimos años que ninguna sacerdotisa hace una cosa útil por este Reino...

3

Una mano con la piel levantada y llena de cortes apareció por encima de la piedra, se aferró al borde y tardó más de un minuto en hacer subir al resto del cuerpo.

Eithne vio por primera vez la cumbre, y le dieron ganas de reír como una posesa. Pero no se dio ese placer; tenía que reservar las pocas fuerzas que le quedaban.

Con un último y titánico esfuerzo, coronó el saliente de roca y quedó tumbada boca arriba, inhalando aire con ferocidad, mientras veía pasar las estrellas.

¿Estrellas?

Las nubes que celaban la cumbre formaban un embudo abierto por la parte de arriba, que enmarcaba un tapiz estrellado. Mil lágrimas de fuego ensortijando una bóveda insondable, mil ascuas que escondían formas laberínticas y reglas para el destino de todas las cosas. Desde los complejos humanos hasta los simples insectos o los juncos del cañaveral, todo tenía su móvil allá arriba.

Eithne.

—¿¡Quién eres!?! —La princesa trató de levantarse—. ¿Por qué me torturas?

Mira con tus ojos. —Silbidos de viento entre espículas de alerces. Caricias invisibles bajo copos de nieve. El sonido secreto de la hierba—. *Con tus verdaderos ojos.*

—¿El qué? —gritó, colérica—. ¿Qué más quieres de mí? ¿Es que no te he dado ya bastante?

Mirar. Abrir bien los ojos para conocer la realidad del mundo, como hacían los legendarios Mystes^[40] de la Antigüedad. Pero ¿qué ojos? ¿Los reales o los del espíritu?

El embudo de nieblas desató su lazo, desvelando un espigón de roca retorcido como cuerno de macho cabrío, esculpido por el capricho del viento. Era el cuerno de un gigantesco unicornio, erguido sobre la montaña.

—¡La espiral! —se maravilló Eithne.

Aquel picacho que apuñalaba el cielo era similar a las columnas del templo perdido. Imaginó a sus antepasados andando por aquella cima en tiempos inmemoriales y descubriendo aquel tesoro. Los escuchó salmodiando los sutras, y copiando una forma primordial que sobrevivía en los iconostasios modernos.

Aquel accidente natural era su origen. Eithne entendió que la espiral era la verdadera firma de la Diosa, doquiera que apareciese, y que su constante invocación era una forma litúrgica de recuerdo.

Entonces oyó un lamento que no procedía de sus labios.

Alongándose al borde del peñasco, miró hacia abajo, a la profundidad del valle. Distinguió una figura fantasmal, envuelta en un largo peplo, que se deslizaba como un espectro entre la niebla. Portaba un objeto ensortijado de bruma, por lo que no distinguió bien su forma.

Eithne sintió miedo por primera vez.

El Guardián. Existe, y viene a por mí.

Buscó desesperada una piedra, un canto afilado, cualquier objeto que pudiera servirle de arma. Una vocecilla insistía en que debía pensar con claridad, no dejarse llevar por el pánico, pero era imposible. El Guardián del que hablaban las sagradas escrituras estaba allí, y venía a...

El espigón se movió.

O más bien la sombra que proyectaba contra el risco. Había un cuerpo grande escondido detrás, tan aberrante que su cerebro se había negado a distinguirlo como el de un animal. O el de un monstruo.

Eithne lanzó un grito de terror visceral y rogó a sus pies que se movieran. Por fortuna, estos obedecieron. Las cadenas del miedo eran frías y cortaban la carne, pero aún podía vencerlas.

Se lanzó corriendo a rodear la cumbre, pero no había sitio donde esconderse. La cima era pequeña y estaba cubierta de nieve, por lo que allá donde fuera dejaba huellas deladoras. La única salida sería arrojarse ladera abajo, pero así solo lograría adelantar su muerte.

La respiración del monstruo la paralizó. No escuchó una, sino varias gargantas enormes con aire circulando por desfiladeros de hueso.

Congelada en un latido, Eithne se dio la vuelta.

El corpachón del Guardián se desenroscó. La mujer había oído leyendas sobre los seres que rigieron el mundo eones antes de la aparición de los humanos, pero siempre pensó que eran mitos. Ahora, sus lágrimas de fascinación atestiguaban que no era así.

De detrás del espigón surgió algo, una cosa que le costó reunir adjetivos para describir. Se desprendió de la montaña como si hasta ese momento hubiese formado parte de ella. Primero las cabezas, luego las alas, después el corpachón negro como veta de azabache, por último la cola serpentina, y en algún punto entre ambos, unos brazos que podrían haber triturado galeras. Las manos de tres dedos, acabados en uñas del tamaño de caballos, cayeron una detrás de la otra sobre el borde del acantilado y provocaron desprendimientos.

La Sierpe estiró sus ocho cuellos y entonó un coro de pavorosa majestad. Su rugido pudo escucharse en las lejanas Ciudades Viejas, cruzó valles y llanuras, ríos y glaciares, y arrancó ecos de la distante cima del mundo.

Eithne sintió que su cordura se evaporaba. La visión de aquella criatura estaba prohibida para los humanos desde las antiguas Edades del mundo. Por eso llegó a un punto en que superó el umbral del pánico, y lo sustituyó por una plácida sensación de maravilla.

Le daba igual que el Guardián la devorara o no. ¿Qué podía hacer para impedirlo, de todos modos? ¿Quién podía oponerse a una criatura que arrancararía de una dentellada las torres de Sikandar, y abriría nuevos volcanes como llagas en la piel de la tundra?

—¡Mi señora, salid de ahí!

La voz apenas se escuchó bajo la respiración del Dragón. Eithne supo que había alguien más en la cima: su sibadalla, Anya, el espectro que vio deslizarse por la niebla. Y llevaba en la mano su espada dinástica.

—¡Defendeos! —gritó, enseñándole la hoja. Eithne pensó que se había vuelto loca. ¿De verdad esa estúpida chiquilla pensaba que un trozo de metal podía dañar al dios serpentino, un engendro concebido en los crisoles ardientes del Inframundo?

—¡Anya, vete de aquí! —chilló, pero su sibadalla la ignoraba. Parecía sumergida en un extraño trance.

Como contrafuertes de una gigantesca cúpula cuyo fondo era el cielo, los cuellos de la bestia se estiraron. Sus movimientos eran lentos, pues la prisa no existía para alguien tan viejo como el mundo.

—Yo os protegeré —dijo Anya, avanzando hacia el Dragón con la espada en alto. Eithne se clavó los dedos en la sien por la desesperación. Hacia ella apuntaba la noche de sus alas, el metal plateado de las escamas y la luz primigenia de los ojos. Eufonías y sonidos llegaban desde la eternidad, acordes cavernosos que habían sido el llanto de rayos nonatos.

La Sierpe cantó.

—Por lo que más quieras, Anya, no te acerques. No te pongas a su alcance... —Eithne alzó una mano suplicante—. No te...

La princesa enmudeció.

De repente lo entendió todo. Con claridad diáfana, como si la solución hubiera estado ahí todo el tiempo y ella fuera tan obtusa como para no darse cuenta.

Era una prueba, simplemente eso. Una prueba de fe.

Anya nunca había recibido entrenamiento marcial, pero sabía cómo empuñar una espada. Elevándola sobre su cabeza, se arrojó contra la aberración con la intención de matarla.

Eithne lo comprendió, pero solo tenía un instante para evitar el desastre.

—¡Detente! —ordenó, interponiéndose entre la estocada de su acólita y el monstruo. No debían recurrir a la violencia, no en aquel lugar sagrado, por más que sus vidas pendieran de un hilo.

Eithne interpuso su pecho frente a la hoja y cerró los ojos.

No pasó nada.

La hoja del arma se deshizo en una explosión de cristales de hielo de rutilante simetría. Pero no fue la única: también el cuerpo de Anya, así como la enorme mole del Dragón, desaparecieron. Y Eithne se encontró sola, una vez más, en la cima de la montaña.

—Era una prueba... —murmuró, atónita. Todo había sido una ilusión, tanto la presencia del Guardián como la de la muchacha. Era probable que la auténtica Anya estuviera aún en el campamento, preguntándose por qué su maestra había sido tan tonta como para no llevarse la espada.

Y había un detalle nuevo que se había añadido al paisaje.

De la base del espigón brotó un árbol distinto a todo cuanto ella había visto. Era una planta, pero a la vez un animal y una roca. Los tres reinos de la Creación se fundían en aquel ser de presencia maravillosa. Y lo más impactante: se movía. Sus raíces estaban ancladas al suelo, pero el tallo crecía a ojos vista y las ramas adoptaban formas geométricas.

¿Por qué le sonaba tanto? ¿Qué oscuro resorte tocaba en su mente aquel árbol, aquella alegoría?

Tardó unos segundos en darse cuenta de que en realidad no estaba mirándolo, sino *leyéndolo*.

—¿Mi... mi destino? —balbuceó—. Agua... muerte... vida... todo está relacionado, no es más que un único concepto... —Sus pupilas bailaron nerviosas leyendo las ramas, incluso las que estaban detrás, los distintos niveles de significado. Era muy complejo, pues el árbol escribía (¡hablaba!) no solo en su simetría primaria, sino en las relaciones que había entre las ramas de delante y las posteriores. Ningún poeta en la historia del Reino podría haber escrito un glagol de tal complejidad—. El porqué de las cosas, de los hombres y los sentimientos... ¿cambios? ¿Días de luz y oscuridad? ¿Qué quiere decir eso?

El árbol marchitó unas ramas y las sustituyó por otras. Las hojas caían y brotaban al son de un caleidoscopio de estaciones, y con ellas variaba también la sintaxis. El cerebro de Eithne ardía con el esfuerzo: ¿cuánto se le estaba escapando?

—¡Sacrificio! ¿Es eso lo que nos espera? Países enteros lucharán y caerán —leyó en la tridimensionalidad, por delante del significado y por detrás de las

implicaciones—. Héroes míticos derramarán su sangre por aquellos a los que aman, y los que son amados serán fieles después de su traición. ¿Qué traición? —Abrió desmesuradamente los ojos—. Eso es... un nuevo origen para todas las cosas... la génesis del nuevo mundo surgirá de la ¿tristeza? de un solo hombre.

El árbol tembló, ella no supo si a causa del viento o porque el idioma había progresado hasta un nuevo nivel.

—¿Quién es? ¿Qué hombre maldito será el que nos guíe por las caóticas tempestades? ¿Yaroslav? —Se arrastró a los pies del árbol, abrasada por el fuego de la santidad—. ¿Magnus? ¿El rey? ¡Decidme el nombre, por piedad!

El viento arreció.

—Soledad y muerte... eso es lo que nos depara el futuro, pero también... Lo veo. ¡Lo veo! Es la semilla de un nuevo comienzo. ¿Debe arder el mundo anterior para que el nuevo pueda surgir, o eso forma parte de nuestro fracaso? —Los vasos sanguíneos estaban a punto de estallarle en los ojos—. Los reyes eligieron el camino erróneo, el de la destrucción... Ya no hay vuelta atrás. La tristeza, la tristeza de un hombre... ¡El amor y la ira! ¡Diosa! —Se clavó los dedos en la cara—. ¡El amor y la ira! ¿Qué sentido tiene? ¡El amor... y la ira!

Las brumas se apartaron, sopladas por titánicos pulmones. Eithne alcanzó a ver muy lejos, más allá de los valles. Divisó una amplia llanura cárdena, y en el centro, un islote de piedra con una fortaleza que databa de tiempos pretéritos, cuando el Reino aún era joven y sus gentes no habían sucumbido al martirio del desaliento.

Y acercándose a esa fortaleza... una columna tenebrosa de soldados, una densa sombra que cubría las campiñas. Una serpiente cuyas escamas solo capturaban una porción infinitesimal de la naciente Aurora, y que tenía sus ojos puestos en la ciudadela que, impávida, la desafiaba desde su isla.

Era el ejército yunk, sediento de sangre y venganza. De hacer pasar a los hijos de Svalensko por el mismo horror que sufrieron los desdichados habitantes de Yakra.

Lo que estaba viendo eran los prolegómenos de una masacre.

Amanecía.

Svalensko estaba preparada. La flor de la juventud se alineó en el adarve llevando apretadas grebas, escudos de madera y jabalinas de punta de bronce.

Por armas bramaron los jóvenes, el furor aguijando sus pechos, el pendón de la Casa de Vóronez repetido en los estandartes.

Los jinetes guardaban silencio en el patio, sus caballos tascando el espumoso freno; pendiente de los hombros la sonora aljaba, cuajada la camisa de escamas de metal, se ajustaban a la cabeza el cobre batido y se acomodaban las láminas del pteryges a ambos lados de la silla. La noche anterior todos habían comido trigo y bebido jarras de aguamiel, para poder combatir con ese último sabor agradable en la boca.

Aguardaban.

Como roncós cisnes, los ancianos murmuraban por lo bajo. Había algo en el aire, el almagre de la guerra, una sensación de derrota que quemaba como si el desastre fuera inminente.

Hesión e Iván, subidos a la almena, oteaban en la distancia. Junto a ellos, los hostigadores se balanceaban imperceptiblemente, cambiando el peso de un pie al otro, descordados sus arcos para no desgastar la tirantez de la madera.

Alguien creyó oír una canción lejana, entonada por una garganta de mujer, pero fue una ilusión. Nada salvo el viento osaba moverse en la mañana. Incluso la lluvia demoró su caída, como si temiera fracturar el silencio con su repique sobre las armaduras.

Mientras lo poco que quedaba de la juventud de Svalensko se alineaba de esta forma en el muro, asistida por el Ejército de las Seis Lunas y su caballería, alguien cumplía con sus ceremonias en la Torre del Homenaje.

Vóronez aún no se había levantado del lecho, enjaezado vistosamente de púrpura. Enfrascado en los ritos, honraba a sus penates ofreciéndoles una rica clámide. Así rezaba, sus palabras dispersas como viento fugitivo:

—Antepasados míos, Dioses de nuestros padres, potencias Nords... ha llegado la hora señalada por los sombríos auspicios. ¡Bajo el alcázar del firmamento invoco vuestro numen! Que este cedro que oloroso quemo a la luz de la mañana os satisfaga, y permita que retribuyáis con fortuna mis deseos. Trocad la figura humana en semblante y cuerpo de fieras, para que impelidos a la guerra no desfallezcan y sobrepongan sus espadas al enemigo. Escuchadme, antepasados míos, y dadme fuerzas para afrontar este negro día.

El fuego del hogar crepitó, guardián absoluto de los designios.

—Concedednos fuerza y, si perdemos —añadió en un murmullo—, valentía para morir con honor.

Ya estaba hecho. Era hora de ocupar su lugar en la Historia. Ceñida una larga trábea, con el báculo quirinal en la diestra y embrazada al lado izquierdo una rodela, Vóronez acudió a su puesto en la muralla.

Hesión lo miró en silencio, y volvió los ojos de nuevo hacia el horizonte. Incluso el legado Pulev se encontraba presente, aunque retirado de la almena unas cuantas líneas de arqueros.

—¿Han llegado? —preguntó el vaivoda.

La respuesta fue un mar de destellos en la lejanía, luz de espadas como fuego en un campo de juncos. Alzados en largos mástiles ondeaban los lábaros de Crimea, estampados con los escudos de las familias guerreras. Distantes cuernos interpretaban una sinfonía de códigos para organizar a las tropas, y su sonido rebotaba en las montañas.

Como navíos impulsados a la rápida fuga, las compañías de yunks se movían de un lado para otro con exquisita perfección, buscando el lugar idóneo para cruzar la llanura. En la distancia, muy débilmente, se escuchaba el soplar de los cuernos y el golpeteo de las lanzas contra los escudos.

No había duda de que acabarían hallando una forma de cruzar. La pregunta era cuándo. Hesión se subió a la almena, atrevido, esperando verlos llegar.

—Eso no... no es una avanzadilla. —La voz de Vóronez se deshizo en espasmos—. Que los Dioses nos protejan...

—Si fundabais alguna esperanza en los socorros de armas pedidos a la capital, renunciad a ella. Seguro que ya os estáis arrepintiendo de haber cedido vuestra milicia a Yaroslav —apuntó Hesión. El vaivoda ni siquiera captó la impertinencia.

—Trajo órdenes de Sikandar, de... de la mismísima princesa. Yo... no podía oponerme...

Hesión sintió lástima por aquel hombre, que al fin y al cabo no era sino una víctima de las circunstancias, un juguete de piezas más aventajadas del tablero. Lo único que esperaba era que esas «circunstancias» no supusieran el desastre para todos.

Por dentro le carcomía la idea de que el responsable de aquella invasión, Yaroslav el Carnicero, genocida de mujeres y niños en Yakra, no estuviera allí para enfrentarse a las consecuencias. Volvería con sus tropas, oh, sí, pero solo para recoger los despojos.

Hesión volvió a preguntarse qué tipo de misión secreta le habría encargado la princesa, y por qué precisamente a él. Al hacerlo, no supo por qué, notó un escalofrío trepando por su columna.

—Por ahora el plan funciona —se apercibió Iván. Los yunks traían maquinaria pesada, pero habían tenido que dejarla al límite de la marisma. A estas alturas habrían comprendido cuáles eran las características del terreno, y

aunque sus catapultas y sus torres de asedio estaban desmontadas, era obvio que sería imposible moverlas por las dunas. Si lo intentaban, su peso las hundiría como barcos encallados en arrecifes de barro.

Las legiones yunk se abrieron en abanico, un verdadero despliegue de triangulares grímpolas, y prosiguieron su análisis del terreno.

—¿Cuántos crees que son?

—No menos de tres mil —respondió el general—. Y parecen bien entrenados.

—Nosotros somos un millar, la mitad granjeros. Una buena proporción.

—Que los expertos en heráldica se hagan con los catalejos disponibles y suban a las torres. Cuando los yunks estén más cerca, quiero que identifiquen esos blasones —ordenó Hesión. En su semblante se podía leer la marcha violenta de sus pensamientos—. He oído hablar de algunas de esas familias. Tal vez podamos predecir cómo se van a comportar.

—¿De qué servirá que conozcamos los apellidos de nuestros enemigos? —preguntó Vóronez.

—Los Kanes no se comportan como nosotros en la hora de la guerra. Para ellos no es tan importante la estrategia como la tradición. Si una familia tiene una mancha de honor que limpiar, atacará primero aunque sus tropas sean más débiles. Ningún clan guardará la espalda de otro de menor prestigio, y no todos poseen los mismos efectivos militares.

—¿Es que carecen de estrategia, entonces? —preguntó Vóronez, esperanzado.

—No. La tienen, y funciona. —Hesión recordó las batallas perdidas en territorio enemigo—. Por eso nos cuesta tanto entenderla. Y si no la entendemos...

—... es imposible predecirla —concluyó Iván, sonriendo de medio lado.

Ningún himno ni bandera pudo haber mantenido los ánimos altos. Conforme pasaban las horas y el ejército se acercaba, los corazones latieron más y más deprisa y las manos sudaron en las lanzas.

Hesión ordenó un recuento y puesta a punto del armamento para mantener ocupados a los hombres, haciéndoles afilar las puntas y cerciorarse de que cada correa de cada armadura resistiría sin partirse. Pero la serpiente yunk se acercaba, y el cadencioso latido de sus tambores hacía mella en los oídos. Una enorme hueste de animales sin rostro golpeaba lanzas contra escudos al unísono, una y otra vez.

Ese sonido insistente parecía que fuera a taladrar las cabezas de los hombres, así de pavoroso era... cuando sucedió un milagro: una melodía

suave se impuso a los tambores, procedente de la Torre del Homenaje. Notas de arpa que encajaban como un brocado en la voz que las acompañaba.

Los soldados miraron hacia lo alto. En una ventana distinguieron la silueta de la hija de Vóronez, cantando una canción que nada tenía que ver con la guerra ni con la muerte, pero cuyos sonidos ayudaron a disipar la tensión del momento.

—Una ninfa caída de un verso... —se maravilló Iván. Así que Laurane había exagerado su desprecio por las artes. Unas manos que rasgaban de esa manera el arpa no podían pertenecer a un alma impura.

El regocijo duró poco. Los vigías alertaron de una nube de flechas incendiarias que repentinamente se alzó del frente enemigo. Estaban demasiado lejos como para aproximarse siquiera a la fortaleza, por lo que Hesión intuyó que esas flechas tenían otro propósito.

Las motas de luz trazaron una elipse y cayeron a tierra, bien repartidas por las dunas. La mayoría se apagó, pues no pudieron enfrentar la humedad del suelo, pero unas pocas se clavaron en lugares sólidos y continuaron ardiendo.

—Muy inteligente... —Hesión afiló los ojos—. ¿Han averiguado ya a quién pertenece el estandarte principal? ¿Quién los manda?

Uno de los expertos en heráldica cantó la descripción del emblema:

—¡Sobre campo azur veo un timbre de armas de espadas y serpientes! Escudo de losange^[41] con plumas de ave en el palo. En el abismo, bajo el jefe, el cuello de un cisne.

—Cuello de cisne... ¿Yernak?

—Es lógico que sean ellos —asintió Iván, preocupado—. Y será Ilofonte quien los mande.

—¿Ilofonte? —se asustó Vóronez—. ¿No os estaréis refiriendo a...?

—Sí, a él. Ha venido para obtener su venganza. Por fin.

—Ilofonte nunca existió, general —protestó Vóronez—. No os dejéis influenciar por los cuentos de las viejas. Es solo una leyenda de...

—Sí que existe —le interrumpió Hesión—. Luché contra él en la frontera, cerca de Yakra, ciudad mil veces castigada por los Dioses y otras tantas redimida.

—¿Qué ocurrió en ese lugar? ¿Por qué decís que Ilofonte viene buscando venganza?

Hesión agarró su lanza tan fuerte que la madera se quebró.

El Sol aún no se había acomodado en su cenit cuando Svalensko fue rodeada por los yunks. Grandes masas de soldados avanzaban por las regiones sólidas de la marisma como si los Dioses hubiesen sembrado la tierra con una alfombra de picas. Sus gritos de victoria encontraron eco en las antiguas piedras, y más de un infante defensor perdió los nervios.

Un joven al que le sobran grebas y le faltaba estatura tembló, tiró al suelo su jabalina y echó a correr en pos de la escalera que lo sacaría de las almenas. Hesión se anticipó a su movimiento y le sacudió un golpe brutal con el regatón de la lanza que le hizo saltar varios dientes. El joven se acurrucó, sollozando, mientras sus compañeros le asistían.

—¡Escuchadme todos! —gritó Hesión, su voz firme como los cimientos que sostenían las torres—. La situación no nos es favorable, pero os advierto que la cobardía se pagará con la muerte. Podéis ver estos muros que os separan del enemigo, y esas puertas que sus tropas no tardarán en cruzar, pero nada de eso significa lo más mínimo para mí. —Recorrió con la mirada las caras de los jóvenes—. ¡Nada! Ni piedras ni portones; la única fuerza capaz de oponerse al invasor sois vosotros. Sé que creéis que esto os supera, que sería mejor que nos rindiéramos para ahorrarnos muchos sufrimientos... pero los Kanés no han salido de su país para hacer prisioneros. Tienen demasiadas deudas que saldar. —Agarró por el peto al joven al que acababa de tumbar y lo levantó del suelo como a una pluma—.^[42] Muchos líderes presumen de palabras cuando la guerra lo que pide son manos, pero yo sé que ahora mismo dispongo de mil corazones llenos de ira. ¡Que no os tilden de cobardes! Suplicad y moriréis. ¡Luchad y puede que los Dioses se acuerden de que un día ensalzamos su gloria!

El muchacho, con la boca repleta de sangre, escupió el último diente suelto y agarró de nuevo la jabalina. Hesión le dio unos golpes tranquilizadores en el escudo y se colocó junto a su amigo.

—Como me temía, es Ilofonte —gruñó Iván, observando las flameantes insignias—. La divisa es la misma que llevaba en Yakra. Cómo me gustaría hacer que fuese una cabeza más bajo.

—Pronto tendrás tu oportunidad. Acuérdate de la inmensa lanza que solía portar. Con ella intentará ensartarte incluso por el lado del escudo. No dejes que te ataque por ese flanco.

Un destacamento yunk se adelantó al resto, jineteando colina arriba hasta enfrentar el foso. La piel cetrina de los hombres se confundía con los grises de sus armaduras. El largo y aceitoso pelo característico de su raza se anudaba en trenzas, atadas con tela dorada para que pudieran reconocerse unos a otros por

la espalda. Como eran exploradores, llevaban cuchillos curvos para romper árboles, demasiado largos para ser puñales, demasiado cortos para ser espadas y demasiado útiles para ser usados solo en batalla.

A Hesión le pareció curioso que el destacamento se detuviera justo en la acebeda. Un presagio para que lo interpretara el vaivoda... si tenía arrestos.

El cabecilla yunk alzó una mano, sosteniendo una rama de olivo de parlamentario. Estaba a prudente distancia, pero Iván reconoció su coraza, que llevaba labrada su propia leyenda. Según aquellos símbolos, los fuelles soplaron en número no menor a quince para forjar aquel metal, mezcla de estaño y tesoros más nobles de la tierra, que el yunk lució en la defensa de su ciudad contra las huestes de Yaroslav. Cien enemigos parecían haber caído bajo su diestra, y otras tantas cicatrices perduraban sobre el rastro de heridas que solo en la memoria habían cuajado. Su aspecto de lobo famélico, con el pelaje alborotado, la lengua tocada por la escarcha y los dientes amarillos, reforzaba esa imagen.

Viva en lo hondo de su pecho la eterna herida, Ilofonte gritó en el idioma del Gran Reino:

—¡Pueblo de Svalensko!

Silencio.

—¡Ah de la fortaleza oscura! ¡Ah de sus locos protectores! Como una tempestad de sangre desencadenada por el Kan vengador, su ejército cruza ahora el Urianhai y mañana las capitales del Reino, dispuesto a tornarlas en horrendo báratro. Abandonad la esperanza de sobrevivir, pues son los únicos y verdaderos Dioses los que están de nuestra parte. Hoy serán vuestros varones los que griten de terror —amenazó, sus trenzas retorcidas hacia arriba para que parecieran una cornamenta—; mañana vuestras mujeres y niños.

Hesión se asomó a la almena y contestó, la lanza tronante en el puño:

—¡A ti, Ilofonte, tiempo ha llamado Forbros! Te conmino a que abandones estas tierras seguido de tus mesnadas. De lo contrario, hallaréis una muerte infame al pie de estas murallas, y vuestros bardos entonarán endechas hasta romperse la voz.

El caudillo yunk dio un respingo ante semejante diatriba, pues no esperaba que ninguna voz conservara aquella firmeza, ni que conociera su verdadero nombre.

—¿Son los poderes celestes los que confunden mi mente, o es cierto que esa voz me suena familiar? ¿Acaso tengo delante a un paladín con el que crucé espadas en alguna época, y que se resiste a aprender la lección?

—Me conoces, Ilofonte, y de seguro que recuerdas la insignia de mi ejército.

—¡Hesión de Andurov! —El caballo del yunk corcoveó—. No puede ser coincidencia que los Hados te hayan puesto otra vez en mi camino; no cuando tanto he rezado por ello, y tantas ofrendas he sacrificado en los altares. ¿Está también contigo el carnicero de Ausgren? De ser así, mi felicidad en el día de hoy sería completa.

—Yaroslav está muy lejos, en las montañas, pero aunque aquí estuviera te costaría vencer la resistencia de estos muros para alcanzarlo. Sé que un profundo dolor inflama tu pecho, Forbros de Yakra, pues conozco tu historia y la de tu linaje, que entró en el recuerdo como símbolo de desquite^[43] —dijo Hesión—. Yo también me sentiría así si un extranjero hubiese forzado a una mujer de entre las ustranianas de sinuosa veste, o hubiese aplastado el cuello de los niños que candorosos juegan en los prados.

»Repruebo los crímenes de Yaroslav tanto o más que vosotros, pero no por ello voy a dejar que ejecutéis a los habitantes de esta plaza.

—Qué valientes palabras, y qué estúpidas —se burló el sureño. Sabía que estaba a tiro de los arqueros defensores de la plaza, pero también que un guerrero tan noble como Hesión jamás daría la orden de disparar. No mientras sostuviera aquella rama de olivo. El general preferiría mil veces encontrarse con él en el campo de batalla y derrotarlo en gloriosa aristeia, para que así su gesto entrara en las canciones, antes que matarlo a traición—. ¿Cuántos brazos capaces de sostener una espada posees en la fortaleza? ¿Quinientos? ¿Un millar? Es estrecho margen para la esperanza, pues sabes muy bien de lo que soy capaz. Yaroslav y tú lo comprobasteis en los llanos de Sen-Hang.

—Las cosas han cambiado, Forbros. Ahora soy yo quien tiene la justicia de su parte. Ruega a los Dioses que te exceptúen de cruzar espadas conmigo, y si no, que te den alas para remontarte a los astros o te sepulsen bajo los senos de la tierra. Porque mi furia no tendrá límites. Estarás luchando contra un dragón, no contra un hombre.

Del pecho de Ilofonte brotó una sentida carcajada.

—Hoy mis cuervos beberán sangre por el día —prometió—, y sacarán ojos por la noche.

Su caballo regresó junto al grueso de las tropas. La rama de olivo cayó en el fango.

Los arqueros cordaron sus arcos, los flecheros colocaron aljabas repletas de proyectiles en sitios estratégicos y los caballeros ciñeron sus pies al estribo. El cuello de los animales se agitó con parsimonia, haciendo bailar los

jaeces. Mil alientos fueron contenidos mientras Hesión se embrazaba su escudo.

—Llegó la hora —dijo, como si fuera una profecía que hubiera tardado demasiado en cumplirse.

Ilofonte concitó a sus huestes con el sonido del sistro patrio, y los proyectiles volaron en ambas direcciones, anublando el cielo.

CANTO XIII

Rivhar

1

La cadena raspó los orificios de la puerta, protestando a su manera por la mala suerte que corría el inmueble. Nabarza hizo un nudo y la aseguró con un clavo, para que nadie pudiera abrirla a menos que la rompiera. Retrocedió unos pasos y contempló desde lejos su casa, toda la fachada, como si fuera un hermano de quien tuviera que despedirse para siempre.

Unos fuegos brillaban a través de las ventanas de los edificios colindantes, creando sombras que correteaban como espíritus, pero en la casa de sus antepasados todo era silencio.

Dasha se acercó de puntillas. Sus ropas recordaban al cornejo cuando se inflama de flores aovadas.

—Qué triste es que todo acabe con una cadena.

—Aún no ha acabado —dijo su primo—. Esta puerta está hecha para volver a abrirse.

Pasaron unos minutos. Sobre sus cabezas, una ardilla corrió con ligereza por las ramas de un abeto.

—¿Te vas ya? —preguntó Dasha.

Nabarza se pasó la mano por el mentón, sintiendo el rastrojo de barba. Odiaba tener la piel tan áspera, pero esa mañana no había tenido tiempo de afeitarse.

—Sí. El destacamento me espera en las afueras, junto al cruce del Raleón.

—Llévate a Monstruo —le aconsejó—. Tu maltrecho jamelgo no haría ni la mitad del viaje. El caballo de mi padre es difícil de domar, pero aguantará las millas que hagan falta.

—¡Elhor no es un jamelgo! —se defendió Nabarza, y cayó en la cuenta de que había picado igual que cuando eran jóvenes. Su prima tenía un don para hacerle saltar como un sapo travieso, y él, por muchos años que pasaran y muy adulto que se volviera, no había aprendido a verlas venir.

En el fondo no le faltaba razón. Elhor había sido un animal fuerte, con ojos inquietos, elegante el arco del cuello y una fuerza fibrosa grabada en las líneas del cuerpo. Ahora, como les acabaría pasando a todas las criaturas, se había hecho mayor.

—Claro que lo es —insistió Dasha—: un jamelgo pálido y enclenque que ni siquiera sabe hacer girar un molino. Es como si lo considerara una ofensa.

—Créeme si te digo que tiene más que ver con eso último que con flaqueza en sus patas. Es un orgulloso. —Se rascó la nuca—. De todos modos, el viejo Elhor se merece estar conmigo. Se lo debo. Fue entrenado como animal de guerra, y ha tirado de suficientes carros como para ganarse un final digno.

—¿Igual que tú?

—No quería decirlo, pero... algunos hemos sido llamados para más altos fines.

Dasha le propinó un codazo, con fuerza, como a los chicos a los que pegaba de niña.

—Os voy a echar mucho de menos, a ti y a tus tonterías. Eres un idiota y un zopenco.

—Y tú una paisana más bruta que un arado, que no sabe ni leer.

—Y tú vas de héroe por la vida, cuando naciste en un cobertizo y tu padre te dijo que no servirías para otra cosa que para amontonar estiércol.

—Y tú... tú... —Las metáforas le fallaron—. De todas mis primas eres la más tonta y la más bonita. La única que ha retozado conmigo encima de todo ese heno que no sirve para otra cosa.

Se dieron un beso fugaz en los labios.

—No te quedes mucho por aquí —le aconsejó Nabarza.

Ella apuntó con un dedo hacia los carromatos que formaban un anillo en las afueras del pueblo. Ilich estaba ultimando los preparativos.

—Viajaré con mis padres y el clan de los Merlk. Regresaremos en cuanto las cosas se calmen. Más me preocupas tú. Correrás un grave peligro si vas a luchar.

—Pasé algunos años en Sikandar aprendiendo de los mejores, y me licencié en la Escuela Militar. Todo ese esfuerzo ahora servirá para algo.

Ella lo miró con aire de suficiencia.

—¿Y no conociste a ninguna sirvienta maciza que te hiciera olvidar la época en que retozábamos en el heno?

Nabarza se frotó el mentón.

—Uhm... puede que una o dos... ¡Los uniformes atraen! —añadió como explicación.

Ella volvió a pegarle, haciéndole daño, y se marchó corriendo como hacían de niños para que no le devolviera el golpe. Dada la longitud de sus piernas, excesiva según los gustos de los ancianos, la mayor parte de las veces la maniobra le salía bien.

Nabarza supo entonces que pasaría mucho tiempo hasta que sus caminos se encontrasen de nuevo, y les deseó suerte en silencio, a ella y al imbécil del chico que había elegido para que la cortejase. Era Uwe Merlk, un pocero que (no estaba de más decirlo) nunca le había caído bien. De pequeño siempre lo avasallaba abusando de su fuerza física, y nunca dejó de buscarle las cosquillas.

En fin. Como dijo su abuelo el mismo día en que murió, de una forma u otra hay que seguir adelante.

Nabarza se despidió de las personas que creyó conveniente, ignorando a las que se habían llevado mal con su familia, y montó sobre el viejo Elhor. El caballo debió de intuir que ya no tendría que seguir tirando de carros, porque relinchó feliz e hizo el amago de corcovear, como cuando era potrillo.

—No te canses, amigo. —Le acarició la crin—. Nos queda mucho camino por delante hasta Sikandar.

¿Ya estaba todo? No, aún no. Le tenía reservado a Ilich un fuerte abrazo. Se acercó a los carromatos para dárselo.

—Adiós, amigo mío —dijo con voz afectada.

—Pronto volveremos a vernos —prometió el padre de Dasha—. Cuando la guerra termine y vuelvas hecho un campeón a Dima-Licana.

—¿Seguirá existiendo mi destartalada casa para entonces?

—Me encargaré de ello personalmente. Nadie se aprovechará de tu huerto, ni te robará el espacio que usas para practicar esgrima. Si cuando volvamos descubro a algún rush durmiendo en tu cama, lo echaré con el látigo.

—No deberías llamarlos así. Siguen siendo nuestros hermanos.

—Nabarza... yo ya no estoy seguro de nada. Creo que la hermandad, el cariño, no son cosas que se dan por supuesto, sino que hay que ganárselas. Después de lo que ha pasado... habrá que volver a construir desde el principio.

Ya estaba todo dicho. Ninguno quiso alargar la despedida como para que se convirtiera en algo definitivo.

Así fue como Nabarza dejó su pueblo, Dima-Licana, y partió rumbo al centro del país. Al cruzar por las paradinas, montes bajos de pasto que los gedneis habían dejado de cultivar, le invadió una profunda tristeza, pues contempló las escardaderas desatendidas y las vallas estropeadas de los huertos, mudos testigos de sueños que se habían roto. Sobre las cabezas de los abetos se curvaban los hombros de las colinas, desgastados hasta la tersura, donde los cobertizos yacían abandonados en espera de nuevos dueños. Numerosos árboles, con los testers heridos por las hachas, abrían sus cicatrices en muecas de asombro.

Nabarza se preguntó cómo era posible que hubiesen llegado a aquella situación. Cómo, de la noche a la mañana, personas que habían sido buenos convecinos empezaban a mirarse con recelo, y el color de la piel era un factor a tener en cuenta. Cómo podía ser que las miradas encubrieran un temor atávico, una desconfianza por lo que pudiera hacer o dejar de hacer el que había nacido distinto, cuando hasta ayer todos se llamaban hermanos.

No lo entendía.

Cabizbajo, prosiguió su viaje. Las cataratas brillaban como diamantes líquidos al derramarse por las vértebras de las montañas, celebrando el nacimiento de los ríos. El Volg fluía ancho y salvaje por las inmediaciones, y aunque no podía verlo, su canción era aún más hermosa que la de los pájaros.

La primera parada de Nabarza tuvo lugar en el cruce del Raleón, donde acampaba el destacamento de aliaros. Un espeso grupo de árboles oscurecía los bordes del sendero, pero aun así pudo distinguir las sobrevestes. Una veintena de yelmos maullaban a base de destellos bajo la caricia de un rayo de sol.

Los soldados estaban dando buena cuenta del companaje, alardeando de las mujeres que los esperaban y que estarían (todas, sin excepción) pensando en ellos en ese momento, más húmedas que el invierno. Ninguno soltó su cuenco de comida ni siquiera cuando se pusieron en pie para saludar.

—¡Señor! —saludó un hombre que masticaba unas aceitunas—. Mi nombre es Komarov, y ostento el rango de capitán. Os doy la bienvenida a este campamento.

—Gracias, Komarov. Soy el comandante-golve Nabarza. He venido para...

Enmudeció al reconocer a uno de los jóvenes que relamían los cuencos, aprovechando hasta la última miga de la ración. Al principio creyó que sus

ojos le engañaban, o que estaba confundiendo a aquel infante con otro, a tenor de lo comunes que eran sus rasgos.

Pero no. Era Uwe, el prometido de Dasha. La oblonga cicatriz de su oreja lo atestiguaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin miramientos. El joven se cuadró, escondió el cuenco a su espalda (lejos de la vista de su superior, pero también de las manos de sus compañeros) y miró hacia las nubes.

—Me he alistado en los aliaros, señor. —Pronunció esa última palabra con desgana, como si Nabarza no la mereciera.

—No deberías estar aquí. ¿Lo sabe mi prima?

Por la forma de dilatarse de su pupila, Nabarza intuyó que no, que aquel imbécil se había escapado de la caravana sin decirle a nadie adónde iba, y se había enrolado en la milicia obedeciendo quién sabía qué loco impulso juvenil.

—Eres un necio —dijo el comandante—. Da media vuelta ahora mismo y regresa con la mujer a la que tienes que proteger, venga.

El pocero reprimió su primera reacción, la de partirle la nariz a aquel engreído con ínfulas. Tuvo que repetirse a sí mismo «ahora estoy en el ejército, hay un escalafón».

—Sé cabalgar y manejar la pica, señor —se defendió Uwe—. He estado entrenándome en la dehesa. Voy a luchar por Dasha de la mejor manera posible.

—¡La mejor manera es estar a su lado, hijo de una cabra tuberculosa! —se encolerizó Nabarza. Gritaba las palabras tan cerca de la cara del joven que las gotas de saliva rodaron por su nariz—. Dasha debe de estar ahora mismo deshaciéndose en lágrimas porque pensará que te han cogido los yunks, o que te han matado, y toda la familia retrasará su partida mientras te buscan. Al marcharte sin avisar los has puesto en peligro, ¿comprendes? —No lo dijo en voz alta, pero también pensaba que convertirse en un soldado de leva, con el que rellenar el hueco que otro dejara cuando lo empitonara una lanza, no era la clase de futuro que Dasha querría para él.

Uwe vaciló. En ningún momento se había parado a pensar en las consecuencias de sus actos. Un paisano le había asegurado que le esperaban la riqueza y un futuro glorioso en la milicia, y él se lo había creído a pie juntillas.

—Yo... sé montar —reiteró, como si ese argumento se bastase por sí mismo.

—¿Ah, sí? Pruébalo —desafió el comandante, dejándole espacio.

Altanero, el campesino se dio media vuelta. Agarró la silla de uno de los caballos por la tarabita y se impulsó con decisión hacia arriba... para caer segundos después por el lado contrario del animal, llevándose la silla que tenía las cinchas desatadas. Esto provocó tal estallido de risas en el campamento que acabó con algunos infantes vomitando la ración.

El animal, que pastaba mansamente, ni siquiera se enteró.

Uwe sacudió la cabeza, escupiendo hojas, y se levantó más colorado que una seta.

—Eres demasiado impetuoso para ser soldado —dijo Nabarza—. Regresa por el camino que te trajo, y no se te ocurra seguirnos a distancia o te encontrarás con una flecha en el vientre.

Uwe paseó la vista rápidamente por el campamento, buscando apoyos. Si hubiese encontrado una sola mirada de complicidad, un mínimo gesto en alguno de sus compañeros, se habría atrevido a desafiar a la autoridad. Pero lo único que encontró fueron carcajadas, dedos que lo señalaban y gente vencida por la risa.

Así pues, buscó su propio caballo, lo desató y se lo llevó en dirección al pueblo, dedicándole a Nabarza una mirada de odio.

Cuando desapareció tras un recodo, el comandante le dijo a Komarov:

—Me odiará toda la vida, pero al menos estará ahí para hacerlo.

Komarov escupió los huesos de las aceitunas en la palma de su mano y los mostró como un tosco jeroglífico.

—Tendremos buena fortuna.

—¿Sabes leer los augurios?

—Algo me enseñó mi madre, buen Hado la acoja.

Los aliaros acabaron de recoger, se terciaron unas capas volantes y emprendieron su larga marcha hacia Sikandar. A Nabarza no le costó hacer buenas migas con Komarov. Se enteró de que se había casado con su hermanastra apenas una semana antes. Era una historia de separación pero también de esperanza, que el capitán se apresuró a contarle, inflándola de detalles, durante los días de plácido cabalgar que siguieron.

La columna fue engordando a medida que visitaban las haciendas y se les iban uniendo otros destacamentos. Recorrieron paisajes inmensos, amplísimos, de buenos pastos para las caballadas y estanques de ensueño vigilados por cigüeñas motas. Jornadas enteras se deslizaron por el espejo invertido del cielo, y al cabo de cuatro semanas, en una ocasión en que Nabarza se detuvo a contemplar cómo desaparecía la última uña de Sol, divisaron Sikandar. La colosal silueta de la fortaleza santuario se recortaba

contra las nubes bajas como un arrecife contra el que estuvieran condenadas a estrellarse.

Mil recuerdos acudieron de repente a su cabeza, los nombres de personas que creyó olvidados y las largas sesiones de entrenamiento con la lanza y el estafermo.

—«Más altos fines» —murmuró, recordando lo que le había dicho a su prima.

En aquel momento, al ver en la distancia las largas masas de hombres que salían de la ciudad y se dirigían a sus acuartelamientos en la linde del río, no le pareció que ser soldado fuera un destino tan noble como cuando impresionaba a las chicas.

—Hemos llegado, Elhor —le dijo a su caballo—. En estas palabras puedo oír los pasos de nuestro Destino, que al final nos alcanza.

A continuación hizo avanzar a su animal hacia una cualquiera de aquellas ciclópeas masas humanas.

2

La cabeza estaba a punto de estallarle. Eithne sentía que la despellejaban viva para volver a coserle de nuevo la piel. Eran los efectos secundarios de canalizar todo aquel poder, aquella tempestad de energía y de gloria divina.

Estaba a muchas millas de Svalensko, pero podía ver y oír los pormenores de la batalla: el silbido de las flechas, el relinchar de los caballos, la sangre chorreando con semblanza de miel, las espadas cayendo de manos cortadas, los brazos de los capitanes repartiendo dolor y muerte a uno y otro lado, el estertor de los soldados al retorcerse como gusanos en el suelo... Todo con una espantosa inmediatez, como si fuera un testigo presencial al que nadie más podía ver. Pero su percepción de la batalla iba más allá de la vista; también sentía el dolor, y su carne se estremecía con cada aullido de un moribundo.

La parte fría de su cerebro, aquella que trataba de analizar con distanciamiento lo que sucedía, se preguntaba por qué. Por qué la Diosa quería que ella lo viviese. Por qué quería que lo *muriese*.

No fue hasta distinguir a Hesión en una almena, luchando denodadamente contra los yunks que escalaban la muralla, cuando se dio cuenta de que en realidad sí le gustaría estar allí, de cuerpo presente. Cuidándolo con el Alma, protegiéndolo con los hechizos, los brazos y la espada.

Era una cacofonía de muerte: allí cantaban los poetas de la guerra, arrebatados por la Musa del odio, componiendo sonetos de dolor y eligiendo su aliteración de ataque, su métrica del sufrimiento. Eithne sentía los martillazos del corazón contra las costillas, sufriendo por cada lanza que cortaba el aire en dirección a su amado.

—¿¡Por qué!?! —Cayó de rodillas.

Los Dioses apuñalaban el cielo con relámpagos. La nieve quemaba. La realidad se deformó a su alrededor: la cúspide de la montaña se transformó en una cellisca donde cada gota era una perla que escondía una imagen y un secreto. El Alma vibraba con energías desconocidas, imposibles de aprehender. Su cuerpo despidió luz, pero no era más que el residuo de procesos mucho más complejos que estaban teniendo lugar en su espíritu.

Y la Voz.

La Voz estaba por todas partes; no había parado de hablar desde que el Dragón desapareció. Carecía de un tono atribuible a cuerdas vocales, pero le contaba cosas, oh, sí, le hablaba sobre futuros, pasados y presentes que podían haber sido sueños. Taladraba su cráneo con reverberaciones que nadie había sentido en aquella tierra desde hacía milenios.

Era el verbo de la Diosa. Retumbante. Poderoso. Insoslayable.

En segundos que parecieron años, le contó historias sobre los días de Ao, cuando el mundo era joven y no habían sido dibujadas las constelaciones. Vio escenas de los primeros pobladores de los ríos, y cómo hicieron pactos con el agua para que les fuera autorizado pescar y alimentarse. Supo que esos pactos habían sido olvidados, pero solo por los hombres, pues los ríos tenían una memoria imperecedera y aún esperaban que el veleidoso simio desnudo cumpliera con su parte.

Vio ciudades que acumulaban polvo de siglos, y que fueron el hogar de civilizaciones de las que nadie había conservado ninguna escritura. Fue hija y madre y hermana, y su propia asesina y la mujer que lloró frente a su tumba. Fue Eithne, y mucho más: la primera sacerdotisa que asistió a un milagro.

—¡¡Ayúdame!! —se desgañitó. El Dragón estaba allí, aunque no pudiera verlo. Era la magia. El deseo. El Todo—. ¡Quiero entenderlo! ¿¡Por qué me has traído!?!?

Entonces lo comprendió. La Voz solo tuvo que susurrarle una palabra para que Eithne, durante un efímero pero omnisciente segundo, supiera el porqué de todo. El rivhar, las guerras, el destino del Reino, la desgracia que marcaría para siempre a Hesión... Soñó con fragmentos de un viaje al otro

mundo, y sobre un guerrero muerto en vida que exploraba los sacros palacios del Éstige. Con horror, incluso creyó entrever la faz de aquel penitente.

Supo que aquella sería la última intervención de la Diosa en más de un milenio, y los motivos que habían conducido a ello. Los Poderes habían escogido a Eithne, pero podría haber sido Anya, o una niña cualquiera que no hubiese aprendido a descifrar los cánticos de la liturgia.

Era el rivhar, la Intervención Divina, y en aquel preciso instante todo fue posible. Que las estaciones cambiaran de orden. Que el cielo se resquebrajara y dejara caer las estrellas. Que una mujer gritase el nombre de su amado.

La Diosa solo le pidió un favor, que contestara a una simple pregunta. Que satisficiera un pequeño anhelo.

Y Eithne, a punto de volverse loca, lo hizo.

La falda de la montaña se convulsionó como el espinazo de un ser vivo.

Anya salió a trompicones de su tienda, horripilada, y miró hacia la cumbre. Una avalancha, apenas frenada por los árboles, rodaba en violentas espirales en dirección al campamento.

No había tiempo para pensar. Si se demoraban un segundo en ponerse a cubierto, todas morirían.

—¡Poneos a salvo! —gritó, golpeando la tela de las tiendas—. ¡Salid de ahí, por lo que más queráis! ¡Rápido! ¡¡Ya!!

Las acólitas salieron medio adormiladas. El frío era tan intenso que les congeló los lacrimales, sombreándolos con un encaje de escarcha. Cuando les llegó el trueno de la avalancha echaron a correr hacia los árboles, sin entender lo que pasaba.

Aglaya no logró hacer reaccionar a la mitad inferior de su cuerpo. Anya la vio, inmóvil, a merced de las rocas que caían como un aguacero letal a su alrededor.

—¡No te quedes ahí, estúpida! —le chilló, pero la niña no escuchaba. Estaba demasiado asustada como para atender a otras voces aparte de su propio miedo. Una piedra le golpeó en el hombro, dejando una marca sanguinolenta, y otra más pequeña hizo lo mismo con su cara.

Anya se lanzó a correr hacia ella y saltó en el último momento para arrastrarla lejos del alud. Rodaron por el suelo como fardos y cayeron en una torrentera. La niña se había quedado con la cabeza hundida en el barro, por lo que Anya le dio un fuerte tirón de cabello para levantársela. Seguía con vida, o eso parecía. Dio gracias a lo alto y la rodeó con sus brazos para protegerla

de más golpes. Aglaya no se movía, como si hubiera entrado en un estado catatónico. Entonces llegó el estruendo.

Un rugido ensordecedor provino de la cumbre, así como de las montañas gemelas; un trueno que hirió sus oídos hasta hacerlos sangrar. Anya miró al suelo: el permafrost vibraba como la caja de resonancia de una cítara. Las piedras seguían cayendo como un aguacero mortífero, impactando contra los alerces y sacudiendo las ramas en explosiones de polvo y nieve.

Pero había algo más. Algo espeluznante que le sucedía a la montaña en sí.

—¡No mires! —Cogió la cabeza de Aglaya y se la metió entre los pechos, tapándole los ojos y los oídos. La jovencita temblaba vivamente en su regazo—. Esto acabará pronto...

La montaña sufrió una sacudida, y una ola zarandeó los enormes árboles como si fueran el vello de un titánico ser. Entonces Anya fue testigo de un espectáculo que no olvidaría jamás, una imagen que quedaría grabada a fuego en sus pesadillas durante el resto de su vida.

No solo en la ladera donde tenían montado el campamento, sino en los demás picos de la cordillera, se agrietó simultáneamente el manto de nieve. Millones de toneladas de hielo y rocas y hectáreas completas de bosque se astillaron como cristal y se mezclaron en una masa gris. De la cima llegó una riada que avanzó con la celeridad de cien lobos, impactó contra el farallón de roca que les servía de cobertura y se dividió en dos.

Una pared de barro hizo desaparecer al campamento como si nunca hubiera existido; su pared gemela pasó a corta distancia, absorbiendo por efecto de vacío a las acólitas que estaban demasiado cerca, pero por fortuna no tocó a las demás. Anya contempló, con lágrimas en los ojos, la grandiosidad de cien avalanchas que caían simultáneamente por toda la cordillera, y que se unían para formar una única, colosal e imparable riada que anegó los valles.

Y toda aquella ingente masa de agua, como era su proceder natural, iba en dirección a Svalensko.

3

Hay muchas maneras de observar el choque entre dos ejércitos. Laurane eligió el rictus de angustia, la incredulidad, el temblor incontenible en la base de la espalda, las manos dando cuerpo a una plegaria. Oculta tras cortinas de brocado, estaba asomada a la ventana de su alcoba, bien lejos de primera

línea. Pero incluso desde aquella altura podía percibir el aroma dulzón de la sangre.

Se le escapaban muchos detalles de aquel complejo cuadro, empezando por sus razones. ¿Qué impulsaba a aquellos varones a enzarzarse en fiera lid, comportándose como bestias deshumanizadas, abriendo gargantas y vientres y tratando de no perder sus propias tripas? ¿Qué clase de ansiedad por ser los únicos en quedar vivos, por defender a golpe de espada su credo, movía a todos aquellos brazos a confundirse en un mosaico de dolor?

Los ojos color avellana de Laurane recorrieron los muros tratando de distinguir quién era quién. Era imposible saber quién estaba ganando y quién perdía. Las banderas se licuaban en fragosas batallas cromáticas, el bronce se incrustaba en el bronce y los cadáveres aventajaban lentamente en número a los combatientes. Sobre el muro que daba a la mota, haciendo esquina entre dos torres, los yunks habían logrado encajar largas escalas, y treparon por ellas hasta hacer suyo el adarve. Era el flanco más débil. Los defensores trataban de concentrarse en esa zona, sin descuidar la vigilancia de los demás puntos de la muralla.

Varios guerreros destacaban entre la turba, tanto en un bando como en el otro. Sin duda sería Hesión aquel alto exterminador de hombres que, atado el dorado ceñidor en el pecho y erizado el escudo de flechas, se lanzaba sobre los enemigos ejecutando una singular danza de destrucción que ningún otro era capaz de igualar.

Tuvo que entornar los ojos para verlo, pues el sol se estrellaba en las aristas de las armas y lo cubría todo con un barniz de oro. El arma de Hesión era una prolongación de su brazo, hasta el extremo de que parecía pensar por sí sola y ejecutar movimientos sin que el resto del cuerpo tuviera que respaldarla. Sus pies cambiaban cegadoramente de posición, confundiendo a los oponentes mientras el escudo giraba en la siniestra, dando vueltas y más vueltas, convertido en un arma tan letal como la lanza.

Atrapado en sacramentos de muerte, derribando enemigos con la facilidad de un leñador que arremetiera contra cañas de bambú, el general se abría paso hacia las escaleras con intención de tirarlas abajo. Pero no era el único. Con sosegado frenesí^[44], Iván y los suyos reafirmaban posiciones, enfrentándose a la muerte con la calma del soldado profesional, para el que la guerra no es más que un trabajo desagradable que hay que realizar.

Pese a haber dispuesto siempre en la ciudadela de tropas de esa índole, Laurane nunca lo había entendido. ¿Por qué alguien con un espíritu tierno, como Iván, se dedicaba al oficio de la guerra? ¿Qué lo impulsaba a recorrer el

mundo lejos de su familia para defender ciudades que le eran extrañas, y países que probablemente ni siquiera recordarían que él estuvo allí? ¿Era una cuestión de honor... o de pura avaricia, justificada por la opulencia de los botines?

Era lógico que alguien nacido para la guerra, como Hesión, malgastara su vida en grotescas hazañas, pero Iván parecía destinado a otros menesteres. Asuntos más elevados de los que los amores incitan a ocuparse.

—Volvemos al principio de la historia, otra vez —dijo alguien a su espalda.

Laurane se sobresaltó, pero recobró la calma al ver la familiar sombra de su padre proyectada contra la pared. Todavía llevaba su cetro quirinal, pero se había deshecho de la rodela.

—¡Padre! ¿No estabas abajo, con las tropas?

Vóronez avanzó hasta el alféizar. El profundo negro de su atuendo contrastaba con el rosa pálido del vestido de su hija, partido por un brochazo de púrpura real que iba del hombro a la cadera.

—Da igual cuánto trabajemos los gobernantes para mejorar el estado de las cosas —divagó, ignorando la pregunta. Solo él conseguía que su voz sonara a un tiempo orgullosa y empapada de licor—. La Historia redonda en los ciclos como la rueda del molino golpea el agua una y otra vez, con las mismas palas. Amo estas tierras desde que era niño, ¿lo sabías? De todas las ciudades en las que mora la estirpe de Heúcates, la más cara me fue siempre la sombría Svalensko, triste y solitaria, pero también altanera. Muchos asedios soportó en tiempos de los Ungmer... y, sinceramente, me pregunto cuántos más le esperan en los años que nos aguardan.

—Puede que no haya futuro para nosotros, padre. —Laurane tragó saliva. El arpa con la que había entonado la canción para levantar la moral de las tropas yacía a sus pies.

Vóronez cogió el instrumento y lo apoyó contra la pared. Su hija irradiaba un aroma a vulnerabilidad que provocaba deseos de reconfortarla; un comportamiento trágicamente distinto del que exigían las circunstancias. Era demasiado ingenua como para juzgar las cosas con objetividad, así que él se encargaría de mantener la perspectiva.

—Habrà un futuro —le prometió—. Ten fe en la Diosa. No nos abandonó cuando nos asediaron los bandidos sátrapas, ni tampoco lo hará en este trance. No lo recuerdas porque aún no habías nacido, pero cuando se terminaron de tallar los guardianes de la barbacana fueron consagrados a la Madre Suprema, así que mientras ellos no caigan, nuestras puertas tampoco serán vencidas.

Concluyó su lacónica lección de historia más o menos cuando otro fragmento de la muralla fue tomado por los yunks. Hesión, allá abajo, sorteó un grupo de combatientes de la manera más peligrosa, saltando de almena en almena por la cara exterior del muro. Si cualquiera de ellos le hubiese encajado un golpe le habría hecho precipitarse al vacío, pero el guerrero fue más rápido.

La rabia corrió por sus venas como fuego líquido cuando saltó sobre los yunks e incrustó la lanza en el cuello de su capitán. El mástil se hundió hasta el fresno en el garguero, rompiendo vértebras y separándole la cabeza del frágil cuello.

Dos soldados trataron de acercarse por su flanco a hurtadillas, pero cuando sus cimitarras golpearon, el palo de la lanza se interpuso para desviarlas. Hesión aplastó la frente del primero merced al regatón e hirió al segundo en el pecho con el extremo opuesto, bañándose con su carmesí aliento de vida. Un tercer hombre aprovechó la confusión para rodar por el suelo e intentar ensartarlo desde abajo. La faldilla de Hesión se había abierto y los muslos eran presa fácil para cualquier hoja que quisiera amputarle la pierna, o sencillamente (para no tener que vencer la resistencia del hueso) seccionarle los músculos. Pero una daga voló trazando rápidos círculos y, cuando aquel yunk abrió la boca para gritar, se le hundió en el paladar.

Hesión distinguió a Iván entre el hormiguero de yelmos, quien le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. «Que la despiadada Muerte no te alcance», le deseó con la mirada. Luego desvió su atención hacia sus propios problemas: el joven comandante estaba inclinado sobre una de las escaleras de mano, rematada por garfios que, tal que arpeos, se aferraban al muro con tenacidad.

El primero de los yunks en trepar por ella portaba un escudo dentado, con espinas brotando en espantoso desfile por su superficie. Con una mano lo interponía entre las flechas de los defensores y su cuerpo, mientras que con la otra escalaba los peldaños. Sus compañeros se alineaban detrás, arrojando cuchillos y piedras a quienes intentaban derribarlos.

Iván sufrió el impacto de un proyectil, pero su escudo provisto de bollón lo deflectó a tiempo. No tuvo tanta suerte Yefim, un veterano de las Seis Lunas que por la profunda cicatriz que hendía su ojo era reconocido. Por el lado ciego le vino una jabalina, arrojada con presteza por un soldado enemigo, y ni los Dioses tuvieron a bien concederle clemencia. La punta le golpeó en torno al ombligo, y penetrando la coraza le arrancó de cuajo un

buen pedazo de carne. Fue un golpe demasiado bajo, cerca de los genitales, por lo que el desdichado murió antes de que su cabeza golpeará el suelo.

Iván, tan sumergido como estaba en la refriega, ni siquiera se percató de la muerte de su compañero; golpeó con aplomo los garfios de la escalera con intención de partirlos, mientras los venablos martilleaban con tesón la cutícula de su escudo. Ya se tambaleaba la escala cuando el primero de los yunks coronó el muro, y se arrojó sobre él con su escudo de púas, dispuesto a ensartarlo como a un jabalí sobre la hoguera.

Iván cayó de espaldas. Las púas le cortaron la piel, pero no lograron seccionarle los tendones. Inmediatamente encogió las piernas, doblando las rodillas, pues era costumbre en las refriegas pisar las rótulas de los guerreros caídos con el fin de que no volvieran a levantarse. Con el codo trató de hallar un asidero para incorporarse, pero al echar el brazo hacia atrás únicamente encontró vacío: el adarve se acababa, y aquel escudo, heraldo del negro Hado, estaba prácticamente sobre él.

Su cuerpo rodó para esquivar la embestida del yunk, y sin previo aviso se encontró cayendo a plomo hacia el patio.

En la bastida esperaban los caballeros con sus bestias de sólidas pezuñas, impacientes porque llegara la hora de cargar contra los sitiadores. Era de sobra conocido en los anales de la guerra que ninguna infantería podía soportar la carga de la caballería bien organizada, ni aunque los superaran en número por diez a uno.

Entre ellos ceñían coraza los dos hijos de Yakuska^[45], Hizri y Kaslov. El primero llevaba con el Ejército de las Seis Lunas desde su fundación y sentía verdadero respeto por su general, a quien había visto apresar cuarenta carros tras derribar a los aurigas y hacer que mordieran el polvo. El segundo, no menos inveterado, era el último hijo de un gosti de los que en vastos dominios señoreara, que optó por el camino de las armas al morir su esposa y no recibir tierras por tener demasiados hermanos delante.

Fue precisamente Kaslov quien vio perder pie a Iván y caer al vacío.

—¡Comandante herido! —exclamó, y avanzó hasta el lugar donde Iván iba a estrellarse. Con un fuerte tirón de la frontadera, correa de la cabezada del animal que le abrazaba la frente, hizo dar un prodigioso salto a su caballo por encima de un carro de heno. De esta guisa interceptó el cuerpo en caída libre de Iván y lo recogió en brazos.

—¿Qué... qué ha pasado? —balbuceó el comandante. Su mente no se había percatado aún de lo sucedido.

El atriba lo depositó en el suelo.

—Mi señor, duros en extremo son los hijos del Gran Reino, pero ni el más recio podría salir ileso de semejante salto —rio—. En cualquier caso tendría que ofrecer una pierna o dos en sacrificio para que el resto del cuerpo siguiera respirando.

—Te doy las gracias por lo que has hecho, Kaslov. Bien sabe la Diosa que... ¡cuidado!

El aviso llegó un segundo tarde. Una sombra se proyectó sobre el jinete, con la forma de un hombre que portase un objeto grande y redondo en las manos.

Kaslov alzó la vista y logró ver al yunk que había saltado detrás de Iván, con el escudo de púas por delante. También se habría fracturado algún miembro de no ser porque planeaba caer en blando: su colchón fue el torso de Kaslov, quien lanzó un estremecedor aullido cuando las púas se le hundieron por toda la espalda.

Esta vez fue Iván quien atrapó el cuerpo de su salvador al caer del caballo. El yunk soltó el escudo, dejándolo ensartado de manera infame en Kaslov, y se sacó del cinto una espantosa arma, un látigo erizado de espinas. El instrumento se convulsionó como una anaconda, espantando al caballo y apresando en un abrazo letal el cuello de Iván. Solo la gorguera impidió que aquellos dientes de tiburón, curvados hacia dentro, le desgarraran la carótida.

El segundo comandante Hizri escupió bilis al ver a su amigo asobinado como un fardo, y al comandante Iván arrodillado frente al asesino, tratando de aflojar el mordisco del látigo sobre su laringe.

Era difícil llegar en esas circunstancias hasta ellos. El rocín de Kaslov, encabritado, se sumaba al carro y a las barcas apoyadas en el muro para formar una barrera. Pero si él había podido saltarlo, Hizri no iba a quedarse atrás.

Azuzando a su animal, brincó por encima del heno como hiciera el atriba segundos antes. El caballo de Hizri tenía las patas más cortas, pero la furia le dio alas y, aunque sus pezuñas rozaron las varillas amenazando con desequilibrarlo, aterrizó de manera digna.

El yunk lo vio llegar. Aún tuvo tiempo de desenvainar su otra arma, un chafarote, lo cual no impidió que Hizri saltara directamente de la silla sobre su hombro. Fue allí donde impactó su espada, hundiéndose profundamente hasta romper la clavícula y desgarrar el saco del pulmón. El yunk sufrió un espasmo, escupió un borbotón de sangre y quedó exánime de rodillas, junto al cadáver de Kaslov.

Iván deslió el látigo y tosió, la piel de su cuello en carne viva. Hizri le ayudó a levantarse.

—Si esos inútiles no tumban las puertas con sus arietes, juro por lo más sagrado que las abriré yo. —Los dientes de Hizri rechinaron. Sus músculos estaban en tensión, marcando a escoplo los bíceps.

Iván le contestó con voz rasgada, como si el látigo le hubiese dañado las cuerdas vocales:

—Hizri, amigo... es tu oportunidad de vengarte... —Y señaló a lo alto, donde Hesión, de pie sobre una montaña de cadáveres, apuntaba con su brazo hacia la llanura, dando orden de avanzar a la caballería.

Hizri acogió aquella orden con un enérgico asentimiento de cabeza, y aprestó su lanza.

Asustada como una paloma que huye de la violencia del halcón, Laurane se apartó de la ventana. Ni siquiera su padre fue capaz de retenerla, por más que hubiese deseado que viera cuál era la realidad del mundo. ¡Cuán distinta era de su hermana, que había desarrollado un talante más calculador y próximo al de su difunta madre!

Laurane casi atropelló a Pulev cuando abandonó la estancia. El legado se apartó del paso justo a tiempo.

—Afortunado el que tiene un lugar a donde correr —barruntó.

—No creo que mi hija quiera huir cuando llegue el momento de la verdad —dijo Vóronez—. Su llama está aún por prender, pero os aseguro que dormita en lo más profundo de su pecho. Tiene que haber heredado de mí algo más que el color de los ojos.

Pulev enlazó las manos a la espalda, adoptando una pose habitual en él cuando quería tratar temas serios.

—Mi señor, he estado pensando en lo que dijisteis sobre la conveniencia de mantener a Hesión a nuestro lado. Y puede que tengáis razón.

Una corriente de incomodidad recorrió al vaivoda.

—¿Qué estáis insinuando, Pulev?

—Las circunstancias actuales no se prestan a afirmaciones precipitadas, pero... si el general se proclamara victorioso en esta batalla, habría cumplido más que sobradamente con su deber de campeón del Reino. Ya nada le quedará por demostrar y se habrá ganado un lugar en la Historia.

El vaivoda leyó entre líneas.

—¿Creéis que lo averiguará?

—Sin duda. Ya sabe lo de Yaroslav. No tardará en atar cabos, y cuando vea las aldeas arrasadas de su etnia...

Vóronez se estremeció. Resultaba sorprendente que la visión de aquel ejército que los superaba a razón de tres a uno no resultara tan aterradora como la idea de que Hesión descubriera la traición a su raza.

Mestizos, pensó. Sangre sucia, emigrantes de la Hélade sin derecho a reclamar un paladín como propio.

La idea de una muerte lenta y brutal a manos de Hesión se le antojó insoportable. Vóronez no hacía más que hablar de sacrificio y de inmolación en sus discursos, pero ahora que sentía tan cercana esa posibilidad, se preguntó hasta qué punto sería capaz de mantener la entereza. Y qué estaría dispuesto a sacrificar para ahorrarse tan aciago destino.

—¿Qué me sugerís que haga, legado?

Pulev vació lentamente los pulmones, haciendo ruido.

—Sería una verdadera desgracia para nosotros... que alguna flecha se escapara de nuestras filas de hostigadores, de manos de algún tirador especialmente torpe, e inclinara un poco la balanza a favor de nuestros enemigos, ¿verdad?

—Sin duda. Pero Hesión es una figura clave en la batalla. Si sufriera un percance a estas alturas, la plaza caería con él. Ni siquiera nosotros sobreviviríamos.

—Esperaremos a que la suerte del combate esté decidida. Luego, para bien o para mal, daremos un pequeño empujoncito a la fortuna.

Vóronez se toqueteó la barba, estirándola en punta.

—Si cae Svalensko, quieran los Dioses que los hombres no se burlen de mí ni me achaquen infamias. Prefiero que digan que Vóronez se sacrificó por el bien del Reino, y no que hagan pintadas obscenas sobre mi linaje en los callejones de Sikandar.

—Mantendremos los muros libres del escarnio, os doy mi palabra. Pero si fracasamos aquí, será muy difícil atar corto a nuestro héroe.

—Todo esto no son más que elucubraciones —se enfureció el vaivoda—. Nuestros hombres están perdiendo allá abajo, así que como no ocurra un milagro antes de que se agote este día, me temo que ni siquiera mi hija podrá... po... podrá... —Enmudeció, mirando por la ventana—. Esperad. ¿Qué... qué es eso? —Señaló al horizonte con un dedo doblado, la huella de una lesión mal curada.

Las ventanas con aguilón de su torre eran amplias, pero ni siquiera la separación de sus postigos bastaba para abarcar el inmenso cuadro que se

divisaba a lo lejos.

Una extensión azul y marrón anegaba los valles. Era una pátina líquida, que fluía por los sumideros naturales de la cordillera en dirección a la cuenca de aquel inmenso lago seco. Los habitantes de la ciudad habían sido testigos del fenómeno muchas veces, pero más espaciado en el tiempo: primero el Sol calentaba las cumbres, a continuación las montañas se vestían con un bordado de lagos y cascadas, luego la cuenca se llenaba de agua, y por fin, sin que nadie supiera de dónde venían, llegaban los peces.

Pero aquella riada no tenía parangón en la Historia. Como un océano que volviera a juntar sus orillas, una pared líquida de veinte codos de altura se expandía por la llanura, barriendo lo que encontraba a su paso y amenazando la integridad del islote de Svalensko.

Aquello no le causó miedo al vaivoda, sino una incoherente alegría. No había forma humana de explicarlo.

—Gracias. —Vóronez abrió los brazos como quien se somete a lo inevitable—. Gracias, mi Diosa...

Ninguno de los combatientes se había percatado de lo que se avecinaba. Estaban demasiado pegados al suelo como para verlo desde allí. La caballería defensora había abierto de par en par las puertas de la fortaleza (muy castigadas por los arietes), y se iba a arriesgar a entrar en choque directo con los yunks.

—¡Énekal por el rey! —voceó Hizri, atarazando con sus tacones los ijares de su caballo—. ¡Desenvainad, que el sucesor de Ungmer vea la luz de nuestras espadas!

Los defensores, en cuanto lo vieron por su vigor comparable a un incendio, se exhortaron los unos a los otros a lo largo del grueso de la tropa y marcharon con él, dispuestos a decapitar sureños. Avanzaron semejantes a una borrasca de terribles vientos, que impulsa olas encorvadas y albeantes de espuma.

Sobre la muralla, Hesión agitaba la bandera de las Seis Lunas y los interpelaba con estas palabras:

—¡Adelante, hijos del Gran Reino, no os amedrente la sangre! ¡Acabad con el invasor que ha venido a degollar a vuestros hijos y forzar a vuestras esposas! ¡Matad hasta que no quede ni un solo esclavo del Kan con vida!

Sus palabras llegaron a oídos de los más cercanos, inflamando su coraje, pero se perdieron en el fragor de la carga para los demás. Aun así, la visión de

aquel campeón subido a la muralla, émulo de personajes legendarios, les dio fuerzas para hacer lo imposible: taladrar una brecha en las compactas filas enemigas, aguijoneando con las picas a todo el que osaba interponerse.

Hizri iba en cabeza, semejante al profundo Trigas cuando corre salvaje; alejó de sí mismo la afrentosa ruina que hace estragos a puro golpe de espada, y uno tras otro los sitiadores fueron cayendo hasta formar una estela tras su caballo. Logró quebrar las primeras líneas de yunks, soportando la tamborada continua de los alfanjes, y provocó una estampida caótica, cual barullo que se produce en el real de una feria cuando el ganado se desmanda y da en huir.

Tanto fue así, tal era su ansia de vengar la muerte de su amigo Kaslov, que atrajo la atención en la lejanía del líder de aquel ejército, al que Hesión había llamado por su verdadero nombre.

Ilofonte vigilaba la batalla desde su puesto de mando, una tarima que los zapadores habían construido en una parcela sólida de la llanura. Sus tablones eran de madera de taiga, y los clavos, lorigas de las armaduras de sus enemigos incrustadas en las vetas. A ambos lados de aquel trono (que no era más que la silla de montar de su caballo, ablandada con pieles de alce) se elevaban dos esculturas de dolomita.

—¿Quién es ese guerrero que arrastra la muerte como una estela? — preguntó a los espíritus guardianes, sin obtener respuesta.

Sus ojos estrechos se enfocaron en aquel jinete de desconocido nombre que, ora sujetando las bridas con los dientes para así tener las manos libres, ora gobernando a su caballo solo con la presión de las rodillas, paseaba su lanza por los cuellos de la infantería.

La principalía de Hizri llegó cuando, encarando de frente a un jinete yunk que le embestía con un duom^[46], hizo una maniobra sorprendente. Volteando su lanza corta por encima de la cabeza, la dejó reposando sobre su espalda y el omóplato izquierdo, sin dejar de avanzar a pleno galope. Cuando el yunk llegó hasta él, esperando encontrar la punta enemiga por el lado correcto, se despistó al ver que Hizri, agachado hasta quedar plano sobre la silla, proyectaba hacia delante la lanza del revés.

Ilofonte, al ver esto, se levantó de su trono. Con el lento énfasis de un juez cansado, agarró su arco y lo cordó. La madera chilló al doblarse, tan rebelde como le gustaba a su amo. Una flecha fue elegida al azar entre docenas de saetas rematadas por plumas de águila.

La cuerda vibró, tan tensa que podría habersele arrancado una nota musical.

Ilofonte alzó el impresionante arco y apuntó con cuidado a Hizri. Se tomó su tiempo para afinar el tiro, observando de reojo las banderas para ver cuándo cesaba el viento. Dobló las empulgueras hasta que casi se besaron... y sus dedos soltaron la cuerda.

El venablo, asombrosamente pesado, cruzó el campo de batalla y fue a atravesar el cuello del corcel de Hizri. No importó que el animal estuviese protegido por una barda metálica: la punta perforó el blindaje y surgió por el lado contrario.

Ante tal herida se empinó furioso el trotón y se desplomó cuan largo era, tirando a su jinete de la silla.

El caos se impuso: dolor en la cadera, polvo por encima de la frente, una pieza de su propia armadura que se le clavaba en el costado. Con ojos enloquecidos, Hizri tanteó el suelo para localizar su arma. Estaba en la peor situación que pudiera darse en un combate: tumbado, sin armas, desorientado y a merced de la turba...

Pero algo inusual ocurría: los sureños se acercaban a él, pero en cuanto identificaban la pluma que remataba el astil de la flecha, retrocedían. Nadie quería tocarle. Había sido marcado por el tirador.

Entonces vio a Ilofonte, que avanzaba hacia él con una espantosa naginata^[47] de filo cromado en las manos.

Y lo comprendió.

Era una aristeia, un desafío personal lanzado por un adversario con nombre y apellidos, no un pulso anónimo entre soldados. Ilofonte podría haberlo atravesado con aquella flecha de haberlo querido, pero eso habría sido poco honorable. Un duelo digno era aquel que comenzaba con los contrincantes en igualdad de condiciones, y a su término dejaba claro cuál superaba en valía al otro.

La mano de Hizri halló por fin una espada. La recogió, hambrienta de contacto, y la volteó para limpiarla de sangre en espera del formidable oponente. Las tropas del Kan se apartaron para dejar espacio a su líder, que sopesó a Hizri con la mirada.

El yunk era unas pulgadas más alto que él y cinco o seis años más joven. El norteño, para colmo de males, se había lesionado una pierna al caer del caballo y se movía renqueando, sin capacidad para esquivar las estocadas.

Ilofonte estiró sus labios en una sonrisa.

Hesión observó todo esto desde la muralla, y no pudo permanecer impasible. Había logrado mantener a raya a los invasores con su lanza, y se disponía a derribar la escalera cuando distinguió la grandiosa figura de Ilofonte cruzando el marjal.

Supo entonces que de no hacer nada por evitarlo, el caudillo yunk causaría gran estrago entre sus tropas, y muchos de los caballeros más intrépidos morderían el polvo. A su mente volvieron los recuerdos que se había traído de Yakra (y que todas las noches rezaba por olvidar), cuando los siervos del Kan, tras vencer a los norteños, amputaron a los supervivientes manos y pies y los abandonaron en un desierto para que murieran. Luego reunieron las cabezas de los que habían caído en batalla y, en lugar de darles sepultura, las apilaron hasta formar un pequeño monte que en la lengua del Sur llamaron *glædr adnoedros*, «la mancha que se divisa a lo lejos».

La misma atrocidad no sucedería en Svalensko. No, si él podía evitarlo.

Así pues, con un ensordecedor grito de guerra, hizo algo que muchos habrían tachado de locura: partió los garfios que sostenían la escala y se arrojó al vacío, usándola de pértiga. La enorme escalera se torció hacia atrás, cautiva de la gravedad, y se desplomó cuan larga era sobre la oscura masa de sitiadores. Los cuerpos de los yunks amortiguaron la caída, y Hesión pudo rodar sobre ellos hasta quedar de nuevo en pie.

Los yunks estaban tan aturridos como él por el impacto, pero aun así tuvo que abrirse paso a lanzazos entre la turba hasta localizar a Ilofonte, que ya tenía a Hizri a su merced.

—¡Forbros, aquel que descuella entre los adalides! —gritó a pleno pulmón—. Escoge bien a tus adversarios, pues de su valía depende que se te recuerde como un héroe o como un cobarde. ¿De verdad vas a desatar tu furia contra un lisiado que apenas puede moverse, o tendrás agallas de enfrentarte a mí, al hombre que quebró una muesca en el filo de tu espada?

Ilofonte se giró con el rostro henchido de cólera.

Al ver surgir a Hesión como un gigante de entre la turba, sus ojos expulsando fuego por la hendidura del casco, presagió que la verdadera aristeia iba a dar comienzo.

—Hesión de Andurov, Orfíada divino, no sabes cuánto tiempo he soñado con este momento. —Se pasó la lengua encarnada por los dientes—. El rey, dispensero de la guerra entre sus vasallos, te ha enviado para que cierres el círculo. Y yo se lo agradezco. Solo hundiendo mi mano en tus tripas y arrancándote los intestinos como cuerdas sebosas lograré aplacar mi rabia.

—Hizri, ponte a salvo —ordenó Hesión, y adoptó una pose de lucha con el escudo partiendo de la barbilla, inclinado con respecto al suelo, y la lanza paralela al antebrazo.

El segundo comandante reculó, buscando asilo entre las filas de caballeros que se debatían sin demasiada esperanza contra los yunks. Las pezuñas de sus bestias golpeaban el esponjoso suelo con desgana, con la desagradable sensación de estar maniobrando sobre la arena mojada de una playa.

Ilofonte volteó su tremenda naginata y apuntó a su oponente. Los yunks habían abierto un círculo desde cuyo perímetro jaleaban a su líder, invocando los sagrados penates^[48]. Hesión colocó su cuerpo perpendicular al del enemigo, interponiendo siempre el escudo, y fue el primero en atacar.

La punta de su lanza refulgió un instante, herida por un rayo de Sol.

Los dos campeones chocaron como barcos impulsados por tempestades divinas. El fragor de sus armas resonó al viento, mientras los Dioses mantenían la balanza en el fiel y situaban en ella los rezos de los combatientes, para ver de qué lado se inclinaría el peso de la muerte.

Ilofonte no portaba escudo, pero usaba a dos manos la naginata, volteando el largo mástil y buscando siempre los tobillos de Hesión. Su estilo de lucha se basaba en los extremos: la cuchilla muy arriba, sobre la cabeza, y la madera muy abajo, impactando en los pies. Un heraldo yunk hizo sonar un tambor, dotando de solemnidad al más que probable triunfo de su amo.

Bum.

Aunque actuaba a la defensiva, Ilofonte resultó ser el primero en colocar un golpe importante. Adivinó, mirando las piernas de su enemigo, que no estaban lo suficientemente flexionadas como para que Hesión saltara, por lo que debía ser un truco. En efecto, el ustraniano amagó el salto, elevando su lanza, pero en la última décima de segundo giró el palo y atacó desde abajo. Ilofonte fintó y recibió su costado derecho con la naginata. El metal golpeó la armadura de Hesión, dejando en ella una profunda cicatriz.

Bum.

Hesión no dedicó ni un ápice de sus fuerzas a impresionarse por la rapidez de pensamiento de su contrincante. En lugar de ello aprovechó la inercia, dejándose empujar para que lo separara unos pies de él. Pero de inmediato volvió a acercarse, a estrechar el cerco. Se acordaba de la advertencia que él mismo le había hecho a Iván, sobre que la estrategia del gigantesco Ilofonte era atacar por el lado del escudo, para atravesarlo y ensartar el pecho de sus contrincantes. Así pues, no debía permitirle coger espacio para tomar carrerilla y descargar un golpe mortal.

Ambos guerreros buscaban el espacio interno, el campo mínimo que necesitaban sus armas para colocarse en posición. Hesión fue el primero en conseguirlo: embistió de lado usando el escudo como ariete, asomando su lanza por encima del bollón en busca de la cabeza de Ilofonte. Este se cubrió interponiendo la naginata con ambas manos, lo cual le imposibilitó responder al ataque.

Bum.

Volvieron a separarse lo justo como para rebotar sobre las piernas y catapultarse el uno hacia el otro. Esta vez fue Ilofonte quien tomó la iniciativa: engañó a su rival con rápidos cambios de mano, y prescindió de la punta en el primer golpe, usando la naginata como maza. El golpe contra el escudo sonó como si una campana enorme hubiese chocado contra una carroza, y Hesión no tuvo más remedio que recular. Ese fue su error, pues Ilofonte ya había colocado el extremo contrario del arma cerca de sus tobillos, y llegó a hacerle trastabillar. Cuando Hesión notó que su centro de gravedad se desplazaba, supo que el siguiente ataque vendría de frente, directo a su cara. Y acertó. El clamor de los yunks arreció.

Bum.

El general arrastró el talón en lugar de apoyarse en él, y esquivó a duras penas la estocada. La naginata voló a tan poca distancia de sus ojos que incluso se vio reflejado en ella. Soltó voluntariamente el escudo. Era un peso que lo desequilibraba para la arriesgada maniobra que tenía en mente. El disco de metal cayó al suelo e hizo un ruido hueco, tan profundo como el asombro de Ilofonte. Hesión desechó su única protección, se pegó a su adversario todo lo que pudo y usó el propio cuerpo de Ilofonte como punto de apoyo. Su mano derecha soltó la lanza, que giró por encima de la cabeza de Ilofonte hasta caer al otro lado.

Desarmado y desprotegido, esperó la siguiente embestida.

Bum.

Ilofonte sonrió, paladeando la victoria: hinchó los pulmones y usó la potencia del grito para insuflar más fuerza a su brazo. Pero cuando la naginata, punzando de frente, buscó el corazón del ustraniano, Hesión ya no estaba allí. Realizó un giro extremadamente brusco sobre su eje y dejó pasar la punta, colocándose dentro del radio de acción del mástil y partiéndolo con el codo. La punta rota no llegó a caer al suelo: atrapándola en el aire con la zurda, la usó como puñal para clavarla de dos intentos en la piel de Forbros. El primero con las astillas del palo, hundiéndolas en la tierna carne del cuello,

y el segundo (disponiendo ya del precioso segundo que necesitaba para darle la vuelta) en el pecho, perforando la armadura y rasgando el pulmón.

B... el siguiente latido del tambor no sonó.

Los yunks miraron con estupefacción el cuadro final en que había desembocado el duelo, con el vencedor en pie, apoyando todo su peso en la hoja que se hundía en el pecho de Ilofonte, y este de rodillas, mirando con desconcierto las nubes.

Sorprendentemente, el yunk seguía vivo: borbotones de sangre manaban de su boca, pero el icor espiritual no le abandonaría hasta que Hesión no retirase la punta que taponaba la herida.

Forbros miró a su verdugo y dijo:

—A... ahora... ya no podré... vengar a mi pueblo...

—Si los Dioses son justos, Yaroslav será castigado por sus crímenes — prometió Hesión—. Puedes decirle a la Muerte que no permitiré que lleve a cabo otra carnicería como la de Yakra. Esto lo juro por el sagrado nombre de mis padres.

—¿Vale más tu juramento... que la lealtad... a tu rey?

Hesión no alcanzó a ver el significado pleno y trágico de sus palabras, pero respondió:

—La lealtad a mi familia vale más que cualquier juramento.

Ilofonte asintió, con una sonrisa que presagiaba acontecimientos que ni siquiera su asesino podía imaginar. Dijo una frase que parecía contener un antiguo odio, y sus párpados cayeron.

Hesión temió que los demás yunks, incapaces de reaccionar, olvidaran el sagrado juramento de la aristeia y de esta forma, sacando a relucir lo peor de sí mismos, le atacaran en masa. En verdad su muerte parecía cercana, porque muchas flechas se apoyaban en las cuerdas en espera de una orden, todas apuntando a su pecho.

Entonces, sin fuerza que lo mantuviera erguido, Ilofonte se desplomó acompañado por un fragor de relámpagos.

Hesión tardó unos segundos en comprender que no eran relámpagos lo que oía, sino algo que avanzaba a gran velocidad por la llanura en dirección a Svalensko. Los yunks también se habían dado cuenta, y soltaban exclamaciones y chillidos nerviosos mientras señalaban el horizonte.

Hesión se encaramó de un salto al trono de Forbros y oteó en la distancia.

El corazón se le encogió.

La pared de agua avanzaba a mayor velocidad que el más raudo caballo, albeante de espuma y con un frente de ola corcoveante, cual corcel

encabritado que protestase contra el yugo del ronزال. No tardó en alcanzar las divisiones más alejadas del ejército yunk, arrasando con hombres y bestias con la facilidad del huracán que comprime la hierba. Luego prosiguió en su embate hasta que su frente colisionó contra la isla, elevando una muralla de espuma que salpicó las mismas torres de la ciudadela.

Hesión echó a correr hacia las puertas de Svalensko, todavía abiertas. También sus caballeros retrocedieron, cabalgando en formación cerrada, rodilla con rodilla, mientras los piqueros defensores trataban de impedir el paso a los yunks. Hizri se había subido a la grupa de un animal y, cortejando a la muerte, se dirigía al castillo. En aquel momento la isla de Ferineia era la única posibilidad de salvación ante la riada, y eso era algo que sabía tanto un bando como el otro.

Hesión robó un caballo y galopó en dirección a la acebeda, aplastando con sus cascos la imprecisa línea de asaltantes. Los yunks apenas le prestaron atención, ocupados como estaban en salvarse a sí mismos. Golpeaban la puerta y los muros con el terror de chiquillos asustados, intentando que los defensores los dejaran entrar. Era un espectáculo deprimente, ver tantos hombres suplicando piedad a los mismos a los que minutos antes habían intentado matar.

Cuando la ola los alcanzó, revolviéndolos cual guijarros en la arena de una cala, muchos gritaron y se encomendaron a los Dioses. Habrían querido ser, sin duda, el ave rapaz que sobrevolaba en aquel instante la llanura, contemplando cómo la furia de la Naturaleza se llevaba por delante los mezquinos apremios de los hombres...

CANTO XIV

Luces y sombras

1

Se hizo de día, una mañana lúgubre y sin viento. Los vapores del maremoto yacían en bancos espesos, y lo que antes eran compactas masas de hielo, ahora descubrían la tierra removida que había debajo. La luz del alba llegó más cansada, y los aires ligeros despejaron el cielo.

Anya estaba sumida en un inquieto duermevela. Estrechó los brazos como remate de una pesadilla, y al no encontrar nada entre ellos, se despertó.

—¡Aglaya! —exclamó, sobresaltada—. ¿¡Aglaya, dónde estás!?

El lugar permanecía tan silencioso que su voz sonó como un estruendo. Varias acólitas la miraron. Se estaban afanando en recoger los bártulos que habían escapado a la avalancha: mochilas, escoplos, sogas, cantimploras... De la hoguera brotaba un tenue olor a desayuno: nueces, diente de león y mostaza silvestre. Mezclados con algunos nabos sueltos y los restos de aguamiel, las ayudarían a sobrellevar el penoso descenso.

Sin embargo, pocas de aquellas mujeres habían tocado la comida. En sus semblantes se leía la tristeza por las compañeras desaparecidas, y todas, en su fuero interno, anticipaban la salmodia que habrían de entonar en cuanto llegara el mediodía. Solo cuando el Sol estuviera en su apogeo podrían las siervas de la Diosa entonar las endechas, suplicando a la luz que iluminara la senda que los muertos debían recorrer. La leyenda que hablaba del Inframundo contaba que era una llanura infinita repleta de castillos construidos por los muertos, donde no habitaban más que almas errantes.

Aglaya salió de entre los árboles atándose el pantalón. Al toparse con Anya, dos propósitos batallaron en su cabeza: por un lado bajar la vista y retomar sus tareas, y por otro enfrentarse a la mujer que le había salvado la

vida. Optó por esto. Se aproximó a ella con el pelo deshecho como un estropajo.

—Gracias, hermana —murmuró.

—¿Gracias por qué? —preguntó Anya, apartándole mechones de la frente. La joven seguía tan taciturna como siempre, lo cual era síntoma de que se encontraba bien.

—Pues... por salvarme. Me quitaste de en medio cuando la montaña se caía sobre mí. Gracias.

—No tienes por qué darlas. Tú habrías hecho lo mismo.

Aglaya no añadió nada a esa frase. Sus fríos ojos se prendieron del horizonte.

—¿Te encuentras bien? —insistió su amiga. Conocía de sobra las dudas que habían acompañado a Aglaya durante aquel largo viaje, y por un momento temió que su vaso particular ya se hubiese llenado.

Qué demonios, pensó. Hasta yo tengo ganas de rendirme y desaparecer después de lo de anoche.

—Estoy perfectamente... creo. —Hizo acopio de unas pocas energías para sonreír—. ¿Puedo continuar con mis deberes? Las hermanas necesitan ayuda.

—Aglaya —la detuvo—. No te rindas, por favor. Sé que el camino es duro y que exige sacrificios, pero la llamada de nuestra Madre es clara. Nos necesita más que nunca para que hagamos Su voluntad.

La joven repasó el entorno, el lugar donde horas antes hubo plantadas unas tiendas llenas de mujeres a las que la avalancha borró de la existencia. Sus ojos mostraron una aprensión que antes había permanecido oculta.

—¿Sacrificios? Es una buena forma de llamarlo.

—¡No pienses esas cosas! Lo que ocurrió aquí anoche escapa a nuestra comprensión, y a la de cualquier mortal. Lo único que nos queda es tener fe en que lo que hemos hecho servirá para algo en el plan divino.

—El plan divino... Me pregunto qué lugar ocupamos realmente en él.

—Ni los más sabios sabrían responder a eso.

—Ya, y mucho menos una persona como yo, que me crie en una mansión y lo único que sé hacer es brocado y bailes tontos... Pero tengo derecho a hacerme las preguntas, ¿no?

Anya dulcificó su rostro.

—Yo también estoy asustada, cariño. Tanto o más que tú. Pero si en los peores momentos dejamos que nos abandone la fe, entonces no tendremos nada. Seremos cascarones vacíos al antojo de los vientos.

Aglaya no contestó. Se sentó frente a la hoguera, balanceando un palo con un trozo de rábano en el extremo.

Anya se dio cuenta de que ella también trataba de contener su desesperación. No se había atrevido a preguntar si alguien había visto a su maestra, Eithne, pero tampoco quería arriesgarse. Casi prefería esperar a que los acontecimientos ocurrieran por sí solos, pues en cierto modo preguntar por ellos era una forma de precipitarlos.

Miró al cielo. Una nube fanfarrona flotaba en silencio hacia la cumbre. La paz del ambiente contrastaba con los recuerdos de la noche anterior, con el fragor del infierno desatado y el cataclismo que sacudió los valles. Hacia Poniente, bajo el Bosque de Jilfhur, que verdeaba en las laderas, se divisaba un espejo azul que antes no estaba: un nuevo lago formado por las riadas.

Si no se equivocaba, en esa dirección estaba Svalensko. ¿Era este el designio de la Diosa, sepultar bajo una mortaja de agua a la ciudadela? ¿Tanto la habían ofendido sus moradores?

La mañana maduró lentamente, como una fruta colgada de la rama, sin que hubiera la menor señal de Eithne. Anya paseaba de un lado a otro, cavando un surco bajo el peso de sus cavilaciones. El Sol apuñaló las nubes y dejó cicatrices en forma de columnas de luz marmórea.

Si su maestra no aparecía pronto, estaba dispuesta a...

—¡Mi señora! —exclamó una acólita, de repente.

—¡Un fantasma! —gritó otra.

Se desató un revuelo seguido de pasos que corrían de aquí para allá. Anya sintió que los ojos se le humedecían. Prefirió escuchar el alboroto en el campamento antes que arriesgarse a mirar, por si era mentira. Pero al final, cuando no le quedaba más remedio que enfrentarse a la buena nueva, su corazón reunió sus pedazos dispersos y se recompuso.

De entre los árboles tumbados y las cascadas de aguanieve salió una figura esplendorosa, que irradiaba majestad aunque estuviera manchada de barro y llevara los cabellos arremolinados como un torbellino. Esa figura era alta y delgada; en su vestido había salpicaduras de rosa, lavanda y amarillo, y miraba el campamento con una tranquilidad sobrenatural.

—¡Maestra!

Anya no aguantó más. Corrió hacia Eithne y casi la tiró al suelo del abrazo.

—¡Estáis viva! ¡Es... estáis... aquí!

Eithne la miró, divertida. Tenía ese aire etéreo de las personas que acaban de volver de la muerte.

—Os he echado de menos, a todas —sonrió. Y luego, como si le sorprendiera—: ¡Me habéis esperado!

—¿Cómo íbamos a marcharnos sin saber nada? Por un momento pensé que os había perdido. Yo... yo no...

Se echó a llorar. Eithne la acunó contra su pecho.

—Maravillosa Anya, hija adoptiva y alumna... yo también te he extrañado, más de lo que nunca llegarás a imaginar. Pero ahora estamos otra vez reunidas y tenemos cosas urgentes que hacer. —Endureció su expresión, dirigiéndose a todas—. Nuestro viaje personal, lejos de haber concluido, empieza ahora. Algo horrible está a punto de ocurrir y debemos hacer lo imposible por evitarlo. Allá arriba, en la cima, mis ojos otearon más lejos que nunca antes en mi vida: tuve visiones sobre la mayor batalla de la crónica de la Humanidad, una catástrofe que está a punto de desatarse en torno a Sikandar.

—¿Una batalla? —Anya guiñó los ojos. El resplandor del Sol se espejaba en la nieve—. ¿Contra los Kanés?

—Contra algo más perverso que los hombres. —Tomó aliento—. Debemos alcanzar Puente del Oeste. Vi sus calles y sus blancos molinos entre brumas de otros horizontes. Estoy convencida de que allí encontraremos nuestro destino. En Svalensko conseguiremos monturas que nos lleven hasta el centro del país. También les pediremos que nos provean de armaduras ligeras, pues factible es que tengamos un mal encuentro desde ahora hasta que alcancemos la protección de la ciudad santuario.

—¿Y Hesión?

Una sombra se posó en sus ojos, grandes y misteriosos en aquella cara.

—Si está en la ciudadela para cuando lleguemos, bien. En caso contrario, no nos demoraremos. Esto es demasiado importante.

No habló más. Ordenó recoger el campamento e iniciar cuanto antes el descenso; la avalancha había alterado el perfil de la ladera y los antiguos senderos se habían convertido en otros nuevos e inestables, por lo que podrían tardar días en alcanzar el valle. Las acólitas estuvieron de acuerdo; ninguna deseaba quedarse en aquella montaña por más tiempo.

Anya estaba contenta de abrir un nuevo capítulo en la crónica de aquella búsqueda. Y aunque las preguntas se le acumularon en la garganta hasta que notó el bulto, se dedicó a disfrutar de la precipitada puesta en marcha.

En cuanto hizo recuento de las hermanas, sin embargo, una repentina tristeza la agobió, pues por mucho que buscaron no hubo forma de encontrar a la pequeña Aglaya. Faltaban también su hatillo y unas pocas provisiones,

aunque no se había llevado ninguno de los enseres de escalada ni las ramitas yesqueras.

Las hermanas pensaron que estaba loca si pensaba bajar ella sola la montaña, y no alcanzaron en modo alguno a explicar su deserción.

Anya fue la única que lo entendió.

La prueba había sido demasiado dura, incluso para la incipiente fe de una novicia.

2

Fue costumbre de los heucanitas, durante siglos, entregar los cuerpos de sus difuntos al mar o a los ríos para que los espíritus del agua dispusieran qué hacer con los restos: si hacerlos desaparecer para siempre, o resucitarlos en forma de aves para que dieran forma a la palabra de un dios que hablase en pájaros.

Por desgracia, en Svalensko era imposible observar el antiguo ritual. Los ríos convergían allí, no continuaban su camino hacia el lejano mar Borealis, y cualquier cosa que se enterrase en la arena era devuelta al año siguiente para que flotara junto con los peces. Por lo tanto, las piras funerarias ardieron, bien radiantes en la mañana, mientras los supervivientes rendían su último tributo a los caídos.

La dama Laurane presidía la ceremonia. Grave, con una capa de marta cebellina, mantenía una fuerte apostura, aunque las ojeras le ensuciaban el semblante. Una voluta de humo se elevaba curvándose desde un incensario, repartiendo su aroma.

El vaivoda Vóronez estaba en el patio, junto a los soldados y los campesinos supervivientes, mientras ella lo observaba todo desde la balconada. Sola pero rodeada de gente. Las piras se consumían con un destello muy rojo; cada una soportaba cincuenta cadáveres, y otras tantas crónicas que tuvieron un final sangriento.

En la bastida estaban también Hesión y su comandante, Iván, con la mirada perdida como si sus mentes planeasen nuevas campañas sin un minuto de reposo. Laurane se ofendió por el aparente desdén que mostraban. ¿Acaso no les afectaba lo ocurrido? ¿Se habían insensibilizado tanto después de años y años de guerra que ya nada era capaz de conturbarles el ánimo?

No. Lo ocurrido en aquella plaza no podía ser un episodio más en una lista de infortunios. Laurane sintió el peso de la Historia al darse cuenta de que

todo aquel sufrimiento iba a servir para algo en la turbulenta crónica de su patria.

Estaba mirando a los soldados, absorta, cuando el senescal Tolomius hizo una señal. Le tocaba.

La joven prosiguió con el rito:

—No verán los ruiseñores al río de la sangre buscar su camino por las dunas —declamó—. No oirán los acebos el crepitar de las estólidas teas. ¡Sean faros estas hogueras que subrayen para siempre las costas del infortunio, para que ningún bajel las fondee! Así retornen los buenos tiempos, los animales pasten en las eras establecidas en los ejidos, a la linde de los bellos pueblos, y las flores broten de nuevo en los jardines, que nosotros nunca olvidaremos lo aquí acontecido.

Cogió el incensario y fue hasta un extremo de la balconada. Su vestido, inflado de pliegues, se convirtió en una metáfora del firmamento.

Laurane vertió el contenido del brasero al viento, que por un segundo continuó siendo llama vestida de humo. Luego se extinguió, y solo quedó el fúnebre crepitar de las piras.

Esto marcó el final de la ceremonia. Cuando el silencio absorbió la última nota de duelo, las autoridades se reunieron en el salón de audiencias. Estaban Vóronez, Hesión, Iván y el artero Pulev, con copas rebosantes de aguamiel que ninguno probó. Incluso Hizri fue invitado, como premio por destacarse en la batalla.

Laurane entró la última, acompañada por su hermana mayor. Sárafan albirrojo y trenza clara por encima del hombro derecho, las zapatillas surgían por debajo de su vestido como ratones que asomaran la nariz por la madriguera.

—Hijas mías, desde que nacisteis habéis sido un regalo para la vista —aplaudió Vóronez—, pero hoy estáis exultantes.

—Es el color de la pena, padre —dijo Laurane, quitándose la capa como si se deshiciera de la oscuridad que se le pegaba al cuerpo—. Hace que los ojos de una mujer destellen como diamantes, pero es una belleza turbia.

—No deberíais hablar así —la regañó Pulev—. Al fin y al cabo, mi señora, estáis viva para lamentar la pérdida de vuestros súbditos. Son pocos los que han sido bendecidos con ese regalo. Aprovechad el tiempo que tenéis para honrarlos.

—Es una buena sugerencia, legado, pero os va a costar una pregunta: ¿acaso los vivos tenemos más suerte que los muertos?

Vóronez calmó a su hija, alcanzándole una silla. Iván aprovechó ese gesto como excusa para acercarse y hablar un momento con ella.

—¿Es tan profunda vuestra pena? ¿Tan intenso vuestro dolor? Aseguradme, por los Dioses, que esto que veo no es más que un espejismo y que se desvanecerá llegado el crepúsculo.

—Sois muy bueno, Iván —dijo Laurane, cariñosamente—. Estoy contenta de que estéis con nosotros. Tanto que el corazón me tienta a pedir os quedéis para ayudarnos a reconstruir lo perdido.

Notó su turbación nada más acabar la frase. Las emociones del joven estaban sometidas al mismo bullicio que las suyas, pero al final se decantaría por ser fiel a su misión. Era el caballero perfecto, mucho mejor que Hesión. Y eso, en lugar de una virtud, se le antojaba un defecto.

Iván no supo qué responder. La cercanía del sedoso pelo de la muchacha evocaba fresas, especias y perfumes, apenas el beso de una fragancia que nada sabía de los hedores de los campos de batalla. ¿Renunciar a la lealtad que debía a Hesión, era lo que le estaba pidiendo? No, no podía, por más que fuera lo que en ese momento deseara.

—Mi dama, yo...

—No contestéis. —Le tapó la boca con las manos—. Por favor. Ha sido un error por mi parte. No tenía que habérselo pedido.

—Es difícil cometer errores cuando es el corazón quien habla, y no la cabeza.

—Dejémoslo así, de todos modos. A veces es mejor tener la esperanza de lo que pudo haber sido antes que forzar el desengaño.

Iván asintió y, con alivio, volvió a dirigir la vista a los reunidos. Hesión estaba hablando en ese momento con Vóronez. Pese a que una copa no cesaba de orbitar sus labios, estos seguían secos.

—Entonces, general, ¿continuaréis con vuestra misión, ahora que Svalensko está a salvo? —preguntó el vaivoda.

Hesión ladeó la cabeza.

—No creo que hayamos conjurado el peligro todavía. El instinto me dice, a tenor de lo que sé sobre los Kanés, que las huestes de Ilofonte formaban una columna poderosa, pero no la única. Ellos no operan así.

—¿Estáis sugiriendo que podría haber más ejércitos dispersos por la estepa?

Hesión abrió una mano, extendiendo falange a falange los dedos.

—Usan la táctica del calamar. Penetran en el territorio enemigo por siete u ocho puntos a la vez, entrando como cuñas en la madera. Luego, cuando están

suficientemente cerca del núcleo, se desperdigan y forman una especie de enjambre. —Juntó los dedos en una piña—. Entonces arrasan pastos y ciudades para bloquear los suministros del enemigo. Después de lo que me dijo Ilofonte, empiezo a estar realmente preocupado de que una fuerza poderosa de yunks domine los pasos de alta montaña. Si someten el Urianhai, someterán también los valles.

—Nuestras órdenes son proteger esta fortaleza del Ejército Negro y dirigirnos después hacia el Sur —le recordó Pulev—. Dejemos que Yaroslav se ocupe del Urianhai. Sería poco astuto mantener nuestras fuerzas de choque concentradas en un solo punto, ¿no os parece?

Hesión sorbió de la copa. La luz tamizada por la ventana coloreó el licor, dándole el aspecto de un extraño veneno.

—Tengo algo que anunciar —dijo de pronto Laurane, interrumpiendo las conversaciones. Todos se volvieron hacia ella.

La joven se levantó, acomodando las manos en la bolsa de salvado de su vestido.

—Padre, quiero que tanto tú como estas insignes personas seáis testigos. Durante toda mi vida he estado encerrada entre estas paredes, estudiando viejos libros y oyendo hablar a los exégetas sobre las glorias de otras personas. Siempre deseé, desde que era niña, convertirme en la protagonista de esas maravillosas gestas, y compartir las vivencias que a mí, por mi condición de noble, me estaban prohibidas. Pero ahora... —sus dedos jugaron con el salvado—, ahora que he visto la cruel realidad de la guerra, y el sufrimiento que subyace bajo los versos... he decidido que no abandonaré jamás mi casa. No cruzaré las puertas ni me despediré de las efigies de los Ungmer, a las que veo como protectoras en lugar de carceleras. Que sea este mi nido, como el posadero lo es al busardo o la tundra a la perdiz.

Su hermana la cogió de la mano, dándole apoyo. La expresión de Neva, la otra hija de Vóronez, apenas varió ante la noticia, por lo que Iván dedujo que ambas lo tenían ensayado. Entre ellas funcionaba una especie de conexión, un diálogo tan interno que solo podía deducirse.

—No seré por más tiempo Laurane —prosiguió—, pues la niña que era ayer se viste hoy con lutos de mujer. A partir de este momento me llamaré Escia, la Sombra en la Mañana, y no responderé por otro nombre hasta que las absurdas guerras cesen y en mi alma vuelva a brillar el Sol.

Cuando terminó, una lágrima rodaba mejilla abajo.

—Escia... —repitió Vóronez, atónito.

Su hija escondió la cara tras el velo de su melena. Nadie se atrevió a decir nada. Uno a uno los presentes fueron abandonando la estancia hasta que el vaivoda se quedó solo, junto a los samovares del té.

Nadie lo vio, ni él permitió nunca que los lacayos se enterasen, pero aquella mañana el vaivoda lloró por primera vez desde el día en que enterró a su esposa.

Hesión sofocó un bostezo. Se dio cuenta de lo poco que había dormido en las últimas jornadas cuando, al abrir de par en par las puertas de la fortaleza, el masaje de las olas contra el costillar del embarcadero le hizo bajar los párpados. Pero se despabiló. Él, como jefe supremo de aquel ejército, debía dar ejemplo. Ya dormiría cuando llegara la noche, si las bajísimas temperaturas de la montaña lo permitían.

Una multitud saturaba el muelle. Los agradecidos habitantes de Svalensko se afanaban en preparar las barcas para que el Ejército de las Seis Lunas pudiese ganar la costa. Desde allí, los jinetes tomarían los senderos que habían excavado las riadas en dirección a las cumbres.

Manos voluntariosas se turnaban para calafatear las embarcaciones (cerrando las juntas con estopa y brea), encajar los remos y engrasar los timones. Algunos niños correteaban a su alrededor fingiendo ser naves de guerra. Otros jugaban al «rajé al yunk que mató a mi madre y lo colgué de...».

Hesión estaba sorprendido. Los habitantes de la ciudadela lo trataban con una deferencia inaudita. Se manifestaba en pequeños gestos: ligeras inclinaciones de cabeza, pasos atrás para dejarle sitio, silencios respetuosos cuando él hablaba... Era como si tuvieran muy claro quién fue el artífice de la victoria, y ya circularan las primeras baladas sobre su arrojo.

Eso le complacía. Era como si sus obras hubieran agigantado su estatura, y contribuyeran a crear una imagen distinta de él en la imaginación popular. Con el tiempo, hasta los hechos que ahora estaban frescos en la memoria se distorsionarían y correrían de boca en boca con la textura de leyendas.

No le importaba. La vanidad era una virtud que gustaba de cultivar, no el horrendo pecado que proclamaban los sacerdotes de ciertos nuevos cultos.

Vóronez se despidió de él con un apretón de manos. El general se fijó en cómo su ancha frente captaba la luz, aunque sus huesudos pómulos se empeñaban en permanecer en la sombra.

—Aún tengo diez paredes desnudas en los salones de la torre —dijo Vóronez—. ¡Y dos techos! Será un honor mandar que los pinten con frescos que conmemoren lo sucedido en estos días.

—Si Svalensko quiere inmortalizarnos en sus muros, no me opondré. Pero no os olvidéis de retratar también a las montañas, pues es por su inesperada ayuda que os queda tiempo para pensar en el arte.

—Lo haré, no os preocupéis. Y tal vez algún día los Dioses tengan a bien explicarme, mediante sueños, a qué debemos este milagro —suspiró—. Suerte en vuestro viaje, general. Espero que algún día regreséis a mi casa.

Hesión saltó a la primera barcaza, obligando a su corcel, Escila, a que venciera el miedo y encajara sus patas en la tablazón.

—No está en mi mano decidir si el Destino volverá a conducir nuestros pasos a este singular valle —dijo—, pero si lo hago estaré ansioso por ver esos murales.

Las barcas se llenaron de hombres y animales. Resultaba gracioso ver cómo muchos de los soldados que habían desafiado sin miedo al ejército yunk se apartaban con recelo de la borda, despotricando de tan inestable medio de transporte.

Cuando la madera de los remos tocó el agua, los vítores estallaron en las almenas. La ciudadela despidió con sedas blancas al Ejército de las Seis Lunas, y estuvo coreando los nombres de sus líderes aun cuando las barcas no fueron más que manchas en la lejanía.

Para algunos aquella fue una despedida silenciosa, de cruce de miradas; esgrima sigilosa de ojos que se lanzaban mensajes, cada cual con su propio secreto, cada uno con su ambiguo significado: Iván y Escia (irresoluto), Vóronez y Pulev (intrigante), Hesión y las estatuas de los Ungmer (respetuoso)...

Quizá fuera Iván el que más dolor tuvo que esconder al alejarse de la isla de Ferineia, pues al echar la vista atrás vio la silueta de una mujer en un balcón, un trazo de óleo bordado en sedas. Y supo que Escia había salido para verlos partir.

Le dijo adiós con un susurro, jugueteando con el trozo de seda que ella le había regalado en aquel salón, y que aún conservaba. Y ya no la volvió a ver más.

Los caballos, de gran alzada, relinchaban nerviosos sobre las tablazones, pero los jinetes permanecían a su lado y les acariciaban el pescuezo. En realidad, muy pocos de aquellos hombres habían visto alguna vez el mar, o grandes lagos, y temían que las aguas los llamaran a su cerúleo regazo, a los

recónditos abismos de sus corrientes... Pero eran valientes, y confiaban en la destreza de los barqueros.

De vez en cuando los remeros lanzaban llamadas de cuerno y los vigías les respondían haciéndoles gestos. Pronto sus siluetas dejaron de verse también, y la orilla del lago apareció esbozada con finos encajes de espuma.

Iván supervisó el desembarco. Agrupó a las compañías y ordenó un recuento del material. Una vez se internaran en los valles dependerían de sus provisiones y de la caza hasta que encontraran el primer enclave habitado, y eso podría llevar semanas. También dispuso que los zapadores levantaran un pequeño altar a Volos, dios de los rebaños y de los senderos pedregosos, pues toda ayuda al comienzo del viaje sería bienvenida.

—Las tropas están dispuestas —informó a su general—. Los caballos parecen ansiosos por trotar.

—Que contengan su entusiasmo —aconsejó Hesión, atándose al cuello una capa—. Necesitarán cada ápice de la energía que puedan reunir cuando llevemos veinte horas subiendo pendientes.

Como Iván se quedó unos segundos callado, Hesión intuyó que pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

—Hay una cosa de la que me gustaría hablarte. Por lo que he oído en las balsas, el legado Pulev ha estado charlando con los hombres y prometiéndoles que en el Sur hará más calor. Parece convencido de que nuestros pasos nos llevarán a Oskova, y les está vendiendo un futuro más confortable.

Un sentimiento de aprensión se alojó en el costado del general como una pequeña culebra.

—Iremos a Andurov —dijo Hesión, tajante—. Perseguiremos al Ejército Negro hasta el mismo confín del mundo si hace falta. Y ojalá esa rata almizclera de Pulev deje de vomitar sandeces por su boca. Quieran los Dioses que me equivoque, fiel Iván, pero arrastro un mal presentimiento desde que mantuve la primera reunión con el vaivoda. Siento frío en el alma, y no sé por qué.

Iván fue a comprobar que el altar estuviera terminado. Un cordero se paseaba inquieto por las inmediaciones, temeroso de su triste destino.

Hesión exploró con la vista las cumbres nevadas. Sí, sentía frío, pero no por el clima que les clavaba las uñas, sino por algo mucho más... oscuro.

La hiedra estrangulaba los muros del edificio, extendiendo palmo a palmo sus velludas cuerdas. Era un viejo hórreo sin ventanas, con un lagar que crecía a partir de las esquinas como un tumor de roca.

Autólico se alongó por encima del borde y raspó la costra de hierbas con su cayado; la uva había dejado su marca personal en el fondo, donde aún se podía distinguir una mancha negra, aceitosa, mezclada con la salmuera de antiguas reservas de pescado.

—¡Uva! —exclamó el anciano, eufórico.

Los restantes miembros de la comitiva, que limpiaban pescados para el almuerzo, se volvieron hacia él y sacudieron la cabeza, como si aquella fuera la confirmación definitiva de que se había vuelto loco. Muchos creían que lo estaba desde hacía tiempo, pero no se lo decían por respeto.

Iósif se levantó del campamento y cojeó con la pierna acalambrada, hasta apoyarse en el lagar.

—Ay, ay. —Tenía las orejeras empapadas de sudor—. Maestro, ¿por qué gritáis? ¿Habéis descubierto algo importante para vuestros estudios en el fondo de este hórreo?

—Para mis estudios no, Iósif, pero sí para la buena marcha de nuestro viaje. —Señaló la mancha oscura con el bastón—. ¡Uva, drupa carnosa! ¡Manjar de dioses que solo aparece donde el clima es benévolo y permite que se maceren los sueños de los comerciantes!

Su pupilo lo miraba sin comprender.

—¿Qué cosa es la uva esa que nombráis, un animal? ¿Estamos en peligro?

—No, no pertenece al reino animal, pues no la verás moviéndose sobre sus patas de aquí para allá. Es un fruto, jovencito, y uno muy codiciado. Su presencia aquí indica que estamos cerca de nuestro destino. ¿Acaso no has oído hablar nunca del vino?

—Claro que sí —respondió el escriba, ofendido—, pero tenía entendido que brotaba del jarabe de azúcar, como el aguamiel.

—Te equivocas, Iósif. —Autólico alzó los brazos al viento, como si hubiera descubierto un principio filosófico—. ¡Es la uva, la uva!

El escriba se quitó el gorro, sacudiendo con impotencia la cabeza mientras su maestro daba brincos como un niño pequeño. Retorció las orejeras hasta que salió un chorrillo de sudor.

Autólico tenía razón, el clima había mejorado en los últimos días. Al amanecer incluso se podía salir al exterior de las tiendas en calzones sin peligro de no hallar los testículos entre la carne. Un suave calor se instalaba en el aire a partir de media mañana, y ya no se desvanecía hasta el ocaso. Los

días también se alargaban, equilibrando el número de horas de luz y oscuridad. En el Gran Reino este equilibrio de doce horas solo existía en el coluro de los equinoccios. Del resto, los años fluctuaban entre el Sol de Medianoche y la oscuridad perpetua.

Iósif se había levantado aquella mañana con una agradable sorpresa: podía atarse el cinturón en un agujero menos. Era un síntoma de que el ejercicio superaba a la alimentación, y que los centenares de millas recorridos desde Sikandar habían dado sus frutos. Desde niño, Iósif había tolerado muy poco el ejercicio; sus amigos se burlaban de él llamándolo vaca, o cerdo tragón, y jugaban a encerrarlo en las majadas con sus semejantes. Pero él sabía que no todos los seres humanos estaban hechos para destacar en lo físico. Quizá no podría embestir con una lanza con la velocidad de un soldado, pero su mente valía por la de dos o tres de aquellos zagales que convirtieron su niñez en un suplicio.

Autólico se percató de ello y le enseñó a leer y a usar los números, por lo que siempre estaría en deuda con él. Incluso cuando le pidió que lo dejara todo para viajar a tierras muy lejanas para trabajar en un proyecto que, de extraordinario, casi parecía un cuento de hadas.

El viaje desde la frontera con el Kanato fue largo y transcurrió bajo el constante peligro de toparse con patrullas yunk, pero gracias a la sabiduría del comandante Nabarza y a sus contactos, habían logrado alcanzar la costa del continente. Kysmir, el capitán del barco, no era hombre de lengua fácil, pero sabía tanto de navegar por los ríos como de pescar con una jábega de diez brazas, y en esto último era un maestro. De hecho, llevaban semanas alimentándose casi exclusivamente de anguilas, y por algún milagro que Iósif no alcanzaba a comprender, el cocinero logró que los pasajeros no se saturasen del fisóstomo pez.

El *Corazón de primavera* había descendido sin problemas el Volg, para culebrear después por los tributarios e incluso sortear algunos rápidos muy apurados, siempre rumbo al Sur. Pasó por encrucijadas donde el río reunía sus aguas errantes en un estrecho y rápido flujo, haciéndolas correr hacia tierras desconocidas. Y una buena mañana el río se ensanchó hasta formar un maravilloso delta en el que se fundía el agua dulce con la esencia salina del mar.

Ahora, el *Corazón* estaba embicado en un remanso de aquel estuario, y habían montado un campamento mientras Kysmir se preparaba para regresar al interior del país.

—¿Vais a abandonarnos aquí, en serio, en esta especie de... lo que sea? —preguntó Iósif más tarde, cuando se sentaron para comer. El lugar donde Kysmir había dado orden de desembarcar ni siquiera pertenecía a la gran península de Findramyr, que llevaban días bordeando. Era una islilla rocosa, con aquel olvidado lagar en medio, que se había desgranado perezosamente de la costa—. ¡Aquí estamos aislados!

—No demorar partida —respondió el capitán. Cuando Kysmir hablaba, arrastraba las palabras en un ronroneo áspero—. Aquí mejor para vosotros. Ríos no seguros. Kanes enfadados, muy enfadados. Matar a todos los norteños que vean a partir de ahora.

Autólico bebió el caldo de anguila.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Pescadores hablan. Antigua tribu Sumotai resentida con el Kan. No aprecian a los norteños, pero tampoco a yunks. Ríos no por más tiempo navegables para los de tu raza...

—¿Nos han declarado la guerra? —se asustó Iósif. Su maestro trató de tranquilizarlo.

—Aunque así fuera, y motivos no les faltan, estamos demasiado al Sur como para preocuparnos de las tropas. Si la promesa del Rey Comerciante de la Hélade era cierta, sus barcos no tardarán en aparecer.

—¿Y si han cambiado de opinión? —La respiración de Iósif se aceleró—. ¿Y si el mecenas que quería contratarnos ha muerto?

El poeta volvió a su caldo. Un ave de cuello verde graznó en la lejanía; un sonido solitario y triste, como sus pensamientos.

Iósif dejó su cuenco en el suelo.

—Yo... yo no quiero perder a mi familia...

Kuzmin alzó la voz, apoyando sus huesudos codos contra una piedra.

—Deberíamos ser más prácticos. ¿Qué ocurrirá si en el viaje a Orestes nos topamos con navíos de guerra del Kan?

—Probablemente nada —dijo Autólico—. No creo que los Kanes deseen buscarse problemas con dos naciones a la vez. Ellos siempre han mantenido buenas relaciones comerciales con la Hélade. Si avistamos galeras enemigas, nos esconderemos bajo cubierta y esperaremos a que pasen.

—Enemigas —murmuró Iósif—. Qué horrenda es esa palabra...

—Yo tengo una prima sureña —apuntó Kuzmin, y luego tuvo que explicar—: Vive en Hafir, con su marido y las otras dos esposas de aquel. No la veo desde hace años, pero dudo que me odie solo por ser del Gran Reino.

—A mí me estás empezando a caer mal, y no porque seas vasallo de un rey u otro —gruñó Iósif. Eso desató una pelea entre ellos a base de lanzarse pedacitos de anguila. Mientras tanto, Kysmir apuró su cuenco y lanzó una sonora ventosidad.

—Partir ya —decidió el que fuera en tiempos un gran bogador, de los de brazo incansable y espalda quemada por el Sol—. Suerte en vuestro viaje, amigos. Reyes del Hélade muy sabios, ellos os protegerán. Cuidan de todo lo que implique Arte.

—Gracias por traernos hasta el confín del mundo —dijo Autólico, solemne—. Nunca os olvidaremos.

—Oh, no, confín del mundo no este —rio el capitán—. Tierra mucho más grande de lo que jamás soñamos. Demasiado extensa, incluso para humanos.

Con esto puso fin a su compromiso con ellos, y los marineros arrastraron de nuevo la barcaza hasta el agua. Su silueta no tardó en difuminarse en las nieblas del río, densas y plateadas a primera hora de la tarde. De fondo, la tierra empapada de lluvia se saturaba de luz brillante por un lado y se adornaba con ricas sombras por el otro.

Iósif contempló con algo de miedo el ancho mar. Estratos de nubes preñadas acribillaban con cordones de lluvia las distantes planicies acuáticas, tamborileando con dedos rotundos en los saledizos de espuma de las olas.

—¿Qué habrá querido decir con eso de que el mundo es demasiado grande? ¿Que es posible que no tenga fin?

Autólico coqueteó filosóficamente con esa posibilidad.

—Si es así, significa que podríamos llegar tan, tan lejos como para encontrarnos un día a nosotros mismos.

Iósif y su primo se quedaron callados, tratando de asimilar esa frase.

—Si un hombre no puede encontrar nada de valor en su propia tierra y tiene que ir a buscarlo tan lejos —dijo Autólico—, es que su vida ha estado más vacía de lo que él mismo cree. Los hombres avariciosos no entienden cuál es el verdadero tesoro de nuestro mundo. Lo ven en el oro y en la plata, en yegudas y vacadas. Amasan montones de cosas brillantes y desperdician sus vidas custodiándolos. Y luego mueren, sin poder llevarse nada consigo. ¿Qué sentido tiene abarrotar tantos cofres, si el océano y el cielo están ahí para recordarnos lo insignificantes que somos?

—Creo que no os entiendo, maestro.

—Hay veces en que no me entiendo ni yo —suspiró el poeta—. Hijos míos, no quisiera daros tantos consejos que se os fueran a salir por las orejas, pero...

—¡Allí, mirad! —le interrumpió Kuzmin, estirando un dedo hacia el horizonte—. ¡Una vela! ¡Una vela roja!

Una leve pincelada carmesí se mecía sobre las olas como una mancha vertical de sangre. El color inquietó a Iósif, que pensó inmediatamente en corsarios, pero su maestro parecía tranquilo.

—Son ellos —sonrió Autólico—. Han venido, como me prometieron. —La alegría y el asombro saltaron a su cara.

—Pero... esa vela...

—El rojo es el color del comercio en la Hélade. Es así desde los tiempos en que el púrpura de urchilla y el rojo de rubia eran los tintes más codiciados por los emperadores.

Iósif metió la mano en su capa. Sacó una cadena enhebrada en el pomo de una diminuta daga de oro y la besó.

—Quiera la Diosa que estos sean los que esperamos...

El barco resultó ser una nao de elegante línea, con aparejo de vela al tercio y orza de sotavento. En la angosta pasarela central, por encima de la línea de remeros, se alzaban varios hombres ataviados con una indumentaria que les resultó chocante: un caftán orlado sujeto al hombro derecho, pantalones azules y una saya corta anudada a la cintura. Los gorros eran lo más llamativo, ricos en su elaboración y con un código oculto que diferenciaba sus rangos. El lento pálpito de las órdenes acompañaba a las maniobras de la nao mientras se acercaba a la costa.

—¿So... son ellos, estáis seguro? —tembló Iósif—. No tienen aspecto de comerciantes...

—¿Y qué aspecto crees que deberían tener, truchas con alas^[49]?

Los marineros los contemplaron mientras la poderosa quilla de la nave se clavaba en la mar como si pretendiera mutilarla, arrancándole la piel de humedad y mostrando la musculatura que se escondía debajo.

—¡Ah del barco! —gritó Autólico, haciendo señas con su cayado. El navío se aproximó todo lo que pudo a la isla. El perfil dentado de la costa, repleto de playas y oquedades, hacía difícil que un barco de grandes dimensiones se acercara para recoger pasajeros.

El hombre que parecía estar al mando llevaba un cinto festoneado con media docena de cuchillos y una barba bífida. Su aspecto era poco tranquilizador, pero fue el único que se sumó al diálogo.

—¿Quiénes sois, extranjeros? —gritó desde la baranda de proa.

—Soy Autólico de Sandria —respondió en la lengua de la Hélade—. He venido hasta aquí porque un rey bondadoso me prometió asilo en su Corte.

¿Sois vosotros sus siervos?

—Yo soy Afidante de Noocia, y he cruzado el ancho piélagos para encontrar a un hombre. Un poeta divino, tejedor de cantos, cuyos versos se dicen inspirados por los Dioses, y cuya erudición solo es comparable con la solariega sapiencia de los robles.

Autólico se sonrojó ante esos halagos, y sacó de su escarcela el salvoconducto que le había dado Acrisio.

—Me temo que la fama, la más veloz y mentirosa de todas las aves, se ha ocupado de llenar el nido con exageraciones que no corresponden a la realidad. Pero sí, soy el achacoso ensucia papiros que hizo un trato con Rexénor, y para demostrarlo tengo este salvoconducto.

El capitán dio una orden y una barca fue arrojada al mar. Sus tablones lloraban gotas de humedad, gemas que reflejaban montones de ojos suspicaces.

Una vez tuvo a bordo a sus tres pasajeros, el anciano y los dos jóvenes de aspecto asustado, Afidante examinó el papel. Consintió entonces en que se instalaran en el castillo de popa.

—Nos quedan por delante un par de semanas de dura porfía —le advirtió—, así que espero que seáis tan buen nauta como hombre de letras.

Autólico estrechó su mano. Iósif y su primo se abrazaron, felices, y se dispusieron a guardar los bártulos bajo la pasarela, el equivalente a la bodega en aquella nave diseñada más para cortar olas que para llevar voluminosas cargas.

Los rudos Helenos los miraron con curiosidad e hicieron chistes soeces. Iósif leyó en sus rostros una experiencia vital increíble, la suma de mil descubrimientos y de cien leyendas hechas realidad que no tenían parangón en nadie que no hubiera surcado los mares. Traspuestos los horizontes, ¿qué prodigios se habrían quedado grabados en aquellas pupilas, que les daban un brillo más intenso que el Sol? ¿Qué gemas podrían esconder luces en los mangos de las espadas que pudieran competir con lo que aquellos marineros habían visto?

Las auras bonancibles ya brindaban a navegar, y resueltos tomaron su rumbo por la llanura verdosa. Durante varios días inclinó el bóreas sus mástiles, el cálido viento y la espuma salobre moldeando la tela, pero una mañana los espíritus dejaron de soplar y el lienzo colgó exánime del palo.

Plácidos los vientos, rizaban apenas la superficie del mar, por lo que los hombres hincaron remos en la espuma e hicieron gala de la fuerza que su orgullosa raza cultivaba desde la niñez.

Los bogadores se sentaron en sus bancadas, enfrentados al maderamen contra el que faltarían sus piernas al tirar. Los músculos se tensaron y la nave ganó terreno al sosiego de las aguas, siempre rumbo al Sur, a unas costas etéreas que se adivinaban en el horizonte. Afidante recalcó, en una ocasión, que prefería halar a que los Hados convirtieran el navío en un juguete que marear a su antojo, en esos momentos en los que no hay forma de distinguir el día de la noche.

Así pues, los Helenos batieron la espuma a fuerza de puños y barrieron las extensiones en busca de un soplo que combara la tela. Este apareció al quinto día, y la nao apuró su paso.

Los pasajeros estaban celebrando que los Hados al fin les hubieran favorecido... cuando el vigía divisó algo en lejanía.

—¡Velas de guerra! ¡Muchísimas! —voceó, señalando a babor.

Autólico se estremeció al reconocer las banderas de los Kanes, y sus barcos, esos gigantescos navíos con dos órdenes de remos, un mástil colosal, una gavia sobre la vela mayor y pesados espolones acribillando el agua. Cada nave podía llevar hasta doscientos guerreros, y estaban dispuestas en una formación defensiva, aquellas con mayores órdenes de remos escoltadas por dromones^[50] y lanchas ligeras, aunque no tan cerca unas de otras como para robarse el viento.

Pero el tamaño de aquellos barcos no era lo más temible. Lo que realmente impresionó a Autólico fue su número.

—Por el numen de la Diosa... —exclamó Iósif, los tobillos bailándole por el miedo. Su amuleto de oro colgaba en un lento vaivén.

Más de mil naves enhebraban un telar de espuma en la distancia, dividiendo el océano en una malla simétrica. Se dirigían al Norte, a las playas del continente, y procedían de los países leales a Magnus que había a lo largo y ancho del mundo.

El pánico de Iósif aumentó cuando se dio cuenta de que la flota era tan grande que no la estaban divisando a lo lejos, sino que navegaban *en medio* de ella. Había más galeras detrás y por los lados, y así hasta el horizonte.

Por fortuna, ninguno de aquellos barcos de guerra se detuvo a preguntar qué hacía un simple barco comercial en aquellas aguas. Pero los miraron al pasar con la curiosidad del elefante que ve por primera vez un arruí.

—¿Es una invasión? —preguntó Iósif cuando despegó la lengua del paladar.

—La mayor que jamás se haya visto —murmuró Autólico—. Calculo que deben ser más de cien mil soldados, que se unirán a los que sin duda les

esperan en tierra. Esos barcos son demasiado grandes para remontar los ríos, así que esto no debe ser sino una primera fase de concentración de tropas.

El capitán Afidante se colocó a su izquierda, el aire silbando por medio de su barba bífida. En ese momento estaban cruzando al lado de un dromón. Distinguieron perfectamente las hileras de cabezas acorazadas que los estaban mirando, y el bosque de lanzas que las flanqueaban.

—Yunks. Un ejército como no ha conocido antes la Humanidad. ¿Adónde van?

—A la guerra —sentenció Autólico—. Kysmir tenía razón: Magnus no está dispuesto a tolerar por más tiempo la política expansionista del rey Maximilian y su enfermiza búsqueda de costas. Pero jamás creí que llegaría a esto...

—¿Podrán vencerlos?

El anciano no respondió. Parecía un segundo más viejo.

Un estandarte ondeaba sobre el castillo de popa de una de las mayores naves, con el símbolo flamígero del Gran Kan, el dragón rampante de varias cabezas, tendido al viento. El mástil parecía hecho de ébano incrustado con madreperlas, rubíes, espinelas y curvos trazos de oro.

—Que los Dioses les ayuden. Ya no hay fuerza que pueda detener esto.

La flota acabó pasando de largo, un buen rato después. La tripulación de la pequeña nao no abrió la boca hasta transcurridas unas horas, sumida como estaba en sus preocupaciones. Los Helenos no temían al Kan porque siempre había existido un equilibrio de poder entre los Reyes Comerciantes y él, pero si ese frágil equilibrio se rompía y Magnus se declaraba soberano de la mayor extensión de tierra conocida, podría apuntar luego a los países bañados por el océano que aún no le pertenecían. Y a las inmensas riquezas que se contaba habían amontonado los Reyes Comerciantes a lo largo de generaciones.

Pero los Helenos eran hombres curtidos en los enigmas del tenebroso piélago, y prefirieron ocultar sus sentimientos. No ocurría así con Iósif y su primo, que se deshicieron en lamentos a sabiendas de que aquel era su último viaje, y que no habría retorno al hogar.

Aquella tarde, cuando el horizonte se convirtió en un cartílago rojo, Autólico sintió que le llegaba la inspiración y cantó. Compuso una elegía por un Reino, por las decisiones erróneas cuyo fin último era desatar la tragedia de un pueblo. Los versos se elevaron en la noche y se perdieron sin que nadie los atesorase. Fue una ofrenda a la desesperación, un sacrificio artístico que culminó con la muerte de su propia obra.

—Hubo una vez un sueño llamado «el Gran Reino» —susurró—. Era tan endeble que si hablabas de él en voz alta, se desvanecía...

Él mismo olvidó aquella canción en cuanto cerró los ojos.

Pasaron las semanas, y un buen día las luces de Orestes iluminaron las aguas. El áncora sujetó la nave con tenaz diente y la proa recamó el muelle. Así concluyó el viaje de Autólico hasta la legendaria ciudad de sus antepasados, urbe de riquezas infinitas y de acaudalados negociantes. Capital de palacios de mampostería dorada donde, sacando unas chispas ocultas en las entrañas del pedernal, los antorcheros iluminaban los faroles y vestían a los barrios nocturnos con un encaje de estrellas.

Autólico, al desembarcar en la que sería su nueva patria, desvió la vista hacia el lejano Norte, un horizonte brumoso, y rezó por que lo que fuera que estaba a punto de ocurrir en el Gran Reino no cogiera desprevenidos a sus amigos.

4

Las semanas posteriores a la partida de Svalensko transcurrieron en paz, y el Ejército de las Seis Lunas mantuvo un buen ritmo de viaje.

Los bosques que vestían como mantos reales las montañas se extendían hasta formar un océano de hayas, álamos temblones y abedules. El silencio implícito del bosque convertía la guerra en un mal recuerdo, mientras el agua de los riachuelos susurraba armonías salvajes.

Los desfiladeros eran tortuosos y el aire escaseaba en las alturas, pero los increíbles paisajes del Urianhai, con su naturaleza primitiva y los riscos que permitían otear a cientos de millas, levantaban la moral de los hombres y mantenían frescas a las bestias. A uno de estos aleros trepó Hesión y miró hacia los cuatro puntos cardinales, asombrándose de a cuánta distancia llegaba la vista en el aire claro.

En ningún momento encontró las huellas del paso de un ejército, cosa que apaciguó su espíritu. Pero nunca se quedaba tranquilo del todo, pues la desazón de su alma seguía allí, como si los Dioses quisieran advertirle de algo.

Hesión acudió en varias ocasiones a Julak, un lancero de la tropa que era hábil interpretando los presagios, pero en las señales que buscaba siempre había negrura. Los signos eran ambiguos y las predicciones opacas. El futuro

se escondía tras un velo de sombra, como si se avergonzara de quedar expuesto a ojos de los mortales.

En dos ocasiones recibieron noticias de Svalensko. La primera carta la trajo una paloma, y no decía mucho, aunque sus palabras levantaron el ánimo del general más de lo que podría haber logrado un libro entero: Eithne y las sacerdotisas estaban en la fortaleza. Por lo poco que contaba la misiva, se disponían a partir en breve hacia el Este, aunque no decía adónde.

Hesión aguardó con impaciencia más mensajes, breves líneas que le contaran cómo estaba su amada y qué le había sucedido en todo aquel tiempo, pero para desgracia suya, el segundo papel fue aún más escueto: se habían divisado columnas de humo en el horizonte. Todo parecía presagiar un movimiento a la desesperada de Magnus... pero Hesión se resistía a creerlo. Le tenía por un hombre demasiado inteligente como para caer como un necio en las provocaciones norteñas.

Era un pez demasiado grande para aquel anzuelo.

Cuanto más se aproximaban a la cima de Vorolk, el pico que dominaba el valle de Andurov, el espíritu del general más se alegraba. Su rostro se iluminó al encontrarse con quebradas a las que había puesto nombre de niño, e identificó por el oído algunas corrientes de agua que se lanzaban como halcones desde los despeñaderos. Las flores mezclaban sus perfumes en un aroma tan etéreo que los animales podían alimentarse solo de él, y los sonidos retenían una pureza de tonos que los hacía parecer nuevos, recién llegados al mundo.

Escondida en algún punto del vetado corazón de la montaña yacía Andurov, la joya del Norte^[51].

Iván detectó este cambio en su estado anímico y se alegró, pues pocas personas le importaban tanto como su amigo, y el amor que ambos sentían iba un paso más allá del simple compañerismo entre soldados. Iván sabía que jamás podría competir en su corazón con la hermosa Eithne, pero se conformaba con verlo sonreír después de tantos meses de penurias.

Esa alegría murió en cuanto los exploradores divisaron la cumbre de Vorolk.

Un amanecer sin alba les sorprendió en las laderas. Iván tuvo la mala fortuna de ser el primero en enterarse de la noticia. Iba en cabeza, manteniendo un cómodo trote para que Hizri llegara hasta su lado; ambos solían conversar a menudo sobre sus respectivos hogares, recreándose en las evocaciones de los prados y las avenidas de los pueblos. Pero entonces

divisaron los manchones de humo, y los exploradores volvieron con expresiones de congoja en el rostro.

Iván les escuchó atentamente, sus manos acalambradas sobre las riendas. Luego miró a su espalda, y vio cabalgar a Hesión con la perplejidad derramada en la cara. Él sería el siguiente a quien informarían, y entonces el mundo, tal y como hasta entonces lo habían conocido, llegaría a su fin.

LIBRO SEGUNDO

DEL AMOR Y LA IRA

CANTO XV

La ira

1

Ellos cantan de los cuervos y la sangre de los muertos. Cantan de los huesos de los niños y del alimento de los perros, de las fogatas en la noche y la podredumbre de la peste, que llega cuando el clamor de las víctimas se ha apagado para hacer de los despojos su reino.

Cantan también de la ira de Hesión, la llama que ardió en la barbacana de su pecho cuando arribó, tras muchos días de agotador viaje, a la hacienda de sus padres. Cuando, al rebasar el pendón de la cumbre de Vorolk, los tambores redoblaron anunciando el retorno del hijo pródigo, pero en lugar de la risa de los infantes y las lágrimas de las mujeres, solo se escuchó el picoteo de las aves sobre lo que antaño fueron los padres y madres del héroe. Sus amigos, hermanas y hermanos.

Sí, cantan que el Ejército de las Seis Lunas llegó a las puertas de Andurov el mismo día en que callaba el otoño y nacía el invierno. Los tambores retumbaron y las hogueras se encendieron. Los poderosos batientes de la atalaya de Durov habían sido forzados desde el exterior, sus banderas quemadas. De los bosques que flanqueaban el pueblo se precipitaron hordas de lobos que venían a reclamar su parte de la carroña. Y fue al verlos cuando Hesión comprendió la magnitud de la catástrofe.

—Esta es la oscuridad natural del mundo —logró decir, tras unos minutos de congoja—. La ausencia de luz que quiebra nuestros corazones y ahoga la alegría de vivir.

Iván descabalgó, como hiciera el general nada más traspasar los batientes. El yelmo pesaba sobre su cabeza y el plaquín le había estado molestando todo el camino. Sentía sus entrañas agitarse como anguilas recién pescadas.

—Hesión, yo... —Contempló atónito el panorama, escondido entre los barrotes de sus dedos—. Lo siento. Qué vacías suenan ahora estas palabras.

Apartó los ojos de la matanza, pero la visión del rostro del general era aún más aterradora.

—Si los Dioses así lo han querido, nosotros no podemos hacer nada —dijo Iván—. Sé que no es consuelo, pero no estaba en nuestras manos evitarlo.

—No es potestad de los mortales oponerse a la voluntad de los Dioses, pero sí a la de otros hombres. Escucha bien esto que te digo. —Agarró por el peto de la coraza a su amigo—. Que nuestro amo reciba en canje lo que de otro modo tendría que conquistar en largas batallas. ¿Ves esas puntas de flecha que asoman por la espalda de los cadáveres?

—Sí —respondió Iván, asustado por el metal al rojo blanco de su voz.

—¿Crees que el rey nos ha retirado su confianza hasta tal punto que dispone trampas para nuestros corazones, Iván? —Una lágrima asomó a sus ojos—. ¿O acaso confiaba tanto en la lealtad de sus hombres como para desposeerlos de todo lo que un día amaron, forzándoles a medir su aplomo?

—No... no te comprendo, Hesión. ¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver la voluntad del rey con esto? ¡Lo que ves es obra de las avanzadillas del Ejército Negro! ¡Si nos damos prisa en abreviar a las bestias aún podremos alcanzarles!

—Te prometo que vamos a levantar el sitio y espolear a los corceles, pero no rumbo al Norte. Si continuásemos hasta el paso de las nieves, no haríamos sino alejarnos de nuestro verdadero enemigo.

Iván miraba a Hesión sin entender, pero el miedo ya se había instalado en su corazón, pues sospechaba lo que en realidad había ocurrido en aquella cima. Y temía la reacción de su amigo, a quien había visto estrangular soldados con las manos y partir en dos sus caballos de brutales mandobles.

—¿Quién es nuestro verdadero enemigo?

El general se limitó a arrancar una flecha de un cadáver, una anciana que protegía a un niño entre sus pechos. Ambos habían sido rociados con aceite y quemados hasta ser reducidos a amasijos de carne negruzca. De fondo, mezclada entre los jinetes, la encorvada figura del legado Pulev guardaba silencio, aunque no se perdía detalle de lo que pasaba.

El proyectil que había arrancado Hesión era una flecha corcovada, con el delta ligeramente curvado hacia fuera para que desgarrase si era arrancada de una herida. La saeta preferida por los tiradores del ejército norteño.

—Han sido ellos —escupió Hesión—. Vi el trazo que marcaba el avance de las tropas en el mapa de Vóronez, pero imaginé que sería un error.

Estúpido de mí. —Se clavó los dedos en la cara, manchándose con la putridez que volvía negra la nieve.

Avanzó unos pasos hasta el centro del camino. Detrás permanecieron sus hombres, impactados por el horror de la escena. Muchas casas antaño repletas de vida no eran más que montones de escombros. La distribución de los cadáveres sugería que los atacantes habían acorralado a los pueblerinos antes de rociarlos con aceite y encender las antorchas, para que al huir ellos mismos prendieran las viviendas. Un espantoso mosaico de miembros amputados y cabezas rodantes decoraba las cercas de los huertos. Pero lo más horrible era el hedor, una peste a carne quemada que llegaba en oleadas tan acres que les enrojecían los ojos.

La ventisca había borrado las huellas de los jinetes, pero no los profundos surcos que los carros de guerra habían dejado en el sendero.

Y esos surcos doblaban hacia el Sur, de regreso al centro del país.

El segundo comandante Hizri hizo un aparte con Iván.

—Los lugartenientes aguardan la orden para retomar la marcha —informó. Luego miró a Hesión, acuclillado junto a una pila de miembros cercenados de niños. Las manitas de los infantes habían sido usadas como pañuelos para limpiar las armas de sus verdugos—. Esto no podremos olvidarlo mientras vivamos. Es un horror que nos acompañará a la tumba.

—No. Lo que seremos incapaces de olvidar es lo que vendrá a continuación. —Iván advirtió que los puños de Hesión se cerraban—. Lo que está a punto de pasar.

—¡Perseguiremos a esas bestias aunque tengamos que calentarnos quemando las entrañas de nuestros caballos! Por los Dioses, juro que pagarán por lo que han hecho.

—No lo entiendes, Hizri. No han sido los exploradores del Ejército Negro. Fueron tropas del rey.

Hizri miró a su superior de hito en hito.

—¡Mentira!

—Me temo que no. Mírale. —Señaló al general—. Lo sabe.

—Pero ¿por qué, por todos los cielos? ¿Acaso no sabía el rey que este era el pueblo de Hesión, su única familia?

—Claro que lo sabía, maldita sea, pero también son ustranianos, una casta sin lugar en los planes de futuro de Cordelia. Se rumorea que desea razas heucanitas puras para habitar las estepas sagradas. Además —se acercó al borde del camino, donde caía a pico el acantilado—, la cumbre de Vorolk es un puesto estratégico. El ejército que la controle tiene en sus manos la defensa

del paso de las nieves. —Se le quebró la voz—. Vóronez debió suponer que los nativos jamás reconocerían el estandarte del Águila como propio. La idea de nación no está hecha para ellos. Jamás habrían aceptado marcharse pacíficamente de estas tierras.

Hizri sacudió la cabeza.

—¿Qué haremos ahora?

—Protegernos de su ira.

—¡La ira de Magnus no puede alcanzarnos aquí, por Volos!

—No me refiero a la de Magnus, sino a la de Hesión. —Le miró intensamente a los ojos—. Te juro que, si sobrevivimos a este trance, será para ver cómo la suerte de los defensores del Gran Reino se torna en su contra. El rey ha cometido su mayor error si cree poder inclinar la balanza de la lealtad de sus héroes.

Como si aquellas palabras hubiesen prendido una mecha, Hesión dio una orden en susurros, pero que sonó tan estruendosa que todo el ejército pudo oírla:

—Quemad lo que quede de las cabañas. Enterrad a los muertos y ensillad. Nos vamos.

Iván se apresuró a obedecer, pero antes de que las antorchas prendieran de la yesca y el pedernal, las cabañas ya estaban ardiendo. Allá por donde pasaba el general todo se inflamaba a su paso, como si la fuerza de su rabia bastara para hacer estallar en llamas los despojos.

Hesión hizo una parada antes de marcharse. Bajó hasta una cañada cercana al pueblo y se acercó a un árbol centenario, de hojas blancas y lustrosas como la joya mejor tallada. Iván, que lo vigilaba desde lejos, se asombró al verlo abrazar aquel tronco y arrancar un fruto de sus ramas. Cuando regresó junto a los caballos, lo metió en una alforja y no lo mencionó más.

Si sus ojos no le engañaban, aquel fruto tenía forma de media luna.

La tea en que se convirtió la cumbre aquel primer día de invierno pudo ser vista a muchas leguas de distancia; su resplandor derritió las nieves que habían caído en el Skrov y dilató las picudas sombras de los árboles. La columna del ejército dio media vuelta y desanduvo el camino que tanto le había costado superar el día anterior. Los exploradores recibieron la orden de buscar el sendero más despejado hacia el Sur, rumbo a los páramos que se extendían más allá de la cordillera.

En la mente de todos estaba su nuevo destino: Sikandar, la fortaleza santuario del rey.

El lugar que hasta ese momento habían llamado su casa.

2

—¿Cansado del largo camino? —preguntó el legado Pulev a Iván durante una pausa. Era a eso de la hora undécima, y el comandante había sido liberado por fin de las obligaciones del servicio. Estaba acucillado junto a una hoguera y daba buena cuenta de una hogaza de pan y un poco de licor, que volvían soportable la espera.

—El cansancio es algo que sienten los que tienen la fortuna de haber estado ocupados en algún menester. Yo he pasado las últimas dieciocho horas cabalgando en silencio junto al general.

—¿De verdad ha dado orden de regresar al centro del país? Los soldados no pueden creer su suerte —tanteó Pulev.

—¿Suerte? ¿*Suerte* decís? —Iván apuró la bota—. No elogiéis a unos Hados que nos han abandonado para siempre. Creedme, legado, la decisión de volver a casa tiene poco de venturosa.

Una sombra mancilló la expresión de Pulev.

—Entonces lo sabe.

No fue hasta un rato después que Iván lo miró con espanto, dándose cuenta de lo que implicaban sus palabras. Se acercó a él para hablar en voz baja.

—¿Qué queréis decir?

El legado adoptó una expresión ambigua. Iván recordó las historias que circulaban sobre cómo la organización a la que pertenecía Pulev se encargaba de interrogar a los enemigos de la monarquía en mazmorras llenas de cadenas. Pocos huéspedes de esas cámaras negras vivían para contarlo, y los que lo hacían hablaban de castigos tan despiadados que la mente humana se negaba a soportarlos, y su cordura era lo primero en desaparecer con un estallido de agonía.

—He querido decir exactamente lo que he dicho. Sinceraos, comandante: ¿esconde esta súbita retirada la intención de pedirle cuentas al rey? ¿Acaso la mente del general esboza la traición?

—No... no lo creo. No ha pronunciado palabra desde que bajamos la cordillera. Su corazón es estrecho campo para la desdicha, me temo.

—Pero habrá hablado a través de algún gesto. —Las cejas de Pulev se erizaron—. Vos le conocéis mejor que ningún otro, pues habéis compartido

con él algo más que diatribas sobre la salud de los bueyes y los planes de combate de las tropas.

Aquellas palabras zahirieron a Iván, que intentó levantarse para perderse entre los árboles, pero la mano del legado se cerró como una tenaza en torno a su muñeca. Iván no se esperaba que el remilgado observador pudiera esconder tanta decisión, o tanta maldad. Las imágenes de las cámaras de tortura regresaron.

—A todas edades sufrimos el peso del bronce, y con la punta de nuestras lanzas agujiamos cuando nos toca los lomos de nuestros esclavos —recitó Pulev—. Así reza la octava azora del libro sagrado. ¿Sabéis qué significa?

Iván negó con la cabeza.

—Quiere decir que nacemos siervos de un poder superior, que nos mantiene bajo su amparo hasta que nos sumamos a sus filas, momento en el cual el yugo se torna en poder y respeto. Ni en la tarda senectud debilita nuestro ánimo, ni nos arrebató el vigor del cuerpo, ni acompaña nuestras horas con acerba aflicción. Solo cuando le volvemos la espalda su agujión se convierte en letal como el beso del áspid, y lo único que nos reserva el futuro es la frialdad de la tumba.

—¿Cómo sabéis que...?

—¿Que sois el amante secreto del general? Vamos, Iván. —Añadió unos cuantos dientes a su sonrisa—. Soy un observador. Eso es lo que hago en la vida, mirar. Y vos sois transparente como el rocío de la primavera. Hesión sabe ocultar mejor sus debilidades que ningún otro ser humano que yo haya conocido, pero la fuerza real de una cadena es la del eslabón más débil.

Iván sintió que las piernas le fallaban. Su único consuelo era que nadie de la tropa parecía haberse percatado aún de su situación. Los hombres seguían arremolinados en pequeños corros, y los dados del zunusk crotaleaban sobre las esterillas^[52].

—¿Qué pensáis hacer con esa información?

Pulev soltó la muñeca del comandante. Sabía que no iba a marcharse a ningún sitio.

—Iván, vuestro superior procede de una casta de hombres nobles. Los reyes se justifican alegando que su linaje proviene de los Dioses o de insignes héroes del pasado, y hacen tallar árboles genealógicos que los emparentan con figuras de la Historia, aunque los que se atreven a solicitar pruebas de ello acaban en la hoguera. Lo importante es que el pueblo crea que eres descendiente de héroes, no que lo seas en realidad.

—Hesión nunca ha mentido con respecto a su procedencia.

—Exacto, y eso es lo más extraño. Admite ser hijo de cabreros y emigrantes pobres de la Hélade, pero sabe leer y escribir, y sus hazañas demuestran que tiene sangre divina corriendo por las venas. Lo que gerifaltes y monarcas luchan por aparentar a diario, a él se le refleja en la cara con solo mirarlo. Es un don.

»Su único problema —habló más bajo— es que procede de una cultura distinta a la nuestra. Una mucho más permisiva con los humores del corazón. En el Gran Reino se considera una tremenda ofensa al honor de un padre saber que su hijo se acuesta con otro hombre, o que sus hijas no desean conocer varón porque encuentran consuelo en otra clase de brazos.

—En el país del que provienen los padres de Hesión esas prácticas no se consideran pecaminosas —alegó Iván.

—En su país no, pero sí en el nuestro. Estamos muy lejos de las costas sureñas que vieron nacer a sus abuelos. —La risa se filtró a través de su barba—. El concepto «amistad verdadera» entre dos hombres no posee aquí unas fronteras tan permeables. Y como sabéis, los varones escasean tanto en nuestros días que el rey incluso tiene a bien considerar una variante de las leyes de casamiento, para que un solo hombre pueda poseer hasta tres mujeres, a la usanza de los Kanatos.

—No hablaréis en serio...

—La semilla de los varones que no murieron en la Gran Guerra es demasiado valiosa para desperdiciarla en lugares distintos a sus naturales santuarios. Sobre todo la de héroes como Hesión, que podrían fundar linajes que con el tiempo unificarían nuestro país. —Miró al general, sentado con una cítara en las manos frente a su tienda. ¡Interpretaba música, como si fuera un aedo en lugar de un soldado! Y aun así seguía siendo el modelo perfecto del *heros*, aquel que no permite que la historia derroche ironía; aquel en cuya esencia humana se revela lo divino como un ideal tangible—. Hasta ahora las únicas mujeres que ha tomado no han significado para él más que breves distracciones, pero cuando la unificación termine deberá sentar la cabeza. No podrá esquivar por más tiempo sus deberes como padre, para lo cual se le proporcionarán hembras capaces de parir muchos vástagos^[53].

Aquello debió haber herido los sentimientos de Iván, pero lo que sintió fue una maliciosa satisfacción. Las palabras del legado revelaban que desconocía el lazo invisible que unía a Hesión con la hermosa Eithne, fuente de tantas amarguras en su corazón.

Por una vez, la desdicha de los celos se tornó en triunfo: los espías de la princesa Cordelia no lo sabían todo, aunque se jactaran de ello.

—Sois muy primitivo, legado —rio—. Sabéis leer, y ante vuestros ojos han pasado más páginas de libros que hombres he visto claudicar yo bajo mi espada. Pero seguís anclado en el pasado, en un mundo atado a arcaísmos que fueron desterrados en el holocausto, y que os empeñáis en resucitar. Los padres de Hesión proceden de una tierra donde nacen tantos filósofos como guerreros, y ambos son apreciados por igual.

El legado se acercó tanto a Iván que pudo ver el fondo de sus ojos.

—¡Eres un insolente! Que seas el preferido de Hesión no te salvará del consejo de guerra si no me obedeces. Ten por seguro que tus padres estarán sentados en primera fila cuando se te juzgue por cargos de depravación.

Iván se puso en pie, rojo de ira, pero su mano estaba paralizada; tal era la influencia que Pulev ejercía sobre él.

El legado lo acorraló contra un árbol. Mantenía su rostro deliberadamente libre de expresión.

—No vale la pena que siga gastándome la nariz olfateando la inmundicia que emana de ti. Tu familia caerá en el deshonor, Iván, y sabes bien lo que eso significará para tu padre, el orgulloso Gorvi Etheldred. Se quitará la vida antes que soportar las miradas acusadoras de sus coterráneos.

Sus palabras contenían más veneno que una legión de cobras. El legado se alejó, dando a entender que lo siguiese sin hacer preguntas. Iván se descubrió poniendo un pie delante del otro, pisando en las mismas huellas que Pulev había dejado en la nieve, pues se sentía tan abatido, tan derrotado por las circunstancias, que ni siquiera quería dejar constancia de sus pisadas.

Apesadumbrado, siguió al legado hasta su tienda y escuchó hasta el final su plan para traicionar al hombre al que había jurado servir hasta la muerte.

3

El ejército atravesó las vaguadas del Skrov, culebreando como un afluente con vida propia. Bajo las patas de los caballos la nieve rechinaba, se desprendía de los cascos y rodaba con sonido de vidrio roto. Las aves volaban de rama en rama perezosamente y el viento doblaba las copas de los árboles, mientras que a ras de tierra todo parecía tranquilo.

En la región comprendida entre el Skrov y su tributario, el Seybi, se agrupaban cadenas de montañas separadas por valles profundos y pantanosos. Eran bosques antiguos; había magia en el aire y en la tierra, y portentos flotando como ríos de luz por las encrucijadas. Largos carámbanos de hielo

aparecían en verano, enjarretando los lechos desde las raíces a los arbustos, mientras que el otoño traía oasis de calor que vagaban como luciérnagas robadas a un Sol exhausto. Las campánulas, los claveles y las magnolias hacían estallar sus corolas acompañándose de notas musicales, mientras que más abajo, en las honduras de los barrancos, cerosos cálices de sangre moteaban el florecer de los lirios. Toda esa belleza se cubría con un manto blanco en invierno, y aunque seguía allí, yacía dormida, y la tierra parecía un lugar inhóspito y miserable.

Para los soldados era un camino difícil. Los caballos se hundían hasta los corvejones y se les enredaban las patas en las raíces. Cuatro bestias murieron de agotamiento por el camino, y los cocineros y curtidores se apresuraron a aprovechar los restos: salvaguardaron la carne en sacos llenos de nieve, bien del que disponían en abundancia; alisaron la piel para reponer sacos rotos o algún carcaj desgarrado, y reforzaron con sus esqueletos los ejes de las carretas.

Pese a lo tortuoso del camino, Hesión no estaba perdido. Solo tenía que alzar la vista para hallar compañeros familiares: la Dama de los Vientos subida en su carro; el Arquero de cuatro brazos en eterna lucha contra los Siete Leones; la Gorgona; el Herald; la cúspide de la Montaña Colosal que nunca se ocultaba y guiaba a los marineros hacia el Norte... Todos estaban allí, practicando un inquieto juego del escondite tras las nubes. Pero si bien había constelaciones que apaciguaban su espíritu, ahora la calma se había borrado, sustituida por una fría cólera.

Hesión fue consciente del silencio que embargó a Iván durante los siguientes días. Aprovechando un momento en que esperaban el informe de los exploradores, le preguntó:

—¿Qué te aflige, amigo? ¿Es acaso el tiempo que hace que no ves a tu familia?

Iván despertó de su ensimismamiento. Sus manos distraídas limpiaban uno de sus botines de guerra, un yelmo de piel de reno^[54].

—¿Eh? Oh, no... No pasa nada. —Se sonó la nariz con un trozo de tela—. Es que el frío me está calando en los huesos. Hay conatos de fiebre del lince en nuestras filas, y tengo miedo de haberme contagiado sin darme cuenta.

—¿Sabes lo que hago yo cuando estoy alicaído? Recuerdo las historias que me contaba mi abuelo. Gestas de hombres y mujeres que habían hecho cosas importantes para el pueblo.

—¿También se escriben gestas sobre mujeres?

—Aún tenemos mucho que aprender en el Gran Reino. Sí, mi querido Iván: detrás de cada gran hombre hay siempre una gran mujer, o eso afirman los bardos. Mi abuelo conoció algunas. —Compuso una expresión soñadora—. Así decía, exhalando en vano tristes sollozos, cuando arribó al puerto de Orestes una flota con grande acompañamiento, liderada por una capitana de corsarios. Venía dispuesta a saquear los tesoros de la urbe, pero no fue capaz: el destino le tenía reservada una sorpresa, pues se enamoró del embajador que el gobierno de Orestes mandó para negociar la paz.

—Buen embajador fue, entonces.

Hesión río, la primera vez que lo hacía desde que bajaron de la montaña.

—En efecto. Mi abuelo, hallándose entre los milicianos reclutados para defender la muralla, también se sintió atraído por su figura. Aquella dama pidió ser conducida con gran alborozo al palacio, y puso como excusa las grandes bellezas que ofrecía la ciudad. El embajador la escoltó hasta una fortaleza construida a semejanza del legendario alcázar de Yrgsil, pero mucho más humilde, y allí negociaron largo tiempo sobre el futuro de Orestes, mientras libaban el jugo de la uva y apuraban manjares en vajilla de oro.

—Yrgsil, Orestes... nombres de lugares mitológicos que yo nunca conocí. Suena a cuento de viejos... y no te ofendas, mi general.

—No me ofendo, pues conozco mejor que tú la fuerza con que batía alas la imaginación de mi abuelo, y sé que ni la mitad de esto es cierto. Pero en toda leyenda siempre hay un germen de verdad. Es menos creíble la parte en que relata cómo los piratas trataron de arrancar la estatua de Agnesis, patrona de la ciudad, y tan pronto como las cuerdas estuvieron asidas a su base, el busto empezó a dar muestras de cólera. El manto de mármol detonó en llamas y hasta tres veces hizo restallar el relámpago, blandiendo el broquel y la trémula lanza. —Sonrió—. Pero por muy hermoso que suene este relato, me temo que lo único que restalló aquel día fueron las ánforas de vino que mi abuelo apuró en compañía de sus amigos.

—¿Cómo acabó la visita de la reina de los piratas?

—Supongo que pasaron así uno y otro día, y cuando las auroras bonancibles brindaban a navegar, la reina se echó a la mar para no volver. Puede que el embajador se marchara con ella o puede que no, pero... ¿realmente importa? Orestes, y con ella mi abuelo, se salvó gracias a unas cuantas noches donde reinó el amor en lugar de la guerra.

Miró hacia el camino que llevaba a Sikandar y su expresión palideció.

—Ojalá todas las batallas se librasen en la cama en lugar de en los campos yermos. Así todos soñaríamos con ser soldados, en vez de lamentar la pérdida

de los amigos que se fueron.

Iván, tocado por esas palabras, se marchó galopando. En ese momento regresaban los exploradores, aconsejando rodear un lago helado que les esperaba unas leguas más allá, dado el peligro que entrañaba para las carretas.

Hesión se preguntó qué clase de mal oprimía el corazón de Iván hasta el punto de volverlo un pálido retrato de personas más sombrías, como el legado Pulev.

Dejó esas preocupaciones para más tarde, y ordenó a las tropas atravesar en línea recta el lago.

El legado interceptó a Iván. Este se sacudió de encima la lasitud, pero no dijo nada.

—Se acerca el momento de la verdad —murmuró Pulev.

—O de la ignominia.

—Refrena esa lengua, soldado, o ya sabes lo que te deparará el futuro. ¿Qué nos aguarda en el camino?

—Un lago —contestó a regañadientes—. Hesión no quiere perder tiempo y el hielo es resistente en esta época del año, así que o no lo conozco, o mandará que lo atravesemos.

—Bien, bien. Maravilloso. —Un brillo de rubí cruzó de izquierda a derecha su mirada—. Todo marcha según lo previsto. Quiero que hagas esto por mí, Iván... —Pulev le susurró al oído unas frases. Las mejillas del comandante perdieron su color, pero la voz del legado aplastó cualquier brote de rebeldía.

Iván espoleó su caballo hacia la retaguardia, decidido a permanecer allí hasta que Pulev lo llamase. Si llegara a acercarse a Hesión tan solo un instante, su voluntad flaquearía hasta el punto de clavarse su propia espada, para no avergonzar ni a la familia que tanto quería ni a su amigo.

Así pasaron las horas, hasta que el ejército se alineó frente al lago. El legado sonreía con la frialdad de las gárgolas que decoraban los mausoleos de Sikandar. Sobre sus cabezas, lejanos e indistintos, se escuchaban los cantos de las aves cobijadas en sus nidos.

Iván deseó convertirse en águila y volar por encima de sus responsabilidades, pero no podía. Pulev lo tenía bien encadenado con sus amenazas.

—Bien —dijo el legado—, he aquí lo que haremos: me acercaré a Hesión para hablarle, y derivaré la conversación hacia los motivos por los que nos ha

ordenado regresar a la capital. Si la respuesta no me satisface, me veré obligado a relevarlo del mando.

—Jamás lo consentiré.

—Lo sé, por eso necesito tu ayuda. Si todo sale bien, el general comprenderá que lo que está haciendo se podría interpretar como un acto de traición y depondrá las armas. Si no... —se irguió recto en la silla— en caso de no reconocer mi autoridad estará incurriendo en rebeldía.

—Por favor, os lo suplico. —Iván no podía creer lo que estaba oyendo salir de sus labios—. No lo hagáis. Por seguro tengo que sus planes son bien distintos a los que pasan por vuestra cabeza. ¿Cómo podría albergar la intención de rebelarse contra su rey?

—Viste su cara en la cima de Vorolk —erigió Pulev por todo argumento.

Eso bastó para convencer a Iván de lo obvio: Hesión regresaba a la fortaleza santuario para derramar sangre. Si nadie lo detenía, ni un solo miembro quedaría con vida del linaje del águila gris.

Pulev trotó hasta llegar a la cabeza de las tropas. Descendió la linde del lago, cruzó las escuadras de zapadores y la escolta personal de Hesión. No había motivo para detenerlo, pues era un representante directo de la Corte y nada había de sospechoso en su conducta.

Cuando estuvo al lado del general, que comprobaba por sí mismo la dureza del hielo, descabalgó y dejó caer una mano sobre su hombro.

—Así que habéis decidido cruzar el lago en lugar de rodearlo. ¿No os parece una decisión peligrosa, general? ¿O es que tenéis prisa por llegar a las estepas?

La reacción del guerrero fue brusca, más de lo que Pulev esperaba. Se sacudió su mano de encima como quien aparta una alimaña. Incluso Hizri retrocedió un paso.

—No me pongáis nunca más las manos encima —dijo entre dientes—. ¿Por qué no volvéis a la seguridad de la retaguardia y pensáis en qué mentiras contarle al consejo cuando lleguemos?

Pulev solo permaneció estupefacto medio segundo.

—No quisiera interrumpir al alto mando cuando debate temas de importancia estratégica, pues no es mi campo. Oh, pero qué veo —torció el gesto—, esta situación solo tiene que ver con cruzar un lago. No está dentro de vuestra jurisdicción militar, así que no podéis echarme ni faltarme al respeto. ¡No os lo consiento!

Hesión no se molestó en ocultar su desdén.

—Puede que haya incautos que no sientan el peligro si no ven una horda de enemigos que los acecha con espadas desenvainadas, pero en este lugar nos arriesgamos a perder tropas si no procedemos con cuidado.

—Si tanto peligro hay, ¿por qué obstinarse en cruzar? —insistió Pulev—. ¿A qué obedece tanta urgencia, que no podemos perder unos cuantos días dando un rodeo?

El general permaneció en silencio unos segundos, mirando al lago, y luego se giró lentamente hacia el legado. Este reprimió el impulso de salir corriendo, pues sabía hasta qué punto se estaba jugando la vida: si estaba en lo cierto y Hesión conspiraba contra la Corona, él, en tanto que su representante directo, sería la primera víctima.

—El tiempo es un factor que entra dentro de mi jurisdicción. Si los motivos que me impulsan a desobedecer la orden de asegurar el paso de las nieves os quitan el sueño, deberíais preguntaros por qué vos sois político y yo militar. Tal vez entienda más de estrategia que los espías de palacio, y no tenga por qué discutir con ellos la sensatez de mis medidas.

—¿Me habéis llamado *espía*? —balbuceó Pulev—. ¿A mí, a... a un legado de...?

—No me aburráis con vuestra cháchara —interrumpió Hesión, dándole la espalda—. Ya tengo bastante con mantener vivos a mis hombres como para encima aguantar los quejidos de una rata almizclera. Si tenéis alguna queja con respecto a mi actitud, denunciadme cuando acabe nuestro viaje.

Pulev sacó de su alforja un ejemplar del libro sagrado, sobre el que podían jurarse las decisiones de los boyardos. Los soldados que presenciaban el incidente se miraban consternados.

—Escucha mis palabras, Hesión hijo de Orfías, pues has llegado demasiado lejos —clamó, ictérico—. Has insultado a un ministro del rey capaz de hablar en su nombre, y lo has hecho ante decenas de testigos. Por ello entonaré una azora del libro que escribieron nuestros antepasados. Por la potestad que me ha sido otorgada, te conminaré a depositar las armas y a dimitir del cargo que ostentas.

—Por favor, señor, ha habido un lamentable error... —intentó mediar Hizri, pero el general lo silenció. Quería que Pulev recitara el verso.

—«Así fue que en doce después de la Guerra, el poder de Magrid se hizo fuerte otra vez en el Este, y el sultán de los Kanatos descendió sobre los dominios de Arhumen antes de que concluyera su reinado. A lo largo de quince meses de cruel porfía, ocupó alcázares, quemó puentes y vadeó ríos, y rechazó a los defensores del Gran Reino antes de asediar la ciudad».

—Mi señor, os lo imploro...

—Déjale que se despache a gusto, Hizri —dijo Hesión—, porque esas palabras resbalan por mis oídos como el rocío de la mañana.

—«... ¡Pero fue rechazado por las valerosas huestes de Arhumen —vociferó Pulev—, que su nombre perviva por siempre, pues el honor de los siervos del estandarte del Águila es más poderoso que los alfanjes de cualquier ejército! Así os prometo que la insolencia de los mancebos se tornará en sangre al pie de los patrios altares». —Cerró de golpe el libro y lo sostuvo ante Hesión, para que viera con claridad la xilografía de la tapa.

—Ahora os sentís con más agallas para decírmelo, ¿verdad?

—¡Insolente bárbaro! Debiste haber corrido la suerte de tus familiares en la montaña, pues tu mera presencia constituye un insulto a la bandera.

Embozado en su capa, Iván contuvo la respiración. Había escuchado poemas sobre Dioses que bajaban a la tierra para detener la mano de algunos héroes antes de que cometieran un acto impuro, o para azuzarla si era su voluntad que por esos lares transcurriera la Historia. Puede que fuera la mano de algún dios la que detuviera en aquel momento a Hesión y le impidiera partir en dos al legado... pero lo cierto fue que el general logró refrenar su ira.

En un increíble acto de volición, ignoró la mención a los muertos de su familia.

—Daos la vuelta y marchaos de mi ejército —susurró—. Esta es la última oportunidad que os doy. Si conseguís alcanzar Sikandar antes que yo, decidle a vuestro amo que voy de camino.

Crucificado por las miradas, Pulev montó en su rocín y se marchó. Para sorpresa de Iván, no se alejó de las tropas, sino que ocupó su lugar en la fila y guardó un espeso silencio. Era la primera vez que veía comportarse de esa forma a Pulev, y temió que estuviese maquinando algo nefasto para sus adentros.

Así se lo hizo saber al general, pero este se limitó a sonreír.

—Esta noche descansaremos —decidió—. Mañana el lago juzgará si nuestros motivos son puros.

—¿Nos encaminaremos directamente hacia la fortaleza santuario tras vadearlo?

El general se aflojó la armadura y contestó:

—No.

Llegó la mañana, pálida y húmeda. Junto al lago se extendía un sitio de abetos, una profunda oscuridad de árboles que olía a resina. En ella plantaron las tiendas la noche anterior, y juntando ramas y piñas lograron hacer fuego.

Socavando boquetes en troncos de árboles, donde alojarían carbones encendidos, y esquadrandolos a golpe de hacha, los zapadores construyeron naidas^[55] en las que acostarse. Aunque las temperaturas en el exterior eran espantosamente frías, los tejadizos inclinados de las naidas no dejaban que escapase el calor, y al poco los soldados tuvieron que quitarse las camisolas para estar confortables.

Iván despertó antes del toque de corneta, y él mismo se encargó de ejecutarlo. El ejército entero estuvo preparado para su prueba de destreza en menos de una hora.

El lago tenía un aspecto perturbador justo después de amanecer, con la superficie expulsando un vapor blanco que hormigueaba en el aire. Primero cruzaron los exploradores, tanteando el hielo con sus picas; esquivaron aquellas zonas donde el grosor parecía más endeble, y fueron trazando un sendero hasta la orilla opuesta. Los márgenes estaban separados más de trescientos pasos, por lo que la travesía de tantos caballos y carretas era peligrosa, si no suicida.

Hesión lo sabía, y cruzó en segundo lugar. Había consentido en quitarse la armadura, pero la llevaba atada a las alforjas. Entre eso y la reciedumbre natural de Escila, ambos tenían un peso considerable. Iván entendió su plan: si el hielo los soportaba a ellos, podría aguantar a cualquiera de sus hombres.

No apartó la vista en ningún momento de la orilla opuesta. Si alguien los emboscaba en ese punto serían presa fácil, pues no podrían correr para ponerse a salvo.

Iván escrutó el bosque. Encinas de follaje escaso, que la brisa mecía en lentas cadencias, formaban una trama contra el cielo. Zarcillos de bruma descendían por los montes, dándoles un aire cadavérico.

—No te separes de mí —ordenó Hesión, terciándose a hombros el escudo—. Que tu animal siga las pisadas de Escila. Así estarás más seguro.

Iván dijo algo en voz baja, pero dudó que Hesión lo oyese. A su espalda escuchó un silbido. Era Pulev, que le hacía señas desde el centro de la columna.

Tembló. Había llegado el momento.

El legado le indicaba mediante gestos que mirase en sus alforjas. Iván entendió el plan: quería que soltase los cierres de la bota de agua. Poseía una forma alargada que encajaba sobre los cuartos traseros del caballo, así se

mantenía caliente. Si todo ese líquido se vertiera de golpe sobre el hielo, podría debilitar su dureza y agrietarlo.

Iván apartó la vista, los labios blancos de la presión. ¿Qué hacer? No podía demorar más la decisión: en sus manos estaba juzgar qué era más importante, si el honor de su familia (y la vida de su padre), o su amigo. Por su mente pasaron imágenes de las amenazas de Pulev convertidas en realidad, como un teatrillo de marionetas: vio a su padre recibir un mensaje de la Odhuria diciendo que Iván había sido condenado por depravación, un delito peor que el homicidio o la felonía. Vio a su padre cayendo de rodillas, su honor y el de su familia hechos trizas, derramando lágrimas tan amargas que abrían agujeros en el suelo. Le vio quitarse la vida, cortándose la garganta con un puñal o lanzándose desde un acantilado, por no poder soportar la vergüenza. Su madre, sin duda, iría detrás. ¿Acaso podría permitir él que eso sucediera? ¿Era más horrible la imagen de su familia destrozada por el escarnio, o la de él mismo traicionando a su mejor amigo?

Iván no había salvado ni un tercio del recorrido cuando vio la sombra. Cruzó por debajo de la capa de hielo, inmersa en las profundidades del lago, tan grande que en su perímetro habría cabido holgadamente una carreta.

Iván se tensó y miró a Hesión. Este también la había visto, pero se llevó un dedo a los labios. Casi la mitad de los hombres estaban ya sobre el hielo, y si se desataba el pánico sucedería un desastre. Con aplomo, siguió cabalgando a paso lento, como si la inmensa presencia que se intuía bajo el hielo no estuviera allí.

La sombra no volvió a aparecer hasta unos minutos después, pero los caballos, inquietos, notaban que algo se movía bajo sus cascos. Hesión le entregó las bridas de Escila a su comandante.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Iván.

—Está buscando un lugar para salir a respirar. Se lo proporcionaré lejos de la columna.

Echó a andar perpendicularmente al avance del ejército. Pulev lo observó intrigado desde la fila, y preguntó a Iván con la mirada qué ocurría. Este le ignoró, llevando el caballo al paso pero sin acercarse a las profundidades inexploradas del lago.

El general caminó con premura, tanteando el hielo con la punta de la espada. La mayoría de los hijos del Norte, sobre todo los que habitaban los fiordos, habían oído leyendas sobre las grandes bestias que respiran aire pero que nadan como peces. Monstruos del mar que con tanto detalle habían descrito los marineros, arrojando sus escalas desde las altas naos o divisando

su respiración donde se desliza la mar en mansa creciente. Respiración que sube disparada hacia el cielo cual géiser de aire cálido, impelido del aquilón, preñado de tinieblas y borrascas.

Sí, Hesión había escuchado historias sobre semejantes monstruos, y sabía que el aire les era tan precioso como el vaivén de las olas. Aquel ejemplar habría remontado el río hasta llegar al Lago Salado, y no tardaría en salir y quebrar con su titánica fuerza la única esperanza de vadearlo, consiguiendo con un golpe inocente lo que no habían podido mil enemigos.

Pulev se colocó detrás de Iván, esperando acontecimientos. Ladino, deslizó la punta de su cuchillo hacia el cierre de las alforjas.

Hesión caminó sesenta pasos y se detuvo. La sombra cruzó de nuevo por debajo. El monstruo estaba tan cerca que una de sus extremidades, un triángulo de carne negra que le brotaba del lomo, rozó el hielo desde abajo.

Hesión dominó la imperiosa necesidad de huir y enarboló su espada. Dibujó un trazo en el témpano y corrió, deslizándose en círculos. Pronto apareció una grieta siguiendo ese sendero, que se abrió con la velocidad con la que se astilla un espejo. Luego volvió a donde esperaban los hombres, justo cuando una ola surgía a sus espaldas y el lago se rompía en mil pedazos.

El gigantesco cuerpo del monstruo se dejó ver durante breves instantes, coronado por una inmensa vela de carne. La piel era negra y aceitosa, con un enorme lunar blanco tiñéndole los ojos. La boca mostró una hilera de dientes espantosos, perfectamente simétricos. Chapoteó jovial disfrutando del contacto con el aire, y expulsó un prodigioso chorro de vapor que asustó a los hombres y encabritó a los corceles. Hubo gritos de pavor entre la soldadesca.

—¡Mantenedlos quietos! —ordenó Hesión, deslizándose más que corriendo hasta donde aguardaba Escila. Los jinetes trataron de obedecer, pero los animales relinchaban y las ruedas de los carromatos tendían a resbalar, provocando más confusión.

Frente al general, justo al lado de Escila, estaba Pulev. Sonreía. Hesión notó que algo raro pasaba con su mano derecha, pero no tuvo tiempo de fijarse en nada más.

El cuerpo del monstruo volvió a sumergirse y se dirigió hacia ellos. Una oleada de tensión sacudió al general: pensó que bastaría con dejarle respirar, pero tal vez no fuera así. Las historias de los marineros decían que estos animales se alimentaban solo de otras criaturas del mar, pero nada había seguro.

Hesión resbaló y rodó hasta detenerse bajo las patas del caballo de Pulev. El legado lo miró desde lo alto, como un juez inflexible.

—Es vergonzoso que yo, hijo de nobles, haya tenido que sufrir la insolencia de un bruto altanero —escupió. Hesión pudo ver que sostenía un puñal junto a la bota de agua—. Y la respuesta es sí, general: tengo agallas suficientes para hacer lo que debo.

Hesión comprendió lo que sucedía, y también que no tenía forma de evitarlo. El estupor se reflejó en su cara cuando se vio tirado en el suelo, a merced del hombre a quien había humillado sin piedad el día anterior.

Pulev inició el gesto de cortar la tira, cuando sucedió. Una flecha voló certera hasta hundirse en su mano. El legado profirió un alarido y a punto estuvo de caerse de la silla. La saeta le había atravesado la palma, perforando la bota de agua y yendo a clavarse profundamente en la piel del caballo.

Este se encabritó, se alzó sobre las patas traseras y tiró al jinete, que no llegó muy lejos; la flecha mantenía su mano clavada a la bota. El líquido fluyó libre y manchó el hielo, sacudido con fuerza por las patas del animal. Hesión rodó como una peonza sobre sí mismo y se apartó, sujetándose al correa de Escila.

A una orden suya, el caballo galopó arrastrándole lejos. Tuvo que sostenerse con una mano y abrir el cuerpo hacia fuera para que las patas del animal no lo aplastasen en su loca huida.

Pulev gritaba pidiendo auxilio, pero ningún hombre se preocupó de ayudarlo. Levantó la vista y distinguió a Iván, el arco en su mano con la cuerda aún vibrante. En sus ojos encontró la explicación a lo que había sucedido.

El comandante había elegido su destino.

El hielo desapareció con una explosión de astillas de cristal. Bajo el legado se abrió una titánica boca, unas fauces monstruosas escoltadas por hileras de dientes capaces de triturar el bronce. El morro azabache se cerró como un degolladero en torno a los cuartos traseros del caballo y la mitad inferior del torso de Pulev, quien chillaba como un cordero lechal en el matadero, y los arrastró a ambos a las profundidades.

Pese a la pérdida de ocho hombres y dos bueyes, el paso del lago se consideró un éxito. Fue un verdadero milagro que, pese al caos organizado por la aparición de la bestia, prácticamente la totalidad de los efectivos pudiera alcanzar la otra orilla.

Nadie lamentó la desaparición del legado; ni siquiera la comentaron durante el recuento de tropas. Y menos Hesión.

Lo que el general sí hizo fue acercarse a Iván. Este descordaba su arco en la orilla, contemplando las olas en paz con los vientos.

—El espía del rey habló de inmoluciones —comentó Hesión—. Supongo que se refería a nosotros.

—Su insolencia era la única que no conocía límites, no la nuestra. En ningún modo, la nuestra.

—¿Qué te ocurre, amigo? ¿Te apena haber salvado mi vida, aun a costa de la de un hombre vil? No dejes que la tristeza por lo ocurrido hoy se imponga, pues hemos conseguido un doble triunfo, ganando varios días al camino por una parte, deshaciéndonos de una víbora tramposa por la otra.

Iván se secó los ojos con la manga.

—En absoluto estoy apenado —declaró. Sus palabras tenían el sabor de las cenizas—. Por el contrario, doy gracias por que los Dioses me hayan bendecido con tan escaso sentido de la puntería, pues te aseguro que era a su corazón a donde apuntaba, no a su mano.

—Nuestras faltas son grandes y muchas veces no pueden ser reparadas, pero me alegro de contar con la fe inquebrantable de mis amigos.

Dicho esto se marchó.

Iván cerró los ojos. Había hecho lo mismo minutos antes, al disparar la flecha, dejando en manos de los Dioses el rumbo que iba a tomar su vida a partir de aquel instante.

CANTO XVI

En los salones grises de Svalensko

1

La habitación estaba poblada de sombras y medias luces. La mesa central, sobre la que yacía el mapa más fiable de la región gobernada por el vaivoda, estaba iluminada por un único rayo de Sol. Un sillar de madera, coronado por la cabeza de un caballo, hacía de percha para su capa.

Los ollares de aquel caballo estaban dilatados, como si olfatearan problemas a lo lejos.

Vóronez meditaba en silencio. Los presentes lo seguían con la vista, aguardando una respuesta a sus demandas. Había catorce hombres, uno por cada hacienda de la Marca, cada cual con su símbolo de prestigio estampado en el lacre de una carta. Esas cartas, con su trementina, constituían el salvoconducto para estar en aquella habitación, pues con ellas el gobierno les garantizaba privilegios tributarios.

En el extremo opuesto, frente a la ventana y mirando al Sureste, descansaba un retrato inacabado. Era la imagen de una mujer de rubias guedejas que Vóronez había pintado de memoria. Los pocos que le conocían íntimamente sabían que se trataba de su esposa, Neva, muerta por las fiebres hacía muchos inviernos. Ni él mismo se atrevía a admitir que la belleza de otras mujeres le embriagaba tanto como para ir sustituyendo, pincelada a pincelada, detalles en el recuerdo de su esposa.

Al fin, el vaivoda se dejó caer en el sillar y habló:

—Ha poco que sé de vuestras demandas, amigos míos, y ya se han convertido en motivo de insomnio. —Se rascó un grano—. Había fresnos en mi casa, ¿sabéis? Árboles que echaron raíces cuando yo era niño y nada sabía de responsabilidades. Los capullos eran blancos y los frutos abundantes, y no

precisamente por obra de la naturaleza, pues si de la frecuencia de las lluvias hubiese dependido se habrían secado nada más nacer. —Giró el mapa hacia sus invitados—. Fue la sabiduría del amo del jardín la que condujo esos fresnos a la plenitud. En los asuntos de los hombres, así como en los naturales, también se necesita de un jardinero que sepa podar las ramas conflictivas y mime las sanas.

El representante de los terratenientes, un gosti llamado Vreikos, se adelantó. Como era costumbre, enseñó su carta antes de hablar, lo que daba fe de la importancia de sus palabras.

—Señor —se aclaró la voz—, creo hablar en nombre de todos cuando digo que entendemos la necesidad de una centralización del poder en estos tiempos. La pequeñez y vulnerabilidad de nuestras ciudades hace precisa la sujeción a la protección del vaivoda. El huerto requiere que alguien cave los surcos para que broten los tallos... pero eso no implica que estos sean prescindibles. —Se atusó el enramado bigote—. Vuestra decisión de defender la fortaleza a toda costa durante la batalla contra las huestes del Ejército Negro acabó en victoria, hecho del que sin duda nos alegramos, pero se saldó con un gran número de víctimas.

»Dado que el peligro inmediato ya no existe, las haciendas reclaman el retorno de los hombres. Si es necesario, solicitamos que autoricéis una búsqueda de ciudadanos fugitivos. Reclamamos nuestro derecho a defendernos de los bandidos y de las tropas que pudieran haber sobrevivido a la inundación. Por otra parte, la temporada de gabelas se acerca, y el rey no nos dispensará de arbitrios por el hecho de no haber podido trabajar las tierras. Si no sembramos *ya* —subrayó esta palabra—, significará nuestra ruina.

El vaivoda miró de reojo el retrato de su mujer. ¿Qué habría hecho ella en esta situación? Siempre le aconsejaba bien, salvo cuando decidió tener su tercer hijo. Complicaciones en el embarazo se habían saldado con un grave deterioro en la salud de ambos, que a la postre los había conducido a la tumba.

Si estuviera aquí... lo sostendría en la difícil decisión que debía tomar ante los que habían sido sus hombres de confianza.

Lo que el gosti estaba pidiendo no carecía de lógica. El clima que gobernaba las planicies del Gran Reino, con inviernos gélidos y veranos abrasadores, dejaba poco margen a los campesinos. A diferencia de los campos más templados del Sur, por cada grano de trigo o de centeno que se sembraba solo podían ser recogidos tres o cuatro, una proporción muy por

debajo de la necesaria para sostener una población en ciernes. Por eso sus ciudades no crecían. Encima, la inseguridad de los caminos impedía conectar los centros urbanos, demasiado distantes entre sí como para que entre ellos funcionara algo parecido a un comercio.

La forma autocrática de gobierno que imperaba en el país era una consecuencia de ello. La defensa contra los enemigos que lo amenazaban al otro lado de unas fronteras sin protección, increíblemente extensas y mal definidas, hacía imprescindible que el rey detentara un poder absoluto. Y los vaivodas eran extensiones directas de ese poder. Si Vóronez permitía el regreso de los trabajadores a las haciendas, Svalensko perdería lo ganado en la batalla: casi la mitad de sus hombres habían muerto, y debían ser sustituidos con urgencia, aun a costa de privar a los terratenientes de manos que labraran la tierra.

Rio para sus adentros por lo irónico de la situación. Derrotados los ejércitos del Kan, el mayor peligro procedía ahora de sus vasallos. Aquello conduciría a una rebelión del campesinado, instigada por unos amos a los que no podían oponerse a riesgo de perder su derecho de jornaleros. Y Svalensko se vería desprovista de su única fuente de abastecimiento.

—He enviado emisarios para que notifiquen las nuevas al rey y regresen con órdenes —explicó Vóronez, armándose de paciencia—. Nuestra victoria podría haber cambiado drásticamente el curso de la guerra, pues si los ejércitos que nos asediaron hubiesen conquistado este alcázar, la caída de la capital se habría demorado tan solo unos meses. *Necesito* saber lo que está ocurriendo en el Sur antes de tomar una decisión.

—¿Y nuestras necesidades? ¿Acaso no os importan? —se ofendió el gosti—. Es por la fuerza de los brazos que ahora despreciáis que el Kan retorna humillado a su tierra. Como recompensa a tales favores debéis permitirnos recuperar lo que por derecho nos pertenece, todos esos hombres y mujeres que escaparon a la carnicería. No agravéis la mala fortuna que hemos tenido con solo obtener la vida como premio, cuando deberíamos haber traído de vuelta a casa fabulosos tesoros.

—¿Es la ausencia de botín lo que os preocupa? —El vaivoda enarcó una ceja—. Ya me gustaría haber repartido las armas de los vencidos tras la batalla, creedme, pero la marea arrastró los cadáveres con sus pabellones. ¡Y debéis dar gracias! Sabemos que el pasto de los cuervos es fecundo en enfermedades, y mucho habríamos tenido que trabajar para que las pestes no acabaran de rematar lo que no segaron las espadas.

Vóronex clavó su puñal como un contundente punto y aparte en el lugar del mapa donde había caído Ilofonte. Él mismo presencié desde las almenas el momento en que Hesión, atado el dorado ceñidor en el pecho y bañado el escudo en sangre, partió en dos el pecho del enemigo con su propia lanza. Y cómo, intuyendo el bramar de las aguas que llegaban desde el horizonte, las huestes se retiraron dejando atrás las armas de los vencidos, así como sus bestias, que murieron ahogadas antes de haber degustado los pastos de Svalensko y bebido las dulces aguas del deshielo.

—Los restos de aquel ejército habrían servido para sacar de la miseria a las familias que dieron sus hijos a cambio de nada —se lamentó—, pero no hay más remedio que conformarse con lo que tenemos. Jamás imaginé que sería por boca de mis vasallos que escucharía semejantes amenazas.

—No son amenazas —puntualizó Vreikos—, sino opciones.

El gosti mostró de nuevo su carta de privilegios. Vóronex deseó arrancar la antorcha de la pared y quemar esos amarillentos papeluchos en un arrebato.

—Svalensko no sobrevivirá sin nuestro apoyo. Devolvednos la mano de obra y nos iremos con Gilosk y Hodios^[56]. Si no, ofreceremos un vínculo de vasallaje a los señores de otros protectorados.

—¡Eso es traición! —Vóronex golpeó la mesa, sus manos como amasijos de huesos—. Jamás lo consentiré. El Kan podría volver a atacar en cualquier momento, y sin un ejército que permanezca aquí para la defensa del alcázar nuestros enemigos se expandirían por el Reino en cuestión de semanas. Nada sería capaz ya de detenerlos. Debemos esperar a que vuelva Yaroslav con sus tropas.

Con una breve orden que sonó a tos seca, Vóronex convocó a la guardia. Un destacamento de alabarderos entró en la sala, rodeando a los gosti. Estos se apretujaron con miedo, sin creer que su amo llegase al extremo de amenazarlos de muerte si no obedecían.

—¡Si no volvemos a las haciendas, nuestros capataces ordenarán la revuelta! —se defendió Vreikos—. Os lo advierto, vaivoda: nuestra muerte solo acarreará un vertido aún mayor de sangre sobre estas tierras. Volará hasta las ciudades la fama, la más veloz de todas las plagas. Débil y medrosa al principio, acabará por fortalecerse con cada tumba que cavéis, y el pueblo que tanto amáis dejará de confiar en vos.

»Decidme, Vóronex —sostuvo el pulso de su mirada—: ¿puede gobernar un soberano apoyándose solo en la fuerza de las armas, más que en el respeto de su gente?

Vóronez tembló de rabia. Por mucho que le costara admitirlo, el gosti estaba en lo cierto. No podía luchar contra los Kanes y al mismo tiempo contra sus súbditos. Si respaldaba con sus actos los rumores de que se aproximaba otro invierno de hambre, sería el fin.

Fue entonces cuando se escuchó el bramar de las trompetas, los pájaros batieron alas en los nidos, y los gritos de los vigías resonaron como bálsamos para la preocupación del vaivoda.

Arrebatado de emoción, Vóronez se asomó a la ventana.

El corazón estuvo a punto de darle un vuelco, pues sobre los campos teñidos de verde por el agua que los había inundado hacía semanas cabalgaba un ejército. Se acercaba veloz hacia lo que quedaba del lago, la masa de agua que aún no se había evaporado ni había sido absorbida por la tierra. Los pendones descendieron las crestas, las columnas se alinearon paralelamente a la orientación de las murallas, y los lanceros dieron gritos destemplados mientras alzaban las banderas atadas a las picas.

Los cuernos acompañaron al estandarte de las Seis Lunas, emblema de las huestes de Hesión.

Vóronez había pedido un ejército para poder liberar a los campesinos, y allí estaba.

—¡Acercaos y contemplad la gracia que la Diosa os ha puesto en el camino! —exclamó, recogiendo su capa del sillar—. Pues nadie sino ella vela vuestra suerte con materno arrayán. La llegada de esta milicia permitirá defender el alcázar, y el regreso de los campesinos a sus tierras.

Vóronez despidió a los gosti. Mientras bajaba a toda prisa las escaleras, sin embargo, una preocupación cruzó por su mente: por qué el estandarte que portaban los heraldos ondeaba a media asta, como si el ejército se encontrara de duelo por alguna tragedia pasada... o por una que estuviese a punto de ocurrir.

2

Intuyendo problemas, el vaivoda se detuvo un momento. Interceptó a su hija Escia en la escalinata, que bajaba de sus aposentos con el peplo recogido. La llevó a un lugar donde pudieran hablar apartados del tropel de civiles que corría a ensalzar a los recién llegados.

—¿Ocurre algo, padre? —preguntó la joven, sus labios humedecidos en licor para resaltar el tono de la carne.

—Escúchame, hija. Presiento que algo no va bien. La advertencia que me hizo el legado Pulev hace semanas puede que sirva ahora para algo.

—No te entiendo, padre. ¿De qué advertencia hablas? ¿Acaso debemos temer algún peligro de este ejército?

—Del ejército no, pero sí de su general.

Enmudeció cuando unos niños entraron por casualidad en su mismo callejón. Reconociéndole, esbozaron una reverencia y se marcharon entre risas.

—Es bueno que hayan recuperado la risa —dijo Escia—. Son los pájaros que faltan en nuestras almenas. Dicen que cuando los niños asisten a su primera guerra, no vuelven a cantar jamás.

—Puede ser, pero no es el momento de preocuparse por ellos. Es Hesión quien me urge.

—¡Hesión es nuestro héroe! —rio la joven—. Escucha cómo le vitorea el populacho.

Vóronez resopló, demasiado cansado para dar explicaciones.

—Escia, los Dioses fueron pródigos en bendiciones cuando te trajeron a este mundo, pero hay veces en que me gustaría amortiguar un poco tu candor. —Suspiró—. Algún día, cuando te hagas mayor, entenderás que las decisiones que deben tomar los poderosos a menudo han de divorciarse de sus sentimientos, por el bien de su linaje.

»Esta tarde agasjaré al general con un banquete —prosiguió, sin darle tiempo al perplejo cerebro de la chica a hacerse preguntas—. He notado cómo bañas en licor tus labios cuando él está cerca, para que note su fulgor cuando la casualidad disponga que vuestras caras se aproximen.

—¡Padre! —Se sonrojó.

—Necesito que hagas algo por mí. Después de que la hecatombe haya sido ofrendada y los invitados trasieguen el vino, llévate a Hesión al dormitorio blanco, junto a la chimenea, y en la intimidad ofrécele néctar y ambrosía. Pero asegúrate de verter unas hojas de canela de Isus en el vaso. Así dormirá profundamente hasta bien entrada la alborada, y yo tendré tiempo de cumplir con algunos menesteres.

—Pero ¿por qué en el dormitorio? ¿No puedo agasjarlo en el salón, a la vista de todos?

Escia estaba abochornada por la insinuación de su padre, pese a lo equivocado de sus planteamientos. Por lo visto, pensaba que el fornido Hesión era el objeto de sus miradas, cuando en realidad quien acudía a su mente a la menor ocasión era el tierno Iván. Todavía recordaba los versos que

el comandante le recitó el día previo a la batalla, y sentía que aquellas palabras evocaban sentimientos en su corazón.

—Confía en mí. —Vóronez frotó un dedo contra sus labios—. Hija, te pido este favor por la memoria de tu madre. Debo comprobar que la información que me dio el legado es falsa sin que Hesión intuya lo que está pasando. No hagas preguntas y recuerda: la canela en el néctar.

Escia asintió con timidez. En el fondo, su padre le había pedido un favor muy sencillo, y si Hesión era tan caballeroso como le atribuía su fama, su virtud no correría peligro.

Vóronez dejó atrás a la aturdida Escia, y acabó de descender las escalinatas hasta el patio. Los custodios habían dado orden de abrir las puertas de par en par, la primera vez que lo hacían en semanas, y las columnas del ejército penetraban en el recinto acompañadas por el fragor popular.

Los caballos miraban hacia delante en un impresionante corral, finos trazos de espuma salpicando sus belfos. Los jinetes parecían contentos del agasajo y las flores que llovían sobre los yelmos, pero también agotados por el fatigoso retorno. El Sol blasonaba los escudos y volvía resplandecientes las corazas, pero también resaltaba las cicatrices que habían quedado grabadas en la piel de metal de aquellos hombres.

Habían viajado mucho, y el cansancio les pasaba factura; eso le convenía.

Vóronez esquivó el gentío y se acercó al general, que descabalgaba en ese preciso instante. Separó los brazos con alegría y exclamó:

—¡Loados sean los Dioses que han dispuesto que aparezcáis en el momento oportuno, ilustre Orfíada! No os imagináis el terrible decreto que me habéis evitado tener que pronunciar. Corresponde que de mi cuenta corra el ofrecer a los Dioses una hecatombe de briosas vacas y tiernos lechones, que sacien su hambre de halagos. También cebaré de egílope avena a vuestros animales, pues merecedores son también del descanso.

Hesión se quitó el casco. Su mirada, fría como la noche, congeló la sonrisa del vaivoda.

—¿Ocurre algo que ensombrezca vuestro regreso? —preguntó Vóronez. Disimuladamente, dio un paso a la izquierda y se situó más cerca de sus guardias.

—Hay algo urgente de lo que tenemos que hablar —dijo Hesión—. Pero antes deseo que mis hombres reposen. Decidme, ¿os ha visitado a lo largo de estos días un grupo de sacerdotisas liderado por la princesa Eithne?

Vóronez simuló hacer memoria, pero realmente estaba ponderando las oportunidades que le daba aquello. Si conseguía ganar aunque fueran unas

horas, puede que escapara con vida del enfrentamiento. Buscó a Pulev entre los recién llegados, pero las sedas nobles del legado brillaban por su ausencia entre el rígido mate de las armaduras.

—Sí, pero me temo que ya no se hallan entre nosotros. Al poco de llegar continuaron su viaje.

—¿Sabéis hacia dónde? —se encrespó Hesión. Al parecer, la ausencia de la princesa le inquietaba. Vóronez se preguntó por qué.

—Marcharon hacia Sikandar hará siete días. A estas alturas habrán dejado atrás los campos de Zogorov y estarán sorteando las cañadas del Bosque Sombrío —supuso Vóronez—. Sin embargo, la princesa me dio algo para vos.

—¿De qué se trata?

Una sonrisa se abrió paso por su faz como un corte de cuchillo.

—De una carta. La tengo guardada en un cofre que perteneció a mi esposa. Os la entregaré esta noche, pero antes permitidme que os agasaje y os invite. Sería una descortesía que los héroes volvieran tras penosas jornadas de campaña y el señor de la casa no les ofreciera su hospitalidad.

—¿Por qué esta noche y no de inmediato?

—La princesa me pidió que no os entregara la misiva hasta que las últimas luces del día se hubieran extinguido y la noche gobernara los campos. Quién sabe —hizo un mohín—, puede que se trate de algún ritual de su Orden.

Y además me permitirá ganar tiempo.

Iván se unió a ellos. En sus ojos brillaba la misma decepción, pero más matizada. El joven estaba triste, pero tampoco quiso explicar los motivos. Habría que sonsacárselos de una manera muy sutil, decidió Vóronez.

Un grupo de bailarinas guio a los oficiales hasta el salón. Una escalinata de piedra comunicaba con el tejado bordeando las columnas de la puerta. Cada veinte escalones se veían sitios donde esperaban guardias sentados, pues eran los mismos alabarderos que Vóronez había convocado para que amenazaran a los гости.

Al pasar junto a sus hombres, el vaivoda les hizo una señal. Ellos se levantaron, prevenido el bronce y el músculo.

Hesión atravesó los portones. Cubiertos de mármol estaban los hermosos intercolumnios. Unos pilares sostenían la bóveda, donde grandes esculturas de monarcas testimoniaban la devoción con la que fueron idolatrados por su pueblo. Casi se diría que habían sido Dioses antes o después que hombres.

—¡Que venga el aedo y le sean favorables las Musas! —exclamó Vóronez—. Que sepa de vuestra saga para que la transmita a las generaciones futuras, engalanada con sugerente música.

Mientras Hesión y sus hombres juzgaban el licor, que fluía por jícaras y mancerinas de oro, el anfitrión trató de analizar sus expresiones. No encontró nada salvo la frialdad de la distancia. Fuera lo que fuese lo que ocultaban, estaban haciendo un esfuerzo por reprimirlo, en espera de que se cumplieran ciertas condiciones. Tal vez que los soldados y las bestias que aguardaban en el patio hubieran descansado y estuvieran frescos para continuar viaje... o para reprimir una revuelta.

Los ojos de Hesión desaparecieron tras la copa. Estaban secos como solo pueden estarlo los que han llorado tanto que han agotado sus lágrimas. Vóronez sabía lo que era eso porque había sufrido así en el funeral de Neva.

El señor del castillo experimentó un acceso de miedo. Se había equivocado, ahora lo sabía. En su prisa por cumplir las órdenes de la princesa, ama colérica y despiadada con quienes la retaban, animó a Yaroslav a tomar la cumbre de Vorolk sin pensar en las consecuencias. Un punto más en el mapa, una línea discontinua que habría sido trazada de todas formas. Pero... ¿cómo explicárselo a Hesión? ¿Desbravecerían los argumentos de la lógica su sed de venganza?

El aedo, un anciano alopécico que portaba una cítara, se instaló en un cojín. Rasgó las cuerdas en una insolente anacrusa (afinándolas tan cuidadosamente como si estuvieran hechas de hebras de telaraña), y cantó:

—Préstame tu auxilio, ¡oh Musa!, para que diga cuáles fueron las personas, cuáles los remotos sucesos, cuáles las sombrías motivaciones que mueven los hilos de la Historia. ¿Acaso las siervas de la Diosa, cuando queman en los altares castos inciensos, no acuden a pedir oráculos al firmamento? Así te reclamo yo, decidora de verdades, para que guíes mi lengua mientras relato lo que aconteció a estos héroes...

Mientras el aedo cantaba, una sombra clandestina se deslizó por detrás de la columnata. Iván la vio fundirse en los espacios que dejaban las antorchas. Permanecía callada, envuelta toda ella en largo peplo.

Iván se aproximó a Hesión y le susurró algo al oído. El general se limitó a seguir bebiendo.

—Decidme, ¿de qué asuntos tratasteis con la dama Eithne? —le preguntó a Vóronez.

—Oh... de nada en particular. Pasó por aquí después de la riada, escoltada por un cortejo de mujeres santas, y se limitó a entregarme una carta para vos

—mintió el vaivoda—. Nuestras conversaciones empezaron y acabaron en humo.

Iván calculó la inclinación de los haces de luz que penetraban por las saeteras. Faltaba poco para el anochecer, pero estaba claro que Hesión quería acabar con aquel asunto cuanto antes. Al mirarle, notaba su lucha interna entre las ganas de agarrar al vaivoda por el pescuezo y obligarle a confesar lo que sabía, y la presión de la sensatez.

—Silenciad al aedo, pues no es digna de cantares nuestra gesta —pidió Hesión—. Sin duda habréis deducido que interceptamos al Ejército Negro de camino al Paso de Adrat, y que tras asediarlo en terribles emboscadas logramos derrotarlo... pero no es así. Lo cierto es que dimos media vuelta porque las fiebres causaban estragos en nuestras filas, y una extraña podredumbre diezmó las reservas de comida. No tuve más remedio que ordenar el regreso pocos días antes de alcanzar la cumbre de Vorolk.

—¿Os dirigíais a Vorolk? Pero si vuestro destino original era...

—Tenía que comprobar que todo marchaba bien en las Marcas.

—Claro, claro... Supongo que estaríais muy interesado en garantizar la seguridad de vuestro pueblo.

—¿Por qué debíamos preocuparnos, si cuando estuve en vuestra sala de guerra me fijé en una línea roja en el mapa que cruzaba justo por aquellos lares? —Los ojos de Hesión se convirtieron en ranuras—. Es sensato pensar que enviasteis un destacamento para proteger la zona. ¿Me equivoco?

Vóronez tragó saliva. Muy despacio.

—No erráis —contestó lentamente—. En efecto, di instrucciones a un destacamento para que visitara la cumbre y comprobara el buen estado de la atalaya. Era mi intención que permaneciera custodiándola por unos días, por si el enemigo tomaba el valle. La fortificada Arkángel aún dista muchas jornadas de esa posición.

—Y no podrían acudir en su ayuda, lo sé. —Hesión masticó una pieza de fruta—. De necesitarla, se habrían encontrado con que el Gran Reino apenas se preocupa por unos cuantos pueblerinos miserables... de una casta, además, que nunca ha gozado de las simpatías de la purificadora Cordelia.

—No habléis así de nuestros reyes, os lo suplico —masculló el vaivoda. Soltó una tos burda y añadió—: Ellos toman decisiones en base a informes que los demás desconocemos, y nunca hacen nada a la ligera. Si la princesa ordenara dejar desprotegida esa cumbre, no sería justo cuestionarla, sino preguntarnos qué razones respaldarían tal decreto.

—Habláis como si ya hubiera tenido lugar. Como si el escenario que pintáis fuera algo del pasado, en lugar de simple elucubración.

—¡Qué donosa ocurrencia! —reaccionó Vóronez—. En absoluto lo pretendo. Pero aunque lo hiciera, ¿puede un soberano ser tildado de asesino porque algunos de sus súbditos hayan caído en la batalla? Si es así, todas las familias que se dedican en cuerpo y alma a la defensa de la patria cargan con el mismo estigma. Corren tiempos difíciles, amigo mío, y si las naciones enemigas se empeñan en hacernos la guerra es inevitable que haya muertos. Nuestro país está reconstruyéndose y solo ansía la paz, pero se defenderá con uñas y dientes si es atacado. —El discurso brotó destempladamente, pero se notaba que escondía pasión.

—Guardaos esos argumentos para los que nada saben de política, «amigo» —sugirió el general—. Tendéis vuestra mano en favor de los desprotegidos, pero solo veo una garra de muerte. Un dedo ponzoñoso que promete libertad y cobijo, pero que puede retirarse en cuanto decida que es hora de sacrificar unas pocas bajas razonables. De sobra sabéis, como todos los hombres inteligentes, que los Kanatos no iniciaron esta guerra.

—¿No fueron ellos? —La voz del vaivoda se tornó peligrosa—. Entonces ¿quién? ¿No estaréis insinuando que el rey ordenó sacrificar todas aquellas ciudades para decretar el estado de guerra? Oh, no; haced caso omiso de los que os aconsejan tras haberse untado de mieles la lengua. Con esas mismas palabras les hablaría el cazador a los lebreles acorralados, si pretendiera algo de ellos.

—Yo nací bajo el signo de la guerra. Es el estigma que mancha mi existencia. Pero por terrible que parezca mi cometido, sé desempeñarlo bien. Veo detrás de los planes de defensa del rey la intención de abrir las fronteras del Gran Reino al océano. Solo la costa dominada por la lejana Arkángel nos pertenece por derecho, y es demasiado impracticable para que prospere el comercio. El rey ansía llegar a las playas del Sur y del Este, aunque sea pasando por encima de los Kanatos. ¡Magnus no es un monstruo! —prorrumpió Hesión—. Solo ha tenido la desdicha de gobernar unos terrenos que nuestros comerciantes deben atravesar para alcanzar los anchos mares.

—Debería haceros arrestar por sedición... —gruñó Vóronez, poniéndose en pie. Las sirvientas huyeron del salón, pero hubo una figura que no se movió: la que esperaba abrigada a la sombra de los intercolumnios.

—¿Arrestarme? Me temo que llegáis tarde: Pulev ya lo intentó.

Los soldados se tensaron, preparados para todo, pero no se moverían hasta que Iván o su superior dieran la orden. En el aire se notaba la fricción de las

dos voluntades.

Fue Iván quien, conciliador, hizo oír su voz subiéndose a un taburete.

—¡Os lo suplico, mi señor, no dejéis que el rencor empañe esta celebración! Grotescas palabras han sido pronunciadas aquí esta tarde, pero no es menos cierto que estamos cansados de luchas, y que otro conflicto no nos beneficiaría. —Clavó los ojos en Hesión, conminándole a no agravar el enfado del vaivoda. Al fin y al cabo, a una palabra suya el salón se llenaría de guardias armados—. Debemos ser pacientes, ¿de acuerdo?

—Este hermoso joven ha hablado con palabras aladas —dijo una voz femenina.

La majestuosa figura de Escia salió de las sombras. Vestía unas sedas que parecían una extrapolación dorada de su piel.

—Ni siquiera el aedo podría haberlas entonado mejor. Si me lo permitís, yo misma le entregaré al general la carta que la dama Eithne confió a esta casa. Puede que así se aplaquen las iras de los guerreros y reine la calma.

—¡Eso es! —exclamó Iván, aliviado, y contento también por ver de nuevo a Escia—. La sabiduría de vuestra hija, vaivoda, solo es comparable a su belleza... y no me interpretéis mal.

Vóronez volvió a sentarse. Estaba satisfecho con la templanza de su hija: aunque no fuera evidente para todos, acababa de evitar un desastre.

—Tenéis razón, noble Iván. Y ahora, mientras ella dialoga a solas con vuestro general, sometámonos de buena voluntad al estómago de ruines hábitos. ¡Que corra el vino!

3

Temiendo alguna treta siguió Hesión a la hija del vaivoda hasta sus habitaciones. No tardó, sin embargo, en encontrarse incómodo por motivos muy diferentes: el dormitorio era acogedor, iluminado por velas de cera de abeja, y el lecho de fina taracea incitaba a algo más que el reposo.

Hacía tiempo que Hesión no gozaba de los placeres de la carne, y el silencio que reinaba en aquella estancia (y que contrastaba con el bullicio del salón comedor) se le antojaba cargado de erotismo. La joven, justo en mitad del escote, llevaba un colgante que brillaba como una rodela argólica.

—¿Por qué habéis elegido este de entre todos los lugares apartados que habrá en el castillo? —preguntó el general.

—Ya sabéis cómo es el ánimo de una mujer casadera —sonrió Escia—. Quiere enriquecer la casa de quien toma por marido, y no escatima en cuidados para lo que considera su más preciada posesión.

—No os comprendo.

—El castillo huele a grasa de los sacrificios y del patio llega un constante rumor todo el día, pero mi hermana mandó construir esta alcoba en el único sitio donde el caprichoso eco no alcanza. Aquí estaremos bien.

—Ya veo. El viejo proverbio está bien repartido entre ambas hermanas: una posee la gracia, y otra la experiencia.

Escia ordenó a las criadas que depositaran sobre el fuego una trébede. Sacó de la cómoda unas tijeras y obligó con delicadeza a Hesión a sentarse en un taburete.

—Es lo que todos deseamos en un momento u otro, una gran chimenea donde arrojar los rencores. ¿Cómo os gusta que os corten el pelo, general? —Hundió los dedos en su melena, liberando algunos bucles.

—En silencio.

La tijera segó algunas puntas. Los bucles caían al suelo como hilachas de algodón sucio. Hesión no perdía detalle de lo que la hija del vaivoda hacía con aquella arma potencial a través de un espejo.

—Es notable el talento que posee vuestro comandante para los halagos —comentó Escia—. Se las ha arreglado para alabar mi belleza en cada ocasión en que hemos coincidido, sin que pareciera una descortesía.

—Iván es una gran persona.

—Mi padre opina lo mismo de vos. Está tan agradecido porque lideraseis la defensa de la ciudad que ha pensado en erigiros una estatua.

Hesión bajó la cabeza. La joven aprovechó para rasurarle el vello de la nuca.

—Vuestro padre es heredero de un gran ideal. Y su último defensor. Es un patriota por convicción y por profesión, lo cual le hará grande de cara a la Historia.

—Eso espero —dijo Escia—, pues será la única forma de asegurar la pervivencia de nuestro linaje. A nosotros no se nos está permitido poseer tierras que legar a nuestros hijos. Por eso negociamos con los gosti.

—No creo que os muráis de hambre, ni en el peor de los casos. Ese colgante que adorna vuestro cuello demuestra que poseéis joyas.

Ella acogió con un hipo semejante idea.

—Las joyas catalizan sentimientos, mi señor. Se compran pero no se venden. Si pudieran devolverse se llevarían consigo las pasiones.

—Tonterías. ¿Qué saben las joyas del amor? Solo son piedras.

Hesión la miró por el espejo. La joven se había inclinado para desanudar unos rizos y su escote dejaba entrever la generosidad de los senos.

—Hay una cosa que no entiendo —prosiguió Escia—. Tengo habilidad para juzgar a las personas... y hay algo que me preocupa seriamente de vos.

—¿De mí?

—Sí. Vuestra mirada despide un reflejo que me asusta. No sois el mismo que partió hace semanas. Parecéis una de esas estatuas que jalonan los corredores del castillo.

Hesión se volvió sin levantarse. Su cara quedaba a poca distancia del pecho de la joven.

—¿Os asusto, princesa?

Escia despegó la lengua del paladar.

—Sí.

Hesión la besó largamente, saboreando cada rincón de su boca, cada gota de saliva que era proyectada dentro de la suya. Su abrazo fue agresivo y al mismo tiempo delicado, como si temiera romper aquella figura de porcelana cuyo perfume embriagaba sus sentidos. Escia dejó caer las tijeras.

Fue el impacto de estas contra el suelo lo que rompió el hechizo. La joven se dio la vuelta y golpeó accidentalmente la mesa, allí donde reposaba la jarra con canela.

—Es extraño —se percató Hesión—. Vuestros labios poseen la textura del vino.

—¿De... deseáis que os sirva ambrosía, mi señor? Es dulce, y matará el regusto que la carne de la cena haya podido dejaros en el paladar.

—La ambrosía que necesitaba acabo de tomarla de vos —dijo él. La abrazó desde atrás, pero antes de que sus manos se cerrasen en torno al talle, algo pareció detenerlo.

Hesión permaneció un segundo paralizado, y se retiró.

Escia resopló. Sentía un calor emanando de su interior que amenazaba con incendiarle el vestido: la energía de una fragua que le pedía a gritos que se dejara desnudar por sus poderosas manos... pero se contuvo. La sensualidad animal que despedía Hesión era arrolladora, pero el recuerdo de Iván todavía batallaba en sus mientes.

—Haced lo que prometisteis —solicitó Hesión.

—¿El qué?

—La carta. Dádmela para que pueda regresar junto a mis hombres, pues no me siento cómodo estando a solas con vos en este lugar.

Escia apretó los dientes. Nunca la habían rechazado así, y menos alguien hacia quien se sintiera realmente atraída.

—Debéis de quererla mucho.

—No es asunto vuestro... —La miró de reojo—. Pero sí.

—Está bien. Tomad lo que habéis venido a buscar y no volváis nunca.

Escia fue hasta el tocador y abrió con violencia el cofre en el que su padre aseguró que guardaba la carta, pero en su interior solo había una daga. Un puñal con la hoja manchada de veneno y lujosas pedrerías en el mango.

Escia respiró entrecortadamente. Era la misma daga con la que se había quitado la vida su madre, cuando los ardores de la brutal cesárea habían hecho insoportable su existencia. Allí estaba, impoluta, ofreciéndose en silencio para otro sacrificio.

—Ese es el único mensaje que entiende vuestro padre —dijo Hesión—. El metal bañado en veneno.

La joven le apuntó con la daga.

—¡No os acerquéis!

—Tranquila, no es a vos a quien pretendo hacer daño.

—Os... os matarán si intentáis algo contra mi padre...

—Esta noche será infame, Escia. Algunos caminaremos hacia nuestro destino a través de sombrías vaguadas, donde nos aguarda la muerte, pero antes se la daremos a muchos. —Apoyó la hoja damasquinada contra su pecho—. El reflejo que visteis en mis pupilas es el llanto de los miles de inocentes que Vóronez mandó sacrificar como muestra de sumisión a Cordelia. Decidme, ¿puede la lealtad pagar en sangre el precio de un exvoto cruel?

—Por favor, no...

—Pretendo matar a Vóronez, sí. Y al rey Maximilian, y a todos sus hijos. Pretendo hervir en furor y cebarlo a su inmisericorde caterva de seguidores. Os aseguro que serán muy conscientes del instante en que trasciendan el umbral de esta vida.

—¡Padre! —gritó Escia, librándose del abrazo. No había tenido valor para clavarle el puñal, a pesar de que una leve presión habría bastado.

Cuando abrió las puertas, su corazón se contrajo: tumbado en el pasillo yacía el cuerpo moribundo del vaivoda. Se retorció de dolor a los pies de Iván, sujetándose el vientre como si temiera que algo tan simple como la gravedad reclamara sus tripas.

La espada de Iván lloraba rubíes de sangre.

—¡No!! —chilló Escia. Se dejó caer junto a su padre y le sostuvo la cabeza en alto, llamando a gritos a la guardia.

Una puerta se abrió y entraron hombres bien vestidos. Eran los gosti a quienes Vóronez había amenazado. Acudieron escoltados por soldados, en su mayoría jornaleros que labraban la tierra para ellos desde su nacimiento y que habían sustituido a la milicia tras el asedio.

—Está hecho —aprobó Vreikos. Luego se dirigió a Iván, haciendo caso omiso de los gemidos de Escia—. No os preocupéis por el ejército ni por los guerreros fieles a Vóronez. No habrá represalias, os lo garantizo.

—Gracias —dijo Iván, limpiando su arma en la túnica del vaivoda—. Nosotros controlaremos a partir de ahora la fortaleza. Llevaos a los campesinos a las haciendas para que las cultiven mientras estén a tiempo. Es mejor que permanezcan con sus familias.

—Cre... creéis que me habéis... vencido, Hesión —balbuceó Vóronez desde el suelo, manchando con esputos de sangre las manos de su hija—. Pero voy a ser yo... quien ría el último.

—Sois insensato hasta en la muerte —le reprochó el general—. En lugar de emplear los preciosos segundos que os quedan despidiéndoo de vuestra hija, los malgastáis royendo hilachas de viejas intrigas. ¿Qué os hace pensar que reiréis el último, si los gosti os han despojado de todo, incluso del derecho de sucesión de Escia?

—Supuse... —tosió— que no beberíais el contenido de la jarra. El olfato que os ha mantenido con vida hasta la fecha... es un centinela difícil de confundir... pero no imposible. Si la tentación de la bebida no basta para hacer que bajéis la guardia... tal vez haya que cambiarla de recipiente, por otro más atractivo...

Volvió a acariciar los labios de su hija, como hiciera en la escalinata del patio de armas. La comprensión llegó a la mente del general como un relámpago, pero para entonces el sagaz Iván ya había reaccionado. Preso de la ira, clavó de nuevo su hoja en el pecho del vaivoda, fulminándolo.

Escia soltó un alarido, y lloró sobre el cascarón vacío que había sido su padre. Sus labios envenenados se estaban tornando negros. Los mismos labios con los que había besado a Hesión.

—¡Pellejo miserable! —escupió Iván—. ¡Habéis sido capaz de sacrificar a vuestra hija por matar a un hombre! ¡Ojalá los Dioses os destierren a los pozos más pútridos del Inframundo!

Miró a Hesión, preocupado, pero entonces sonaron trompetas en las almenas. Un vigía acudió a toda prisa.

—¡Alarma en la cuaderna del Oeste! —anunció—. Se han divisado pendones de los Kanatos tras las colinas de Zrajevo. En estos momentos deben de estar cruzando el río.

Los gosti se tensaron. Hesión se llevó a Iván aparte.

—Escúchame bien, amigo mío, pues no hay tiempo que perder: asume el mando de la fortaleza y defiéndela a toda costa. El ejército principal ha sido derrotado, así que las tropas que se acercan deben de ser los mercenarios que fueron llamados del Oeste.

—¿Asumir yo el mando? —Iván estaba aterrado—. ¿Y qué será de ti? ¡Tienes que ver de inmediato a un curandero!

—Lo veré, pero no a uno cualquiera. Temo que el antídoto para un veneno insípido y mortal como este solo se halle en manos de una persona... pero se encuentra muy lejos de aquí, en Sikandar. Poco tiempo me queda, y debo viajar rápido.

—¿En Sikandar? ¿No te referirás a...?

—Sí, a él. Pero debo partir solo. Un destacamento llamaría demasiado la atención, y tengo que entrar en la ciudad sin ser visto. Solo así alcanzaré el palacio del rey. —Le apretó el antebrazo—. Tú tienes la misión más difícil. Reúne las tropas dispersas de todas las ciudades del Norte y rescata aquellas que partieron de Svalensko. Si es necesario, envía emisarios a Arkángel y que te manden todo lo que tengan. Después... marcha sin demora hacia Sikandar. Quieran los Dioses que llegues a tiempo para auxiliarla en su hora más oscura.

El miedo rayó las pupilas de Iván.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Con los ejércitos conjuntos de Magnus a las puertas, ¿crees de veras que una decapitación es lo que necesita el país en estos momentos?

Hesión no contestó. Tras dar un fuerte abrazo a su amigo, bajó las escalinatas hasta el patio. Nada en sus movimientos hacía pensar que un veneno letal le estaba carcomiendo las entrañas, pero no tardaría en manifestarse. Y solo una persona con sobrados motivos para odiarle a muerte tenía en sus manos el secreto de la curación.

Iván acercó una mano a los cabellos de Escia, aquella muchacha tan joven que para él era sinónimo de atardeceres bellos y poesía, y contuvo las lágrimas. La chica se desgañitaba allá abajo, al nivel del suelo, encorvada sobre el trozo de carne fría que era su padre. Ni aun sabiendo que había sido asesinada por él, y que el veneno pronto la desgarraría por dentro, era capaz

de negarle aquel último llanto. Había allí tanto amor... que todos los versos del mundo, incluso aquellos que no conocía, se le antojaron tinta mojada.

La dejó atrás, pues no soportaba verla en aquel estado. Dio órdenes a las tropas para que se reagruparan, y designó un destacamento que protegiera a los campesinos en su salida de la ciudad.

Junto a estos zarpó una lancha solitaria, rumbo al Sureste.

—Ruega para que tus hijos legítimos se parezcan a ti... —rezó, respetando la antigua costumbre.

Iván siguió a su amigo con la vista hasta que se perdió en la distancia, y deseó que la última imagen que el Destino le regalara de él no fuera la de un fugitivo moribundo con una idea enfermiza en la cabeza.

La venganza.

CANTO XVII

Bashlenky o el divino porquerizo

1

Las primeras luces del día iluminaron la majada que albergaba los incontables cerdos de la ciudad, entre cuyas grasientas papadas pasaban la noche los porquerizos. Los pastores habían salido con las piaras, y los perros de broncos ladridos los acompañaban. Del monte nevado traían los colageros sus carros llenos de nieve, los zagales se apresuraban a descargarlos arrojando el esponjoso tesoro a los pozos, y las casas de los cambistas bullían de actividad. La población de Sikandar trataba de ignorar la omnipresente sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder, refugiándose en sus quehaceres diarios.

Solo una persona parecía disfrutar hundida en su miseria, un viejo manchado por la inmundicia de los cerdos que se negó aquella mañana a abandonar la majada.

—¡Dejadme en paz, miserables, hijos de una zorra! —gritó, sacando a bastonazos a unos niños que cumplían con la tarea de amontonar el estiércol—. Ojalá vuestros amos fallezcan privados de sepultura, para que sus almas yerren por la noche sin fin. ¡Insensatos! —Le arrojó un puñado de estiércol a un muchacho, al que acertó en plena cara—. ¡Borregos! Estáis condenados y ni siquiera poseéis la lucidez suficiente para daros cuenta.

—¡Calla, viejo! —le increpó uno de los guardias de las majadas reales, enarbolando una porra—. Eres el único que merece recibir un escarmiento por tu lengua viperina. Silénciala o te juro que será lo siguiente que coman estas bestias.

El viejo se humilló a sus pies.

—Por favor, señor, os lo imploro: dejad que me vaya. No quiero estar aquí durante los próximos días, pues solo de muerte habla el vuelo de los pájaros.

—¿De qué pájaros hablas, momia senil?

—¡De los cuervos! Nadie en esta ciudad maldita quiere escuchar mi oráculo, pero yo lo he visto, oh sí, ¡lo he visto! Durante borrascosas noches arrastró el noto mi conciencia por los mares del sueño, y desde allí divisé la caída de Sikandar. No es alucinación ni locura, sino la certeza de lo que deparará el futuro. ¡Os lo juro! Dejadme huir antes de que sea tarde, y marchaos vos también, si sabéis lo que os conviene.

El guardia le escupió a la cara.

—Debería molerte a palos por haber proferido semejante augurio. No me importa si en tiempos fuiste un hombre culto; te vendieron a esta majada y aquí pasarás el resto de tus días, honrando con tu esfuerzo la comida del rey. ¡A trabajar!

El guardia alzó la porra para golpearle, pero algo lo detuvo, una mano que se cerró en torno a su antebrazo con la fuerza de una tenaza. Unos dedos de bronce se le hundieron en la muñeca, obligándole a soltar el arma.

—Negro veneno mezcla el hipomanes arrancado de un potro recién nacido —susurró una voz—. ¿Recuerdas esa fórmula, anciano?

El guardia se retorció de dolor, pero la presa del atacante solo se volvió más dolorosa. Agarrándolo por la cabeza, el extraño incrustó su frente en las tablas de la pocilga y lo dejó caer sin sentido sobre el amonto de heces.

El anciano retrocedió como un lebrillo.

—¿E... eres la Muerte, que viene a liberarme al fin de mi yugo?

El desconocido, que ocultaba su impresionante figura bajo una capa de viajero y una capucha, se acuclilló. Bashlenky se fijó en que uno de sus pies estaba descalzo^[57] y cubierto de llagas, como si hubiera recorrido medio mundo andando. La sandalia que cubría el otro era apenas una cuerda que sostenía un trozo de cuero.

—¿Acaso crees que la Muerte estaría dispuesta a recibirte en sus soberbias naves sin cobrar nada a cambio? —se burló—. No seas iluso. El hedor que despide tu cuerpo sería capaz de viajar contigo al otro mundo y contaminar sus orillas. —Miró con asco los trapos que cubrían al anciano, paños tan miserables que hasta los tuberculosos les habrían puesto pegas—. Pobre hombre. Pluguiera a los Dioses que hubieses conocido mejor suerte en la vida, libre como las fieras, sin probar tan crueles angustias.

El anciano miró a la oscuridad que gesticulaba bajo la capucha.

—Yo... conozco esa voz...

—Y la voz te conoce a ti, Bashlenky, tutor de la Casa de Orfías.

Los ojos del pordiosero se desorbitaron.

—¡¡Hesión!!

Muchas cosas pudieron haber sucedido en aquel instante. Por la mente del viejo cruzaron intenciones de venganza, de huir lo más rápido que sus pies permitieran, de humillarse ante él y suplicar el perdón... pero nada de eso sucedió.

Para su sorpresa, la figura encapuchada vaciló, se arrodilló torpemente y se apoyó contra la pared. Bashlenky agarró su bastón y lo enarboló como una maza.

—Necesito... ayuda —murmuró su antiguo pupilo. El escaso nervio que le quedaba parecía haberlo empleado en reducir al guardia. Incluso respirar se le antojaba un gran esfuerzo.

—Como una roca estoy dispuesto a arrostrar, inmóvil, las amenazas del cielo y de la tierra —juró Bashlenky—, pero hay algo aquí que me supera: el único hombre al que he deseado aplastar, doblegar y dar muerte durante los últimos años de mi vida... se presenta en mi humilde casa, ¡y me pide ayuda! No... —rió como un demente—, esto no puede estar sucediendo. Los Dioses son demasiado buenos.

—Los Dioses —jadeó Hesión— apartarán la vista de esta ciudad durante las próximas semanas.

Bashlenky se arrimó a él con cautela y le levantó el labio. Las encías del guerrero habían adquirido un tono verdoso, señal de que un potente veneno lo estaba matando.

Un ruido le puso en alerta: un taconeo marcial que se aproximaba al edificio. Un destacamento de guardias, alertado por los niños, se acercaba para comprobar el origen de los disturbios.

Bashlenky arrastró a Hesión por la paja, sumergiendo su cuerpo en el estanque de agua pútrida. Agarró el casco del guardia y se puso a jugar con él como un niño travieso, usándolo como jofaina para recoger estiércol y lanzarlo sobre su propia cabeza.

Cuando el sargento lo vio, le propinó una patada.

—¡Hijo de una culebra fangosa! ¿Cómo te atreves a atacar a uno de mis hombres?

—¡Alto defensor de los cerdos, admira cómo los sagrados animales han tomado venganza contra ti! Pues no fui yo quien dejó sin sentido a tu esclavo, sino ellos. ¿Acaso me ves con fuerzas para vencer siquiera a una mosca? Fue

él mismo quien, en su torpeza, tropezó y se dio de bruces contra la pared, el muy estúpido. —Rio salvajemente, el hematoma de la patada visible en su costado.

El sargento le arrebató el yelmo.

—Recogedlo —ordenó a sus hombres, señalando al caído—. Que esta chusma se hunda en la putridez sin que nos salpique.

Llevándose en volandas al soldado, se marcharon. Bashlenky siguió canturreando unos minutos hasta que se hubieron alejado lo suficiente. Luego gateó hasta donde descansaba el cuerpo de Hesión y lo sacó a rastras de la porquería.

—Bashlenky cuidará de ti, niño, como hizo una vez. Y entonces pagarás por todos los sufrimientos que le has hecho pasar. ¡Oh, sí! Lo pagarás, te lo garantizo...

2

La cabalgata por las lomas, el sol tibio y el aroma de las flores fueron sustituidos por una niebla que se colaba por las rendijas de las armaduras. Las mujeres portaban túnicas sobre los camisotes de malla que les habían facilitado en Svalensko, para que su rango de sacerdotisas pudiera ser identificado a distancia, pero tan exigua protección no bastaba para detener el frío.

La princesa Eithne espoleó a su yegua. Faltaba muy poco para avistar la quebrada de Resov, y aunque los animales bufaban de agotamiento, el familiar contorno del altiplano de Sikandar ya se intuía a lo lejos.

—¡Allí está! —gritó a las demás mujeres, señalando un meandro del río—. ¡Puente del Oeste!

Un orgulloso paso de piedra se arqueaba sobre la corriente para abrirse en una plaza rodeada de cipreses. Los edificios parecían trozos de lienzo sin decorar. Tiempo atrás, la ciudad construida por y para los molineros había sido próspera, y lo demostraban los edificios levantados en dura piedra, en lugar de con la frágil madera que abundaba en épocas de crisis. Solo los umbrales, que los carpinteros enderezaron a cordel bajo los escudos de los gremios, incluían madera de fresno en su estructura, mientras que la paja embreada se reservaba para los tejados.

Eithne se asombró del aspecto abandonado que presentaba la urbe. La Luna tardía iba hacia el Oeste, y las sombras conferían un aire tétrico a las

calles. Las ruedas de los molinos giraban empujadas por el río, sin que nadie aprovechara ese esfuerzo. Las vastas praderas que debieron estar sembradas y dando fruto eran pasto de las malas hierbas. Incluso las Montañas Brunas parecían humildes vistas desde allí, sus contornos irregulares como dientes rotos.

Algo en aquel paisaje hablaba de muerte.

La comitiva redujo la marcha. Eithne no era tan buena exploradora como su amado Hesión, pero sabía leer el paso de las bestias en el polvo del camino. A simple vista la ciudad parecía desierta, abandonada a su suerte... pero había algo más. Una sensación de estar siendo vigiladas que flotaba en el aire.

Anya también lo notó.

—Veo ojos en la oscuridad —murmuró, deteniendo el caballo—. Están fijos en nuestras insignias.

Eithne se apartó el pelo de la cara. Su espada daba tumbos colgada del tahalí.

—Puede que sean las tropas destacadas para vigilar el paso.

—¿Hay otra manera de vadear el río? —preguntó Anya.

—No tenemos tiempo de buscarla. Seguidme en fila de a dos —ordenó la princesa—. Confiemos en que el respeto por nuestro emblema siga vigente.

Con un golpe de ijares, el caballo reanudó su marcha. La comitiva cruzó el arco de piedra y penetró en la plaza. No continuaron mucho más allá, pues fue la misma Eithne quien, alzándose en el estribo, gritó:

—¡Dejad de espiarnos y salid de vuestro escondite! ¿Qué han de temer fuerzas bien armadas de simples mujeres?

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, un rumor de grebas llegó desde la derecha. La tropa apareció llevando por el barboquejo a sus bestias, y desde luego que armonizaba con aquellos animales de gran alzada, pues estaba constituida por hombres altos, de cabellos rubios como el lino y brazos robustos, de leñador. Las cejas espesas no disimulaban la claridad de sus miradas.

El comandante Nabarza sostenía en la mano su espada, pero volvió la empuñadura hacia las mujeres en señal de paz. Otros diez soldados se hicieron visibles a la izquierda, con lanzas guarnecidas de bronce.

—La experiencia me ha enseñado que nunca se debe subestimar a una mujer, por dócil que parezca —dijo Nabarza. Tras recorrer sus túnicas con la mirada, se relajó—. Loada sea la Diosa, que nos envía a sus siervas en esta hora infausta. Porque venís a ayudarnos, ¿verdad?

Eithne asintió.

—Bien sabe nuestra Señora que jamás negaremos auxilio allá donde fuera requerido, pero debo decir que nuestro objetivo no era detenernos en Puente del Oeste. Cabalgamos hacia la capital.

—Sikandar queda a muy poca distancia de aquí, y el camino es seguro —dijo el comandante. Un suspiro de alivio brotó del grupo de mujeres—. Pero, aunque no sea cortés por mi parte, debo pedir que os demoréis un tiempo con nosotros. Tengo heridos que esperan con ansia unas medicinas que ya damos por perdidas.

—Olvidad la cortesía —dijo Eithne, severa—. No hay lugar para el decoro cuando se trata de ayudar a un moribundo. Nos quedaremos unos días si hace falta, y de buen grado sanaremos a vuestros heridos. ¿Quién, si no lo hiciéramos, adoraría en el futuro el numen de nuestra Diosa o sembraría de ofrendas sus altares?

Las mujeres desmontaron. Eithne extendió una mano para que el comandante la besara. Trece hombres más, acorazados de metal y piel curtida, se dejaron ver entre las ruinas.

—Sin duda sois el milagro que esperábamos, señora. Esta ciudad es uno de los pasos que los yunks tantean para vadear el río. Aunque es poco probable que lo elijan como vía de acceso, sufrimos ataques constantes. Un gran ejército debe de estar acampando cerca de aquí, pues sus exploradores están cada vez mejor aprovisionados.

—¿Yunks? —Anya miró preocupada a su señora. Se contaban historias terribles sobre bárbaros que descuartizaban a los hombres y hacían cosas más espantosas con las mujeres. Bárbaros con dioses brutales que exigían tributos de sangre, bien de enemigos si había prisioneros de guerra, bien de su propio pueblo si no.

Los ojos de Nabarza se detuvieron involuntariamente en Anya para regocijarse con su belleza. Ambos se sonrojaron y apartaron la vista.

—No te preocupes —la tranquilizó Eithne—. Los yunks son guerreros desalmados, pero no estúpidos. Nunca atacarían un bastión bien defendido al otro lado de un río. ¿De cuántos soldados disponéis, comandante?

—Solo doscientos quedamos de una guarnición de mil. El resto han ido muriendo en diversas batallas o han sido requeridos por otras guarniciones más débiles —suspiró Nabarza—. Somos pocos, y aunque Puente del Oeste es bien defendible gracias al Trigas, nuestros enemigos están demostrando un coraje desmedido, cercano a la demencia. No les importa sacrificarse en masa por ganar unas millas.

—Doscientos soldados... Sois muy pocos.

—Lo sé. Y pese a que la bravura de los hijos de Sikandar es legendaria, con el coraje no se forjan lanzas.

Anya tragó saliva; la preocupación hacía mella en su rostro juvenil. Advirtiéndolo, Nabarza se quitó el casco y le sonrió. Una sonrisa en tiempo de guerra valía lo mismo que un cofre lleno de oro.

—Sois joven para presenciar tantos horrores, mi dama, así que no os pediré que permanezcáis con nosotros mucho tiempo. Antes del siguiente ataque de los yunks, con seguridad vuestra labor habrá terminado y estaréis a salvo a muchas leguas de aquí.

Eithne le guiñó un ojo.

—No subestiméis a la plata fina por su aspecto, comandante —sugirió—, pues de fragilidad no anda sobrada, y puede atravesar incluso una armadura si emplea la astucia para atacarla por su flanco débil. Tal es el talante de esta jovencita que, aunque no ha conocido muchos inviernos, alberga en su pecho un corazón digno del más valiente de vuestros guerreros.

Nabarza alzó el mentón, orgulloso.

—Mis antepasados provienen de Sidón, señora, pródiga en bronce. Allí sabían cómo extraer el metal y fundirlo mediante artes que nos legaron nuestros ancestros. No tenemos miedo a las cosas que demandan delicadeza en lugar de fuerza bruta para ser moldeadas.

Anya se sonrojó. Su señora la tomó de la mano y, sin ocultar su regocijo al ver desatadas tantas pasiones, se la llevó al interior de la ciudad, donde los defensores habían montado el hospital de campaña.

—¿Qué quiso decir con eso de las cosas moldeadas? —preguntó la joven con inocencia.

—Cuando nuestra labor con los heridos acabe, Anya, voy a hablarte de ciertas facetas de la vida que desconoces. Te voy a contar historias sobre... eh... —la princesa vaciló—, flores. Y abejas.

—¿Abejas? ¿Qué cuernos tienen que ver las abejas con esto?

—Uhm... olvídale. Confía en mí.

3

Hesión despegó con esfuerzo los párpados. No tenía la menor noción del tiempo.

Lo último que recordaba era una garra inmunda que tiraba de él, y por un momento pensó que habían sido las aguas del Inframundo y que alguien lo había conducido antes de tiempo a la laguna de los muertos. Pero habría apostado su alma a que el Inframundo no albergaba cabañas miserables como aquella que ahora le ofrecía refugio, ni camastros que castigaran su espalda más que concederle reposo. Al menos no era así como lo describían los poetas.

Reparó en que tenía la boca llena de un líquido amargo. Se dispuso a escupirlo, pero unas manos nervudas lo impidieron.

—¡No lo malgastes, insensato! —le advirtió Bashlenky—. Recordabas bien la fórmula, pues la enunciaste al entrar en mi majada: negro veneno mezcla el hipomanes arrancado de la frente de un potro recién nacido, depurado con fuego y canela de Isus. Es el propio tóxico el que, suministrado en pequeñas dosis, hará de remedio para tu mal. Pero ¿cómo sabías que era esta ponzoña en concreto la que roía tus entrañas?

—Porque el señor de Svalensko infectó a su hija con un veneno muy lento, para que no la afectara hasta que nuestros labios se rozaran. Tú me enseñaste esas cosas.

Hesión esperó a que el viscoso fluido se mezclara con los humores de su organismo. Después lo escupió en una jofaina.

—¿Es aquí donde vives, anciano? Verdaderamente miserable ha sido tu destino, pues aun sirviendo como esclavo en la casa de mi padre habrías gozado de mejor trato.

—No sabes cuántas veces he soñado con esta conversación, niño mío —gimió Bashlenky—, desde que me condenaste siendo un muchacho al que apenas le despuntaba el bozo. Cuántas veces he esperado que me lanzaras a la cara ese mismo argumento para devolvértelo cargado de verdades.

—¿Niegas que traicionaste la confianza que el ilustre Orfías había depositado en ti? Intentaste desprestigiarlo ante el consejo local de los gosti para forzarle a vender la hacienda. Sus peores enemigos lo atacaron frontalmente muchas veces, pero nunca se mostraron tan inmundos como para tratar de destruirle desde dentro.

El porquerizo bajó la vista. Un destello de su antigua existencia vino a él, un paladeo de lo que habían sido los buenos tiempos, con la textura del licor que exhalaba aroma de frambuesas y lo bañaba todo en oleadas balsámicas. Su nariz se llenó del aire de las noches de otoño, cuando los niños correteaban haciendo ruido y las estrellas se arremolinaban como sal derramada. Los adultos asaban la carne en fogatas y no tenían que viajar lejos para buscar los

condimentos para los platos. La voz de Orfías narraba cómo, en su tierra, la juventud se entretenía vareando nueces y practicando los juegos del amor, hasta que un día, sin previo aviso, el mundo se llenaba de manzanas.

Bashlenky se tragó aquellos recuerdos como espinas de pez.

—Es cierto que obré mal, pero en aquellas circunstancias creí que hacía lo mejor para salvaguardar el honor de la familia. Si tu padre no se hubiera empeñado en conservar la hacienda de Andurov, no se habría arruinado tratando de mantenerla a flote, y no habríamos tenido que enterrarlo tan joven. ¿Recuerdas cómo murió, de puro agotamiento, presa de horribles fiebres?

—Tu error fue juzgarle cuando nadie te había concedido potestad para ello. Mi padre ya había perdido un país, una patria y una familia. No quería perder otra. Tuviste que haberle dejado tomar sus propias decisiones, aunque a la postre causaran su ruina. ¿De qué sirve que los hombres vivan si no pueden luchar por algo en lo que creen? ¿En qué reconforta el paso de los días si no deja detrás el fruto de nuestro esfuerzo? El castigo que te impuse fue más que correcto... —miró sus harapos— aunque me duela ver cómo se te han quebrantado las rodillas de tanto moler harinas.

—¿Correcto? ¿Correcto dices? ¡Fue espantoso! —sollozó el anciano—. ¿Has visto en lo que me he convertido? Yo, que fui hermoso en tiempos, ahora no soy más que una momia, un despojo sin familia que me honre cuando mis huesos retornen a la tierra. Sabes que ningún ser humano puede vivir sin nombre, pues se arriesga a que los Dioses no le reconozcan. Y yo he perdido el mío entre tanta inmundicia.

»Pero agradezco al Hado que hayas vuelto a mi casa, Orfíada divino. Esto demuestra que los mendigos que aquí hacen de reyes tienen más poder que los reyes que se arrastran como mendigos.

Las lágrimas manaron en abundante manantial de sus ojos. Hesión lo dejó llorar durante un rato, luchando contra sentimientos que creía enterrados, hasta que lo abrazó y lo acunó en su pecho.

—No llores más, anciano. Cierto es que, si por mí fuera, estarías pagando tu falta hasta que tu corazón se negara a seguir latiendo. Pero puedo concederte cierto grado de perdón si me ayudas.

—¿Ayudarte? —se encrespó—. ¡Debería dejar que el veneno te licuase las entrañas!

—Y sin embargo me has salvado. ¿Por qué?

Bashlenky tiró el agua de la jofaina por la ventana. Se escuchó un insulto a lo lejos.

—No me gusta hablar con gente de tu edad. Las explicaciones que necesitáis los jóvenes son largas y fatigosas.

—No soy tan joven como la última vez que conversamos. Algo he aprendido en la vida.

—¿Has escarbado alguna vez en la mierda con tus propias manos?

Hesión soltó una carcajada.

—No, nunca.

—Pues no sabes nada.

El sol fue decayendo mientras Bashlenky se dedicaba a preparar otro bebedizo y Hesión lo deglutía con asco. Al final, el anciano se atrevió a formular la pregunta que desde hacía horas le rondaba por la cabeza:

—¿A qué has venido a Sikandar, Orfíada? ¿Y por qué entraste en la ciudad como un furtivo, en lugar de con la trompetería que todo héroe merece?

—Voy a matar al rey y a su familia antes de que ordene en su sinrazón otra masacre como la de mi pueblo. Hoy finaliza el tiempo de los sacrificios inútiles.

Bashlenky permaneció mudo, tratando de averiguar qué clase de locura se había apoderado de él. Entonces Hesión le habló de la matanza de Andurov, del genocidio de sus gentes. Le habló de los cuerpecitos quemados de los niños y de los miembros amputados de sus padres, de los fetos arrancados del vientre de las embarazadas y arrojados a las hogueras para acabar con la próxima generación de mestizos.

El anciano se mordió los labios hasta que hilos de sangre le pintaron la barbilla. Hesión, cuando terminó su espantoso relato, permaneció allí, mirándolo, dejando claro que no diría nada más hasta que Bashlenky respondiera.

Al viejo le faltó aire: el equilibrio de su vida, el futuro mismo de los súbditos de aquel Reino, dependían de una simple decisión. ¿Debía ayudar al segundo hombre que más odiaba en el mundo a obtener su venganza, o respetaría al primero?

Entonces el aire volvió, y llevó de nuevo el tiempo a sus pulmones.

—Te ayudaré, niño.

—¿Sin condiciones?

—Ya hablaremos de eso. ¿Qué necesitas?

Alrededor de un brasero de carbón de leña, en un emplazamiento alejado del río, habían dispuesto las camillas para los heridos. El señor del campamento, Nabarza, se comportó con total obsequiosidad y proveyó a sus huéspedes de todo aquello que pidieron y estaba en su mano darles.

Eithne, que no le quitaba los ojos de encima, vio hasta qué punto se parecía a su padre (un herrero llamado Enfia, si la memoria no le fallaba). No creyó conveniente sacar el tema, pero había conocido a Nabarza tiempo atrás, cuando no era más que un jovenzuelo con afanes de pertenecer a la Guardia del Águila, y ella una acólita sin tiempo para cortejos. Todavía le hacía gracia el mote que se había adjudicado para impresionarla, «Tabardo de Dragón». Eithne admiraba la hidalguía y la bondad que su familia llevaba en la sangre, menos sublime que la de otros linajes pero igual de gallarda. Era como un Hidocomte^[58] que al fin hubiese encontrado su lugar entre los adultos.

Tampoco Anya dejaba de mirarlo de reojo, aunque cada vez que por azar se aproximaban, ella se iba a meter prisa a algún quehacer.

En un momento determinado, cansado de tanto juego, Nabarza se le acercó y preguntó de manera un tanto brusca:

—¿Sois una sirvienta?

Los bucles de Anya le salpicaron el cuello cuando volvió la cabeza. Él se apresuró a aclararlo:

—¡No lo decía con mala intención, perdonadme! Tal vez he elegido mal las palabras. Sirvienta suena demasiado a...

—Os comprendo.

—Es que... una mujer tan joven, vestida con la librea de la Orden...

Anya ensanchó los labios en una sonrisa. Sus manos seguían aplicando un unguento a la herida de un soldado, pero sus ojos ya no estaban allí.

—Os comprendo, mi señor. Y tenéis razón, sirvienta no es la palabra adecuada. Nosotras decimos sibatalla.

—¿Sibatalla? ¿Qué significa?

—En la lengua fundacional del culto quiere decir «hija no consanguínea». Es un rango muy importante. Significa que estoy ligada a mi superiora por un juramento de servicio e instrucción. De ella debo aprender los secretos del Alma, y a cambio se espera que me esfuerce por honrarla en su justa medida.

—Ya veo. ¿Quién de todas estas sacerdotisas es tu superiora?

Anya señaló a la princesa Eithne, que en ese momento se aplicaba sobre la pierna rota de un balletero. Era una figura regia, tan alta como divina, con las túnicas al viento y la malla cimbreando debajo. Casi parecía una estatua de mármol, tales eran la lejanía y la majestad que transmitían sus gestos. Anya,

pese a sus manos de criada y su cabello deshilvanado, era una presencia mucho más reconfortante.

—Oh... vaya —musitó Nabarza—. Ella, nada menos. Debe de ser un puesto de gran responsabilidad.

—No lo creáis. Aunque todas nos peleábamos por ser escogidas para ser su sibadalla, he de confesarlo, yo no q...

Iba a seguir hablando, ahora que había encontrado la receta para dominar la timidez, pero el apuesto comandante le puso un dedo en los labios. Al principio la joven creyó que era un paso adelante (un tanto atrevido) en el cortejo, pero enseguida notó que algo iba mal.

Nabarza se mantuvo un segundo inmóvil, escuchando. El viento arrastraba el trino de un pájaro, pero ellas no habían divisado aves cerca del río, ni oído sus cantos hasta ese momento.

El comandante se marchó para hablar con los vigías. Uno de ellos, entendió la joven, era quien había imitado aquel delicioso sonido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Eithne, secándose las manos con un trapo. Nabarza se ajustó el tahalí al hombro izquierdo, como hacían los zurdos.

—Sombras en el sotobosque. Un vigía ha creído oír relinchar a un caballo.

Entonces sopló una ráfaga fría que estremeció y apagó algunas antorchas. Nabarza ordenó extinguir los demás fuegos y sus hombres acudieron a los puestos de vigilancia. Las calles de la ciudad eran laberínticas, y ningún ejército habría podido atravesarlas jamás en línea recta, sino dando amplios rodeos. Lo que en tiempos servía para proteger a los paseantes de los rigores del verano, ahora se tornaba en ventaja táctica.

Nabarza había situado a sus arqueros con mucha inteligencia sobre los edificios, en techos protegidos por saledizos o campanarios. Desde allí dominaban la única línea recta de tiro hacia la plaza. Algunas flechas tendrían que atravesar ventanas o brechas en muros, pero si las disparaban con precisión, causarían estragos en un ejército que se vería obligado a reducir el paso para doblar las complicadas callejuelas.

El comandante avanzó a paso de gacela hasta la plaza de los cambistas, comprobando que los tiradores estuviesen bien situados. Allí se encaramó a una estribación que alcanzaba los quince codos de altura, y que en tiempos había servido para situar un reloj de sol.

—¿Otra incursión yunk? —preguntó Eithne, tumbándose al lado de Nabarza.

—Solo exploradores. —Echó un somero vistazo al río. Retazos de espuma cabrilleaban por las orillas—. Aún no ha empezado el sitio, pero no creo que

tarde.

Eithne oteó en la lejanía. Ni un solo dardo había volado desde las rocas o el sotobosque cercano, pero podía sentir un leve temblor en el suelo: el eco del avance de carretas y caballos. No había el menor rastro del enemigo, pero el agua, las briznas de hierba, las flores, todos los elementos del paisaje parecían expectantes en sí mismos. La naturaleza había ralentizado su ritmo en espera de que algo sucediera.

Nabarza había dicho que Puente del Oeste no era el lugar idóneo para cruzar el Trigas, pero si el enemigo iba a intentar ese paso, era porque consideraba que estaba peor defendido que los demás.

Bien, su guarnición estaba lista para demostrarles lo erróneo de esa creencia.

5

Apenas hubo apurado Hesión el último bocado de la cena (cebada y pan crudo que bastaban para saciar el minúsculo estómago de Bashlenky, pero que a él le supieron a poco), cuando se oyó por todo el campo de Sikandar la aguda trompetería de los soldados.

Se asomó a la ventana. Desde allí se dominaba un amplio panorama de la bastida, flanqueado por los altos muros de la fortaleza y lleno a rebosar de soldados, campesinos, animales y comerciantes. Vio desplegarse al viento el pendón señorial en la torre más alta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el porquerizo—. ¿Ya llega el Ejército Negro?

—Si así fuera, Sikandar no lo recibiría con vítores. Tranquilízate; me parece que son tropas de refuerzo, aunque no alcanzo a ver su bandera. Será algún general que estaba destinado en las Marcas.

La gente se apretaba para ver llegar el cortejo de los paladines. Corrió a agolparse en los ribazos del camino, se encaramó a los postes y formó un cordón humano que solo superaban en altura los jinetes de penachudo casco y sus estandartes. Entonces apareció la figura principal de aquella procesión, un jinete de negra armadura guarnecida en oro. Llevaba en la diestra el pendón de la familia real, y al estribo izquierdo al ejecutor de las justicias del Reino.

Hesión reconoció a tan gallardo jinete: Yaroslav, el carnicero de Ausgren.

Bashlenky, inclinado sobre su hombro para ver mejor, notó cómo la mano de Hesión se cerraba en torno a un barrote de madera de la ventana, ejerciendo presión hasta que lo rompió.

—¿Qué te pasa, hijo? Parece como si hubieras visto al mismísimo guardián del Inframundo.

—Puedes creer que así ha sido, poeta —murmuró el general, señalando con la cabeza.

Bashlenky reconoció uno de los pendones que portaba el séquito de Yaroslav: era el lábaro de Andurov, que hasta hacía unas semanas ondeaba orgulloso en los poderosos batientes de su atalaya.

—Fueron ellos —dijo Hesión, y se aferró aún más a los barrotes, no fuera a ser que su voluntad se quebrara y cometiera el error de abalanzarse sobre los paladines allí mismo, como un perro rabioso—. Vóronez puso los medios, pero fue el ejército de Yaroslav quien ejecutó la matanza, malditos sean ellos y su descendencia.

Ajena a tan horribles verdades, la multitud ovacionaba la llegada de los defensores. Cuando dejó de hervir el clamor de la trompetería, y el ejército dejó atrás la Esfinge y traspasó la segunda muralla, Hesión se apartó de la ventana. Miraba sin ver un punto en el infinito. Bashlenky supo reconocer en aquellas pupilas tanto dolor como el que él había experimentado en todos sus años de esclavitud, concentrado en un solo instante.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó por última vez.

El silencio del guerrero bastó para contestarle.

—Sea pues; ha llegado el tiempo en que la venganza debe sublimar cualquier otro sentimiento en el corazón de los hombres.

El anciano apartó del fuego un cazo con una sustancia hedionda, parecida al contraveneno que le había suministrado unas horas antes. Hesión sintió que el olor de la mezcla le revolvía el estómago, e interrogó con la mirada a su mentor.

—Este es tu salvoconducto al interior de la fortaleza —explicó Bashlenky—. Aunque no quiero mentirte: si aceptas someterte al tratamiento, será arriesgado y doloroso en extremo, y puede que no regreses del viaje que te espera.

—¿Qué viaje?

Bashlenky revolvió la mezcla con un palo.

—Durante años he estudiado estos muros por si yo mismo podía burlarlos. Desgraciadamente no hay forma de escalarlos, y si los arqueros te descubrieran no habría broquel que te guarneciera de sus dardos, pues las puntas están envenenadas y atraviesan las armaduras como si fueran de seda.

—Lo sé, yo mismo los entrené.

—Sin embargo, existe una forma de entrar. Apurada, difícil... pero posible.

—No te demores más y habla, anciano. ¿Cómo puede tu astucia burlar una defensa pensada para repeler a un ejército?

Bashlenky sonrió.

—Desde hace generaciones, y hablo de los tiempos en que apareció el último brote de peste en Sikandar, opera aquí una costumbre: todos los soldados o campesinos muertos en extrañas circunstancias son cubiertos de sal y llevados a una estancia en los sótanos de la fortaleza, donde jamás llega el Sol.

—La cámara de los físicos —recordó Hesión—. La conozco. Pero está incomunicada con el palacio.

—Cierto, pero déjame que te explique. En ese tenebroso lugar, nuestros eruditos estudian el cadáver para comprobar si ha muerto de una enfermedad contagiosa que pudiera haber surgido entre la plebe. Si se detecta, ¡zas! —Bashlenky dio una palmada—, el infeliz es arrojado a una fosa y quemado después. Se pone al pueblo en alerta, se sacrifican sus animales y otros son traídos de haciendas lejanas.

—¿Adónde quieres ir a parar? —El general frunció el ceño. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

El porquerizo dibujó un mapa en el suelo, una habitación más o menos cuadrada de la que surgía un conducto sinuoso.

—Esta es la chimenea que permite evacuar el humo de ese foso. Si un cuerpo, digamos no exactamente muerto, fuese arrojado a él, tendría unos segundos de tiempo para escapar trepando por el interior de la chimenea. El tiro de salida da al patio interior, tras la segunda muralla, y no sería descabellado suponer que unas briosas piernas como las tuyas serían capaces de catapultarte desde allí hasta el edificio más cercano.

Hesión arqueó una ceja.

—¿Qué quiere decir eso de «no exactamente muerto»?

—Quiere decir bajo los efectos de una droga que será capaz de sumirte en un trance similar al de la negra muerte. Un estado de parálisis tan absoluto — las manos de Bashlenky volaron nerviosas — que prácticamente detendrá tu corazón, pero con la potestad de volver a ponerlo en funcionamiento al cabo de una hora. —Ejecutó una cabriola sobre un taburete—. Es el jugo de Pleomantis, ¿conoces la leyenda?

—Sí, pero...

—Después de que ingieras este bebedizo, te cubriré de sal y diré que te encontré pudriéndote en una pocilga. El temor a un brote de peste calará rápido entre la soldadesca. Te garantizo que antes de una hora estarás al otro lado de esos recios muros, tumbado sobre la piedra de los físicos.

—¡Ese plan es una locura! —tronó Hesión—. ¿Y si no despierto antes de ser arrojado al crematorio, y mis huesos acaban en la pira?

El anciano sonrió con beatitud.

—Entonces morirás.

Hesión hizo un gesto de tirarlo todo por la borda, cansado de tantas insensateces, pero tras pasear unos minutos por la habitación se volvió. Un hoyuelo de preocupación taladraba su barbilla.

—¿Estás seguro de que el efecto solo durará una hora?

—Tan seguro como estoy de que esos hijos de una alimaña tienen que ser castigados.

Hesión agarró al anciano por el pescuezo.

—¿Cómo sé que esto no es un truco para librarte de mí y consumir tu venganza?

—¡No tienes más remedio —imprecó Bashlenky, medio asfixiado— que confiar en mí! Dentro de poco el Gran Kan Magnus estará a las puertas, y a nadie le importará si un infeliz muere o no en las pocilgas...

El silencio cayó como una losa. El general miró a los ojos del anciano, luego al cuenco con la sustancia fétida, y soltó un suspiro.

Sería irónico morir aquí, tras largas y osadas campañas, envenenado por las artimañas de un porquerizo, pensó.

Pero entonces se acordó de Eithne, y de las leyendas que su propio padre le había contado sobre el Inframundo. *Muchos grandes héroes visitaron el reino del Dios que guarda los silencios, le contó el ilustre Orfías, una noche en que lo acunaba en sus brazos. Y no todos regresaron, pero algunos fueron capaces de conseguirlo por un buen motivo.*

¿Qué motivo, padre, hace que valga la pena retar a la muerte?, había preguntado el Hesión niño.

Su padre respondió:

Las dos únicas razones que mueven a un hombre en este mundo, hijo: el amor y la ira.

El amor y la ira.

Hesión se acercó el cuenco a los labios.

—Está bien, Bashlenky. Según parece, tras tantos años de dar muerte a otros ha llegado al fin mi hora. Mátame.

El enemigo apareció en cuanto se extinguieron las últimas luces del día. Apostaron sus tiradores en los vértices de un triángulo imaginario que dejaba la ciudad de Puente del Oeste en una esquina, pero de sus pulmones solo brotaron señales puntuales, contraseñas tácticas, no gritos. El astro rey se puso a lo lejos, arrebolando las aves nocturnas que despegaban en bandadas.

La vanguardia de las tropas yunk sobrepasó el Bosque de Narevia, y aunque los arqueros de Nabarza tensaron sus cuerdas azheranas^[59], el comandante no dio la orden de disparar. Esperó pacientemente a que el enemigo se acercara, para hacerse una idea de cuántos efectivos disponían. Como no portaban antorchas, en la oscuridad se hacía difícil calibrar el tamaño de sus tropas.

—Nos superan en número, eso seguro —murmuró. Luego formuló a las nubes una súplica para que permitieran que la luz de las estrellas arrojara un poco de claridad sobre la planicie.

Eithne le palmeó el hombro.

—No os preocupéis, señor. El enemigo tenderá puentes, pero esta ciudad tiene al Tabardo de Dragón para defenderla. Y también al bronce de Sidón, que encajado en buenas manos resulta tan imparable como los rayos de las tormentas.

Nabarza tardó unos segundos en hacer memoria, pero cuando aquel absurdo mote de juventud volvió a su mente, sus cejas se alzaron.

—Yo... solo he empleado ese mote una vez en mi vida, para impresionar a una damisela...

—Esa damisela creció y encontró su camino, Enfiada, pero aún os recuerda. Haced lo que podáis por rechazar a los bárbaros y os prometo que esta vez sí que me dejaré impresionar por vuestras hazañas.

Allí lo dejó, boquiabierto, y volvió al hospital de campaña. Reunió al resto de las sacerdotisas y les dijo:

—Hermanas, una batalla colosal está a punto de dar comienzo. No os dejéis llevar por el pánico y permaneced cerca de los caballos por si los cuernos dieran la orden de retirada. Si llegara ese momento, cabalgad como el viento hacia Sikandar y no os detengáis hasta que las murallas os cubran con su sombra.

Conduciendo a su yegua por el barboquejo, Eithne la dejó bajo una techumbre que la protegería de la lluvia de flechas. Luego comprobó que la cinta de amistad de su espada estaba desatada.

—Quiero salir de aquí cuanto antes, mi señora —dijo Anya, bajando la voz para que ni las mujeres ni los soldados la oyeran. Tal como estaban los ánimos, no era menester machacarlos más.

—Seríamos tontas si no lo deseáramos, Anya. Pero puedes confiar en la destreza de los hombres de Nabarza y en la capacidad de su comandante —sonrió Eithne—. Saldremos de esta, te lo prometo. Puente del Oeste venderá cara su rendición.

—Que la Diosa os escuche, mi señora. Que la Diosa os escuche...

CANTO XVIII

Nekuia

1

Hesión no sabía dónde se encontraba.

El regusto a una sustancia nociva ardía aún en su garganta. Desde hacía horas vagaba por las dependencias de un palacio, quizá templo, buscando a alguien... o algo.

Poco a poco los recuerdos fueron retornando. Sí, allí estaba Bashlenky preparando la mixtura, el calor de una olla donde se cocían ingredientes extraños, la danza inquieta del hechicero...

Y su cuerpo tumbado sobre una carreta. Bashlenky lo había envenenado, como prometió, y había llamado a los soldados tras deformarle la cara cubriéndola de barro y estiércol para que no le reconocieran. Los infantes lo habían metido en un saco y se lo habían llevado, aunque por nada del mundo hubiera jurado Hesión que el palacio de los reyes se pareciera a aquellas dependencias.

Una campana tañó de fondo, anunciando su llegada. Manos invisibles lo desvistieron, retirando los paramentos de guerra, dejándole solo un taparrabos para cubrirse y una antorcha en la mano derecha. El frío se clavaba como mordiscos de leones en su carne, pero no era molesto; solo le animaba a seguir moviéndose, a explorar lo que había detrás de la siguiente puerta. Las mismas manos etéreas encendieron la antorcha sin utilizar yesca ni pedernal.

El guerrero alzó la vista. El techo estaba tan alejado del suelo que andrajos de nubes surcaban por debajo. Tras una de las titánicas columnas que lo sostenían divisó a una persona, un anciano cuyo rostro reconoció: era Ivania, palafrenero de la Casa de Orfías, uno de los viejos amigos de su padre.

Mantecía la cabeza gacha y los párpados cerrados, como si se hubiera quedado dormido en cuclillas.

Hesión sabía que algo no encajaba en aquel cuadro. ¿Estaba equivocado, o recordaba haber visto el cadáver de Ivania entre las ruinas de Andurov?

—Despierta, Ivania, hijo de Yuri —lo zarandeó—. Una vez más necesito de tus amables servicios. Dispón bajo el yugo a los solípedos caballos, para que reemprendamos juntos el viaje.

El viejo abrió los ojos y Hesión retrocedió, asustado. Cuencas vacías eran lo único que quedaba de una mirada que sabía leer las estaciones en la oscilación del trigo. Fue entonces cuando el guerrero supo con total seguridad que estaba en el Reino de los Muertos, y que sus recuerdos sobre el cadáver de Ivania no eran soñados.

El palafrenero cantó:

—Me temo que ningún corcel, por magnífico que sea, podrá llevarme en su grupa a otro lugar, Orfiada de estirpe divina. Aunque mi ánimo anhela regresar al hogar, junto a mi mujer y mis bestias, es del todo irrealizable.

*Los asesinos del rey atravesaron mi cuerpo en la cumbre de Vorolk,
ataron mis pies a una roca para que no huyera en busca de auxilio,
y me sacaron los ojos para que ninguna moneda
pudiera ser depositada sobre ellos.
¡Oh, Andurov, pueblo desdichado, ignorado por los Dioses!
Qué horrible conjura te ha hecho culminar en esta pavorosa suerte.*

—¿Fue eso lo que ocurrió, Ivania, sirviente fiel? —se entristeció el guerrero—. Contesta a mis preguntas, te lo imploro, pues mi alma ansía sin demora salir de las tinieblas. ¿Qué techo es este que nos alberga, que hace resonar las palabras como si las escribiésemos en rugosa piedra?

El palafrenero alzó los brazos.

—Es la bahía a la que arriban las negras naves de la Muerte, oh Hesión. Pero eso ya lo sabes, pues no es en alas del caprichoso sueño como has llegado hasta aquí. Lo que llevas en la mano es la antorcha de tu alma. Aunque no tengo ojos, su resplandor me hiere. Lévala siempre encendida y los muertos no te tocarán.

—Entonces el jugo de Pleomantis obró el prodigio —murmuró Hesión—. La sabiduría de Bashlenky, aunque alojada en una mente enferma, dio sus frutos.

Hesión se arrodilló junto a su sirviente.

—Háblame, amigo mío, de aquellos a quienes viste pasear por estos salones. Instrúyeme sobre la ley que rige el mundo subterráneo, pues deseo acatarla cuando el peso del bronce mantenga mis párpados en su sitio.

»Aquel a quien permití labrar mis campos en Andurov, ¿lo has visto?

—Lo he visto —afirmó el palafrenero—. Su familia y amigos lo llevaban en clamoroso cortejo a su lugar de descanso, y plantaban flores sobre su tumba.

—Aquel que cayó en la lucha, ¿lo has visto?

—Lo he visto. Su padre y su madre le sostienen orgullosos la cabeza, y su mujer lo estrecha entre sus brazos.

—Aquel cuyo cadáver no fue enterrado según los rituales, ¿lo has visto?

—Lo he visto. Su espíritu no halla descanso en el mundo de las sombras. Esparcidos yacen sus miembros a lo largo de la llanura, a merced de los perros.

—Aquel cuya memoria fue plasmada en los versos de un poema, y es añorado incluso después de que su estirpe haya caído, ¿lo has visto?

—Lo he visto. Me hace preguntas cuyas respuestas ningún mortal debería conocer, y el corazón le impele a vengar a sus seres queridos.

Extrañado por esa última respuesta, Hesión dejó que el palafrenero continuara reposando y siguió de largo. *Nada hay en este lugar para mí*, pensó.

Continuó con su viaje por el Inframundo, atravesando salones marmóreos y pasillos cuya majestad no podía ser igualada por artesanos mortales. Atravesó arcadas y pasó sin hacer ruido ante puertas cerradas desde el comienzo de los tiempos. Almas de muertos rememoraban sus triunfos y despropósitos, contando cada una su propia historia, y se sentaban por turnos en un solio desde donde dictaban sus oráculos.

Sin previo aviso, su andar le condujo hasta un recibidor, y después a un portón inmenso. Lo que había tras él...

Hesión cerró los ojos, pero ni aun así pudo evitar *ver*, pasear su vista por la infranqueable llanura de los muertos. Ante él se abría una planicie tan infinita como aterradora, sin curva que tensara el horizonte. A su espalda se levantaba el edificio que le había servido de entrada, pero otros muchos

palacios se intuían en la distancia, demasiado grandes y difusos para distinguir los detalles. Todos eran iguales y a la vez distintos.

Del cielo caían inmensas lágrimas de fuego, derramadas quién sabía por qué entidad incognoscible. Cada vez que golpeaban el suelo, un palacio nuevo brotaba de la salpicadura, congelando su piedra en el tiempo como congelados parecían los destinos de quienes los habitaban.

Hesión se obligó a poner un pie delante del otro, internándose en las brumosas profundidades de la llanura. Vio campos sembrados de almas de bebés nonatos, dispuestas a germinar en el vientre que les tocara en suerte. Vio flotas de naos oscuras que bogaban en el viento, sus bodegas cargadas de sombras humanas. Vio jardines tan hermosos que provocaban el llanto, colmados de paseantes felices, y profundos fosos en cuyo interior se retorcían muchos desdichados.

Grande fue su sorpresa al identificar a una de aquellas almas en pena. Pulev también le reconoció. Surgiendo del pozo como un hálito de bruma, exclamó:

—¡Oh, cruel Orfiada, promulgador de la muerte, azote de los vivos! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Acaso no te bastó con privarme del latido de mi corazón, que has bajado para torturarme en este dédalo de infamias?

*No tienes derecho a ejecutar tu voluntad en este paraje.
La antorcha que llevas habla:
el destino aún no se ha apoderado de ti.
No has mordido el polvo en el campo de los valientes
ni enterrado tus huesos con tus propias manos.
Los gusanos desconocen tu sabor
y los cirios de tu santuario
no han sido prendidos por las vestales.*

—No he venido a este tenebroso lugar para encontrar a un enemigo —dijo Hesión—, sino una senda. Un camino que conduzca más allá de la llanura, de regreso al mundo de la luz.

—¡Pobre insensato! —se compadeció Pulev, rascándose una mancha blanca que lucía en la frente—. Infeliz al que los oráculos engañaron con palabras aladas... No hay camino más allá de la llanura, porque la llanura es eterna...

*... como eternas son las angustias de sus moradores
aquellos que dejaron algo inconcluso atrás
y no cultivaron amigos o familia que lo remataran.*

*Los que no han podado las raíces que atan pesos a sus pies
y tienen números para contar los granos de arena de su reloj.*

—Estoy seguro de que la senda existe. La encontraré solo, si es necesario, o con la ayuda de los poderes celestes.

—¡Espera, estás en lo cierto! —rectificó Pulev en cuanto el guerrero empezó a alejarse—. Existe un camino, pero solo te lo mostraré si me llevas contigo, Hesión, dios entre mortales, tú que te sientas a los remos centrales de la nao y cargas gustoso con el mayor peso.

Así fue como le tentó el espíritu de Pulev. Pero Hesión respondióle de esta manera:

—¿Por qué debería creer tus palabras, si nada más que traición y perfidia dejaste en el otro mundo?

*No eres sino una manta que no da abrigo
un techo que no protege
un ladrillo desprendido de la muralla
un odre que deja escapar el vino
inmundicia que mancha a quien la toca
nube que oscurece el Sol del camino
sandalia que hace trastabillar a quien la calza.*

»Halagaste al semental que se enardece en la batalla, pero lo sometiste a brida, espuela y látigo. Jamás confiaré en ti.

Pulev se retorció, volviendo al pozo.

—Muy divino Orfiada, ligero de lengua: insultas a los muertos escudado en las murallas de la juventud, pues sabes que tras ellas no pueden alcanzarte. Pero te prevengo: tú también sufrirás las endechas del destino. No hay gloria sin pérdida, esa es la gran verdad que forja el sino de los hombres. Sufrirás antes de ver plantadas las semillas de tu descendencia. ¡No hay gloria sin pérdida, acuérdate de lo que te digo!

Hesión retomó su andar, dejando atrás el pozo en que el infortunado Pulev agonizaba. *Nada hay en este lugar para mí*, pensó.

Más adelante fue asaltado por un tropel de almas que gemían. Eran los espíritus de las mujeres que lloraban a sus familiares muertos en batalla, cuyo lamento las perseguía al otro mundo. En cuanto divisaron a Hesión formaron enjambre a su alrededor, pero este elevó su antorcha y las mantuvo a raya.

—¿Quiénes sois?

Dos muchachas se materializaron, vestidas de Sol poniente y lluvia de otoño. Hesión reconoció aquellos rostros: eran la hija y la esposa del vaivoda Vóronez, Escia^[60] y Neva. La textura etérea de su carne las hacía si cabe más hermosas de lo que fueron en vida.

—Te conocemos, hijo de mujer —dijo Escia—. El color de tus labios evoca recuerdos. ¿Has perdido algo aquí, una posesión tan valiosa que no has sabido esperar a morirte para recuperarla?

—Escia, hija de Vóronez, víctima de los odios de un inicuo padre. Recuerdo tu candidez —dijo Hesión—. Tu dulce juventud me tentó con el mejor de los bálsamos. Espero que algún día puedas perdonarme que te rechazara. Tu padre te convirtió en instrumento de su locura, y yo, cegado por la rabia, habiendo confundido sus intenciones con las de un engañoso himeneo, no hice nada por evitarlo. Así pues, ruego tu clemencia.

El fantasma de la joven tembló de angustia.

—Oh, sureño, tú que recuerdas los días felices en los que el horror de la guerra no había acallado a nuestros niños...

*... ten por seguro que no te culpo de mi desgracia
pues fue mi nefasto padre quien,
tratando con pensamiento obtuso de burlar a la Muerte,
eligió hacer un sacrificio de su propia sangre.
Es a él a quien hemos condenado a los lóbregos fosos
con su indigna frente manchada de sal^[61]
mientras nosotras paseamos por los campos en flor
para que medite sobre la insensatez de sus actos.
No es sino una quimera de los vivos el esquivar la Guadaña
pues solo ella mantiene su designio incommovible
y ni siquiera es potestad de los Dioses escapar a su abrazo.*

Un espíritu gemebundo se adelantó a los demás. Su piel parecía un tafetán con brocados azabaches. A Hesión se le secó el alma al reconocerlo.

Era el espíritu de su propia madre, Kelandra, que así le habló:

—¡Dioses que ejercéis el imperio de las almas! ¿Cómo habéis tolerado que este, mi hijo, se extravíe en las densas tinieblas? ¿Quién lo ha conducido a estos parajes mediados engaños, antes de que hubiera exhalado su último aliento?

Hesión disimuló el increíble dolor que le producía ver a su madre en ese estado, y dijo:

—Generosa madre, engendradora divina, que me llevaste en tu seno durante meses sin pedir nada a cambio, y en un sinfín de ocasiones te condoliste de mi aflicción. Por grato que sea a mi corazón el oro que cubre los salones de los vivos, o la calidez que se encuentra en los brazos de un amor sincero, bajaré hasta aquí para escoltarte en el eterno viaje si con eso alivio tu soledad. Nunca fue mi intención dejar que murieras sin poder disfrutar una última vez de tus caricias, ni dejarte sin protección en tu último y decisivo viaje. Sin embargo, si ahora me fuera permitido quedarme, solo dímelo y lo haré de buen grado. ¡Que se abran los ríos y los mares del Inframundo, pues aquí está Hesión, el mejor de entre todos los hombres, dispuesto a enfrentarse a las hordas de la Eternidad para proteger a su madre!

Las lágrimas inundaron los ojos de Kelandra, quien respondió:

—Verdaderamente, ya quisieran poseer todas las mujeres del mundo que dejé atrás un vástago como tú, Hesión, orgullo de la Casa de Orfías. Me honras en la vida y en la muerte, y nunca das tu brazo a torcer. Mientras yo por estos confines erraba, tú seguías manteniéndome viva en tu recuerdo y me protegías en tu pecho de cualquier infortunio. Ve en paz, querido hijo: regresa a los cielos que te vieron nacer y a la tierra que te dio cobijo, pues has concedido reposo a mi alma. Que de ahora en adelante el agua que mane de mis ojos sea de felicidad, pues he parido al mejor de entre todos los hombres.

Las mujeres de gasas transparentes revolotearon unos instantes en torno a la llama, y luego esta se apagó. La oscuridad descendió sobre la llanura como una mortaja, y Hesión se sintió solo, más de lo que lo había estado jamás.

Arrodillado bajo el mundo, entendió la advertencia de Pulev: *No hay gloria sin pérdida.*

—Lo que hacen los hombres no es más que viento... —susurró, mirándose las manos.

Lloró amargamente durante quién sabe cuánto tiempo, hasta que un nuevo espíritu se le aproximó. Era distinto a los demás, una luz más que una sombra, un camino más que una huella.

Al verlo allí, tan afligido, el espíritu le preguntó:

—¿Por qué derramas tu tristeza sobre el polvo, noble guerrero, si de nada hecho en la vida tienes que arrepentirte?

*Pues eres semilla que germina en terreno difícil
lluvia que fructifica el terreno infecundo
guardián que protege el mausoleo de sus padres
risa que espolea los corazones en la desgracia
brazo capaz de sostener la espada*

*espalda capaz de acarrear el yugo
voluntad que hace brotar el fruto de la tierra.*

»A muchos enemigos has hecho caer bajo tu filo, pero siempre para proteger a aquellos que de tu piedad dependían. Naciste fuerte para ser el defensor de los débiles, pobre niño, sin poder reclamar galardón alguno que te compense. Esa es tu maldición y tu gloria.

Hesión sollozó.

—Son nobles tus intenciones, alma errabunda, pero no te dejes ofender por mis palabras, pues, ¿qué puedes saber tú del destino de otros?

—De la suerte de muchos desconozco el final, es cierto, pero no descansaría tranquilo si de mi propia estirpe no me preocuparan sus azares.

Hesión elevó los ojos hacia él. Cuando lo reconoció, sintió que su ánimo se encendía de nuevo con una fuerza increíble.

—¡¡Padre!! —gritó, corriendo a abrazarlo, pero el espíritu se mantuvo a unos pasos de distancia.

—No te acerques, hijo mío, pues la antorcha de la vida ya no te protege, y si tu carne rozara la mía te convertirías en uno de nosotros. Pero no te aflijas. El sueño está llegando a su fin, y apenas brille la Aurora de dedos rosáceos despertarás para descubrir que tu corazón aún late, y que el dulce aire sigue abarrotando tus pulmones.

—¿Para qué quiero despertar, padre, habiéndoos encontrado a madre y a ti aquí abajo? ¿Para qué regresar a un mundo donde nada más que muerte y miseria me aguardan?

*Anda revuelto el mar con gran murmullo
las tempestades corren desatadas
y las aguas brincan desde los profundos abismos.
Igual de destempladas viajan las pasiones de los hombres
presas de la soberbia y del estrago de la ira.
Los avivados ardores no han menester cadenas que los amarren
pues ni siquiera elevando áridos pábulos
encuentra el guerrero ancla que los domine con su corvo diente.
¡Oh alma valerosa! ¿No me hubiera valido más haber sucumbido
en los llanos de Svalensko, allá donde combatí a los Kanes,
y entregar mi alma a golpe de espada?*

El espíritu de Orfías acercó una mano a la mejilla de su hijo, sin llegar a tocarla.

—Oh, hijo, en quien cifro mi única esperanza. Es, en efecto, la pasión del hombre una nave de timón frágil. Pártanse sus remos, cómbense sus mástiles, que la fuerza de la quilla seguirá impertérrita. ¡No temas su embate! Si tu nave se desboca, vuelve la proa y ofrece su costado al empuje de las olas. Que la furia te otorgue alas en lugar de dominarte y permita que castigues a quienes ofendieron la memoria de tus antepasados. Pero avisarte debo de que en el último momento, cuando todos los caminos converjan, de tu peor enemigo solo desearás buenaventura, y tú mismo rendirás tu mano antes que derramar una gota de su sangre.

*Regresa ahora, hijo, y sé la espada que acecha en la tiniebla,
el monte de agua que se desploma sobre el bajel.
Recios temporales aún te medirán
y el austro tratará de disuadirte en la fuga
pero ten presente que no solo de muerte está lleno el mundo;
también el amor te espera
en los brazos de la divina Eithne
mujer por la que reyes habrían entregado sus feudos
y príncipes venderían sus corazones.
Busca en ella sabiduría y cobijo
para que cuando llegue el día de retornar a la tierra
mires atrás y te sientas satisfecho del camino.
Recuerda mis palabras una vez tus ojos se hayan abierto:
¿Qué motivos hacen que valga la pena retar a la Muerte?
Las dos únicas razones que mueven a un hombre en este mundo, hijo mío: el
amor y la ira.
El amor y la ira.*

2

El dolor le confirmó que había regresado al mundo de los vivos.

Luchó para que el contenido de su estómago permaneciera en su sitio. Un emplasto maloliente le cubría la cara; Hesión lo arrancó y escupió la parte que se le había metido en la boca. Eran excrementos de cerdo mezclados con harina, una máscara que los sanadores no se habían atrevido a retirar por temor a contaminarse.

Miró en derredor. Se encontraba en un agujero de paredes rectangulares, tallado en roca viva, con el suelo cubierto de paja y aceite. Esqueletos humanos calcinados yacían por doquier. Estaba acostado sobre una losa de piedra, situada bajo un túnel por el que lo habían arrojado envuelto en una mortaja. Otro túnel, la chimenea por la que escaparía el humo una vez

prendida la hoguera, se abría justo sobre su cabeza, y de ella provenía la única luz.

Bashlenky había calculado bien. Estaba en el foso complementario a la cámara de los físicos, y había despertado justo a tiempo. A través de aquel conducto los sirvientes arrojaban también el aceite y las balas de paja. Ya no tardaría en llegar la antorcha que iniciaría la purificación.

Se echó a un lado y vomitó el veneno. Por un instante, recordando el increíble viaje al Inframundo, la sombra de la duda atenazó su espíritu: ¿fue un sueño provocado por el jugo de Pleomantis... o caminó de verdad por la llanura y conversó con las almas de sus padres? ¿Fue aquel viaje un pozo quimérico en el que se le permitió vencer su miedo?

Un calor reconfortante lo embargó mientras recordaba al espectro de Kelandra y lo feliz que parecía. Una maravillosa eternidad estaba dispuesta a pasar su madre allá abajo, rodeada de multitud de flores impercederas, sabiendo que su hijo aún la amaba.

—Pronto nos veremos, madre —susurró—. Y estarás orgullosa de mí. Vengaré a nuestros hermanos y hermanas, purgaré este país y partiré en un viaje sin retorno en compañía de mi esposa.

Saltó desde la losa hasta la chimenea, agarrándose como un simio a los bordes. Lentamente, masticando gemidos y maldiciones, trepó por el tiro hasta que su cuerpo estuvo encajado y pudo hacer presión con las piernas. La escalada fue penosa, pero cuando la chispa al fin cayó en la cámara y el aceite y la paja prendieron, Hesión dio gracias a los Dioses por que le hubieran dotado de nervudos brazos.

El fuego se propagó con rapidez. El humo se arremolinó como es natural en él, y escapó en volutas por la chimenea. Hesión tosió, tratando de contener la respiración. Clavó las uñas en los escuetos espacios entre los ladrillos y se impulsó con las rodillas. Su ancha espalda apenas cabía en las dimensiones del tubo, pero se dejaría la piel contra los ladrillos antes que perecer ahogado.

La luz rojiza del crepúsculo se adivinaba un poco más arriba. El inmenso calor ascendía tras él, usando al humo de parapeto y plantando llagas en sus piernas. Cuando al fin alcanzó la cima del tubo, sus pulmones estaban a punto de reventar. Sacó la cabeza por el agujero, tosiendo como un viejo enfermo de tisis, y aspiró a grandes bocanadas el aire del exterior.

Bashlenky tenía razón: la chimenea daba al recinto interior del palacio, el segundo patio de armas. La robusta muralla defensiva quedaba a sus espaldas.

Con una última y dolorosa torsión, sacó el cuerpo de la chimenea y se agarró a las tejas para no resbalar. Cerca, a poco menos de diez pies, caía con

suave pendiente el tejado de uno de los edificios, rematado por un desagüe y una gárgola.

Hesión barajó alternativas. Seguro que podría llegar hasta ella de un salto. Con la vista, exploró los tejados buscando una entrada. Sí... del crematorio al techo del templo, de ahí a la almena y después al palacio. Una vez alcanzara sus paredes, no le sería difícil trepar por una balaustrada y colarse por alguna ventana.

Antes de ponerse en marcha, sin embargo, tornó la vista al horizonte. Contuvo un escalofrío; los vigías de las almenas estarían a punto de reparar en lo que él divisaba, si no lo habían hecho ya.

Un emisario regresaba al palacio con la respuesta del Kan a alguna demanda de Maximilian. No llegó a alcanzar las puertas. Perdiendo su asidero al caballo, se precipitó a tierra por encima de una loma que servía de reparo a unos arqueros. Unos penachos rojos le sobresalían del cuello por debajo de su gola de oro.

Hesión trasladó su vista a la llanura. Si aquella era la respuesta de Magnus a las exigencias del rey, es que no quedaban vías diplomáticas abiertas.

El Sol tocaba el paño funerario de las nubes. Sus últimos destellos se hundían en un incendio ominoso en el látigo de agua del Trigas. La ciudad de Puente del Oeste ardía con cientos de diminutas fogatas, señal de que estaba siendo ocupada por el enemigo (ninguna guarnición habría revelado su posición de esa manera).

Y lo que había más allá, tras la orilla opuesta...

El océano embravecido de las huestes del Kan inundaba los campos. Miles de estandartes ondeaban sobre bosques de lanzas. Ejércitos agrupados en masas cuadradas, muy densas y oscuras, se aproximaban unos a otros con la intención de fundirse en una sola gran marejada humana que, de cruzar todos a la vez el Trigas, detendrían al río con la fuerza de un dique.

La tierra se estremecía bajo las sandalias de los hombres, aunque habría que esperar al amanecer para apreciar el verdadero tamaño de aquella hueste. Una oleada de jinetes atravesó Puente del Oeste y persiguió a los supervivientes de la guarnición, no con la intención de acorralarlos sino como medida disuasoria. Ya habría tiempo para derramar sangre. Los escasos supervivientes cabalgaron más rápido de lo que habían hecho nunca, buscando refugio tras las altas murallas de Sikandar. Otros no tuvieron tanta suerte.

Los ejércitos de Magnus seguían cruzando el río cuando las estrellas se enseñorearon de los espacios celestes. Pronto acamparían en el altiplano que

rodeaba la capital.

Ha comenzado, se lamentó Hesión. El principio del fin.

Hubo una confusión de sonidos. Los vigías hicieron sonar sus trompetas, las campanas de alarma repicaron con energía. Desde su atalaya, Hesión fue testigo de la movilización de la urbe: los campesinos cogieron lo que podían cargar y cruzaron a toda prisa la muralla exterior. Apenas quedaba tiempo para organizar un acantonamiento racional de las tropas.

El guerrero sacudió la cabeza. Ahora comprendía por qué Yaroslav había regresado a la capital con tanta premura: Sikandar se preparaba para soportar el mayor asedio de su historia, tal vez el último. La ciudad era un gigante que demostraría en las próximas jornadas si la leyenda de inconquistable le venía grande.

Y él, Hesión, antiguo general de los ejércitos y hombre de confianza del rey, estaba a punto de decapitar a ese gigante.

3

Nabarza saltó para esquivar las flechas y se hundió de bruces en un helechal. Las saetas de los yunks silbaban junto a su oído como insectos nerviosos. Dos de sus hombres, expertos ballesteros, se apostaron junto al muro que le daba cobijo y cargaron las armas.

—¡Ahora! —gritó Nabarza, tensando su arco.

A través de un pasadizo estrecho de ventanas y huecos en los muros, se divisaba la calle principal de Puente del Oeste. Los incursores yunk, confundidos por el trazado laberíntico de las calles, descubrieron que avanzar con los animales era colocarse de manera suicida al alcance de los defensores.

Nabarza soltó una flecha, que voló hasta atravesar un casco enemigo. Los ballesteros hicieron lo propio, perforando de dos certeros disparos las corazas de los espaderos y derribando a sus bestias. Alguien gritó una consigna estratégica. Cuatro o cinco formas se agacharon presurosas en la oscuridad. Varios lanceros corrieron para tratar de hacerse un hueco entre las filas de los defensores, pero no lograron avanzar más que un corto tramo. En segundos, la intrincada telaraña de flechas que tejían los hombres de Nabarza hizo estragos en la avanzadilla yunk.

—¡Cread una barrera! —Nabarza señaló los caballos muertos, cuyos cuerpos desplomados en medio de la plaza dificultaban aún más el avance de las tropas—. ¡Si no tenéis un blanco claro, apuntad a los animales!

Los espaderos salieron de sus escondites profiriendo horribles gritos. Trataban de atraer el fuego sobre ellos para que los arqueros yunk pudieran situarse. Nabarza distinguió un símbolo impío, el cráneo amputado de una cabra con ojos de fuego, dibujado en los escudos. Los yunks eran de escasa estatura, pero fornidos y veloces, lampiños y con la piel decorada con tatuajes. Portaban hachas dentadas, ideales para desgarrar la carne aunque poco efectivas contra los escudos de pavés de las tropas del rey. Aun así, su sola presencia era un arma, ya que intimidaba a los enemigos llenándoles de pavor los corazones.

Algo explotó en el muro junto a su mejilla, dejándole un corte. Nabarza se cubrió de una lluvia de saetas que cayó levantando esquirlas. Las puntas de las flechas, forradas de metal, arrancaban luces a la piedra como efímeros fuegos fatuos.

Se dejó caer en una terraza inferior y desenvainó. De reojo, vio cómo uno de sus ballesteros se alzaba para disparar y era derribado por un hacha arrojada que se le incrustó en plena frente. Su compañero, sin cobertura, también fue herido en un brazo, pero no sin antes descargar el arma sobre un yunk que se le echaba encima.

Nabarza escuchó un barullo de pasos a su derecha. Afanados como hormigas, los enemigos cavaban zanjas y se refugiaban dentro, tratando de extender su círculo hasta alcanzar las casas colindantes.

El comandante se disponía a saltar sobre los recién llegados, pensando que se trataba únicamente de zapadores, cuando el color de la levita que vestía la dama Eithne lo frenó en seco.

—¿¡Qué hacéis aquí!?! —exclamó, colérico—. ¡Deberíais estar en la retaguardia!

—La retaguardia ya no existe —informó Eithne, escoltada por cinco sacerdotisas y diez soldados—. Abrieron brecha por un lateral del campamento. Los centinelas no aguantaron.

—Maldita sea... —murmuró el comandante, pensando con frustración en los heridos que aguardaban en el hospital. Se imaginó a los yunks incendiando las carpas y atravesando con picas los cuerpos que encontraran a su paso, estuvieran vivos o no.

Escudada tras su señora venía la asustadiza Anya. Por el temblor de sus manos y las lágrimas que rodaban por sus mejillas, Nabarza supo que había sido testigo de la crueldad desmedida de los soldados, tanto de un bando como de otro. Al menos parecía encontrarse bien físicamente, cosa por la que el comandante dio gracias.

—Tenemos que huir de este cementerio —dijo Eithne.

—¡No! Puente del Oeste podría ganar unas horas preciosas si logramos... Eithne depositó una mano cálida sobre el hombro de Nabarza.

—La ciudad está tomada. Lo único a lo que podemos aspirar es a reforzar las murallas de Sikandar. Nuevos e inmensos ejércitos están llegando desde el otro lado del río, y ninguna fuerza terrenal les impedirá vadearlo.

Nabarza se mordió el labio. En el fondo sabía que era una batalla perdida. Ellos eran solo doscientos, y su número decrecía en igual proporción a como aumentaba el del enemigo.

Asomándose con gran peligro, miró por encima del muro y escrutó en la lejanía. En aquellas tinieblas era imposible saber cuántos yunks habían cruzado ya la corriente, pero el estruendo que montaban daba una idea aproximada. Grandes frentes de escudos, alineados como inmundas excrecencias de hongos, brotaban de las callejuelas de la ciudad. Sus filas trataban de recuperar un asomo de orden, en tanto los arqueros que restaban de la guarnición de Nabarza hacían lo imposible por quebrarlas.

Nabarza se ajustó el casco, ladeado por el impacto de la última flecha.

—Está bien —claudicó—. Hay un establo detrás del molino grande, el de la doble aspa. Si logramos llegar allí, quiero que las mujeres cabalguen sin descanso hasta alcanzar la fortaleza.

—¿Y vos?

—Aguantaré todo lo que pueda y luego os seguiré. Todavía podemos acabar esto entonando un peán^[62] por nuestras hazañas.

Eithne sonrió y le hizo un gesto de buena ventura.

—Tabardo de Dragón... —dijo con orgullo, y se dispuso a guiar a las sacerdotisas hasta el molino viejo.

Al pasar junto al comandante, el destino quiso que las miradas de Anya y de Nabarza se cruzaran. Ambos sostuvieron ese fugaz contacto, dilatándolo lo máximo posible, hasta que un rugido que retumbó en los artesonados les heló la sangre.

Una puerta de madera se quebró, como se quiebra la presa del castor ante el embate de una corriente poderosa, y un torrente de guerreros se desbordó por ella. Eran yunks sedientos de sangre, con hachas girando en horribles torbellinos sobre sus cabezas.

Los hombres de Nabarza reaccionaron como uno solo: atrincherándose delante de las mujeres, aguantaron el embate. Las masas de hombres colisionaron, y los filos de las espadas se llevaron por delante miembros y pedazos de armaduras. Nabarza alzó su hoja, profirió un alarido y se arrojó de

cabeza contra las huestes enemigas. El metal, que llevaba el nombre *Guadaña* labrado en glagos, buscó su lugar entre las grebas de los soldados.

La confusión se impuso, en tanto el bronce fulguraba, los chasquidos de los escudos entonaban su música y la sangre se acumulaba en riachuelos. Parecía como si los mismos Dioses fustigaran a los corceles de la guerra, y las puertas del Inframundo crujieran al abrirse.

Eithne no se quedó quieta: colocó su espada de punta hacia el enemigo, donde más daño podía hacer si alguien cargaba contra ella, y expulsó un grito de odio. Un mercenario con la cara cubierta por el tatuaje de un escorpión tomó impulso y se lanzó sobre su costado, habiéndola tomado por una víctima fácil. Lo siguiente que supo el desgraciado era que estaba rodando por el suelo con siete libras de bronce encajadas en las tripas. Nabarza se sorprendió al ver tanto salvajismo en alguien de tan bella factura.

Satisfecha, Eithne volteó la hoja para limpiar la sangre y se encaró con el siguiente enemigo. Sus pies se movían veloces, y los continuos giros de su arma, que una y otra vez ejecutaba molinetes e incluso cambios de mano para que nadie supiera de dónde provendría el siguiente ataque, cortaron miembros y dejaron tullidos a muchos bárbaros. Los ardores guerreros que hacían presa en el corazón de los hombres también la contagiaban a ella, pero cual viajero detenido ante la ribera de un río que fluye incontenible, y al verlo bullir se da la vuelta y regresa por donde ha venido, así Eithne tuvo que retroceder, viendo que ni siquiera la veloz danza de su espada podía detener aquella acometida.

Los soldados de Nabarza lucharon bien, pero cada vez que un yunk caía, otro aparecía de la nada para ocupar su lugar. Las sacerdotisas más jóvenes echaron a correr. Unos brutos las sitiaron y lograron atrapar a dos de ellas, procediendo a forzarlas allí mismo, en mitad del clamor de la batalla. Una de las mujeres agarró un fragmento de cuchillo y se lo clavó ella misma en el cuello, dispuesta a morir antes que sufrir la humillación de ser violentada. La segunda mujer suplicó por su vida, justo antes de que la hoja de Nabarza cercenara de un tajo la cabeza de su agresor. El comandante la ayudó a levantarse.

A su lado estaba Eithne, con la túnica empapada de sangre. Por fortuna, no era suya.

—Huid mientras podáis —dijo Nabarza—. Nos veremos en la fortaleza santuario.

—¿Dónde está Anya? —preguntó Eithne con súbito espanto. Estiró el cuello para otear, pero la sibadalla había desaparecido. Apenas había modo de

distinguir nada entre la confusión de movimientos y sonidos.

—Yo la buscaré. Marchaos ya.

—Tenéis un valor bien templado, comandante, pero no me iré de aquí sin ella.

—¡Es una orden! —vociferó Nabarza, y empujó a la princesa por un terraplén. Eithne rodó colina abajo y cayó junto a los cimientos del viejo molino. Su doble aspa giraba con lentitud, ajena al infierno que se desataba a sus pies.

Los ecos de la batalla resonaron lejos, pues ninguno de los combatientes se había fijado en ella ni había salido a perseguirla. Tras incorporarse (y dedicarle a Nabarza algunos de los peores epítetos que conocía), Eithne reflexionó sobre su situación. Hizo el gesto de estrangular al comandante en el aire, pero su sentido común no le culpaba.

No le gustaba en modo alguno dejarlo solo, pero él tenía razón: debía alcanzar la fortaleza, donde sus conocimientos de magia y sanación serían verdaderamente útiles.

Sin embargo, por mucha presión que ejerciera la lógica, su corazón podía más. Tenía que encontrar a Anya. Pasase lo que pasase, la chiquilla era responsabilidad suya.

Eithne corrió paralela al río dejando atrás los ecos del conflicto, hasta llegar a un sitio de árboles bajo cuyas ramas pacían caballos. No pertenecían al ejército del rey: sus penachos eran de un color distinto, y todos llevaban una marca a fuego en el lomo que los delataba... salvo uno, que aventajaba en dos manos de altura a los demás, que sí parecía un corcel norteño capturado.

Con cautela, la princesa salió de la oscuridad. Procurando no pisar en los charcos que anegaban el suelo, se acercó a las bestias. Dos centinelas yunk, uno gordo y pelirrojo, el otro bajo y de piel morena, paseaban nerviosos en torno a los animales. Por sus caras, Eithne dedujo que era un deshonor para ellos que los hubieran destacado para cuidar a los caballos, pues se los notaba ansiosos por entrar en combate. Ambos tenían las armas desenvainadas, y las movían de un lado para otro espantando a enemigos imaginarios.

La princesa se concentró hasta visualizar en su mente una enorme tarántula. Miró al suelo, delante de uno de los caballos, y enseñó al fango a moldearse a sí mismo, a adoptar la forma del temible icono. Al verlo, el animal se encabritó. El obeso con pelo de fuego trató de calmarlo agarrándolo de la brida, pero una potente coz lo levantó del suelo con fuerza tectónica.

El yunk voló hacia atrás, cayendo sobre los sacos de avena, mientras su compañero gritaba algo. Como una cobra agazapada, la princesa abandonó su

escondite y le atacó sin darle tiempo a reaccionar. El segundo yunk se desplomó con un tajo en la garganta.

Eithne tranquilizó a los animales y eligió al más resistente, un cuatralbo de sedosas crines aunque un poco viejo de aspecto. Sin saberlo había escogido a Elhor, el caballo de Nabarza. Montó al estilo de las amazonas y, tras mirar una última vez hacia la ciudad moribunda, hundió tacones en sus ijares.

El animal salió galopando como el viento, rumbo a la llanura.

—Gran Diosa, invoco tu numen... —rezó—. Déjame hallar una manera de salvar a las personas que amo.

A medida que se iba alejando de Puente del Oeste, Eithne tuvo unos malos presentimientos. Vio a otros jinetes huir despavoridos, como ella, pero ninguno era Anya. Cientos de antorchas ardían en los parapetos de la ciudad, marcándola como feudo de los Kanés.

El Trigas había sido tomado. La mayor batalla en la historia de la Humanidad estaba a punto de comenzar.

CANTO XIX

Los funerales de Escia y el acantonamiento de Sikandar

1

Fue la mano de Iván la que portó la antorcha.

Los gosti, fundidos en abrazos como los maderos de la nao que el artífice trabara entre sí para rehuir la violencia de los vientos, miraron el camino que la llama iba dejando en el aire, el sendero brillante que perduraba en el ojo.

La tristeza les embargaba por la hija de Vóronez, la única de la casa de los regentes que fuera a ser cremada con honores de princesa, mientras su padre yacía en la fosa común sin más distinción que una palada de sal. Así lo había dispuesto Iván Etheldred, nuevo señor de Svalensko, en castigo por sus crímenes de sangre. Y así cantarían los aedos cuando se llevaron a cabo los funerales de Escia, pálido reflejo del luto por el alma de la ciudadela.

En el rostro de Iván no había dilemas, no existía una lucha por ocultar sus sentimientos. Quería que todos vieran que la muerte de aquella joven, víctima de las artimañas del poder, había sido un golpe duro. El cadáver de Escia yacía horizontal en lo alto de una pira, allá en el mausoleo de su familia, aguardando el beso purificador de la llama. Serían las flamas las que conducirían amables^[63] su alma en carruaje celeste hasta el Inframundo, entrando por la puerta reservada a los mártires.

Iván vestía de luto, con capa oscura sobre una coraza manchada de ceniza, para simbolizar el infortunio. Por eso era él quien oficiaba el rito, y por eso sería el encargado de aproximar el fuego a la madera para la despedida final. Pero aunque sus ojos estaban secos, las lágrimas fluían por dentro. De todas las muertes acontecidas en la fortaleza, la de Escia era la que más había hecho

temblar su corazón. Poco la conoció estando viva, era cierto, pero su mente volaba una y otra vez al instante que pasaron bajo el ventanal del gran salón, mirando las cumbres del Urianhai. Un dulce interludio previo a la matanza, en el que ella se atrevió a pedirle que desnudara su alma, y descubijó la suya en retribución.

Cómo había disfrutado Iván de aquel momento, recitándole los versos de su libro favorito, gozando de la compañía de una mujer que apreciaba un arte que en hemistiquios sonaba amortiguadamente^[64].

—Oh, Escia, en tiempos Laurane, hija de un padre atroz pero de una estrella benigna —recitó con voz firme, intentando que no se le quebrara. En su mano aferraba como un tesoro el lazo púrpura que ella le había regalado—. No serás estimada en pocos bueyes si algún dios quiere someterte a la ecuánime opinión de la balanza, pues en muchas virtudes eras ducha, y grandes amigos hiciste en vida que ahora vienen a llorar tu muerte. Soy un extranjero que te conoció fugazmente, cual conoce el ibis solo durante una primavera la rama que sostendrá su nido, pero pude observar un cariño y una luz de espíritu que pocas veces he hallado. Lástima que este fuera el destino que reservado te tenía el Hado, pues de haber brillado por más tiempo tu luz habría iluminado el camino de otros. La flor más hermosa... es la que se marchita a destiempo.

Acercó la antorcha a la pira de maderos, y estos ardieron con fulgor pleno; un resplandor seguro de sí mismo que esparció brillos por la cúpula mientras su abertura superior se tragaba el humo. Por un instante los maderos crepitaron con música, e Iván recordó otro de los momentos grandes de Escia, cuando su voz de ruiseñor apaciguó el miedo de las tropas al cantar desde su torre, mientras se acercaban los tambores del enemigo.

Grandes hechos que no se perderían en el tiempo, pues serían grabados en la piedra de los muros junto con las efemérides de aquella victoria.

El resplandor escarbó en las tinieblas, desenterrando los rostros de los que lloraban a la difunta, empezando por su hermana y acabando por los que la habían respetado y obedecido en vida, como Gervalda. No estaban presentes los que al vaivoda Vóronez le habían sido fieles y habían constreñido voluntariamente sus cuellos con su correa, como Tolomius, pero sí los gosti que apoyaron al Ejército de las Seis Lunas.

El más adelantado era Vreikos, que mostraba su carta de privilegios a la hoguera como si presentase sus respetos a la difunta.

—Ojalá este brillo llegue a iluminar tu sendero hasta que tu nave embique en las distantes orillas —susurró Iván, más para sí mismo que para los

presentes—. Con las trallas sobre el tiro de corceles de tu carroza, cruza la llanura de los muertos y acude a los soberbios palacios, pues tus seres queridos te aguardan. Llévate este verso del libro que ya conoces, para que me recuerdes por siempre:

*¿Han llegado los barcos
que por mi nombre esperan en la rada?
¿Puedes ver las orillas lejanas
más allá de la niebla,
más allá de los pesares
y de los ríos de lágrimas?
Dime, amor, ¿oyes el romper de las olas
en distantes orillas
y florecientes manglares,
en los bellos estuarios
y los grandes acantilados?*

*¿Han llegado los barcos
cuyo timón aquellos que amaste gobiernan
y cuyos remos bogan sobre tus recuerdos?
Desunce las riendas de tus corceles
y corre veloz junto a las olas
pues pronto alcanzarás los blancos bajeles,
treparás por sus quillas de plata
y gobernarás la nave
que te llevará adonde fuiste feliz.*

Una lágrima escapó de los ojos de Iván. Él, sus oficiales y los supervivientes de Svalensko aguardaron en silencio a que la llama se extinguiera, y con ella los ecos del poema, llevándose para siempre el alma de Escia.

Después, el silencio.

Al abandonar la cripta, Iván dio órdenes a sus oficiales para que fueran preparando el ejército para la partida. Vreikos, al oír esto, se le acercó preocupado.

—Mi señor, espero no importunaros, pero creíamos que os ibais a quedar al menos hasta la próxima estación.

—Me temo que no será posible —dijo Iván, limpiándose la capa de ceniza de la armadura con un paño colgado al Sol durante los preparativos del funeral. El aseo final con ese paño ungido por los vientos era parte del rito—. Debemos marchar veloces hacia el Norte, a la lejana Arkángel, pues he recibido orden de reunir bajo mi bandera a todas las tropas posibles de las

Marcas allende el Bosque de Jilfhur, y a los hombres en edad de combatir que aprestarse a luchar puedan.

—Pero... ¿nos dejáis así, sin brazos jóvenes...?

Iván le sonrió.

—No os preocupéis, que no seré yo quien quebrante el juramento que os fue hecho por mi general. Podéis reunir a los campesinos y regresar con ellos a las haciendas, para que cultiven la tierra hambrienta antes de que las duras estaciones os sepulten. Svalensko se quedará al cargo de una guarnición, pero yo debo partir sin demora. ¿Sabéis por casualidad cuál es el mejor paso para afrontar las nieves del Norte?

El gosti se acarició la barba.

—El cauce del río Endor de vinosos tornasoles será el camino más rápido, noble Iván, si queréis alcanzar Arkángel antes de que cambien las estaciones. Pero os prevengo: el camino es duro, y los rigores de las heladas pueden matar incluso al hombre más fornido y sepultar bajo un manto de nieve a su animal.

—Lo sé, pero aun así debo correr el riesgo. —Su vista se desplazó hacia las montañas desde la exedra que flanqueaba el mausoleo—. El destino de nuestra patria se decidirá en el Sur, y si no llego a tiempo para ayudar a mi general... temo que algo horrible sucederá. Algo irreparable.

—¿Creéis que los rumores son ciertos, que la invasión ha comenzado ya?

Iván no respondió. Su mirada, como la del águila divina, pareció durante un segundo poder traspasar valles y montañas para ir a posarse en la capital del Reino. Pero lo que vio allí solo fue imaginado, una pincelada de lo que su corazón más temía, y que rezaba por que nunca llegara a ser cierto.

El fin de los tiempos.

2

Toda la noche estuvo cruzando el Ejército Negro el estrecho margen del Trigas, e instalándose en la llanura que se abría detrás. Puente del Oeste se convirtió en su bastión de aprovisionamiento. Los arqueros ocuparon las atalayas. Miles de tiendas fueron montadas en escasas horas, mientras los ingenieros de campaña dividían el terreno y edificaban una pequeña ciudad de la nada, con sus cocinas, sus establos, sus forjas y sus casas de curación. Muy lejos, en la retaguardia, los batallones de elefantes eran dispensados de sus labores como caballería pesada, y arrastraban los carretones de las catapultas.

Aquella constelación de fuegos ardía también en los ojos de la princesa Cordelia. Sentada junto al hogar, en su torre, contemplaba a través de una ventana la evolución de las fuerzas enemigas. Permanecía envuelta en un largo tul aterciopelado como noche de estío, adornado en el ruedo con guirnaldas. Sumida en un profundo silencio, apuntaba con una pluma de ganso los datos que le parecían relevantes.

Supo que su ayuda de cámara estaba detrás de ella incluso antes de escuchar su carraspeo.

—Mi dama. —Nizni delató su presencia—. El aire de la noche es gélido. No deberíais permanecer tanto tiempo junto a la ventana. Si enfermáis y el sitio de la ciudad es largo, puede que no encontréis medicinas.

—Lo sé, mi fiel Nizni —dijo Cordelia—. Pero debo comprender qué lógica rige los movimientos de ese ejército antes de que llegue el amanecer y comiencen las negociaciones.

—¿Negociaciones? ¿No han matado a todos nuestros mensajeros?

—Sí, pero era lógico suponer que obrarían así. Magnus se ha mostrado despiadado con los heraldos, despreciando los dardos de la Gran Madre que debelaron a Urkrón^[65], pero se ha molestado en devolver los mensajes. Significa que está dispuesto a dialogar, aunque no con siervos. Solo hablará con alguien de la familia real, o con un embajador de igual relevancia.

A Nizni le costaba comprender. Se acurrucó junto a su ama y esta le hizo sitio bajo la manta.

—Por favor, mi señora, seguid hablando. Si no, el pánico que siento me roerá las entrañas.

Cordelia señaló la densidad de una arboleda lejana, el Bosque de Narevia, tan amado por los sikandianos. Largas filas de soldados entraban y salían de él, acompañados por mulas y carretas. Apenas se apreciaba lo que estaban haciendo, pero las copas de los árboles no cesaban de agitarse y caer, una tras otra.

—Están talando el bosque para fabricar flechas —explicó—. Cada descarga de sus arqueros consumirá miles y miles de saetas.

—¿Nos van a matar con nuestro propio bosque? —El horror de Nizni empalideció sus mejillas.

—Nos lo lanzarán encima lleno de odio y veneno. Si el asedio se prolonga, de la frondosa Narevia solo quedará un yermo desolado.

La puerta de la habitación se abrió con un soniquete de campanillas, y entró el rey acompañado por su primogénito. Nizni salió de entre los muslos de la princesa a tal velocidad que más pareció liebre que persona, pero

Cordelia ni siquiera se levantó. No era despecho ni desafío a las formas lo que había en su rostro, sino una profunda incomodidad.

Fue al ver a su hermano, con su labio inferior colgando y una gota de baba resbalándole por la comisura, cuando el puño de Cordelia se cerró.

—Salid todos —ordenó el monarca. La sala se vació.

Maximilian se acercó a la ventana. Las fogatas del invasor parecían un espejo plano de la bóveda celeste.

—¿Escuchas los tambores?

—Sí.

—Yo podía oírlos incluso antes de que estuvieran en esos campos. He soñado con ellos las últimas cuatro noches, con una viveza tal que no sé si esto que ahora veo es real o parte de la fantasía.

—¿Por qué no has acudido a la reunión del Estado Mayor, padre? —preguntó Cordelia.

El rey deshizo unos bucles de su pelo.

—Enseguida voy, pero me gustaría pedirte que me acompañases. Quiero que estés presente.

—¿Yo? —La joven parpadeó—. Tus orgullosos militares se ofenderán si piso la sala de guerra. Desde siempre ha sido un baluarte de poder masculino.

—Al cuerno con la tradición y el poder masculino —bufó Maximilian—. Eres una de las mejores estrategias que hay en palacio, y necesito tu sabiduría. Además, Yaroslav ha venido.

—Lo sé, vi pasar sus pabellones antes de que cerraran las puertas. Me alegra que esté aquí para tomar el mando.

—¿Te han dicho que llegaron noticias de Svalensko?

Cordelia se puso en cuclillas sobre la butaca para mirar a su padre al mismo nivel. La estatura del rey era formidable, un rasgo que ni su hija favorita había heredado.

—¿Qué te han contado, padre? ¿Han conseguido frenar el avance de los yunks?

—Hesión regresó a tiempo para defender la fortaleza de los ataques. Es de suponer que ahora se dirige hacia aquí para colaborar en la defensa de Sikandar.

Cordelia bajó la vista. *¿No está en Oskova, como le ordené?*, rabió por dentro. *¿Cómo es posible que Pulev no haya cumplido su misión?*

—Dicen que se ha detectado un caso de peste en el patio, padre. Di órdenes expresas de que se silenciara ese rumor a cualquier precio, porque si cunde, la gente empezará a matar animales. No podemos permitirnos

semejante desperdicio de carne. ¿Podremos vencer a Magnus en un tiempo razonable, antes de que nos malogre la locura?

—No quiero oír hablar de esperanzas desatinadas, hija. —El rey levantó la barbilla de Cordelia—. Nuestros ojeadores estiman que la capacidad de este ejército supera en mucho cualquier otra reunión de armas que haya visto antes la Humanidad. Y llegarán más, muchos más. Magnus ha vaciado sus países, mezclando a las tribus de nómadas y bárbaros con las milicias privadas y los linajes de las satrapías en un único contingente. También ha llamado a los reyes de los imperios sometidos más allá del mar, como los de las Islas Perennes^[66], trayéndolos en incontables barcos.

Cordelia tragó saliva.

—¿Cómo podemos mensurar tal ejército?

—Nuestros expertos en heráldica han estudiado las banderas. Son más de un millón de hombres, hija.

—Un millón...

El rey atrapó su instante de vacilación como una pelota que le hubiese lanzado.

—No debes preocuparte, pues nuestros muros jamás han caído, ni siquiera en el transcurso de la Gran Guerra. No soy tan audaz como para predecir la eternidad, pero te garantizo que Sikandar prevalecerá. Confía en la fuerza que nos legaron nuestros antepasados.

—¿Cuánto... puede durar el sitio?

Maximilian trasladó la vista al océano de fogatas.

—Años. Puede que más de diez, si destruimos a tiempo sus catapultas y sus torres de asedio. Tenemos provisiones para soportarlo, pero será mejor que vayamos haciendo planes de intendencia desde ahora mismo. Por eso te necesito en la sala de guerra.

—Obedeceré tu voluntad, padre, pero no sé si le gustará a tus generales.

El rey se aproximó al hogar, donde crepitaba la llama, y paseó los dedos por la magnífica espada que colgaba de la pared. Se trataba de un arma de sólido hierro, vástago y legatario del bronce, dorado por el mestizaje con otras aleaciones, cuya decoración habría hecho palidecer al más hábil artesano. La propia Cordelia había contemplado anonadada aquella hoja en muchas ocasiones, pensando en cuántas leyendas se habían forjado en el campo de batalla para que un soberano fuera llamado a portarla.

—Valnius Indomerim, *Forjadereyes*. La espada de mis antepasados. — Maximilian hizo el gesto de asirla por la empuñadura, pero no la sacó de la peana. Levantar aquella espada de cuatro arrobas de peso^[67] y blandirla en el

combate era una hazaña lejos de las posibilidades de sus articulaciones. Pero sus ojos brillaron al sentir su tacto—. Cuánta sangre, cuántos desafíos imposibles vio correr antes de retornar a la seguridad de un pedestal. Nuestros destinos, y los versos que los aedos entonarán sobre nuestro linaje, están unidos a este triste metal.

Cordelia suspiró. Era un arma formidable, desde luego, pero ella siempre había pensado que una finta estratégica o una palabra bien colocada podrían ser más dañinas que aquel filo exterminador de hombres.

—No quiero tener que portarla —dijo el rey, y el cansancio de sus años sobre el trono se le deslizó en la voz—. Si el pueblo se alza y recita la profecía, me veré obligado a blandirla bajo el estandarte del Águila. Pero es algo que no deseo hacer, no todavía... —Acarició la prodigiosa arma, situada bajo una placa donde estaban representadas en oro las hazañas de sus antiguos dueños, larguísima serie transmitida por un antiguo linaje.

Cordelia se arrebujó en su frazada y siguió a su padre por el pasillo. El príncipe Azov se quedó atrás, contemplando ensimismado las luminarias del enemigo. Estaba feliz, disfrutando del paisaje, sin albergar un ápice de temor hacia lo que se avecinaba. Probablemente nadie le había contado todavía lo que estaba pasando.

Cordelia le hizo una señal a Nizni, entregándole algo con disimulo. Era su anillo, aquel al que llamaba *Zhold*, hermoso círculo de oro blanco con una gema incrustada.

Nizni hizo una genuflexión y se encerró en la alcoba con el príncipe, asegurando desde dentro la puerta.

3

Maximilian y su hija bajaron las escaleras hasta el edificio central del palacio. Allí, en una sala hipóstila, de arcos fajonados e iluminada por cien antorchas, estaba reunido el Estado Mayor.

Yaroslav se levantó de su silla en cuanto entró el monarca. Fue el primero en hacerlo, clavando sus ojos en los de Cordelia con admiración. Su sola presencia allí era un triunfo para la joven.

Junto a él estaban Dmitri Ulov, archigeneral de los batallones de lanceros, y el Neletíada^[68] Kamás, comandante de las legiones de la milicia, así como diversos mandos de mirada perturbadora. Todos hicieron una reverencia al

monarca, y se aproximaron a una mesa llena de mapas en cuanto ocupó su asiento.

—Antes de empezar, quiero saber quién ha venido —dijo Maximilian.

Los hombres, que portaban enseñas de las distintas Marcas y razas que habitaban el Gran Reino, fueron enumerándose:

—Por parte de los leitos del Sur, hombres que aman a los caballos y han nacido en tierras que abundan en trigo, llegan los capitanes Pelonio y Urvisa —dijo el primero—. Aportamos un contingente de seis mil jinetes y quinientos infantes, además de briosos bueyes y resistentes caballos. Junto a nuestros augures hemos hecho libaciones dedicadas al Sol, y hemos azotado al río Volg, marcándolo con metal candente, en castigo por las tragedias que sus aguas causaron a nuestros antepasados, como manda la costumbre.

—De Lhima y quienes a ambos lados de la cordillera tienen su morada, aquellos que beben de las fuentes del Trigas ahora ocupado, llegan los comandantes Yaros y Galania. Aportamos un contingente de nueve mil milicianos, doscientos jefes de turba y cuatrocientos arqueros de la estirpe de los saecios, que solo se dejan cabellera en la parte de atrás de la cabeza. De nuestros comandantes los bardos atestiguan su valor, pues Yaros, aquí presente, es héroe de la batalla de Oleniok, donde murió más de un millar de hombres. Galania logró defender las vaguadas del Skrov con un batallón de solo trescientos espaderos.

—De Estenia, ciudad bien asentada, vienen los oslupes que respiran coraje, guerreros entrenados desde niños en el uso de la lanza. Sus comandantes son Enclopes de Beslán y Yuri Weschenjko, también nombrados por los bardos cuando se celebra la batalla de Oleniok. Aportamos un contingente de cinco mil infantes y novecientos hacheros. Con nosotros vienen los famosos videntes de nuestra ciudad, que en las entrañas de un antílope albino han leído un próspero desarrollo de la batalla.

Así siguieron enumerándose los generales hasta un número no inferior a treinta. La mirada de Maximilian se paseó por todos y cada uno de los allí presentes, pero su expresión continuó sombría. En total, los ejércitos que habían acudido a la ciudad santuario durante las últimas jornadas sumaban menos de cuarenta mil hombres, un número escueto si se tenía en cuenta que el enemigo era veinte veces más numeroso.

—Informadme —dijo el rey—. Quiero saber qué podemos esperar de las próximas semanas.

Yuri Weschenjko se adelantó.

—Señor, mi hueste estuvo acantonada en las cercanías de Estenia con gran valor antes de partir hacia la capital. Durante siete días con sus noches vimos cruzar los ejércitos combinados de Magnus por el extremo sur del Urianhai, anegando con una marejada de infantes las colinas. Allí sucedió que una yegua parió una paloma, lo que los augures interpretaron como una señal de que las cosas jamás volverán a ser iguales para nuestro Reino.

—No necesito un prodigio para saber eso —gruñó Maximilian—. ¿Qué más viste en aquel contingente, qué armas llevaban, a quiénes se parecían sus comandantes?

—Poco más vi en detalle, mi señor —reconoció Yuri—, pues los espías que enviamos para entrar en contacto con sus filas nunca volvieron. Pero sé que no solo de tropas yunk está compuesta la hueste: también hay numerosísimos esclavos, sirvientes, concubinas de turgente seno, zapadores tocados con mitras de metal, albañiles con túnicas de mangas estrechas, y representantes de mil oficios que caminan por su propio pie, protegiéndose con calzas ajustadas. Los ejércitos son tan distintos que se diferencian a la perfección unos de otros, llevando algunos corazas que parecen escamas de pescado y escudos de mimbre, y otros arcos delgados de puntas dobladas hacia fuera, para saetas de caña. Un explorador que capturamos vestía un peto de lino como nunca habíamos visto en el Norte, con dieciocho capas impregnadas en vinagre y sal. ¡Pocas puntas de flecha serían capaces de atravesarlo!

—Diría que es impresionante, si no estuviera decidido a negarle cualquier halago a esa rata almizclera de Magnus. ¿Qué más?

Arved Kamás señaló en el mapa la línea azul que representaba el Trigas.

—Mi señor, aunque el río haya sido tomado, no debemos descartar una pronta reconquista. Estoy pensando con cierta holgura, por supuesto: con «pronta» me refiero a un tiempo no inferior a un año ni superior a dos, pero soportable por nuestras murallas sin excesivo esfuerzo. Confiamos en nuestros arqueros y en los arpones de cabrestante fijo para echar abajo sus torres de asedio. Las catapultas serán más difíciles, un juego de puntería que deberán practicar nuestros artilleros.

—¿Tenemos suficiente caballería como para efectuar un asalto directo a las torres?

Arved sacudió la cabeza.

—No sería aconsejable arriesgarla tan pronto. Sus lanzas de elefantes no son efectivas contra nuestros muros, pero supondrían un serio obstáculo para

los caballos. Yo aconsejaría sembrar el terreno, ahora que podemos, con zanjás y accidentes, de manera que a las torres les cueste avanzar.

—¿Qué importa si tardan cinco horas más en situarlas? —preguntó el general de lanceros, Ulov—. Son ellos los que asedian. Tienen todo el tiempo del mundo a su disposición.

Cordelia, sin embargo, captó al instante lo que estaba sugiriendo Arved: la forma natural de mover una torre de asedio era desde dentro. Los enormes ingenios eran empujados desde la base por un batallón de hombres, o por elefantes ocultos en sus entrañas, pero si el terreno era escabroso sus ruedas no podrían avanzar con naturalidad. Habría que tirar de las torres en lugar de empujarlas y contrapesar desde atrás, pues correrían peligro de volcar. Y para ello hacían falta recuas de animales.

Desde luego, un ejército que colocase a sus elefantes en primera línea, a merced de los arqueros, no les tenía mucho aprecio. Arved quería forzar a los Kanes a tomar una decisión drástica: acercar las torres o salvaguardar la caballería pesada. Era listo.

Pero para cavar esas zanjás habría que hacer un intento a la desesperada de enviar zapadores por fuera de la muralla. La princesa se imaginó el panorama de cientos de hombres cavando el árido suelo a merced de las flechas, y solo vio sangre.

—A veces, la prudencia es mala consejera —opinó Ulov, desafiante. Cordelia había visto cuadros de aquel hombre pintados por artistas famosos, pues era vástago de buena familia y con influencia en la Corte. Pero al verlo en persona adivinó por qué los pintores solo dibujaron bustos: la circunferencia de su barriga no habría lucido muy solemne dentro del cuadro—. En mis años como militar he aprendido que el enemigo siempre prevé que se hagan movimientos racionales en el campo de batalla. Esperan que nos acantonemos y aguardemos a que los invasores den el primer paso, lo cual sería lo más sensato, pero les cogeríamos por sorpresa si hacemos justo lo contrario.

—¿Qué estáis sugiriendo, un ataque frontal?

—Sí, y ahora mismo, sin más dilación. Antes de que su intendencia se organice. Antes de que los batallones, atosigados decidiendo qué lugar de la llanura ocupará cada uno y cómo tenderán las líneas de suministros, puedan prepararse.

El general movió pequeñas láminas de cristal sobre la mesa. Estaban pintadas de diferentes colores, en representación de los efectivos de la ciudad.

—Nuestro poder de ataque es enorme en estos momentos. Disponemos de caballería que podría abrir un hueco en cuña, de arqueros que los cubrirían y de lanceros que asegurarían las posiciones. Ataquemos ahora y partámoslos por la mitad —sugirió Ulov, entusiasmado—. Abramos un canal directo hasta su retaguardia y decapitemos a ese ejército antes de que se den cuenta de lo que está pasando.

Los oficiales se miraron, indecisos e impresionados a la vez. Ulov era de esos militares de larga carrera cuyas hazañas constituían base suficiente para confiar en su instinto. A diferencia de otros, no se le podía acusar de haber escalado hasta su posición a base de frecuentar los conciliábulos adecuados, o de casarse con una mujer a la que le faltara tanto amor como le sobrara apellido. Había conquistado su fama a fuerza de logros.

Incluso el rey, no propenso al optimismo, comprendió lo arriesgado pero potencialmente efectivo del plan. Si lograban llegar hasta Magnus en el mismísimo primer ataque, sería un golpe mortal contra su cadena de mando.

Ulov se acarició el orondo vientre. Sin embargo, antes de que pudiera continuar detallando un plan que ya daba por aprobado, una voz se alzó de entre las cabezas tocadas con bellos penachos.

—Ese plan es absurdo. Yo no lo pondría en práctica a menos que queráis regalarle la plaza al enemigo sin haberle dejado demostrar su valía en el combate.

Cien ojos se volvieron hacia Yaroslav.

—¿Qué quieres decir, capitán? —preguntó Maximilian. Conocía la osadía de aquel campeón del Gran Reino, cuya leyenda solo era superada por el más ingobernable Hesión, pero tanta franqueza le pareció fuera de lugar.

—Digo que sobre el mapa la idea de Ulov es atractiva —explicó para la concurrencia—, y yo también habría apostado por un ataque directo en otras circunstancias. Pero hay que usar la cabeza. La situación, dada la abismal diferencia en el número de tropas, es más desesperada de lo que parece.

—¿Cómo os atrevéis? —preguntó Ulov, rojo de ira.

El general fue a levantar su vara de cedro para azotarle por su impertinencia, pero Yaroslav se la arrebató de las manos. Los presentes contuvieron el aliento.

Aproximándose a la mesa, Yaroslav miró los pedazos de cristal que Ulov había movido con tanta facilidad de un lado para otro. De un certero golpe con la vara, partió el cuadro mayor en varios fragmentos más pequeños y astillados («Este contingente viene del Sur, de luchar contra los Kanés para retrasar su llegada, y ha perdido a sus jefes —explicó—. No todos los

soldados saben quién los manda ahora, y están hambrientos y cansados»); hizo retroceder aquellos que designaban a los lanceros al último lugar de la fila («Han recorrido interminables leguas andando y sus piernas necesitan reposo. Algunos incluso han muerto de congelación por el camino, por falta de un licor que los mantuviera calientes»); y deshizo las bellas aglomeraciones de caballería en trazos caóticos («Los caballos soportan una carga rápida, pero se cansan con facilidad. No son comparables en el marco de una batalla prolongada a los elefantes, más lentos pero muy resistentes»).

Ulov contempló su otrora bello mapa: donde antes había una elegante disposición militar de efectivos, digna de la academia clásica, ahora reinaba el caos.

—Tratad de golpear a un lobo con un enjambre de moscas, y veréis quién divide a quién —dijo Yaroslav, dejando que el mapa hablara por sí solo.

Cordelia lo midió con la vista, intrigada. No esperaba consejos tan prudentes saliendo de aquella boca. Yaroslav era semejante a Hesión en valor, pero no en sabiduría. Era un norteño de cuerpo fornido y temple inflamable, siempre dispuesto a emplear la violencia para resolver los problemas antes que la palabra, por lo que aquella repentina apuesta por la cautela la sorprendió. Y también a su padre, que dijo:

—Esas palabras son un jarro de agua fría para nuestra moral. ¿Estás seguro de que este es el estado real de las tropas?

—Mi rey, he estado allá abajo, en el campo raso junto a mis hombres, y conozco sus problemas —dijo el guerrero. Cuando se dio cuenta de que Cordelia lo miraba, esbozó una sonrisa—. Mucho se ha escrito sobre el arte de la guerra, y muchas son las teorías que profetizan un satisfactorio desarrollo del conflicto, pero... —Señaló con desidia los cristalitos de Ulov—. La guerra no la ganan los estrategas, majestad. La ganan los hombres, al pie de la zanja, lanza en ristre y escudo en la siniestra. La ganan los animales, que esperan saciarse de la espelta y la cebada antes de que sus patas puedan correr de nuevo. Hay que conocer a las tropas para saber qué esperar de ellas, y os aseguro que ahora mismo no aguantarían un asalto frontal.

—Tendré que meditarlo a fondo —murmuró el rey. En otras circunstancias habría castigado a Yaroslav por sembrar la animadversión entre hombres que debían olvidar su orgullo y luchar codo con codo... pero no podía. No, estando Hesión fuera de la ciudad. Un rey astuto debía aprovechar a los héroes que le quedaban.

Deseó que Hesión regresara pronto con sus tropas para reforzarles, pero no supo por qué en lo más profundo de su alma sintió un escalofrío ante esa

idea.

4

Nizni escanció el líquido de un aguamanil, rellenando dos vasos. Azov miraba un cuadro que colgaba de la pared. Representaba una escena de las *Cienlenguas*, un poema sacro. No entendía el contexto, pero le hacían gracia los carneros con forma de hombre y las vacas con alas en el lomo.

La joven se sentó a su lado.

—Es hermoso, ¿verdad?

Azov la miró, los ojos centelleando con los reflejos de la chimenea.

—Bonito...

—Sí, bonito. ¿Sabes por qué te trajo tu padre a estas habitaciones?

—Quería que me quedara en la torre más alta —respondió con timidez—. Quiere que vea el cielo sin nubes que molesten; que oiga cantar a las estrellas.

Nizni sonrió. Desde que Azov era niño había sido instruido en los pormenores de su don, el lowo. Eruditos de los confines del Reino lo habían colmado de halagos una y otra vez porque su cabeza funcionaba a un nivel distinto del resto de la humanidad, y le habían dicho que su cometido en la vida era mirar al cielo para interpretar a los Dioses. El pobre chico, como era de esperar, se lo había creído a pie juntillas.

Nizni no creía en la divinidad del lowo. La princesa se había encargado de ello, contándole historias en secreto, durante las noches en que se calentaban mutuamente el lecho cuando los guardias ya se habían ocupado de hacer desaparecer discretamente a sus amantes. Cordelia estaba resentida con su hermano mayor, cierto, pero los argumentos que esgrimía no carecían de lógica. Ella hablaba de una maldición, no de un don; decía que nadie que no supiera distinguir un ejército ni teniéndolo a las puertas merecía gobernar un Reino tan vasto. Y puede que tuviera razón.

El derecho de cuna garantizaba que Azov, mientras viviera, sustituiría como rey a su padre. Él, y no otro, debería sostener en su frente el peso de la corona. Sin embargo, las leyes relativas al lowo no eran ciegas: se contemplaba una regencia que representaría al monarca mientras él permaneciera en «contacto» con los Dioses. ¿Y quién se iba a encargar de esa regencia? ¿Cordelia? Ella sabía que no. La línea dinástica entraba en conflicto con las normas cuando se hablaba de consejeros. La hermana menor no podía convertirse en sustituta del primogénito, de ninguna manera. Las leyes eran

enrevesadas, e iban a beneficiar probablemente a un consejo de gosti, a Milosh, o a algún vaivoda presuntuoso que quisiera ocupar el cargo.

—Bonito... —repitió Azov, aunque la miraba a ella, no al cuadro.

La muchacha, haciéndose la distraída, alimentó con unas ramitas el fuego del hogar.

—¿Sabes, Azov? Muchas noches, cuando las canciones de los aedos aún resuenan en los salones y los volatineros hacen sus cabriolas, he visto a mi ama retirarse a estas habitaciones con paso afligido. Durante años, desde que era niña, supo que si no hacía algo por restablecer el orden en su país, por unificar las razas y los credos, el desastre sería inevitable. Muchos muslos quemó sobre los altares de los Dioses, y numerosas ofrendas dedicó para que este día fatal jamás llegara. —La joven se mordió una uña—. Nada hay que una más al pueblo que la religión y los lazos de sangre. Tú no puedes entenderlo, Azov, pero todo lo que la princesa ha hecho por la patria... —Cambió de rumbo en la conversación, sin avisar—. Le darán honor amplio para que los venideros la conozcan por sus obras, pero primero deberemos sobrevivir a este asedio. Ella te ama. Lo sabes, ¿no?

—Mi hermana es más joven —dijo el príncipe—. Su cabello es más bonito que el mío.

—Sí, es más joven. Esa es la desgracia que todos compartimos.

Nizni acarició la mejilla del príncipe. Este sonrió, contento. Salvo el que recibió cuando era niño de su madre, en casi ninguna ocasión había disfrutado del contacto con la ternura femenina.

—Es una desgracia que nos conducirá al desastre, aun en el remoto caso de que logremos derrotar a Magnus. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, mi príncipe?

Azov buscó más caricias moviendo la mejilla, como un gato tras los dedos de su amo.

—Tienes la piel fría.

—No estoy fría por todas partes. Hay lugares dentro de mí que son muy, muy cálidos. ¿Te gustaría verlos?

Nizni se echó sobre la cama, tras comprobar que el pestillo estaba pasado. Con gestos sensuales, dejó caer la manta que la protegía y cerró la ventana. Al hacerlo, su camisola se inclinó tanto como para que el nacimiento de los glúteos atrapara como un cepo la mirada de Azov.

El príncipe le dio la espalda, inquieto. Un calor extraño manaba de su interior, cosquilleando en las puntas de sus dedos. Nunca se había sentido así,

salvo aquella vez en que sus tutores lo habían sorprendido espiando a Nizni mientras se aseaba en una tinaja, tras lo cual fue castigado.

Pero esta vez la joven no se escondía. Se cubrió de nuevo con la manta, pero sus brazos hicieron un movimiento invisible bajo ella y la camisola apareció por un lado. Azov sintió que el corazón se le aceleraba. La joven estaba desnuda bajo aquellas pieles, e incluso le dejó paladear un atisbo de sus adolescentes pechos.

—He hecho esto cientos de veces por mi ama, pero nunca imaginé que lo haría con el mismísimo príncipe heredero. Ven, Azov. Calientate conmigo.

—Noche fría, luces...

—Fría, sí. Muy fría. Luces malas. —Lo tomó de la mano—. Dime, ¿has mirado alguna vez de esta manera a una chica?

El príncipe negó con la cabeza, muy nervioso. Algo les pasaba a sus partes íntimas, una reacción que no había tenido nunca. Estaba asustado.

—No...

—¿Ni siquiera a mí?

Azov tragó saliva, tumbándose al lado de Nizni. La joven lo manejaba a su antojo.

—A ti... sí...

Nizni se enroscó sinuosa a su alrededor. Le cerró los ojos con sendos besos.

—Pobre, pobre Azov. Fuiste tocado por los Dioses en el sagrado vientre materno, pero tu don podría condenarnos si sobre tu frente llegara a descansar la corona. Cierra los ojos, pequeño —susurró—, que yo te llevaré a un lugar donde no tendrás que soportar los rigores de la guerra ni la penuria del hambre. Donde no verás manar la sangre ni oirás con aflicción los gritos de los moribundos. Eres afortunado, pequeño niño, más que la mayoría de nosotros.

Azov se relajó, esperando que la joven le hiciera todas esas cosas con las que había soñado en secreto muchas noches. Cosas que a él le estaban prohibidas.

Nizni susurró una canción que había aprendido en las cocinas de palacio:

*Dime qué ves, qué oyes,
la niebla se aclara y veo tus huellas.
Hiciste el sacrificio último
sin saber de motivos ni esplendores
pero el sueño de tu nombre
siempre morará en la tierra.*

*Como una sombra recorrerá los campos,
como una bandada de cisnes aleteará en mi recuerdo.*

Giró la piedra del anillo de su ama, y vertió tres gotas de veneno en los sonrosados labios del príncipe.

5

Hesión contrajo las piernas y se lanzó desde lo alto del tejado a la fachada del palacio. Sus manos fallaron el primer asidero, una gárgola cuya cabeza, agrietada por el tiempo, se deshizo en una explosión de polvo. Cayó durante tres segundos con el corazón en un puño y encontró un saliente a la desesperada, justo debajo de un alféizar.

Al mirar abajo vio sus pies colgando sobre la aguja de una torre, de por sí tan alta como cien hombres. Muy lejos, abajo, divisó la explanada del patio de armas, con sus barracones y establos en perfecta simetría. Las legiones de caballeros formaban con todos los arreos, dibujando cuadros de hombres que desde la distancia parecían hormigas. En las áreas de entrenamiento, el estafermo giraba bajo sus embestidas.

Hesión hundió los dedos en aquel saliente. No caería, todavía no. Dedo a dedo, fue impulsándose hacia arriba, ganándole terreno a la gravedad. Por fin alcanzó la ventana, rogando por que nadie estuviera ocupando esa dependencia; si tuviera que explicar qué hacía colgando de la fachada perdería unos minutos preciosos, y podría ser que alguien que no lo merecía añadiera su nombre a la lista de almas que esa noche visitarían el Inframundo.

Forzó la ventana y se coló dentro. Se hallaba en una gran sala, con una bóveda tapizada por las sombras que las antorchas volcaban sobre las estatuas. Taciturnos rostros de piedra lo miraban desde las alturas, con pupilas ciegas que parecían juzgarlo, sopesando en la balanza los pormenores de sus actos.

Hesión apretó los dientes e ignoró los augurios: nadie había sobre el mundo que pudiera condenarlo, si su propio padre, en la llanura de los muertos, no lo había hecho.

Estaba cansado. Sus rodillas flaqueaban trémulas y una penosa respiración batía en su pecho. La tristeza, el más hondo y asfixiante de todos los pozos, renació con fuerza. Cual ave que, buscando su nido entre los riscos, impele los vientos y surca borrascosas nubes, así de perdido se sintió Hesión. Sin

embargo, su mente evocó una última vez el espantoso cuadro que había encontrado en la cumbre de Vorolk, con la sangre de los niños bañando la tierra, y halló fuerzas para hacer lo que su corazón le dictaba: obtener su venganza.

Recorrió los pasillos atento a cada sombra, a cada rechinar de puertas que se abrieran a lo lejos. Portones con dinteles de piedra custodiaban pasillos llenos de columnas. Sus pies pisaron alfombras que los protegían del frío entumecedor que emanaba del suelo. Los tapices cumplían la misma función vistiendo las paredes, proporcionando calor a estancias donde no ardía ninguna lumbre.

El guerrero las recorrió todas, asomándose con sigilo. Intentó recordar el trazado del gigantesco palacio y hasta dónde llevaba cada acceso. Aquello estaba infestado de eskvarios, la guardia personal de Maximilian, pero él sabía cómo burlarlos.

Al ver los tapices, aquellas vanas pinturas que ensalzaban al rey como delfín de los Dioses, su pulso se aceleró.

Fue precisamente bajo una de estas imágenes que halló una puerta pintada de oro y jade. Estaba trabada desde dentro con un pestillo, pero el hercúleo brazo de Hesión lo rompió aplicando una presión lenta y fuerte, sin apenas ruido.

Creyó escuchar una voz femenina que cantaba, una sombra atareada en sus menesteres detrás de un biombo. Cuando su dueña retornó a la estancia y vio al guerrero parado en el umbral, la canción murió.

Hesión recordaba las facciones de aquella joven cubierta por una simple camisola, que no debía tener más de quince o dieciséis años. La había visto hacía meses, antes de abandonar Sikandar, atendiendo como una servil esclava los antojos de la princesa.

—¿Eres la asistente personal de Cordelia?

Nizni asintió. Sus manos, congeladas en mitad de un movimiento, se estaban secando con un paño.

Tras el biombo, Hesión distinguió una figura oronda desplomada en el suelo. En su vida había visto muchos cadáveres, y sabía reconocer al instante cuándo una pose iba más allá de la relajación de los músculos.

Cerró la puerta tras de sí y pasó junto a la muchacha, que seguía inmóvil.

—Pero ¿qué...? —exclamó Hesión, descubriendo el cadáver de Azov. El joven tenía los ojos abiertos; sus labios estaban amoratados y la piel mostraba una colmena de venas estalladas—. ¿Qué es esto? ¿Acaso los Dioses se han vuelto locos?

Se giró hacia Nizni, buscando una explicación. La joven reculó hasta una escribanía.

—Por favor —suplicó—. Por el alto Akhos^[69], no me hagáis daño. Esto... esto no es lo que parece...

El primer argumento que anidó en la mente del guerrero para explicar aquella locura no tenía nada que ver con la verdad. Se le ocurrió que, de una manera increíblemente hábil, los agentes de Magnus podrían haberse infiltrado en esa ala del palacio, o sobornado a alguien de dentro para que llevara a cabo la letal empresa. Pero la conclusión a la que llegó tras oír las palabras de Nizni fue otra muy distinta.

Tal vez si la joven se hubiese quedado en silencio en lugar de justificarse, Hesión jamás habría sospechado lo ocurrido. Pero tras oír la temblorosa excusa, sus cejas se alzaron.

Miró el cadáver. Le abrió la boca con cuidado (las encías estaban manchadas de negro, signo de que lo habían envenenado) y comprobó por los muebles que en la estancia no había habido lucha. El príncipe heredero había muerto mansamente, como un cordero que no espera mal alguno de la mano que le da de comer.

Una risa gutural nació en su pecho.

—Por el sagrado nombre de nuestra tierra, no esperaba que la demencia se hubiese instalado hasta tal punto en la casa de mi antiguo amo.

Nizni deslizó una mano dentro de la escribanía y rozó un puñal.

—¿Qué... qué queréis decir? —balbuceó—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Acaso no sois Hesión, el gran general, caudillo de...?

El hombre la silenció con un gesto.

—No sigas, pues de nada te servirán los halagos. ¿Cumplías órdenes de Cordelia, o fue el mismo rey quien decretó la eliminación de su vástago?

—Yo... no sé de qué habláis. Cuando entré y vi el cadáver...

—Te pusiste a cantar —concluyó Hesión, y eso invalidó todos los argumentos de Nizni.

Viéndose acorralada, la muchacha alejó la mano del puñal y se desabotonó la camisola. La prenda se deslizó hasta el suelo, dejándola completamente desnuda y temblando de frío ante el guerrero.

—Os lo suplico, dejad que me vaya. Yo... puedo daros mi cuerpo, si se os antoja —dijo con lágrimas en los ojos.

Hesión la contempló inexpresivo unos instantes, y se volvió hacia la chimenea. Le daban forma dos esculturas de ninfas cuyos brazos se unían

para sostener una espada, la esplendorosa Valnius, larga y hermosa bajo su placa de oro.

—*Forjadereyes...* —la reconoció con asombro—. ¿Qué hace aquí, tan desprotegida? Tendría que estar en el templo, encajada en mármol bajo las estatuas del panteón, o en algún santuario de igual importancia.

—Fue un regalo del rey a su hija —explicó Nizni. El aire que se colaba por las rendijas de la ventana le puso la piel de gallina—. Quiso que se la guardara hasta que...

—Hasta que llegara la hora de hacer realidad la profecía —entendió el general. Recordaba aquella parte del folclore del Gran Reino: si alguna vez la ciudad santuario se veía abocada al desastre, en el fin de sus días empuñaría el rey aquella espada y los Dioses lo conducirían a la victoria. Sonrió al imaginar al rey senil tratando de levantar aquella pesada hoja—. Otra insensatez, entre muchas.

—¿Vais a tomarme?

Hesión no contestó. La chiquilla estaba usando todas las armas de las que disponía para salir airosa, pero incluso ella sabía que nada la salvaría de la horca si el general confesaba que Azov fue asesinado mientras estaba presente. Después de eso, culpabilidad o inocencia eran lo de menos.

El guerrero le estaba dando la espalda, por lo que Nizni, sintiendo renacer la esperanza, cogió el puñal de la escribanía.

—El enemigo está a las puertas, mi señor. ¿No deberíais ocuparos de menesteres más importantes? En cuanto mi ama regrese, dispondrá qué hacer...

Nizni levantó la mano con el puñal. La ancha espalda de Hesión estaba cerca, desnuda, sudorosa, desprotegida. De reojo vio que Azov, con un rictus en la cara, la estaba mirando. Un escalofrío constriñó su corazón: no podía soportar aquellos ojos.

—Entre mis anhelos de venganza no se encontraba el desdichado Azov —confesó Hesión—, pero si esto es lo que la Diosa está dispuesta a tolerar, que así sea. ¡Oh, númenes inviolables a los que estamos sometidos! Que corra hasta la última gota de sangre azul antes de la madrugada, y que las fosas viles se llenen por una vez de príncipes en lugar de vasallos.

Al punto de pronunciada la sentencia, el vengador Lesbos, dios de la sangrienta balanza, impulsó la mano de Hesión hacia la empuñadura de la espada. El hierro, mezclado con aleaciones que lo hacían tan resistente como la determinación de su amo, pesaba casi lo mismo que un hombre pequeño,

pero el brazo del guerrero lo sostuvo con facilidad. Nizni vio el reflejo de las hogueras del Kan en aquella hoja, e hinchó los pulmones para gritar.

La espada se incrustó con innatural rapidez en su vientre. La joven, zarandeada como una muñeca al extremo del metal, sintió un frío glacial que iba más allá del dolor.

Hesión la arrojó a través de la ventana. A continuación se inclinó sobre el príncipe lowo.

Cerrándole los párpados, dijo:

—Si desde ahí puedes ver lo que el destino les depara a tus familiares, véngate o ayúdame. Que tu corazón decida, en virtud de lo que sientas por ellos. Pase lo que pase, cuando rompa el alba venceré.

Y abandonó la estancia, rumbo al siguiente dormitorio.

6

La reunión de la cúpula militar se disolvió con una sensación de desconcierto. En los ojos de los generales planeaba la duda, como si por primera vez no tuvieran la certeza de una victoria. En la lejanía retumbaban los tambores del enemigo, que no habían parado de sonar desde hacía horas como un funesto presagio.

Yaroslav fue el último en abandonar la sala. Llevaba en la mano su bula de perdón. Cordelia reconoció el lacre sagrado y alzó las cejas.

—¿Es vuestro perdón? ¿Por qué lo lleváis encima?

—Siempre lo llevo en el combate, aunque pocos lo saben. Si caigo y una flecha o una lanza siegan mi vida, no quiero estar lejos de mi seguro espiritual.

—Los Dioses, después de haberos hecho juguete de tan grandes trabajos, sabrán reconocerlos por vuestra bravura —sonrió Cordelia—. No os preocupéis por eso.

El guerrero se encogió de hombros.

—Prefiero no arriesgarme.

—Hoy os habéis enfrentado a mandos de los que dependeréis mañana. —Hizo un gesto hacia Ulov, cuyas mejillas seguían coloradas por el enfado—. Son gente de buena posición. Podrían haceros daño en el futuro... si hay futuro.

—¡Bah! No les tengo miedo. De hecho, son ellos quienes deberían temerme a mí. Salvo quizá Ulov, muchos hombres que han hablado en estas

estancias alcanzaron su posición mediante la falsedad y el engaño. —El desprecio hacia sus supuestos iguales se le transparentaba en la voz—. Conozco más de una historia en la que los capitanes traicionan a sus superiores, suplantándolos sin que sospechen los artificios de que es capaz la perfidia de sus sayones. Luego se visten con sus galas y prosiguen en tales fraudes, aparentando pavora. Nadie les planta cara porque les tienen demasiado miedo, pero yo de nada tengo que arrepentirme en este mundo cuando poseo un salvoconducto para el otro.

Guardó la bula (un pergamino protegido por un tubo de madera) en un bolsillo de su atuendo. Cordelia lo miraba estupefacta.

—¿Se os ha ocurrido valorar la gravedad de las acusaciones que acabáis de pronunciar? Aunque tengáis motivos para pensar así, ¿no considerarías peligroso sinceraros ante la mismísima hija del rey?

—No estoy ciego, mi dama, al contrario que estos lisonjeros. Sé hacia dónde mirar cuando deseo ver el futuro. —Clavó sus ojos directamente en la joven.

—Sois ladino, capitán —aprobó ella, jugueteando con la caída de encaje de su cuello—. Me gusta.

—¡Ah, Yaroslav, estás aquí! —dijo el rey, acercándose. El héroe hizo una reverencia.

—Majestad, estoy a vuestro servicio.

—Quiero que mañana formes parte de los embajadores que voy a enviar ante Magnus. Saldréis acompañados de estandartes y trompetería en cuanto rompa el alba.

—Será un honor. ¿Debo tratar de negociar la paz?

El rey frunció el ceño.

—¿Paz? ¿Qué es la paz? Puede que un sueño en el que ninguno de los que estamos destinados a gobernar creemos realmente. No, Yaroslav, la paz no es posible a estas alturas. Ni deseable. Necesito anexionar los países del Kan para que el Gran Reino posea ciudades costeras, grandes puertos abiertos al mar. Si no, estamos condenados al desastre, al fantasma del aislamiento y el hambre que recorre sin descanso las estepas.

—Entonces ¿por qué desperdiciar nuestro tiempo en una asamblea?

—Para demostrarles que estamos tranquilos y confiados. Y para que sepan que algunos de nuestros más afamados héroes están presentes. Que vean que para nosotros el sitio no es más que una incomodidad pasajera.

—Entiendo. —Se le marcó un hoyuelo en la frente—. Entonces me prepararé para la batalla de todo hombre vivo.

Y se marchó, dejando al rey junto a su hija. Maximilian depositó un suave beso en la frente de Cordelia.

—Es la hora —le dijo al oído—. Ha llegado el tiempo que las generaciones venideras inmortalizarán en sus poemas.

—¿Estamos condenados a afrontar este desafío nosotros solos, padre?

—No. Svalensko y Arkángel vendrán, en cuanto sus legiones acaben de limpiar las estepas de incursores yunk. Ya he enviado emisarios para que los avisen. Entonces aplastaremos al enemigo entre dos frentes, como un martillo cayendo sobre el yunque. —Golpeó una mano contra la otra—. Confía en Hesión, él nunca nos abandonaría. Le domina un ansia exacerbada por entrar en los anales de la Historia.

Cordelia apretó los dientes. Estuvo a punto de contarle la verdad, pero se contuvo. Las cartas estaban sobre la mesa, y no había nada que el rey necesitara saber que no supiera ya. Si Pulev había cumplido con su parte, Hesión estaría muerto o doblegado a su voluntad. Si no...

La reunión acabó de disolverse. Los pasos pronto dejaron de abarrotar los pasillos, y las dependencias se quedaron vacías.

Cordelia miró hacia un pasadizo. Por un momento creyó ver a alguien oculto entre las sombras, espiándola, pero al acercarse comprobó que había sido un espejismo. La tensión le jugaba malas pasadas, y eso que aún no había comenzado oficialmente la lucha.

Mientras se alejaba escaleras arriba hacia sus aposentos, una forma oscura salió de detrás de una esquina.

—Todavía no te ha llegado la hora, asesina —murmuró Hesión—, pero pongo a la Diosa por testigo de que no verás llamear la próxima aurora.

CANTO XX

La Noche Cruel

1

El caballo resoplaba por los belfos cuando alcanzó las puertas de Sikandar, clausuradas ya. El esfuerzo de la larga carrera hacía temblar sus patas, pero no fue hasta que un centinela les dio el alto desde la elevada almena cuando su jinete se compadeció y le permitió reducir la marcha.

—¿¡Quién va!?! —gritó el balletero, apuntándole al pecho. Otros dardos buscaron también ese punto débil, igual que los cuartos delanteros del animal, pero ninguno llegó a separarse de la cuerda. Algo había en las insignias que aquel jinete solitario lucía en la ropa que les sonaba familiar.

—¡Abrid las puertas, soldados! —gritó el jinete con voz de mujer—. Pues soy Eithne, sacerdotisa de la Diosa Madre, y si no reconocéis el símbolo de la Orden es que deberían sustituirlos por mozos de vista menos cansada.

Los guardias se miraron estupefactos. Hacía poco que recuas de caballos, mulas y hombres habían tirado de las cadenas para cerrar los enormes portones, y no había fuerza en el mundo que pudiera separarlos de nuevo. Pero campesinos y soldados aislados seguían llegando en un incesante goteo de las profundidades de la llanura: rezagados de todo tipo que suplicaban que se les franqueara el paso a la ciudadela.

—Sé que los portones de la ciudad permanecerán sellados hasta que se levante el sitio —dijo Eithne—, pero es menester que abráis una de las entradas menores, pues soy portadora de un mensaje que la suma sacerdotisa del templo debe escuchar sin demora.

El oficial al mando se asomó a la barbacana, una obra de fortificación avanzada al portón principal.

—¿Cómo sé que sois quien decís y no una espía de los Kanatos, disfrazada con la túnica de alguna sacerdotisa muerta?

—Sois precavido, oficial, y eso os honra —concedió Eithne—, pero mi estatura y mi tez blanca me hacen muy distinta de las mujeres de los Kanes, hermosas pero más bajas y morenas, ¿no creéis?

—Eso no os exculpa, pues los puestos fronterizos sudan traidores ansiosos de oro. Podríais ser una de esas ciudadanas que han preferido el tortuoso camino del soborno al del amor a su rey.

—Vuestro exceso de celo sería útil en otras circunstancias, pero os lo repito: mi misión es urgente. Puente del Oeste ha sido tomada, y hombres buenos están sacrificándose en estos momentos para ganar unos minutos que los rezagados como yo y los campesinos pueden aprovechar. Así que ponedme una escolta si queréis, que me acompañe hasta el templo y corrobore mis palabras, pero abrid paso de una vez.

—Lo siento, mujer, pero sin un salvoconducto no puedo...

Eithne echó la cabeza hacia atrás con un barrido de rizos (su cabello, normalmente lacio, se había llenado de eslabones por la humedad del ambiente). Alzándose en el estribo, soltó las riendas y se sostuvo únicamente con las rodillas.

—¡Protector de la ciudadela, vasallos del rey, escuchadme bien, pues hay poderes superiores en el cielo a todos los que moran en la tierra! —Un destello de luz cegadora surgió de su figura, hiriendo los ojos de los vigías. La voz de Eithne se tornó cavernosa, y sus palabras no fueron más las de una sacerdotisa indefensa, sino las de un Poder Ancestral que hablaba desde las simas del Inframundo—. Obedeced mi orden si no queréis que desate la cólera de la Diosa Madre, a la que ninguna barrera construida por manos humanas, por indestructible que sea, podrá impedir la entrada a las calles de una ciudad que la venera.

La luz hizo que muchos hombres retrocedieran, espantados ante el poder de la magia, y provocó que cerraran el dedo sobre el gatillo de las ballestas. Sin embargo, ningún dardo tocó a la sacerdotisa, que aguantó estoica aun cuando alguno de los venablos cruzó tan cerca de su rostro que hizo ondear sus cabellos.

—Así pues —se calmó—, ¿abriréis de inmediato o me veré obligada a convencerlos?

El oficial ordenó a toda prisa retirar los travesaños de la puerta secundaria. Esta, camuflada entre los paneles bellamente trabajados de su hermana

mayor, rompió brevemente el lazo entre una pastora y sus ovejas para abrir una fisura en la talla.

Cuando la princesa espoleó a Elhor para que entrase, algo sucedió con la cadencia incesante de tambores que había venido sonando desde hacía horas, como un rumor estrepitoso que crispaba los nervios.

Cesó.

El silencio cayó como un velo en cuyos pliegues cabalgaban mil mensajes. Maximilian se detuvo camino de su alcoba, y permaneció inmóvil un instante, escuchando. Intuyó que, al igual que él, todos los que habitaban el castillo estarían expectantes a lo que pudiera escudar ese silencio.

No se escucharon trompetas ni cuernos que señalaran el avance de las tropas. Tampoco llegaron avisos de las almenas. Magnus les concedía una noche de reposo antes de la batalla. Eso le honraba.

Una súbita urgencia por ver a sus hijos le oprimió el pecho. Maximilian entró por un arco lateral y subió una escalera bellamente decorada. Al final de esta se encontraba la habitación de sus tesoros, Milosh y Nadezhda.

Al verle llegar, los niños corrieron a abrazarle.

—¡Padre, ¿quiénes son esos hombres que hay fuera?! —preguntaron, tragándose las pausas.

Maximilian los calmó. Bogdana, el aya al cuidado de los infantes, hizo una reverencia y se marchó a una habitación contigua, revolviendo en los armarios. Junto a la puerta descansaba la cuna de la pequeña Yulia, con el bebé durmiendo boca abajo, arropado por una mantita de lana.

—Que nada os perturbe, hijos míos, pues aquí no corréis ningún peligro. Son tropas de la tierra de los Kanés, cierto, pero no suponen una amenaza.

—¿Son esos hombres nuestros enemigos, padre? —inquirió Nadezhda con el distanciamiento propio de los niños—. ¿Vienen a hacernos daño?

El rey pintó una sonrisa en sus labios.

—Son seres temerosos de nuestro poder, víctimas del temor que suscitan las guerras que perdieron. Recordad lo que habéis estudiado: vivos perseveran en sus mientes el juicio de Goraii, el odio al pueblo de los heucanitas y las honras tributadas al arrebatado Narxes, por mucho que hayan pasado siglos desde aquellos sucesos.

—Pero ¿no está hilado su futuro por los Toungos^[70]?

—Lo está, como el de toda persona nacida de mujer que respire el aire de esta tierra.

—No lo entiendo, padre —reflexionó Milosh—. Entonces ¿por qué se obstinan en luchar? ¿Acaso no saben que su destino es ser derrotados?

—¡Obstinan! ¿Dónde has aprendido esa palabra, hijo?

—Me la ha enseñado el aya.

—A mí todavía no... —protestó su hermana, haciendo pucheros.

El rey dejó que el fresco aire de la risa le inundara los pulmones.

—Sois mis tesoros —les revolvió el cabello—, los más pequeños y valiosos de todos.

—Deberían acostarse ahora —sugirió Bogdana, regresando de la habitación contigua con unas mantas.

—Sí —convino el rey—. Mañana será un día duro. —Les deseó buenas noches con sendos besos y permaneció junto a la cama, disfrutando de cómo el aya los arropaba, hasta que el sentido común le urgió a retirarse. Mientras permaneciera allí, los niños no iban a conciliar el sueño.

Reunió a su alrededor los pliegues de su túnica y dejó la estancia. No podía evitar mirar a sus pequeños y pensar en el futuro, el del Reino y el suyo propio. ¿Aguantarían sus cansados huesos hasta verlos crecer y convertirse en soberanos? ¿Honrarían los herederos a su padre con las loas que merecían los ídolos?

Seguro que sí. A semejanza de otros monarcas de la Antigüedad, el rey había ordenado construir en secreto una tumba cuya majestad no estaba concebida para apabullar a los humanos, sino a los Dioses. Durante décadas había desviado los recursos de la Corte hacia ese singular proyecto, erigiendo una última morada que sería su antesala del paraíso.

En esa tumba, por supuesto, también habría espacio para sus descendientes, pero solo sus hijos conocerían el secreto de su emplazamiento; todos aquellos que los escoltasen en el cortejo final también los acompañarían a la otra vida. Así sería, conforme los años se alargaran y el pasto creciera, y los hijos de sus hijos mantuvieran calientes la corona y el cetro. Pero antes de marcharse quería legarles una última victoria, un triunfo digno de ser relatado ante los Dioses para que le premiaran con la vida eterna.

Él, Maximilian II, nieto de Arkadi, sería el rey que vencería a los Kanés, inaugurando una era de prosperidad que convertiría su legado en un imperio.

Revolviendo en su acalorada fantasía tales pensamientos, se marchó escaleras abajo, hacia su alcoba. Rumiaba formas de engañar al espíritu del sueño para que hiciera presa de él y le permitiera cerrar los ojos unos minutos. El día siguiente sería largo, puede que más que ningún otro que la Aurora les hubiese regalado, y él más que nadie debía conservar las fuerzas.

Cuando su sombra se esfumó tras el recodo de la escalera, una mano se posó en la puerta, impidiendo que se cerrara. Presionando con suavidad, obligó a la madera a retroceder, dejando ver el interior de la habitación.

Bogdana estaba relleno con un poco más de aceite los braseros que mantenían calientes las camitas. Todo lo encorvada que sus años le permitían, despuntaba su orondo trasero mientras sacaba los braseros de debajo de la colcha, los empapaba por debajo de la casucha y volvía a lanzarlos hacia dentro con dejadez. Ajenos al trabajo del aya, como si su presencia allí se diera tan por supuesta como la del aire, Milosh y Nadezhda hacían unas últimas bromas antes de cerrar los ojos.

Las articulaciones de la mujer crujieron cuando se irguió. Fue entonces cuando se percató de que había alguien más en la estancia.

—¿Habéis olvidado algo, mi señ...? —preguntó, servicial.

Se paralizó al ver a Hesión en el umbral, como hiciera Nizni minutos antes. Pero el aya no permaneció callada, no tanto porque el dominio de sí misma le permitía recomponerse hasta en los momentos más críticos, sino porque supo leer en la expresión del guerrero muchas y muy terribles cosas. Cosas como lo que había pergeñado esa noche al abrigo de inicuos designios, o lo que le restaba por hacer antes de que o bien la consecución de sus objetivos o bien la muerte lo detuvieran.

Hesión estaba apoyado en la puerta. Un súbito remolino en las cortinas coincidió con un guiño en su pétreo rostro. Esas fueron las dos únicas cosas que el aya no supo descifrar.

Deslizándose hacia un lado con lentitud, Bogdana interpuso su cuerpo entre los niños y él. Era muy consciente de la presencia de la cuna a su izquierda, pero ni siquiera la miró para no llamar la atención sobre ella. Si el bebé rompía a llorar en ese momento...

—Decidme que no es cierto, por piedad.

Milosh y su hermana, tiernamente enrollados en las mantas, estaban tan acostumbrados a ignorar a la servidumbre que ni siquiera habían advertido que algo sucedía. Sus respiraciones se aquilataban poco a poco, amoldándose sin esfuerzo al ritmo del sueño.

—No tengo otro remedio —dijo el general, paciente.

—¡Sois un embustero! Querréis decir que os ha invadido la locura y no tenéis fuerza para oponeros a ella. ¿Quién, sino un loco, podría querer... — hizo inaudible el verbo— a unos niños?

—Alguien que ha visto horrores muchísimo peores en los campos y en las montañas, y que no desea que vuelvan a repetirse. Alguien con suficientes

motivos.

—Los motivos para hacer lo que vos pretendéis nunca son suficientes. Podrán ser lógicos o pasionales, errados o certeros, pero *nunca* suficientes.

—No tengo por qué justificarme ante ti, mujer. No es contigo contra quien se dirige mi venganza, así que por favor, hazte a un lado.

Hesión dio un paso. El aya retrocedió hasta tocar con las manos el cabecero de la cama.

—Gritaré —amenazó.

—Si piensas que el aire que abarrota tus pulmones es más rápido que mi espada en dar muerte, en rebanarte el cuello o separarte la cabeza de su natural soporte, es que eres más ingenua de lo que esperaba.

—¡Os lo imploro, mi señor^[71]! —Bogdana se arrodilló a los pies de Hesión y le aferró la mano, besándola—. ¿Qué insensato frenesí te impele a ceñir esa arma? ¿Adónde os precipitáis? A vos me acojo y suplicante invoco vuestro numen: sois un campeón, una figura que se alza esculpida para la eternidad en las columnas de los templos, en la basta piedra y en el noble mármol. Vos que innumerables veces os condolisteis de la angustia de los pobres, que donasteis oro y cabalgasteis hacia la muerte para proteger a los desfavorecidos, ¿cómo es que ahora camináis por vuestra casa con pies sigilosos, de asesino? ¿Qué dios insensato ha manipulado vuestras mientes para fraguar tamañas locuras? ¡Os lo ruego, pastor de hombres: enderezad el rumbo de vuestra nave, recuperad la cordura y perdonad la vida a estos niños que no han conocido angustias! Ellos no son en modo alguno vuestros enemigos, ni yo tampoco.

Hesión, abrasado por el dolor de la pálida Bogdana, pronunció palabras atormentadas:

—Mujer, tú que sabes lo que significa dedicar toda una vida de servicio a una voluntad superior a la tuya... por favor, levántate y acepta tu suerte con dignidad. No espero que hombres o Dioses juzguen mis actos y los consideren dignos, pues, aunque me hayan impulsado de consuno la voluntad y los Hados, ¿qué ser humano se sentiría orgulloso de arrebatarse la vida a un infante? ¿Qué Dios, si no estuviera demasiado lejos de su influencia mi sed de venganza, no se personaría aquí ahora y me detendría con su brazo, calcinándome por igual mano y espada? No, mujer, no busco perdón, ni tan siquiera que alguien me comprenda. Ni al cabo de mil años mereceré alabanza por exterminar la semilla de Maximilian y darle a él su merecido castigo. Solo deseo cerrar una página, un capítulo en la historia de nuestro triste país que no debe volver a abrirse. Confortará mi alma el deseo ardentísimo de vengar a mi

patria y aplacar los perjuros de los pobres. Esta noche me erijo por propia voluntad en mano de Lesbos, la cruel balanza, y no pararé hasta saldar la deuda de todo un Reino. De un ejército de desposeídos que reza cada mañana implorando un atisbo de justicia.

El guerrero apartó con firmeza pero sin brusquedad a la horrorizada Bogdana, la cual sintió cómo las fuerzas la abandonaban. Vertiendo largo raudal de llanto, no pudo sino sentir que moría al mismo tiempo que los tiernos infantes, notando cómo su corazón se deshacía a cada mandoble de Hesión, a cada chorro de sangre que teñía de ruina y cataclismo la pared.

El general fue misericordioso con los hijos de Maximilian y los mató sin sufrimiento, sin hacerles experimentar la larga agonía de los niños de Andurov, pero con una seguridad y una confianza que heló para siempre el corazón del aya.

Aquello solo acababa de empezar.

2

Yaroslav tenía algo que hacer antes de ocupar su lecho. Dejó los angostos pasillos de la Torre del Homenaje y los cambió por las anchas salas del templo, el lugar de adoración a la Diosa Madre. Por la mañana solía ser un hervidero de gente, pero de noche los espacios se apoderaban de la arquitectura, la expandían en todas direcciones, y el retiro y la soledad se incorporaban como adendas arquitectónicas al diseño de los muros.

La belleza de las melodías que se cantaban durante las ofrendas palidecía en dignidad ante la exuberancia del silencio. La estatua de la Diosa se elevaba como un coloso en el centro del cella, más de cuarenta codos de sabiduría y misericordia capturados por un artista ambicioso.

Curiosamente, las estatuas y los frescos que la rodeaban le recordaron a su tierra, los campos en los que Yaroslav había dado sus primeros pasos como niño, había besado a su primera mujer y había aprendido la diferencia entre empuñar la espada y convertirse en uno con su filo. Los trazos descoloridos de los murales lo catapultaron a las terrazas donde crecía el arroz, donde el Sol pálido y fresco proyectaba rayos sobre nieblas de plata. Evocó el rocío, la paz serena, el ruido de las aguas burbujeantes subiendo desde el lecho del río... Piezas del ayer, del cúmulo de circunstancias que desembocaron en que un campeón llamado Yaroslav estuviera en aquel lugar en aquel preciso instante.

Todo estaba allí, al fondo de su memoria, vivo y claro. Lo que sucedía fuera, el acantonamiento de la ciudad, los ejércitos, las torres de asedio... se le antojaron retales de un sueño agitado.

Sacó una cajita de rapé de su bolsillo. Estaba casi vacía. Degustó lo que quedaba del estimulante aromático y jugueteó con la caja, abriendo y cerrando la tapa.

—¿No dormís, mi señor? Los tambores han acallado su inquietante música, regalándonos unos minutos que todo hombre sabio aprovecharía.

La voz de la suma sacerdotisa llegó amplificadas, como si surgiera de un coro de gargantas. El guerrero, arrodillado en una suplicanda^[72], contestó:

—El sueño no es una de mis prerrogativas, mi señora. Además, no lo necesito.

—Todo hombre enfrentado a una tarea sobrehumana necesita algo, solo es cuestión de averiguar qué.

Oxana se sentó. Sus rodillas estaban demasiado cansadas para apoyarlas en la madera, aunque por la expresión de su cara Yaroslav dedujo que llevaba días arrodillada mentalmente.

—Ansío un momento de paz conmigo mismo.

—Percibo el vacío de tu soledad, Yaroslav, y permíteme que te tutee.

—¿En dónde lo percibís, en mi voz?

—En tu cajita de rapé. Si lo deseas me callaré y te dejaré disfrutar de este momento de paz, pero antes necesito saber una cosa.

—¿Qué?

—Si estás dispuesto a llegar hasta el final por nosotros, sin par efebo, al que se le presuponen cien hazañas ya cumplidas y otras tantas venideras.

Yaroslav la midió con la vista.

—No olvido a los que me ayudaron en el pasado, si es a eso a lo que os referís —dijo con sorna, recordando el protagonismo de Oxana en la reunión del ministerio sacerdotal, donde habían aprobado su bula—. Si llegara el momento en que las tropas del Kan entraran aquí, os protegeré con mi vida al igual que vos protegisteis mi alma con vuestra influencia.

—Gracias, Yaroslav. Es todo lo que pido. —Se alisó la toga ritual—. Te dejaré a solas contigo mismo. Seguro que tienes cosas interesantes que decirte.

Iba a marcharse, pero el guerrero la detuvo.

—Aguardad, puede que tengáis razón. En verdad necesito algo que me dará aún más confianza en la batalla, y que conducirá a mis legiones a una victoria segura.

—¿Otra benedícite? Tu bula supone el perdón absoluto, hagas lo que hagas en vida. Pocas mercedes hay en este mundo que superen eso.

Yaroslav miró a los pies de la Diosa, subidos a una peana de mármol del tamaño de un hombre. El escultor había jugado con la perspectiva para corregir los defectos del ojo, engañando con curvas lo que su cerebro captaba como líneas rectas.

—No, no ansío más bendiciones. ¿Sabéis? Cuando llegasteis estaba pensando en mi casa.

—Eso es bueno. Muchos de los que apoyan sus culpas en estos bancos evocan el hogar como símbolo de pureza. Dime, niño, ¿qué recuerdas del pasado que tanto te conforta?

—No es una sola cosa... o puede que sí. No estoy seguro. Crecí en un bello país, con terrazas donde los campesinos cultivaban el arroz al abrigo de los cerros. Allí aprendí de qué manera vienen a este mundo las dádivas de los Dioses, o sus tornadizos castigos. Y no tienen nada que ver con milagros centelleantes.

—¿Cómo los definirías, entonces?

—Si os lo cuento, aunque sea en este lugar sagrado, no os ofendáis.

—Prueba. Soy demasiado vieja para descubrir nuevas interpretaciones de la fe —sonrió la anciana.

Yaroslav se tocó el pecho.

—Está aquí. Todo está encerrado aquí abajo, en este diminuto lugar. Es el crisol donde anidan los designios divinos, y yo he descubierto cómo atajarlos o espolearlos según la necesidad.

—Hablas de la Musa.

—La Musa, el genio, la inspiración... da igual cómo la llaméis. Todos los hombres sin excepción la tienen, pájaro cantor que agita sus plumas cuando una ráfaga de viento logra atravesar sus barreras. Mañana sin duda necesitare espolearla para exigir a los hombres que aperciban las armas como nunca lo han hecho. Si vamos a entregar nuestras vidas por Sikandar, tiene que hacerse bien.

—Es muy noble, pero ¿cómo encajo yo en esos planes?

—Mañana, cuando resuenen los cuernos y parta el desfile de los paladines, cuando el Kan divise nuestros gallardetes y respire sacramentos de muerte, yo estaré en cabeza. Quiero portar en la diestra el símbolo de nuestro Reino, aquel que está llamado a resplandecer bajo siete baños de sangre, cuando la ciudad sienta próximo el fin de sus días.

—¡Quieres a Valnius! —comprendió ella—. Deseas que el rey te permita empuñar la hoja sagrada...

—Eso os pido, que intercedáis por mí ante Su Alteza, pues, ¿qué es un emisario sin un blasón, o un adalid sin estandarte? Necesito un arma que sea al mismo tiempo un símbolo, un grial capaz de inflamar el coraje en el pecho de los soldados cuando nada más que sangre y muerte los rodeen.

Oxana se pasó una mano por el cabello entrecano.

—Lo que estás pidiendo... es muy difícil. E inapropiado.

—Difícil lo entiendo. Pero ¿inapropiado? ¿Por qué?

—Yaroslav, el mito que rodea a *Forjadereyes* es complejo. Fue la tradición quien forjó su metal, más que los yunques o los crisoles, y en ningún momento debemos pasarla por alto o nos estaríamos arriesgando a cometer el peor de los errores.

—¡Por eso la necesito, para que el pueblo me siga hasta la muerte incluso en la más extrema de las situaciones! Situaciones que se darán por docenas, tenedlo por seguro, y que nos forzarán a medir nuestro aplomo.

Los ojos del capitán brillaban con una chispa de locura. Oxana intentó elegir frases que no lo sacaran aún más de sus casillas.

—Pero lo que el pueblo conoce, el pueblo usa. Y lo hace al pie de la letra. Según la tradición, será el rey y no otro quien empuñe la espada cuando todas las posibilidades de victoria estén en contra. Es una imagen sublime, el jefe supremo de los ejércitos con el arma de sus antepasados en la mano, arengando a las tropas...

—¡Bobadas! —tronó Yaroslav. Oxana le conocía bien y sabía que no era un hombre taciturno, sino apasionado hasta el delirio. Poseía el típico rostro que se tiñe de grana con cualquier expresión—. ¿Cómo iba a sostenerla en alto ese viejo decrepito, si ni siquiera es capaz de separarla del suelo? Su peso le haría tropezar, y se precipitaría al vacío con gran vergüenza desde la torre... —El capitán calló, consciente de la blasfemia que estaba diciendo.

La sacerdotisa lo miraba con reproche.

—Es inapropiado —repitió.

—Pero...

—Lo siento, capitán, no puedo ayudarte. Toma la espada si quieres, consíguela de una forma u otra, pero no me pidas que te respalde en esto.

Yaroslav estudió aquel rostro al que la oscuridad había devuelto de alguna manera la juventud.

—¿Está en mi mano hacer cualquier otra cosa? —preguntó Oxana.

—En el próximo oficio, entonad por mí uno de esos cánticos que se rezan en laudes —respondió con acritud.

A continuación se marchó, pisando con fuerza en las baldosas. La sacerdotisa se quedó sola, perdida en un desapacible mar de pensamientos.

Buscó con la vista el pétreo rostro de la Diosa. Esta miraba a un punto indeterminado entre el fondo de la sala y el infinito, guardándose sus vaticinios. Oxana se preguntó si no la habrían defraudado con el orgullo y las mezquindades hasta el punto de que retirase su manto protector, tantas veces honrado, de la ciudad.

—Sé que os hemos fallado, pero por favor —suplicó— dadme una señal de que no todo está perdido...

Un segundo desfile de pasos reverberó en ese momento en las bóvedas. Eran sosegados, no imperiosos, y aunque venían con prisa también lo hacían con respeto. Oxana miró hacia el mismo lugar del templo que parecía estar contemplando la Diosa, y vio que una figura vestida con un traje de viaje surgía de la penumbra. Una silueta que le llenó el corazón de alegría.

—¡Eithne! —exclamó, sin dar crédito a sus ojos.

La joven sonrió y, tras un rápido abrazo, besó a su superiora en la mano.

—Mi señora, lamento haber tardado tanto en llegar. Muchas vicisitudes nos han asaltado en este tortuoso sendero.

—¡No digas tonterías, es un milagro! —se emocionó la anciana—. Pero... ¿dónde están las demás acólitas?

—Nos separamos. —La expresión de la princesa se ensombreció—. Cuando Puente del Oeste fue tomado, tratamos de organizarnos de la mejor manera posible junto con la milicia. Algunas socorrimos a los soldados mientras evacuaban a los heridos, pero sufrimos muchas bajas. Si las demás no han conseguido llegar por sus propios medios...

—¿Y Anya? ¿No me digas que...?

—Mantengo la esperanza.

Ocuparon un banco, el mismo en el que la sacerdotisa amonestara antes a Yaroslav.

—Cuéntame, antes que nada. —Apoyó una mano irrecusable en su hombro—. ¿Qué nuevas traes de los confines del Reino?

—Yo... —comenzó Eithne, tomando aliento. Lo que tenía en la cabeza era difícil de resumir, y no les quedaba mucho tiempo—. Traigo buenas y malas noticias. En las montañas aconteció algo que probablemente haya cambiado el curso de la Historia. Traté de ayudar a los defensores de

Svalensko completando el rivhar, y no creo que me equivoque si digo... —se sonrojó, mirando a la Diosa— que lo conseguí.

Oxana sintió que se le ponía la piel de gallina.

Un rivhar, el primero en más de dos siglos.

—No... no puedo creerlo. ¡Es maravilloso! ¿Cómo ocurrió?

—Esa... —Eithne titubeó— podría ser la mala noticia.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo podría una comunión divina, la primera en muchísimo tiempo, tornarse en un acontecimiento nocivo?

—Cuando completé el ritual... —La mente de Eithne regresó durante unos segundos al torrente místico que la había subyugado en la cima de la montaña, borrando su esencia humana y sustituyéndola durante brevísimos eones por otra diferente. Volvieron a ella el miedo, la sensación de pequeñez ante el poder desatado, la expansión de su cerebro para abarcar fragmentos del Universo, y las respuestas que encontró detrás—. No sé cómo explicarlo, pues no se han inventado palabras que compendien tales significados. Pero de una cosa estoy segura: todo lo que allí se hizo, y lo que aconteció después, tendrá consecuencias imposibles de prever. Pedí un milagro a la Diosa y me fue concedido. Las estaciones permutaron su lugar durante unas horas, el torrente incontenible se llevó por delante a los ejércitos del Kan, y yo estuve a punto de morir.

Oxana le aferró la mano.

—¿Tuviste una revelación?

—Sí. Vi cosas terribles que estarían por acontecer aquí, en Sikandar. Al principio interpreté mal las señales: creí que hallaría la respuesta en Puente del Oeste, en la primera resistencia contra el Kan, pero me equivoqué. Algo en lo más profundo de mi corazón me dice que, sea lo que sea, está ocurriendo *ahora*, a este lado de los muros. —Tragó saliva—. Y, que los Dioses nos acojan en su seno, creo que Hesión está involucrado.

—¿El general? —Oxana dio un respingo—. Es imposible, no ha regresado con su ejército. Yaroslav fue el último en entrar en el recinto con su milicia. Las campanas no han vibrado anunciando el regreso de otro héroe.

—Creed en lo que os digo, pues estoy segura de que las imágenes que vi en mi delirio poseían una textura diferente a la de los sueños. Vi fragmentos de un viaje al Otro Mundo, al lugar donde moran los muertos; escuché hablar a Hesión con su padre y con su madre, y supe de las cosas que ellos le contaron. Le revelaron su destino, igual que me fue revelado el mío en la montaña. Y ese destino corre paralelo al de nuestra nación. —La inquietud

dio filo a su voz—. Algo terrible está a punto de suceder, madre Oxana, y creo que Hesión, mi amado, será quien lo provoque.

»Tengo que encontrarlo, por el bien de Dioses y de hombres, antes de que sea demasiado tarde.

3

Cordelia salvó los últimos escalones que la separaban de su alcoba con un estremecimiento. Las bajas temperaturas pintaban arabescos usando su aliento. Se había criado en aquellos campos y los conocía lo suficiente como para presentir la llegada de la nieve: en pocas jornadas el cielo se encapotaría, el Sol sería un borrón de agua tras las nubes, y los copos teñirían con su esponjoso tul una tierra que vería morir a miles de personas.

Si su padre estaba en lo cierto (y recordando sus palabras sintió otro escalofrío, aunque no por la temperatura), el asedio duraría mucho, puede que años. Los primeros meses verían desplegarse el peor de los escenarios: el frío glacial, las noches interminables de más de doce horas, y el cierzo que hendiría como cuchillas la carne.

¿Estaban preparados los Kanes para soportarlo? Procedían de tierras más cálidas, así que por duro que fuera para los defensores, muchísimo peor sería para ellos. La mayoría de las tropas dormiría al raso o en tiendas de campaña, no tras gruesos muros de piedra. El hambre se asociaría con el frío para sacudir sus estómagos. Todo ello era, por supuesto, una ventaja táctica: puede que en cuestión de uno o dos inviernos el ejército de Magnus estuviera tan desgastado por el clima que levantara el sitio.

Aun así será una larga espera.

Al llegar a la puerta de su habitación pensó en Nizni. Y también en su hermano, Azov.

Giró el pomo, pero no logró moverlo. Nizni seguramente lo habría trancado desde el interior para protegerse de visitantes inesperados. Bien hecho. Su misión de aquella noche debía cumplirse estrictamente a resguardo de las miradas, sobre todo las de la familia.

La percusión de sus nudillos hizo vibrar la madera.

—¿Nizni? ¿Estás ahí?

Cuando el silencio se prolongó más de lo necesario, Cordelia empezó a inquietarse. No podía ser que su hermano hubiera visto venir la trampa, y mucho menos que la esquivase. Era un inútil hasta para eso. Sacó de su

bolsillo una llave larga, del tamaño de una mano y acabada en dientes retorcidos, y la introdujo en la cerradura.

El mecanismo giró, pero le costó abrirse. Cordelia se dio cuenta de que aquella puerta no estaba cerrada de modo normal, sino que alguien de enorme fuerza la había encajado en el marco al marcharse, astillando la madera. Se empezó a preocupar.

La puerta dejó entrever el desorden en que había caído la estancia, con el biombo tirado en el suelo, el taburete desplazado, la escribanía fuera de sitio y los cojines y sábanas esparcidos por doquier. La seda estaba empapada con un líquido turbio, de color idéntico a la sangre (*¿sangre?*, se estremeció; *¡no debería haber sangre, Nizni utilizó un veneno!*), y se plisaba sobre un cuerpo inerme, rechoncho y con la cabeza deformada propia de los lowos.

Era Azov, sin duda. Y estaba muerto.

Cordelia detuvo por un instante su propio ritmo cardíaco. Lo había conseguido. Su maldito hermano no era más que un amasijo de carne fría, asesinado por una plebeya bastarda, y su camino hacia el trono estaba prácticamente despejado. Ahora solo restaba decidir qué hacer con Milosh...

El viento gimió como un espíritu en pena por fuera de la ventana, un ulular con un timbre a madera. Debía de ser el mástil que sostenía la bandera, agitado por el vendaval. Pero sonaba extraño. Cordelia se había acostumbrado a su gemido sordo, astillado, que a veces la acunaba por las noches, y sonaba distinto. Como si algo más pesado que una tela colgara de allí.

Al asomarse, el aire gélido la abofeteó sin tanta contundencia como lo que vio bajo el alféizar: colgando junto a la bandera del Reino se mecía el cuerpo de Nizni, totalmente desnudo y con sus tripas anudadas al mástil. Sin duda alguien la había atravesado con una espada o una lanza y la había arrojado por la ventana, con tan mala fortuna que sus intestinos se habían enredado en el asta.

Cordelia se volvió espantada, pero solo le dio la espalda al horrible cuadro para tropezarse con otro aún peor. Sus ojos acabaron en la chimenea, e inevitablemente en el lugar que sobre ella debió ocupar la espada más sagrada que había en el Reino. Pero ese espacio estaba vacío. Las ninfas de piedra que daban forma a la peana no sostenían nada, y miraban la escena con un estupor similar al de Cordelia.

La princesa se dejó caer sobre el taburete. Le costaba respirar; los bronquios se le constriñeron ante aquella horrible visión, entorpeciendo el paso del aire. Lo primero que pasó por su cabeza fue salir corriendo a dar la

alarma y ordenar que la soldadesca peinara el castillo en busca de los asesinos, pero se contuvo.

Ellos no eran los únicos homicidas de la noche.

Estaban sucediendo cosas al margen de la voluntad de los conspiradores. Fuera quien fuese el que mató a Nizni, pudo haber llegado a la alcoba en el momento preciso en que le suministraba el veneno a Azov. Podría haberse convertido en testigo involuntario del magnicidio, ejecutando a la joven criada en un fútil intento por salvar al primogénito...

Y haber corrido después a la sala de guardia a dar parte.

Cordelia trató de serenarse. Su aventajada mente se concentró, desechó los sentimientos que podían dispersarla y calibró lo más fríamente que pudo el problema. Testigos. Puede que más de uno. ¿Habrían interrogado a Nizni antes de matarla? ¿Se trataría de esbirros del castillo o de asesinos del Kan? Optó por esto último, pues ningún sirviente del rey sería tan brutal como para haberle hecho aquello a la pobre Nizni. Los centinelas en todo caso la habrían encerrado en las mazmorras, en espera de que llegaran los odhuri (cosa que, a la postre, habría sido peor, pues Cordelia habría tenido que ingeniárselas para quitarla de en medio discretamente, antes de que sucumbiera a la tortura y confesara la identidad de su mecenas).

No, allí estaba sucediendo algo mucho más siniestro.

Tenía que arriesgarse. Si los pasillos mal iluminados cobijaban asesinos, la mejor opción sería dar la alarma antes de que vinieran a por ella, o a por...

Se levantó de un salto. Esa ala del palacio estaba reservada a la familia real. Sus hermanos dormían en los aposentos más cálidos que daban al interior, tras la arcada figmada, y su padre un piso más abajo.

La princesa corrió hacia la puerta, recogió una daga empapada en sangre del suelo (¿la habría utilizado Nizni para defenderse del agresor?) y atravesó jadeando el pasillo. Sintió el líquido, ya frío, resbalar por su muñeca y manchar la telaraña de bordados de su traje.

Por los Dioses. Milosh, Nadezhda, la pequeña Yulia... Prefería no imaginar el horrendo cuadro que la esperaba al abrir la siguiente puerta. Se encontró a sí misma (¡qué sorpresa!) rezando por su familia, incluso por el molesto Milosh, al que hasta entonces había considerado el siguiente bache en su carrera hacia la gloria.

—Omnipotente Diosa —suplicó—, si hay preces que puedan moverte a piedad, vuelve hacia nosotros tu mirada en este día...

No estaba preparada para lo que encontró.

Sus rodillas flaquearon en cuanto vio los cuerpecitos medio envueltos en las sábanas, perdiendo toda fuerza. Su cuerpo se desplomó en el umbral, y habría besado el suelo de no hundir las uñas en la madera.

Un gemido logró conquistar su garganta, pero no dejó pasar nada más. No podía. La angustia era tan grande, el horror de lo vivido esa noche tan desmesurado, que el corazón estuvo a punto de estallarle en el pecho. El destino se volvía contra ella de manera cruel, tornando en desolación la alegría, en cenizas los bien ejecutados planes.

Sin duda era una jugada despiadada de los Dioses que ella, Cordelia, quien deslizó en el dedo de su testafarro el instrumento para matar a su hermano, se encontrara gimoteando como una niña pequeña, sin familia a la que acudir para mitigar el llanto.

Espléndida maniobra la de Magnus, si es que se hallaba tras estos nefandos hechos, o de quien quiera que fuese el que...

Se paralizó.

Un nombre le vino a la mente. No, no podía tratarse de *él*. Estaba muerto. *Tenía* que estarlo. Vóronez o Pulev tuvieron que haberle doblegado antes de...

Un ruido la sobresaltó. Provenía de la habitación interior, donde se guardaban las colchas y el vestuario de los infantes. La furia que ardía en su pecho estuvo a punto de incendiar sus propias ropas: ¿estaba todavía allí el asesino? ¿Aguardaba con la gélida serenidad del cazador a que se acercase para rebanarle el cuello, como a sus hermanos?

La joven avanzó, viva imagen de las Furias, con la daga apuntando hacia la puerta. La hoja bailaba al ritmo de su pulso, pero no estaba dispuesta a retroceder. Al pasar junto a la cunita de Yulia, tumbada de costado y vacía (¡vacía!), temió lo peor.

—¡No te muevas! —gritó, irrumpiendo como un torbellino en la segunda estancia. Su puñal, sin embargo, no apuntó a la armadura de ningún soldado, ni a la capucha negra de un asesino, sino a la puerta de un pasaje secreto disimulado entre dos armarios.

Cordelia se obligó a soltar el aliento. El corazón le latía con tanta fuerza que le rompería el armazón de las costillas.

Con infinito cuidado, se acercó al pasaje secreto y miró en su interior. Conocía su existencia, por supuesto. En las dependencias de la familia real había túneles para moverse por el palacio sin ser visto, o para huir en caso de

necesidad. El rellano tras la puerta daba a una escalera en espiral, que se alveolaba en corredores muy angostos y sin iluminación.

A seis escalones de distancia pudo distinguir una forma, un bulto encorvado que protegía algo entre sus brazos. No parecía la silueta de un espía agazapado, sino más bien la de una mujer obesa.

—¡Bogdana! —se sorprendió—. ¿Qué ha ocurrido, por el amor de la Diosa?

El aya relajó la presión sobre lo que estaba abrazando, un amonto de tela, y se volvió hecha un océano de lágrimas hacia la princesa.

—Ha... ha sido... él... —gimió.

—¿Quién? ¿Qué mente enajenada fue capaz de tal locura?

—Lesbos —tardó en responder.

—¿Lesbos? ¿El *dios* Lesbos?

—La... la cruel balanza...

Cordelia la ayudó a incorporarse, para lo cual tuvo que hacer fuerza. Los miembros de la mujer estaban tan almidonados por el miedo que hasta los músculos crujían al distenderse.

Apretándole los carrillos con ambas manos, la princesa endureció la voz:

—Bogdana, te ordeno que me cuentes ahora mismo qué es lo que está pasando. Con claridad. Deja de mentar a los Dioses o juro que te estrangularé con mis propias manos.

Bogdana la miró con espanto, pero la expresión en el rostro de Cordelia no se suavizó.

—¿El culpable es alguien de dentro? —insistió la princesa—. ¿Un hombre alto y hermoso, de rubias guedejas?

—He... Hesión —confirmó Bogdana, como si su nombre bastara para llamar a los espíritus del infortunio para que se personasen en el mundo terrenal.

La espalda de la princesa crujió como un carámbano. Esta era la primera prueba de que lo que más temía en el mundo estaba sucediendo.

Él había vuelto a casa, trayendo como invitados a su orgullo y un apetito exacerbado de venganza. Nadie sería capaz de detenerlo, pues conocía demasiado bien el palacio y sus dependencias, los turnos de la Guardia y los protocolos defensivos. En otro tiempo se había encargado de supervisarlos, por orden del rey.

Maldito seas, padre, pues la culpa de esto es solo tuya, lloró en su interior, en las lóbregas cavernas de su alma. Siempre tuviste demasiada fe en tus héroes.

—Entró en la habitación de los niños —gimoteó el aya, perdiendo la vista en ninguna parte—. En... entró y... con aquella horrible espada...

—Le maldigo por esto, a él y a todos sus herederos, mientras el mundo sea mundo y su linaje prolifere como una inmunda excrecencia. —Cordelia buscó más maldiciones que lanzar contra el asesino, pero en ese momento sucedió algo que su corazón ya daba por imposible, un rayo de luz en la tiniebla: Bogdana relajó la presa que mantenía sobre el amonto de tela, el escudo defensivo de sus brazos, y bajo estos, bien abrigado entre sedas y linos, apareció un bebé. Su sueño se había interrumpido, y si no lloraba era debido a su carácter extremadamente tranquilo, que había hecho las delicias de sus cuidadores.

Al ver respirar tranquilamente a su hermanita Yulia, sus ojitos curiosos posándose en cada sombra que entraba en su rango de visión, la templanza de Cordelia se deshizo al punto. Extendió las manos para tomarla, para rozar su piel aunque fuera un solo instante, pero Bogdana no la soltó, como si nada en este mundo pudiera arrebatarse aquel tesoro a menos que la matasen primero.

—¡Yulia! —exclamó la princesa—. ¡Por lo más sagrado, está viva!

—Él... la respetó —lloró Bogdana, recordando los espantosos segundos posteriores al asesinato de los niños, cuando el general se acercó a la cuna y miró inexpresivo a su interior. Del filo de su espada, *Forjadereyes*, goteaban las almas de Milosh y Nadezhda.

Bogdana se vio a sí misma postrada en el suelo, sus cuerdas vocales ardiendo de tanto gritar sin que nadie acudiera a socorrerla, sus manos aferrando implorantes los tobillos de Hesión. Pero el guerrero ni siquiera se inmutó. Solo tenía ojos para la criaturita que descansaba en la cuna, ingenua, desconocedora de las infamias que, saltando una generación, herían su Hado con funestos presagios.

Hesión había alargado un dedo para acariciar la cabeza del bebé y sus manos de dedos minúsculos, apenas articulados. Y fue que dijo: «Podría ser que una chispa de vida, deudora del linaje de mis enemigos, escapara de tales estragos. Pero ¿qué consecuencias tendrá conforme pasen los años, y sus miembros se alarguen y aprendan a sostener espadas? ¿Cruzará esta niña algún día los despoblados atrios, prestará atención al sisear de los muertos y le serán reveladas mis tristes proezas? ¿Desde qué púlpito se alzaré para juzgar unos hechos que el tiempo soterrará en la arena?».

—En... entonces... me pidió que cogiera al bebé y que lo llevara a un lugar apartado de estas estancias —sollozó Bogdana—, allá donde los gritos de los suplicantes no tatuaran en sus oídos el retumbo de la ira. No sé por qué

lo hizo, por qué ignoto y desquiciado numen la perdonó. —El agua salada cosquilleó al resbalar por su mejilla y entrar en sus labios—. Pero antes de marcharse dijo algo más: una última cosa sobre niños de un pueblo lejano, sito en las altas montañas... pero mi oído es víctima ya de los años y apenas pude entenderle. ¿Sabéis qué quiso decir, mi ama?

La princesa relajó los hombros, abatida. Su vista se apartó de Bogdana.

Las sábanas de la cama hacían de mortaja para unos cuerpos cuyos miembros estaban dispuestos de manera ilógica. Por primera vez en todo aquel tiempo, en aquellos gozosos años en los que había deslizado su voz entre decretos de nobles, quejas de plebeyos y arengas de militares (tirando de hilos y preparando al Gran Reino para recibirla como regente), sintió algo nuevo en lo más profundo de su corazón. Un frío intenso al que no podía igualar ningún invierno, que la puso a la altura de sus víctimas, a la par que todas aquellas almas que nunca habían significado más que apóstrofes al pie de sus victorias.

Jamás había llamado por sus nombres a las personas que sacrificaba, ni había cuestionado la forma de gobernar de los soberanos. Nunca se había parado a preguntar cómo sería para el campesino que acababa de enterrar a sus hijos la primera noche después de la tragedia, cuando la oscuridad llega y solo quedan despojos para adornar las desoladas villas.

Ahora lo sabía.

Hesión se lo había hecho entender a golpe de hierro y músculo, de metal y cólera. Supo por primera vez en su vida lo que implicaba ser una víctima, un campesino desprovisto de todo cuanto amaba, ebrio de rabia, mancillando con sacrificios las hogueras que él mismo había consagrado.

Impotencia. Una palabra que Cordelia había oído, pero que no había experimentado nunca.

Apretó el mango del puñal y le dijo al aya:

—Haz lo que te ordenó Lesbos encarnado y llévatela de aquí. No hay que ignorar las advertencias de los Dioses cuando su cólera se abate sobre nosotros. —Aquella imagen encontró un eco familiar en sus recuerdos, de cuando era pequeña y los bandidos habían sorprendido a la comitiva real en una encrucijada, y el teniente de caballería la sentó a horcajadas en su silla, dispuesto a llevársela lejos. Salvo por las circunstancias actuales, Cordelia no recordaba otro episodio en que se hubiera sentido más asustada—. Escóndela en algún lugar seguro lejos del palacio. Cuando el traidor cuelgue por el cuello de estas almenas, regresa, pero si no ves su carne siendo pasto de los

cuervos, cuida de mi hermana... —Una mirada de ternura se asomó a traición a sus ojos—. Por favor.

Con los sentidos entumecidos, Bogdana obedeció. Cruzó una mirada con la princesa, tal vez la última que ambas disfrutaran en vida, y arrojando al bebé se marchó por el túnel que la conduciría a la plaza.

Cordelia cerró la puerta secreta y arrastró uno de los armarios para que la tapara. Luego apoyó la espalda en él hasta normalizar su respiración.

Adiós, Yulia. Adiós a su antigua vida. Pasara lo que pasase a partir de aquel momento, ya nada sería igual que antes. Nunca.

Como había vaticinado su padre, se cernían sobre ellos los tiempos que inmortalizarían en canciones las generaciones venideras... pero puede que lo hicieran de una forma muy distinta a como ella lo había imaginado.

CANTO XXI

La Batalla de Todo Hombre Vivo

(PRIMERA PARTE)

1

Anya sentía como si su alma hiciera equilibrios entre la condenación y el olvido. A su alrededor se agitaba la maleza que anclaba sus raíces entre los adoquines. El viento adquiría consistencia de voz humana al encontrar restos de cuero parecidos a cuerdas vocales, tendidos entre los balaustres de alguna escalera.

La ciudad misma parecía haber cobrado vida, los portones de las casas haciendo resonar con hondo gemido las cavidades y dando cobijo al miedo en sus traidoras guaridas. Pudiera ser que una flecha yunk hubiese encontrado un lugar en su pecho y ya la hubiera catapultado al Otro Mundo, pero no era probable. No, a menos que en el más allá también existiera una ciudad moribunda, arrasada por los combates y las lluvias de fuego, y las criaturas que habitaban el Pratmos^[73] gritaran consignas de guerra de los Kanatos.

Su pelo suelto barrió la ceniza. Le caía sobre la cara como una telaraña viscosa. En un providencial momento de claridad, que su cerebro aprovechó para situarse en el *dónde* y el *cómo*, Anya se palpó el cuerpo buscando heridas. No las había. Algunas contusiones dibujaban deltas color índigo, pero aparte del entumecimiento y de unos cuantos arañazos, estaba bien. Se encontraba en Puente del Oeste, cerca de un molino medio carbonizado por las flechas incendiarias.

No había rastro de soldados norteños por ninguna parte, ni tampoco de las hermanas, pero una cosa era cierta: los yunks estaban cerca. Podía oírlos

marchando en formación, haciendo tintinear sus espinilleras.

Se obligó a moverse, a descender el terraplén en dirección al río. Las aguas discurrían plácidas, ajenas a la locura que se enseñoreaba de las orillas. Arrastraban cadáveres y escudos partidos como si al padre río le diera igual llevarse los naturales derrubios de la montaña o la inmundicia de los hombres. Anya jadeó, tropezó, rodó por el barro y aterrizó boca arriba, mirando a las nubes. Jirones fantasmales hacían de costas para continentes efímeros en una geoda de estrellas.

¿Cómo era posible que allá arriba todo fuera quietud y sosiego, cuando en la superficie de la Tierra reinaba el caos?

Engendrado por la certeza de que al poco tiempo moriría, un momento de abstracción la embargó. No lo vio llegar hasta que estuvo sobre ella, hablándole sobre el futuro, sobre qué haría con su vida si lograba escapar ilesa a tanta destrucción. Anya pensó en los días venideros, en los hijos que podría tener y en el compañero en cuyo hombro se recostaría cuando el calor del hogar acariciase su piel. Pensó en la cabaña con la que siempre había soñado y en los paisajes que se verían a través de los postigos. Imaginó tantas posibilidades que su número le causó miedo, y casi agradeció no saber cómo darles cuerpo cuando toda esperanza parecía perdida.

Cuando ingresó en la Orden siendo niña tenía el alma henchida de propósitos, de buenos deseos para con los necesitados. Quiso aprender a usar el Alma de manos de un maestro para sanar a los enfermos, ayudar a los desvalidos, y tal vez, con el tiempo, renunciar a sus votos y formar una familia. Todas esas cosas cuya importancia era tan básica, tan fundamental, que costaba hallarla entre tantas gestas heroicas y rumores de guerra.

Pero la importancia de las cosas pequeñas siempre estaba allí, subyacente a todo lo demás, haciendo que vivir mereciera la pena. ¿Que alguien tenía el poder para herir los sentimientos con madera y bronce? Eso no hacía sino validarlos más. ¿Que la locura de los tiranos se enseñoreaba del mundo cuando las buenas personas no hacían nada por evitarlo? Eso cimentaba el pilar del amor y la ternura, endureciendo sus raíces. Mucho había visto Anya cabalgando junto a su maestra, demasiado sufrimiento y demasiadas aventuras. Demasiados niños huérfanos y poblados en llamas. Su corazón había ido blindándose poco a poco a la inocencia, conforme pasaba el tiempo y descubría la cara amarga de la vida... pero también dejó huecos, puertas secretas que abrir cuando la bondad encontrase una onza de tierra fértil. Volvió a su mente el nombre de Aglaya, que no soportó el dolor de la prueba y prefirió desertar ante el santuario de la Diosa. Hubo momentos en los que,

tras socorrer a unos refugiados o haber dado de comer a algún pordiosero, Anya valoró todo aquello tratando de decidir qué era más importante, qué merecía en realidad la pena. ¿Valían más las aventuras cuando el precio de las victorias se pagaba en sangre? ¿Había gloria verdadera en las guerras que cantaban los aedos, o solo injusticia disimulada en una canción de reyes y vasallos?

Era fácil hablar de héroes cuando se medían sus hazañas desde la distancia, resumidas en un par de sonetos, pero pocos se paraban a pensar en cuánto se perdió por el camino.

La princesa Eithne tenía razón cuando afirmaba que, en esas raras ocasiones en que la lucha es justa y no oculta otros propósitos, cuando las buenas personas se levantan para defender la libertad sin pedir nada a cambio, suceden cosas milagrosas. Son precisamente esas historias las que nos hacen ser un poquito mejores después de haberlas escuchado; las que merece la pena recordar y transmitir a nuestros hijos, pues con cada palabra, con cada sentimiento que inflama nuestros corazones, este mundo brilla un segundo más antes de que el crepúsculo se lo lleve todo. Las personas no podían esperar (ni desear) ser felices para siempre, pero a base de robar instantes de ternura al tiempo, este podía volverse más longevo que los propios Dioses.

Eithne estaba en lo cierto. Por encima de las nubes siempre estaba el Sol. Solo tenía que elevarse lo suficiente sobre los problemas y las angustias como para encontrarlo.

El momento de introspección pasó. Lo echó de menos, pero sabía que podría volver a recuperarlo algún día, si luchaba por sobrevivir, si construía una vida para ella misma y los suyos. Siendo *feliz*, simple y llanamente, aunque todo se confabulase para impedirlo.

Lloró en silencio, sin querer oírse. Luego avanzó agachada hasta que sus pies tocaron algo frío: el Trigas estaba allí, esperándola, invitándola a sumergirse en el oscuro tul de sus aguas.

Rostros de soldados, con los ojos todavía abiertos, la contemplaron al pasar. Cadáveres. El río estaba lleno de cuerpos flotantes camino del Inframundo. Anya se estremeció.

Una sensación extraña nació en su vientre y escaló la espina dorsal hasta su cabeza. Tuvo la repentina intuición de que encontraría algo importante en el seno de aquel benevolente río. La joven sumergió las piernas, cerró los ojos cuando el agua helada alcanzó su pecho, y comenzó a flotar junto a los muertos. Notó cómo se le agarrotaban los miembros. Su piel se tensó como cuero mal curtido y sus dientes castañetearon. Por un momento temió que el

tableteo que le salía de la boca fuera tan audible como para que los centinelas yunk la descubrieran.

Durante unos minutos no ocurrió nada. Las casas pasaban a su lado como lentos paquidermos, todas idénticas, todas en la misma dirección. Hubo un momento crítico en que varios yunks, que discutían en su lengua cargada de oclusivas, se acercaron a la orilla. El que parecía ser el jefe señaló la ciudad, luego un pergamino que tenía en las manos, y a continuación se inclinó sobre el río para arrojar un carboncillo húmedo.

El proyectil impactó en el agua muy cerca de la cara de Anya, que se mordió la lengua para no gritar. Deseó que el Trigas tuviera más brío, una corriente más ligera que la arrastrara a mayor velocidad, pero era una vana esperanza. Los segundos que tardó en cruzar junto a los pies de los yunks fueron los más largos de su vida.

Una vez se hubo alejado, alzó un brazo para agarrarse a algo. Su ropa empapada pesaba más y más, y ella se hundía lentamente. Se sorprendió por lo agarrotados que tenía los músculos; tan solo el movimiento de doblar el codo ya le causaba dolor. El Trigas nacía muy lejos, producto del deshielo en ondulantes cadenas de montañas, y su agua arrastraba todo ese frío, concentrándolo en un nimbo azul que humeaba desde el fondo. Si no salía pronto de aquella situación, no sería necesario fingir para que los yunks la tomaran por un cadáver.

Algo golpeó su espalda. Otro despojo humano. Anya rotó sobre sí misma para encararse con él y arrojarlo lejos de un empujón, pero se paralizó en cuanto le vio la cara.

Por los Dioses, conocía muy bien aquel rostro.

Era Nabarza, el comandante de la guarnición. La saeta que lo había derribado permanecía hundida en su vientre, entre unos dedos agarrotados que deseaban apresarla sin éxito. La impresión de verlo tan cerca, tan inmóvil, fue demasiado para ella. Anya lo agarró por el peto, sin preocuparse de que alguien pudiera estar mirando, y sacó la mitad de su cara del agua.

—¡Ssssseñor! —tiritó. Los sonidos que fabricaba su lengua apenas podían llamarse palabras—. Po... por... por favor, responded. No... no estáis muerto...

No era una pregunta, sino algo que comprobó nada más abrazarlo. El pecho de Nabarza todavía se inflaba imperceptiblemente. Anya sintió que un calor extraño resurgía en su pecho, algo relacionado con el momento de abstracción que había tenido antes, y no tardó en despabilar sus músculos e insuflar algo de energía a sus piernas.

Miró a su alrededor. Ya estaban fuera de la urbe, así que no debía preocuparse tanto de los yunks como de sobrevivir al frío. Arriba, en lo alto, una claridad grisácea se puntuaba de estrellas. Había algo parecido a una escarcha en el aire que convertía los campos en tembladerales.

Sus ojos divisaron un objeto tumbado junto al arroyo, una carreta de las que usaba la guarnición para trasladar a los heridos, con palos sobresaliendo por un costado. Supuso que habría sido derribada tras una refriega. Ahora podría ayudarles a salir de aquella situación. Agarró al soldado por el cuello sin demasiados miramientos y comenzó a nadar.

—¡Vamos! —ordenó a su inconsciente fardo—. Haz un... maldito esfuerzo... y despierta.

Con grandes penurias, la joven logró encallar el cuerpo de Nabarza en la linde del río, y tiró de él hasta que pudo apoyar su espalda contra una roca. Fue entonces cuando, después de extraerle la flecha (*gracias, Diosa, por tu santo Arte*) y aplicarle un masaje, el hombre recobró el conocimiento. Vomitó agua, mirando con ojos angustiados a su alrededor.

—¿A... Anya? —alcanzó a preguntar.

—Sssshhh... mejor no habléis, mi señor. Dejad que vuestros pulmones se recuperen, pues han tenido como huésped al fango durante demasiado tiempo.

—¿Cómo has conseguido sacarme, chiquilla? Con la armadura debo pesar muchísimo...

Anya peinó los bucles mojados de su cabello, acostándolos sobre la frente.

—Pude asirme al rodrigón de una calesa. Eso nos salvó de seguir hundiéndonos. Supongo que tuvimos suerte.

—No, suerte no... es una conjura mayor del Destino el que tú estés aquí y ahora, prestándome auxilio. Se trata de un presagio. Un auspicio que nos envían los cielos.

—¿Auspicio de qué?

—Aún... no lo sé. Pero lo averiguaré. Huye ahora... Anya —tosió Nabarza, palpándose la herida del abdomen. Sentía los pies como muñones al extremo de unas varas de carne—. Ya vienen. Aunque la corriente hizo lo que pudo por alejarnos, alabada sea, todavía estamos demasiado cerca de Puente del Oeste. ¿Acaso no ves relucir los broqueles o centellear las espadas? ¿No escuchas los gritos destemplados y los relinchos de las bestias? Los soldados vienen a darnos muerte, pues no creo que en la víspera de una batalla les interese hacer prisioneros.

—Alejad esos pensamientos —dijo ella, poniéndose seria—. No os he salvado de la asfixia para dejar que la intemperie os sentencie. Además, yo

sola no sobreviviría a merced de sus exploradores. Tarde o temprano me cazarían y darían muerte.

—Sobrevivirás más estando sola que... con un inválido a cuestas.

—No insistáis, comandante, pues no os debo ninguna obediencia. La fuerza de mis votos es superior a la de cualquier orden, proceda de donde proceda.

—¿Eres siempre así de terca?

Anya hizo un gesto gracioso con la nariz.

—¿Por qué creéis que, de entre todas las candidatas a ser su alumna, Eithne me eligió a mí?

Con lento énfasis, Nabarza estrechó su mano para sellar el pacto.

—Está bien... sibatalla —sonrió, recordando el calificativo con el que Eithne se la había presentado—. Hija y esclava, que bien sabes lo que significa luchar por el bienestar de otros, dando hasta la vida si es preciso. Te agradezco que seas fuerte, y a los cielos que sea yo quien me beneficie de ello.

—No seáis tonto. Lo haría por cualquiera^[74].

—¿Estás segura? —preguntó él, mirándola de soslayo.

La joven se ruborizó.

Supieron que estaba allí antes de que emitiera ningún grito de alarma. Anya y el comandante miraron al unísono a la derecha, hacia la ribera cubierta por un pasto secular, y vieron al yunk. Llevaba por el barboquejo a otra sombra más grande, un caballo que se limitaba a pisar con pereza, como si quisiera ajustarse bien las herraduras.

Ninguno de los dos, bestia o soldado, hizo ningún ruido. Se limitaron a permanecer allí, mirando a Nabarza y a la muchacha, como el cazador que evalúa si necesitará ayuda para cobrarse su presa.

El yunk debió decidir que no, pues dejó el caballo atrás. Sonrió al estilo de las barracudas, enseñando más las encías que los dientes.

Nabarza se llevó instintivamente la mano al tahalí, buscando su espada, pero no sintió su tacto. La había perdido, bien en el río o en la refriega anterior. Solo le quedaba un mísero puñal escondido en la bota, que podría resultarle útil si el enemigo era tan estúpido como para acercarse tanto.

El yunk lanzó un enorme venablo contra la roca que les daba cobijo, con tan mala suerte que al encontrar la piedra se quebró y unas astillas se hundieron en el brazo de Anya. La joven chilló. Nabarza arrastró la mitad inferior de su cuerpo hacia el lado desprotegido de la roca y se lanzó a los

pies del enemigo, que desenvainaba en ese momento un sable, haciéndolo girar en amplios molinillos para limpiarlo de restos de sangre.

En el pecho del yunk anidaba el optimismo. ¿Aquella era la única oposición que iba a encontrar, un moribundo y una joven hermosa? Sin duda los Hados estaban de su parte.

Nabarza deslizó una mano sigilosa hacia su bota. El yunk resopló: si creía que no iba a adivinar sus intenciones, es que estaba más desesperado de lo que pensaba. Llegando hasta él, le pisó el brazo con el tacón de la bota, arrancándole un gemido. Nabarza gruñó algo que el sureño no entendió, pero su expresión lo decía todo: su cara se crispaba, la mano se agitaba impotente a menos de una pulgada de la empuñadura de la daga, y la herida de su abdomen estaba volviendo a abrirse.

De reojo, el yunk vio cómo la mujer salía corriendo de detrás de la cobertura hacia su caballo. Rio como un poseso: aquel no era un animal común, sino un coriaceno, una raza adiestrada mediante el látigo para aceptar a un único dueño. Solo los jinetes yunk podían montar esas bestias y salir ilesos.

Anya comprobó con espanto que el animal no la dejaría acercarse para hurgar en las alforjas en busca de algún arma improvisada, como había previsto. Solo el escudo del yunk se mecía al alcance de su mano, colgando de la silla por unas correas. Angustiada, se volvió para ver cómo el enemigo alzaba su sable, apuntando al cuello de Nabarza. Cuando acabara con él, la sacerdotisa se convertiría, con toda seguridad, en su premio.

—¡No! —se desgañitó. Ese fue el momento de distracción que Nabarza necesitaba: aprovechando el brevísimo instante en que la atención del yunk se desvió hacia la chica, con la mano todavía aplastada bajo la bota, lanzó el otro brazo hacia la roca y agarró el venablo, el mismo que les había lanzado el sureño. Se lo clavó en la pantorrilla, atravesando las escamas de su armadura.

El yunk aulló. Un torrente de sangre muy negra manó de la herida, pero no se desplomó. Ardiendo de rabia, se desclavó el palo y alzó con rapidez el sable para dejarlo caer con mortal precisión sobre el cráneo de Nabarza.

No llegó a hacerlo, pues fue otro objeto el que cayó sobre su cabeza repetidas veces, con consecuencias letales. Entre nieblas de dolor, Nabarza vio cómo Anya agarraba el escudo del yunk y sacudía a su enemigo una y otra vez, ignorando sables y dardos, cuchillos y puñales; tan solo aquella superficie dura empleada como maza, alzándose y cayendo, alzándose y cayendo, hasta que el yunk, con la cabeza desprotegida del casco, dejó de moverse.

Anya se desplomó en cuclillas. Su respiración se había vuelto loca y sus manos temblaban al borde del escudo. Era la primera vez que mataba a un hombre, y lo único que sentía era un ansia atroz de salir corriendo y no parar nunca, hasta que el mundo se acabara bajo sus pies. Por la Diosa, ¿cómo había caído tan bajo? ¡Ella no era una asesina, no...!

El repentino contacto con la piel de Nabarza fue como un bálsamo.

La mano del hombre se apoyó relajadamente en su pantorrilla, el lugar que más cerca tenía. Anya no sintió vergüenza. En esos momentos no había sitio en su cabeza para otros pensamientos que no fueran la culpa y la ansiedad.

Nabarza se incorporó pesadamente, improvisó unas vendas con las ropas del yunk y señaló al Trigas.

—No tuviste elección, era él o nosotros. Ahora debemos seguir río abajo.

Un soplo de viento se enredó en el pelo de la muchacha.

—Deberíamos coger ese animal...

—Olvídalo. No podríamos montarlo, y además llamaríamos demasiado la atención. Es mejor flotar mezclados con los demás cadáveres, hasta donde el sagrado Trigas quiera depositarnos, y luego caminar hasta que se haga de día. Que el tercer Aspecto^[75] de la Diosa nos ampare y proteja hasta que seamos capaces de defendernos por nosotros mismos.

Anya asintió. Sus temblores no habían cesado (más bien iban en aumento), pero ayudó a Nabarza a llegar hasta la orilla y, usando la silla del jinete como flotador, se dejaron llevar por la corriente.

2

No se oían ruidos. Hasta las hojas callaban ahora, y parecía que los vientos habían retornado a sus profundas guaridas. Maximilian, sentado en sus aposentos, se estremeció de pies a cabeza.

El cristal de la ventana aquilataba la luz y distorsionaba el ubicuo resplandor del campamento enemigo. Jamás había visto la historia de la Humanidad congregarse un ejército igual. El océano de fogatas se extendía hasta burlar el horizonte, y el mismo Trigas parecía hundirse en un abismo oscuro para reaparecer por el otro extremo, varias millas más allá, entrando azul cristalino por un lado, saliendo marrón de cargar con los desperdicios de infinitas humanidades por el otro.

¿Un millón de guerreros, estimaban los vigías? ¡Ja! Allí había muchos más, y seguían llegando en un goteo constante. Magnus no había enviado a un ejército para luchar: había movilizadado al conjunto de países enteros que sufrían bajo su gobierno y los había trasladado hasta las mismas puertas de Sikandar, estirando sus fronteras. Lo que veía no era una avanzadilla, sino el reino del Kan que por arte o por conjura se había manifestado ante sus puertas. Si todos los seres humanos allí presentes se alzaban en armas, y el Gran Reino respondía con todos sus hijos, sin duda aquella sería recordada como la Batalla de Todo Hombre Vivo... si es que quedaba alguien para glosarla, pues la Humanidad entera parecía haber sido abocada a un cataclismo.

—Y todo por un simple pedazo de mar —se lamentó Maximilian, mirando los protocolos de concordia, una pira de papel que agonizaba en la chimenea.

Era la hora fría que precede al alba. No había logrado engañar al sueño para que lo acunara, a pesar de que se sentía más agotado que nunca. Entre sus rodillas había colocado una maceta de la que se alzaba un enramado arbusto.

Era un heimdash, una planta engendrada mediante cruces y modificada al crecer para que formase palabras^[76]. Solo había diez en todo el palacio, y cada una era guardiana de un fragmento del pasado.

Maximilian acarició las hojas de la planta, sintió sus dobleces, la rectitud del tallo, la aspereza de su envés. Y mientras la acariciaba, la planta le contó una historia, mostrando las rimas que llevaba grabadas en su calculada simetría. Una canción que narraba el daño causado a la ciudad de Nargrevo:

Raíces:

*Luego que en la **sagrada** fortaleza
el rey Arkadi hubo levantado el pendón de la guerra
y las bestias se dispusieron en impresionante corral,
luego que comprometió en la lid las armas y los regios penates,
la **juventud** a sus órdenes prorrumpió en fieros clamores
y evocó al Hado para que se abrieran las puertas
pues de sangre y victoria **hambreaban** sus corazones,
de loas y triunfos sus desmedidos afanes.*

*Pero he aquí que **los Dioses** habían dispuesto
albures contrarios a la codicia de los hombres,
pues traspuestos los mares y los campos
y ancladas sus naves en el tajo de los ríos*

dos héroes que se llamaban hijos de Arkadi
resolvieron abandonar sus votos y **uncir** su alma
con el rutilante yugo del oro.
¡A qué nos arrastras los corazones, impía ambición!

Tallo:

Se trocó **la fortuna** de favorable en adversa
para los recios defensores del alcázar,
conturbáronse de súbito los ánimos
y la plaza se conjuró en tumultuoso alboroto
pues Lupendo y Pólux, desdeñosos **de** los Dioses,
se decían destinados a reinar sobre
todas las cosas iluminadas por el Sol
y capaces de renunciar a ellas mientras gobernara la noche.
¿Quién ha visto semejante presunción en un hombre,
quién, tamaña jactancia en sus mientes?

Ramas y hojas:

El rey Arkadi afrontó aquel día su más penosa obligación
pues la juventud acaparaba auxilio en todas partes,
los ancianos gemían y los desvalidos rezaban
sabiéndose abandonados por los negros flechadores^[77]
que disponiendo punto final a su enebro
ceñían el triste destino de los reinos.
¿A do huis? ¿A do vais?
Sometido **el coraje** de estas murallas
por un alevoso trueque,
¿qué otro refugio os queda ya?

Este fue el daño causado a la gloriosa ciudad de Nargrevo
pesebre de reyes y **vivero de mitos**, ¡loada ella!
engañada por un afán egoísta
consumida por un trance aciago
cuando en lugar de por hospitalarias costas
su destino bogó por innobles rutas.
Partir con él es vivir el final de todas las cosas.

Estrofas de una canción olvidada. La esencia de lo que había hecho grande a su abuelo, en una situación paradójicamente similar a la que vivían hoy. Todo estaba memorizado en la geometría de aquellas plantas, entes sabios que al igual que los libros requerían de un esmerado cuidado para sobrevivir.

Por un momento Maximilian se planteó cortarlas todas, podarlas de raíz, para que la Historia diera un nuevo vuelco y comenzara desde cero, con su nombre como primera adenda. Nadie recordaría lo sucedido antes del conflicto, y las nuevas generaciones se preguntarían si el mundo existió entonces o si surgió como algo nuevo tras los fuegos del holocausto. Eliminaría los años, y el paso del tiempo pasaría a medirse en coronas. Cada corona duraría ciento ochenta estaciones, lo mismo que el reinado de un monarca longevo.

Podría hacerlo si quisiera: él era rey, supremo dictador de las glorias y las endechas de un país que ocupaba casi toda la extensión de la tierra conocida. Ordenaría derribar las columnas ilustradas de la Biblioteca de Sikandar, tal vez el único error que podía atribuírsele a su abuelo (salvo por sus contenidos en arte sacro, realmente hermosos, que llegado el momento cabría respetar), y haría una pira con los manuscritos... tan alta que podría ser contemplada desde cada rincón de sus dominios. Esa sería la señal, la llave del olvido de los malos tiempos. La semilla de un nuevo comienzo. A pesar de lo afirmado en los salones intelectuales por lánguidos fisiócratas, el deber de un soberano era inmiscuirse, no quedarse al margen de la historia de su pueblo.

Lo que necesitaban sus súbditos por encima de todo era olvidar.

Se frotó la sien con dedos resbaladizos. Su piel estaba húmeda, pero no por la temperatura (regulada por la chimenea y el pebetero del Áquilus, siempre encendido), sino por la ansiedad. Le pareció mentira que, a salvo tras murallas infranqueables, todavía se sintiera en peligro.

Un estrépito llegó desde el otro lado de las puertas del dormitorio. Se abrieron sin avisar y entró uno de los hombres pertenecientes a su guardia personal, con la alabarda y la armadura de oro. El guardia estaba confuso por las órdenes que había recibido de la persona que esperaba fuera.

El rey dejó a un lado el heimdash y compuso una expresión severa. Había mandado lapidar a súbditos por mucho menos.

—¿Cómo te atreves, soldado? —se enojó—. ¿Quién te ha dado permiso para irrumpir de esta manera en mis dependencias?

—Lo lamento, mi señor, pero hay aquí una persona que insiste desesperadamente en verlo. Dice que es una emergencia que por nada del mundo puede esperar.

—¿Una emergencia? —se extrañó Maximilian—. ¿Dentro del palacio?

El hombre se apartó para dejar ver una figura de mujer, armada con un cuchillo, que discutía con el segundo guardia sobre si debía entregarlo antes de estar en presencia del rey. Aunque el guardia insistía, como era su deber,

se notaba que la joven estaba tan nerviosa que bien podría clavárselo en la yugular para solventar el problema.

—¡Cordelia! —exclamó su padre, sorprendido—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué ocurre?

—¡Padre! —gritó la joven—. ¿Estás bien? ¿Él está aquí?

La princesa esquivó al guardia y corrió a abrazarlo.

—No te entiendo, hija. Tendrías que estar descansando. ¿Qué clase de pesadilla ha conturbado tu ánimo?

Las húmedas pupilas de Cordelia se clavaron en las del rey. Iba a hablar cuando una mano se cerró con brusquedad en torno a su muñeca, separándola de su padre.

Al volverse se encontró con la expresión furiosa del eskvario.

—Nadie se acerca al soberano con un arma, ¿me entendéis? —dijo aquel—. Nadie, ni siquiera vos.

Guardaron silencio durante un instante que pareció eterno. Cordelia no creía que fuera verdad lo que estaba sucediendo, e iba a dar la orden de colgar a aquel truhan cuando el rey, apaciguando los ánimos, tomó el cuchillo de la mano de su hija y se lo tendió al soldado.

—Muy bien, oficial —aprobó—. Estoy satisfecho de tu celo. Ahora regresa al pasillo y cuida de que nadie entre. Mi hija y yo tenemos que hablar.

El hombre hizo una profunda reverencia y cerró al salir. Cordelia estaba demasiado alterada como para decir nada, así que se dejó caer en el sillón de su padre y enterró el rostro entre las manos.

Maximilian le acarició el cuello.

—Eso es, pequeña mía, recupera el aliento para que puedas explicarme con un poco de lógica a qué viene todo esto.

Cordelia estalló:

—Padre, están muertos. ¡Todos! ¡Ha sido un baño de sangre! —Por un momento se le escurrió la voz—. Él los ha matado, en un afán demente por conseguir su venganza.

Maximilian hincó una rodilla en la alfombra, tomó a su hija por los brazos y preguntó:

—¿Quiénes están muertos? ¿De quién hablas? ¿Qué venganza está cumpliéndose en esta desgraciada noche?

—Lo... lo siento. —Su hija se derrumbó. Largos ríos de agua manaban de sus ojos—. Todo es culpa mía. Creí que podría hacerlo... yo sola... lo creí de verdad...

Antes de que surgieran más palabras de los labios de la princesa, un ruido los alertó. Provenía del pasillo, y sonaba a órdenes escuetas, a rumor de armas, a pelea breve y atroz. Cordelia se retrepó con miedo en el sillón. Maximilian todavía se preguntaba qué diablos estaba ocurriendo, quién podía haberse infiltrado para causar daños en el ala más segura del palacio.

Cordelia reaccionó: fue hasta la pared, donde dos espadas formaban una cruz sobre una ventana con aguilón, y descolgó una. Maximilian la miraba estupefacto, pero se limitó a retroceder mientras su hija se plantaba frente a la puerta, agarrando el espadón con ambas manos. Aquel bronce sin guarda había pertenecido a su antepasado Arkadi, quien había perdido Nargrevo como castigo por los errores de sus hijos. La punta osciló en el aire, a medias erguida a medias cayéndose, mientras los segundos transcurrían lentos y unos pasos se aproximaban a la puerta.

El pomo giró.

Los ojos de la princesa se convirtieron en profundas simas. Aquella hoja pesaba muchísimo, pero la blandió desafiante, decidida a clavarla en cualquier persona que atravesara aquel umbral. La rabia le corría por las venas como fuego líquido.

La puerta se abrió. En la penumbra del corredor brilló una hoja de metal, como si hubiesen desenvainado una luz helada.

La persona que había allí sorprendió tanto al rey que casi le fallaron las piernas.

—¡Hesión!

Músculos tensos, mentón endurecido, ojos teñidos de sangre por la luz que el incipiente albor inflamaba en el Este. Una espada legendaria colgando de su brazo, goteando el testimonio de su victoria. Los cuerpos de los centinelas eran meros guiñapos.

El héroe entró en el aposento del rey, su amo, y lo miró como el dragón que está a punto de incinerar con su aliento a una indefensa presa.

—No des un paso más —amenazó Cordelia, interponiendo su espada. Hesión sopesó el grado de amenaza que suponía, impávido, y volvió a fijarse en el rey.

—¿Qué... qué está ocurriendo? ¿Me engañan mis ojos, o lo que veo desatarse aquí es traición hacia tu propia bandera? ¿Por qué vienes a esta insigne casa con ardor de muerte, hijo mío? —le increpó Maximilian. Lo imposible batallaba en su cabeza con lo probable, mientras se preguntaba dónde estaría el resto de su guardia personal; por qué no había ahora mismo

cien eskvarios entre él y aquel guerrero loco que lo miraba con el odio más absoluto que hubiese hallado en el semblante de un hombre.

En lugar de responder, Hesión señaló a Cordelia. Fue un gesto sutil, apenas un temblor en un dedo.

Maximilian miró de soslayo a su hija.

—Así que, apercebido por fin de la matanza hecha en los suyos, acude el retoño a la guarida, un hombre solo y cercado por todas partes por nuestros parapetos —bufó Cordelia—. ¿De verdad crees que tienes posibilidades de salir de aquí con vida, antiguo campeón, cumplas o no con tu propósito?

—No es mi vida lo que deseo conservar esta noche, ni la vuestra debió prolongarse tanto como para ver el nacimiento de un nuevo día —dijo el héroe en susurros. Cordelia se estremeció; su fachada de arrogancia estaba a punto de desintegrarse—. Párense los guerreros a mi alrededor en cerrada hueste, ábranse los cielos y caigan las estrellas... que dará igual. Nada os salvará de cumplir este día con vuestro destino, protervos genocidas.

—¿Cómo te atreves? —interrumpió Maximilian—. ¡Soy el supremo gobernante del Reino, tu amo y poseedor incontestable! Mandaré que te arranquen la piel a tiras hasta que hayas lamentado cada uno de tus insultos. ¡Arrodíllate!

—Los dragones no se arrodillan ante los reyes de los hombres. Antes bien, cual suele una turba de moneros acosarla, haciéndola retroceder entre sañudas miradas, la bestia se revuelve y carga contra sus opresores causando indistinta muerte. —Hesión dio otro paso. Aunque la longitud de su espada se interponía entre ellos, Cordelia y su padre recularon hasta que la cintura del anciano rozó el pebetero del Áquilus—. No de otra suerte los héroes antaño fieles se tornan contra sus amos cuando estos los castigan sin medida. ¿Acaso creísteis, durante un simple y perturbado instante, que la lealtad que os profesaba era tan inquebrantable que se sobrepondría a cualquier prueba? ¿Que vuestro nombre tendría más peso en mi corazón que el de Orfías, mi padre, a quien algún día dedicaré mi gesta^[78], o el de Kelandra, mi madre, a quien alguna noche entregaré en ofrenda mi alma?

—Orfíada divino, ejecutor de traidores e infieles... se diría que vienes de otro tiempo en alas de una profecía. Cree mis palabras cuando te digo que ignoro de lo que hablas —dijo el rey, la voz pegada a la garganta. ¿Por qué no llegaban ya los malditos refuerzos? ¿Era posible que nadie supiera lo que estaba pasando en la Torre del Homenaje... o es que Hesión había sido capaz de dejar sin un alma a toda la fortaleza antes de tocar en su puerta?—. Esperaba ansioso tu llegada, es cierto, pero no de esta forma, sino

acompañado por tus legiones y como heraldo de la salvación. Jamás he puesto tu lealtad en la balanza. Yo nunca... —vaciló— nunca en mi vida he...

Su voz murió. Maximilian miró a su hija, atónito, igual que hacía el guerrero.

Cordelia estaba sumida en un tenso silencio.

El rey dejó caer su mandíbula inferior, tratando de encontrarle algo de sensatez a la situación.

—Cordelia, ¿tú...?

La joven bajó la espada hasta que besó el suelo con un tintineo, pero en ningún momento la soltó. Alzó el mentón con orgullo y dijo:

—Tu campeón es hijo de una raza bastarda, padre. Esta traición lo demuestra. Su falta de fe en la patria y en los soberanos serán su epitafio.

—¿Raza...?

—Los ustranianos, esos descendientes de emigrantes sureños, esa inmundada mezcla de tribus de las estepas y colonos de la Hélade... desvirtúa el linaje de los heucanitas y lo vuelve débil, pendenciero y enfermizo. Tienen otra religión, padre, otro credo distinto al nuestro. Bien sabes que solo el idioma y la fe hacen en estos tiempos de engrudo para unir nuestras ciudades. Pero ellos jamás se someterán; nunca serán ciudadanos del glorioso imperio que ansiamos construir, pues el orgullo les impide renunciar a su pasado. —Midió a Hesión con la vista, tratando de discernir cómo le afectaban aquellas palabras. Todo daba igual a estas alturas: si iba a morir lo haría defendiendo sus convicciones—. Solo exterminándolos podremos hacer realidad nuestro sueño de poseer un país único, grande como el mundo, sin disensiones internas que lo resquebrajen. —Una lágrima resbaló por su perfecta mejilla—. Sabes que tengo razón.

¿Lo sabía? Maximilian sorbió hacia dentro los labios. En numerosas ocasiones aquellos argumentos habían acudido a su mente, pero nunca con la fuerza suficiente como para ejecutarlos. La heucanita era la única raza pura que habitaba el Gran Reino, la misma a la que pertenecían ellos; luego estaban las etnias oriundas de las estepas y sus cruces con las tribus que las conquistaron. Cuando un país era tan enorme que cuando por un extremo salía el Sol por el otro se ocultaba, era inevitable que albergara muchas etnias y religiones distintas. Pese a su corta edad, Cordelia había sabido ver la inmensa utilidad de una sola piel, de un solo credo, una unidad que abarcaría todos los aspectos de la vida de sus súbditos, con el único fin de que el Gran Reino, como *ideal*, se perpetuara durante milenios.

Al verla ahora allí, tan fría y hermosa, manteniendo la dignidad de la nobleza por encima del miedo, Maximilian sintió un orgullo indescriptible: había permitido que su hija metiera baza en el gobierno durante los últimos años, dejándola opinar, entrenándola para gobernar, aprovechándose de su aventajada inteligencia para resolver entuertos, pero nunca imaginó que su ambición llegase a tanto. La pequeña Cordelia no solo había dominado los intrincados vericuetos de la política, sino que había trazado un Plan, con mayúsculas, para encauzar el destino de su país en una dirección concreta. Maximilian no había tenido un Plan propio hasta que cumplió los cincuenta.

—Hace meses, cuando la amenaza yunk se volvió una realidad tras el desastre de Yakra, ordené a Yaroslav que tomara la cumbre de Vorolk —explicó la joven—, y que eliminara cualquier rastro de vida ustraniana. Esa montaña es un puesto estratégico de primer orden, una atalaya defensiva en el camino a la lejana Arkángel. Tu maldita tribu rechazó marcharse por las buenas, se burló de los emisarios que envié y los despidió de manera ignominiosa. Incluso se enfrentaron a su gosti por defender una tierra yerma, sin valor.

—Pocas cosas tienen verdadero valor cuando el mundo entero se postra a tus pies —dijo Hesión.

—No te consiento que me hables así. ¡Ni te atrevas! Ningún plebeyo como tú, ni siquiera nuestros iguales si los tuviéramos, tendría potestad para juzgarme.

—¿Y quién puede hacerlo, aparte de los mismos Dioses? —apostilló Hesión—. ¿Acaso no estaban presentes en la cumbre de Vorolk, viendo cómo Yaroslav vertía en tu nombre torrentes de sangre? —Afiló los ojos—. ¿No se encuentran aquí ahora, en esta habitación, juzgando nuestros actos para que sean escritos en el libro del cielo?

Cordelia sintió un escalofrío ante esa idea^[79]. La llama del Áquilus se movió, mecida por una súbita ráfaga de viento.

—Puede que se encuentren aquí ahora —admitió la princesa—, y si están les suplico que te hagan entrar en razón, pues las decisiones tomadas en el pasado, si bien fueron duras, eran las más adecuadas para la prosperidad de la patria.

—No hables de patria cuando excluyes deliberadamente a los tuyos, asesina, ¿pues no es cierto acaso que de todos los sacrificios que estáis dispuestos a realizar en nombre del bien, amparados en vuestra inmunidad, excluís a los de vuestra propia estirpe? —Su voz adquirió un metal inhumano—. ¿Qué se siente, Cordelia, cuando los sacrificios se extienden a aquellos a

los que habéis amado siempre, sin los cuales vuestro corazón no encuentra fuerzas para seguir latiendo?

—¿Qué está insinuando este hombre, hija mía? —El rey tembló—. ¿Qué es lo que...?

Cordelia respiró hondo y lo dijo:

—Milosh y Nadezhda, padre. Y también Azov. Él los ha matado.

Los...

nombres...

de...

sus...

hijos...

La realidad le golpeó como una maza entre las cejas. La piel de Maximilian se relajó tanto que pareció colgar como una mortaja sobre el armazón de los huesos; sus manos perdieron toda elegancia y estuvo un rato abriéndolas y cerrándolas sobre nada.

Un prodigio tornó oscura su alma, muerta ya sin abandonar el cuerpo. El rey murió en aquel instante, en todos los sentidos, aunque sus pulmones se empeñaron en seguir llenándose con el pútrido aire de la desesperación, la sangre en completar su interminable ciclo.

Fue entonces cuando Maximilian supo con certeza que estaban condenados. Cumplida la voluntad de los Poderes de agobiar al linaje de los reyes con una inmerecida desgracia, caería a continuación la soberbia Sikandar y todo el país del Norte. Sin gobernantes que la dirigiesen en la guerra que se avecinaba, la ciudad sería pasto de los cuervos. Los pocos que sobrevivieran elegirían ignotos destierros, lejos de los benditos páramos, de las estepas vestidas de nieve, de los arroyos de agua cristalina. Jamás se oiría hablar de ellos como nación, sino como almas que erraban por los confines del mundo.

Y todo lo había conseguido un solo hombre.

—Cómo has podido... —El rey cayó de rodillas, la primera vez en su vida que se postraba así ante otra persona—. Mis hijos... cómo... cómo te lo permitieron los Dioses...

Contempló el rostro de su verdugo, sintiendo una oleada de rabia.

—Maldito seas por siempre, Hesión.

El guerrero sonrió con infinita tristeza.

—Lo estoy desde que os juré lealtad a vos y a vuestra hija. Jamás dejaré de pagar por ello.

Y alzó su brazo para matar.

No fue el arma de Cordelia quien lo detuvo, sin embargo, pues ella ni siquiera realizó una tentativa de ataque. Tampoco la expresión del rey, a medio camino entre este mundo y el otro (su mirada ni siquiera estaba plantada en el ahora, sino en algún tiempo pasado, tal vez en el último minuto que pasó en compañía de sus hijos).

No, lo que detuvo a Hesión fueron los ojos de Cordelia, que se posaron en el umbral de la puerta.

Supo entonces que el otro estaba allí.

—Has tardado —dijo Hesión.

La voz de Yaroslav no tenía la menor inflexión.

—He llegado demasiado tarde para muchas cosas, amigo mío.

Hesión se volvió. Los dos guerreros legendarios se sostuvieron la mirada, desnudas las espadas, el metal escarlata por la celebración del nacimiento del Sol. Dieron vueltas en círculo dentro de la estancia, lentos, midiendo la fuerza del otro, flexionando las piernas, siempre ofreciendo el costado de la espada al enemigo. Ninguno tenía escudo, pero Yaroslav iba ataviado con la armadura de guerra y el casco, al contrario que su oponente, que solo llevaba unos pantalones y el metal que sostenía en la diestra.

Cuentan que el mundo entero se paralizó durante los breves segundos que ambos hombres, guerreros favoritos de los Dioses, tardaron en cargar el uno contra el otro. Cuentan que una sola gota de lluvia cayó del cielo, un diamante derramado de una nube, como si fuera el llanto de una divinidad que condenara el duelo de sus primogénitos. Los copos se detuvieron, el aire dejó de fluir; los corazones esperaron, silenciosos, una señal para que el mundo continuara con su danza.

Cuando las espadas de Hesión y Yaroslav chocaron, el tiempo quiso recuperar lo perdido y se derramó más deprisa sobre ellos. El hierro tañó contra el hierro como una campana pura. El rey oyó los sonidos, vio los cuerpos moverse a velocidad endiablada por la habitación, orbitando uno alrededor del otro, las chispas brotando del metal cada vez que las hojas se besaban. Los pies de los guerreros casi no tocaban el suelo, solo lo rozaban para volver a impulsarse, buscando siempre un nuevo punto de apoyo, otro lugar desde el que cargar contra el enemigo.

Las embestidas eran feroces, brutales, dignas de leones que luchasen por la supremacía de la manada. Dos espadas legendarias, *Forjadereyes* en manos de Hesión, la hoja negra de Yakra en la de Yaroslav. Dos mitos entrechocando con la rabia de titanes. La saliva se derramaba de sus bocas abiertas, condensando la furia de sus almas, de sus músculos, de unos brazos

capaces de partir en dos a hombres normales de una estocada. Ningún ser humano normal podría haber salido victorioso aquella mañana.

Cordelia intentó alcanzar la puerta en varias ocasiones, pero resultaba imposible: cuando no era Yaroslav quien giraba sobre su eje en un vertiginoso torbellino (su filo paralelo al suelo para cortar el cuello de su oponente), era Hesión quien, tras apoyarse en la pared de un prodigioso salto, caía como un halcón asesino sobre él. Los hombres lucharon, haciendo gala de toda una vida dedicada al estudio de la esgrima.

Los muebles fueron sus primeras víctimas: Yaroslav partió en dos la cama de Maximilian de una brutal estocada que Hesión logró esquivar, antes de lanzar una acometida que volvió astillas el armario que quedaba a espaldas del otro. Si Yaroslav no se hubiese agachado en el momento crítico, Valnius habría dividido sin esfuerzo su armadura y su torso en dos mitades bien diferenciadas, tan veloz que apenas se habría manchado de sangre.

Maximilian se arrastró por el suelo, gimiendo de dolor y de miedo, en dirección al Áquilus, mientras los pies de los combatientes pisaban cerca de su rostro y los pedazos de los muebles llovían sobre su espalda. Aquella era su última oportunidad: si vertía el contenido del pebetero siempre encendido sobre el raíl de aceite, todos los guerreros en un radio de muchas millas verían la señal de la guerra, la llamada suprema a las armas del rey. Alguien acudiría a la torre y ayudaría a Yaroslav a acabar con Hesión... si es que tal hazaña era posible. Ambos luchadores estaban perfectamente igualados: tenían la misma fuerza, el mismo odio, el mismo entrenamiento para la guerra. Solo Hesión podría inclinar *in extremis* la balanza de su lado, pues la furia que quemaba en lo más profundo de su alma nacía en un lugar intocable, más sagrado que cualquier vínculo de lealtad que pudiera forjar la política: el amor hacia los seres queridos. La *venganza* por el daño causado a sus padres. Yaroslav no luchaba por nada semejante, solo por la envidia que había manifestado siempre hacia su rival, por el ansia de ser el mejor guerrero del Reino.

Sí, Hesión podía llegar a vencer.

Cordelia acabó descartando la idea de huir por el pasillo. En lugar de eso, se aproximó a la pared y buscó desesperada el resorte del pasaje secreto. Un pedazo de muro disimulado tras un tapiz desapareció, revelando un angosto pasadizo que comunicaba con las dependencias inferiores.

Antes de marcharse, se giró una última vez para ver a su padre. El viejo estaba en el suelo, encajado como un niño asustado entre los restos de la cama y el área ocupada por los guerreros, abrazándose las piernas flacas y pálidas. Gimoteaba con impotencia, despojado de toda dignidad.

Por primera vez en su vida lo vio como un anciano, no como un semidiós, y sintió una enorme lástima por él.

Sin pensárselo dos veces, la princesa desapareció por el túnel, abandonando al rey a su suerte.

Más soldados llegaron por el pasillo. Hesión detuvo un golpe de Yaroslav, dejándose impulsar hacia atrás hasta chocar con la pared. Tanteó el cadáver de un eskvario y agarró la vaina de su espada. Estaba vacía, pero la usó para desviar las estocadas de los soldados mientras mantenía a raya a Yaroslav con la diestra. Durante unos angustiosos segundos luchó a dos bandas, con soldados rodeándole por todas partes, buscando siempre la manera de mantener su espalda contra el muro. Pequeñas espirales elaboradas de ataque y respuesta surgían de sus manos, pensadas para cubrir cualquier punto ciego.

El caos se tornó una danza sincronizada de cuerpos en movimiento y trozos de armaduras perforadas, casi un ballet. Loco de ira, Hesión ejecutó fintas, quiebros, incluso arriesgadísimos cambios de mano; Valnius mantenía siempre la horizontalidad, sin otro propósito que la distancia y la muerte, hasta que el último soldado cayó y pudo dejar una marca en la cara de Yaroslav, cortando en dos sus labios de un tajo preciso.

Entonces ocurrió. Incapaz de vigilar todos los frentes a la velocidad a la que transcurría la refriega, Hesión tropezó con algo. Era el cuerpo del rey, un obstáculo minúsculo pero decisivo para tornar su danza de muerte en desastre.

Cayó hacia atrás, momentáneamente desequilibrado, circunstancia que Yaroslav aprovechó para colocarse sobre él. Su cabeza quedó situada a escasa distancia del Áquilus.

Yaroslav pisó la muñeca de Hesión para inmovilizarle el brazo de la espada, y aferró su cuello enterrando los dedos en la carne. La hoja negra de Yakra se irguió sobre su frente, heraldo de un oscuro designio.

—¿Las oyes, Hesión? —susurró. El odio quedaba implícito en cada gota que escapaba de aquel tajo ensangrentado que habían sido sus labios—. Son las naves de la Muerte que extienden el velamen sobre tu cabeza. ¡Desdichado! No han de cerrar tus ojos ni tu padre ni tu augusta madre, pues yo mismo los sentencié con esta hoja mientras soñaba con privarte de tus exequias... Las aves de presa, comedoras de carne cruda, te los arrancarán mientras tu cuerpo se esté pudriendo colgando de una almena.

Hesión alargó su brazo izquierdo, el único que tenía libre, pero no intentó golpear a su enemigo en lo que sería una maniobra inútil. Lo arqueó hacia atrás, empero, hacia la llama perpetua del Áquilus. Vio de reojo cómo el rey,

aprovechando la situación, recogía del suelo la daga de su hija (la misma que había usado Nizni para defenderse) y se acercaba para ayudar a Yaroslav.

—Si muero esta noche, asesino... —los dientes de Hesión despidieron chispas—, ¡seré yo quien guíe la negra nave, no su pasajero!

Enterró la mano en el pebetero, las llamas lamiendo su piel. Hundió los dedos en la brasa y agarró un puñado de carbones ardientes. A continuación los estrelló contra el casco de Yaroslav, aplastándolos contra la abertura de los ojos. El fuego se extendió por dentro del casco, haciendo retroceder a su portador entre gritos de dolor.

Hesión apoyó una pierna en el pecho de Yaroslav y le empujó hacia atrás, separándolo lo suficiente como para permitirle incorporarse.

Y lo hizo. Fue una hazaña que recordarían hasta los Dioses: poniéndose en pie, Hesión lanzó un sañudo y vesánico grito capaz de desatar todas las furias. Aferró la empuñadura de *Forjadereyes* con ambas manos y giró su cuerpo entero, impulsando con su masa la estocada. Aquel fue el mayor golpe que diera en vida, el más feroz y despiadado, pues la hoja, completando un único y letal círculo, cercenó primero la mano del rey (la misma con la que sostenía la daga) y continuó su camino hasta partir en varios fragmentos la espada de Yaroslav, e incrustarse profundamente en su cuello.

La explosión de sangre le cegó, pero no tanto como para impedirle disfrutar de cómo la cabeza cercenada de Yaroslav golpeaba la alfombra como un fardo.

Al final, los párpados del rey también cayeron derramando negrura, y su mano intacta golpeó casi sin fuerza el pebetero del *Áquilus*. El aceite se derramó, dorado y silencioso, alimentando una llama que trazó un camino por la fachada de la torre. El fuego dibujó en pocos segundos el símbolo del pájaro de guerra, la llamada suprema a las armas del rey.

—Al alba venceré —repitió Hesión.

Y aquellas palabras del Héroe^[80] se tornaron verdades.

CANTO XXII

La embajada ante Magnus

1

No fueron los gallos ni las garzas quienes saludaron al nuevo día, sino la fanfarria de trompetas que se desplegó cuando las puertas de Sikandar se abrieron, por última vez en mucho tiempo, para dejar salir a los embajadores. Una compañía de jinetes, pertrechados con sus paramentos de guerra, partió en dirección al campamento enemigo. Los guiaba el general de lanceros, Dmitri Ulov, que apoyaba en su estribo la bandera de parlamentario.

El caballo de su segundo al mando, un comandante de nariz partida llamado Dálivor, se le acopló con gallardía al paso.

—Me extraña que el capitán Yaroslav no haya venido —comentó Dálivor—. Es raro, pues él mismo expresó su deseo de sumarse a la embajada con gran vehemencia.

—Me trae sin cuidado. —Ulov filtró un gruñido a través de su bigote—. Puede que se haya pasado la noche rezando para recordarles a los Dioses la existencia de su maldita bula, o entre los muslos de alguna hembra que conceda solaz a su alma antes de la batalla. Me alegro de no tenerlo cerca, y más después de... —Iba a decir «de que me humillara en la sala de guerra», pero no hizo falta. Su subordinado conocía de sobra el rencor que Ulov sentía hacia el insolente Yaroslav, a quien consideraba poco más que un menesteroso con ínfulas.

—De todos modos, no comprendo cómo es que no nos acompaña ningún miembro de la familia real. Podría ser que Magnus no se dignara a hablarnos hoy si no hay sangre azul entre los parlamentarios.

—No te extrañes. La única que podría desempeñar con habilidad ese papel es la princesa, pues el rey no debe abandonar bajo ninguna

circunstancia la fortaleza, y Magnus jamás hablaría con ella. Las mujeres carecen de peso en la política de sus países.

—Entiendo. —Dálivor bajó la voz, pues la compañía se acercaba al límite de la zona asegurada por el enemigo. Un estremecimiento recorrió su espalda al mirar hacia ambos lados de aquel frente de varias millas, y darse cuenta de que no veía el final del campamento. Las agrupaciones de tiendas se extendían como pequeños poblados, unos al lado de otros y separados por establos, hileras de enormes torres de asedio y campos de entrenamiento para los arqueros. La maquinaria bélica era impresionante, tanto que Dálivor se preguntó si el Kan no habría accedido a aquella embajada tan solo para pavonearse ante la inferioridad numérica de los defensores.

Además, echó de menos un elemento del paisaje que hasta ese momento daba por supuesto: el Bosque de Narevia, amado por los sikandianos desde la fundación de la ciudad. Sencillamente, no estaba. Los zapadores del Kan lo habían talado, más de dos mil fanegas. Aún resistían algunos sotos, aquí y allá, últimos vestigios de lo que fuera una profunda oscuridad llena de vida. En ellos resonaban la encina y el fresno, heridos por las hachas, y caían con toda su triste solemnidad los pinos.

La desaparición de la arboleda, algo más que un símbolo nacional para los que, como Dálivor, habían nacido en aquella Marca, le afectó más que si le hubiesen clavado una pica en las entrañas.

Desde que sortearon las primeras zanjas defensivas, tardaron un buen rato en cabalgar hasta el lugar dispuesto para el encuentro, siempre rodeados por batallones de hombres que les lanzaban miradas mezquinas al pasar. Ulov los observó, calibrando la clase de soldados que poseía el Kan: bajos y robustos, de piel tatuada, casi todos portando algún símbolo religioso. Ulov distinguió más de una docena de lugares santificados en donde grupos de hombres y mujeres, separados unos de otros, rezaban con vehemencia a sus Dioses. Eran personas de fe, lo cual le preocupaba: resultaba más sencillo sembrar el pánico entre hombres que luchaban por el capricho de un amo terrenal que entre aquellos a los que impulsaba el fanatismo.

Podía verse la hierba que el enemigo había aplastado, así como sombras de profundas zanjas. El principal problema cuando se movían semejantes masas humanas no era, Ulov lo sabía, que les atacara el enemigo. Por el contrario, la principal dificultad residía en la intendencia, problema que los Kanes parecían haber resuelto: cada legión estaba acantonada por separado de las otras, y funcionaba como un pequeño ejército autosuficiente. Tenía sus propias letrinas, que cavaban hondamente en el suelo y cubrían con nieve; su

propio almacén de comida; sus establos; incluso forjas para reparar espadas o herrar animales. Todas se hacían cargo de eliminar sus desperdicios y eran abastecidas por unas caravanas que llegaban de fuera, de los territorios que el Kan había ido conquistando en su avance. El agua la aportaban la nieve, bien en modo alguno escaso, y el río Trigas. Y el forraje para los animales la fuerte hierba de Sikandar que crecía debajo.

Ulov tendió la mirada al curso del río, por si localizaba alguna embarcación: las aguas del Trigas estaban agitadas, reduciendo a mil diamantes el reflejo del Sol. No era probable que con tan poco caudal pudieran remontarlo las birremes trigas o las enhiestas popas con las armas de Yian-sun. Pero los Kanatos eran pródigos en la construcción de naves de poco calado. La posibilidad de que recibieran refuerzos o provisiones a través del río no le pasó inadvertida.

No tardó en darse cuenta de un detalle fundamental relativo a aquel ejército, algo que al principio se le había pasado por alto: no estaba dividido en legiones, como el del rey, sino en organizadas fraternidades^[81]. Este hecho, que dedujo por la composición de las banderas, implicaba muchas cosas, como que la cadena de mando solo existía a pequeña escala. A nivel de grandes decisiones, los jefes de clan probablemente se considerarían todos de igual importancia, situados a la misma distancia del Gran Kan, lo cual ralentizaría sus decretos.

Ulov sonrió. Aquel ejército era enorme, pero visto de cerca comenzaba a revelar pequeños fallos que podrían ser aprovechados más adelante.

—Creo que estamos llegando —avisó Dálivor.

El lugar del encuentro estaba delimitado por un cerco de lanzas enhiestas por sus cueros^[82]. Detrás se elevaba una tienda de campaña impresionante, casi un palacete hecho de seda, colmado de banderolas negras y fuertemente defendido. El general supo que aquella era la tienda del Gran Kan, pues algo en lo profundo de su pecho vibraba ante su presencia. Pero la puerta seguía cerrada.

Probablemente serían otros los negociadores, pero él estaría cerca.

Ulov se apeó del caballo, se terció a hombros el escudo y avanzó hacia el centro del círculo. Allí le esperaba la delegación enemiga, un grupo de nobles vestidos con ropas de un material que jamás había visto, lleno de reflejos que atrapaban pedacitos de Sol en los bordados.

Los nobles se acuclillaron sobre unos cojines, sin retirar los velos que ocultaban sus facciones, e invitaron a los embajadores a hacer lo mismo.

Llega el momento decisivo, pensó el general. Lo primero que debían establecer era en qué lengua tendría lugar la asamblea. Si los Kanatos se sentían generosos, el embajador comenzaría saludando en la lengua del Gran Reino. Si no, deberían recurrir a intérpretes, pues ni Ulov ni sus comandantes se habían molestado en aprender el idioma del enemigo.

—Que el favor de los Dioses sea con vosotros —comenzó el embajador en el idioma de los heucanitas. Ulov suspiró de alivio—. Desnudad vuestros corazones y todo puntualmente referidlo, pues para hablar hemos venido a este lugar nombrado santuario. Nadie dará reproche a vuestro discurso ni tampoco habrá de replicaros. En cuanto vuestro ánimo os excite con afán de emprender el regreso, iros y rezad por haber departido lo suficiente.

—Mi nombre es Dmitri Ulov. Soy el militar de más alto rango de esta embajada, hijo irreprochable del Gran Reino y depositario de la confianza de mis amos. Hablaré con aquel de vosotros que se encuentre a mi altura —respondió, desafiante.

—Mi nombre es Abhâz —se presentó su homólogo—. Sin duda es cosa urgente que debatamos los términos en los que nuestros respectivos países se enfrentarán en las próximas jornadas, bien sea por las armas, bien por las palabras.

—Estoy de acuerdo. Comenzad —invitó.

—Mi señor ha venido hasta vuestra tierra para resolver de una vez por todas las intrigas en las que vuestro país ha sumergido al mío. No hemos sido nosotros quienes, en busca de nuevos territorios, tensamos nuestras fronteras y atacamos las ciudades limítrofes. Bien al contrario, los ejércitos de vuestro señor han arrasado hasta los cimientos algunos protectorados del Kan, negándose a respetar ni tan siquiera la vida de mujeres o niños.

—Esos protectorados alojaban a traidores —arguyó Ulov—, a mercenarios comprados con dinero de la piratería para que socavasen poco a poco la inviolabilidad de nuestras fronteras. Fuimos nosotros los provocados, no los causantes de esta desgracia.

—Capturamos prisioneros en esos enfrentamientos. Bajo *presión* —Abhâz eludió el empleo de la palabra «tortura»— admitieron poseer órdenes estrictas de edificar caravasares en esos lugares, aprovechando los despojos, para avituallar futuras expediciones. Y yo me pregunto... —se inclinó con gesto confidencial—: ¿estará tratando Maximilian de anexionar más terrenos a su vasto país?

—No se puede anexionar algo que ya es nuestro. Os recuerdo los antiguos tratados, refrendados por las Tablillas de los Eopos: hace siglos, los

fundadores de nuestros países acordaron compartir el agua divina de los ríos, trato que vuestro pueblo se ha empeñado en olvidar.

—No invoquéis los nombres de infames antecesores de vuestro linaje — advirtió Abhâz—, pues si bien para vuestra historia los Eopos resultaron decisivos, para la nuestra solo ejemplifican abusos y afrentas sin sentido. Es cierto que fueron los primeros navegantes que, remontando las corrientes, plantaron una bandera en sus fuentes. Arrogantes por ello, los Eopos de lorigas de bronce, e infligiéndonos trato insolente, urdían maldades contra nuestra raza. Tuvimos que conformarnos con el agua que ellos no tomaban y que en ocasiones mandaban contaminada hacia nuestros molinos.

—Durante generaciones —la voz de Ulov se endureció—, los Kanatos se han negado a ceder al Gran Reino unos terrenos que nos pertenecen por derecho. Parte de la costa del continente es nuestra, y sin embargo los barcos no pueden alcanzarla porque vigiláis y mantenéis cerrados los ríos con cadenas. Exigís tributo de paso, cuando deberíais agachar las cabezas y honrar al amo del ejército más grande jamás conocido. Si eso no es piratería, entonces es que nos hace falta una nueva palabra para definirlo.

—Si vuestro ejército es tan grande, ¿por qué no lo vemos? —Abhâz extendió los brazos, abarcando la llanura—. ¿No se halla apostado tras férreos muros, porque sabe lo fútil que es oponerse a los deseos del Kan?

—Lleváis ceñidas las sienes de nevadas ínfulas —rio Ulov—. ¿En serio creéis que así de imbeles y de flojos son los hijos de Sikandar? ¿Creéis que no nos aprestaremos a luchar cuando llegue el momento, para no dejar de vosotros ni un solo testigo que relate a vuestros vástagos la derrota sufrida? ¡Sikandar no caerá! Podéis regresar a la tienda de vuestro amo y decirle que el Gran Reino le plantará cara, por mucho que haya convocado a las mismas huestes del Inframundo para que nos hagan frente.

—¡Mirad, en la torre! —gritó Dálivor de repente—. ¡Es el Áquilus!

El joven comandante se puso en pie, señalando la lejana Torre del Homenaje de Sikandar. Ulov y los dignatarios hicieron lo propio, extendiendo su vista más allá de la planicie, por encima del extenso mar de infantes y caballos, hasta rebasar los muros de la ciudad.

Fue entonces cuando generales, nobles y gobernantes (tanto de un bando como de otro) fueron testigos de un hecho que no había acontecido en el Gran Reino desde los tiempos de Arkadi.

Al verterse el aceite que alimentaba su fuego, una línea roja recorrió las arterias del Áquilus, el emblema señorial, talladas en la piedra de las torres. Conducida por las expertas manos de los arquitectos que trazaron su silueta,

la llama bajó por la pared, reptó por ella, escaló contrafuertes y coronó capiteles. Extendiéndose a través de los refuerzos hacia las torres adyacentes, dibujó con trazo seguro la figura de una enorme espada, gemela de Valnius Indomerim, a la que un ave de presa, un águila imperial, escoltaba con las alas abiertas.

Desde lo alto de las murallas, que ocupaban armados, los defensores vieron aquella señal definitiva, y no sin grave sobresalto cordaron los arcos y tendieron puentes entre los tejados, que facilitarían el establecimiento de las posiciones. A vista de pájaro podría haberse contemplado cómo las agujas rematadas por banderas se iluminaban, ganando por unos minutos más esplendor que el Sol naciente, y transmitían un mensaje que sobrecogió los corazones de aquellos que pudieron contemplarlo: la ciudad entera se había convertido en una bandera gigante, un titánico emblema de fuego y piedra.

El rey llamaba a la guerra. Ya no había vuelta atrás.

Ulov se volvió con una sonrisa sardónica hacia Abhâz.

—Bien, creo que con esto concluye nuestra asamblea.

Ordenó a sus hombres que se preparasen para regresar, pues nada los retenía allí. Antes de marcharse, sin embargo, pudo ver algo: la magnífica tienda del Kan entreabrió sus puertas, lo justo como para que un tajo de negrura se adivinara en su interior. Abhâz corrió a escuchar las instrucciones de su amo, y plantado de rodillas ante la tienda se limitó a asentir una y otra vez.

Ulov sintió una agitación en el pecho: sabía que el legendario Magnus estaba allí, casi al alcance de su espada, pero si intentase algo contra él mil hojas curvas lo frenarían.

Tenerlo tan cerca, después de tantos años de comentar sus hazañas y de glorificarlo en las leyendas, provocaba un cierto tipo de miedo que nadie podía reprimir. Ni siquiera Ulov.

Subió a su corcel. Los tambores retomaron la agobiante cadencia de las últimas horas, y mezclados con su retumbar vibraron cien cuernos que llamaban a los ejércitos a reagruparse. Ulov miró una última vez a Abhâz, quien lo saludó con el complejo gesto somático de los Kanatos que significaba «ojalá los Dioses se acuerden de ti y te otorguen paz».

—Adiós, general —dijo el diplomático—. Es una lástima que nuestros monarcas estén tan seguros de lo que nos deparará el destino, y fuercen su aparición con sus inmortales símbolos.

—Tanto si vuestra hueste logra derribar la muralla como si nuestras lanzas os obligan a retroceder, podríamos llegar a encontrarnos de nuevo. Pero no es

probable.

—Lo sé. Marchad con seguridad hasta vuestra casa, y que los Hados decidan a quién ayudarán en este infausto día.

Ulov se despidió con un gesto de cabeza y espoleó a su animal. Al galope, y escoltados en todo momento por una guardia yunk, los embajadores rebasaron las filas enemigas y se dirigieron hacia la acogedora sombra de Sikandar. Entonces el general vio un prodigio: un esmerejón alzando el vuelo con una cabra mucho más grande y pesada que él atrapada entre sus garras. El ave graznó, dio un par de vueltas sobre el campamento y desapareció en la distancia.

El general supo que era un presagio referente a la batalla, pero... ¿a quién iba dirigido? ¿A los sikandianos o a sus enemigos?

Antes de cruzar las puertas, ordenó a voz en grito a Dálivor:

—¡Envía al heraldo Mhejas^[83] a avisar a Yaroslav, y al resto de los mandos! Que dispongan a las legiones para reforzar en lo posible las murallas. Magnus está a punto de atacar.

2

—Quiera la Diosa protegernos de semejante locura... —murmuró una voz femenina, muy suave.

Hesión se había dejado caer, extenuado, sobre uno de los sillones que decoraban la alcoba del rey. Las llamas del Áquilus ardían con fuerza, dibujándole unos patrones de luz y sombra en el rostro que ponían color a su alma.

Parecía estar aguardando lo inevitable: que las tropas subieran allá arriba, a aquel nido de águilas desde el que se dominaba la inmensa planicie, y pusieran fin a su pena. Que los esbirros de Cordelia acudieran a su llamada (al fin y al cabo, ella era la única que había conseguido escapar por el pasadizo, y a estas alturas tenía que haber alcanzado un puesto de guardia), y llegaran cargados de cadenas e instrumentos de tortura para hacerle desear el paso a la otra vida.

Por eso se sobresaltó al escuchar aquellas palabras, entonadas por una voz que conocía bien, y que en modo alguno esperaba encontrar en aquel lugar maldito.

—¡Eithne!! —exclamó, levantándose de un salto. Lo único que evitó que el general saliera corriendo a abrazarla fueron los cadáveres que, repartidos de

forma caótica por el suelo, eran observados por la princesa con ojos desorbitados.

La mujer no se arrimó a él, como si el Héroe fuera una hoguera que ardiera con demasiada intensidad como para tenerla cerca. Contempló la masacre, al malogrado rey y la cabeza separada del cuerpo de Yaroslav. Vio el charco de sangre en que se había convertido la habitación, y su mirada ascendió poco a poco hasta cruzarse con la de su amado.

—Lo has hecho... —dijo en un hilo de voz.

Hesión arrojó su espada, que besó el suelo con un chapoteo. Valnius era de color carmesí por entero, no azul, dorada y plateada como la había concebido su creador.

La confesión del guerrero cabalgó una lágrima:

—Lo hice.

La princesa, con el espanto tatuado en el rostro, avanzó hacia él y le abrazó. Fue un abrazo largo, lleno de significados, de ambigüedades, de secretos no desvelados, de *te quiero* y decepciones, de ansiedad y rencor. Un abrazo distinto a todos los que se habían dado en aquella tierra. El corazón de Eithne latía desbocado.

Cuando Hesión bajó la cabeza en busca de sus labios, sin embargo, ella le rechazó.

—Cómo has podido. Todos... todos están muertos... lo siento en lo más profundo.

—Jamás pediré perdón —se enorgulleció el guerrero, conteniendo a duras penas el llanto—, pues esto era lo que ansiaba mi alma, la única manera de calmar a los dragones. Nunca quise que lo vieras. Yo...

Eithne le abofeteó el rostro con tanta fuerza que viró su cara hacia un lado. Lo miró callada durante unos instantes, juzgándolo, tal vez condenándolo ante la pléyade inmortal de Dioses, y a continuación lo besó, tierna, sincera, profundamente. Y ese beso, que tuvo como decorado la ventana abierta, la danza del Sol, las huestes del Kan lanzándose en innumerable tropel contra la fortaleza, también fue distinto de todos aquellos sobre los que alguna vez cantaron los aedos.

—¿Cómo podremos perdonarnos? —se lamentó Eithne—. ¿Cómo, después de lo vivido esta noche? ¿Adónde iremos para encontrar la paz?

—No pensé en ti cuando lo hice —confesó el guerrero—. Ni tampoco en nuestro futuro. Te busqué en Svalensko para cruzar unas últimas palabras, un último beso, pero...

—¿Buscabas mi bendición para hacer esto? ¿En serio pensabas que te la iba a dar?

—No, tu bendición nunca. Tuve la de mis padres. Con eso me basta.

La princesa le acarició la mejilla, buscando los restos de cordura que pudieran quedar al fondo de sus ojos.

—Estuve en Svalensko, mi amor, pero fui engañada por las malas artes del vaivoda. Lo sospeché cuando la Diosa me hizo saber que estabas aquí, cumpliendo con tu destino, y no en las lejanas estepas, allá donde fui a buscarte. Lamento tanto haberte fallado...

—No me has fallado, pues gran sabiduría poseen tus palabras, y pudiera ser que de haberte visto en los salones grises hubieses conseguido aplacar la ira que conturbaba mi espíritu, y mi razón para hacer esto se perdiera.

—¿Y eso es malo? ¿El hecho de que mi amor te hubiera protegido de la locura nos habría perjudicado?

—A nosotros puede que no. Al Reino sí.

Los párpados de la princesa aletearon.

—Entiendo a tu corazón. De verdad. Solo la muerte podrá concederte ahora algún respiro, pobre niño. Estás tan ansioso por encontrarla que ni siquiera sabes por dónde empezar.

Hesión la obligó a separarse de su pecho.

—Márchate, por favor. Este lugar está a punto de llenarse de soldados, y no quiero que hagan extensiva a ti mi culpa. —Señaló el corredor por donde había escapado Cordelia—. Utiliza ese pasadizo y ponte a salvo. Los contendré.

—Jamás. —Eithne recobró la compostura—. Eres el hombre al que amo, para bien o para mal. Si una voz debe aplacar los ánimos de los jueces para que concedan solaz a tu alma, debe ser la mía la que se alce. Y si un puñal debe poner punto final a tu vida, seré yo y no un testafarro del rey quien lo blanda.

—Pero Eithne, yo...

—No digas nada. Ya les has dado demasiados argumentos a los Dioses esta noche con tus actos. Solo podrás recuperar el favor de la Gran Madre si llegas hasta el final. Si acabas lo que has venido a hacer.

—No te comprendo.

Eithne recogió a Valnius del suelo. La mantuvo en equilibrio con dos dedos, de pie sobre la punta.

—Con este magnicidio has inaugurado una nueva era, nos guste o no. Ahora ponle nombre. Acaba tu misión como protector de los inocentes y sal

ahí fuera, a luchar.

Hesión arrugó la frente.

—¿Esperas que cabalgue con la lanza en ristre, ansiando causar en sus huestes el estrago? ¿Quieres que la visión de Valnius, presa de mis dedos, inflame el coraje allá donde solo queda flaqueza? —Contempló sus manos, empapadas con la sangre de Yaroslav y la de Maximilian—. Optimista sería quien creyera a estas alturas que hay esperanza para el Reino, emponzoñado por las intrigas y la corrupción. El castigo que Magnus está a punto de infligirnos es el que merecemos, ni más ni menos.

—Tú no eres un líder cualquiera, Hesión. —Eithne lo tomó de la mano—. A ambos lados de esas murallas corren hombres y mujeres que, embaucados por las conjuras de sus amos, van a morir a cientos, ¡a miles!, sin que esta sea en realidad su guerra. ¿Vas a abandonarlos a su suerte? ¿Vas a permitir que Maximilian y sus consejeros triunfen, después de muertos, desatando tamaño cataclismo sobre su pueblo?

Hesión paseó su vista por las almenas, contempladas a gran altura desde allí, por los tejados de las casas y por las angostas callejuelas. Vio a innumerables soldados arrastrar sus paramentos de guerra, pero también a mujeres y niños que, siendo reclutados a la fuerza para asistir en la batalla, cargaban con el pesado bronce y azuzaban a las mulas para que movieran los proyectiles de las catapultas. Vio chiquillos de corta edad probarse corazas que los superaban en tamaño, y sostener con ambas manos espadas dobladas, casi inservibles, que apenas los protegerían contra la furia de las lanzas. Cuando el ejército del Kan, que los superaba ampliamente en número, lograra echar abajo las murallas, tendrían que aguantar en primera línea, muriendo a miles y tiñendo el suelo de impía sangre.

Era una batalla perdida de antemano, fuera cual fuese su desenlace.

—No es mi lucha —murmuró el guerrero—. No hubo un después para mi venganza en aquel entonces, y tampoco lo hay ahora. —Bajó la vista—. No me quedan fuerzas para combatir en batallas que desataron reyes locos.

—Te conozco mejor que tú mismo, amor mío —replicó Eithne. Hesión la vio sonreír—. Y sé cuántos dragones luchan en tu corazón. El más grande de todos es el amor que sientes hacia tu pueblo. Al fin y al cabo, has hecho todo esto para vengar a las víctimas del rey. —Hizo un gesto hacia los cadáveres que llenaban la estancia—. Los sikandianos son víctimas también. Así pues, te suplico por el sagrado amor de la Diosa que no los abandones cuando más te necesitan. Que no me abandones a mí.

Hesión la miró largamente. Iba a contestar cuando un ruido de pasos se acercó apolonadamente por el pasillo. Alerta, pidió a su amada que se mantuviera callada y salió al encuentro de los hombres.

No eran soldados. Liderada por un mancebo escuálido, la comitiva se detuvo al pie de las escaleras contemplando la alfombra de cadáveres. Al ver a Hesión, el joven hizo una reverencia.

—¡Mi señor! —balbuceó—. ¿Qué locura se ha desatado aquí? ¿Está avisada la Guardia de todo esto? ¿Se encuentra bien Su Alteza?

—Avisada está, y él no corre peligro, pues yo mismo he venido a encargarme de protegerlo. Unos asesinos del Kan se han infiltrado en la ciudadela, pero la amenaza ha sido conjurada. ¿Sabes quién soy, heraldo?

—Claro, mi señor. Sois el Orfiada Hesión, gran caudillo y protector del Reino. Desconocía que hubieseis llegado a palacio. Mi nombre es Mhejas; traigo órdenes del general Ulov y un informe para Su Alteza. —Tragó saliva—. Las negociaciones han fracasado. El ataque ha comenzado ya.

Hesión apretó los labios. Claro que habían fracasado, pero mucho antes de lo que aquel ingenuo mensajero se imaginaba.

Dejó caer una mano tranquilizadora sobre su hombro. Los ojos de Mhejas intentaban colarse dentro de la alcoba, pero la puerta se lo impedía.

—Tu mensaje será entregado, muchacho. Vuelve por donde has venido y propaga la nueva de que el rey vestirá su armadura y alzará con gallardía su espada, tal y como profetizaron las leyendas. Di a los generales que se reúnan sin demora para un consejo de guerra, y que dispongan las catapultas y los mangoneles para repeler a los invasores. ¡Corre!

El heraldo se marchó a toda prisa escaleras abajo, seguido por el resto de la comitiva. Hesión se volvió en redondo y encontró a Eithne con el peto de la armadura del rey en las manos. La había descolgado de su lugar en la pared, sobre las espadas que Cordelia había usado para defenderse y que yacían envueltas en hule. Era una magnífica pieza de artesanía, labrada en oro sobre metal, dura y ligera a un tiempo: la obra maestra de un orfebre olvidado. Concebida para ser portada por un Héroe, no por un asesino.

—¿Vestirá el rey su armadura por última vez? —preguntó la princesa.

Hesión acarició la ataujía de metales. Su tacto era cálido, algo insólito para un material como ese. La filigrana del esternón parecía latir con vida propia.

—Un recuerdo tortura mi alma. Algo que dijo mi padre cuando me lo encontré en el Inframundo.

—¿Qué es?

—Orfías vaticinó que en el último instante, cuando todos los caminos convergieran, de mi peor enemigo solo desearía buenaventura, y yo mismo rendiría mi mano antes que derramar una gota de su sangre.

Eithne comprendió.

—Temes que solo fuera un sueño, después de todo.

—¿Quién podría ser mi peor enemigo, sino aquel al que esta noche he privado de vida y sepultura? ¿Cómo pudo Orfías equivocarse tanto?

—Confía en él —aconsejó Eithne—. Solo los Dioses saben lo que nos depara el destino.

Hesión agarró una antorcha y prendió las sedas de la habitación. El fuego pronto se extendió sobre la cama, las cortinas y los tapices, incinerando los cadáveres. Su lengua acarició los muebles y encontró dónde anidar en los anaqueles.

Mientras las llamas se alzaban a su alrededor (devorando el heimdash que Maximilian había leído minutos antes de su muerte), el guerrero descolgó las piezas restantes de la coraza.

El fuego destruyó los versos de la planta, de modo que las únicas hojas supervivientes dejaron un mensaje distinto^[84]:

*Luego que en la **sagrada** fortaleza
el rey Arkadi hubo levantado el pendón de la guerra
y las bestias se dispusieron en impresionante corral,
luego que comprometió en la lid las armas y los regios penates,
la **juventud** a sus órdenes prorrumpió en fieros clamores
y evocó al Hado para que se abrieran las puertas
pues de sangre y victoria **hambreaban** sus corazones,
de loas y triunfos sus desmedidos afanes.*

*Pero he aquí que **los Dioses** habían dispuesto
albures contrarios a la codicia de los hombres,
pues traspuestos los mares y los campos
y ancladas sus naves en el tajo de los ríos
dos héroes que se llamaban hijos de Arkadi
resolvieron abandonar sus votos y **uncir** su alma
con el rutilante yugo del oro.
¡A qué nos arrastras los corazones, impía ambición!*

*Se trocó **la fortuna** de favorable en adversa
para los recios defensores del alcázar,
conturbáronse de súbito los ánimos
y la plaza se conjuró en tumultuoso alboroto
pues Lupendo y Pólux, desdeñosos **de** los Dioses,*

*se decían destinados a reinar sobre
todas las cosas iluminadas por el Sol
y capaces de renunciar a ellas mientras gobernara la noche.
¿Quién ha visto semejante presunción en un hombre,
quién, tamaña jactancia en sus mentes?*

***El rey** Arkadi afrontó aquel día su más penosa obligación
pues la juventud acaparaba auxilio en todas partes,
los ancianos gemían y los desvalidos rezaban
sabiéndose abandonados por los negros flechadores
que disponiendo punto final a su enebro
ceñían el triste destino de los reinos.
¿A do huis? ¿A do vais?
Sometido **el coraje** de estas murallas
por un alevoso trueque,
¿qué otro refugio os queda ya?*

*Este fue el daño causado a la gloriosa ciudad de Nargrevo
pesebre de reyes y **vivero de mitos**, ¡loada ella!
engañada por un afán egoísta
consumida por un trance aciago
cuando en lugar de por hospitalarias costas
su destino bogó por innobles rutas.
Partir con él es vivir el final de todas las cosas.*

—El rey vestirá por última vez su armadura —dijo Hesión con altivez—. Y salvará a su pueblo de la extinción.

3

Fue en aquel nefasto amanecer cuando el crinado Lanceo^[85] pulsó la cítara que le enseñó a tocar el viento del Sur, cantando los males de los hombres y las injurias de su linaje. Al son de las mudanzas de la Luna y los eclipses del Sol, sus cuerdas relataron el sino de la desventurada Sikandar, mientras las catapultas de los Kanatos hacían retroceder su blindado brazo, los mozos cargaban piedras y los artilleros calculaban la distancia a la que se encontraba la muralla.

Acometieron los hijos del Kan con gran ardor y vocería al asalto, derramándose como un océano embravecido por la llanura y haciendo temblar el suelo con el martilleo de sus sandalias.

Iban en primer lugar los elefantes, protegidos por recias corazas del tamaño de carretas, afilado su marfil y bloqueada su vista para que el tumulto no los asustara. Tiraban de las catapultas y las torres de asedio, moles atestadas de hombres que se movían despacio, tatuando surcos en la tierra. Siguiendo a los caballeros, que iban en tercer lugar, aparecieron los piqueros de tierras brunas, célebres por su grito de guerra y por su talante despiadado a la hora de descuartizar enemigos. La primera oleada concluía con la soldadesca de a pie, avanzando con un rumor acompasado: eran los peones de mesnada, armados con largas picas y adargas de cuero. Los arqueros que les acompañaban lucían barbas cortadas en dos puntas sobre sus negras pieles, carcaj de cuero, justillos y faldellines hasta las rodillas.

La tierra temblaba ante aquella avalancha horizontal de hombres. Masas oscuras y densas, compuestas por innumerables soldados y bestias de torvo relincho, se escindieron unas de otras y se aproximaron a la ciudad lentamente, dividiendo la llanura en piezas de un titánico rompecabezas. Sikandar, a vista de águila, era una isla de piedra de altos muros rodeada por todas partes por aquellas ingentes sombras rectangulares, aquellos ejércitos en formación que se movían despacio, y cuyas siluetas cubrían cientos de millas, haciendo flamear decenas de miles de banderas. La ciudad se elevaba incólume en medio de un océano cuyas mareas confluían centrípetamente en sus muros.

Los hijos de Sikandar, prestos a repeler semejante turba, tensaron sus arcos. Las frentes sudorosas y el castañeteo de dientes, provocado no tanto por el frío como por el miedo, revelaban lo mermada que estaba la moral. Muy pocos huyeron de sus posiciones, empero, más temerosos del castigo que les sería infligido por sus superiores que por la cercanía del enemigo.

Sobre la almena principal, primera y más avanzada al resto de la arquitectura, encontrábase el Neletíada Arved Kamás, supracenturión de las legiones de la milicia, el cual, embozado en su larga capa, contemplaba el avance de los ejércitos. Su vista, sin embargo, no estaba fija en las bestias de marfileños colmillos, que con su sola presencia causaban pavor en los soldados, ni en las falanges exacerbadas que, forradas de bronce, las seguían a corta distancia. Sus ojos estaban clavados en las sutiles depresiones y accidentes del terreno que con tanta intensidad había estudiado en los días precedentes: una piedra aquí, un surco allá, el nacimiento de una colina por el otro lado... rasgos del terreno que a ciencia cierta sabía a qué distancia se encontraban de los muros.

Cuando los elefantes hubieron rebasado tales marcas, tirando de sus acarreos, supo Kamás que había llegado la hora de hacer funcionar las catapultas. Esperó unos minutos, sin embargo, a que los ingenios enemigos estuvieran más cerca: sabía por experiencia que en cuanto se encontraran a una distancia de disparo óptima, los Kanes abrirían fuego sin piedad. Los informes de los artilleros, saturados de argot, no hacían sino contribuir al nerviosismo.

Fue precisamente una catapulta enemiga la que abrió fuego al poco de rebasar la marca de la colina. Su proyectil voló con la lentitud aparente de las cosas muy grandes, y se incrustó en una torre, haciendo que los vigías volaran por los aires.

Kamás se giró y alzó un brazo.

—¡Preparaos para largar a mi orden! —gritó. Justo detrás de él, ocupando el espacio de la plaza más cercano a la muralla, se alineaban dos filas de catapultas de recia construcción, todas cargadas y con su propia dotación de hombres, esperando para arrojar su mortífera munición.

Kamás bajó el brazo. El latigazo de un cabrestante le hizo dar un respingo: el enorme corpachón del ingenio más cercano se convulsionó, al tiempo que el collo detenía el brazo que lanzaba la piedra. Otros golpes secos se escucharon, y varias rocas de más de cien libras volaron hacia el enemigo. Sin esperar siquiera a ver si habían errado el blanco, la dotación de las máquinas ya se apresuraba a cargarlas de nuevo.

Durante unos minutos se impuso el caos. Piedras enormes volaban en ambas direcciones, causando gran estrago. Con la fuerza de titánicos martillos, los proyectiles impactaban contra la recia muralla de la urbe, arrancando explosiones de polvo y balasto. Otros pasaban por encima de la almena, yendo a caer sobre casas, establos o agrupaciones de hombres. La piedra reventaba con gran estrépito, arrojando metralla en todas direcciones, la madera se convertía en astillas y los soldados eran aplastados por la furia del granítico vendaval. Pero en el bando contrario, en la llanura, también se cobraban su precio en dolor y muerte, pues las rocas caían a tierra, aplastando filas de hombres en su largo rebotar, y otras golpeaban a los elefantes en la cabeza, derribándolos entre horribles barritos.

—¡Prevenidos contra los proyectiles! ¡Vista al cielo! —avisó el centurión. La orden era correcta. No había gritado «a cubierto» porque eso implicaba un retroceso en desbandada, lo cual era la peor forma de enfrentarse al fuego de catapulta. Conteniendo la respiración, sintió que el tiempo se fraccionaba y los segundos se hacían más largos, mientras seguía con la vista los proyectiles

para adivinar dónde iban a caer. Cuando solo quedaba medio segundo para que impactasen, se retiró de ese lugar de la muralla, haciendo retroceder a sus hombres. Una docena de proyectiles simultáneos cruzó el cielo en sentido inverso, de dentro hacia fuera, cuando sus máquinas estuvieron de nuevo listas para devolver el fuego.

Aquellas rocas tardaron unos angustiosos segundos en caer a tierra, con resultados irregulares. La mayoría rebotó dos veces en la hierba, arrancando explosiones de polvo de nieve antes de detenerse. Varias docenas de yunks perdieron la vida en pocos instantes, y una carreta (con sus correspondientes animales de tiro) explotó en una nube de astillas. Otro elefante mordió el polvo, con la testuz aplastada, enredándose en sus propios jaeces. Un artefacto de los Kanes se desarmó en piezas cuando una de aquellas bolas rodantes lo alcanzó de costado, en un rebote cargado de inercia.

La falange de cabeza del Ejército Negro intentó recuperarse: el bosque de lanzas, hasta hacía unos momentos vertical como tendido a cordel, se balanceaba en ondas caóticas.

—Los elefantes están a tiro. —Kamás se volvió hacia su segundo al mando, un hombre llamado Turnak—. Que los arqueros se preparen; quiero que lo descarguen todo sobre esas bestias y en la base de las torres. No debemos permitir que se acerquen.

Turnak salió corriendo a impartir órdenes. Los arqueros empaparon en aceite sus flechas, y un jovencísimo infante, de piernas cortas pero veloces, las fue prendiendo con una tea. Las saetas ardientes se alinearon, formando una costa de estrellas pegada a la muralla, y fueron disparadas a un tiempo, dejando rastros de humo como trazos al carboncillo.

Muchas rebotaron inofensivamente contra las planchas que protegían las torres de asedio (aunque se clavasen no arderían, pues aquella madera había sido sometida al mismo baño de brea que calafateaba los barcos), pero otras encontraron su lugar tras los escudos y prendieron. Varios resplandores de fuego se hicieron visibles tras el blindaje de las torres, pero no eran lo suficientemente potentes como para detenerlas.

Donde sí fueron más efectivas las descargas fue al asaetear a los elefantes. Los animales, a pesar de su armadura laminada, se convulsionaron de dolor, notando la atroz punzada del metal y el fuego en que venía envuelto, y se enredaron en las cadenas que ellos mismos arrastraban. Sus jinetes intentaron tranquilizarlos, pero casi todos murieron atravesados mientras tiraban de las riendas, y se precipitaron de sus lomos entre agudos chillidos. Uno de los animales logró destrabarse de sus arneses y se dio la vuelta, entrando en

pánico y pisoteando a los piqueros en su afán por alejarse de la muralla. Su jinete, al ver que le resultaba imposible gobernarlo, sacó una escarpia y un martillo y lo clavó profundamente en el cráneo del animal, matándolo para que no siguiera causando estragos.

Un griterío de júbilo se extendió por la muralla al percatarse los defensores del desastre ocasionado en la vanguardia enemiga.

—Esto los retrasará un poco —dijo Turnak colocándose bien el yelmo, que había girado al deflectar un dardo.

—No cantes victoria tan pronto —le advirtió Kamás—. Será mejor que afiances tu escudo. Los arqueros se aproximan a distancia de tiro.

Turnak afiló los ojos para distinguir mejor los detalles en la turba enemiga.

Como cuando se mezcla aceite con agua y se amasa consigo mismo formando islas doradas, así aparecían los batallones de arqueros, formando continentes en movimiento dentro de la masa de hombres, partiéndose y juntándose y alzando sus brazos para apuntar. Unos fragores sordos atravesaban el aire, brotando de los espacios indistintos que dejaban aquellos ejércitos al combinarse.

Su vista de soldado veterano se percató además de otros detalles, perlas de sabiduría en medio de un fresco con miles de capas y detalles superpuestos: sobre las torres de asedio, los puntos más elevados del campo, había tarimas móviles en las que habían sido construidos enormes sistemas de señales. Estos se movían y adoptaban distintas configuraciones para transmitir las órdenes de la alta comandancia a los soldados. Desde semejante altura, daba igual a qué legión perteneciera el infante, o en qué punto de la batalla estuviera, que solo tendría que elevar su vista para ver en la distancia aquellas señales. Más cerca del suelo, al nivel de la turba, los oficiales de menor rango usaban banderolas y un complejo código de gestos, cuernos y trompetas para detallar los pormenores de esas órdenes, y hacerlas más inteligibles para la soldadesca de a pie. Además, dividir el terreno en legiones rectangulares servía para dejar canales entre ellas que la caballería usaba para avanzar o retirarse, y para que los zapadores retiraran los amasijos de cuerpos muertos antes de que encharcaran la tierra o entorpecieran el avance de los vivos.

Sí, el ejército del Kan era una muchedumbre gigantesca, pero muy bien organizada. Eso era lo que más le asustaba.

En ese momento... un sonido vibrante, melódico, como una nota extraída de las cuerdas entorchadas de un arpa. Todos los que habían vivido guerras conocían de sobra aquel sonido y sus letales consecuencias: era el gemido que

provocaban miles de arcos al descargar sus flechas, la elástica música de la madera al arrojar la saeta.

Mil flechas tocaron mil cuerdas, un millar de brazos venció la resistencia de los arcos... y una nube de muerte se abatió sobre la muralla y las divisiones que la custodiaban.

Kamás vio aquella nube oscura ascender y ocultar el sol. Por un momento se hizo la noche, mientras las flechas alcanzaban el apogeo de su impulso y la gravedad las reclamaba. Muchos escudos se habían alzado ya para formar un caparazón que las detuviera, pero fue inútil: las saetas erizaron las pieles de buey, partieron la madera y perforaron la carne. Los chapoteos de sangre se hicieron visibles por doquier, y el griterío resultó ensordecedor. No solo hombres, sino también muchas bestias enjaezadas se desplomaron; los arroyos de fuego de aquellos que portaban antorchas se transformaron en torrentes rápidos, y las bien escuadradas divisiones de Sikandar se fraccionaron en distintos pedazos.

Arved se libró del mordisco de aquellas furibundas avispas, pero no así su subalterno, Turnak, cuyo yelmo fue incapaz de detener el paso de una segunda punta. El metal encontró cobijo allí dentro, entre las piezas separadas de su cráneo, y le revolvió los sesos.

Junto a él cayeron otros muchos que habían sido competentes en la defensa de ciudades en el turbulento pasado, como Akopián de Néstida, el hijo de un héroe afamado por la puntería de su honda, y otros que junto a él pensaban arrostrar impávidos los dardos de los Kanés y sus apiñadas huestes. Selló una flecha en la garganta el destino de Nastya, mujer valiente que se ganó el respeto de los hombres en la recrudescida lid, y que había inmolidado con sus propias manos a dos lechones antes de comenzar la batalla. También se precipitó al vacío el cuerpo sin vida de Yúsupov, quinto de trece hijos, a quien su padre había entrenado desde niño en el lanzamiento de la jabalina, en los niveos montes de Cedo. Tres flechas le acertaron en pleno pecho, rompiendo su armadura y empapándola de sangre, cuando elevó su puño cerrado para desafiar a la Muerte.

El supracenturión Kamás agarró por las piernas a un infante herido y lo arrastró bajo un derrame de piedra. Era un muchacho que apenas levantaba quince años del suelo. El astil que sobresalía de su abdomen, hecho de la misma madera blanquecina que la mayoría de los muebles y enseres de la ciudad, delataba su origen. Los arqueros también lo notaron, y algunos se desgañitaron presa de la angustia al imaginarse las consecuencias.

Arved ordenó a las legiones que él mismo comandaba que se mantuvieran a salvo bajo los parapetos, sin arriesgar la vida hasta que la autoridad suprema dictara abrir las puertas y cargar contra el enemigo. En ese momento, a lo largo del camino sinuoso que trazaban los edificios, vio acercarse una comitiva de guerreros bien armados entre la cual destacaba la armadura de otro de los capitanes, Urvisa.

El cabecilla de los leitos trepó por las escalinatas y buscó refugio junto a Arved.

—¡Hay que retirar a los hombres de la plaza! —exclamó, colérico—. Y afinar la puntería contra esas catapultas. Estamos perdiendo demasiadas tropas.

—Lo sé. Los artilleros hacen lo que pueden.

—¿Se sabe algo del general Ulov?

Arved se pasó el guante por el cuello, limpiándose un chorro de sangre que lo había salpicado.

—Está en la sala de guerra. Al volver de la asamblea describió una serie de castas y de profesiones que integran el Ejército Negro, y de las cuales no sabíamos nada. Le preocupa a qué ignotos oficios puedan dedicarse esas personas.

—Malditos bastardos de piel de bronce... ojalá el invierno les congele los huesos y nadie entierre sus cuerpos, para que los Dioses no les reconozcan.

Otra piedra enorme sobrevoló la muralla en dirección a la planicie e impactó sobre una catapulta enemiga, haciéndola pedazos. El artillero responsable de aquel disparo, subido a un alminar, hizo gestos de triunfo a su dotación, que manipulaba el ingenio desde la plaza.

Arved sonrió.

—Poco a poco los iremos desgastando. Cuando ya no les queden máquinas de guerra, vendrán con las torres de asedio. —Un brillo carmesí cruzó de izquierda a derecha su mirada—. Entonces habrán caído en la trampa.

Una segunda andanada de flechas causó menor estrago que la primera, pues los hombres se retiraron donde los alféizares y las rebabas de piedra podían cubrirlos, aunque eso significara abandonar puestos clave de la muralla. Por debajo de la cúpula que formaban los proyectiles, y aprovechando la confusión, los líderes yunk hicieron avanzar a sus tropas. Fueron los primeros soldados que alcanzaron a tocar físicamente la piedra de Sikandar.

Entre ellos se encontraba Qaryat Afif, un capitán al que una refriega contra los soldados norteños había dejado ciego de un ojo^[86]. Pese a la lacra que le dejaba vacía una cuenca, era comparable a los Dioses en su porte, y los hombres lo seguían al más feroz de los combates.

Al sentir en sus dedos la rugosidad de la muralla, el ánimo se le encendió. El caudillo yunk echó un somero vistazo a los muros y buscó un punto muerto entre las filas de arqueros, aquel sólido lienzo defensivo que recorría su contorno. No parecía haberlo, pero las flechas tenían demasiado campo que cubrir como para asegurar bien los flancos.

—¡Adelante! —gritaba, volteando sobre su cabeza un espantoso martillo, asesino de hombres—. Allanad el camino a esas torres, como el Epatnos^[87] arrastra la grava y limpia la hez de la montaña. Traed los arietes y no concedáis respiro al enemigo, pues ninguna tregua habréis de recibir a cambio. Convirtamos esta mañana semejante a un crepúsculo en mortaja para esta ciudad. ¡Venganza y pundonor!

Así habló en su extraña lengua, e inflamó el coraje de los soldados con sus palabras. A su alrededor llovían flechas como granizo de invierno, pero ninguna osó tocarle, ni a él ni a sus hombres, como si tuvieran miedo de penetrar en la campana protectora de su odio.

De entre la muchedumbre surgieron dos enormes bestias, elefantes de colmillos largos y retorcidos que en las tierras gélidas recibían el nombre de mamuts. Nadie sabía de dónde habían salido aquellos seres, ni en virtud de qué crianza habían alcanzado un tamaño tan descomunal, pero nada parecía haber sobre la tierra que pudiera detener su impetuosa carga. Dos arneses los ceñían en el lomo, unidos por largas cinchas de cuero y metal. Colgando de ellas se mecía un gigantesco ariete, tallado con cabeza de carnero y llamas congeladas en madera. A medida que los elefantes se iban acercando con paso veloz a la puerta de la ciudad, el ariete pendulaba desacompañado entre ambos.

Al verlos llegar, los tiradores de la muralla concentraron en ellos sus esfuerzos, esperando detenerlos como habían hecho con la primera avanzadilla. Sin embargo, sobre el lomo de los mamuts se apiñaban docenas de hombres que, imbricando escudo con escudo, formaron un techo defensivo que los protegía del letal aguacero.

Qaryat quiso sumarse al momento de gloria que devendría cuando aquellos animales alcanzaran las puertas. Corrió hacia ellos con el pecho ávido de fama, se aproximó a uno de los enormes mamuts por el flanco y saltó a su grupa trepando por el complicado arnés. Se colocó justo detrás del

jinete que lo gobernaba, pues deseaba sustituirle en caso de que una flecha segara su vida.

Esto no tardó en suceder: una saeta disparada por un tirador anónimo se enterró profundamente en su muslo, rompiéndole una arterial vital. Entre chorros de sangre muy roja, el jinete se retorció de dolor y soltó las riendas.

Qaryat las recogió antes de que cayeran y apartó sin miramientos al herido. Las riendas caían por delante de los ojos del animal, se enrollaban en sus colmillos y acababan en garfios clavados en zonas sensibles de la trompa. El yunk dio un tirón muy fuerte, arrancando un bramido de dolor de la bestia, y consiguió dirigirla con toda su furia en dirección a la puerta de la ciudad. Entre aquel mamut y su gemelo, quinientas libras de ariete pendulaban sin control.

Sobre el adarve, contemplando aquel desbarajuste, se hallaba Arved Kamás. A su lado, el cabecilla de los leitos sudaba de impaciencia.

—Hay que situar la Esfinge en su foso, no queda más remedio —dijo Urvisa, temeroso de que los arietes se abrieran paso—. Convoquemos a los prozdes^[88] y que muevan la estatua.

Kamás estuvo de acuerdo. Contra todo argumento, los Kanes lograrían penetrar en la plaza a menos que los alejaran de allí, bien con aceite hirviendo, bien con otros métodos más contundentes.

—Sí, ya es hora de... pero... ¡espera! —Abrió mucho los ojos—. ¿Qué es eso?

Arved miró estupefacto a las alturas, a la lejana Torre del Homenaje, donde ardía algo más que las arterias del Áquilus.

La propia torre echaba humo por los cuatro costados, tanto de las bóvedas vaídas como de las saeteras. Incluso los ornamentados balcones estaban ardiendo, pintando borrones en la piedra de su machón central.

Era un incendio. El santuario del rey, corazón del palacio, se quemaba.

Un rugido de triunfo traspasó la muralla, proveniente de la planicie. Eran los yunks, que también lo habían visto y lo estaban celebrando: se quemaba uno de los más preciados iconos de la urbe, aquel que hacía de metáfora del poder del rey.

Arved no sabía por qué nefando prodigio estaba sucediendo aquello, ni siquiera si el monarca estaba o no a salvo de la catástrofe, pero sentía desplomarse como si fuera algo físico la moral de sus hombres. Cuando esa

moral desbastada golpeará en lo más bajo, provocaría un sonido equiparable al del mayor trueno que una tormenta pudiera concebir en su seno.

Miró a ambos lados, y fue testigo de cómo los semblantes de los soldados palidecían, las cejas se alzaban incrédulas y las pupilas se dilataban, triste reflejo del miedo que sentían.

En aquel momento, el ariete guiado con mano diestra por Qaryat dio su formidable golpe al portón.

CANTO XXIII

La Batalla de Todo Hombre Vivo

(SEGUNDA PARTE)

1

El pasadizo conducía a una puerta toscamente tallada. La figura de una mujer hueca, hundida en la piedra, parecía el reflejo de una ninfa que se hubiera escondido presa del pánico, abandonando su lugar en el grupo escultórico.

Cordelia entendió que así era: estaba viendo la parte interna de la pared, el reverso de una escultura cuyos ojos contenían minúsculas celosías. Mirando a través de ellas, comprobó que el pasillo que había al otro lado estaba desierto.

Tiró de una cuerda y la puerta secreta se abrió. La princesa sintió un escalofrío cuando abandonó la relativa seguridad del pasadizo, sabiéndose tan expuesta y vulnerable como si estuviera desnuda. Pero no podía quedarse allí dentro. Hesión la había visto introducirse por la larga escalera, y nada le aseguraba que no estuviera bajando en ese mismo instante tras sus pasos. Bogdana habría salido por allí mismo hacía rato, con el bebé en brazos. Que los Dioses los guardaran a ambos, dondequiera que estuviesen. Ojalá tuvieran suerte.

La joven corrió por los pasillos, protegiéndose la garganta del intenso frío que culebreaba por los rodapiés. La vocería de los infantes llegaba a través de las saeteras, delatando a los ejércitos que pugnaban el uno contra el otro con gran encono. ¡Con qué delirio trababan lides que los impelían a destrozarse mutuamente! Mil gargantas de varones entonaban cánticos de guerra, y desataban su pasión cual hueste de ferebras^[89] que hubiese rendido el alma a bacanales sin fin.

Encontró al fin una salida al patio de armas, pero el espectáculo que la aguardaba allí era si cabe más sobrecogedor que el del palacio: el cielo se había resquebrajado y de él llovían rocas enormes como reses y densas cortinas de flechas. Truenos capaces de estremecer el alcázar sacudían los edificios (¡la Torre del Homenaje ardía!) y los mismos Dioses parecían haberse alzado en sus solios para tomar parte en la lid. Se solevantó el viento contra la muralla y se arremolinaron los copos de nieve; el Sol les pasó a todos revista y aprestó las armas guerreras, tanto que ni los fieros ni los cobardes quisieron que olvidara sus nombres la Gloria.

Cordelia localizó el puesto de mando de la milicia, enclavado al otro extremo de la plaza, y echó a correr en esa dirección. Al pasar entre la marabunta de soldados recibió muchas imprecaciones y otros tantos empujones. Los infantes le lanzaban miradas obscenas en el mejor de los casos, o la exhortaban a regresar al refugio subterráneo para cuidar de los ancianos.

Ninguno la reconoció, y difícil habría sido, pues el populacho a menudo distinguía a los nobles por las ropas, no por sus caras. Muy pocos habían visto a la familia real de cerca, y los cuadros que servían para inmortalizar sus rostros se colgaban de las paredes de palacios o de templos para jactancia de los nobles, lejos del alcance de la plebe.

Fue una persona que sí había estado cerca de su familia en numerosas ocasiones quien la reconoció, aunque al principio creyó que sus ojos le engañaban. El general Dmitri Ulov estaba repartiendo órdenes a diestra y siniestra, sus brazos abiertos sobre un gran mapa de la fortaleza, cuando alzó la cabeza para tomar aire y su vista se cruzó con la de Cordelia.

Pasmado, dejó solos a los oficiales y se abrió paso a empujones entre los soldados.

—¡Mi señora! —exclamó, golpeando con furia a un infante que le había propinado una nalgada a la joven al pasar. El hombre cayó de espaldas con la cara manchada de sangre, sin entender lo que pasaba; luego suplicó a los Poderes que lo convirtieran en un miserable insecto cuando reconoció a su general, y más aún cuando vio con qué delicadeza trataba a la misteriosa muchacha.

—Ulov... —tembló ella—, tienes que protegerme, pase lo que pase. Hesión...

—¿Hesión? ¿Está llegando con sus tropas? —preguntó el general, esperanzado.

La joven no tuvo fuerzas para responder. Se dejó llevar hasta el puesto de mando, un salón de curvadas bóvedas que en tiempos había servido para albergar el mercado de la fruta. Cordelia se preguntó por qué los militares se habían trasladado a aquel edificio, recio pero inapropiado, hasta que divisó a lo lejos las ruinas del cuartel. Había sido aplastado por los proyectiles enemigos.

Ulov se encargó de que la proveyeran de abrigo y designó a cuatro hombres para que la escoltaran en todo momento. Con una reverencia, solicitó un momento para acabar de dar instrucciones y regresó a su mapa. Cordelia aceptó gustosa una taza de tisana de corteza y la saboreó, disfrutando del calor que bajaba por su garganta.

Sus ojos, inquietos, no cesaban de moverse de un lado para otro. Miraba a los hombres que entraban y salían, y vigilaba las sombras por si ocultaban alguna amenaza. Cuando alguien pasaba muy cerca de ella se encogía de miedo, antes de descubrir que era algún oficial atareado o un intendente.

No paraba de ver la silueta de Hesión en cada esquina, tras cada obstáculo que se interponía en su línea de visión. Al fin y al cabo, el ustraniano era un asesino tan eficaz como cualquier otro que los militares hubiesen entrenado. Cien criados podían colapsar ahora mismo los pasillos de la Torre del Homenaje, tratando de extinguir el fuego, que ni siquiera serían capaces de verle. Hesión había burlado a los centinelas del castillo usando trucos que solo él conocía, y si Yaroslav no había conseguido matarlo, seguro que los emplearía otra vez para salir.

¿Y si lograba colarse en la Plana Mayor haciéndose pasar por otra persona? ¿Y si se acercaba a ella sin ser visto? ¿Y si...?

La voz de Ulov la hizo dar un salto sobre la silla.

—Relajaos, por favor —recomendó el general—. Aquí no puede alcanzaros ninguna saeta.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Qué conturba vuestro espíritu, mi dama? ¿Por qué no estáis guarecida en el palacio? Mis hombres ya controlan el incendio, que solo afecta a los pisos superiores. Hay cientos de lugares más seguros y confortables que este.

La princesa rio sin ganas. Tenía los dedos agarrotados, más por la tensión que por el frío.

—¿Dónde se halla vuestro padre? ¿Y vuestros hermanos? —El general enarcó una ceja al ver que ella no respondía—. Los eskvarios los habrán puesto a salvo del incendio, ¿verdad?

Cordelia sintió que la tristeza volvía a inundarle el corazón. Entendió que Ulov no hubiera subido en persona a ocuparse del fuego, pues el caos que reinaba en la plaza exigía su presencia en todo momento, pero sintió un repentino impulso de mandarlo lapidar por su incompetencia. El odio que se alimentaba a sí mismo, encerrado en el horno de su estómago, pugnaba por salir y volcarse sobre todos aquellos inútiles que ni siquiera sabían que sus hermanos habían sido descuartizados. Sintió un impulso irrefrenable de gritarle lo que estaba pasando, pero cuando su boca se abrió lo suficiente como para enseñar los colmillos, algo sucedió.

Un sobrecogedor impacto hizo temblar las puertas de la ciudad. Sus goznes vibraron y pequeñas cascadas de polvo llovieron de las juntas; los refuerzos de metal resistieron a duras penas, aunque la madera se astilló por algunas partes.

No solo Cordelia, sino todas las personas que llenaban la ciudad miraron al unísono en aquella dirección. Por encima de la línea del muro ya se adivinaban los pináculos de las torres de asedio, cada vez más cerca de la posición de asalto. El bombardeo se había recrudecido, enviando enormes bolas de granito en ambas direcciones.

—¡Un ariete! —exclamó Ulov, intranquilo—. Mi señora, os lo suplico, esperad aquí. ¡No os mováis de este lugar!

No esperó respuesta, sino que salió corriendo hacia el centro de la plaza, donde los prozdes hacían lo posible por mover el gran icono de piedra que sellaría definitivamente la urbe: la Esfinge Alada.

Cordelia tembló. Los soldados no sabían a qué atenerse: algunos permanecían quietos, otros se desplazaban de aquí para allá con ganas de concentrar sus esfuerzos en algo, lo que fuera. Todos tenían puesta su atención en la puerta. Nadie la miraba a ella. Nadie tenía sus cinco sentidos puestos en lo más importante del mundo: protegerla.

Una silueta corpulenta se desplazó por el límite de su visión. Cordelia saltó de la silla, aterrorizada, y se acercó al guardia de su derecha. Este la miró sin entender. Los ojos de la joven, inyectados en sangre, eran rehenes del paroxismo.

La silueta desapareció. ¿Había sido un espejismo?

Algo pasó cerca de su nuca, provocando un leve soplo de aire que le erizó el vello.

Cordelia soltó un alarido. Los guardias designados por Ulov le preguntaron qué pasaba, pero no les prestó atención. Tenía que salir de allí. En compañía del ejército no estaba a salvo. Seguro que muchos de aquellos

mandos eran todavía fieles a Hesión. La ciudad misma se le antojaba una trampa de muros recios, concebida no para que los Kanes no pudieran entrar, sino para que *ella* no pudiera salir.

Veía traición en todas partes, en cada par de ojos que tropezaban con los suyos, en cada doblez de ropa capaz de ocultar una daga, en cada mano que se aproximaba demasiado a una empuñadura. No podía fiarse de nadie.

—Padre... —rezó—. Estés donde estés, ayúdame...

Solo había una salida: los odhuri. Ese cuerpo todavía le era leal. Tenía que obligarlos a que la sacasen de la fortaleza. No importaba que el ejército del Kan la estuviese rodeando: alguna manera habría de cruzar sus filas sin ser detectados, bien a golpe de espada o bien de oro.

Cordelia se subió a una silla, como cuando era pequeña y se alzaba para igualar la estatura de su padre, y oteó a lo lejos. El patio era un caleidoscopio de color: lábaros, banderas, estandartes, cintas, escudos, cimera, penachos, emblemas... Cien colores se mezclaban en más combinaciones de las que parecía tolerar el ojo. Pero en alguna parte tenían que estar los...

Lo divisó, andando a paso ligero entre los peones de mesnada: un representante del Cuerpo de la Odhuria. Fue un golpe de suerte, pero tenía que aprovecharlo antes de que se esfumara.

Cordelia bajó de un salto de su improvisado otero y se perdió entre la multitud. Un soldado gritó algo cerca de su oído, pero el estruendo era tan desmesurado que ella ni siquiera supo en qué lengua se expresaba. El mismo joven colocó su escudo encima de la cabeza de la princesa y la salvó del impacto de una flecha.

Una nueva andanada caía sobre ellos. Cordelia vio morir a algunos de los hombres que trataban de protegerla. El joven que la había salvado, habiéndose privado él mismo del blindaje, no pudo deflectar un dardo que se le hundió hasta la pluma en el tórax y le astilló la clavícula.

Cordelia lo vio desgañitarse de dolor y desplomarse. Era la primera vez que veía morir a un hombre con tanto detalle, con tanta nitidez: la sangre fluyendo a borbotones, la mirada vaciándose por segundos, el alma que se evaporaba a través de las fisuras de su cuerpo.

—No... *¡basta!* —ordenó, como si su voluntad alcanzara para detener la locura que se desataba por doquier. Aquel conflicto no tenía el mismo aspecto visto desde allá abajo que desde su alcoba, en una torre inalcanzable. La agonía adquiriría otra dimensión. Era cierto que ella misma había ordenado horribles matanzas, pero siempre a terceros y ejecutadas de una forma limpia, precisa, nunca ante sus ojos. Incluso los amantes que escogía entre la tropa en

las noches frías y que Nizni hacía desaparecer discretamente se esfumaban sin suciedad, sin gritos.

La Muerte era algo aséptico para la princesa, más un concepto que una realidad. Pero cuando los soldados comenzaron a caer, manchándola con rociadas de vómitos, su estómago se revolvió aún más que cuando había descubierto los cadáveres de sus hermanos. Una arcada lo vació por completo sobre el rostro de un cadáver. Este aferraba su tobillo con dedos inermes, como si protestara por lo absurdo del cuadro.

No supo bien cómo, pero acabó llegando hasta su objetivo. El grupo de odhuri la vio aparecer entre la soldadesca y la rescató, cerrando filas a su alrededor.

—Por el numen de la Diosa —exclamó el de mayor rango, con los ojos desorbitados. Le recordó a Pulev por el dibujo de sus cejas—. Mi señora, ¿qué hacéis aquí fuera? Este lugar no está hecho para vos, sino para los que van a morir en la cruenta lid. ¿Cómo habéis llegado a...?

Cordelia lo agarró por la túnica, cortando de raíz su cháchara.

—Sacadme de aquí. De Sikandar. Ahora mismo.

—¿De... de la ciudad? P... pero...

—¡Es una orden! Hallad la manera o yo misma os coceré en aceite hirviendo.

Aturdido, el odhuero ordenó a los legados que formaran un anillo defensivo en torno a la princesa. Aún no sabía cómo iba a cumplir aquella absurda orden, pero una cosa era segura: cualquier plan que incluyera salvar a Cordelia empezaba por alejarla de aquella carnicería.

2

Entretanto los Kanés, agolpados alrededor de las puertas, redoblaban sus esfuerzos y pugnaban por conquistar las murallas. Las torres de asedio se acercaban ya, colocadas a la distancia óptima que permitiría tender sus puentes levadizos. Eran como gigantes calafateados que resistían el poder incendiario de las flechas.

¿Cuál Dios, cuál, inspirará mis cantos^[90] para que nombre ahora tantos acerbos casos, tantas pequeñas gestas y tantos caudillos inmolados en el campo de batalla? ¿Qué versos acogerán la pavora de los mancebos destinados a morir en el conflicto que te plugo situar, oh Lesbos, entre naciones nunca hermanadas?

Preocupado por la resistencia de los portones y la fuerza del ariete yunk, el general Ulov movió sus rechonchas piernas e hizo avanzar su cuerpo lo más rápido que pudo, hasta que alcanzó el sendero de la Esfinge. Esta se deslizaba sobre dos canales practicados en el suelo de la plaza, rellenos de aceite. Sumergidas en el líquido, largas hileras de bolas de madera giraban sobre sí mismas, permitiendo que el coloso se deslizara con relativa facilidad en dirección a las grandes puertas. Era una obra de ingeniería atribuida a Renmeth, maestro arquitecto del rey Arkadi y una de las cabezas pensantes detrás del singular trazado de Sikandar.

Varias yuntas de bueyes tiraban de colosales cadenas, asistidas por caballos, mulas y hombres. Ulov se encaramó a la pata delantera de la Esfinge, apoyándose en sus ciclópeas garras, y arengó:

—¡Adelante, hijos de Sikandar! Demostrad que fuertes nacieron vuestros antepasados, y aún más recios nacerán vuestros hijos. Esta es la ocasión de hacer fuerza de músculos, de desplegar los bríos que mostrasteis en pasadas lides. Tirad con toda el alma, pues es para el día de hoy que os concedieron brazos los Dioses en lugar de alas, y robustas piernas en lugar de aletas.

—¡Énekal por el rey! —coreaban los hombres—. ¡Énekal por Sikandar!

Cual la pieza del enramado del buque que va desde la cuadra a proa y popa, manteniendo la estabilidad del esqueleto sin romperse, así aguantó la red de cadenas que, amarrada a la Esfinge, desafiaba su enorme peso. Y fue que, lentamente, el coloso de piedra se deslizó sobre los canales en dirección al vano de la muralla. Finalmente encontró su lugar justo detrás del rastrillo posterior, en un hueco que tenía la forma de su cabeza y hombros y que en cierto modo la había estado esperando desde siempre.

Fueron los minutos más angustiosos que Ulov recordara, pero cuando la cabeza del brutal ariete de los Kanés asomó al fin por el lado interno de la plaza, los prozdes abandonaron su lugar en la fila, corrieron a la parte de atrás de la Esfinge y deslizaron un enorme travesaño que cortaba a modo de freno los canales. Al permanecer más de un minuto apoyada sobre la misma ringlera de bolas, la Esfinge las trituró con su peso, haciendo completamente imposible desandar su camino. Se había convertido en un masivo tapón de piedra que cegaba el principal acceso al patio.

La ciudad estaba cerrada, para bien o para mal.

Los gritos de júbilo llenaron el ambiente. Sintiendo más seguros, los soldados dejaron de empujar la Esfinge, tomaron sus armas y subieron a toda prisa a las murallas. Ulov alzó la vista y localizó a Arved Kamás y al leito

Urvisa, quienes se aprestaban a hacer frente en las almenas a la llegada de la primera torre de asedio.

—¡Defended las posiciones! —gritaba en ese momento Kamás, asegurándose de que los soldados supieran que él también estaba en primera fila. Como líder dirigía a los saecios y a sus primos de la tundra, los menipeos—. Imbricad escudo con escudo y no os dejéis asustar por el enemigo, pues son ellos quienes probarán hoy el veneno de vuestro bronce, no vosotros el suyo.

—Ya están aquí —advirtió Urvisa. Sus manos aferraban una bella lanza por el cuento. Era una pieza de artesanía, aguzada a martillo y vapor en las fraguas de su propia familia, y en cuya superficie un escriba había pintado la historia de sus antepasados. El capitán se sintió orgulloso de poder llevarla en aquel, el supremo trance de Sikandar.

A su lado se agolpó lo mejor de la juventud del Gran Reino: los entrenados para guerrear, los que a porfía se arrojan a luchar con el cesto, los que descuellan en las divinas pruebas de los Juegos, e incluso aquellos que se avilantan en las trifulcas y, refugiados en la ausencia de reglas de la pelea callejera, someten sin gloria a sus enemigos. Todos estaban allí para luchar por sus seres queridos, y para entregar sus vidas en generoso sacrificio si con eso protegían a los que no tenían posibilidad de defenderse solos.

Urvisa rezó por que su valentía no se trocase en un inútil sacrificio en masa. Y no era flaqueza de espíritu, pues se tenía por hombre de bravura intachable. Pero cualquiera que subiera a las almenas, y pudiera ver desde allí la llanura extendiéndose hacia las lejanas montañas... cualquiera que reservase un simple momento para mirar en la distancia, sentiría que su corazón se le hacía trizas y el alma se le caía a los pies. Pues aquel otero era perfecto para ver en perspectiva las legiones de sureños que les atacaban desde los cuatro puntos cardinales: cómo sus cohortes se perdían en las nieblas del horizonte, y los enjambres de soldados y picas se deslizaban sobre la tierra lanzando al aire toneladas de polvo de nieve y hierba triturada.

—¡Énekal por el rey! —gritó, más para darse valor a sí mismo que para sus tropas.

Provocando un trueno cayó el puente de la primera torre de asedio sobre el adarve, al tiempo que reventaba una almena. A través de aquella angosta plancha, tendida sin cuerdas de seguridad a muchos metros del suelo, se desbordó el río de yunks en dirección a la muralla. Consignas y gritos de guerra surgieron de los encendidos pechos mientras los manguales giraban y

las cimitarras buscaban la carne. Los yunks trapalearon por el puente y se lanzaron sin miedo sobre las picas de los defensores, abriendo paso para que los que les seguían pudieran flanquear.

Durante unos minutos la confusión se impuso. Urvisa combatió con la barba hendida por una mueca, con la espada cuando no podía con la lanza. Ensayaba fintas altas y bajas, irritantes como moscas de verano.

Pudo ver en primera fila a dos hijos ilustres de la ciudad: Denekin el Largo (heredero de los penates tutelares de la familia Uspher, conocida entre la burguesía por sus donaciones a la Corona) y Zinenko de Travia (cuyo nombre coincidía con el del héroe de una balada de las tierras altas, del cual se declaraba sucesor).

Ambos combatían con arrojo, como si nada en el mundo existiera salvo la furia.

Arved Kamás se colocó espalda con espalda con el primero y le ayudó a mantenerse firme ante el puente levadizo, a medida que más enemigos iban llegando y la masa de sus cuerpos ejercía presión. Denekin alargó su brazo por encima de varias cabezas y logró reventarle el cráneo a un macero que empujaba desde la retaguardia.

Zinenko, antes de que una lanza hendiera sus grebas y le cercenara una pierna, consiguió empujar a ocho yunks precipitándolos muralla abajo. Luego él mismo cayó, sin que manos amigas lo sostuvieran, muerto por la pérdida de sangre antes de tocar el suelo.

Arved se alongó por fuera de la muralla para esquivar una estocada y vio a los mamuts. Sobresaltándose como quien despierta de un trance, contempló desde arriba el descomunal ariete que sostenían, y cómo se balanceaba con una fuerza capaz de hacer añicos el portón. También pudo distinguir allá abajo al cabecilla Qaryat Afif, quien se incorporaba sobre la montura del coloso y de dos grandes zancadas se encaramaba a la torre de asedio, trepando por sus tablas.

Al verlo subir, Arved intuyó que era un enemigo formidable (un héroe del bando enemigo) y decidió hacerle frente. El pavoroso yunk no tardaría en cruzar aquel puente elevado y plantarse entre los infantes, balanceando su cruel martillo y repartiendo muerte sin distinción, así que se preparó.

Muy cerca, bloqueado por una presa de enemigos, Urvisa se defendía volteando su lanza lo más rápido posible para despejar un perímetro. Aunque habían resistido la primera oleada, obligando a los yunks a retirarse hacia el flanco Norte, más soldados saltaban desde la torre de asedio a la muralla,

lanzando cuerdas con garfios desde los niveles inferiores y escalando el último tramo.

—¡Lanzad los arpones! —gritó Kamás, rogando por que la dotación de los tornos de cabrestante fijo le escuchara—. ¡Hay que derribar esas torres!

El fantasma del miedo planeó sobre su cabeza, pues la situación era desesperada y no quería que la Historia le recordara como el oficial que perdió la muralla de Sikandar a manos de los Kanés.

—¡En pie, saecios, no os amedrente la sangre! —exclamó Denekin el Largo, cayendo cual oso enfurecido sobre la vanguardia yunk—. ¡Empapaos de la violencia que desata vuestra sed de fama, desde ahora hasta que los cauros invernales disimulen las estrellas^[91]!

Varios cráneos aplastó este campeón, y con su grito ardiente desinfló el coraje de sus enemigos. Pero Urvisa, enloquecido por la algarabía, no supo esquivar todas las jabalinas que hacia él apuntaban, y de pronto, con un grito desgarrador, cayó de espaldas: un dardo, volando a semejanza de un negro turbión, había traspasado limpiamente su abdomen.

Denekin vio evaporarse la vida a través de las heridas de su amigo. Arrebatado por la ira, olvidó la prudencia y se arrojó de cabeza contra los yunks que cruzaban el puente levadizo. Lanzó su arma contra el primero, hundiéndosela en el esternón; tras esto colocó las manos en la base del puente, confiando en su locura en que sería tan fuerte como para desencajarlo y arrojarlo al vacío.

Pronto tuvo que rendirse a la evidencia: puede que sus músculos sobrepasaran en tamaño a los de un hombre normal, y fueran capaces de grandes proezas, pero mucho pesaba aquella rampa, a cuya masa había que sumar la de los hombres que cruzándola estaban, y ni tan siquiera haciendo palanca con una barra podría haber logrado su objetivo.

—¡Denekin, sal de ahí! —advirtió Kamás al verlo atrapado entre soldados que llegaban y otros que morían. Sus voces, empero, parecieron cesar como cortadas por una espada.

—No... mi familia no me verá fracasar en tamaña empresa —juró el guerrero—. Mi nombre será motivo de orgullo para mis hijos...

Quisieron los Dioses castigarlo por su arrogancia, pues Denekin se creía vástago del divino linaje, así que cuando se retiró para arrancar una pica de manos de algún cadáver, el azar dispuso que sus pasos lo llevaran hasta el lugar donde una piedra de catapulta estaba a punto de impactar.

Denekin oyó el agorero silbido del proyectil al cortar el viento, miró incrédulo hacia lo alto, y el espantoso hecho aconteció: tanto él como los

cadáveres que a sus pies se apiñaban, más algunos soldados que defendían aquella porción del muro, saltaron por los aires en pedazos, arrebatados por la fuerza con que la enorme roca penetró en la almena.

Los miembros también volaron de Urvisa, caudillo de los leitos. Esa fue la última vez que la Historia habló de aquellos héroes, haciéndolos desaparecer amargamente de las crónicas de los reyes.

3

—Hay un pasaje secreto, cuya existencia le ha sido ocultada al pueblo durante generaciones —dijo Cormal Ruyrin, el maestre odhuro. Se había hecho cargo de la custodia de la princesa en cuanto la trajeron al templo de la Diosa Madre. Por alguna razón, Cordelia no había querido acercarse lo más mínimo al palacio—. Lo llamamos el pasaje del Diente de León. Se encuentra aquí abajo, entre estos cimientos.

Cordelia estaba sentada en una de las suplicandas. Aceptó los paños húmedos que le proporcionaron y se los frotó contra la piel, llegando a hacerse daño, tratando de limpiarse todo el hollín y las salpicaduras de sangre. Pero era un empeño condenadamente difícil.

—Lo sé, hace años fui informada de su existencia —murmuró—. ¿Podríamos usarlo?

—Para cruzar los muros sí... pero el problema vendrá después. El túnel lleva a una zona controlada por los Kanes. Será como escapar de la jaula de un oso para meternos en su madriguera.

—Además, una vez descubierto el acceso, el Ejército Negro podría utilizarlo para entrar en la fortaleza —añadió otro odhuro—. Estaríamos firmando la sentencia de muerte de nuestra gente.

—Eso tiene fácil solución. Derribaremos el túnel a mitad de camino y uno de vosotros se quedará aquí para ordenar a los zapadores que cieguen la entrada —dijo Cordelia, tranquilamente—. Una pared de escombros y una guarnición que la vigile bastarán para sellarlo.

—Pero... aunque consiguiéramos sobornar a los Kanes para que nos dejaran pasar —objetó Cormal— necesitaríamos una importante escolta, mi señora. Tendríamos que viajar muy lentos, pues aunque nuestro soberano conserva bien las fuerzas para un hombre de su edad, una cabalgada de muchas horas sería perjudicial para su salud. Y vuestros hermanos son todavía muy jóvenes para...

—Olvidad a mi familia, ellos no vendrán —zanjó Cordelia—. Yo soy ahora la única heredera del trono. Es a mí a quien os debéis en cuerpo y alma, desde este momento y hasta que pueda regresar a la ciudad para reclamar la corona. Nuestros enemigos han hecho lo posible para que mi linaje desapareciera de las crónicas como bañado en nepente^[92], pero no lo conseguirán. —Apretó los puños—. Todavía queda una reina viva en Sikandar.

En las mientes de los sobrecogidos legados batallaban aún las consecuencias de tales nuevas, cuando apareció corriendo la suma sacerdotisa. Su túnica estaba manchada de sangre.

—¡Aquí estáis, gracias a la Diosa! —resopló Oxana. Sus ojos se deshicieron en lágrimas en cuanto reconoció a su soberana—. Temí que el funesto destino os hubiera alcanzado a vos también.

—¿Qué quieres decir? ¿De dónde has salido, Oxana? No es tuya la sangre que empapa tus vestidos...

—Vengo de las casas de curación, mi señora. Los salones están abarrotados sin que quepa ni un alma más. Cual vomita peñascos desgajados el volcán y se alzan globos de llamas que van a lamer las estrellas, así el fuego se extiende por la urbe y causa estragos en los desprotegidos dormitorios. ¡Necesitamos más recursos, y que los zapadores alcen barricadas para que los incendios no se extiendan! ¡Tenéis que dar la orden!

Cordelia la fulminó con la mirada.

—Oxana, llévanos ahora mismo hasta el pasaje del Diente de León.

La sacerdotisa se quedó callada.

—¿Qué... pasaje?

—Lo sabes bien, pues fue tu predecesora quien confió el secreto de su existencia a mi padre. Necesitamos sortear con premura la muralla.

Ambas mujeres se sostuvieron la mirada en silencio, calibrando el poder que cada una podía invocar bajo aquellas insignes bóvedas. Si el pasadizo había sido excavado bajo la estatua criselefantina, significaba que pertenecía al clero antes que a la realeza. Y aunque por la mente de Oxana pasó en más de una ocasión el usarlo, lo había descartado al tratarse de una idea suicida.

—Conozco su existencia —admitió—, pero solo los locos o los desesperados abrirían en este momento sus puertas. Y no me considero ninguna de ellos.

—No te lo estoy pidiendo, sacerdotisa. Te lo estoy *ordenando*. Me da igual qué codicilos regulen su uso, más te vale facilitarnos el acceso al túnel o mis hombres decorarán con tu cabeza esos candelabros.

Oxana la contempló largamente. Cordelia mantenía alta la frente, belicosa, igual que hiciera su padre en mil combates dialécticos. Era sorprendente lo mucho que se le parecía.

Entonces supo que aquella ya no era la persona a la que había jurado lealtad. Y también que Cordelia no dudaría en arrancarle la piel a tiras con tal de lograr su propósito.

—Acompañadme. —Su voz, un susurro que hacía parpadear las velas—. Os pondré en el camino que os llevará lejos, si es lo que deseáis.

Ni la más mínima expresión horadó la máscara de petulancia de la reina. Callada pero atenta, siguió a la sacerdotisa hasta un lugar a salvo de miradas, un espacio oculto tras el altar. Columnas retorcidas servían de sujeción a sarmientos con hojas de jade y capullos de cornalina.

Acercando la mano a los relieves de una estatua, Oxana pulsó una clave que había permanecido en silencio desde los tiempos del rey Arkadi, y el suelo se abrió.

Los odhuri contuvieron el aliento: habían oído hablar del pasaje secreto, pero ninguno de ellos esperaba verlo en vida. Cordelia echó un fugaz vistazo, y ordenó a uno de los legados que fuera delante. Sus pasos resonaron en una oscuridad que se comportaba como arcilla bajo la luz de la antorcha.

—Saquead el templo. Requisad todo el oro y los objetos valiosos que podáis, y también armas —dijo Cordelia—. Las necesitaremos. ¿Podemos conseguir ropas que semejen las de los Kanatos?

—Sí, mi señora —dijo Cormal—. Tenemos kylasaris de Crimea de las antiguas ofrendas que nos hicieron los señores de los ríos.

—Bien. Traedlos. Nos servirán de disfraz.

Los odhuri se llevaron (ante la aturdida mirada de la suma sacerdotisa) todo lo que de valioso y de pequeño tamaño poseía el templo, y trajeron espadas del cuerpo de guardia. Cormal hizo aparecer en su mano un saquito de terciopelo lleno de monedas recién acuñadas y lo sopesó. Bastaría.

—No sé qué clase de pesadillas han ofuscado vuestra razón, que vaga por lugares extraños —explotó Oxana, sin reprimirse ni un segundo más—, ¡pero no pienso consentir esta herejía! ¿Acaso no saben todos ya que la ciudad es pasto de las llamas? ¿O lo ignoráis y solo consideráis el marcharos dejando vuestro pasado atrás? —Las lágrimas bajaron sin fricción por su mejilla—. ¿Qué sentimiento os abruma más, «reina», el dolor por la pérdida de vuestro padre... o el pánico que adorna con alas vuestros tobillos?

El maestro odhuro estuvo a punto de abofetearla, pero Cordelia le detuvo y dejó caer estas palabras:

—Aunque seas la representante de un poder superior, tus huesos y tu carne me pertenecen, súbdita de Sikandar. Míos son los motivos que me impulsan a hacer esto, y mías serán las consecuencias. Parto en busca de un lugar seguro, es cierto, pero confío en el valor de mis generales para defender la plaza, por muchos años que se alargue el asedio. Será justo, entonces, que vuelva incólume a mi patria como triunfante reina y reclame mi puesto en el áureo trono.

»Pero de ninguna manera estarás aquí para verlo, Oxana, antigua confidente de mi padre. Sacrificaré tu carne a la Diosa que todo lo ama y todo lo acepta, como última ofrenda para que nos ayude en el camino.

Apartó sus dedos de la muñeca de Cormal. Esa fue la señal que sus lacayos esperaban para sujetar a la sacerdotisa por los brazos, acostarla en el altar y hundir el frío bronce entre sus piernas en mitad de horribles alaridos. Los ojos de Oxana quedaron petrificados en una mirada suplicante al rostro de la Diosa, una súplica que buscaba motivos para toda aquella sinrazón.

La reina Cordelia, henchida de soberbia, se internó en la negrura del túnel.

4

Ver morir a los soldados en el fragor de la batalla siempre resultaba una experiencia dolorosa, pero para Arved Kamás, un hombre que se había preocupado en la medida de lo posible por conocer a las tropas como seres humanos, no solo de emplearlas como máquinas de matar, asistir al sacrificio de sus campeones era de lo más desolador.

¿Supo Arved cuánto se había perdido cuando Denekin cayó aplastado por la enorme roca? ¿Supo cuánta experiencia acumulada se esfumó cuando a Urvisa le fue perforado el abdomen con la pérfida lanza? Puede que sí, pero saberlo no le libró del tormento ni la desazón. Más al contrario, le sacudió un frío que heló sus entrañas, pues serían otros hombres menos experimentados los que deberían luchar con denuedo para desbaratar la avanzadilla de los Kanes. Guerreros a los que no estaba dispuesto a confiar su vida.

Un alarido vibró en el aire y se apagó, cuando una figura arrojó una nueva sombra desde la torre de asedio. Una sombra que doblaba a las demás en furor y espanto.

Era Qaryat Afif, que parecía haber venido a triunfar cuando la tenacidad de los defensores hacía aguas. El cabecilla yunk cruzó de un salto el puente levadizo y se plantó en la refriega, matando a muchos norteños con sus

desquiciados martillazos; tal era el ímpetu que, sazonado de espuma blanca, surgía de sus fauces y le goteaba por la barbilla.

Arved alzó una mano y dio la señal. Lejos, en una esquina del adarve, una poderosa arma pivotó sobre su eje, apuntando a la torre de asedio que estaba pegada a la muralla. La balista de doble cuerda disparó, arrojando un arpón pesado que arrastraba una cadena. El proyectil tenía como blanco a la propia torre, a la cual golpeó con fuerza por un costado.

El arpón se incrustó entre las vigas, quedando sujeto a la estructura.

La dotación de la balista fijó la cadena a una argolla que sujetaba dos enormes piedras, colgadas a plomo al otro extremo de una polea. Cuando las dejaron caer con fuerza por el lado interno de la muralla, su masa y el brutal tirón que dieron de la cadena bastaron para que la torre de asedio se tambaleara. Los yunks que quedaban dentro, sin saber lo que ocurría, pensaron que algún dios loco estaba sacudiendo la tierra con su tridente. Pero fue el arpón el que, bien sujeto a las vigas, acabó por derribar el enorme ingenio.

Una bocanada de aire limpio inundó los pulmones de Arved cuando vio desplomarse al coloso, todo madera, astillas y polvo; sus aterrados ocupantes saltaban de los pisos superiores antes de que se hicieran añicos al impactar contra el suelo, aun sabiendo que pocas posibilidades tenían de sobrevivir a la caída. El gélido abrazo del desastre abarcó su formidable cuerpo, y lo hizo caer cuan largo era sobre la llanura, provocando un trueno equivalente al de un pedazo de cielo al desprenderse de su cuna de estrellas.

Más arpones cortaron el viento, y unos anónimos artilleros, al otro extremo de la ciudad, lograron algo aún más impresionante al conseguir que una torre, al caer, impactara contra otra que se había cruzado en su camino, con resultados devastadores. Esto no solo derribaba las torres, sino que eliminaba de un plumazo los montantes para códigos de señales que había sobre ellas, haciendo mucho más difícil que los mandos del enemigo transmitieran sus órdenes al campo de batalla.

—¡Énekal por Sikandar! —chilló Arved, eufórico, cumpliendo con el antiguo rito. Mil puños de victoria se alzaron al viento.

Pero toda alegría se esfumó cuando un enorme brazo se abrió paso entre los milicianos, y el corpachón de Qaryat se plantó ante Arved: oscuro, amenazador, su martillo goteando sangre como una fuente impía.

Arved oyó una trompeta lejana y pensó que señalaba su hora. El fuego blanco de los ojos del yunk se le clavó en la piel, quemándole como una oleada física. Su descomunal martillo empezó a elevarse; promesas de dolor y

sangre jalonaban aquel yunque desgastado por la colisión contra un sinfín de armaduras.

Qaryat lo volteó en un sobrecogedor remolino y lo lanzó contra el torso del supracenturión. Ningún escudo hecho de madera o metal podría haber parado jamás aquella embestida. Pero en el instante crítico, ese en el que los hombres deciden si van a luchar por su vida o van a rendirse al aciago destino, Arved buscó en su interior y encontró algo, una simple chispa: el reflejo de un sentimiento noble. Y se lanzó hacia delante para luchar.

El martillo cayó sobre su hombro, fallando e incrustándose en las baldosas del suelo. Arved sujetó la espada con ambas manos y la hundió hasta la empuñadura en el vientre de Qaryat, quien todavía no se había dado cuenta de lo que pasaba. El dolor ejerció de heraldo, llevándole desde la cintura hasta su cabeza la noticia de que algo malo ocurría.

Al volcar todo su peso en aquella pequeña espada, el cuerpo de Arved se inclinó como para situar su cara justo enfrente de la del enemigo. El yunk lo agarró por el pescuezo. Arved apretaba tanto los dientes que sintió moverse sus raíces por dentro de las encías. Podía respirar el mismo aliento que surgía de las fosas nasales de Qaryat, un hedor rancio, de entrañas saturadas de bilis. El yunk trató de estrangularle, pero Arved giró con todas sus fuerzas la empuñadura y la hoja también hizo girar sus entrañas.

Qaryat aulló de dolor y arrojó lejos al hombre que lo había matado. Con la espada incrustada bajo el ombligo, se volvió hacia la amplia plaza. Recorrió con la vista los batallones de piqueros, muy inferiores en número a los atacantes pero resguardados tras sus legendarias murallas. Y vio la Esfinge Alada, su pecho hundido en la pared haciendo de obturador para la puerta.

Gritó de rabia al entender la trampa que les habían tendido, y se lanzó en un prodigioso salto sobre la mismísima cabeza de la Esfinge.

Arved se incorporó, aturdido, y vio volar al yunk. Lo contempló alzarse como un coloso entre saetas que silbaban a su alrededor, abriendo sus brazos como si quisiera desafiar al ejército de Sikandar. Y sintió un profundo respeto hacia él.

Aquel rival merecía una muerte honorable, por mucho estrago que hubiera causado entre sus filas, pues se había portado como un valiente^[93]. Iba a ordenar que no le dispararan los arqueros, que lo apresaran con vida para concederle derecho a juicio... cuando el propio Qaryat se arrojó desde la cabeza de la Esfinge sobre el bosque de lanzas.

Su cuerpo fue atravesado por docenas de sitios, su sangre espolvoreada por la plaza, su alma cortada en mil pedazos. Se convirtió en una masa de

carne muerta a la deriva en un mar de picas, resbalando de manera inverosímil por aquellas aguzadas olas.

Arved cerró los ojos. Durante unos segundos el mundo se redujo a sonidos y sensaciones, sin colores ni movimiento. Al carecer de la dimensión de la vista se volvió más sereno, inocuo en apariencia, pero olía igual de mal y las voces seguían significando cosas. El mundo seguía estando sucio, mancillado por la locura, aunque él no pudiera verlo.

Arved hizo balance de los acontecimientos: cuatro torres derribadas, muchas catapultas destruidas. Las murallas podrían aguantar hasta que las repararan. El ejército enemigo seguía siendo innumerable, pero estaba contenido al otro lado de aquellos diques de piedra. Habían conseguido el primerísimo y más importante objetivo que él mismo se fijó en la reunión del Estado Mayor, hacía... ¿tan poco tiempo?

Pero cuánto les había costado, por los Dioses.

Oró en silencio por los amigos caídos. Por muy violenta que fuera, aquella no era más que una escaramuza. El primer episodio de un cantar de gesta excesivamente largo.

Cerrándose las trabillas del peto y cogiendo una bandera, gritó a sus huestes:

—¡Adelante, hijos de Sikandar! ¡Haced honor a vuestro juramento!

Y así fueron arrastrándose las horas, unas detrás de otras.

5

Cuando el Sol del día siguiente desapareció y la Luna subió lenta y redonda sobre las brumas del Trigas, la algarabía del combate fue apagándose.

El Ejército Negro se retiró de la muralla. Cual suave bahía en la que rompen las olas que vienen del mar y van a dividirse en profundos senos, dejó un espacio abierto entre las tiendas y Sikandar, un círculo sembrado de miembros mutilados de hombres y bestias, una pradera de astiles de flechas y escudos partidos.

Dos clases de fuegos se encendieron en los lejanos campamentos: uno tenue y amarillo, destinado a calentar las raciones y dar cobijo a los soldados, y otro intenso y rojo, fiero como el corazón de la tierra, que consumía las piras funerarias y purificaba los cuerpos. Ecos de loas distantes remontaron la brisa, llegando hasta los centinelas de Sikandar.

Los hombres pudieron escuchar bellas canciones que honraban a Dioses de los que nunca habían oído hablar, pero que sonaban parecidas a las que cualquiera de ellos entonaba en silencio, en el retumbante oratorio de su pecho. Ora apagado, ora creciente, el redoble de tristeza que coreaban aquellos desconocidos se elevó al cielo... pero el viento acabó arrastrándolo lejos y disipándolo, y después de que la lluvia extinguiera las últimas piras, siguió un profundo silencio.

6

—¡Dejadme pasar! —ordenó Ulov, dando manotazos a los eskvarios y a los sirvientes que se aglomeraban en el pasillo. Su garganta, enrojecida por el continuo griterío, le dolía como el infierno—. ¡Dejadme pasar, hijos de una cabra enferma!

La multitud se apartó como agua ante el inexorable avance de la quilla. Sus consternados rostros, que gritaban sin pronunciar palabras, hablaban del horrible cuadro que el mismo Ulov descubrió nada más entrar en la alcoba del rey.

La sorpresa paralizó su tos.

Manchones renegridos teñían las paredes, vestigios del tremendo incendio que casi había asolado la torre. Restos carbonizados de muebles y tapices yacían por doquier, y también algo mucho más inquietante: cadáveres embutidos en armaduras y con los miembros calcinados.

Ahora todo había terminado. Hasta el Áquilus había sido sofocado; su pebetero humeaba como los restos moribundos de un campamento.

El incendio había tenido su origen allí, Ulov lo presentía. Y fue al distinguir el único amonto de huesos que no vestía armadura, la escultura de ceniza a la que le faltaba una mano, cuando lo supo. Con toda certeza. Y su corazón dio un vuelco.

Eran los restos de su amo.

Apretó con tanta fuerza los puños que se clavó sus propias uñas en la carne. Debido al recrudecimiento de la lid, el general no había podido abandonar el campo de batalla ni por un minuto; esta era la primera vez que subía a la Torre del Homenaje para valorar los daños.

Daños. Rio ante esa palabra. ¿Cómo se podía cuantificar aquello? Eran inconmensurables, totales en el amplio sentido de la palabra. La tragedia,

término más apropiado para lo que estaba sucediendo en Sikandar, no tardaría en abarcar todos sus significados.

La siguiente pregunta era lógica, y obtuvo una respuesta tan angustiante como prematura. Al volverse para interrogar a los guardias, vio que dos de ellos se acercaban con bultos en las manos. Eran sacos de tela que guardaban los restos de unos niños pequeños, los hijos de Maximilian.

Ulov contuvo las arcadas. Que un militar como él, más que acostumbrado al horror de la guerra, notara revolverse su estómago ante la visión de aquellos cuerpos, era síntoma de la angustia que lo embargaba.

Todos los ojos se clavaron en él, buscando una respuesta. Pero Ulov no tenía ninguna. No había explicación racional digna de ese nombre.

—La familia real... —Agarró al oficial de mayor rango por el peto y lo atrajo violentamente hacia sí—. ¿Dónde... dónde están los que faltan? ¿Cordelia? ¿Yulia?

—No... no los hemos encontrado todavía, señor —respondió el oficial, aterrado—. Estamos registrando el edificio, pero no hay rastro de la princesa ni de su hermana. Tampoco hemos dado aún con los responsables de esto, pero no podrán esc...

—Quiero que peinéis la fortaleza planta por planta, edificio a edificio, y que hagáis lo mismo con cada callejuela de la ciudad. Templos, cuarteles, caballerizas, graneros, pozas, cloacas... todo. Inspeccionad hasta el último agujero. Con que solo hubiese un dios que me permitiera, que me^[94]... —Se clavó las manos en la barba—. Encontrad a los responsables de esto o serán vuestras cabezas las que decorarán el adarve de las murallas. ¡*Marchad!*

Los soldados corrieron escaleras abajo, intentando deshacer los nudos que retorcían sus gargantas. La mente de Ulov, mientras tanto, no cesaba de dar vueltas una y otra vez a las mismas preguntas: ¿qué había pasado allí? ¿Cómo pudieron los intrusos burlar con tanta facilidad sus defensas? ¿Cómo es que nadie se había enterado de aquello hasta tan tarde?

—Ejem... me temo que las malas noticias no acaban aquí, señor. —Ulov no se había percatado hasta ese momento de quién tenía a su lado. Era Yuri Weschenjko, príncipe de los oslupes. No lo veía desde la reunión de la cúpula de mando, pero su rostro lampiño le trajo a la mente una anécdota sobre su familia: su padre había sido castigado a no pagar el tributo por tener derecho a llevar barba, y por lo visto la condena se hacía extensiva a sus hijos—. Me temo que los sicarios del Kan también alcanzaron el templo de la Diosa. Mis hombres descubrieron el cadáver de la suma sacerdotisa destripado sobre el altar. Un odhuero dijo que habían sido asesinos del Kan.

—Asesinos dentro de las murallas... invisibles. Ya ni siquiera aquí estamos a salvo.

Ulov rememoró un salmo que entonaban los sacerdotes en tiempos elegíacos:

*Amortaja la oscuridad esta mañana lóbrega
desciende la luz, enraízan las tinieblas
entre nubes se desliza el trueno
que arderá en la carne y se cebará en los despojos.
Llevando rojas las carrilladas
cual chacal que dulce venado devora
comedor de carne cruda, de cuyas entrañas
extrae pasión y fuerza,
así de cabizbajo marcha el caballero
azuzado con blanca ínfula y negro ciprés.*

*Adiós al día, enfrente el crepúsculo
los golpes ajenos a los cascos se pierden en la noche
al sagrario sombrío guiará su destino
pues no resultan para él extrañas
la culpa del criminal, la vergüenza del espadero.
Da las naves al viento
huye de las sedientas playas
y clama por tu perdón
pues a la postrera luz se llamará a los vencidos.
¡Trémulas y cimbreadas sus pomposas cabelleras
caerán los cobardes
arrastrando su ruina por las laderas!*

—Hay que informar de esto —sugirió Yuri cuando se hizo el silencio.

—¡No! —La barba de Ulov osciló, sacudida por terribles pensamientos—. De ninguna manera. Debemos ocultarlo hasta que sea inevitable hacerlo público. El pueblo debe creer en todo momento que su soberano se halla en perfecto estado, o perderá toda motivación para guerrear.

—¿Y qué hacemos? Todos han visto arder la torre.

—Busca a los dobles de Su Majestad, al Cuerpo y a la Voz. Los usaremos una última vez para que el populacho se tranquilice y luego nos desharemos de ellos.

Yuri resopló.

—Espero que los Dioses nos acompañen en esta apuesta. Es mucho lo que está en juego.

Con los ojos enrojecidos, el general mandó sellar para siempre aquella alcoba.

—Pensaba que Sikandar sería capaz de soportar un largo asedio, pero nos hemos convertido en un gigante decapitado, sin frente desde la que puedan sus ojos atalayar la victoria. —Su boca desapareció entre la foresta de la barba—. Ahora me temo que en cuanto bañe la aurora el Orbe con sus fulgores, nuestro destino se decidirá. Para bien o para mal.

CANTO XXIV

La principalía de Hesión

1[95]

Había caído la noche, pero mientras el sueño sometía a todas las criaturas en los campos y en las montañas, otras parecían carecer de párpados, pues en lugar de reponer fuerzas y honrar a sus penates, se mantenían en una tensa vigilia.

Una de esas criaturas era Bashlenky, el antiguo tutor de la Casa de Orfías, que abrazado a los cerdos se acurrucaba en la majada, lastimero por no haberse fugado de la ciudad cuando los Dioses comenzaron a enviarle señales.

El anciano había procurado mantenerse lejos de la refriega, y por cierto que ningún jefe de turba lo habría requerido para trabajar, al verlo tirado en el fango, su piel una sábana que solo marcaba el contorno de los huesos. Pero Bashlenky tenía ojos, y también oídos, y sabía muy bien lo que acontecía en su ciudad. Al ver el incendio que devoró la Torre del Homenaje, sus puños sacudieron el cielo en señal de triunfo, pues adivinó que Hesión había sobrevivido a la dura prueba del Pleomantis, y había consumado su venganza.

Ahora las tinieblas se enseñoreaban del mundo, y la falsa sensación de amparo que traían los gritos de la soldadesca se disipaba. En su pecho, el corazón le palpitaba con bien definidos latidos, como cuando se tiene certeza de la merecida muerte.

—... Y tanto es así, que puedo contar los latidos que faltan para que Ella venga a recogerme en su negra nave —recitó para una claqué que solo veía él—. Cansado estoy, y ya no quiero permanecer en esta tierra ni un segundo más. —Escupió un esputo marrón—. Es gracioso que mi última duda sea: ¿se

agitará mi túnica al viento en cubierta, o boqueará aplastada por la inmundicia de las bodegas, cual en vida me ha ocurrido^[96]?

»Advierto que anda revuelto el mar con gran murmullo, y que las aguas rebotan en los hondos abismos, sacando lo peor de los hombres cuando es precisamente lo mejor lo que necesitan para triunfar...

—*Son sabias tus palabras, anciano. Pero ¿quién resuelve sosegar las alborotadas olas cuando la paz trae desasosiego, y solo en la tormenta encuentra el varón la fuerza para seguir en pie?*

Bashlenky cerró la boca. Sus ojillos nerviosos vibraban en sus cuencas, alevines en una canica de agua, sin saber si había oído realmente aquellas palabras o las había soñado.

—¿Quién eres, espíritu burlón que, disfrazado con la voz de Orfías, vienes a atormentarme? —se atrevió a preguntar.

El silencio se prolongó unos momentos, hasta que la misteriosa voz volvió a retumbar en la majada. Era muy familiar, a la vez que tierna y apaciguadora.

—*Mi hijo me habló de ti, Bashlenky, y me contó cómo le ayudaste en su más triste hora. Si hiciste eso por él, carne de mi carne, no voy a privarte de consuelo en tus últimos minutos. Pues bien sabes ya de Su cercanía, y en lugar de temerla como hacen los hombres, ardes en deseos de probar Su reconfortante abrazo.*

Bashlenky tiritó.

—Loco he debido volverme, pues creo oír la voz de mi antiguo amo, el benevolente Orfías, quien sin duda me aguarda en la Gran Llanura para hablarme de mis pecados...

—*En efecto, Bashlenky, te has vuelto loco y crees oír a los muertos. — Una mano se posó en su hombro, con tanto cariño que hizo llorar al porquerizo. Los animales de la majada dormían tranquilos, y nadie salvo él parecía reaccionar ante la presencia del fantasma—. Mas ¿qué importa, si lo que dicen llena tu corazón y te reconforta en esta tu última hora? ¿Por qué no escuchar a los que se fueron, si los que permanecen no cejan en su empeño de desperdiciar sus vidas en masacres sin sentido?*

—Mi señor Orfías —le tembló la voz—, no sé si esto es realidad o fábula, pero os suplico que me permitáis redimir mi culpa. Dejadme hacer algo antes de que mis pulmones agoten las palabras que les fueron confiadas al nacer, para demostraros que solo sentí amor por vos, y no la felonía de la que vuestro hijo me acusa.

—*Puedes hacer algo, tutor de mi Casa. Puedes tender la vista más allá de estas paredes, de estos muros ennegrecidos, y mostrarme una última visión de*

mi hijo. A él le aguardo en la Llanura, con los brazos abiertos, para que me refiera las hazañas que lo hicieron merecedor de nombradía.

Bashlenky no miró por encima de su hombro para comprobar si el misterioso interlocutor estaba allí o no. En lugar de ello, con los ojos enrojecidos y seca la garganta, alzó la vista hacia el único ventanuco.

—Más allá de torres y almenas, de las agujas que rematan los salones de los poderosos y los estandartes que glosan sus prosapias... veo a dos personas: un hombre valeroso y la mujer que reina en su corazón. No se hallan a la vista de ningún mortal, pues para esconderse de las espadas que los persiguen han subido a la más alta torre, allá donde solo los Dioses pueden controlar sus actos. Y desde semejante otero miran al mundo, ¡a la inmensa planicie que se extiende a sus pies, rebosante de tiendas de campaña y máquinas de dolor, de profetas venidos de una tierra distante y de los cánticos que apaciguan a sus amos! Observan todo esto con infinita tristeza, pues desde allí pueden medir la demencia de nuestros países, los mismos a los que un día honramos y que ahora, para satisfacer las exigencias de un rey enfermo, están a punto de destruirse mutuamente.

»Allá arriba veo a Hesión, erguido junto al estandarte del Águila, que abismado parece en el recuerdo de cosas remotas. Sumerge sus rasgos en un oblicuo parche de Sol mientras unas manos, finas pero enérgicas, le ayudan a vestirse con armas que pertenecieron a monarcas antes que a él, pero que nunca encontraron mejor anclaje para sus correas. Ningún otro guerrero de entre las huestes que asedian la ciudad logra transmitir la sensación de poderío que de él emana, como si supiera ya que su destino, en siglos venideros, será el de ser canción o estatua.

»Todavía no ha acontecido lo que a punto estoy de referiros, mi amo, pero sucederá pronto. ¡El dulce baile del amanecer ya arde en el horizonte!, y Hesión sabe que probablemente será el último que vean sus ojos. Pero no tiene miedo. A su lado se encuentra su amada, y el espíritu de sus padres lo acompaña en su más tenebrosa hora. No, no hay por qué temer, cuando nuestros seres queridos están con nosotros para allanar la senda y conceder brío a nuestras agotadas piernas.

»Son esas manos de terciopelo las que lo visten con canilleras de bronce, ajustan las hebillas y atan las sandalias, que no harán tropezar a su portador en la batalla sino que lo mantendrán incólume cuando los ejércitos huyan tumultuosos por el prado. De mil desgracias protegerá su pecho la espléndida coraza, muralla de hombres y santuario de almas, que la Aurora del azafranado velo trajo en una nube^[97]. Danzas ejecutaron los martillos que a

fuer de sudor y llama la fraguaron en los crisoles, más que desordenadas caídas de brazos, pues quiso el artista imprimir en aquel lienzo las hazañas de figuras del pasado. Como se pasan las páginas de un libro bien encuadernado, así iba añadiendo el maestro tantas capas de mineral como párrafos laureaban los hechos de los reyes: estaño para recordar los días de Arkadi, el rey que perdió la ciudad de Nargrevo por culpa de la mezquindad de sus hijos; cobre y valioso oro por los días de Inorium, el libertador de las fronteras boreales, que decidió casarse con una hija de la tierra y condenar a su linaje a ser reconocido solo por los sauces y los lobos; hierro indestructible por las doncellas que resistieron en Brest, comarca execrada por los Dioses, que viendo esparcidos hermosos rebaños, los entraron a cuchillo y dispusieron en el collado sus hogueras sin saber que la carne pertenecía al dios Volos. Y por último viento, ¡frío y conciliador viento, que del fuelle manas y concedes paz!, por el numen del Gran Reino y los días aciagos que estaban por venir.

»Se embute la espada en tortuoso engarce sobre el pteryges, la amplia faldilla, que sus muslos mantendrá a salvo de las lanzas sin coartar su ansia de correr libres, esquivando amenazas y sorteando arrecifes de cadáveres. *Forjadereyes* será la que rellene esa vaina, grande su peso y denso su metal, portadora del llanto, defensora del Reino e instrumento de su ruina.

»Con un gran escudo redondo, tan pesado que pocos hombres serían capaces de levantarlo, es recubierto el brazo del corazón. Este escudo, fortaleza de hierro, baluarte de un solo hombre, a través de varias generaciones fue forjado. Dispuestas las hileras de infantes en su superficie como briznas de hierba, en defensa de una ciudad que bien se parecía a Sikandar en su magnificencia, así figuró el orfebre las legiones del rey.

»Una vez se ha ceñido el escudo, el guerrero recoge su yelmo esplendoroso aferrándolo con ambas manos, pues así lo estableció el anakeion^[98]. Ekuunas llaman a esta obra de arte, pues tres figuras equinas modeló el artista elevándose sobre la esfera que besa el cráneo: la primera un cruce entre yegua y ninfa, la segunda un semental al que ninguna silla constriñó jamás el cuerpo, y la tercera un hipogrifo congelado en mitad de un salto, como si quisiera echar a volar fuera del casco. Las crines de estas figuras nacen de sus lomos pero se funden en una mata dorada, que caerá sobre la espalda del guerrero como una pincelada de seda.

»Émulo de la estatua de mármol, Hesión viste su cráneo con el metal y dedica una última mirada a su amada, una mirada que es a la vez despedida y reencuentro. Ninguno de los dos es un ser perfecto, ninguno es un dios que camina con pies mortales ni tiene su porvenir escrito en el libro del Destino.

En el fondo solo se trata de un hombre y de una mujer. Ambos tienen pecados que deslustran su fama, y bien saben que en su día cometieron crímenes por los que la mayoría de los príncipes son borrados de la Historia. Pero allí están ahora, en la cima del mundo, y de su valor depende el sino de innumerables seres.

Bashlenky arrastró la lengua por sus labios. Hacía lustros que no hablaba durante tanto tiempo ni tan elocuentemente.

Cogió un pedazo de nieve que había caído por una grieta del tejado y lo usó para hidratarse. Por fuera de la majada caían copos de un blanco brillante.

—Tal es lo que ahora veo, y así os lo he referido, mi señor. ¿Basta este humilde gesto para aplacar vuestro enojo?

—*Ves enojo donde solo hay sosiego, amigo mío. Te agradezco mucho esta última imagen de mi hijo; puedes estar seguro de que la llevaré conmigo cuando regrese a la oscuridad. Me has entregado un tesoro, una perla que brillará con luz propia en el Inframundo.*

—Ojalá existierais de verdad, y esto no fuera un delirio de mi mente. ¡Dioses de caprichoso designio, aplacad mi sufrimiento y permitidme fenecer no enterrado en esta majada, sino respirando el aire de mi tierra! —Se volvió hacia el fantasma de Orfías, pero no levantó la vista del suelo—. Concededme, señor, esta última voluntad. Quisiera ver por última vez mi casa y mis montañas, mis... —su voz se fue diluyendo— mis lagos y mis bosques...

—*Los verás con la misma facilidad con la que has visto a mi hijo y has predicho sus actos. Ante ti los tienes, Bashlenky, allí el angosto sendero que conduce a la cumbre de Vorolk y a tu pueblo natal, Andurov, y más allá las dulces aguas del río, que en cascada se desploma hasta el maternal regazo del valle. ¿No los ves? No hace frío, porque el Sol se derrama como una caricia sobre las cumbres heladas. Bajo la silenciosa sinfonía del arcoíris te hallas, buscando inspiración para tus versos entre el baile de la hierba y el hálito sedoso de la brisa...*

Bashlenky cerró los ojos, dejándose llevar por la magnífica estampa, y fue respirando cada vez más lentamente, dejando atrás las preocupaciones y las penas.

Gozó de un último instante de paz, inhalando la brisa de los campos de Andurov y la fragancia de sus flores, y con un último suspiro que sonó a recuerdo exhalado por sus arterias, murió.

Había empezado a nevar. Las nubes se deslizaban rápido y dejaban entrever corrientes de estrellas, algunas de las cuales se transformaban también en copos y se mezclaban con la ventisca.

En completo silencio, unos barcos de escaso calado se acercaron al campamento de los Kanes y atracaron en las orillas del río. Abhâz fue despertado por sus hombres en cuanto los marineros pusieron el pie en tierra y comenzaron a descargar unas vasijas de barro.

—¿Dónde están? —preguntó el dignatario, cazando copos al vuelo como mariposas y restregándoselos contra la cara, para despejarse.

Uno de los guardias respondió:

—Cerca, junto a la fraternidad de Erdenet.

—Guíame.

Abhâz se abrigó con sus pieles de reno y siguió al centinela. Algunos animales relinchaban nerviosos, como si intuyeran que algo nuevo pasaba. Sus cuidadores salían a toda prisa de las yurts^[99] y entraban en los cercados para hacerlos callar. De ningún modo querían revelar mediante luces o sonidos a los arqueros enemigos dónde se encontraban sus cuadradas, ahora que todo estaba apagado y en silencio.

Al pasar junto a una tienda, sin embargo, Abhâz hizo un alto. Era débil y hueco, pero había creído escuchar un lamento surgiendo de su puerta. Hizo una señal al yunk para que esperara y entró sin avisar.

Dos pares de ojos se volvieron hacia él. Sus propietarios estaban limpiándose las manos en unos paños de gamuza, lavándose la sangre. Sobre un potro de madera, en el centro de la tienda, yacía un prisionero, desnudo y con la piel arrancada a tiras.

Abhâz lanzó una mirada gélida a los dos yunks, más fría que la temperatura que hacía gemir el metal en el exterior.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Acaso no di orden de que se tratara bien a los prisioneros y se les suministraran mantas?

El maestro torturador bajó unos grados la cabeza. Escondiendo las manos a la espalda, replicó:

—Lo siento, mi señor, pero estos perros están invocando las leyes del rybalsán. Se nota que algo aprendieron de nuestras costumbres mientras quemaban nuestras ciudades...

El dignatario dio un paso al frente.

—Cualquiera que invoque rybalsán tiene derecho a un juicio. —Midió a su subalterno con la vista—. Es una renuncia a su religión para abrazar la nuestra. Eso merece respeto, no tortura.

—¡Lo están solicitando para librarse de su castigo! —opuso el yunk—. ¿Es que no os dais cuenta? No son más que perros herejes que buscan una salida a su infortunio.

—Solo le estamos convenciendo para que no miente a nuestros Dioses en vano... —dijo el segundo hombre, sonriendo.

Abhâz se aproximó al potro. El desdichado reo alzó la vista y se encontró con aquellos ojos inmensos, inteligentes, que lo miraban sin pestañear. Quiso hablar, pero ya no tenía lengua con la que articular palabras. Los yunks se la habían arrancado con una tenaza no hacía ni un minuto.

Abhâz concluyó su movimiento apartándose la capa del brazo. Fue un giro preciso, fulminante, que pintó de rojo su puñal al penetrar en la garganta del torturador. Este cayó, primero de rodillas, luego cuan largo era sobre la alfombra. Su ayudante miró aterrado al dignatario, antes de salir corriendo y encontrarse de frente con la espada del centinela.

—No somos bárbaros —gruñó Abhâz, secando su puñal incrustado de pedrerías en la gamuza—. Rybalsán debe ser siempre sagrado, lo honremos nosotros o lo honren ellos. —Miró al centinela, que tenía dos graciosos montones de nieve sobre los hombros—. Encárgate de limpiar esto y lleva al prisionero a los físicos. Que hagan lo que puedan por él. Iré solo hasta las naves.

El yunk hizo una reverencia y cumplió la orden. Su amo atravesó en silencio lo que quedaba de campamento hasta llegar al Trigas, rumiando pensamientos. En efecto, ellos no eran bárbaros, aunque algunas tribus y fratrías se empeñaran en demostrar lo contrario. Los dominios del divino Magnus eran inmensos, no tanto como los de Maximilian pero sí más heterogéneos. Había castas que no hacía mucho devoraban los cadáveres de sus enemigos, sometiéndose a ritos que pretendían absorber su experiencia vital y sus conocimientos. A Magnus le había costado cambiar eso. Solo asumiendo dones celestes, declarándose encarnación directa de su Dios y avatar de sus poderes en la Tierra, había conseguido erradicar algunas costumbres que llevaban milenios arraigadas.

Llegó al margen del río cuando estaban desestibando los primeros barcos. Grandes montones de vasijas, precintadas con cera y cáñamo, fueron cuidadosamente colocados en la ribera.

Abhâz hizo un gesto de aprobación a los marineros Yian-sun para que siguieran trabajando, y se acercó al oficial de ojos rasgados que hacía inventario.

—Ya era hora de que llegais. ¿Cuántas habéis traído? —preguntó el dignatario.

—Lamento el retraso, noble señor, pero aún quedan acuartelamientos norteños a lo largo del río que albergan pequeñas guarniciones. Nos está resultando difícil sortearlas.

—¿Cuántas vasijas? —se impacientó Abhâz.

—Cinco veces cien.

—Estupendo. —Se frotó las manos, tanto para mitigar el frío como relamiéndose ante la perspectiva de victoria que aquellas ánforas traían consigo—. Bastarán por ahora, aunque habrá que traer más. Repartidlas de inmediato entre los artilleros y que se preparen para situar las catapultas que queden enteras. —Sus ojos se afilaron cuando oteó en la distancia, allá donde las nubes y la nieve silueteaban el masivo contorno de la ciudad—. Antes de que amanezca, llevaremos el calor del fuego a esta noche gélida...

El estruendo logró enlazar a la perfección con el final de su pesadilla.

El general Ulov había logrado conciliar el sueño, algo tan meritorio en aquellas circunstancias como alejar las torres de asedio de la muralla. Ni siquiera fue premeditado: se derrumbó en un taburete, hizo el amago de quitarse el peto, y cuando sus manos se encontraban a medio camino de las trabillas ya estaba roncando.

Fue un sueño difícil, lleno de muerte, de vísceras, de cetros de reyes que colgaban herrumbrosos de los cadalsos. Se vio a sí mismo corriendo por un bosque de turbantes y cimitarras, asestando golpes a soldados enemigos que tenían cuerpo de oso y cabeza de serpiente. Alguien gritó: «¡Cuidado, flechas nocturnas!», y hubo un estrépito que a punto estuvo de despertarle. Vio un grupo de genios jinni que revoloteaba entre las nubes transformando con sus siniestros poderes la lluvia en saetas pintadas de negro, que no se veían caer en la noche.

Fue precisamente al reventar las primeras bombas cuando esos jinni arrancaron pedazos del cielo y los arrojaron contra la desvalida Sikandar.

—¡No! —gritó Ulov, saliendo de la pesadilla como el hombre que, medio ahogado ya, saca su cabeza por encima del agua.

Su mente hizo un breve repaso a lo que era real y lo que no: los genios no, los osos tampoco, el estruendo sí. Había ceniza en el ambiente y un contrapunto de crepitar de llamas. ¿Más incendios?

Ulov abandonó con premura el cuartel. Guiñando todavía, sus ojos recorrieron un panorama desolador.

Las campanas tañían arrebatadamente. Una constelación de fuegos lejanos y anaranjados se había encendido en el campamento enemigo. Luego despegaron de la tierra, describiendo parábolas que los llevarían a caer de nuevo sobre la ciudad. Tenían forma de grandes piedras bañadas en llamas, corintos incandescentes que explotaban ocasionando enormes daños.

Los soldados corrían sin orden ni concierto, algunos cargando míseros cubos de nieve, otros huyendo de su propio miedo. Los animales relinchaban mientras la nieve caía en avalanchas de los aleros. Ulov observó impotente cómo llovían aquellos proyectiles incendiarios: los vio impactar contra los edificios, abriéndose en flores de fuego que lamían las fachadas. Vio estallar las vidrieras y derrumbarse los alminares. Escuchó a las lenguas de fuego dialogar entre sí en un idioma violento, cuya gramática estaba hecha de calor y aceite y cuyo verbo era ruido y furia.

El general se topó con Yuri Weschenjko frente a la puerta del templo, impartiendo órdenes sobre una tarima desde la que podía vérselo bien. Se acercó a él abriéndose paso a codazos.

—¡Weschenjko! ¡Aquí!

El príncipe de los oslupes le ayudó a encaramarse a la tarima. Ulov se dio cuenta de que era el altar exterior del templo, el reservado a la plebe.

—¿Estáis bien, mi señor? —preguntó Yuri.

—A duras penas. ¿Con qué nos están atacando?

Yuri se peinó hacia atrás la greña. Unos cortes superficiales teñían de rojo su mejilla, sin duda producto de las flechas nocturnas.

Así que no fue del todo un sueño, se asombró Ulov.

—Durante uno de mis viajes a las Ciudades-Estado del Oriente... oí hablar de un aceite mítico que prende como el de copaiba —dijo—, pero al que no le resulta perjudicial el agua. Más bien se alimenta de ella para arder con más intensidad.

Ulov miró los cráteres que las bombas dejaban en el patio, y vio al fuego prender sobre la nieve, extendiéndose por ella como las llamas se aposentan de forma natural sobre la brasa.

—Nieve ardiente... —murmuró—. ¿Qué más prodigios nos quedan por ver antes de que acabe el día?

El silbido del proyectil los avisó un segundo antes de que impactara contra el templo, atravesando el períptero que lo engalanaba. Su enorme rosetón estalló con violencia en millones de pequeños fragmentos.

Mientras una granizada de cristales caía sobre ellos, un abanico de fuego se expandió por la fachada. El general saltó a tiempo del altar. Mientras rodaba, pudo ver a través de los portones del edificio cómo los fragmentos de roca golpeaban la enorme efigie de la Diosa, arrancándole uno de sus brazos. Este apéndice cayó de una pieza sobre un grupo de hombres que cavaba en la base de la estatua. Dos de ellos murieron aplastados, pero el que parecía detentar la máxima autoridad, ataviado con una toga de odhuro, ordenó al resto que siguieran trabajando.

Ulov fue incapaz de encontrarle un sentido a aquella escena. ¿Zapadores trabajando dentro del templo, guiados por un odhuro? ¿El mundo había terminado por volverse loco, o es que el intrigante cuerpo de espías tramaba algo?

La ira sacudió su pecho. Se disponía a entrar en el recinto para exigir una explicación cuando un nuevo estampido llamó su atención, seguido de otro y de otro más.

—Por el estandarte del Águila, ¿qué está ocurriendo ahora?

—¡Mirad, en la sección Oeste! —avisó Weschenjko, sacudiéndose las esquirlas de vidrio de la armadura.

Ulov se volvió en redondo: una sección entera de la muralla temblaba por los impactos de los proyectiles. Las bombas ardientes se habían acabado, y ahora las catapultas se concentraban en una franja del muro, Ulov supuso que aquella que los ingenieros enemigos consideraban más débil.

—Ah, no; no vamos a daros ese placer —masculló el general mientras obligaba a su orondo cuerpo a correr hacia una torre. Cuando la coronó y pudo otear más allá de los muros, no tuvo más remedio que soltar un gemido.

Los países conjuntos que gobernaba el Kan estaban a las puertas, apelotonados en una masa indistinta de carne y metal. Nuevas bestias, colosos de las estepas con largos y retorcidos colmillos, seguidas por masivas criaturas coriáceas que exhibían cuernos en su frente, arrancaban los tablones de lo que quedaba de las puertas dobles. La Esfinge misma, pese a su tonelaje, vibraba con las embestidas que sufría desde el exterior. Daba igual cuántas cascadas de aceite hirviendo volcaran los defensores sobre ellos, siempre llegaban más soldados para reemplazar a los anteriores y rehacer la vanguardia.

Era una muchedumbre que parecía no tener fin, que se multiplicaba a sí misma hasta el infinito y no dudaba en pisotear a sus muertos. Solo una brecha separaba en dos mitades aquella avalancha humana, la que el mismo Ejército Negro abría ante la sección Oeste de la fortaleza. Las pocas catapultas que les quedaban concentraban sus fuerzas en aquel punto. Bordeando sus conos de fuego avanzaban las torres de asedio, junto a centenares de arqueros con las aljabas rebosantes de munición que hacían algo más que disparar: también arrojaban cuerdas rematadas por garfios, mientras los zapadores cavaban y los ingenieros elevaban larguísimas escaleras cuya altura resultaba difícil de creer.

Y mientras tanto, las piedras volaban, las flechas negras aparecían de la nada cayendo desde un cielo encapotado, y los hombres no cesaban de gritar, como si con ello pudieran espantar al ominoso espectro del desastre.

—Ni... ni siquiera han esperado al amanecer para atacar —balbuceó Ulov, pequeños riachuelos de sudor corriendo por sus sienes. En sus décadas de experiencia en combate jamás se había encontrado con una situación semejante—. Esos salvajes... no tienen la más mínima noción del honor en la guerra. ¡Oh, Yaroslav, gran campeón del Reino, azote de los herejes de piel oscura, ¿dónde estás?!

—¡Quitaos de ahí! —advirtió alguien. Unos brazos lo apartaron con brusquedad del parapeto, donde un segundo después se clavaron media docena de flechas. Ulov vio a Yuri entre nieblas. Las canilleras cacheteaban en sus tobillos: su extenuado cuerpo no podía moverse ni una pulgada más.

—No... no conocen el honor... el arte de la guerra, lo que nos enseñaron nuestros antepasados... —repetía una y otra vez. Cuando miró hacia su mano izquierda, contempló con simpatía el astil de una flecha que la había atravesado. Ni siquiera notaba el dolor, aunque debía estar por allí, friccionando contra su cráneo. Miraba su propia mano como si fuera la de un muñeco.

Ulov sufrió un colapso. No paraba de visualizar los pedazos rotos de los cristales que representaban a sus tropas, aquellos que Yaroslav había revuelto en la sala de guerra. Desorden e indisciplina, predijo, y eso era lo que estaban cosechando. Aquel día odió al carnicero de Yakra; ahora imploraba su presencia como un bálsamo en la noche.

Yuri lo sacudió por los hombros, intentando hacerle reaccionar.

—¡No os derrumbéis ahora, mi señor, necesitamos órdenes! ¿Dispongo a las legiones frente a la muralla? ¿Preparo a la caballería para una carga?

Ulov parpadeó. El horizonte se inclinaba poco a poco; los cuernos resonaban por la llanura, enviando órdenes en clave a los distintos ejércitos que se combinaban para formar la marabunta. Y la gente... la gente se empeñaba en hablarle, en decirle cosas que no tenían sentido...

—¿Preparo a la caballería, señor? ¡Por el amor de la Diosa, miradme!

... que no tenían sentido, pero él las escuchaba de todos modos. Alguien tiraba de su brazo; el dolor, el dolor llegaba como un escudo que lo protegía del avasallador estruendo del combate; el dolor atenazó su columna con un látigo de fuego, pero no podía darse por vencido, él era general...

—¡No corráis, malditos cobardes, mantened las posiciones! —gritaba Yuri—. ¡Los que huyan serán ahorcados! ¡Apuntalad el muro!

... de un ejército en desbandada, hombres que huían dándolo todo por perdido, y los martillazos del dios de la guerra que seguían cayendo, inmisericordes, sobre la muralla, pues nadie tenía ya un motivo por el que luchar, porque...

Porque...

Porque...

Los sonidos se atenuaron.

Ulov se incorporó, repentinamente lúcido. Apartó de sí las manos de los infantes que intentaban socorrerle y miró a un punto muy concreto, en el mismo corazón del palacio.

Intrigado, Weschenjko le imitó, estrechando sus párpados para centrar la vista en una figura que apenas se distinguía entre la nieve y el humo.

Una silueta se erguía en toda su majestad sobre uno de los tejados del palacio, contemplando el panorama. Llevaba una espada desenvainada en las manos, y aunque se apoyó en ella mientras calibraba la situación, comenzó a levantarla muy lentamente, asegurándose de que todos los hombres y mujeres de la ciudad asediada, jóvenes y viejos, sanos y heridos, comprendían su gesto.

El general Ulov estuvo a punto de sufrir un desmayo, pues aquella sombra gloriosa, aquel hombre vestido con una armadura digna de Dioses, esgrimía a *Forjadereyes*. Y tal y como predecía la leyenda, la estaba usando para salvar a Sikandar del desastre.

Era el rey.

Ya en esto la naciente Aurora, dejando el purpúreo lecho de Titón, esparcía sobre el mundo nueva claridad, casi una burla en aquella oscuridad sin tregua.

Hesión contempló el horrendo panorama de caos y destrucción, a las masas humanas que se fusionaban unas con otras para volver a desintegrarse segundos después, y durante un instante su ánimo flaqueó. Lo que estaba a punto de hacer podía salvar su ciudad o destruirla por completo, pero... ¿era digno de asumir esa responsabilidad? ¿Estaba en sus manos resucitar la esperanza de todas aquellas personas o acabar de sepultarla?

Miró a su derecha. Allí estaba Eithne, su cabello y sus ropajes ondeando al viento. Era tan hermosa como el amanecer del nuevo día.

Ella le dio la fuerza de ánimo que necesitaba.

Hesión alzó lentamente un brazo, la espada lustrosa tendida hacia delante; la multitud elevó un griterío sordo desde el patio, y formó una única masa bajo el palacio. Oleadas de vítores encendieron la chispa de la esperanza en sus corazones, casi extinta ya.

Valnius refulgió con los primeros rayos del Sol, e incluso el Ejército Negro detuvo durante breves momentos su avance para contemplar aquel prodigio.

Abhâz y los otros patriarcas de las fraternidades lo vieron, y se preguntaron qué significaba: qué hacía aquel simple soldado portando la piel de los Dioses, haciendo germinar la semilla del valor en una raza que se sabía al borde del exterminio.

Dicen los antiguos escoliastas que hubo momentos en la Historia que justificaron por sí solos la existencia de la especie humana. Momentos en los que todo parecía perdido y solo de sangre y de cadáveres iba a quedar cubierto el mundo... pero que pudieron cambiar por la voluntad de un solo hombre. Aquel fue uno de esos momentos, de esos puntos de inflexión en la trágica saga de los mortales.

Hesión alzó la espada de los reyes y una leyenda tan antigua como el mundo se hizo realidad. Los hurras y los gritos de furia se multiplicaron hasta alcanzar un volumen que dañaba los oídos. Los ejércitos de Sikandar corrieron, pero esta vez en dirección a las almenas, de regreso a sus puestos de defensa.

Perdido todo el miedo, una vez sus catapultas lograron lo imposible, abrir una brecha en la muralla, los soldados del Kan se encontraron con que al otro lado les esperaba un mar de lanzas, enhiestas y refulgentes. Los sikandianos

miraron a las huestes de Magnus con desdén, pues tenían a aquella figura legendaria para guiarlos en la cabalgada final.

Desde su atalaya, Ulov fue testigo de aquel prodigio y lloró. Aún estaban en inferioridad de dieciocho a uno con respecto al invasor, pero habían recuperado lo más importante, lo único que podía mantenerlos con vida: la esperanza. Y lo único que no podía faltarle a la vida, el honor.

Él mismo partió el astil que atravesaba su mano y ordenó a los físicos que se la vendaran. En su mente batallaba la alegría con una duda tormentosa: había visto con sus propios ojos el cadáver de Maximilian allá arriba, en sus habitaciones, así que... ¿quién sería aquel guerrero misterioso? ¿Quién había osado robar la armadura sagrada para vestirla en la lid?

¿O es que acaso los Dioses habían concedido al rey el don de volver de entre los muertos, para que descargara toda su ira sobre Magnus?

Lo siguió con la vista cuando el guerrero bajó del tejado y se mezcló con la multitud. Su porte era impresionante, pero nadie podía ver su rostro, oculto por el esplendoroso yelmo.

Ulov bajó también a la plaza y se acercó a él todo lo que pudo, intentando descubrir quién era. Pero no había forma. La sección Oeste del muro se había derrumbado y el Ejército Negro pronto se desbordaría a través de la brecha, por lo que las legiones controladas por los campeones del Reino se estaban agrupando en la zona. Había llegado la hora de utilizar el grueso del ejército, arriesgando el todo por el todo, en lugar de solo los ingenios de combate y los arqueros.

El rey montó en un robusto caballo de guerra, portador de férrea barda y capizana. Alguien le proveyó de dos lanzas, que aseguró en la cuja a poca distancia de sus manos. Hizo una señal a los capitanes para que lo siguieran y cabalgó hacia la brecha, decidido a salir del alcázar por la misma entrada que se habían fabricado los Kanes, para así encararlos de frente.

A medida que avanzaba se iban añadiendo a la columna principal otros destacamentos: caballería de leitos, milicia y piqueros saecios, hacheros, infantes y arqueros oslupes, así como otros hombres y mujeres de castas menores. Cuando el caballo del rey alcanzó la muralla, ocho mil soldados se alineaban en sesenta filas a su espalda, dispuestos a vengar todas las vidas que se habían perdido durante el día anterior.

Volviéndose por última vez, el monarca agarró una de sus lanzas y, sin apearse, trazó una línea recta en el suelo.

—¡Hijos de Sikandar, escuchadme ahora! —gritó—. No penséis que habrá más oportunidades para detener al Kan y a sus esbirros. Los Dioses han

querido que sea este el día en que todo se decidirá para nuestro pueblo, presente y futuro, y nada podemos hacer nosotros, simples mortales, para oponernos. Durante años hemos esperado la llegada de este ejército, y estamos preparados para hacerle frente. Que no os amilanen ni su tamaño ni su bronce: pensad en los amigos que cayeron, y en aquellos a quienes su bizarra virtud elevó a los astros. Que os den la fuerza que necesitáis para sobrevivir. —Señaló la raya del suelo—. Nosotros somos, aquí y ahora, la última línea de defensa. Ya no se puede retroceder más. No rendiremos ni un solo palmo de terreno porque significaría el desastre. A nuestra espalda se refugian nuestras familias, hijos, esposas y padres ancianos. Vosotros sois su escudo, su muralla, el único milagro que los salvará de la esclavitud o la muerte. Ningún rapsoda escribirá jamás una canción que hable de sikandianos que retrocedieron ante tamaña empresa. ¡Trazaremos la línea, aquí y ahora!

Ulov, cerca de la vanguardia de la formación, creyó percibir un deje familiar en aquella voz. Sin duda no era la del rey Maximilian, pero... ¿de quién? ¿Por qué se le antojaba tan cercana, y a la vez tan terrorífica?

—¡Adelante, hijos de Sikandar! —gritó el rey con voz tonante—. ¡¡Por el honor y la inmortalidad!!

Ocho mil gargantas tronaron y el ejército del Gran Reino cargó como un solo hombre contra el enemigo. Los cuernos de los pabellones sikandianos resonaron en la mañana, componiendo una sinfonía digna del más retumbante abismo, del más bronco carillón. Se les conturbaron las escuadras a los Kanés ante ese sonido, pues un miedo irracional enfrió de repente sus almas.

A lo largo y ancho del patio resonó el chacoloteo de los animales, a medida que las legiones de caballería aceleraban en su camino hacia la brecha. Esa furibunda batahola, que se filtraba en los huecos de las armaduras y hacía cascabelear sus piezas, hizo que la vanguardia yunk retrocediera y cruzara picas en posición de defensa. Los norteños que habían aguantado hasta ese momento en primera línea abrieron una brecha por la que, como el agua que se rebela contra la gravedad y se desborda hacia dentro de la presa, surgió la caballería liderada por Hesión.

Fue su animal el primero que, de un prodigioso salto, se plantó en medio de las líneas yunk. Dos lanzas portaba el guerrero, una en cada mano, que se hundieron profundamente en el esternón de sendos piqueros. La primera se partió, pero la otra siguió entera y pudo desclavarse para buscar un nuevo blanco, dejando un reguero carmesí en el aire.

No fue la única: acompañados de innumerable muchedumbre, los jinetes abandonaron la protección de la fortaleza y siguieron a su líder, cargando en

tropel contra los enjambres enemigos que trataban de desarzonarlos.

Mucho daño causó aquella primera embestida, un gran estropicio que nacía en los cascos de las bestias que aplastaban hombres y acababa en el bronce que se colaba a través de los escudos. El mundo se volvió incierto, ilógico, mientras unos pocos se enfrentaban a muchos y los hacían retroceder.

Cual sujeta el áncora la nave con tenaz diente y, vuelta la quilla hacia el mar, evita que recame las arenosas playas, así *Forjadereyes* se mantenía en la diestra de Hesión, hora cortando, hora descendiendo implacable sobre algún cráneo, hora talando los bosques de lanzas que brotaban para sojuzgarle. Marinos del destino eran aquellos que olvidando los augurios le siguieron a la batalla, y aunque muchos se inmolaron bajo el odio de los invasores, a otros los alcanzó la caprichosa gloria, pues barrieron las líquidas llanuras convirtiéndolas en sangre.

Desde la distancia, Abhâz contempló el giro de los acontecimientos. Aunque era demasiado pronto como para sentirse preocupado, le sorprendió la firme determinación de aquellos hombres. ¿De veras creían que con arrojo y tenacidad podrían inclinar la balanza de la victoria? ¿O es que todos sus líderes experimentados habían muerto ya, y solo quedaban los que apenas tenían usanza en la guerra?

Sus ojos distinguieron la armadura del caudillo que los mandaba: no, sin duda no era el atavío de un guerrero anónimo. Un noble apellido debía ocultarse bajo aquellas pieles de oro, y por su forma de luchar, de tender la ruina a tantos hombres como quien siega la mala hierba, supo que no era un apellido cualquiera, sino uno bendecido por los Dioses.

Un Héroe.

Eso significaba que había que actuar.

Recorrió con su caballo las tortuosas sendas de sus ejércitos, destacando tras él a las mejores tropas. Abhâz las envió a luchar cara a cara contra aquel guerrero, apoyadas por los elefantes y toda la maquinaria de la que dispusieran. Cuando eso tampoco fue suficiente, ordenó a los arqueros abrir fuego sobre la zona. Sin duda el Kan preferiría la muerte de unos pocos súbditos a que en el grueso de su ejército decayera de esa forma la moral, al contemplar miles de ojos las hazañas de un titán invencible.

Las saetas volaron y retornaron de nuevo a la tierra, sorprendiendo a Hesión envuelto en buena lid. El ustraniano alzó su brazo para protegerse con el enorme escudo, y flexionó las piernas para caber completo bajo su sombra. Un tableteo de lluvia metálica hizo vibrar el escudo, pero no atravesó su metal. Muchos norteños y yunks gritaron al ser heridos, y durante varios minutos la lucha transcurrió al abrigo de aquel caparazón de escudos que chocaban contra broqueles, escamas que vestían los dos ejércitos, como si bajo la piel de una bestia mítica hubiese estallado la revuelta.

Hesión, cuyo caballo había muerto ya, puso su sandalia en el pecho del último yunk abatido, y lo empujó para desensartar su espada. Pequeños hilos de sangre recorrían sus brazos y espalda, y comenzaba a sentir la presión de las heridas. Le habían hecho muchos cortes, la mayoría superficiales, otros más profundos pero en zonas no vitales. El cadáver de su caballo, abatido por las flechas, le sirvió de parapeto durante unos instantes, mientras meditaba sobre qué hacer a continuación.

La batalla no iba bien. A sus hombres aún les movía el impulso inicial, pero los yunks se estaban recuperando de la sorpresa y cerraban filas. Eran tantos como para acabar formando un enorme anillo en torno a ellos de varias millas de diámetro. Cuando lo lograrán (que lo harían), se impondría un cambio drástico de estrategia. Mantenerlos alejados de la brecha del muro seguía siendo la prioridad, pero ¿cómo?

Solo se le ocurría una manera, aunque era un suicidio.

El Gran Kan. La cabeza pensante de aquel cuerpo monstruoso con millones de brazos. Tenía que llegar hasta él, arrastrando cual estela de barco la refriega tras de sí. No tenía ni idea de por dónde empezar, pero si conseguía encontrar su tienda, podría cogerle prisionero y tratar de forzar un pacto. Ellos habían decapitado al Gran Reino, o eso creían los sikandianos. Era justo que el invasor se viera en la misma tesitura.

—¡Mi señor! —irrumpió alguien.

Hesión volvió la cabeza y se topó con Ulov, que se mantenía erguido sobre su caballo (una mano vendada contraída sobre el pecho mientras con la otra sostenía una lanza). Lo miraba con suspicacia. El peto del general estaba taladrado por las estocadas, y su caballo relinchaba nervioso.

Hesión miró a Ulov a través de su yelmo, fríamente, preguntándose quién sería el primero en decir algo que lo condenaría a la ruina.

—¿Quién sois? —preguntó Ulov, la llama de la verdad ardiendo en sus mientes. No importaba que los combates se estuvieran recrudeciendo, o que nuevas oleadas de hacheros corrieran en ese instante hacia ellos. Nada le

importaba más en ese momento que la identidad del Héroe. Tenía que saberlo, o moriría con un peso en el alma que le atormentaría para siempre en el Inframundo.

Hesión sacudió la cabeza, cansado.

—¿Lucharíais con menos brío si os lo dijera? ¿Combatiríais con menor denuedo o, con necia contumacia, dejaríais que se dividieran vuestras fuerzas entre la batalla que tenéis entre manos y la que arde en vuestro corazón?

—No son culpables lo que busco —replicó Ulov—, sino razones. ¡Motivos! Una explicación que sirva para justificar la muerte de mi soberano... si es que la hay, en la tierra o en el cielo.

—Os lo suplico, general: vos no jurasteis en profano sacramento el exterminio de mi pueblo, ni arrancasteis de su sepulcro las cenizas de mis antepasados. Nada tenéis que ver con mi venganza, así que daos la vuelta, mirad al enemigo que se revuelve ahí delante y volcad sobre él toda vuestra rabia. Nada salvo un triste desenlace os espera si os empeñáis en involucraros en tragedias ajenas.

—Guerrero, no me importa que impeláis contra las murallas a miles de soldados y les hagáis morder el polvo, o que os enfrasquéis en lucha cerrada contra los sultanes yunk. Quiero saber sin demora quién sois, y por qué motivo portáis las armas del rey. Si no me lo decís ahora mismo será mi lanza la que sacará a relucir la verdad.

Hesión resopló. No había forma de convencerlo, y menos aún en el fragor de la batalla. Por lo tanto, y para evitar mayores males, acabó por quitarse el casco.

Un gemido levantó alas en Ulov. Su caballo relinchó como un potro mal incurvado, pero el general lo mantuvo quieto tirando de la muserola.

—¡Hesión!

—Ya lo sabéis. Ahora sois vos quien tiene que mover pieza. ¿Soy peor enemigo que el Kan que se esconde como un cobarde a mis espaldas... o a pesar de todo me seguiríais considerando un aliado?

Con un grito desgarrador, Ulov alzó su lanza y la arrojó contra el ustraniano. Hesión no se molestó en esquivarla, sino que abrió de par en par los brazos, ofreciendo su pecho. La punta golpeó su tetilla derecha, pero sin la fuerza suficiente como para dejar algo más que una muesca en la coraza.

Ulov desenvainó su espada con la mano sana, sus ojos embebidos de locura, pero antes de que pudiera blandirla, el hierro frío de Valnius se le incrustó en el estómago.

El golpe que dio su cuerpo al caer del caballo fue cómico. Casi ninguno de sus soldados lo vio, y los que lo hicieron, al ver que había sido el rey su ejecutor, no se atrevieron a interponerse.

Hesión se arrodilló, le sujetó con delicadeza el yelmo y lo retiró con cuidado.

Ulov escupió:

—Un dios colérico le cierra los ojos a la compasión... ¿Queda... queda acaso algo de justicia en este mundo? ¿Queda algo de misericordia... para que se la repartan los justos?

—La estáis viendo, general —murmuró Hesión—. La estáis viendo.

El último suspiro de Ulov coincidió con el cerramiento de tropas alrededor de los norteños. El anillo yunk, tal y como Hesión había vaticinado, les cortó toda posibilidad de retirada. La caballería seguía presionando, apoyada en lanceros y milicianos, pero pronto se darían cuenta de que eran una isla circundada por el ojo de un huracán.

Hesión hizo un molinillo con Valnius para secar la sangre (mientras menos resbalara, más capacidad de penetración tendría), y miró al corazón del campamento yunk. Allá lejos, en alguna parte, debía elevarse la ostentosa tienda de Magnus. Bien protegida tras empalizadas y barreras, a la sombra de su despótica égida.

El coraje se ayudó de la sinrazón para anidar en sus mientes. Sí, ese era el plan que pondría en marcha, aunque sonara descabellado, pero ¿qué no lo era en aquella situación? Llegaría hasta el mismísimo Magnus, aunque fuera lo último que hiciera en vida, y lo sometería.

Por Eithne. Por Iván. Por todos.

Avanzó como un dragón entre la soldadesca, apartándolos cuando podía con sus estocadas, subiendo a los carros que pasaban cerca tratando de cortarles las piernas con sus afiladas guadañas, o apropiándose de corceles que él mismo despojaba de sus jinetes. Eran caballos coriacenos, pero no le importó: por mucho que odiaran ser cabalgados por otros que no fueran sus amos, los dobló a base de tesón y brida. Era la melodía en un canon de muerte, la cuerda en una sinfonía repetitiva y cadenciosa. Los músculos le crujieron de dolor de tanto sostener espada y escudo, pero Hesión siguió adelante, con locura, con denuedo. Serían otros los que le detuvieran, no sus miedos.

Al fin, alguien se interpuso en su camino. Un hombre vestido con elegantes túnicas de noble y una armadura de escamas que asomaba por los

costados. Llevaba dos espadas cortas, ligeramente curvas, y sendos escudos de rodela en los antebrazos.

Hesión lo miró a los ojos. Su contrincante era fuerte pero de maneras elegantes, sin nada que ver con la chusma que se amontonaba a sus pies. No se molestó en hablar porque presumió que ninguno entendería el idioma del otro, así que se sorprendió cuando el yunk dijo:

—Recuperad el aliento, noble señor, pues sin duda vuestra nombradía os garantiza mi respeto.

—¿Q... quién sois...? —preguntó Hesión, medio asfixiado por la carrera.

—Abhâz es mi nombre, y soy ministro y dignatario de Su Divina Majestad, el Kan Magnus.

—Un ministro que sabe de armas y de honor.

—Como vos, afamado Hesión. Ya lo veis, también hay algo más que rufianes en el bando contrario. Espero que no os disguste.

—¿Conocéis mi nombre?

Abhâz sonrió.

—No os dejaré pasar —fue su respuesta—. Lamento mucho que vuestra gesta tenga un desgraciado final, pero tanto vos como las tropas de la ciudad estáis rodeados, y ampliamente superados en número. Puede que tengáis un brazo capaz de matar a mil hombres antes de caer... pero terminará cayendo. Nadie es invencible, salvo los Dioses. —Le miró con algo parecido a la lástima, y al respeto también. Respeto por quien ha demostrado su principalía en el combate y merece un final digno—. Este duelo lo habéis perdido.

Alrededor del dignatario se agolparon más yunks, todos bien armados y descansados. Hesión miró en derredor y vio que sus tropas, en la distancia, estaban siendo acorraladas poco a poco, minuto a minuto. La brecha de Sikandar apenas se distinguía entre tal enjambre de yelmos, y las torres de asedio habían vuelto a pegarse a las murallas. El humo de nuevos incendios buscaba su lugar en el firmamento, cortejando las nubes.

Hesión respiró con fuerza. Llenó sus pulmones por si los Dioses no le concedían la gracia de hacerlo otra vez. El fantasma de la derrota comenzó a planear sobre su cabeza.

—Así es como acaba todo —dijo Abhâz, con el aire de quien pronuncia una sentencia.

—Correcto, el final está al alcance de la mano. Pero la Historia será testigo de que moriremos como dragones, y no como corderos.

—Lo será, os lo garantizo. Como dignatario que soy, maestro en ciencias y virtuoso en las artes, os aseguro que ninguna versión poco ecuánime de esta

batalla tachará de sus entresijos vuestro nombre.

Hesión hizo una reverencia.

—Os lo agradezco. Sois un buen hombre, Abhâz.

El dignatario, tras corresponder a la reverencia, ordenó a sus esbirros que lo degollaran. Hesión interpuso a *Forjadereyes*, dispuesto a vender cara su piel.

Entonces, en aquel preciso momento, un destello robado al Sol delató la aparición de un metal en el horizonte.

El resplandor, que pertenecía al emblema de Svalensko en la aleación de oro y plata forjada en las ciudades del Norte, hirió los ojos de Abhâz. El lábaro de crismón, alzado sobre un asta de nueve codos, fue lo primero que se hizo visible del ejército que se aproximaba en lontananza, seguido por varios millares de astas y docenas de banderolas, cada una estampada con la insignia de una casa noble. Bajo estas, filas y filas consecutivas de hombres y caballos avanzaban a la par, aplastando la hierba y entonando cánticos guerreros.

Los rayos del Sol improvisaban tornasolados juegos de luces en aquellos escudos. Los estandartes ondeaban, alzados en sus mástiles y empujados por el viento hacia el Oeste. Una línea de seis millas de anchura señaló el frente de aquel nuevo ejército, extendiéndose de un confín a otro de la planicie.

Abhâz sintió que el temor oprimía su tráquea.

—Svalensko ha venido —sonrió Hesión—. Lo sabía. Bendito Iván...

Se volvió hacia Abhâz con una media sonrisa. Los yunks que se movían hacia él frenaron en seco, atemorizados por la milagrosa recuperación de fuerzas que parecía estar operándose en el guerrero.

El dignatario contempló boquiabierto aquel contingente no debilitado por el frío, con bestias recién abrevadas y dispuestas a entrar en liza, y por primera vez desde que empezó el asedio... tuvo miedo.

Encabezando los ejércitos combinados de las Seis Lunas, Svalensko, Arkángel y el resto de las ciudades del Norte, había un pequeño destacamento de jinetes. Cuando se adelantó a los demás, Iván se alzó en el estribo para evaluar con precisión las fuerzas del enemigo. Y sintió un escalofrío. Habían llegado a tiempo, pero la muralla había sido fracturada, y apenas se veía el límite lejano de las huestes de Magnus.

—Sikandar continúa en pie —dijo, esperanzado.

—Sí, pero algo le ha ocurrido a la torre del Áquilus —señaló el segundo comandante Hizri—. Parece quemada.

Iván se ciñó el yelmo.

—Eso no importa. —Hizo una señal a un heraldo que portaba un fiscorno dorado—. Trompeta, toca a carga mayor. —Miró a Hizri, y ambos destrabaron sus lanzas de las cujas—. Nuestros hermanos nos necesitan. Este choque va a ser duro.

El sonido brotó vibrante del instrumento, y fue coreado por otros semejantes a lo largo de las extensas líneas de jinetes, pues pocos aventajaban a aquellos pulmones en el arte de inflamar a los guerreros con los marciales acentos del clarín. Los líderes de cada Casa, ataviados con sus mejores armas y portando cada cual la bandera de su ciudad, respondieron afirmativamente a la orden de Iván y la transmitieron a sus ejércitos.

Empezó lentamente, con un rumor de órdenes y un golpear la nieve con los cascos, pero luego los animales fueron ganando velocidad, pasando del trote al galope. El polvo se elevó al cielo a medida que los caballos lo lanzaban hacia atrás, y una nube a la que el Sol hacía centellear como el platino arropó a las legiones.

Las patas de los animales se confundían en un mosaico veloz, al tiempo que los más rápidos adelantaban a los más pesados. Los cuerpos de los jinetes se inclinaron hacia delante, sacudiendo las riendas con ahínco para lograr más velocidad. Iván se adelantó al resto, montando un semental de largas crines salvajes, y apuntó hacia el frente con su lanza, decorada con la cinta púrpura que le había regalado Escia.

—¡¡Por los pueblos libres y la inmortalidad!! —gritó a pleno pulmón.

El estruendo de la carga aumentó hasta herir los sentidos, y a la voz de cien capitanes los ejércitos se abalanzaron sobre las huestes de Magnus.

Abhâz miraba aquel panorama con consternación.

—¡Recomponed las filas! —se desgañitó—. ¡Cobardes, luchad! ¡Que los nobles reúnan a sus fratrías y las agrupen en cuña! ¡Ya!

Por encima del estrépito de los hombres y los animales, por encima de la algarabía de los batallones que trataban de recuperar su lugar en el esquema de combate, la voz de Abhâz se abrió paso hasta los cerebros de sus soldados. La llanura entera temblaba bajo la carga de la caballería pesada, a pocos segundos de impactar contra su primera línea de defensa, pero los lanceros se sobrepusieron al miedo y alzaron las armas.

El bosque de lanzas se volvió horizontal, los soldados hincaron las rodillas en el suelo y se prepararon para el encontronazo. El bronce y el hierro

resplandecieron bajo el Sol de la mañana, quizá por última vez antes de que todo acabara.

Como Iván se temía, el choque fue brutal. Un segundo después de que los atacantes colisionaran contra la pared de lanzas, y a lo largo de un espantoso instante que fracturó lanzas, perforó armaduras, quebró escudos, desgarró banderas y cercenó cabezas, la caballería aliada se abrió paso aplastando con contundencia al enemigo. Jamás murallas de piedra tanteadas por el ariete crujieron de tal manera; jamás estalló el rayo con tal horrísono estampido.

A la cabeza de los pelotones relucía la armadura de Iván, quien, vaciando sus pulmones en un grito de cólera, enarboló su espada y saltó por encima de la primera línea de piqueros.

Cuando los cascos de su caballo tocaron otra vez la tierra, su hoja ya descendía sobre los aterrados yunks. Sus feroces tajos arrancaron trozos de las cotas de malla y probaron la resistencia de las pieles. Hizri se mantuvo siempre a su lado, protegiéndolo cuando su animal corcoveaba y giraba desatado en círculos. Juntos bailaron sobre las bestias matando a todo aquel a quien tuvieran cerca. A su paso nuevos cuernos sonaban, y las huestes de Sikandar, alto el ánimo y vibrante el espíritu, invadieron a toda prisa el campo de batalla para sumarse a la refriega.

Muy arriba, entre las nubes, el águila que antes había visto a Sikandar acorralada y presa del pánico, contempló ahora las dos cargas masivas de hombres y bestias: la ingente marea de jinetes que apuñalaba a los ejércitos de Magnus por detrás (cual martillo cayendo sobre el yunque, como había profetizado Ulov), y la de los defensores de la ciudad que salían como hormigas rabiosas por delante... y lloró, si es que un dios encarnado en un ave puede llorar, ante la grandiosidad del cuadro.

Iván se secó el sudor con una manga. Esta era la parte de los combates que más odiaba, cuando el polvo que levantaban los animales al correr saturaba el ambiente y no dejaba ver nada. Era como una nube que los engullía a todos y, amparándose en la confusión y el estruendo, volvía impracticable cualquier plan de lucha. Los hombres dejaban de tener visión de conjunto sobre lo que estaba ocurriendo, y se imponía la supervivencia a pequeña escala; cada cual elegía un enemigo entre la gente que tenía cerca, y una batalla gigantesca se reducía a la suma de un millón de esfuerzos individuales.

De todo ello también fue testigo Hesión (muy separado de donde ahora estaba su amigo, allá en el corazón de la batalla), y desde luego no permaneció inmóvil esperando su destino. Su espada ya quemaba la inercia

del primer mandoble cuando los dos yunks que se habían adelantado mordieron el polvo; los demás tuvieron tiempo de rezar a sus Dioses antes de que les llegara su turno. Un amplio espacio se abrió a su alrededor, pues los infantes no querían retar a un guerrero con semejante destreza, y esperaban que alguno de los campeones patrios le encontrase rápido para medirle en singular duelo.

Hesión buscó a Abhâz con la vista, pero no había rastro del dignatario por ninguna parte. Saltó en marcha a un carro conducido por dos hombres, un guerrero y su fiel auriga; arrojó fuera al primero de un golpe con el escudo y amenazó con palabras aladas al segundo para que lo llevara hasta el corazón del campamento.

No tardó en llegar a su destino, oculto en el interior del carro. La anarquía reinaba hasta tal punto que nadie se molestó en detenerlo, y aquel jovencísimo auriga tenía demasiado miedo como para oponerse^[100]. Hesión aprovechó aquel intervalo de calma para revisar sus heridas: un feo tajo dibujaba algo parecido a una S en su costado, de la que manaba abundante sangre. Además tenía varias flechas clavadas en la espalda (sentía las puntas hundiéndose en su carne más allá de la coraza), costillas rotas y un dedo fracturado en la mano izquierda, inclinado en un ángulo aberrante. Hesión lo agarró sin pensárselo dos veces y lo puso en su sitio.

Ahogó un gemido de dolor y procedió a vendarse las heridas con la faldilla del auriga, tras arrancársela de un tirón. El dolor de las costillas fracturadas era insufrible, pues sus pedazos se le clavaban por dentro, pero podía aguantar lo suficiente como para acabar con aquella locura. Luego... que la Diosa se apiadara de él y le concediera una buena muerte.

El auriga medio desnudo dio un último tirón de las riendas y el carro se detuvo. Hesión asomó la cabeza muy lentamente, sosteniendo su espada contra la pierna del muchacho por si le había traicionado. Pero lo que descubrieron sus ojos no podía ser otra cosa que el lugar más protegido del campamento, aquel con el cual soñaban tropezar algún día todos y cada uno de los defensores del Gran Reino.

Una tienda tan grande como un palacio, cercada por fosos y caballerizas, y decorada con un boato que avasallaba los sentidos.

La morada del Gran Kan.

Iván supo que estaba rodeado por las Máscaras de Porcelana cuando una fila de rostros pétreos, semejantes a una procesión surgida del Inframundo, se

alineó delante de su caballo. Llevaban alabardas y cadenas armadas.

Hizri también los vio. Su mostacho se estremeció y su lanza, medio quebrada por las embestidas, descendió perdiendo fuerza. Rostros de porcelana, máscaras blancas que bien podrían ser moradas de espíritus o mudos rugidos de panteones; los hombres que las llevaban desfilaban lentos, hombro con hombro, exhibiendo una tranquilidad mortuoria en mitad de la refriega. Iván no supo si eran espíritus resucitados o soldados bendecidos por las ánimas, pero su sola presencia infundía terror en sus enemigos.

Durante un instante no supo qué hacer. Las filas de hombres enmascarados se aproximaban lentamente, paso a paso, las puntas de sus alabardas acercándose para ensartar a su animal. Su caballo relinchaba nervioso, anticipando el crudo dolor de la muerte.

No son espíritus, se dijo a sí mismo; *son siervos del Kan, que sangran y mueren igual que nosotros...* pero era difícil convencerse cuando sus piernas temblaban y sus manos deseaban más que nada tirar de las riendas y salir huyendo.

Hizri también miraba la siniestra procesión con ojos desorbitados, sudando a mares. *Son las almas de los yunks que hemos matado*, decían sus pupilas, *que han hecho un pacto para regresar y vengarse. Ni siquiera los sombríos ecos del escitió^[101] han bastado para retenerlas bajo tierra.*

Entonces sucedió.

Fue la voz del líder de los enmascarados la que rompió el hechizo. Iván parpadeó como librándose de un trance al oírla. Si aquellos soldados tenebrosos hubieran permanecido mudos, avanzando y atacando como los espectros que simulaban ser, puede que tanto Iván como sus hombres hubieran mordido el polvo. Pero el que iba en cabeza exhaló una orden con una voz ronca, acartonada, para que sus tropas atacaran. Y el joven comandante reaccionó.

Solo son hombres. Asesinos disfrazados que vienen a matarte.

—¡Recomponed filas! —ordenó Iván. Hizri estaba aún bajo el hechizo, paralizado de miedo ante los filos que buscaban su garganta.

El corcel de Iván dibujó un círculo, encarándose con las Máscaras. El guerrero se puso de pie en el estribo para descargar todo su peso con el primer mandoble; lanzó tajos feroces a los hombros y las cabezas de sus enemigos, mientras golpeaba con su escudo al de Hizri para que reaccionara. El segundo comandante esquivó a duras penas una cadena erizada de púas, pero no logró evitar que otra se enredara en su brazo como un látigo de metal y lo tirara del caballo.

Hizri hundió su nariz en la nieve. Dos Máscaras cayeron sobre él, golpeando despiadadamente su armadura, buscando un punto débil. Los filos arañaban la piel de metal, que devolvía a duras penas los golpes, hasta que uno encontró un lugar blando en la axila. Allí solo había cuero y cota de malla. Hizri alzó los brazos y aferró la alabarda que lo asediaba, pero no evitó que el pico se hundiera profundamente en el costado.

El cuerpo de Hizri se convulsionó y perdió toda vida, quedando hecho un guiñapo. Su propio caballo lo pisoteó al recular, mientras las Máscaras lo herían con golpes oblicuos en el cuello.

El aroma cobrizo de la sangre llenó las fosas nasales de Iván. Debería de estar saturado de ella, pero por alguna razón la de su amigo se le antojó diferente.

Arrebatado de furor, su espada dibujó un mandoble que cercenó la cabeza del asesino de Hizri. Su rostro se agrietó al caer al suelo, pálido y desencajado bajo esquirlas de porcelana, pero continuó sonriendo.

—¡Malditos, os destriparé a todos! —se desgañitó Iván—. ¡Saquearé vuestras ciudades y venderé a vuestras mujeres como esclavas! —Sus ojos ya no veían formas, solo distinguían movimientos. Su casco estaba lleno de líquido, y por el sabor dedujo que se trataba de su propio sudor acumulado. De no ser por el calor que generaba su cuerpo, la temperatura exterior habría congelado aquella pátina formando otra máscara sobre su cara.

De la nada surgió una maza, descargando un golpe tan fuerte sobre su escudo que las chispas volaron hasta su cara. Iván se tambaleó, cayó de costado y perdió totalmente la orientación. El sentido del equilibrio se convirtió en una broma, y el comandante cayó hacia *arriba* hasta golpear el suelo con la cabeza.

¿Qué ha ocurrido?, se cuestionaba su mente, aunque las partes de ella que tendrían que resolver el problema estaban paralizadas. *¿Qué ha sido eso?* Por el amor de la Diosa, estaba en el suelo y había perdido su espada. Notaba el tacto frío de la vaina a su izquierda. Había aterrizado sobre ella, doblándola. Su trasero estaba hundido en la nieve, y alguien se aproximaba derecho hacia él.

Era el líder de las Máscaras, el de la voz de borracho. *¿Qué lleva en las manos? Una pica. Va a atravesarme el pecho y batir mi corazón dentro de los pulmones, como una mixtura en una cazuela.*

Iván se arrastró a toda prisa, dio la vuelta, se incorporó. Su visión nublada distinguió una forma grande que iba a embestirlo en breves segundos: un carro tirado por caballos. *¿Y qué llevaba asido a las ruedas, girando sin parar?*

Cuchillas, afiladas y dando vueltas en un remolino de muerte, justo a la altura de sus rodillas.

Allí vio una oportunidad.

Si Iván hubiera podido contar habría llegado hasta diez antes de incorporarse. El líder de las Máscaras, al ver que le daba la espalda, corrió con la pica por delante, soltando una risa histérica. La cuadriga pasaría de largo junto a él, sin tocarlo, a menos que...

El yunk subido en el carro arrojó su jabalina, raspando el borde del escudo de Iván. Este atacó a su vez, pero no contra su agresor, sino contra el auriga que manejaba las riendas.

Su escudo voló hasta golpear la cabeza del conductor. El carro, en lugar de seguir recto, torció levemente su trayectoria. Iván se encomendó a sus antepasados y dio un potente salto hacia delante cuando las ruedas giraron tan cerca como para que las cuchillas le cercenaran las piernas. El remolino pasó bajo los pies de Iván, que aterrizó lo más dignamente que pudo sobre la nieve, pero su perseguidor, el líder de las Máscaras, no tuvo tanta suerte: los filos le amputaron ambas piernas y siguieron de largo en su loco torbellino, como si nada hubiese ocurrido.

Iván se puso en pie, mareado. Se quitó la gola para que una bocanada de aire frío le refrescara el gáznate. Hizri estaba muerto (se lo tuvo que repetir a sí mismo varias veces para convencerse de que era cierto), pero ellos seguían allí. Resistiendo. Su caballería causaba estragos entre los Kanes, y eso era lo único que importaba.

¿Vencerían? Era demasiado pronto para decirlo, ya que pese a los nuevos refuerzos los sikandianos seguían en franca desventaja. En aquella planicie maldita había tantos seres humanos como estrellas en el cielo, y a cada segundo que pasaba morían por cientos.

En esta guerra se decidirá el futuro del mundo entero, se dio cuenta. No solo el de nuestros imperios.

—Ahora, Hesión —murmuró—, por el sagrado nombre de tus padres, no me falles...

4

Hesión no había visto nada más suntuoso en toda su vida, ni siquiera en el palacio de Maximilian.

Dos fosos ejercían de baluartes defensivos para aquella enorme tienda. Al otro lado del puente levadizo, y tras un espacio flanqueado por torres de arqueros, tres líneas de hombres ataviados con máscaras de porcelana aguardaban impertérritos, sin intervenir en el combate. Custodiaban el acceso al palacio de seda, su vista fija en el horizonte, sus manos aferrando el asta de las picas como columnas que sostuvieran la bóveda celeste.

Detrás, la tienda crecía como una flor abriéndose a varios niveles distintos, a varios significados. Más que por un solo bloque, diríase que estaba formada por edificios que un artista hubiera integrado unos en otros, operando cual físico a su paciente, cerrando las heridas con pan de oro, añadiendo ventanas donde los pétalos de seda se abrían al cielo y sellando con puertas los vanos entre las vigas. Contemplada desde arriba, la tienda era un nenúfar con injertos de flores, árboles emplumados y erizados parapetos de púas. Su interior prometía ser cálido, no helado, pues reconoció en determinados rasgos de aquella arquitectura las artimañas empleadas en las naidas para retener el calor.

Hesión se apeó del carro. Varias decenas de ojos se clavaron en él. El joven auriga que lo había traído, muerto de miedo, azotó a sus caballos y se fugó como alma que arrastrara el viento.

Lentamente, Hesión se aproximó a la guardia personal del Gran Kan. Los mejores soldados de los dominios tiranizados bajo su bandera.

Los enmascarados se movieron al unísono, distintas partes de un organismo con múltiples brazos y una sola mente. Bajaron sus picas, le apuntaron formando un abanico de bronce, tomaron aire a la vez y aguardaron. Los arqueros tensaron sus cuerdas, esperando a que Hesión diera un paso.

—Os doy una última oportunidad —murmuró, aunque todos pudieron oírle con claridad—. Si entendéis mi lengua, bajad las armas y marchaos. Si no... os concedo tiempo para una última plegaria.

Una lluvia helada comenzó a caer del cielo, fríos látigos blancos sobre su espalda. El guerrero paseó la vista por los guardianes. Máscaras de porcelana, sonrisas forzadas de espíritus regresados.

Nadie movió un músculo. Nadie suplicó por su vida.

El Héroe alzó a *Forjadereyes*.

La comitiva de Cordelia logró llegar más lejos de lo que ellos mismos habían previsto.

Los estandartes del enemigo colgaban con pesadez bajo la lluvia, pero no había nadie cerca para vigilarlos. La salida del pasadizo secreto se abrió a una zona por donde minutos antes pululaban cientos de yunks, pero ahora estaba abandonada. Todos corrían hacia el nuevo frente de batalla, en el extremo oriental del campamento.

Eso facilitaba mucho las cosas.

Los odhuri salieron primero, vestidos con ropas que recordaban a los kylasaris de Crimea. Vieron pasar jinetes con banderas flameantes, pero ninguno se detuvo para interrogarlos. Los únicos que reaccionaron a su presencia fueron unos perros que ladraron furiosos.

—Gracias a la Diosa —dijo la reina, tendiendo su mano a Cormal para que la ayudara a salir del pasadizo—. Esto es un verdadero milagro. ¿Habéis derrumbado el túnel?

—A estas alturas, los zapadores ya habrán hecho su parte en los subterráneos del templo —supuso el odhuero—. Ahora debemos ser veloces. Este ejército es tan vasto que podríamos tardar horas en atravesar su perímetro, y eso suponiendo que nadie nos detenga.

La reina se cubrió la cara con un velo y siguió a sus hombres. Los odhuri formaron un círculo a su alrededor, y a paso veloz y con las espadas envainadas pusieron rumbo a la zona más despejada del campamento. La sensación de peligro constante, el nerviosismo y el miedo habían llegado a un punto de saturación donde ya ni siquiera los sentían. Los sonidos mismos llegaban amortiguados, como si una campana permeable los aislara como una burbuja.

Cormal era probablemente el más intranquilo de todos. Sus ropas no llamarían la atención, pues habían sido buscadas a propósito, pero sus espadas tenían un perfil característico del Gran Reino, y eso era un problema. Podían ser reconocidas a distancia, por eso había ordenado que las mantuvieran envainadas en todo momento.

—Llegaremos —repetía Cordelia, como en una salmodia—. Llegaremos, todo saldrá bien. Llegaremos...

Las dificultades surgieron cuando estaban próximos al borde occidental del campamento, justo al otro extremo de donde contraatacaban los norteños. Escucharon un griterío y vieron cómo unos jinetes se acercaban a ellos. Era un grupo de ocho yunks de aspecto terrible, pero que no habían desenvainado sus armas. Eso significaba que no los habían identificado como enemigos.

Cordelia se empequeñeció todo lo que pudo tras sus hombres, y dejó que Cormal hablase. Debido a su entrenamiento como interrogador, dominaba

bien la lengua de aquella gente.

—¡Alto ahí! ¿Adónde os dirigís? —preguntó el jefe del destacamento—. No estaréis tratando de huir, ¿verdad, cobardes? ¿Cuál es vuestra fraternidad?

Cormal alzó la mano en son de paz y trató de disimular su acento:

—Me temo que no pertenecemos a ninguna fraternidad, señor, pero si nos dejas hablar, puede que este se convierta en el mayor día de suerte de tu vida.

Por desgracia para él, no consiguió disimular bien su acento con tanto nerviosismo. Los yunks se sobresaltaron hasta lo increíble: ¡hijos del Gran Reino, fuera de los muros!

El jefe se apeó y le apuntó a la yugular con su cuchillo. Los odhuri se tensaron, pero se mantuvieron quietos. Ninguno quería precipitar el desastre.

—Heucanitas... —escupió el yunk—. Escoria del Norte. ¿Cómo habéis conseguido llegar hasta aquí?

—Escoltamos a la noble hija de un comerciante. Hemos logrado salir de Sikandar aprovechando la confusión de la batalla y queremos alcanzar las montañas —explicó Cormal—. Os lo suplico, dejadnos partir y seréis un hombre rico.

El yunk frunció el ceño.

—¿Rico?

—Más de lo que ganaréis saqueando la ciudad, cuando sus muros caigan y entréis por fin en sus calles. Esto os lo prometo.

Cormal se destrabó del cinto una bolsa de oro y se la tendió. El yunk se la arrancó de la mano y la abrió. Sus hombres también miraron dentro, movidos por la curiosidad.

El destello del oro refulgió en sus ojos. Cormal supo reconocer el matiz que le daba la avaricia, habitual en la mayoría de los soldados que combatían por dinero en una guerra. Aquellos eran mercenarios, y por lo tanto sobornables.

La estrella de la buena suerte les seguía sonriendo. Entre tantos miles de enemigos, toparse precisamente con aquellos era un signo de que los Dioses estaban de su parte.

—¿Por qué tendríamos que aceptar vuestro oro y dejaros marchar, cuando podríamos quitároslo todo y quedarnos con la mujer? —preguntó el yunk con suspicacia.

Cormal cerró el puño en torno al mango de su espada.

—A mi modo de ver, tenemos únicamente dos opciones —planteó—: O aceptáis las monedas y todos ganamos, o peleamos hasta que solo quede uno en pie y ese se lo lleva todo. Vosotros decidís. —Abarcó con un gesto la

planicie, con los millares de hombres enzarzados en encarnizada lid—. No sé si os enseñan a contar en vuestra patria, pero seguro que os dais cuenta de que sois demasiados para repartir el botín. Sikandar es rica, pero no dará para llenar tantas sacas. Más de uno os quedaréis sin vuestra porción del saqueo y de los esclavos. Considerad esto como un regalo que os hacen los Dioses, y olvidaos de lo demás.

El yunk volcó el contenido de la bolsa en su mano, y contempló pensativo al maestro odhuero. El brillo del oro era nuevo, refulgente, sin la pátina de grasa ni el desgaste que le daba el uso. El brillo de unas monedas recién acuñadas bastaba para hechizar a cualquier mercenario.

Cordelia apenas entendía unas pocas palabras de lo que se estaban diciendo, pero la cosa parecía ir bien. La llama de la esperanza volvió a brillar débilmente en su pecho.

—Está bien —cedió el yunk—. Podéis marcharos, pero más os valdrá no tropezaros con una patrulla o ni todo el oro de Sikandar bastará para salvar vuestro pescuezo.

Cormal soltó el aliento retenido en sus pulmones. Ejecutó una reverencia y la compañía reanudó la marcha mientras los mercenarios se reunían en círculo, examinando el oro.

Cordelia no podía creérselo. Estaban vivos. Desde luego, el Hado quería que al menos una gota de la sangre azul de aquel país se salvara para retornar con más fuerza. Y ella era esa gota. No Yulia, sino ella.

Por desgracia para todos, el líder yunk estaba a punto de guardarse las monedas en sus alforjas cuando notó algo raro.

—¡Un momento! —gritó.

Cordelia y los odhuri se paralizaron. Algo iba mal.

Un detalle en una de las monedas había llamado su atención. Se acercó la pieza a la cara para examinarla mejor, y luego escrutó a la joven. Sabía leer el perfil de su rostro a través del velo, igual que cualquier sureño podía adivinar la belleza de sus mujeres aunque estuviera oculta bajo mil capas de seda.

La reina supo en aquel momento que todo estaba perdido. Habían cometido el peor error de todos, el único que no podían permitirse.

Cuando Cormal requisó todo el dinero posible para su viaje, eligió monedas nuevas, de reciente acuñación, pues el desgaste del uso cotidiano no había limado su oro, y podían sacar más de ellas vendiéndolas al peso para cambiarlas por moneda extranjera. La tasa de cambio habría sido inferior si hubieran usado dineros viejos.

Aquellas eran las mismas monedas por las que tanto había luchado Cordelia, en contra de los deseos de su padre: las que llevaban su cara grabada en el reverso.

—¿Eres tú la que aparece en esta moneda, chica? —preguntó el bárbaro. Los odhuri aferraron los mangos de sus armas y se prepararon para lo inevitable. Los demás yunks gruñeron como perros rabiosos—. ¿Por qué está tu cara grabada en el oro, hija de comerciantes?

Cordelia cerró los ojos. Escuchó cómo los odhuri gritaban loas a la Diosa mientras cargaban contra los yunks, y cómo uno a uno eran vencidos y arrojados sin piedad a los Infiernos.

La burbuja de su estupor desapareció entonces, y no le quedó más remedio que chillar con todas sus fuerzas.

5

Tuvo que rajar la tela de la tienda para poder entrar. A su espalda, la alfombra de cadáveres de las Máscaras de Porcelana tableteaba bajo el sonido de la lluvia. Había mucha sangre goteando sobre la tierra, pero no era solamente de sus enemigos, sino también suya. Y ya no había forma de hacerla regresar a su natural santuario.

Al ver lo que escondía aquel palacio de seda, sin embargo, Hesión se olvidó momentáneamente del dolor. Y pensó que se había colado de manera furtiva en un sueño.

Un sonido murió, una melodía con acentos nacidos en una caja de resonancia. Había una mujer acuclillada junto a un trono vacío. Solo unos collares de perlas vestían su figura, pintada con colores y tatuajes que no habían sido vistos nunca en tierras del Norte. Llevaba un instrumento de extraña lógica en las manos, con cuerdas sometidas a los ecos de la última pulsión.

Era una esclava, y estaba aterrorizada, pero no trató de huir. Su condicionamiento era tan potente que estaba dispuesta a aceptar cualquier destino que sus amos dispusieran, incluso la muerte.

Hesión entró andando muy despacio. A su alrededor colgaban telas, brillaban joyas y relucía la pomposidad de un estilo de vida que se burlaba de los sentidos. Vio un retrato inacabado que hablaba de ojos rasgados y mentones regios, de perros vestidos como príncipes y príncipes que acechaban como perros. Vio alfombras tan intrincadamente tejidas que su

brocado parecía esconder una tercera dimensión, y filigranas de cristal que miraban directamente hacia él cuando se movía.

Notó que había alguien escondido detrás del trono.

Hesión respiró hondamente y el dolor le mordió los costados. La esclava retrocedió ante la figura de aquel hombre medio muerto, que portaba una armadura tan llena de cortes que había malogrado por completo su decoración. Hesión cojeaba y había perdido su casco: un feo corte hendía su mejilla, y los astiles de una docena de flechas surgían como un pequeño bosque de bambúes de su espalda.

Pero aún llevaba su espada.

Avanzó unos pasos hacia el trono. El corazón le latía desbocado, sintiendo *su* presencia. Tras tantos años oyendo hablar de él, escuchando su leyenda susurrada por lenguas de hombres temerosos o por mujeres sedientas de venganza, tras miles de planes jamás puestos en práctica para invadir sus tierras y someter a sus gentes... Hesión supo que *él* estaba allí, escondido como un cobarde detrás del trono.

Magnus también sabía que un paladín llamado Hesión había entrado en su casa para matarle. Por eso, cuando abandonó aquel precario escondite para enfrentarse a su destino, lo hizo con el mentón alto, con dignidad, no rebajándose a suplicar ni a intentar negociar por su vida. En cierto modo, Hesión esperaba que portase una espada y acabase con él allí mismo, merced a su legendaria aptitud para la guerra y las mermadas fuerzas de su oponente.

Sí, Hesión podría morir a manos de casi cualquier hombre en aquel momento, dada la gravedad de sus heridas, y nada le pediría a cambio salvo un trato de honor para con sus restos y su memoria.

Nada de eso aconteció, sin embargo, pues lo que vio era lo último que esperaba en este mundo.

El Gran Kan vestía una armadura ligera como el aire, que lo hacía parecer como ataviado con hojas del estío. Estaba desarmado, pero nada había más afilado en aquella tienda que su mirada, curtida en el sufrimiento de millones de súbditos y en generaciones de guerras contra el Norte. Ni siquiera Valnius parecía tan terrible, pues su filo estaba mellado por demasiada muerte.

El Gran Kan. Indefenso. Expuesto. Marioneta de los juegos del destino, de aquello que los Dioses decretasen para él en su última hora.

Pero Hesión no podía matarle. Su brazo estaba alto, preparado para lanzar un tajo mortal a su garganta, pero...

El guerrero jadeó, su antebrazo temblando por primera vez en su vida. Muchos cabos sueltos se ataron de golpe en su mente. Entendió al fin las

palabras de su padre, la sabiduría que escondían: *De tu peor enemigo solo desearás buenaventura, y tú mismo rendirás tu mano antes que derramar una gota de su sangre.*

El niño-dios lo miraba sin parpadear. Su estoicismo y su serenidad eran tales que parecía no estar hecho de carne, sino del mármol que confería solemnidad a las estatuas.

Durante casi un minuto no sucedió nada, tan solo se limitaron a mirarse mutuamente a la cara, aquel niño pequeño y el asesino que venía a matarlo. Hesión no bajó el arma, pero tampoco la descargó sobre aquel endeble infante que aparentaba tener solo ocho o nueve años. La imagen de los hijos de Maximilian explotó como un relámpago en su cabeza, pagando anticipadamente por un crimen que no habían cometido, por un futuro que estaba por escribirse. Aún sentía la impresión visceral que le habían provocado sus huesos al ceder, al astillarse bajo el hierro. Se preguntó si alguna de las gotas de sangre que ahora se desprendían de Valnius les pertenecería a ellos.

El viento arreció, y pudo oír el ondular de la capa del hombre que apareció a su espalda.

—Os lo suplico —dijo Abhâz—: Tened piedad. Mi señor es el último de su linaje, y es muy joven para procrear. Si acabáis con su vida, nos condenaréis a todos al olvido.

Hesión encontró de nuevo su lengua.

—¿Por qué...? ¿Por qué no me lo dijiste...?

Abhâz no entendió la pregunta. Ni siquiera supo si iba dirigida a él.

—Nuestro soberano ha heredado la nombradía de sus antepasados, su coraje y su inteligencia. Fue coronado Kan en el útero, pues será la reencarnación de Magnus, el sultán que fundó nuestro imperio y expulsó a las huestes del primer rey norteño de sus costas. Es nuestro padre y nuestro hijo, nuestro pasado y nuestro presente.

—Por la Diosa, es solo un crío. —Hesión se tambaleó, agonizando—. Un simple niño...

Abhâz se atrevió a preguntarlo:

—Portáis la armadura sagrada, descrita en vuestros incunables como el Legado del Defensor, pero no sois el rey. Decidme la verdad, ¿tengo acaso delante a alguno de sus hijos?

—No llevo sangre real en las venas. Solo soy un campesino, hijo de campesinos, que no envidia cunas de mayor abolengo. Soy quien soy, y me siento orgulloso.

—Entonces ¿por qué os aman tanto los Dioses, paladín? ¿Cómo es posible que os hayan permitido llegar hasta aquí, hazaña de Héroes, ataviado con unos ropajes que no os pertenecen?

—He venido... para entregaros un mensaje.

El Gran Kan alzó imperceptiblemente las cejas. Se notaba que entendía a la perfección su idioma.

—¿Qué mensaje? —preguntó Abhâz.

Por toda respuesta, Hesión soltó a Valnius, que besó el suelo con un tintineo. El dignatario dio un respingo por la sorpresa, pero no atacó a su enemigo pese a que podría haberlo matado sin esfuerzo. En lugar de ello permaneció en silencio, esperando una explicación.

—Maximilian ha muerto —dijo Hesión, apoyándose en el trono para no caerse—. Toda su familia ha desaparecido, y con ella el linaje de los tiranos. Yo mismo me erigí en juez y verdugo, y ejecuté la sentencia. Por eso llevo sus armas, para proteger aquello que él no supo defender: a su país y a sus gentes. A los inocentes que nada saben de las ambiciones de los monarcas.

El estupor en la expresión de Abhâz no tenía precio.

—¿Cómo sé que decís la verdad?

Hesión rio con amargura.

—Si continuáis con esta absurda guerra y lográis conquistar la ciudad, comprobaréis que la torre del Áquilus está quemada, y acabaréis descubriendo que en su interior yacen los cadáveres de la familia real. Pero para entonces será tarde, ya que se habrán perdido millones de vidas. ¡Tantas como para condenar a nuestros países a la miseria y el hambre! ¿Qué será de nuestras granjas cuando ya no queden brazos jóvenes que aren la tierra? ¿Qué será de nuestros hijos cuando sus padres sean pasto de los gusanos, alimentando con sus cuerpos una tierra infecunda? —Miró al niño-dios—. Os concedo un regalo, mi señor: vuestra vida y la de vuestro linaje, a cambio de la paz. No ajusticiaré a más reyes hoy.

—Si lo que decís es cierto —dijo el dignatario—, no habrá otra ocasión como esta para conjurar de una vez por todas la amenaza del Gran Reino. Lo lamento, pero si nos retiramos ahora, nada nos garantiza que cualquier otra estirpe de vaivodas no ocupe el lugar que ha dejado Maximilian, y el ciclo de invasiones y de odios vuelva a empezar.

—Es cierto, pero si no os retiráis llevaréis a vuestro pueblo a la ruina. Sopesad el precio del triunfo. Puede que venzáis en un futuro lejano, cuando los muros de Sikandar al fin se desplomen... pero será una victoria que llevará aparejado el agridulce sabor de la condena. Un panorama de

despiadados inviernos y espeluznantes heladas os separa ahora mismo de vuestro sueño. Y vuestra gente no está acostumbrada: sois hijos del Sur, no de las estepas. Si no queréis convertirlos en un nuevo Maximilian, o en un nuevo Arkadi, os suplico que recapacitéis. Sé que hay hombres buenos en ambos bandos, no estoy tan ciego como muchos de los fanáticos que combaten a favor de Sikandar.

—Habéis rendido armas ante mi señor —dijo Abhâz—. Con ello forjáis un vínculo de honor entre vos y él. Pero la política es más complicada que eso, noble guerrero. Miraos a vos mismo: sois un espejo de vuestro reino. Agonizante y moribundo, a punto de partirse. No os quedan fuerzas ni para levantar la espada. —Hesión notó cómo caían sus párpados. La voz de suave timbre de Abhâz se iba dispersando... a medida que los ojos se le cerraban y la muerte reclamaba su precio—. Dejad el honor para los cantos de los aedos. Esto es solo política. —El mundo se oscureció. De repente, sin ninguna justificación, dejó de sentir frío—. Solo política...

CANTO XXV

Las cenizas de un reino

(LAMENTO DE LAS MUJERES DE SIKANDAR)

1

Cuatro años tardó el Gran Kan Magnus en aceptar la propuesta de Hesión. Cuatro infernales años a lo largo de los cuales los ejércitos fueron y vinieron, el fantasma de la derrota cambió de bandera en numerosas ocasiones, y Sikandar logró sobreponerse al cerco de los Kanatos. Su muralla fue reconstruida y resquebrajada en innumerables ocasiones, pero se mantuvo fiel a su leyenda de inconquistable.

Entre las hileras de casas que estaban cerca de la muralla, bombardeadas una y otra vez a lo largo de los años por las catapultas, había una casita pequeña, bastante humilde, que conservaba intacto su tejado original. Su forzada ubicación entre otros edificios más altos y con un acceso difícil a la calle, así como su vecindad con el perímetro, la habían protegido de las parábolas de los proyectiles.

En esa casita abandonada estableció Iván su residencia.

Tardó en reconstruir las partes dañadas por los incendios, pero al final pudo disfrutar de un ambiente cálido donde plantar un camastro y encender una chimenea. Derivó la salida de esta hacia los edificios colindantes (por si algún artillero enemigo decidía probar su puntería con la hilacha de humo), y conforme pasaban las semanas y los meses fue colgando de la pared sus trofeos de guerra: aquí las armas de los patriarcas de las fratrías que él mismo había degollado, allá las colas de algunos caballos de insignes gentilhombres, por otro lado las banderas arrancadas y el botín de los oratorios saqueados.

Era el botín de un héroe, y si sobrevivía a aquel largo asedio sin duda le bastaría para reconstruir la granja de su padre y alimentar a sus vástagos durante generaciones.

A veces pensaba en Hesión. ¿Quién no lo hacía? Solía compartir las hogazas de pan caliente de su ración diaria de oficial con Eithne, nueva suma sacerdotisa del templo, y durante las largas tardes navegaba junto a ella por sus recuerdos. A veces él llevaba el timón, a veces ella desplegaba la vela, pero siempre tocaban las mismas costas: Andurov, Svalensko, las Montañas Brunas, la biblioteca donde Autólico les enseñó verdades sobre la condición humana...

Recuerdos. Algunos anclados a lágrimas, otros a llamas que ardían en sus corazones. Fueron estos fragmentos del pasado los que les mantuvieron cuerdos a medida que perdían amigos y las fosas comunes iban dejando de ser anónimas.

Entre la primavera del segundo año de asedio y el verano del tercero, Iván y Eithne se amaron. Ese amor nació una noche en que nevaba con fuerza, como si más que caer el granizo fuera arrojado con inquina desde las nubes. Eithne acudió a su casa para buscar una cama caliente, alejada de las miradas de las otras sacerdotisas y de los nobles que se encomendaban a la Diosa en las suplicandas. Tocó en su puerta... y él ya la estaba besando antes incluso de partir las hogazas y tostarlas en el hogar.

Arrancó su túnica de sacerdotisa y la amó con pasión, con violencia, sobre su camastro de sábanas raídas. Eithne se entregó con docilidad, como si todas aquellas noches frías le hubiesen dejado un vacío por dentro, aunque su corazón permanecía erizado de murallas, de defensas, de distancias...

Sus visitas se hicieron más frecuentes y llegaron a amarse en casi cualquier lugar donde estuvieran a salvo de miradas, ya fueran los cuarteles de la soldadesca o (algo que Oxana jamás habría tolerado) en el propio templo de la Diosa, a los pies de su sacrosanta estatua. Pero llegó un momento en que no pudieron continuar: el fantasma de Hesión aparecía siempre hacia el final de cada coito, de cada abrazo, en el regusto de cada beso.

Ambos lo amaron y ambos lo perdieron el mismo día. La decisión de acabar con aquella relación intempestiva tuvo más de convenio beneficioso para ambas partes que de arrebató.

Iván, mientras los años se alargaban y las estaciones pintaban de colores la tierra, fue testigo de cómo los implacables inviernos hacían mella en el Ejército Negro. La inclemencia del tiempo, unida a las frecuentes incursiones de castigo de los norteños, fueron mermando el poder del Kan y la moral de

sus hombres, hasta que un maravilloso día a comienzos del último verano del asedio, unas banderas blancas flamearon en las astas del enemigo.

Magnus enviaba parlamentarios, algo que no ocurría desde aquella inútil embajada, lejanísima ya en el tiempo, que lideró Ulov.

Tanto Iván como Eithne, uno en calidad de mariscal de los ejércitos (todos los demás mandos que le aventajaban en edad y experiencia habían muerto), y la otra como representante espiritual de la urbe, estuvieron presentes en aquel concilio. Magnus no acudió, pero sí uno de sus hombres de mayor confianza: un dignatario llamado Abhâz, al que ni Iván ni Eithne conocían.

El dignatario estaba flaco, con manchas en la piel como recuerdo de su lucha contra las insidiosas enfermedades del Norte. Un cutis picado de viruelas rodeaba unos ojos que habían visto demasiado sufrimiento como para seguir manteniendo una perspectiva cuerda del mundo. Él, que era de cuna noble y estaba bien alimentado, presentaba un aspecto tan lamentable que Eithne se estremeció al pensar en el resto de su gente. Si aquel era el estado de los oficiales, ¿qué habría sido de la tropa?

A lo largo del asedio, cuando se demostró que las tiendas de campaña no eran suficientes en la lucha contra el frío, los Kanés comenzaron a traer madera de bosques lejanos y a construir fuertes. Pero los sikandianos los quemaban siempre que podían con sus flechas de fuego y sus catapultas. Como había asegurado Arved en la reunión del Estado Mayor, el clima era su mejor aliado, uno contra el cual no sirven los escudos. Eithne no quiso ni imaginar el sufrimiento que habrían pasado aquellas personas, sureños acostumbrados al calor que, antes de llegar aquí, no habían visto jamás la nieve.

Cuando estuvieron frente a frente, la actitud de ambos bandos había cambiado mucho. En esta ocasión se leía la tristeza en sus rostros, y predominaban los ojos enrojecidos sobre los mentones orgullosos.

—Mi señor me ha autorizado a ofrecerles una tregua —dijo Abhâz sin más preámbulos. Su voz era ronca, con un acento que amortiguaba las consonantes—. Está dispuesto a levantar el sitio y regresar a su país, con algunas condiciones.

Iván se preguntó si aquel embajador sería el mismo que había negociado con Ulov. Si lo era, puede que recordase de entonces el talante agresivo y jactancioso del general. Una actitud que había venido bien para demostrar la valía de los defensores, pero que acabó desencadenando la guerra. En esta ocasión, y como contrapunto a las prácticas de la antigua escuela, Iván se mostró tolerante.

—He venido a sentarme ante vos con el corazón abierto —dijo, acariciándose la barba que le había crecido durante aquellos años—. Si vuestro soberano está cansado de tanta guerra, estamos dispuestos a sellar un pacto... siempre que beneficie a ambas partes. ¿Cuáles son vuestras condiciones?

Abhâz lo miró largamente. Puede que no se esperara una actitud tan abierta por su parte, o puede que sí, pero al final su tono de voz se suavizó.

—La retirada dará comienzo a finales del próximo mes, cuando nos hayamos cerciorado de que nuestras rutas de suministro son seguras.

Iván miró de reojo a Eithne. Ambos pensaban lo mismo. Un mes, después de tanto tiempo de incertidumbre, no era mucho pedir. Pero sentirían arrastrarse cada minuto con la desesperante velocidad de un sueño.

—También queremos que se nos garantice el control sobre todos aquellos ríos que desemboquen en nuestras costas —prosiguió Abhâz—. Aplicaremos nuestro derecho a cobrar peaje, da igual que sean embarcaciones civiles o militares del Gran Reino las que las usen para llegar al océano. Y fortificaremos las plazas.

—Eso es pedir demasiado —protestó Iván—. Uno de los imperativos de nuestro país es poder alcanzar la costa sin cortapisas, y eso...

—No es negociable —atajó el dignatario. Por su expresión, Iván dedujo que no iba a ceder ni un ápice en ese punto. Tampoco le importó demasiado: le convenía perder un poco de terreno ahora para poder exigir más hacia el final—. Esto no es una propuesta, sino una notificación. Si no accedéis a nuestras demandas, el asedio se prolongará.

Eithne, guardando su ministerial silencio, rozó la manga de Iván con un dedo. Este se inclinó hacia ella y escuchó, asintiendo cada pocos segundos. Al final se humedeció los labios, encarándose con Abhâz.

—Está bien —concedió—. Pero a cambio permitiréis que nuestros convoyes crucen vuestro territorio protegidos por barcos de guerra. No os atacaremos, pero escoltaremos a nuestros mercantes hasta que crucen la frontera. Y luego dejaréis que esos barcos retornen intactos.

—Lo consultaré, aunque dudo que su divinidad el Kan ponga objeciones. También exigimos un tributo de grano y minerales preciosos por parte del Gran Reino que abarque los primeros veinte años tras la guerra.

—Inadmisibile.

—¿Os tengo que recordar que...?

—No, no hace falta, pero permitidme que os recuerde que para que este acuerdo funcione, el principal escollo que debemos superar es la confianza.

—Iván decidió que había llegado la hora de trazar una línea. Si no, las exigencias no tendrían fin—. Confianza en que el nuevo régimen que sustituirá al actual no reunirá fuerzas para atacarnos de nuevo. El Gran Reino posee, como bien sabéis, una capacidad para regenerarse y repoblar sus ciudades muy superior a la vuestra. ¿Queréis enfrentarnos a una nueva invasión motivada por la escasez de alimentos, antes de que os encontréis preparados para rechazarla?

—Podríamos aguantar unos años más en esta planicie hasta ver vuestra ciudad reducida a cenizas, y a vuestra gente recurriendo al canibalismo.

—O también podéis morir de frío e inanición en la próxima helada. Vos decidís. Nosotros somos capaces de seguir reparando indefinidamente nuestros muros, mientras nos queden palacios por derruir y casas que ya no cobijen familias. Y nuestros graneros están bien abastecidos todavía, no os quepa duda. A menos bocas que alimentar, las reservas duran más.

—Sois duro negociando, lord Iván.

—Es lo que esta guerra me ha enseñado. Igual que os enseñó a vosotros que el espíritu de los hombres y mujeres del Norte no se doblega con facilidad, aunque los vientos soplen en nuestra contra. Pero decidme algo, si os place, pues me lo llevo preguntando desde hace mucho tiempo. —Iván afiló los ojos—. ¿Por qué dejasteis de recibir nuevas tropas de refuerzo hace años, y ya nadie acudió para ayudaros?

Esa pregunta incomodó a Abhâz, como si fuera un tema del que prefería no hablar. Pero aun así contestó, pues estaban bajo parlamento:

—Cuando el Kan llamó a todas las naciones bendecidas por su égida para que le auxiliaran en la guerra, no todas contestaron. Es más, hubo algunas, en unas islas del Sureste, que... —La congoja le deformó la voz—. En fin. Digamos que un imperio tan vasto puede tener disensiones, sobre todo cuando su amo se halla tan lejos.

Iván sonrió.

—Ya veo. —Se golpeó los muslos con ambas manos—. ¿Cómo acabamos esta embajada, pues? ¿Nos marchamos de regreso a la ciudad con una respuesta, o volvemos a vernos la próxima primavera?

Hubo un silencio que se prolongó por espacio de varios minutos. Abhâz se retiró a deliberar con las fratrías, consultó a todos los nobles y a los sabios, visitó la tienda de Magnus... y regresó con una sonrisa conciliadora en los labios.

—Aceptamos.

Iván notó cómo su corazón empezaba a latir de nuevo.

—Además, como muestra de buena voluntad —prosiguió el dignatario—, dejaremos que os llevéis a los prisioneros. Ya no nos hacen falta.

Eso cogió a Iván por sorpresa. No esperaba que los yunks hubiesen hecho prisioneros. Los sikandianos, desde luego, hacía mucho que habían abandonado esa práctica. Mantener cárceles costaba alimentos, y no podían permitirse ese lujo.

—¿Prisioneros?

Abhâz los guio hasta un grupo de tiendas llenas de parches, que habían sido rasgadas y reparadas muchas veces, y que se apiñaban en un espacio escueto, dentro de una cerca. El olor de los excrementos humanos era tan potente que Eithne se tapó la nariz, pero al ver a los prisioneros supo de inmediato que estaban correctamente alimentados y abrigados. Por el tamaño de sus cabelleras dedujo que algunos debían de llevar años allí dentro, pero aparte de las precarias condiciones higiénicas no había marcas de látigos en sus cuerpos. En algunos se leían las huellas de una disentería, y otros tenían miembros amputados, probablemente gangrenados después de sufrir alguna herida o por el intenso frío.

—Os habéis preocupado de mantenerlos con vida, eso os honra —dijo Iván—. Pero si sabíais que nosotros no respetamos a los prisioneros, ¿por qué...?

Se paralizó.

Al fondo de una de las tiendas más estropeadas, frotando un pedazo de carne contra la nieve para sanearlo, estaba Hesión.

—¿... no habéis hecho... vosotros... —continuó Iván de manera automática, ya que las palabras aún seguían en su boca. Pero él estaba en otra parte— lo mismo?

Eithne fue la primera en reaccionar. Olvidó la compostura que exigía su cargo, se lanzó corriendo hacia el interior de la tienda, y casi atropelló a Hesión en un fogoso abrazo lleno de besos y de exclamaciones ahogadas. El guerrero estaba demacrado y pálido, con una mirada de intensa concentración que probablemente lo había salvado de la locura durante sus años de cautiverio. Su piel no tenía manchas, pero su antigua musculatura se había evaporado, y ahora semejaba un esqueleto que les sacaba una cabeza de altura a los demás. Su cara, habitualmente lampiña, quedaba oculta por una barba rubia deshilachada, al fondo de la cual se adivinaban dientes amarillos. Le faltaban varios dedos en ambos pies, y había otros que estaban negros, a punto de pudrirse y caer por sí solos como hojas de otoño.

En un principio no reconoció a la beldad que tenía delante con los ojos empapados en lágrimas... pero poco a poco un destello de comprensión fue abriéndose paso por diminutas grietas en su espíritu, y algo parecido a una sonrisa se le dibujó en los labios. Incluso alzó muy lentamente una mano para tocar a la mujer y cerciorarse de que estaba realmente allí, y que no era otra alucinación provocada por el hambre.

Eithne derramó lágrimas sin control y siguió besándolo como si en ese momento no existiera nada más en el mundo. Iván tuvo que apartar la vista, dolorido y feliz al mismo tiempo, lo que le llevó a posarla en el dignatario.

—Ha sido tratado con respeto —aseguró Abhâz—. Es un hombre muy fuerte e inteligente. De no ser por él, la mayoría de los prisioneros habría muerto hace tiempo.

Iván, encajando los dientes por la rabia, rozó el mango de su espada. No dejaba de repetirse a sí mismo las mismas palabras, una y otra vez: *Fin de la guerra, fin de la guerra, fin de la guerra...* Eso fue lo único que evitó que hundiera su espada hasta la guarda en el pecho del dignatario. Tenía que controlarse porque había demasiado en juego.

Tuvo que ayudar a su amigo a salir cojeando de la tienda. Entre unos soldados y él lo subieron a la grupa del caballo de Eithne. El guerrero miraba el suelo como si estuviera espantosamente lejos, tanto tiempo hacía que no cabalgaba. Incluso cruzar aquel cerco con púas le resultó extraño, violento... como si pisar el mundo exterior fuera algo prohibido.

Antes de partir, Iván miró por última vez al dignatario.

—Os doy las gracias —dijo con rabia contenida— por no haberle ejecutado. Y por haberle abrigado y alimentado durante estos inviernos. Sabemos que realmente necesitasteis cada onza de carne y cada piel curtida para la soldadesca.

—Se comportó como un Héroe en todo momento, y eso es algo que no digo de cualquiera, ni siquiera de mis hombres. Cuando se recupere, decidle que cumpliré con la promesa que le hice en la tienda del Gran Kan. —Antes de despedirse, Abhâz entregó un último regalo a Iván, una espada mellada envuelta en trapos. Iván alzó las cejas al reconocer a la vieja *Forjadereyes*, pero por más que lo intentó no supo interpretar aquel gesto—. Id en paz.

Iván clavó tacones en el caballo y salió galopando hacia Sikandar. Eithne le siguió, con una mano en las riendas y la otra sobre los brazos de su amado, cruzados en torno a su cintura. Sintieron el viento en sus rostros como si fuera algo nuevo, como si el cielo tuviera un sabor inédito y las nubes lo abrazaran llenas de Sol.

El Ejército Negro inició los preparativos para levantar el sitio aquella misma tarde. Ningún habitante de Sikandar volvió a ver jamás a Magnus, ni siquiera cuando su principesca tienda fue desmantelada y sus tesoros guardados a buen recaudo en unos arcones.

Al cabo de un mes, el horizonte se llenó otra vez de estelas de polvo, pero en esta ocasión se alejaban hasta difuminarse en la distancia. Un nuevo Sol salió por el Este.

2

Lamento de las mujeres de Sikandar:

*Madre amada, madre amada, tierra yerma
Tierra de fieles
Cuanto rostro acude a una nube
Cuanta mano responde a una plegaria
Es fuego de invierno, suspiro del soldado
Cristal de misericordia que se quiebra
Y crueldad que urde una trampa
Para que la inocencia eche raíces
Bajo sus piedras.*

*Cuando los ríos cortan iguales corrientes
Ante el paraíso de los lirios y los ruiseñores
¿cómo puedo amarte más,
cómo tejer la nervadura de tu corazón
si en los hornos en que se templó tu destino
arde la simiente de mi crepúsculo?
Toca con feliz brío, alegres acentos
Un cantar que hable del cordero
Del festín de los lobos
Y de la sed del manantial.
Pues ya no retornará a casa el niño
Que una vez descansó en tu regazo
Que tomó tu leche, dulce regalo
Y que escribiendo un juramento con tosca pluma
Marchó a la guerra por sendas tortuosas.*

*Sopla de nuevo ese cantar
Por la quebrada ocarina
Y un sueño traza una sombra
Simetría de ave, perfil de golondrina*

*Que lo lleva hasta él,
Aquel que siempre te quiso
Madre amada, madre yerma
Que duerme en los valles indómitos
Y sueña ahora con tu nombre.
Sueña ahora con tu nombre.*

3

Los rumores acerca de la persona que habitó en aquellos días la Aguja de los Vientos, una de las afiladas torres que bordeaban el templo, no necesitaron de un abono especial para germinar. Se decía que un guerrero que había sido esclavo personal de Magnus había vuelto a casa; que durante sus años de cautiverio vio cosas y asistió a prodigios que no tenían parangón dentro de las fronteras del Reino, y que esos prodigios lo habían cambiado profundamente, tanto que ya ni siquiera parecía humano.

La imaginación del pueblo, desatada y febril, vestía al Gran Kan con ropas de leyenda, atribuyéndole rasgos monstruosos y capacidades divinas. Según algunas de aquellas historias, Magnus era un gigante de nueve cabezas que devoraba a los primogénitos de cada familia. Según otras, torturaba a sus prisioneros hasta que dejaban de parecer hombres, para convertirlos en oscuras semillas de Zesjham, un titán mitológico. Tampoco faltaban las voces de los más prácticos, que temían la llegada de un espía disfrazado con piel de cordero que sembrara la confusión en los días críticos del nuevo gobierno.

Nuevo gobierno. Esas palabras sonaban demasiado radicales para que se las creyera el vulgo. Nunca el Gran Reino se había visto en la carencia de una familia de sangre real que lo gobernase. El linaje completo del rey había sido exterminado, lo cual, a estas alturas, era de dominio público. Un consejo de vaivodas se había constituido para gobernar la ciudad mientras durara la ley marcial, cosa que había hecho durante los últimos años con mejor o peor fortuna (sin librarse de feroces luchas internas dirimidas a golpe de puñal). Ahora, habiendo estallado la paz, los gosti reclamaban su derecho a ser autosuficientes, y vaivodas de todos los confines del Reino aparecían de repente con papiros que calculaban el gradiente azul de su sangre.

Era el caos, la natural herencia de la guerra. E hincaba sus dientes en los escudos heráldicos hasta entonces favorables a la Corona. Tanta fue la confusión en los meses posteriores a la retirada del Ejército Negro, que acabó por constituirse una asamblea de terratenientes (gracias al apoyo de algunos

militares con influencia como Iván y el clero representado por Eithne, aunque ninguno sabía si algo así los estaba beneficiando). Era el Zemski Sobor, al que se sumaron los gosti procedentes de los cuatro rincones del Reino.

En teoría garantizaba al estamento civil una representación en la toma de decisiones. En la práctica, sacó a relucir una tormenta de avaricia inaudita hasta entonces. El Sobor, antes de que nadie pudiera dar la alarma sobre su pernicioso influjo, se hizo tan intocable que levantó ampollas en los estratos del poder.

Iván observaba aquellas interminables disputas dialécticas, las pullas con que se zaherían entre sí los terratenientes y los militares (unos reclamando derechos y los otros negándose a cederlos), y al fin se decidió a intervenir. Durante una reunión del consejo de seguridad de Sikandar, a la que asistieron todos los grupos, llevó en sus manos un papiro muy desgastado, lleno de grietas y más amarillo que el oro que decoraba muchas de aquellas cabezas. Y lo mostró sin más, reclamando su lugar a empujones.

—¿Recordáis cómo empezó todo? —gritó, sacudiendo el pergamino sobre su cabeza en medio de un estrado abarrotado de gente. El vaivoda al que había empujado para hacerse un lugar en el púlpito se había hecho daño en la boca, y gimoteaba a sus pies—. ¿Recordáis lo que nos contaron nuestros abuelos? ¡Esta es la ley, la misma que nos legaron aquellos que sembraron la primera semilla y enterraron los primeros cimientos! ¡Los mismos que cambiaron el curso de los ríos y se alimentaron de los bosques ancestrales! ¡Esta es su voluntad y su legado!

Algunos aplaudieron. Otros contemplaron aquel trozo de papel con asombro, pero la mayoría rio en voz alta o mostró indiferencia ante su gesto, e incluso le hicieron ademanes despectivos.

—Los pergaminos de Regmos no tienen validez en estas circunstancias —arguyó un larguirucho de voz aflautada. Varios pares de manos aplaudieron, sin conocer siquiera sus argumentos.

—¿Cómo que no? ¡Los pergaminos se escribieron para ser usados en momentos como este! ¿Acaso no os dais cuenta? —Iván trató de serenarse, pero los chillidos y las discusiones no cesaban. Era como si nadie se estuviera escuchando entre sí en aquel gallinero. Los nobles se limitaban a exponer sus ideas a pleno pulmón, intentando conferirles validez con el volumen—. Decís que no hay ley que valga para la Nueva Era, pero yo os digo que sobrevive en su forma más pura. Durante siglos hemos vivido a la sombra de una estirpe de reyes, pero no hemos olvidado, ¡no hemos olvidado! —repitió, en un intento infructuoso por hacerse escuchar—, que ellos cimentaron su mandato en estos

pergaminos. Debemos volver al punto de partida, a la tradición intocada, para decidir qué va a ser de nuestro país a partir de ahora.

—¡Abajo los militares, no le escuchéis! —se atrevió a proponer una voz, amparándose en el anonimato—. ¡La tierra es del pueblo!

—¡Los militares os han defendido durante los últimos años! ¿Tan pronto lo habéis olvidado?

—¡La guerra ha terminado, la milicia debe disolverse! ¡Los campos necesitan arados, no espadas!

—¡El derecho de herencia sigue vigente! ¡Aún hay familiares lejanos del rey que ocupan cargos de vaivoda! ¡Reclamad el derecho de herencia!

Siguieron sonando otras bravatas y consignas, lanzadas al viento sin esperanza de que aterrizaran en ninguna parte. Cinco nobles llegaron a las manos en una esquina de la gran habitación, y algunas sillas volaron por los aires. La guardia tuvo que entrar, propinando golpes en las costillas a los gosti. Mientras algunos se doblaban de dolor, otros reían a mandíbula batiente, disfrutando del espectáculo.

Eithne hizo acto de presencia escoltada por nueve acólitas. Todas llevaban clámides abrochadas en el hombro salvo la suma sacerdotisa, que vestía un complejo himatión^[102] con aplicaciones en metales y perlas, una ataujía de azófares y esmaltes.

Al principio se sentaron solo para escuchar, pero Eithne tomó la palabra espontáneamente para replicar a un orador que estaba pisando las frases de Iván.

—¡Escuchadme, hijos del Gran Reino! Magnus está viajando en este momento hacia su país con las legiones que le quedan de su ejército y el botín que se lleva de nuestra casa tras años de saqueos. En sus filas no hay disensión. No hay traiciones ni disputas por la antigüedad de un apellido. ¿Vais a permitir que cuando vuelva a tratar de invadirnos, que lo hará, se encuentre con un Reino dividido en pequeñas haciendas? ¿Vais a dejar que la sinrazón os gobierne, cuando es unidad lo que necesitamos más que nunca?

—¡Todos tenemos derecho a ocupar ese trono! —graznó un vaivoda, señalando el majestuoso sillón vacío que perteneciera a Maximilian—. A vos os elige la Diosa de entre sus hijas, pero muchos de nosotros somos de sangre noble, y estamos a la misma distancia de ese asiento que nuestros primos. ¿Bajo qué criterio habrían de despuntar unos sobre otros?

—Hace falta un cambio en las estructuras de gobierno —contraatacó Eithne. Iván nunca la había visto así antes, a punto de perder el control sobre sí misma—. Para bien o para mal, esta guerra lo ha cambiado todo: nuestro

mundo ya no es el mismo con el que nos acostamos ayer, ni volverá a serlo. Debemos recuperar la coherencia como país, pero sin luchas fratricidas que sepulten lo poco que nos queda de dignidad.

—¡Eso, eso, cambios! —la secundó un anciano con ojillos ansiosos. Eithne no estaba segura de que supiera qué era lo que estaba defendiendo—. ¡Los cambios son buenos! ¡Exigimos cambios!

Un gosti señaló a otro, amonestándole. El reflejo de un puñal pasó de mano en mano, y el último de aquellos brazos dibujó una estocada. Unas gotas de sangre salpicaron el pergamino de Regmos.

—¡A mí la Guardia! —reaccionó Iván—. ¡Arrestad a esos hombres!

Los insultos arreciaron, y los nobles agredieron a los soldados con sus bastones entre salvas de aplausos. De reojo, un desesperado Iván vio cómo Eithne se marchaba. Sus sacerdotisas se cubrieron con unas capuchas de pico de cuervo, y desaparecieron sin causar alboroto.

Eso le deprimió más que nada. ¿Era una rendición o simple espíritu práctico? ¿Tan mal veía su estamento las cosas como para no molestarse en escuchar las propuestas del Sobor?

La algarabía subió de tono hasta convertirse en una batahola donde nadie entendía nada ni dejaba hablar a los demás. Iván dejó la sala despotricando contra unos y otros, pero ni siquiera sus guardaespaldas parecieron advertirlo.

Su bota pisó el pergamino de Regmos, que quedó abandonado sobre las baldosas a merced del desprecio de aquellos a los que representaba.

4

—Entonces ¿es definitivo? ¿Os marcháis?

La estancia estaba fría, tanto que el aliento se le pintaba en el aire frente a la nariz. Iván se hallaba en la alcoba de Eithne, una habitación tapizada por un antiguo gobelino, donde unas puertas acristaladas se abrían a la gran llanura. Poseía dos chimeneas, pero estaban apagadas debido a la escasez de madera. Los sikandianos ya habían comenzado a replantar el Bosque de Narevia, pero tardaría años en recuperar su esplendor.

Eithne llegó de la habitación contigua con unos pantalones de hombre doblados, y los metió en un saco. En su interior había más ropa, tan apretada que las costuras resaltaban como los ríos en un mapa.

—Me temo que sí. Ya nada nos retiene en Sikandar. Ni en el Gran Reino, si me apuras.

Iván bajó la cabeza, contrito. Eithne sonrió. Pese a sus galones de mariscal, su viejo amigo seguía conservando algunos gestos que lo hacían parecer un niño grande.

—Debemos hacerlo. Hay demasiados malos recuerdos flotando en este lugar.

—Lo sé. Yo también partiré, seguro, cuando se acaben mis obligaciones para con la milicia.

—¿Sí? ¿Adónde irás?

Iván se encogió de hombros.

—Estaba pensando en sanear de nuevo la granja de mi familia, en la estepa. Hace tanto que no paso por allí que seguramente será pasto de los lobos.

—Es una buena idea —aprobó Eithne. Lo que guardaba para sus adentros era lo mucho que todas aquellas decisiones le dolían. Estaban a punto de intercambiar algunos adioses definitivos, y eso la hería en lo más profundo.

Necesitamos olvidar muchas cosas, y a mucha gente. Iván se preguntó si él sería una de esas personas que ella quería (o necesitaba) dejar anotadas en la página anterior de su vida. Si el recuerdo de lo que había pasado entre ambos cuando creían muerto a Hesión la mortificaría por dentro.

Demonios, yo también estoy sufriendo, se molestó. Si era eso lo que la impulsaba a hacer el equipaje tan rápido, estaba siendo un poco egoísta. Eithne no podía pretender ser la única que sufría por amor. Aunque nunca lo mencionaban en voz alta, Iván sospechaba que ella sabía de la especial relación que su idolatrado Hesión y él habían mantenido. A fin de cuentas, Eithne perdió a su amado durante un tiempo y lo volvió a recuperar. Iván los había perdido a los dos.

Amor en tiempo de guerra. Demasiado complejo para explicarlo en momentos de paz.

Miró por la ventana hacia las calles devastadas, llenas de escombros, y le embargó una profunda tristeza. Recordó la última vez que había visto aquellos paseos colmados de alegría, cuando el Ejército de las Seis Lunas dejó Sikandar. Alineados marchaban los caballeros ante la muchedumbre en aquel entonces, desfilando en buen orden a la vista de padres y hermanos. Guirnaldas de ramas sujetaban sus trenzas mientras los jinetes escarceaban sus caballos en vistoso alarde. Todo era alegría y vítores, lluvia de pétalos y desfiles por el ámbito de la plaza.

Qué incomprensibles parecían aquellos sentimientos.

Ahora las familias lloraban la pérdida de sus seres queridos, y eso era lo único que colmaba las horas de su fútil existencia. Lamentos y más lamentos. Ríos de lágrimas que corrían por los desagües y los canales públicos hacia las cisternas. Iván sospechó que el agua que usarían para beber y bañarse durante los próximos años provendría de los ojos de los supervivientes, no de las nubes del cielo.

—Yo también necesito marcharme... y empezar de nuevo en otra parte.

Esas fueron las últimas palabras que cruzó con la sacerdotisa. En realidad se dijeron más cosas, pero no en voz alta. Hesión partiría con su nueva esposa (la ceremonia había tenido lugar en el templo, de manera íntima puesto que no necesitaba oficiantes, y solo Iván había asistido como testigo), y los dos irían hacia el Este. Lejos. Más allá de las fronteras del Reino. Puede que en dirección a Orestes, cuna de su familia, o quien sabe si más allá.

Eithne abrazó con fuerza a su amigo. No, probablemente no se verían de nuevo. Era lo mejor para todos. *¿Qué más te callas, pequeña?* No lo sé. No lo sé.

Iván abandonó la alcoba, cabizbajo. La puerta contigua estaba entornada; el fulgor de una brasa vestía con lienzo rojo la estancia, en la que un hombre aguardaba con una planta medio quemada entre las manos.

Iván tocó antes de entrar. Hesión se sobresaltó. Estaba ensimismado mirando una ramita con una hoja asida por la estípula^[103].

—Ah, hola, amigo mío. Pasa —invitó.

—¿Te molesto? Parecías absorto en ese minúsculo... lo que sea.

—No, qué va. Es solo... bueno, esto. —Le enseñó la ramita. Era de color ocre y parecía muy estropeada. En su frágil superficie quedaban restos de una escritura tallada, que bailaba entre los nervios hasta tatuar casi toda la hoja.

—¿Qué es? —Iván no lograba ubicarlo.

—Un heimdash. El mismo que leía Maximilian la noche en que murió. — A su amigo le pareció significativo que no dijera «en que lo maté». Era como si para él aquellos acontecimientos hubieran sido un sueño, una larga pesadilla de la que costó despertar—. Es increíble que haya aguantado entero.

—¿Cómo es que no se quemó en el incendio?

Hesión cerró los ojos, recordando los detalles.

—Guardé este pedacito en mi cinturón justo antes de vestirme con las armas del rey. Lo he conservado junto a mí todo este tiempo.

—¿Mientras estuviste prisionero también? —Iván no entendía qué valor podía tener un trozo de planta medio incinerado—. ¿Por qué?

—Por lo que lleva escrito. Lo leí muchas veces, en los ratos en que había luz suficiente y no me encontraba encadenado. No sé por qué razón lo arranqué en el último momento, pues nada me importaba ya salvo la venganza. ¿Sabes qué dice?

—No.

—Es el corolario de un verso: «... partir con él es vivir el final de todas las cosas». ¿Te das cuenta? He meditado sobre esto muchísimas veces, y siempre llego a la misma conclusión. —Acarició la planta con extremo cuidado—. Maximilian estaba leyendo un poema sobre la muerte aquella noche. De algún modo sabía lo que iba a ocurrir, ¿no crees? ¿Puede acaso una flor contener tanta sabiduría como para iluminar el sendero de un hombre?

—Supongo que alguien vertió la experiencia de su vida en esa planta, y ella creció para conservarla.

—Es un canto al olvido, Iván. Somos nosotros los que no estaremos aquí para ver el final de todas las cosas.

—¿Y eso te asusta?

Hesión tardó un poco en responder.

—Puede que no.

—Un hombre sabio me dijo una vez que los seres humanos ven el principio y el final de todo cuanto importa —dijo Iván—. Para ellos surge el mundo de la nada cuando nacen, y se desvanece en el olvido cuando ya no están aquí, así sean hijos de campesinos o herederos divinos de invicta pujanza. Por lo tanto, todos acabaremos en uno de los muchos desenlaces de este mundo: aquel que nos atañe solo a nosotros.

—Me voy —anunció Hesión, como si necesitara sacárselo de dentro de una vez—. Con mi esposa. Emigramos hacia tierras más pacíficas, donde no solo de guerras canten los aedos.

Oírlo de boca de Eithne fue duro, pero que fuera su mejor amigo quien lo confirmara le heló el corazón.

—Lo sé. En cierto modo lo esperaba. Este no es buen lugar para sacar adelante a una familia. —*Y ojalá Orestes os acoja en su fecundo regazo cuando retornéis a ella*, deseó.

—Nadie lo sabe aún, ¿verdad?

Ambos sabían a qué se estaba refiriendo. Iván negó con la cabeza.

—La gente sabe que fuiste tú quien los salvó, que vestiste la armadura del rey en los momentos más críticos. Ya hay canciones sobre eso, y todas te encumbran y te llenan de gloria. Ninguna te hace responsable del magnicidio. —Extendió las manos sobre la chimenea—. Todavía.

—No tardarán en averiguarlo. ¿Me considerarán entonces un Héroe o me borrarán para siempre de sus sagas? ¿Seré el salvador del Reino o aquel insensato que lo condenó al desastre?

¿Qué se hizo de tu orgullo y de la fuerza de tu convicción, amigo?, pensó Iván. ¿Qué, de tu gloria y de tus empeños, de la majestad de tu figura y la determinación de tu bronceada guadaña?^[104]

Iván hizo un esfuerzo por contenerse, pero cuando saltaron sus lágrimas atrapó una con la mano.

—Por si acaso, será mejor que partáis cuanto antes —sugirió—. Los cronistas no son gente de fiar.

Los dos amigos se dieron un apretón de manos y un fuerte abrazo. Luego quedó en el aire la urgencia por ser el primero en marcharse; por ser el que no debía mirar atrás.

Iván fue más rápido.

Partieron de incógnito pocas horas después, sin esperar a que la noche los embozara en su escapada. Solo un robusto caballo y dos bueyes que tiraban de un carromato, magra compañía para tan largo viaje, corearon aquel día su silencioso adiós a la ciudad.

Antes de marcharse, Hesión fue hasta sus antiguos aposentos (los que había usado años atrás, antes de Yakra, cuando aún se alojaba en los cuarteles) y sacó de un escondrijo secreto una pequeña bolsita. No le habló a nadie de su contenido, ni siquiera a Eithne. Era algo que pertenecía a ese reino interior al que a veces se refería con el nombre de nostalgia.

Un único par de ojos los vieron alejarse hasta que su silueta se perdió en el horizonte. Iván estuvo preguntándose hasta bien rebasado el crepúsculo por qué clase de agujeros habían resuelto abandonarle sus amigos, buscando distintos destierros y regiones ignotas. Y por qué él, en lugar de partir con ellos, prefería surcar el hondo mar por otros derroteros, implorando olas en paz con los vientos y convidado por la apacible voz del austro. Pero en el fondo lo sabía, así que no indagó demasiado profundamente para no soportar una carga más pesada que la del simple adiós.

La carga de los celos.

Una colina tras otra pusieron Hesión y su esposa bajo sus pies, y luego montañas, y lagos y ríos y bosques llenos de misterio. Vadearon lagunas amortajadas de niebla entre colinas dominadas por altares, allá donde la Naturaleza se rinde al piadoso silencio de las ceremonias. En esas colinas

depositaron ofrendas y las hieródulas^[105], tras sahumarlos con incienso, los enviaron a cruzar distantes umbrales.

A Hesión le fue vaticinado que cruzaría el revuelto piélagos hacia el Oriente, y a Eithne que tendría hasta cinco hijas, todas ellas mujeres bendecidas por el destino, de entre las cuales la Diosa escogería a la reina de un lugar llamado Astralia, que aún no había sido fundado. Contenta con semejantes augurios, la pareja siguió su camino hacia el Sureste, dejando el Sol a su izquierda en la primera mitad del día, venerándolo en el regazo de Septentrión por la noche.

No les resultó difícil conseguir comida. El agua procedente del deshielo sobraba. A veces incluso resultaba excesiva, pues no paraban de hallar nuevos riachuelos que se formaban espontáneamente y que les resultaban trabajosos de vadear. Esto les obligó en cierta medida a alargar su trayecto, pues decidieron ir serpenteando por las colinas y las tierras altas en lugar de cruzar en línea recta los valles, para esquivar los ríos en la medida de lo posible.

La comida provenía de sus raciones de viaje o, cuando estas se agotaban y no habían encontrado ningún pueblo donde reponerlas, de la caza. Hesión era diestro con el arco, y Eithne de vez en cuando se aprovechaba de su Arte para convencer a las presas de que se acercaran ingenuamente hasta ellos. Descubrieron que la carne de venado era más sabrosa cuanto más claras fueran las manchas de sus lomos, aunque su tolerancia al fuego era menor. Algunos perniles se les quemaron sobre el espetón antes de dar con el tempo correcto.

De vez en cuando aparecían senderos naturales removidos por las patas de las liebres. Procuraban mantenerse junto a ellos el mayor tiempo posible, ya que aquellos pequeños habitantes grises de los montes corrían sin desconfianza de aquí para allá, y con frecuencia alguno acababa dando vueltas en la hoguera. Incluso llegaron a ver la cola roja de un zorro que los acechaba oculto tras una roca.

Aquellos días de abundante comida y descanso (y sobre todo de soledad) les permitieron recobrar las fuerzas, y otorgaron un renovado color a sus mejillas. Eithne siguió con interés la recuperación de su marido: vio cómo el abundante ejercicio que realizaba todas las mañanas volvía a rellenar con algo más que aire sus músculos, y cómo su espalda se ensanchaba otra vez. Cual corcel que rebosando de ufanía corre libre a las dehesas, Hesión respiró el aire puro, cayéndole en desorden las crines por el cuello y brazos, y recuperó su antigua fortaleza. A las pocas semanas de haber abandonado el aire malsano

de la ciudad ya estaba de nuevo en plena forma, y podía competir con los bueyes por ver quién arrastraba más lejos el carromato.

También recuperó su pasión para el amor, y hubo noches (que pasaron tumbados, contemplando el dosel del cielo) en las que Eithne tuvo que suplicar un momento de cuartel, pues el guerrero parecía empeinado en hacer realidad el augurio de las hieródulas sobre tener un buen montón de hijas, todas de golpe. Incluso les había puesto nombre.

Espesos bosques vírgenes los rodearon, y en su seno encontraron algunas maravillas de las que, con suerte, habrían oído hablar alguna vez a Autólico: entre secretas veredas que circundaban una selva de mirtos, vieron una roca de superficie tan pulida que parecía cristal, enorme como cinco toros y apoyada en equilibrio sobre otra más basta. Entre ambas formaban una escultura imposible de explicar por los hombres, pero atractiva a ojos de los Dioses. Desde allí siguieron el curso del Yal, ancho y rápido en aquel paraje, y esquivaron un pantano lleno de peligrosas hondonadas.

Bajo la techumbre de abetos se encontraron con una tribu de seres extraños con el cuerpo recubierto de pelo, como si no descendieran de humanos sino de simios inteligentes. Al verlos llegar, los simios se asustaron y desaparecieron en la foresta, por más que Eithne trató de hablar con ellos y tranquilizarlos. No los volvieron a ver, pero durante un largo trecho se sintieron vigilados, como si los matorrales tuvieran ojos y ocultas presencias los escoltaran hasta salir de su territorio. Lo único que les quedó del inquietante encuentro fue la imagen de un tótem, hecho de un material insólito que Eithne había visto una sola vez en toda su vida, arena cristalizada por la acción de los rayos que caían sobre la tierra^[106].

Aquel tótem no parecía representar nada que tuviese que ver con el reino animal o vegetal, y ambos se preguntaron con temor a qué clase de deidad adoraban aquellas criaturas.

Al cabo de ocho semanas divisaron el punto medio de su trayecto: la dentada cordillera del Yenisai, pocas veces vista por los habitantes del centro del país, que se elevaba como una poderosa presencia en el horizonte. Habían sido quinientas millas de estepas nevadas, colinas y tundra que salvaron en menos de sesenta días. El aire allí era tan limpio que parecía cristal, y unas praderas de hierba bien tejida se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Recorrieron campos dorados en los que maduraban cereales, parándose solo para descansar y dar de comer a las bestias. El viento azotaba las hileras de sauces y álamos temblones, suspiraba entre los arbustos y peinaba con raya al medio las extensiones de maíz. Durante las siguientes jornadas atravesaron

pueblos que habían logrado mantener intacta su identidad a lo largo de siglos, resistiéndose a los vaivenes culturales de la capital. Los habitantes de estos enclaves rurales eran tan distintos a los sikandianos que incluso se expresaban en un idioma que tenía reminiscencias de glagos, pero que se les antojaba incomprensible.

Cuando Hesión les preguntó, a los pocos que hablaban su idioma, si habían visto acampar ejércitos en los alrededores, pusieron caras extrañas. No sabían que se hubiera constituido una milicia, ni siquiera que hubieran tenido rey hasta entonces. Las últimas noticias que manejaban databan de los tiempos de Arkadi. La mayoría ni siquiera sabía que pertenecieran a un país determinado, y al enterarse se burlaron de la idea.

En uno de estos pueblos perdidos había una posada decorada con cabezas de renos. Allí encontraron una alternativa para pasar la noche. Tras tantas semanas de viaje, agradecieron aquel jergón y aquella sopa caliente.

Durmieron más de doce horas seguidas, en las que Hesión tuvo malos sueños: en medio de la noche se despertó de súbito, creyendo que alguien les había robado el carromato y los animales. Eithne ni siquiera se enteró de que se levantaba. Se vistió, bajó corriendo las escaleras y suspiró aliviado cuando encontró a sus bueyes en el establo. El posadero, como había prometido, los estaba limpiando con una fregona de mango curvo.

El guerrero se disculpó y entró en la taberna para echarse algo al gaznate. Necesitaba cerveza tibia y pan. Si había sobrado carne de la cena que compartieron con otra media docena de labriegos, mejor. Pagó todos aquellos servicios con oro de Sikandar, pero cuando los campesinos vieron las monedas, arrugaron la frente. Preguntaron si la persona de nariz aguileña que aparecía tallada en aquellos pedacitos de metal era a quien debían rendir pleitesía. Hesión sonrió de medio lado y se limitó a comer en silencio.

Le gustaba aquel lugar: la sencillez de la vida allí era algo palpable. No había obras de arte arquitectónico ni nada que deslumbrara la vista, aparte de las maravillas naturales y la salvaje belleza de los campos, pero eso llevaba aparejada una sensación de sosiego (¿y equilibrio, tal vez?) que resultaba embriagadora. Le gustaba el tacto de aquella madera sin barnizar sobre la que apoyaban sus copas de barro. Le gustaba que los dinteles de las puertas estuviesen decorados con unas hojas parecidas al muérdago. Llamaban su atención los juegos de color en las prendas de hombres y mujeres, portadores de un código que solo los nacidos en aquella tierra entendían. ¿Acaso significaba la chispa de añil en el tocado de una joven que iba buscando

marido? ¿Podría ser la pincelada de rojo en el pantalón de aquel mozo un indicativo de su profesión, panadero o herrero?

Eithne bajó de la habitación en cuanto amaneció. Encontró a su marido aprendiendo unas cuantas palabras de aquel dialecto a base de charlar con el sollastre, un hombre bonachón al que le encantaba dar más datos de los necesarios para explicar cualquier cosa. Hablaba de por sí un poquito de glagos, pero fue más lo que Hesión aprendió de él que a la inversa.

Mientras escuchaba, Eithne miró por la ventana y disfrutó de las oblicuas columnas de Sol que navegaban lentamente por los campos, como silenciosos pilares de una catedral vagabunda.

Era increíble la paz que se respiraba en aquel lugar. Todo lo que había llenado sus vidas durante los últimos años parecía tan lejano, tan... inaprensible. Como si hubiera ocurrido en un país o en un tiempo diferentes, más propios de la fabulación de los viejos que de la realidad.

Pero sí que había sucedido. Cada vez que veía a su marido cojear por culpa de los dedos que le faltaban en los pies, producto de la congelación extrema que sufrió mientras estaba preso, se estremecía. Y se juraba a sí misma que por nada del mundo volvería a pisar aquella región maldita, llena de castillos de piedra, mausoleos de emperadores y fosas comunes de plebeyos.

Se estaban preparando para partir de nuevo cuando un grito cruzó el pueblo:

—¡Lhes cheviaks!

Hesión juntó las cejas. No le gustaba cómo sonaba eso, aunque desconocía el término.

Su mujer estaba disfrutando de una tisana de hojas mientras él reforzaba el eje de su carromato. El posadero entró corriendo en el establo y forzó su medio-glago:

—Cuidodas kan lhas cheviaks. Aran ragakterios.

—¿Cheviaks? ¿Quiénes son?

Hesión cruzó una mirada con Eithne y siguió reparando el eje. La sacerdotisa apuró su vaso de tisana y trajo a los animales, que descansaban cinco estabulaciones más allá. Por los sonidos que llegaban del exterior, supieron que un destacamento de al menos seis jinetes, con caballos herrados y juntas metálicas en sus abrigos, habían hecho irrupción en el pueblo. Gritaron consignas en el idioma de aquella gente y hubo un rumor de pasos.

Estaban haciendo una inspección, comprendieron los viajeros. Esas conversaciones quedas, ese apresurar de pasos, esas contraventanas que se

cerraban a lo lejos... era un procedimiento habitual del ejército cuando buscaba renegados. Pero si el posadero no tenía constancia ni siquiera de que hubiese un poder centralizado, ¿quiénes eran entonces aquellos hombres? ¿Bandidos organizados? ¿Tropas de castigo de Magnus? ¿Sicarios de algún señor de la guerra local que disfrutaba del poder derivado del aislamiento?

Por si acaso, decidieron no bajar la guardia.

—Ya vienen —dijo Eithne, asomando la cabeza por el establo. Distinguió a seis hombres, flacos y con espesos bigotes, ataviados con un uniforme amarillo mostaza. Habían hecho un círculo de lanzas adornadas con oriflamas rojas: aquella señal solía indicar que se entregaba la ciudad durante dos días para el pillaje de los soldados, aunque también podría tener otros significados.

Dos de ellos entraron en el establo precedidos por sus capotes puntiagudos, miraron a Eithne con sorpresa de la cabeza a los pies y barruntaron un par de órdenes obscenas. Con ello consiguieron resultar ofensivos sin siquiera tratar de hacerse entender.

Sin ceremonias, los colocaron contra la pared, a ella y a su marido, y comenzaron a examinarlos. No escapó a su mirada ni un botón ni una costura de sus ropas. El más viejo se quitó el capote y se restregó la calva con la manga.

—No tenéis aspecto de paisanos —dijo en el idioma oficial del Reino.

Hesión, manteniéndose tranquilo, negó con la cabeza.

—Venimos de la capital.

—Eso está muy lejos. ¿Sois colonos?

—En efecto. Vamos en busca de un collado tranquilo en el Yenisai.

—¿Granjeros?

—Tramperos. —Hesión no estaba dispuesto a morder el anzuelo: las faldas de las montañas eran tan abruptas y pedregosas que ningún granjero en su sano juicio habría levantado allí su hogar. Todos preferían las llanuras—. Cazaré osos. Y bajaré hasta el pueblo para despiezarlos.

El hombre lo midió con la vista, no muy convencido. Apenas le llegaba al pecho en altura, pero se veía que estaba tan acostumbrado a ser temido por los lugareños que ni los músculos ni el aspecto de haber portado armas desde niño de Hesión lo amedrentaban lo más mínimo.

Por un momento, Eithne temió que reconociera a su marido, pero era obvio que pensaban en ellos como fugitivos que se habían escapado de las tierras de su vaivoda para no pagar el gursla^[107]. Resultaba patético y reconfortante a la vez: el anonimato era un viento fresco que les había costado más de doscientas leguas respirar.

El soldado observó a Eithne con lascivia, y se puso de nuevo el capote.

—Vuestra piel es demasiado blanca como para ser la de una campesina, señora.

Eithne cruzó las manos a la espalda. Su pecho sobresalió un poco del escote, atrayendo la vista de los soldados.

—Soy sacerdotisa del culto a la Diosa —confesó, orgullosa—. Acompaño a este hombre en busca de algún pueblo que no disponga de templo propio.

—Una mujer santa, ¿eh? Bien, aquí siempre hacen falta. Le diré al sargento que os quedaréis.

—Me temo que no me he expresado bien, mi señor —puntualizó Eithne, suavizando el tono para que pareciera una súplica en lugar de un reproche—. Este pueblo ya dispone de servicio religioso. Mi intención es seguir hasta llegar a las vaguadas. —Cruzó los dedos para que eso fuera cierto. Desde que llegaron no habían divisado ningún templo o espacio de culto, solo granjas y yugadas.

—Tonterías. En esas montañas no hay nada, a no ser que consideréis comunidades dispersas de tramperos y algún que otro caserío miserable como una opción. Vuestro talento se desperdiciaría allí.

—¿Insinuáis que debo renunciar a llevar la gracia de la Diosa a aquellos fieles dispersos? ¿Que no merecen ser guiados?

El soldado enarcó las cejas, dudando entre si sentirse insultado o darle la razón.

Hesión reculó un paso, colocándose cerca del carromato. Debajo de los sacos estaba Valnius, enrollada en un estandarte del Águila. Conservaba este último por si acaso tenían que convencer a alguna patrulla perdida de su lealtad (la noticia del magnicidio aún tardaría años en llegar a aquellas latitudes, y hasta entonces el estandarte no perdería vigencia), pero sospechaba que con aquellos patéticos caciques no serviría de mucho.

—Claro que no. —El soldado encajó los dientes. Era evidente que aquella mujer tenía más aspecto de dama que de furcia, por lo que su historia bien podía ser cierta. Y no convenía enemistarse con el clero.

—Aceptad este presente, de parte de Sikandar y como muestra de buena voluntad —dijo Hesión, quitándose las botas. Eithne lo miró con reproche, pero su marido la ignoró y se las ofreció al hombre.

El soldado cogió el calzado y acarició la piel del empeine, de la caña a la pala; golpeó el tacón con los nudillos e incluso mordió la punta.

—¿Son buenas? —preguntó con retintín. Bastaba con mirar al suelo para darse cuenta de que los suministros no llegaban desde hacía años: lo que

protegía sus pies eran unos trozos remendados de cuero que podrían caerse a pedazos en cualquier momento. A los demás cheviaks les corroía la envidia.

—De la mejor calidad. Hechas por y para tramperos —sonrió Hesión—. Aguantarán al menos cinco años.

—Uhm... está bien.

Y eso fue todo. O casi. Aún tuvieron que sobornar a otros tres oficiales, pero antes de que se dieran cuenta estaban de nuevo en el camino, azotando a los bueyes.

Eithne permaneció cabizbaja, molesta por haber tenido que rebajarse ante unos simples sayones. Pero sobre todo porque su marido hubiera perdido las botas. Ahora tendría que fabricarse otras con la piel de algún animal, y ninguno de los dos sabía lo suficiente del oficio de curtidor para que quedaran bien.

En el fondo habían evitado una matanza, una vocecilla interior no paraba de repetírsele: esa era la luz al final del túnel, la verdadera ganancia de aquella aventura... pero se había acostumbrado demasiado rápido a la vida de palacio, y a la deferencia que recibía como suma sacerdotisa.

Paletos, resumió, y se fue quejando todo el camino al son de los baches.

5

De nuevo les rodeó la pradera, de nuevo encontraron bosques de coníferas eternamente verdes, desnudos zarzales y cedros doblados por el peso de la nieve. Cruzaron unos parajes tan apartados que no en pocas ocasiones se vieron tentados por la rabiosa libertad del lugar, y se plantearon terminar allí mismo su viaje. Poco les hubiera costado desuncir los bueyes y levantar una casita de troncos en medio de la nada, pero una pulsión más fuerte azuzaba sus corazones: la de alcanzar las costas donde nacieron sus antepasados. El Yenisai era vasto, y despoblado hasta el límite de la locura, pero seguía perteneciendo al Gran Reino, ese fantasma que los perseguía en sueños.

El episodio en el poblado los había puesto sobre aviso: no debían bajar la guardia. En cualquier momento podían toparse con escuadrones errantes de la milicia, y Hesión no quería volver a ser apresado nunca más. Ni arriesgarse a tener que matar a un inocente que, sin querer, le hubiese reconocido. Esos tiempos se acabaron.

Continuaron el viaje, trazando un puente del invierno a la primavera y desviándose mucho hacia el Norte en su caminar. Por unos días, el mismo Sol

que quemaba en los caminos los reconfortó de noche, pues su luz nunca llegó a extinguirse. Hesión cazó gamos con cuyas pieles trató de fabricarse botas, pero no le duraban más que unos pocos días; luego, las costuras perdían fuerza o la humedad encontraba una fisura por donde colarse. Para sacudirse de encima la tensión, Eithne contaba historias que había leído en libros, mucho tiempo atrás. Historias sobre colonos. Eran relatos llenos de vida, de aventuras y desafíos resueltos gracias a la inteligencia más que a la fuerza bruta.

Hesión la interrogó deseando saber más, y ella no tardó en sentirse elocuente. Algunas acólitas de la Diosa habían llegado hasta aquellos remotos parajes en otras épocas, cuidando de la salud de los buscadores de oro, aunque poco se supo de ellas después. Corrían leyendas que hablaban de templos ocultos en las montañas, fundados por y para mujeres, donde el sexo masculino era anatema. Bizarras aventureras, Amazonas que desafiaban el ecosistema de la marta cebellina, eran ejemplo de coraje para sus hermanas... si bien nadie sabía con certeza si seguían vivas o no.

Hesión se dejó llevar por la magia del relato, imaginándose a las sacerdotisas entonando plegarias mientras sus hijas repetían las antífonas. Y supo leer entre líneas: era el hecho de su partida lo que importaba. El viaje en sí mismo, no su final.

Una mañana alcanzaron un bosque de cedros que cubría las estribaciones de una cadena montañosa. Bajo aquellas ramas de verdor perpetuo bullía la vida: los jilgueros poblaban con sus trinos el anfiteatro mientras los zorros cazaban agazapados y los cascanueces se cortejaban con agudos gritos. A hurtadillas maquinaba su estrategia el armiño, compitiendo por la misma presa con algunas aves de pelaje tan blanco que dañaba la vista. De los troncos de recios árboles llamados alerces, colosos desde cuya copa podría haberse divisado la lejana Sikandar, se desprendían hijos que las ventiscas derribaron. Las heladas los habían fundido al suelo, mezclando el agua con la trementina como un alfarero revuelve grog o conchas molidas para que la cerámica no se deforme.

Eran masas compactas en cuya piel había dejado su firma el soberano de la taiga, el noble oso pardo, cuya silueta divisaron a lo lejos en un par de ocasiones. Toda esa explosión de Naturaleza en estado puro les llenó de alegría el corazón, y les convenció de que, por mucho mal que los hombres sembraran en el mundo, siempre quedaba algo hermoso por lo que vivir.

Al aproximarse al Kura-Tag (sinuosidades de los barrancos del lado occidental de la cordillera) aceleraron el paso. En el pueblo les habían dicho,

o ellos creyeron entender, que unas bandas de forajidos buscadas por los cheviaks merodeaban por aquellas latitudes. Al parecer eran descastados, hijos de ladrones que habían hecho de las incursiones a los poblados su forma de vida. Pero ¿quién distinguía nada en aquel dédalo de montañas, aparte de Naturaleza salvaje? ¿Quién era capaz de prever la aparición de bandas de asesinos? Lo único que podían hacer era tratar de viajar lo más ligeros posible, confiando en la suerte y en que un pequeño carromato no llamara demasiado la atención.

Pero la suerte, como aprendieron una mañana, es una dama caprichosa.

Sin previo aviso, una granizada de piedras cayó sobre el carromato. Los animales se asustaron y amenazaron con salir huyendo, destrozando el vehículo que arrastraban. Hesión los mantuvo quietos, al menos durante la primera andanada, que consistió únicamente en piedras. Cuando las flechas hicieron acto de presencia, el guerrero no tuvo más remedio que cortar con su cuchillo los arcos y dejar que los bueyes se las apañaran solos.

Un buey fue herido de gravedad y caminó borracho unos segundos antes de derrumbarse. El otro se metió entre los árboles y pudo escapar en tablas de la emboscada. Eithne desenterró a *Forjadereyes* de debajo de los sacos y se la tendió a su marido. Su filo brilló como plata incandescente al ser desenvainado. Luego, Eithne vio cómo una antorcha caía sobre el techo de tela del carromato. La empujó desde dentro, dando impetuosos golpes en la tela, hasta que la tiró a la nieve. Una flecha atravesó aquella débil barrera, pero se clavó en un saco de comida, a su derecha.

Hesión se apeó del pescante, corrió hacia los árboles y echó un rápido vistazo al valle. Desde lo alto de un collado, unos bandidos los bombardeaban con todo lo que tenían. No eran muchos, once tal vez, y parecían tan desnutridos como sus primos de las tierras bajas.

Asumiendo que su mejor opción era un ataque directo, se lanzó a correr hacia ellos, ignorando el peligro que suponían los proyectiles. Hizo honor a su antiguo apodo de «pies ligeros» y trepó a grandes zancadas hasta el collado, ejecutando quiebros y cambios bruscos de dirección cada vez que oía el lengüetazo de un arco. Aterrados, los bandidos desenfundaron cimitarras y lo esperaron en la cumbre, atónitos ante tamaña muestra de valentía.

Hesión mató al primero nada más poner pie en la cima. Fue algo así como una brutal declaración de intenciones: Valnius rompió su cimitarra y perforó su esternón, todo en un solo movimiento. Luego apuntó a los otros, uno a uno, con la hoja bañada en sangre. El terror se leía en sus rostros, haciéndose un hueco junto a la sorpresa.

¿Descastados, los habían llamado? De no ser por sus métodos, aquellos bandidos podrían haber pasado por una tropa más de cheviaks. Hasta los mostachos eran idénticos. Hesión se preguntó si no formarían parte de la misma organización, solo que algunos habían hecho del pillaje algo legal, presentándose en las comarcas y percibiendo tributo, mientras que otros se limitaban a corretear por los montes cual verracos.

Midió con frialdad a los bandidos. Podía escuchar su respiración entrecortada, la ansiedad que recorría sus venas en espera de que el *impasse* acabara. Uno de ellos incluso se atrevió a hablar, y explicó mediante una combinación de gestos y palabras saturadas de consonantes que deseaban hacer un trato.

Hesión miró las botas del que parecía ser el jefe, y sonrió.

—No debiste dejarlos escapar —protestó Eithne. Le tocaba a ella llevar las riendas, y trataba de compensar los movimientos ágiles de los ponis que les habían requisado a los bandidos con el andar lento del único buey que les quedaba (echaba de menos el caballo que habían traído de Sikandar, pero habían tenido que dejarlo en el poblado como parte de su tributo de paso). Hesión descansaba en la parte de atrás del carromato, raspando con un cuchillo las monedas de oro que les quedaban para borrarles la efigie de Maximilian. Sus felices pies disfrutaban ya del calor de unas botas nuevas—. Podrían volver a emboscarnos. Y como saben que puedes defenderte, atacarán de noche, como chacales.

—Lo dudo —opinó su marido, amodorrado—. Lo que buscaban era comida. Les hemos dejado bastante carne.

—Sí, casi la mitad del buey. Demasiado generoso fuiste.

—No creo que se arriesguen a morir cuando tienen sus necesidades cubiertas. Además, así tampoco se acercarán al poblado, y dejarán en paz a los campesinos.

—Ya. Todos contentos, ¿no?

Hesión miró a su mujer. Anudó con cuidado el paño donde habían estado cayendo las virutas de oro, se incorporó y abrazó a Eithne sobre los pechos.

—¿Qué te pasa, mi amor? No has dejado de protestar desde que salimos del pueblo.

Ella acarició su mano, resignada.

—Lo siento. Es que... estoy harta de este viaje interminable. Harta de dormir en un saco y de pasar frío por el día y por la noche. —Unos hoyuelos

graciosos se hundieron en sus mejillas—. Quiero una cama caliente, y un hogar.

Hesión se puso serio.

—Eso es lo que yo deseo darte, más que nada en este mundo.

Se miraron un segundo a los ojos. Eithne lo besó con ternura.

—Ya lo sé. Por eso confío.

—Huellas.

—¿Cómo?

—Huellas.

—¿Qué tiene eso que ver con mi hogar?

Hesión señaló al camino.

—Digo que no estamos solos. Hay huellas en la nieve, y parecen recientes.

Se pusieron en alerta. Ya era una sensación tan habitual que cuando no la sentían sufrían algo parecido a la abstinencia. Eithne dio un golpe de riendas, formando una onda, para que los animales espabilaran. Hesión bajó de un salto, con el carromato en marcha, y examinó el terreno.

Pisadas de un hombre, hundidas por el talón. Suela gruesa cosida en los extremos, probablemente de piel de reno. Y eran muy recientes: alguien había cruzado transversalmente aquella vaguada arrastrando algo, puede que un clovi^[108].

¿Habría subestimado a los bandidos? ¿De verdad serían tan estúpidos como para intentar otro ataque? ¿O se trataba de...?

No. Se rio de sus propios pensamientos. No había constancia de que los ejércitos de Magnus hubiesen llegado tan al Norte^[109]. De hecho, sabía que aquellas montañas eran una mala opción para mover grandes cantidades de gente. Los pasos eran estrechos y sinuosos, escenario ideal para emboscadas de las que no era posible salir. Ningún general en sus cabales habría intentado cruzar a lo ancho la cordillera, habiendo tierras bajas por las que rodearla. Pero se preocupó: los Kanés eran imprevisibles.

De repente escuchó pasos. Unos pies pequeños y distraídos rompían las ramitas caídas de los árboles.

Hesión permaneció quieto junto al poni de cabeza, sujetándolo por la brida. Deslizó una mano hasta el mango de su espada.

La figura, pequeña y encorvada, tardó unos instantes en salir del bosque. Iba cargada con un hatillo de ramas, lo que mantenía su cabeza gacha y su vista fija en el permafrost. No parecía haberse dado cuenta de que ellos

estaban allí. Vestía como una campesina, aunque su piel, no totalmente cuarteada por los rigores del trabajo en el campo, recordaba a la de Eithne.

La muchacha silbaba una tonada cadenciosa, salpicada de tos. Se paralizó, sin embargo, en cuanto vio las sombras de los ponis. Elevó lentamente la cabeza hasta encontrar los ojos del guerrero, y dejó caer su hatillo de la impresión.

No fue la única que emitió un gritito de asombro. Cuando la princesa Eithne y ella se miraron, las dos sintieron que la sangre hervía en sus venas.

La campesina era Anya Vorensky.

CANTO XXVI

Hacia los puertos dorados

1

La sorpresa paralizó su tos.

Anya se llevó las manos a la boca para no gritar. Iba vestida como una campesina del Yenisai, igual que las mujeres que habían visto en el pueblo: un sobretodo cortado según un patrón rectangular básico, gorro con orejeras y una saya anudada a la cintura. Unas borlas eran el único adorno que se permitía tan tosco diseño, bailando como culebrillas en el envés de un cingulo.

Como quien remueve inefables dolores, la joven vio pasar por su rostro muchas y encontradas sensaciones. Sorpresa, terror, alegría, suspicacia... todo en un único e inabarcable momento. Sus manos reaccionaron antes que su cerebro, dibujando un signo de protección contra los malos espíritus.

La primera en recuperarse del choque fue Eithne. Reconoció el ritual de sus dedos y exclamó:

—¡No, por favor! No trates de ahuyentarnos de tu mente, ni de levantar barreras que nos alejen de tu comprensión, pues te aseguro, Anya Vorensky, que no es fantasmagoría lo que ven tus ojos. —Bajó del carro y se acercó a ella con lentitud. La joven retrocedió, pero tropezó con el hatillo y aterrizó sobre su trasero—. Somos nosotros. De verdad.

Los ojillos de Anya vibraron, saltando de su antigua maestra a Hesión, y de ahí al carro con los ponis. Eithne le tendió una mano, pero la joven tuvo miedo de tocarla. ¿Era real lo que estaba sucediendo, o los muertos habían venido a atormentarla? ¿Se habría vuelto loca por culpa de la soledad y los gélidos inviernos? Aquellas personas no podían, no *tenían* que estar vivas.

Eran heraldos de un pasado que casi había logrado olvidar, días de puntas afiladas que fulminaban la muerte.

Fue la mano de Eithne la que rozó la suya, y al sentir ese contacto, carne contra carne, Anya chilló. Se puso en pie y durante un instante estuvo a punto de huir despavorida, pero algo la detuvo. Una luz en su corazón.

—¿Ma... maestra? —balbuceó, clavándole aquellos ojos que devolvían el mundo en forma de reflejos.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Eithne.

—Sí, pequeña. Soy yo.

Las dos mujeres se abrazaron. Tibio al principio, resuelto como amor de madre después, el contacto hizo de pantalla para unos gemidos y frases que se rompían a la mitad, como si los verbos fueran puentes de cristal. Un ¿qué fue de ti? era interceptado por el ¿cómo es posible? que precedía al ¿estoy soñando?

El estupor más genuino obligaba a Hesión a sacudir la cabeza cuando oyó partirse una ramita. Su cuchillo quiso salir por sí mismo de la funda y apuntar al hombre que trataba de acercarse furtivamente por detrás.

Anya reaccionó con un grito:

—¡Dálivor, detente! No le hagáis daño, mi señor —le suplicó al marido de Eithne—, por lo que más queráis. Es... es un amigo.

Hesión miró al hombre. Por las marcas de sus brazos, era con toda seguridad quien arrastraba el clovi por el camino. Alto y fornido, casi un cuerpo más ancho que él, su mandíbula sostenía una dentadura cariada y desprovista de paletas. Un ralo bigote hacía de puente entre rasgos que parecían trazados a cartabón. Por el pliegue que almendraba sus ojos, dedujo que era un cheviak.

—¿De dónde ha salido este oso? —preguntó Hesión—. ¿Va contigo?

El gigantón dejó escapar un gruñido, pero no atacó. El cuchillo de su oponente, la hoja paralela al suelo, le apuntaba directamente a los ojos.

—Dálivor no es mala persona. No comprende bien nuestro idioma, pero cuida de mí. Habrá pensado que erais bandidos; por aquí son los únicos que pueden permitirse tener bueyes.

—Pero ¿cómo es posible este milagro? —intervino Eithne, tratando de encajar las piezas—. ¿Cómo es que estás aquí, chiquilla, en estas tierras? ¡Y viva! Yo pensaba... —Se le quebró la voz—. Pensaba que...

—Ha pasado mucho tiempo —fue su única respuesta. Miró a Hesión—. Es un honor veros de nuevo, mi señor.

—Ahora estamos juntos —aclaró la princesa. Su marido bajó el cuchillo, pero no lo envainó. El gigante y él todavía se sostenían la mirada, suspicaces como leones que protegieran su territorio—. Partimos de Sikandar hace muchas semanas, y en todo este tiempo eres la primera cara conocida que vemos. ¿Cómo es que has acabado en estos confines, Anya?

La joven miró a ambos lados del sendero. Parecía inquieta.

—No hablemos aquí. Mi cabaña no está lejos. Venid.

—¿Por qué? ¿Hay algún peligro?

—Los caminos no son seguros en esta región.

Anya recogió el hatillo del suelo, pero Hesión se lo quitó amablemente de las manos y lo metió en el carromato. Cuando el gigante al que había llamado Dálivor se dio cuenta de lo que pasaba, se acercó malhumorado a la joven e intercambió unas frases. Anya le respondió sin acento, como si hablase aquel dialecto desde su niñez. Eithne se sorprendió, preguntándose cuánto tiempo llevaría su antigua sibadalla viviendo en las montañas. ¿Desde la última vez que la vio, en el asedio a Puente del Oeste? ¿Quién la habría llevado hasta allí?

Se acercó a su marido y murmuró:

—Por lo visto, hay discrepancia.

—Sí. Parece que él no desea que sepamos dónde está su cabaña. Pero ella le convencerá.

—¿Cómo estás tan seguro?

Hesión le dio un suave codazo.

—Es tu sibadalla, ¿no?

La discusión subió de tono hasta que Anya la zanjó con un ademán, como quien tala un árbol. El gigante alzó la vista, resignado, y miró a los cielos como pidiendo algo de sentido común a sus Dioses.

—Seguidme —dijo la joven—. Si habéis viajado durante tantas semanas, estaréis deseando encontrar un techo.

Hesión asintió. El hambre religaba con el frío para sacudir su estómago.

—Tenemos carne en abundancia ahí detrás. —Señaló al carromato—. Me temo que su encuentro con una hoguera es inevitable.

—¿Carne? —Las cejas del gigantón se alzaron. Aquello sí que lo había entendido.

—Si no os gusta el buey asado, siempre puedo cazar algún zorro nevado, o un alce.

Dálivor accedió a liderar la marcha, mientras Anya borraba las huellas a sus espaldas. A medida que subían por la ladera de la montaña, los bosques se

hicieron más densos, los árboles más jóvenes y frondosos. De pronto la espesura desapareció, relevada por una extensión de hierba que se prolongaba hasta una hondonada. Allí el terreno caía a pique, y unía el horizonte con una bahía de nubes que parecían encalladas en las estribaciones.

En mitad del claro había una cabaña, una casa de madera de tejado gris y paredes agrietadas, donde la hiedra se aferraba a los surcos. Tenía un huerto rodeándola como un escudo defensivo.

—Esta es mi casa —dijo Anya, orgullosa—. Esperad un momento, voy a avisarle.

—¿A quién? —se extrañó Eithne.

En lo que Anya tardó en entrar y cruzar unas palabras con una tercera persona, Dálivor se bajó del carromato (había hecho todo el camino sentado junto a Hesión, pero no se había dignado ni siquiera a mirarle) y descargó los hatillos. Los llevó a la parte de atrás de la casa y los metió en una especie de horno con una chimenea ahusada. Luego se encargó de desuncir a las bestias.

La puerta de la cabaña volvió a abrirse y salió Anya, acompañada por un hombre de larga barba trigueña, brazos robustos y apoyados en muletas. No parecía mucho mayor que ella, pero tenía un aire de superviviente curtido en la intemperie.

Eithne escrutó su cara, recordando días lejanos. Aquellos ojos y sus espesas cejas le resultaban harto conocidos, aunque todavía no lograba ubicarlos. El muslo izquierdo del hombre estaba vendado, impidiéndole moverse con soltura, pero parecía dispuesto a defender a los suyos ante cualquier ataque, ya que llevaba una espada terciada al bies de sus espaldas. Su manera de portarla, la pose marcial... todo recordaba un entrenamiento militar muy propio de Sikandar.

A Eithne volvieron a saltársele las lágrimas cuando por fin vio la luz.

—¡Tabardo de Dragón! —exclamó, y no pudo reprimir el impulso de salir corriendo a abrazarle. Casi le tiró al suelo en el proceso.

El hombre la miró sin reconocerla, extrañado por el uso de aquel mote. Pero luego los ojos hermosos, el mentón afilado, los labios finos de la mujer, fueron encajando en su cabeza.

—¿Mi... mi señora?

Nabarza y la princesa se abrazaron de nuevo, aunque los antiguos modos no tardaron en imponerse y él recuperó la compostura. Con un carraspeo, amagó una reverencia.

—¡Dioses! ¿Cómo es esto posible? ¿De dónde salís?

—Eso mismo le estaba preguntando a Anya hace un rato. Me contó que ella y vos...

Anya le dio un beso en la mejilla a Nabarza. Este le devolvió una sonrisa.

—Los tiempos cambian, mi señora. El futuro es incierto, y puede que hasta haya espacio para una historia de amor entre un antiguo soldado y una sacerdotisa. ¿No creéis?

Eithne miró de reojo a su marido.

—Qué me vais a contar...

Entraron en la cabaña. Era pequeña pero confortable, con esa cualidad de los hogares que los hace parecer más sólidos por dentro que por fuera. El espacio se lo repartían unos muebles toscos, una chimenea, pieles en las paredes y una alfombra de oso pardo en el suelo. Dálivor también entró, encajó algunos leños en la chimenea y avivó el fuego con un atizador.

Nabarza se sentó en una silla hecha a mano, apoyando su pierna herida en un cojín.

—El recuerdo de un mal encuentro —explicó, acariciándosela.

—¿Con bandidos?

—Casi. Con un lince, un bandido de la foresta. Se enfadó cuando fui a cortarle el pincel de pelos que llevaba en las orejas.

Anya le dio un coscorrón mientras le ayudaba a cambiarse el vendaje.

—Te lo mereces, por tonto.

—Quería hacerle un regalo a mi amada. Esos pinceles habrían adornado bien tus vestidos.

—Mi *único* vestido.

—A ese me refiero.

—Dejadme ver eso —se ofreció Eithne, inclinándose sobre la herida. Mientras la examinaba, Hesión trató de ayudar a Dálivor a alimentar la lumbre, pero el cheviak no parecía dispuesto a ceder terreno. Malhumorado, abandonó la chimenea a su suerte y salió por la parte de atrás de la casa.

—No es muy conversador —dijo Hesión.

Nabarza rio.

—¿Dálivor? Es un caso perdido. No conseguirás... ¡ay! —Eithne acababa de presionarle el muslo—, auf, no conseguirás que te hable hasta que no te considere parte de la manada.

—¿Cómo lo conseguisteis vosotros?

—Lo encontramos vagando por los montes. Estaba medio muerto de frío; alguien le había herido en ambos brazos y no podía fabricarse una naida en la que pasar la noche. Su piel estaba tan azul como el cielo del mediodía, y tenía

carámbanos bajo los ojos. Nuestra cabaña aún estaba a medio fabricar en aquel entonces. Nunca olvidaré la cara de mi mujer cuando esa mole hambrienta y medio loca salió del bosque y nos pidió comida a gritos.

—Parecía un starkhad^[110] —confirmó ella.

—Al final terminamos adoptándolo. Su fuerza nos resultó de gran ayuda para terminar de construir la casa, y para arrancar las hortalizas del suelo congelado. Nuestras previsiones eran pasar la mitad del otoño viviendo en naidas, pero hacia finales del verano de aquel año ya encendíamos la hoguera y asábamos carne.

—Fuerte sí que parece.

—Créeme, lo es. Una vez le vi partir un tronco con sus propias manos, sin ayuda del hacha. De no ser por él, los bandidos nos molestarían más a menudo.

Hesión atrapó al vuelo una pavesa.

—¿Os molesta esa carroña?

—Lo mínimo imprescindible. Son tan parte de estos lares como el pino o el lince. No es posible librarse de ellos, por mucho que imploramos a Volos que los escarmiente con alguna maldición. Es la ley de esta tierra.

Hesión arrugó la frente.

—Me gustaría volver a encontrármelos, y esta vez para hablar en serio...

Eithne se concentró. Sus manos despidieron calor, un maravilloso y reconfortante calor que penetró en la herida y abrazó nervios y tendones, músculos y arterias. Nabarza dejó de respirar durante un minuto, disfrutando de la sensación y siendo arrastrado inexorablemente por ella, como el pez que se somete al empuje de un torrente y le permite dirigir su destino.

Cuando el conjuro acabó, como testimonio de la lesión solo quedaba una fea cicatriz.

—Con esa no puedo hacer nada, lo siento —se disculpó la princesa—. Tendréis que llevarla como complemento a los adornos del vestido de vuestra mujer.

Nabarza miró atónito a Anya. Esta hizo un gesto disimulado de gratitud a su maestra y sacó un plato de la cocina. Bajo unos trapos se escondía una apetitosa almojábana de queso y harina, mordida por las esquinas.

—Llevamos varios días comiendo esto, pero será un compañero perfecto para que esa carne de buey no se sienta sola.

—Buena idea —convino Hesión—. Voy a cortar unos filetes. El resto será mejor que lo enterréis bajo la nieve, para que no se os estropee.

—¿No vais a quedaros con nada?

El guerrero respondió con otra pregunta:

—¿Falta mucho para llegar a la costa? Nos gustaría coger un barco que nos llevase a Orestes.

—¡Orestes! —se sorprendió Nabarza—. Eso está muy lejos... pero podríais alcanzar un puerto fluvial en dos semanas. Se llama Randragor. Es una ciudad maderera que tiene pactos con los Kanes, aunque no sé cómo estarán las cosas después de la guerra.

—Nos arriesgaremos.

—La carne os va a hacer más falta que a nosotros —opinó Eithne—. El buey os durará varias semanas, si lo racionáis. Y en caso de que pasemos necesidad todavía podemos sacrificar el que nos queda.

No hizo falta que Nabarza y su mujer expresaran en voz alta sus pensamientos. Hesión los descifró con facilidad.

—Me temo que no podemos quedarnos a vivir con vosotros —aclaró, anticipándose a su propuesta—. Nos gustaría, y os agradecemos mucho que consideréis seriamente el tenernos como familia... pero el ancho mar nos aguarda. Quién sabe dónde concluirá nuestro viaje, pero mientras permanezcamos dentro de las fronteras del Reino estaremos en peligro. Por desgracia, nuestra única oportunidad de ser felices pasa por el destierro.

—¿Tan mal están las cosas en Sikandar que ni el mismísimo campeón del Reino puede asegurarse en ella su futuro?

La pregunta fue seguida por un incómodo silencio.

Eithne bajó la vista a la alfombra. Se había descalzado para que sus pies gozaran del contacto con aquel oso pardo de mirada feroz.

—Entiendo —dijo Nabarza—. Es una lástima, pero solo vosotros tenéis la potestad de decidir sobre vuestro futuro. Os mostraré un paso seguro a través del Yenisai. Puede que encontremos cierta resistencia, pero sin la ayuda de un guía no sobreviviréis a la montaña. Además —se frotó la pantorrilla—, os debo todo lo que pueda caminar y más.

—Con «resistencia», ¿te refieres a los cheviaks o a animales peligrosos? —preguntó Hesión.

—Una mezcla de ambos. Los bandidos son más despiadados que los animales, y tienen vigilados los pasos por si avistan caravanas. No será fácil esquivarlos.

Hesión sacó un hatillo alargado de entre sus bártulos. Al desliarlo, el mango de su esplendorosa espada quedó a la vista.

—No te preocupes por eso. Si hay que combatir, estamos bien pertrechados.

Se la tendió a Nabarza, quien la sostuvo con reverencia.

—¿Es... es lo que creo que es? —preguntó, atónito.

—Pocas armas fabricadas en el Gran Reino son merecedoras de nombre propio. Esta las supera a todas en prestigio... aunque su filo necesita ser reforjado de nuevo. Demasiadas batallas. —*Y demasiados secretos inconfesables añadidos a su aleación*, pensó.

—Podemos haceros compañía durante unos días, si no molestamos, pero dentro de poco tendremos que partir —suspiró Eithne—. Quiero cruzar estas montañas cuanto antes. Aquí no me siento segura.

—Cuesta acostumbrarse a la soledad. —Anya fileteó la carne y se la fue pasando a Dálivor, que había regresado de sus quehaceres. El hombretón la metió en el horno de cerámica. A continuación añadió sal gema de cristales gruesos—. Pero al final la agradeces como un regalo de los Dioses. Cuando mi marido y yo escapamos de Puente del Oeste, estuve cuidando de su herida hasta que sanó del todo. Luego volvimos a las ciudades bañadas por el río, pero encontramos fuerte resistencia. Los yunks habían tomado el Trigas, y a través de él todas las comarcas agrarias que proveían de alimento a la capital. Nos dijeron que Sikandar estaba sitiada por el mayor ejército que había conocido la Humanidad, por lo que no nos atrevimos a volver.

—Cierto. Pasamos meses viviendo en las guarniciones que operaban cerca del río, socavando las infraestructuras del enemigo —recordó Nabarza, su mirada perdida en el crepitar de la chimenea—. El mando central había desaparecido, pero grupos aislados de milicianos persistían en su asedio a los yunks. Desde el meandro de Khoujai atalayé, en calidad de vigía, los movimientos de la flota. Nuestro objetivo era interceptar a los barcos de Yian-sun que llevaban suministros río arriba, hacia el campamento de la llanura. Hundimos unos pocos, pero otros lograron sortear nuestras barreras y prosiguieron su camino a través de los afluentes^[111]. Nunca olvidaré la sangre de aquellas naves, un aceite negro como boca de lobo que teñía el río con su impío éter...

—¿Cuánto aguantaron esas guarniciones? —preguntó Hesión. Recordaba muy bien el aceite al que se refería Nabarza, que convertía los proyectiles arrojados por las catapultas en espantosas bolas de fuego.

—No demasiado. Los yunks eran muchos y estaban mejor aprovisionados. Al quemar las cosechas evitaban que hiciéramos acopio de víveres. No había forma de conseguir pan ni fruta ni animales que sacrificar, a menos que nos comiésemos a nuestros propios caballos, pero eso nos habría restado efectividad como tropas de choque. Las pocas aldeas que visitábamos nos

daban la espalda y escondían sus víveres, temerosas de que esquilinásemos sus recursos y las abandonásemos a su suerte. En algunos pueblos incluso construyeron empalizadas y nos recibieron con piedras y cuchillos. ¡Se fortificaron para protegerse de nosotros, sus defensores! —Pareció afligido—. Si en aquellos negros días^[112] hubiésemos podido prever nuestro fracaso, y en lugar de desperdiciar la comida y de beber mistela (como si bastase con una visita a la capital para reponer las provisiones), hubiésemos racionado mejor...

»Lo más triste, y de esto uno solo puede darse cuenta cuando el tiempo medra, es que aquellos aldeanos a los que tachamos de traidores hicieron bien. La Diosa sabe que si por nosotros hubiese sido, les habríamos robado toda la comida y el vino para sostener a la milicia, y habrían tenido que recurrir al canibalismo para sobrevivir.

»Al final, tantas penurias y esfuerzos dieron igual, porque nos pudo el hambre: decidimos comernos igualmente a los caballos y algunas mulas que nos quedaban. Los establos se vaciaron. Los yunks eran más rápidos y sus pieles los calentaban mejor que nuestras húmedas corazas. Fueron escaramuzas perdidas de antemano. —Se masajé la pierna—. El conflicto duró mucho, y consumió buena parte de nuestra juventud más lozana. A veces me planteo si no desperdiciamos nuestras vidas. Si tanto sacrificio y tanta sangre sirvieron en realidad para algo.

El silencio cayó como una pesada losa. Hesión, enternecido por su angustia, lo animó.

—No te dejes abatir por el recuerdo de los malos tiempos, amigo mío, pues todo fue para bien. Al final el tan temido genocidio no se produjo. Además, habiendo desaparecido los tiranos, nuestros países tienen ante sí un futuro que es como un pergamino en blanco, donde pueden escribir lo que les plazca. Si deciden aprovecharlo o no, es cosa suya. Ahora estás aquí, junto a la mujer a la que amas, esperando niños en una tierra pletórica de riquezas, bajo un techo que levantaron tus manos y ante un fuego que proveyó tu hacha. No te faltarán la comida ni el aire limpio, y eso es algo por lo que vale la pena haber sobrevivido.

»A lo largo de mi vida he viajado por todos los confines de este Reino y he luchado en innumerables lides —meditó Hesión—. He visto los ríos, durante el riguroso invierno, romper con fragor de trueno sus cadenas de hielo, los cauces desbordarse por las crecidas y arrojar los cuerpos insepultos de los guerreros a sus orillas; he divisado formas desconocidas recortándose contra las nubes que visten como sudarios las montañas; he hallado templos

donde reyes legendarios custodian los tesoros con los que fueron enterrados; he aprendido las costumbres de tribus tan antiguas que conservan palabras para designar cosas que ya no existen; he vadeado lagos de llamas y glaciares de fuego; he tropezado con arenas heladas en cerros plagados de alimañas. Pero por encima de todo, pues cada hombre y mujer que pisa este triste mundo tiene un sueño que alimenta su corazón, anhelo ver las costas de aquellas ciudades en las que nacieron mis padres, cuyas bahías parecen del manto de la Diosa cuando el Sol poniente las inunda de rojo. Deseo saber a qué huelen sus sonidos, cómo reverberan sus colores, a qué sabe el oropel de su aurora y cómo tañen en sus campanarios los carillones de adormecedor balanceo.

Todos le miraron, embelesados por sus palabras. El guerrero estaba abriendo su corazón como no había hecho nunca, y todas y cada una de las frases que pronunciaba las sentía realmente en el alma.

Eithne lo abrazó y acunó la cabeza en su pecho, buscando el calor de ese lugar secreto que solo les pertenecía a ellos.

—Deseo *vivir* —resumió Hesión—, pues ya estoy cansado de tanta muerte.

2

La oscuridad se alejaba dando paso a un amanecer tibio. Habían pasado tres días desde que llegaron, y las ruedas del carromato parecían inquietas, con ganas de ponerse a rodar. Nabarza y su esposa les estaban tratando muy bien, e incluso el hosco Dálivor se dignó a dirigirles algunas palabras, pero ambos supieron que había llegado la hora de partir.

Hesión se levantó temprano aquel día. Sus ojos distinguieron un centelleo que se colaba por la ventana, y no tardó en espabilarse. Estiró los músculos, se echó las pieles sobre los hombros y salió a contemplar un espectáculo único en el mundo.

Los picos del Yenisai eran colosos cuyo manto de hielo reflejaba como un océano invertido el paisaje de estrellas. Se bastaban a sí mismos para dejar constancia de la pequeñez del ser humano, de su insignificancia como especie, pero por encima de ellos la Naturaleza estaba jugando cartas más maravillosas: en el cielo, resbalando por la superficie del mundo, caían coronas boreales y cortinas de luz, masas que parecían anudar las estrellas con filamentos incandescentes.

Los norteños lo llamaban «el Fuego de Ixión», y también «la Canción de los Eternos», pues una leyenda afirmaba que cuando las potencias Nords (que vigilaban que las estrellas no cayeran unas sobre otras cuando se esparcían tras la fuga del Sol) entonaban sus cánticos boreales, el sonido era tan hermoso que se iluminaba y bañaba el mundo en forma de calor.

El fenómeno duró hasta que rompió el alba, y durante ese tiempo estuvo el guerrero tumbado boca arriba, sobre la tierra húmeda, con esas constelaciones reflejadas en sus pupilas. Quién sabe en qué estaría pensando. Quién sabe qué recuerdos cruzarían en ese momento por su cabeza; qué vio o qué dejó de ver en el rutilante tapiz del alba. ¿Habría visto luz en la ventana de la casa de Guennadi, el espíritu que habitaba en las sinuosidades de la Aurora Boreal^[113]?

Eithne salió cuando ya había amanecido. Hacía un buen día, aunque el viento arrastraba a gran velocidad las nubes por encima de sus cabezas y disminuía el impacto del Sol.

—Me gustan más los amaneceres cuando me levanto temprano que cuando me acuesto tarde —dijo—. Es como si los viera desde el lado equivocado.

Hesión se incorporó. Tenía la espalda empapada de rocío.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó su mujer, sacudiéndole las gotas con la mano.

—Nada en particular. Viendo llorar a los Dioses.

Un ruido llegó desde el otro lado del huerto. Eran los animales, que pastaban tranquilos cerca del precipicio y se sacudían la nieve que había caído sobre sus lomos durante la noche.

—Ha llegado la hora —dijo Hesión—. Creo que debemos irnos.

—Sí. En solo dos semanas llegaremos a la ciudad de la que nos habló Tabardo.

—¿A qué viene ese nombre tan raro?

—Es una larga historia. Te la contaré por el camino, para rellenar las horas.

Y así fue. Se despidieron de Anya y Dálivor (este se limitó a gruñir), y descendieron de nuevo hasta el valle escoltados por el antiguo comandante.

Nabarza los guio por senderos alejados del camino que usaban las caravanas, allá en la vaguada, por lo que avanzaron más lentos. Insistió en la conveniencia de esa ruta, pues tendrían menos posibilidades de cruzarse con bandidos. Todos estuvieron de acuerdo.

Eithne cumplió su promesa de desvelar el origen del mote de Nabarza, aunque primero le pidió permiso. El comandante se sonrojó, pero accedió a escuchar la historia e incluso rellenó algunos agujeros. Resultaba curioso cómo sus recuerdos y los de la princesa diferían sustancialmente, como si hubiesen vivido los mismos hechos pero de manera muy distinta. Sus explicaciones se complementaban, pero dependían tanto de sus puntos de vista que Hesión no supo con cuál quedarse. Al final acabó por sumarse también a las anécdotas, y contó por qué durante una época, cuando era niño y debido a que mató sin querer a un puerco, le pusieron el mote de «calamidad de los cerdos con orejas de soplillo». Se rieron de él a mandíbula batiente, sobre todo Eithne; tanto fue así que Nabarza tuvo que pedirle que redujera un poco el volumen, pues estaba sacando ecos de los acantilados.

Luego Nabarza les contó las leyendas propias de aquella región del mundo, para que se las llevaran lejos y otras personas supieran que esa rica tradición existía. Su voz les dio cuerpo como solo alguien nacido en una tradición oral puede hacerlo: los hechos se convirtieron así en una saga, colmada de locuciones y sin embargo exacta y vívida, desde los antiguos cuentos para niños que sus madres usaban para prevenirlos de los peligros del mundo, a los interludios cómicos que hablaban de duendes, elfos y starkhads.

De las enseñadas subía un olor a hongos. Las horas se arrastraron, lentas y frías, mientras Nabarza tomaba decisiones que al principio parecían alocadas (como escoger un camino para desandar parte de lo ya avanzado), pero que demostraban su conocimiento del lugar: al llevar años viviendo en aquellas montañas había desarrollado un sentido práctico de la altura que a los extranjeros les resultaba arduo comprender. Así, de vez en cuando tuvieron que subir para poder bajar, e incluso retroceder para ganar algo de tiempo.

Eithne cabeceaba somnolienta, pero Hesión clavaba sus ojos en la niebla. Quién sabía qué podía agazaparse entre sus etéreos doseles.

Transcurrieron varias jornadas de marcha silenciosa. Nabarza se alejó mucho de su casa, tanto que le rogaron que diera media vuelta y volviera cuanto antes junto a su familia. Sabían que mientras más se alejara, más tiempo estaría vagando en solitario por los despeñaderos. Pero el comandante insistió en acompañarlos hasta un lugar conocido como la Quebrada del Torrente Sombrío. Era un paso difícil para las multitudes, pero cómodo para un carromato. Desde allí, según les indicó, podrían llegar sanos y salvos a la cara Este del Yenisai, y descender por las lomas hasta el río. La ciudad de Randragor no estaría lejos una vez rebasaran las fuentes del Mitagos.

—Marchad veloces y en completo silencio hasta que crucéis la montaña más alta. Después el Sol lucirá con más fuerza, indicándoos el camino a seguir —explicó.

Eithne se despidió de él con un fuerte abrazo.

—Muchísimas gracias por todo. Nunca os olvidaremos, ni a vos ni a Anya. Tendréis un lugar en nuestras oraciones.

—El placer ha sido mío. Seremos nosotros los que encenderemos velas y elevaremos plegarias agradecidas por este milagroso reencuentro. —Miró a Hesión—. Buscaré en mi interior hasta descubrir esos paisajes que a ti te llevaron a encontrar la paz de espíritu.

—Los hallarás —prometió Hesión, e iniciaron un estrechamiento de manos que acabó en abrazo.

Antes de espolear a las bestias, permanecieron unos minutos en aquel lugar, donde una cascada sumergida en tinieblas justificaba el nombre de la quebrada. Despidieron desde lejos a Nabarza y vieron cómo se alejaba de regreso a casa. El comandante acarició la crin de su caballo, situó la vaina de su espada apoyada en la pantorrilla y sacó una pipa de sus alforjas.

—¡Ah, por cierto, no os asustéis de los gigantes blancos! —previno—. Aceptarán cualquier ofrenda que les consagréis.

Lo último de él en desaparecer entre la bruma fue su voz, que cantaba una vieja tonada:

*Si juzgan tus ojos
del río cercano la tensa corriente,
si buscan tus manos
en los tallos de la minutisa
¡Clavel de poetas!
La fresca simiente,
e implora como perdido nauta
tu frente una sola estrella,
soy yo, el que no viste su lazo,
quien hago sangrar la vid no imaginada
de la que brotan ansias y enojos
en el pétreo perfil de sus antojos
hasta sentir el poder de su mirada.
Un agua fugitiva
ávida de calma y ufana de amores
que anida en su alma.*

Después de aquello, no volvieron a verle más.

Una fría oscuridad les tocaba las caras. Vieron un cielo raso sostenido por columnas, y supieron que se trataba de alerces, poderosos pilares que entrelazaban sus copas formando concatenaciones de domos. A partir de allí todo era cuesta arriba, hacia las cumbres.

El carromato serpenteó por un camino muy peligroso que bien podría confundirse con un saliente accidental, asomado al desfiladero.

—Sooo... —murmuraba Hesión, tirando de las riendas para imponer un ritmo lento a las bestias. Eran difíciles de gobernar, pues algo en el entorno las asustaba.

Llegaron a un valle donde mugían innumerables voces del viento. Subieron más y más, culebreando por la ladera de aquel congosto, hasta rebasar las nubes. A veces el camino se estrechaba tanto que temieron que fuese menor que la anchura del carro, pero con un poco de suerte y habilidad lograron franquear los tramos peligrosos. Cada vez que desprendían aludes de piedras, su caracoleo se perdía en la distancia, desapareciendo bajo un río de nubes que circulaba más veloz que el agua del Trigas.

Aquellas nubes tenían mucho de innaturales. Con frecuencia adoptaban formas, y los viajeros contemplaron estremecidos cómo de repente aparecían manos gigantes, espinazos de dragón o cabezas de animales en medio de la corriente. En una ocasión hasta creyeron ver un colosal ojo blanco que se abría y los miraba con curiosidad, con el mismo interés con el que ellos podrían estudiar a los insectos.

Se sintieron como intrusos en territorio de Dioses, y la advertencia de Nabarza cobró sentido: «Cuidado con los gigantes blancos».

Para apaciguarlos, Eithne construyó un pequeño altar donde sacrificaron a su último buey. Entonó unas plegarias y condujo con sus manos el humo de la pira para que agradara a los poderes del firmamento. Algo pudo cambiar a raíz de ese hecho, pues el eterno gemido del viento, que a veces aullaba ensordecedoramente y les azotaba las cabelleras, se apaciguó hasta convertirse en un siseo.

A la mañana siguiente de aquel turbador hallazgo tocaron la cima. El aire era escaso y cristalino, tan puro que dañaba los pulmones. Un lago de aguas casi invisibles les enseñaba su fondo, plagado de criaturas del tamaño de un pulgar.

Se detuvieron para contemplar el sobrecogedor paisaje: el sistema montañoso se extendía de Norte a Sur hasta donde alcanzaba la vista, con picos sobresalientes que raspaban las auroras boreales. Hacia Septentrión divisaron macizos que señalaban la frontera con el Norte Extremo, mientras

que al Sur, casi fundidas con el horizonte, las cumbres perdían sus nieves y trazaban la línea divisoria de los países.

Hacia el Este, la ruta que les interesaba, el terreno se iba suavizando: los imponentes picos daban paso a montañas romas y estas a colinas. Tras las nubes que sobrepasaban las cresterías debían de estar las fuentes del Mitagos, el río de los madereros.

Y corriente abajo... la libertad.

3

Tres eran los lagos que alimentaban aquellas fuentes: el Merron, al pie de las Cinco Hermanas, el Ursa y el espejo de las mil cascadas, el Nekil. Dos veces al año las lluvias los desbordaban, creando riadas que bajaban por los congostos y se abrazaban para dar cuerpo a una sola corriente, el sagrado Mitagos, ¡oh profundo río, cornífero rey de los raudales del Yenisai!, que según la leyenda enamoró a una reina de los hombres y le dio cien hijos.

Esta cadencia pluvial hacía que los aldeanos lo llamaran el corazón pulsante, la dama que se esconde en verano y muestra su rostro en otoño y en primavera. Y era principalmente en esas estaciones cuando los madereros, cabalgando sus estampidas de troncos flotantes, bogaban corriente abajo y se jugaban la vida entre los rápidos.

Hesión y Eithne los vieron pasar, brincando sobre sus pértigas y luchando contra arrecifes de espuma. Había una gran disparidad entre las zonas en las que el río corría rápido y aquellas en las que se detenía a reposar de su indómito trote. Allí el manto de agua era prácticamente plano, creando una ilusión tan inmaculada que cualquier pescador tendría la sensación de que se precipitaría sin remedio hacia el cielo reflejado.

Saludaron a los madereros. En una ocasión encontraron uno de sus campamentos, fabricados en islas artificiales de mimbre con casas que crecían como setas, y les preguntaron si Randragor quedaba lejos. Los madereros dijeron que no, que a medio día de viaje por el río y dos por tierra llegarían a la ciudad.

Con el ánimo encendido, continuaron la marcha. Junto a nómadas Shin vagaron en paz por vaguadas y afluentes, y cerraron con ellos un acuerdo que les repercutió sabrosos manjares: Eithne les contó historias de los días en que la Diosa caminaba con pies humanos por la tierra, haciendo reír y soñar a los niños, y ellos les pagaron con fruta y vino. Resonaba en aquellos días el

fresno herido por el hacha, pues los Shin proveían a los madereros de su materia prima, y transportaban quejigos en carros hasta el margen del río.

No habían transcurrido las dos jornadas prometidas cuando divisaron, al fin, los techos picudos de Randragor.

—Allí está —exclamó Eithne, el corazón palpitante—. ¡El único puerto con barcos de alta mar!

Fue la bandera de Crimea lo que enturbió aquel maravilloso momento. Sus colores flameaban sobre dos de las agujas más altas de la ciudad. A primera vista no se divisaba su contrapartida norteña.

—Nos dijeron que esta ciudad tenía un poder compartido —barruntó Hesión.

—Y también que las cosas podrían haber cambiado. Habría dos banderas, amor mío, si todo siguiera igual que antes de la guerra.

Hesión se acomodó en el pescante y cambió de dirección, acercándose al Mitagos. Los ponis, agotados, nada más ver el agua ya estaban alargando todo lo que podían sus cuellos.

—Vamos a intentarlo con los jinetes de ríos —sugirió él—. A menos que les hayan enseñado su profesión a los yunks, todos ellos deberían ser heucanitas.

Esperaron hasta que el siguiente grupo de troncos se hizo visible en lejanía. Hesión y su mujer cogieron del carromato solo lo imprescindible: unas pocas provisiones, ropa de abrigo, el oro y las armas. Luego esperaron a los madereros hasta que los tuvieron lo suficientemente cerca como para gritarles:

—¡Aló del río!

—¡Aló de la orilla! —contestó uno. Con la ayuda de su pértiga saltó sobre dos troncos y aterrizó en el más próximo a la ribera.

—¿Podríaís ayudarnos? —preguntó Hesión.

—No veo cómo.

—Necesitamos llegar a los muelles sin pasar por las puertas de Randragor.

El hombre (que, efectivamente, era un norteño) sonrió de medio lado.

—Demasiado peligroso para los caminantes de tierra firme, ¿eh?

—Pagaremos bien.

—¿Con qué?

Hesión le arrojó una de las monedas que había estado raspando. El jinete hizo un movimiento que lo impulsó un instante fuera de los troncos, atrapó la moneda al vuelo y volvió a caer a salvo sobre la madera.

—Parece oro de verdad —juzgó, mordiéndolo. Hesión y Eithne ya habían dejado atrás el carromato y caminaban por la ribera, tratando de acoplarse al imperturbable avance de los troncos.

—Lo es. Tengo una bolsa entera que será vuestra si nos ayudáis.

El maderero consultó con sus compañeros y empujó un tronco hacia la orilla. El enorme cilindro giraba sobre su eje, y parecía tan inestable que nadie podría mantenerse erguido sobre él más de unos segundos.

—Sentaos encima —instruyó—. Ni se os ocurra ponerlos de pie. Y recoged las piernas por encima del agua, o la primera vez que estos canijos raspen entre sí os quedaréis sin ellas.

¡Canijos!, repitió mentalmente el guerrero con nerviosismo mientras ayudaba a Eithne a sentarse, y él se acomodaba detrás. Echó un último vistazo a su carromato, con los ponis bebiendo ávidamente de aquellas aguas. Alguien lo encontraría y le daría buen uso. Sobre todo a la carne de buey que llevaba dentro.

Fue así como descendieron el río y entraron sin ser vistos en el puerto fluvial. La urbe tenía un aire a ciudad exótica, con pórticos y muros que despedían una ofuscante claridad. Los cirios ardían en altares públicos, ante los que se ofrecían bollos de zaturán aromático, carnero guisado y variedades de té. La presencia militar se sentía en las calles, con escuadras de hombres ataviados con capotes de piel de antílope y gorras de ordenanza de pelo de ratón. Iban bien armados, y con frecuencia escoltaban a jinetes de flameantes banderas. Pero ninguno se mostró interesado en los recién llegados. Cabalgar los troncos era tan inverosímil para alguien que no fuera maderero que ni tan siquiera se molestaron en mirarles.

Separados de los barcos por largas redes de enmalle, los troncos se iban acumulando en un fondeadero. Vieron pasar junto a ellos naves de muy distinta índole, preparadas para remontar ríos y transportar materias primas en sus bodegas. Hubo un momento, de hecho, en que tuvieron un breve atisbo de qué clase de mercancías prohibidas podían llegar a transportar. Fue un instante dilatado, de esos que permanecen desgranados en el recuerdo en muchas más partes de las que costó memorizarlo.

Su balsa estaba pasando junto a la línea de flotación de un carguero con divisa de los Kanatos. Una hilera de ventanucos se abría peligrosamente cerca del nivel del agua, aunque en aquellas embarcaciones, no diseñadas para desafiar grandes mareas, era habitual.

Fue al mirar por pura casualidad a través de uno de esos ventanucos cuando Hesión la vio: el tiempo se dilató mientras sus ojos se encontraban

con los de una joven que iba encadenada junto a otros esclavos. Estaba desnuda, pero pese a los moratones que exhibía su piel, la escasa luz y la ruina de su otrora hermosa cabellera, enmarañada en cuerdas que se retorcían para crear un hule en torno a su cráneo, Hesión la reconoció.

Era la reina Cordelia.

Aquel rostro demacrado también lo vio pasar a él, y durante un largo instante se sostuvieron la mirada, como si alguno de los dos tuviera que claudicar y reconocer que aquello estaba sucediendo. Al final se agotó el espacio del ventanuco, y mientras la cara de Cordelia se esfumaba en la oscuridad, Hesión la vio iniciar un gesto desesperado: derramar lágrimas y alzar unos brazos cargados de cadenas.

Luego, todo acabó. El ventanuco se alejó. El canturrear de los madereros siguió contrapunteando el chapoteo de sus varas mientras el barco esclavista se separaba de ellos.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Eithne.

Su marido despertó de la ensoñación.

—¿Eh? No, no es nada, solo que... —Se frotó los ojos, manteniendo el equilibrio con las rodillas—. Me ha parecido ver un fantasma, eso es todo.

No permanecieron mucho tiempo en la ciudad. Tuvieron una larga conversación con el capitán de una de aquellas naves, mediados dineros y contraprestaciones de trabajo para saldar el pasaje, y partieron alejándose de Randragor rumbo al ancho delta del Mitagos.

La tristeza. El dolor por la pérdida y el exilio. Eran sensaciones que ni Hesión ni su amada creyeron que volverían a experimentar por aquella tierra, pero se equivocaban. Se descubrieron a sí mismos contemplando las aguas deslizarse bajo la quilla, viendo perderse en la distancia las montañas del Yenisai... y la nostalgia invadió sus corazones.

¿Cómo decir adiós a un país que los había visto nacer y crecer, enamorarse y sufrir, entablar lides y ganar batallas de las que un día dependió el destino de todos? ¿Cómo olvidar los campos de Sikandar, sus bosques llenos de misterio, los altos muros de Svalensko o los valles diamantinos de Andurov? ¿Cómo dejar atrás a Iván, y a Anya, y a Oxana, y a Hizri, y a Nabarza?

¿Cómo decir adiós?

Hesión abrió la bolsa que se había traído de Sikandar y sacó un fruto con forma de media luna. Se lo mostró a Eithne.

—Cumpliré mi promesa —dijo, y miró al horizonte.

Los madereros continuaron con su trabajo como si nada hubiese cambiado después de la guerra. Los pescadores echaron las redes, los adivinos leyeron el futuro, los campesinos sembraron y los amantes se besaron. Y pocos de ellos vieron alejarse a Hesión y a Eithne, otrora campeón y princesa, abrazados en la popa de aquel barco que los llevaría lejos, muy lejos, rumbo a costas legendarias donde nadie conocería sus nombres.

CANTO XXVII

Recuerdos del pasado

(EPÍLOGO)

El anciano se retiró pronto de los festejos. Sentía las tripas muy pesadas, y ni siquiera el delicado vino de cápena apaciguaba el griterío de los demonios que se alojaban allí abajo. Los jóvenes seguirían con el baile y las risas un buen rato más, hasta que rompiera el alba, pero él no se sentía con fuerzas. Salvas de aplausos acompañaron la llegada de nuevos platos, y las cítaras siguieron retumbando incluso cuando cambió un ala del enorme edificio por otra.

Se asomó a los balcones. Las impresionantes torres de la Biblioteca de Orestes, con sus pebeteros siempre encendidos, se elevaban como titanes prisioneros de una singular geometría. Tras los muros que delimitaban los jardines, custodiados por la guardia de la ciudad, el puerto brillaba como una gema pálida. Las vacilantes luces del alumbrado público apenas alcanzaban a perturbar la noche.

Le gustaba el panorama, con los centenares de galeras y dromones alineados junto a naos de menor tamaño, pero hacía frío. Solo la plaza porticada del ágora, con sus hileras de comercios, mostraba cierta actividad a esa hora.

Autólico entró en sus aposentos, sopesando la posibilidad de bajar al mercado al día siguiente disfrazado de mendigo. Puede que algún comerciante accediera a rebajar el precio de sus porcelanas si lo veía cubierto de harapos.

Su siervo Thalep lo miró con ojos cansados.

—Cierra las puertas —ordenó Autólico—. Creo que... *burp* —eructó— necesito una tisana.

—Sí, mi señor.

El siervo le quitó con manos hábiles la cornalina y las pulseras de oro de sus brazos, pero no tocó ni la camisola ni el faldellín de hilo blanco. Autólico era muy sensible a la temperatura nocturna, y antes que desnudarse para meterse en la cama prefería embozarse en mantas y llevar puesta la maloliente ropa hasta que amaneciera.

A veces era difícil evaluar el estado de ánimo del rector de la Biblioteca. Su rostro parecía haber perdido la facultad de expresar emociones con la edad, por lo que habría que esperar a que su lengua se soltase. Thalep se había acostumbrado a sus cambios de humor, y a sus excentricidades de genio senil, pero seguía sin entender el porqué de aquel ritual de asomarse a la balconada y contemplar con ojos tristes el horizonte.

¿Hacia dónde estaría mirando? Autólico tenía aquí todo lo que podía desear, y él mismo había dicho que no volvería a su país natal ni aunque Orestes fuera assolada por nueve plagas. El gran sueño de su vida, la construcción de una gigantesca biblioteca que aglutinara todo el saber del mundo, se había hecho realidad merced al apoyo de los Reyes Comerciantes, y de una oligarquía culta que prosperaba gracias a la flota de ultramar. La guardia de la ciudad era la misma que patrullaba sus muros, y un sistema de pozos artesianos garantizaba el agua corriente y protegía el edificio contra los incendios. De hecho, la Biblioteca era un edificio inclinado y apoyado en una colina. Por esa pendiente discurría un afluente, que entraba en él y se ramificaba en cientos de canales interiores que llevaban el agua a todas las estancias, por si alguna vez se declaraba algún fuego.

La gente lo llamaba una de las siete maravillas del mundo, aunque para Thalep eso significaba bien poco. Nunca había abandonado Orestes, ni tenía intención de hacerlo. Y dado que tampoco sabía leer, el interés de su amo por registrar cada barco que atracaba en busca de manuscritos se le antojaba absurdo.

—Algún día tendrás que aprender —le había dicho Autólico en muchas ocasiones—. Que el rector tenga como sirviente a un analfabeto es una vergüenza que no me perdonará la Historia.

Ese era el verdadero Autólico: un hombre de contrastes, obsesionado con contar una leyenda que llevaba gestando en su mente desde hacía años, y que se pasaba noches enteras recitando, enhebrando versos entre sueños y vigilias. Aún no la había volcado en sus papiros, pero decía que cuando estuviese lista ella misma brotaría de sus dedos hasta ocupar más de tres mil hexámetros.

Thalep no sabía lo que era un hexámetro, pero si su amo aseguraba que guardaba muchas palabras en su cabeza, es que harían falta galeras enteras

llenas de papel para contenerlas.

—¿Está cerrada esa puerta? —rezongó el viejo, haciéndose un ovillo con las mantas.

—Sí, mi señor. ¿Deseáis que os traiga un brasero?

—Uhm... está bien. Por los Dioses, qué noche tan fría. Y tengo el maldito sabor del cordero untado con miel en la boca...

Thalep dejó a su amo rezongando y sacó de debajo de su cama un escalfador. En las cocinas se lo rellenarían de aceite. Cuando abrió la puerta del pasillo, sin embargo, se dio de bruces contra un mensajero, uno de los copistas de confianza de Autólico que llegaba corriendo.

—¡Lo siento! —dijo el copista, excitado—. ¡Tengo que hablar con el maestro, ahora mismo!

—¿Qué ocurre ahí fuera? —preguntó el anciano con enojo.

—Señor, soy Lháreco. He venido a traeros algo. Creo que es bastante urgente.

—¿Urgente? ¿Qué tienen de urgente las cosas después de un maldito banquete? Solo hay algo a lo que se le deba meter prisa en tales circunstancias, y tiene que ver con las letrinas, no con los libros...

—Son noticias llegadas del Gran Reino, maestro. De una ciudad llamada Sikandar.

Autólico se cayó de la cama. Se incorporó, haciendo aspavientos nerviosos, y tras pelearse con las mantas las arrojó a un lado. Parte de su faldellín se había deslizado hacia abajo, por lo que cruzó medio desnudo la habitación y arrancó de las manos del joven unos documentos.

—¿De Sikandar? ¿De *Sikandar*? ¿Estás seguro?

—Sí, mi señor; una nao con desgarros en la vela ha atracado hace poco en la dársena. Llevaba divisa del Gran Reino, aunque con pequeñas modificaciones. Dicen que una tormenta los sorprendió en alta mar y los obligó a cambiar de rumbo.

—¿Pequeñas «modificaciones»? ¿Qué insensateces estás diciendo, muchacho?

Autólico lo entendió al ojear aquellos trozos de papiro manchados de comida y llenos de árboles glagos. Dejando aparte que el escriba no tenía ni idea de las reglas ortográficas que debían observar las ramas, el contenido en sí era impactante. Por un momento llegó a creer que se trataba de una broma de mal gusto, pero entonces vio el sello oficial estampado en la base del árbol^[114], y dedujo que aquello lo había escrito alguien importante. Un vaivoda, tal vez, o un ministro de la Corte.

Y lo que contaba...

Los dos muchachos, Thalep y Lháreco, observaron con temor la cara del anciano. Vieron cómo sus pupilas se dilataban con cada rama que leían. Incluso su piel, ya de por sí pálida, fue perdiendo color.

De aquel papiro surgieron conceptos atrevidos, dislates del calibre de «magnicidio», «nuevo orden en el Gran Reino», «victoria final contra los Kanatos» o «asamblea del pueblo». Eran demasiados cambios bruscos de la noche a la mañana, demasiadas novedades que en otro tiempo habrían sonado heréticas.

¿Cómo era posible? ¿Tanto había durado la guerra? ¿Qué habría sido de las personas que él conocía, y que creía a salvo en la capital?

Y lo más importante de todo: ¿seguiría entera la Biblioteca de Sikandar?

Los dedos del anciano temblaron, dejando caer los papeles.

—Lháreco, despierta inmediatamente al equipo de copistas. Y a los investigadores. Y a los mensajeros. Y también a... —Enmudeció—. Mejor despiértalos a todos. Que Iósif deje de cortejar a aquella quinceañera y venga enseguida. ¡Suspended el banquete y devolved el vino a las bodegas! Tenemos trabajo.

Los jóvenes estaban apabullados.

—Pe... pero... ¿despertarlos? ¿Sacar a Iósif de la fiesta? ¿Para qué?

—Quiero que bajéis hasta la dársena e interroguéis a la tripulación de esa nao: que os digan todo lo que sepan sobre el origen del manuscrito y si poseen otros similares. —Apuntó al copista con el dedo—. Conciértame una audiencia en cuanto amanezca con el cónsul de Orestes. Y que todos los equipos empiecen una recopilación exhaustiva de textos del Gran Reino. Indagad, excavad, prometed y sobornad, pero conseguid la información. Tenemos que averiguar qué ha sucedido allende sus fronteras. —Se pasó la mano por la frente. Había empezado a sudar—. Si los Dioses quieren, dentro de poco recibiremos una visita. La de dos personas que nacieron en ese país lejano, pero que merecen que se las trate como reyes en este... Hesión y Eithne, sí, esos son sus nombres, y si este papel no miente, ahora mismo se dirigen hacia aquí...

Autólico, poseído por un espíritu y una fogosidad desconocidos, regresó a su estudio. Se sentó en su escribanía y cogió una resma de papel. Mezcló negro de humo y cola con agua para formar la tinta, y humedeció una pluma.

—Ha llegado el momento de escribir ese largo poema del que tanto te he hablado, Thalep —dijo, soñador—. *La Orfíada*. Se lo debo a una persona que conocí hace mucho tiempo. Y comenzará... con una simple palabra.

Su mano permaneció congelada en el aire, sobre la página en blanco, mientras la mente del anciano volaba hacia los tiempos de su juventud, y hacia todas las cosas que le habían ocurrido después, tanto a él como a las personas a las que más había amado en el mundo.

Los segundos pasaron silenciosos, hasta que una gota cayó como un martillazo sobre la médula de papiro.

LA ORFÍADA
APÉNDICES

APÉNDICE A

Glosario

ABHÂZ

Dignatario del Gran Kan. Toma parte en la asamblea previa a la Batalla de Todo Hombre Vivo en representación de su señor, Magnus. Fue un hombre justo que combatió denodadamente pero con nobleza contra los ejércitos norteños, llegando al extremo de prometer a Hesión que sus hazañas serían reflejadas con respeto en las crónicas de Crimea, sin las distorsiones ni los partidismos típicos de los historiadores de la época.

ACRISIO de Sémele

Cónsul de Orestes. Fue el hombre encargado de visitar el Gran Reino con la excusa de ofrecer garantías al rey Maximilian de que la Hélade no iba a inmiscuirse en el conflicto entre el Gran Reino y los Kanatos, aunque sus verdaderas intenciones eran otras: fue enviado por el Rey Comerciante Rexénor para ofrecerle un salvoconducto a Autólico para que regresara a su tierra natal y se hiciera cargo de la edificación (y la posterior administración) de la Gran Biblioteca de Orestes.

AFIDANTE de Noocia

Capitán del barco que recogió a Autólico y a su séquito de acompañantes en la isla enfrentada a la península de Findramyr, donde esperaban un bajel que los trasladara a Orestes.

AGLAYA

Jovencísima acólita del culto a la Diosa Madre, cuarta hija de una familia noble, que había pronunciado sus votos justo antes de partir con la princesa

Eithne a una misión casi suicida. La prueba resultó ser demasiado para ella, y desertó justo después del milagro acontecido en el Urianhai. Nunca se supo qué suerte corrió a partir de aquel momento.

AGNESIS

Patrona de la ciudad de Orestes.

AKHOS

El dios Volos de Akhia, advocación bajo la que también lo veneran los ustranianos.

AKROVA

Viuda gednei que se dedicaba a asistir en los partos y a amamantar con su propia leche a los niños de Dima-Licana cuando las madres (generalmente adolescentes) no podían.

ALIARIOS

Tropas de refuerzo compuestas por milicianos de las haciendas periféricas del país. Eran convocados en tiempos de necesidad para reforzar los ejércitos principales.

ALTAI

País situado al sur del Gran Reino que fue absorbido y reestructurado por los Kanatos, llegando a perder incluso su identidad y su nombre. Sus gentes eran pacíficas y no se opusieron a esta invasión. Antes bien, la recibieron con los brazos abiertos. Este país adoraba a «dioses vivos», que se encarnaban una vez por generación a través del hijo de una familia virtuosa. Vóronez habla de ellos la primera vez que recibe a Hesión y al legado Pulev en sus dependencias (véase *Mhor Handul*).

ANAKEION

El anakeion es la principal obra de arte escultórica del Gran Reino, concebida en época del rey Arkadi y ejecutada por el maestro Krovlus y su escuela. Es una estatua de mármol enorme, de casi diez codos de altura, perfecta en su mimetismo del mapa de músculos del ser humano atlético. Representa a un guerrero quitándose el casco después de una batalla. Sus formas y su dramatismo fueron tan impactantes que, desde su concepción, era digno de

héroes el imitar su pose. Se encontraba emplazada en la biblioteca de Sikandar, donde Autólico la contempló innumerables veces buscando inspiración para sus sagas. Hesión imitó la pose del guerrero cansado en el Canto XXIV de *La Orfíada*, durante la «hechura de armas» que narra Bashlenky.

ANDUROV

Pueblo adoptivo de Hesión, situado en la cordillera del Urianhai, muchas millas al Norte-Noroeste de Svalensko.

ANYA VORENSKY

Sibadalla de la princesa Eithne en la orden monástica de la que esta era hija pródiga. Su rango implicaba algo más que simple servidumbre: era al mismo tiempo alumna aventajada e hija, esclava y protectora de su maestra. Tal lazo de unión respondía a un antiguo contrato de protección llamado «ulakovia» en el Gran Reino, y «hiketeia» según la tradición del Sur. Su romance con el comandante Nabarza inspiró una conocida fábula para niños (véase *Nabarza*).

AO («la Voluntad»)

Deidad primigenia, anterior a todos los seres y a todas las cosas (esto incluye también a los panteones divinos), que creó el universo a partir de un sueño sobre otra cosa muy distinta. Los filósofos se han cuestionado desde tiempo inmemorial la naturaleza exacta de esta «otra cosa», e incluso le han puesto nombre: el Antípethon. Se han formulado muchas teorías, desde que era otro tipo de realidad completamente distinta a la nuestra, hasta que se trataba de un mero recuerdo de eras pretéritas que la Voluntad hizo físico, con lo que cualquier cosa que exista ahora en el mundo no es sino el reflejo de algo que tuvo su tiempo y lugar hace eones. La pregunta ontológica definitiva en la metafísica del Gran Reino no es «hacia dónde vamos y de dónde venimos», sino «¿con qué estaba soñando Dios mientras sus dedos moldeaban el universo?». El mito de Ao está relacionado con el de los Emperadores Gestálticos del universo mnémico, siendo él uno de esos emperadores psíquicos.

ÁQUILUS

Emblema señorial de la Casa de los Heucanos, a la que pertenecía la familia del rey Maximilian II. Tomó su nombre de la montaña más alta del mundo

conocido, que se alzaba en mitad de la cordillera del Urianhai, dentro de las fronteras del Gran Reino.

ARKADI, rey

Abuelo del rey Maximilian II. Perdió la ciudad de Nargrevo, antigua capital del Gran Reino, como castigo por la deslealtad de sus hijos.

ARKÁNGEL

Puerto legendario situado en la costa del Norte Extremo, única salida al océano del Gran Reino durante centurias. Este puerto, comúnmente llamado «la joya boreal», fue edificado bajo la supervisión del tatarabuelo de la princesa Cordelia. Su extrema latitud lo cubría de hielo durante ocho meses al año, volviéndolo impracticable. Fue la necesidad de encontrar un equivalente a esta base de operaciones en los mares del Este y del Sur lo que condujo al nuevo reinado norteño, durante el periodo bautizado como Segundo Origen, a emprender una larga campaña contra los territorios dominados por el Kan Magnus.

Arkángel estaba emplazada en el golfo de Borealia, en el extremo septentrional de la cordillera del Urianhai. Vastas extensiones de tundra y bosques que sostenían únicamente a cazadores y tramperos y una agricultura exigua, la convertían en el único reducto de civilización en cientos de millas. Aun así, su ejército era numeroso y digno de respeto, y fue uno de los que acudieron en auxilio de Sikandar durante la Batalla de Todo Hombre Vivo.

El puerto contaba con una población flotante de entre doce mil y quince mil personas, bastante extensa para la época, aunque la mitad de ellas pertenecían a las tribus nativas y ni siquiera hablaban el idioma oficial. El enclave había sido proyectado como una ciudad amurallada con apertura al océano, bien defendida por catapultas y balistas de largo alcance, construidas por los nativos bajo la atenta vigilancia de los prozdes.

A finales de la década de -30 C. M. (Calendario de la Meseta), Arkángel poseía astilleros suficientes como para acoplar las quillas de los barcos de guerra. Sus talleres instruían a los campesinos en el arte de la construcción naval. Todos los esfuerzos de la ciudad portuaria se concentraban en un único y grandioso objetivo: proveer al Gran Reino de una flota de alta mar que estuviera operativa en menos de veinte años.

El gobernador de la ciudad era el almirante Dmitri Goraiv, hombre de voluntad tenaz y aficionado a la astronomía, cuya pasión (aparte de los barcos) era el estudio de las auroras boreales. Sus maneras abiertas y su

carisma como bebedor y galanteador le granjearon la amistad de las tribus nativas, lo que a la postre resultó muy útil para la ciudad. Durante largo tiempo se ciñeron sobre su mandato la amenaza de la piratería y la inseguridad de los largos inviernos, pero el almirante supo sobrellevar los obstáculos. Murió cuando contaba apenas sesenta años, durante una excursión al Norte para localizar un cúmulo permanente de auroras boreales: su barco colisionó contra una masa de hielo, y solo fueron encontrados algunos maderos flotando a la deriva.

La importancia de Arkángel en el desarrollo comercial del Gran Reino se hace patente desde su misma fundación. Los ecos de batallas ganadas contra los piratas resuenan en los escoliastas más antiguos, y pocos historiadores dudan de que, de no ser por su imponente presencia en el lejano Norte, las invasiones de los pueblos marítimos que operaban en el mar Septentrión habrían debilitado aún más las fronteras de la naciente potencia militar, y puede que hubieran causado su ruina una generación antes de la llegada al poder de Maximilian.

ARRIAZ DE LOVOROV

Pico cercano a Svalensko, llamado así por su semejanza con el mango de un puñal y su ladera quebrada como una hoja castigada por el uso. Era empleado como punto de referencia por los cartógrafos para indicar qué zonas de la planicie esponjosa eran más fáciles de cruzar, en virtud a su densidad media.

ARVED KAMÁS

Supracenturión de las legiones de la milicia. Fue uno de los estrategas clave en la defensa de Sikandar durante la Batalla de Todo Hombre Vivo.

ASTRALIA

País mítico, no fundado en los tiempos del Segundo Origen, que se convertiría en una tierra misteriosa y legendaria, cuna de héroes y heroínas, como la joven Avalón. Una de las cinco hijas que Hesión tuvo con Eithne estuvo predestinada desde su nacimiento a ser coronada monarca de tan extraño lugar, aunque solo la Diosa tenía potestad para decidir cuál de ellas ostentaría tal honor.

AUSGREN

Pueblo natal de Yaroslav (caudillo del Gran Reino y azote de los Kanes y de las etnias impuras del Gran Reino) situado al norte de Ufa.

AUTÓLICO de Sandria

Cronista, poeta y bibliotecario, autor entre otros muchos poemas de *La Orfíada*, *La quinta cabeza de la Hidra*, *Tritogenia*, *Los Hipernomnos* y *Tragedia de un pueblo*, obras que detallan las últimas décadas de la vida de Hesión y la primera revolución social del Gran Reino. Recopiló los textos sobre los dialectos glagos de la Biblioteca de Sikandar y los organizó científicamente, permitiendo estudiar las lenguas que se hablaban en el Gran Reino antes de la guerra. Según la leyenda, Autólico aconsejó a la princesa Eithne y a sus cinco hijas que construyeran una balsa con los huesos de la ballena Ypsis para escapar de la isla Hidra, en su viaje hacia el Este Inabordable. Tales hechos se relatan en el poema *Tritogenia*^[115], cuyo texto se conserva casi íntegro en Orestes.

A semejanza de otros poetas, los versos de la extensa obra de Autólico adoptan un planteamiento de priamel: en los versos subsiguientes al de apertura se enunciarán diversas posibilidades que se irán descartando (no A, no B, no C...) hasta dar con la temática elegida para el canto.

Críticos de épocas posteriores supieron distinguir en la poesía de Autólico un carácter único: la relevancia de las sonoridades, de la asonancia interna, de lo ineluctable de cada estrofa. Detalles artísticos que hablaban de una lucha agonizante entre el aedo (en este caso, no analfabeto) y sus versos.

Atrapadas en un hechizo sonoro, en un laberinto de locuaz simetría, la métrica de sus poemas era más geométrica que cuantitativa, un esquema que al principio sorprende por su irregularidad pero que demostró tener la fuerza cautivadora de un encantamiento.

AZOV, príncipe Lowo

Herederero legítimo del trono hasta la caída del régimen. La costumbre practicada por los linajes de sangre real de tener descendencia solo dentro de la familia, según la ancestral tradición, provocaba que esta se fuera desvirtuando poco a poco, hasta que algunos de sus miembros nacían con un déficit psicomotriz y cognitivo. Estas personas no eran consideradas enfermas ni inferiores, sino bendecidas por los Dioses, en tanto su mente parecía estar en contacto con presencias que ningún otro ser humano lograba percibir.

Estudios posteriores de esta costumbre demuestran que el «lowo» (término que define tanto al que padece el síndrome como al respeto que se le debe profesar) tuvo su origen dentro de la misma Corte, en tanto resultaba útil para que los regentes mantuvieran su poder aun cuando el lowo hubiese alcanzado la mayoría de edad. En ese momento los hermanos menores debían

pasar a ser simples consejeros, aunque en la práctica solo era así de puertas afuera. Muchos dicen que se trataba de una maniobra para que el poder se moviera siempre en los mismos círculos, evitando que ningún vaivoda pudiera casar a sus hijos con los herederos reales, aunque otros defienden la inocencia de la tradición y su utilidad para proteger a estos «enviados celestiales» de los males del mundo.

Hay que hacer notar que el lowo, décadas después, empezó a ser conocido popularmente como «la maldición de los reyes». Este término no oficial reflejaba la opinión de ciertos eruditos, en una época en que considerarlo enfermedad estaba penado por la ley.

BASHLENKY

Tutor de Hesión durante su niñez, hombre de ciencia, poeta y curandero. Fue vendido por el Héroe como porquerizo al palacio real de Sikandar como castigo por haber traicionado la confianza de su padre, tras su intento de desprestigiarlo ante los gosti locales para que se viera forzado a vender su hacienda.

Una anécdota curiosa es la que él mismo contara en sus *Cartas a mi hija nonata*, lo más parecido a una autobiografía que este notable hombre dejara tras de sí: cuando Hesión lo visitó pocas horas antes de la Noche Cruel y suplicó su auxilio, lo hizo con un pie descalzo, es decir, con una sola sandalia, una característica propia de diversos héroes de los viejos cantares. Hesión declaró que se trataba de un accidente, pues había tenido que recorrer muchas millas a pie hasta llegar a la capital cuando su caballo murió de agotamiento, y un perro le robó la sandalia.

Bashlenky, hombre culto, supo leer en este signo un presagio: Hesión era un hombre con un pie en el otro mundo. Curiosamente, en aquel momento su situación podía interpretarse así, pues el veneno de Vóronez aún corría por sus venas y estaba a punto de matarlo.

BIBLIOTECA DE ORESTES

A diferencia de la Biblioteca de Sikandar, construida para proteger un determinado tipo de escritura y la cultura que llevaba aparejada, la Gran Biblioteca de Orestes era un templo erigido al conocimiento universal en todas sus facetas. Fundada por la emperatriz Constanza de Cólquida en -248 C. M., los Reyes Comerciantes que la sucedieron recopilaron textos representativos de todos los países que sus extensas redes marítimas tocaban, y los copiaron, almacenándolos en este edificio. Se contrataron traductores,

copistas, dibujantes, soldados y restauradores para que la colección de incunables, que en el momento álgido de su historia llegó a alcanzar el millón de ejemplares, pasara con garantías de una generación a otra.

La época de los viejos aedos analfabetos había concluido, y la necesidad de grandes almacenes de cultura era imperiosa. Autólico pasó las últimas décadas de su vida como regidor de una nueva encarnación de esta biblioteca, y fue gracias a él que se construyó el doble muro exterior y un sistema de pozos artesianos que la protegían de los ataques y de los incendios, además de que el propio edificio (antes de la llegada de Autólico un simple almacén vigilado) adquirió hechuras de palacio. Debido a las cuatro torres acabadas en pebeteros siempre ardientes que flanqueaban el edificio, se lo conocía a nivel popular como «el templo de los cuatro faros», y prestó un importante servicio a la marina mercante.

Existen rumores, nunca confirmados, de que bajo el reinado del faraón Narmer se construyó un duplicado de esta biblioteca en las tierras desérticas de Sahareym, con forma de gran pirámide, cuyo inventario fue realizado por los herederos de Iósif.

BIBLIOTECA DE SIKANDAR

Edificada por el tatarabuelo de Cordelia con el único propósito de preservar la lengua glagos y su peculiar forma de escritura (excluyendo deliberadamente cualquier otro conocimiento), sus visitantes coincidían en que su trazado arquitectónico era una de las siete maravillas del mundo. Homenajeando la estructura en árbol del glagos, las columnas que sostenían la bóveda tenían forma de gigantescos robles y no menos imponentes alerces, cuyos troncos albergaban libros enteros, y sus ramas los conocimientos derivados de ellos. Se decía que la biblioteca en sí era la encarnación de un único libro que recopilaba todo el conocimiento ancestral del Gran Reino.

Durante mucho tiempo se pensó que la biblioteca de Sikandar era una copia de una legendaria biblioteca-templo original, dedicada al culto a las potencias Nords. Este templo estuvo perdido durante mil años, hasta que la princesa Eithne, guiada por los prolegómenos místicos del rivhar, lo encontró en un desfiladero ignoto del Urianhai.

BOGDANA

Aya de la Corte real, encargada del cuidado y la instrucción en ciertos campos domésticos de los tres hijos más jóvenes del rey. El único heredero sobre el

que no tenía potestad ninguna era el primogénito, Azov, de cuyo bienestar y educación se ocupaban otras personas.

BOLSHAIA

Enclave de caravanas surgido a la sombra de Slogontsi, de menor tamaño e importancia, pero más cercano a Sikandar.

BOREALIA, golfo de

Golfo situado en la costa Norte del Gran Reino, que albergaba a la poderosa ciudad de Arkángel.

BOREALIS, mar de

Mar que delimita al Gran Reino en la franja de Septentrión, helado gran parte del año y con las características del Círculo Polar.

CHEVIAKS

Tropas fronterizas del Gran Reino. Patrullaban aquellas regiones alejadas del conflicto pero potencialmente hostiles, donde pudieran ocultarse enclaves secretos de los Kanatos. Con el tiempo, su relación con la administración central se fue evaporando más y más, hasta que acabaron convirtiéndose en mercenarios a sueldo de los señores de la guerra locales. También se conoce por este nombre a una casta concreta de hombres de las montañas, a la que pertenecía el rudo Dálivor.

CRIMEA, Kanatos de

Conjunto de países fronterizos con el Gran Reino, que fueron gobernados por el Gran Kan y sus sucesores (reencarnaciones de la figura histórica original que los fundó y estableció sus principios políticos y religiosos, según la tradición) durante siglos. Estos países se dividían en Sultanatos, y estos a su vez en Kanatos.

Abarcaban las tierras fértiles que unían la estepa helada con el océano. Las fuentes arqueológicas muestran que hacia el final del periodo neerdience (– 4800 C. M.) surgió una fuerza cultural dominante que consolidó el primer reino, en su origen dividido en tribus, para luego abolir estas a favor del sistema de gobierno por (creencia en la) reencarnación.

CORDELIA, princesa (después reina)

Hija segunda del rey Maximilian, en concreto la mayor de las infantas. Pese a su corta vida (desapareció en extrañas circunstancias cuando solo contaba diecinueve años) se convirtió en la mejor estrategia que vivió en la historia del Gran Reino, y fue gracias a sus ideas que este pudo reestructurarse en los años del Segundo Origen. Arrebatada por el odio que sentía hacia su hermano Azov, y temiendo que una mente incapaz como la suya gobernase el Reino tras la muerte de su padre, decidió alterar la línea dinástica. En la Noche Cruel, mientras Cordelia asistía a la reunión del Estado Mayor previa a la batalla de los campos de Sikandar, ordenó a Nizni Menchikov que envenenara a su hermano, atrayéndolo a su lecho con la promesa de favores sexuales.

En último extremo, fue la obsesión de Cordelia por limpiar su país de lo que ella denominaba las «razas menores» (razas mestizas como la ustraniana, que no poseían la sangre «pura» de los heucanitas) lo que ocasionó el final de la época de los reyes.

CORMAL RUYRIN

Maestre de la Odhuria de Sikandar. Sugirió a su ama el uso del pasaje secreto del Diente de León para escapar de la ciudad, cuando la situación parecía perdida para todos. También ayudó a la princesa Cordelia a acuñar en secreto, a espaldas de la administración de la Corte, unas monedas de oro que llevarían estampada su efigie, y que serían puestas en circulación en ciudades alejadas de Sikandar para que el rey Maximilian nunca lo supiera.

DÁLIVOR DEDOSLARGOS

Corpulento trampero (al que Hesión describió con el epíteto de «oso») que ayudó a Anya Vorensky y a su marido, el comandante Nabarza, a establecerse en las cañadas del Yenisai.

DÁLIVOR NICOLAI

Comandante norteño (de «perfil partido», describe Autólico) que acompaña al general Ulov a la embajada ante Magnus.

DASHA

Prima segunda del comandante Nabarza por parte de madre. Vivió toda su vida en el pueblo de Dima-Licana hasta que la amenaza de la guerra entre ambos países obligó a los gedneis (familias con una mezcla de razas en su linaje, también llamados «mestizos de frontera») a emigrar para salvar sus vidas. Su primo Nabarza siempre fue para ella algo parecido a un amor

platónico, pero aunque Dasha soñaba con que él se declarase y la desposara, el militar nunca compartió esos sentimientos. Pese a todo, ambos perdieron la virginidad juntos en el granero de sus abuelos (que luego sería destruido por los yunks durante la conquista de la región). Dado que ella no se quedó embarazada, esta relación carnal entre primos nunca prosperó.

DENEKIN el Largo

Héroe de la batalla de Sikandar, heredero de los penates tutelares de la familia Uspher, conocida entre la burguesía por sus pingües donaciones a la Corona.

DHAR

Cascada de aguas cristalinas, originada por el deshielo de la cumbre de Vorolk durante los meses de verano, que discurría muy próxima a la hacienda de Andurov. La cañada que había excavado este flujo de agua, con la ayuda de otras corrientes freáticas que ascendían de las profundidades por motivos desconocidos, se llamaba Petrusk.

DIMA-LICANA

Pueblo natal del comandante Nabarza, situado en la región austral del Urianhai, cerca de la frontera con el antiguo país de Altai y las fuentes del Volg. En él vivían muchas familias de colonos que mezclaban las dos razas, y que fueron víctimas del odio racista en cuanto comenzó la guerra. Para huir de esta persecución, la mayoría tuvo que marchar hacia los pedregosos valles del Urianhai y ocultarse en sus vaguadas. Con el tiempo formaron los herméticos clanes de Saph-Estrenya, un pueblo montaños que renegó de su identidad como miembro de ningún país, e incluso llegó a inventar su propio idioma, el sapharés, que carecía de representación escrita y de distinción de géneros.

DIOSA MADRE

También conocida como «la Gran Madre» o simplemente «la Diosa». Deidad primigenia, objeto de culto en las tierras del inhóspito Norte mucho antes de que comenzaran a ser conocidas como Gran Reino. La Diosa es un ente claramente femenino, incluso en sus primitivas manifestaciones ligadas a la mitología Nord, paridora de todas las criaturas del mundo y engendradora de vida y sabiduría. La Diosa encarna las virtudes combinadas de la inteligencia y la pasión, frente a la fuerza y el calor de Maruik, el nombre original del Sol,

su esposo. Tiene como hermanos a la Muerte (que se hace cargo de la custodia y embalsamamiento del Sol a partir del mediodía y hasta la siguiente Aurora, en que vuelve a resucitarlo, librándole de sus vendas mortuorias que al descomponerse crean las estrellas), al Sueño y a la Memoria.

El culto ancestral de la Diosa Madre estaba formado exclusivamente por mujeres, algunas de las cuales ofrecían sus cuerpos como ofrendas y eran conocidas como hieródulas o rameras sagradas. Esta costumbre se fue perdiendo con el tiempo, aunque en época de Maximilian quedaban unas pocas, refugiadas en templos ignotos.

Según los escoliastas, algunas sacerdotisas de la Diosa eran capaces de realizar prodigios en épocas de extrema necesidad, auténticos «milagros», aunque estas intervenciones divinas eran cada vez más insólitas. En los últimos doscientos años, el único milagro registrado fue el que la Diosa concedió a su sierva Eithne durante el asedio de Svalensko.

Uno de los mayores prodigios que le es atribuido a la Diosa Madre es su responsabilidad indirecta en la creación del Mundo. Se dice que fue Ella la que invocó los sueños perdidos del Antípethon, una realidad anterior a la nuestra, cuando Ao acababa de crear los panteones divinos y estaba dando cuerpo a los mundos que poblarían su universo (véase Ao, «*la Voluntad*»). Se supone que fue en uno de estos sueños cuando Ao vio a los seres humanos, y los rescató para que poblasen la nueva realidad, el nuevo subuniverso mnémico.

DMITRI, el ciego

Uno de los convecinos de Nabarza en el pueblo de Dima-Licana.

DUEMA

Sirvienta de la Gran Biblioteca de Sikandar.

EITHNE, princesa

Prometida de Hesión, hija de un linaje de reyes menores de la frontera, la Casa Mantodeplata, que buscaron en la religión de la Diosa la salida para algunas de sus hijas (para que fuesen escalando posiciones en el complejo organigrama de poder del Gran Reino). Autólico se limita a decir de ella que «su belleza era indescriptible»... y nada más. Su nombre proviene de un conjunto lingüístico derivativo de la cultura rush (véase *Rush*), y al parecer significa «Primera luz de la mañana».

EJÉRCITO DE LAS SEIS LUNAS

Ejército semi-independiente del Gran Reino a las órdenes de Hesión. Su constitución fue un regalo del rey Maximilian a su mayor campeón después de algunas campañas militares que Hesión coronó con éxito. Contaba con pocos cientos de hombres, pero su ferocidad y su valor en el combate eran legendarios, y se decía que jamás perdió una batalla. El emblema de las seis medias lunas, entremezcladas formando una especie de estrella de múltiples puntas, proviene de una antigua leyenda de Orestes (se supone que contada a Hesión por su padre), que habla de un símbolo avistado en el cielo en la noche que Orestes fue fundada (véase *La constelación de las cimitarras de plata*, Apéndice B).

EKUUNAS

O «casco de los caballos». Es el esplendoroso yelmo que, según la descripción que Bashlenky hace de la *hechura de armas* de Hesión, este porta en la gran batalla final contra los Kanés.

ELHOR

Caballo de Nabarza. Fue el mismo animal que escogió, por casualidad, la princesa Eithne en su huida de Puente del Oeste, durante el asedio yunk.

ENFIA

Herrero de Dima-Licana y padre de Nabarza.

EOPOS

Tribus ancestrales procedentes de la Hélade que remontaron los ríos del continente (a una de las cuales pudo pertenecer el héroe Heúcates, cuyos vástagos acabaron fundando la gran tribu de los heucanitas), y que plantaron su bandera en las fuentes de muchos de ellos.

ERCÓLIDOS, los

Dioses menores que vestían como guerreros y que formaban parte del séquito de Volos. Los heucanitas los consideraban sus antepasados. Era en la montaña Krenesis donde tenían su morada, aunque algunos gustaban de pasear por las estepas, viendo cazar a las fieras y pastar a los gamos. Se cuenta que enseñaron la escritura a los hombres tras plantar un árbol hecho de palabras, cerca de uno de los primeros asentamientos prehistóricos de los que se tiene

noticia, de ahí la forma de escribir los arbolgramas en glagos (véase *Glagolítico*, en Apéndice A).

ESCIA

Hija menor del vaivoda Vóronez, empleada por este como instrumento para envenenar a Hesión. Su espíritu y el de su madre Neva se reencuentran con el mencionado guerrero en el Inframundo. Autólico otorga a Escia en la narración un papel de apoyo moral de los hombres, paralelo al de otros personajes femeninos clave de la trama. Para ello le confiere una hermosa voz y habilidades con el arpa (de las que probablemente careciera en la realidad), para poder entonar un peán en el Canto XII.

ESCILA

El corcel de Hesión, regalo de su padre. Era un hermoso ejemplar negro de caballo de guerra de gran alzada. Autólico no deja claro lo que fue de este bello animal tras el asedio de Svalensko, pues no es el mismo animal que el Héroe cabalga en la Batalla de Todo Hombre Vivo. Cuando Hesión visita a Bashlenky en su majada le dice, empero, que la larga cabalgada hizo que su animal muriera de agotamiento. ¿Se estaba refiriendo aquí al robusto Escila?

ESCITIÓN

Campana que tañe una vez por cada alma que ingresa en los Infiernos. Por Hesión tañó dos veces, una en su visita al Inframundo mientras todavía estaba vivo, la *Nekuia*, y otra cuando murió de verdad.

ESFINGE ALADA

Mecanismo de defensa definitivo de las puertas de Sikandar, ideado por el maestro de arquitectos del rey Arkadi, Renmeth. Consistía en una enorme estatua de cuerpo felino, cabeza humana (con rasgos atribuidos a un Dios, aunque corría el rumor en su época de que el parecido con el propio arquitecto era más que notable), y dos inmensas alas de águila abiertas como si la misma estatua fuese a echar a volar. La teoría que Renmeth puso en práctica fue que la Esfinge, situada al fondo del patio de armas, podía ser arrastrada desde ese emplazamiento hasta que su gigantesco cuerpo encajara con la entrada principal de la urbe, justo detrás de las puertas dobles. De esta forma, cualquier ejército que lograra echar abajo las puertas de madera a golpe de ariete, se encontraría con que un recio muro de piedra aún les aguardaba detrás. Se supone que la única manera de salir de la ciudad,

entonces, sería a través de los diversos pasajes secretos que la horadaban por debajo, o destruyendo la Esfinge a golpe de pico y pala una vez acabado el asedio.

ESLAVS

Subgrupo étnico semi-independiente del Gran Reino emparentado con los rush. Véase *Rush* para más información.

ESKVARIOS

Cuerpo de élite de guardaespaldas que operaba en el palacio de Sikandar. Muchos de ellos fueron entrenados por el propio Hesión, por lo que este supo cómo burlar su vigilancia durante la Noche Cruel. En algunos textos se afirma que Hesión, antes de visitar los aposentos de lo alto de la torre, se infiltró en el cuartel de los eskvarios y los mató a casi todos sin piedad para que no supusieran un obstáculo. Se conservan unos párrafos de un poema arcaico que apuntan la breve historia de un joven eskvario que tenía gran amistad con el general, y al que Hesión llegó a perdonar la vida por tratarse de un paisano de Andurov. No hay pruebas, sin embargo, de que estos hechos acontecieran en la realidad, y tampoco se han encontrado más copias del poema que arrojen luz.

FAIDHIOS

Dios serpiente que simboliza el lado oscuro y traicionero de la guerra, aquel que se lleva a cabo sin reglas ni honor. Autólico tilda a Yaroslav en alguna ocasión de *faidimôrhes* o «vástago de Faidhios», para dar una idea de sus crueles métodos de combate.

FAUGÍOS

Pese a que en este poema no se nos dan más datos sobre este auriga yunk, en su obra *La quinta cabeza de la Hidra* Autólico nos dice que se llamaba Faugíos, y que era el hijo bastardo de un príncipe manco. Debía contar con solo quince años de edad cuando tomó parte en los hechos narrados en *La Orfíada*, de ahí su total sumisión a las órdenes de su enemigo. En el segundo poema de Autólico se narran sus peripecias al hacerse adulto: agobiado y perseguido durante toda su vida por el fantasma de la culpa, por haber llevado a Hesión a la tienda del Gran Kan, Faugíos trató por todos los medios de expiar este pecado, pues sabía que en lugar de haberse rendido tendría que haber luchado contra su enemigo a pesar de estar en clara desventaja. Llegó a

convertirse en uno de los principales defensores de la frontera con los Kanatos, y mató a muchos heucanitas que habitaban pacíficamente las Ciudades-Estado.

FÉREBRA

Diosa arcaica menor del campesinado rush. Se la veneraba en algunas zonas del Norte y del Oeste del país, aunque su culto fue cayendo en el olvido conforme se iba reforzando el de la Diosa Madre. No en vano, ambas deidades compartían una misma esfera de influencia, la fertilidad y el nacimiento del Universo. Algunas doctrinas aseguran que incluso se llegaron a fundir en una sola entidad, mitad campesina y mitad reina. La advocación a esta Diosa, más costumbrista que práctica, se sigue conservando como modismo idiomático en algunas regiones.

FERINEIA

Llamada erróneamente «isla» porque es la única elevación visible en el País de las Riadas, es en realidad un altozano rodeado por la cuenca de un lago invisible, que se deseca en invierno y se llena de agua en verano. Sobre este singular farallón de roca se edificó la segunda fortaleza más importante del Gran Reino, el alcázar de Svalensko, bajo financiación de la Casa Ungmar y sus vaivodas. En ese enclave tiene lugar una de las dos mayores batallas descritas en *La Orfíada*.

FINDRAMYR

Península con forma de cabeza de pato situada en la desembocadura del río Volg, al Sur del antiguo país de Altai. En una de sus islillas rocosas es donde Autólico y su séquito fueron recogidos por los barcos de Orestes, que los llevarían posteriormente a las costas de la Hélade.

GEDNEIS

También conocidos como «mestizos de frontera», eran familias de origen norteño que se habían mezclado con el paso de las generaciones con la sangre de los Kanatos y con otras razas no oriundas de la estepa. Vivieron en paz haciendo sus negocios con los pueblos y las ciudades fronterizas hasta que la guerra trajo la represión. Muchos tuvieron que huir para salvar sus vidas (véase *Dima-Licana*). Los gedneis eran otra de las muchas razas mestizas (aunque sus gobernantes no quisieran admitir este epíteto) que poblaban el

continente. Se diferenciaban de sus primos del Norte, los ustranianos, en una piel más oscura y narices más aguileñas, más propias de los Kanatos.

GERVALDA

Esposa morganática del sobrino del vaivoda Vóronez, y prima en rango segundo de Escia, su hija.

GIGANTES BLANCOS

Fenómenos atmosféricos que a veces se dan en los desfiladeros del Yenisei. Las nubes adoptan formas específicas, como titánicas extremidades humanas o cabezas de animales legendarios. Se dice que su presencia anuncia la cercanía de las divinidades celestes. Hesión y su esposa los divisaron en su paso a través del colosal sistema montañoso.

GLAGOLÍTICO (por extensión, GLAGOS)

Alfabeto arcaico del Gran Reino, previo a la fundación de este como unidad política y geográfica, compartido por las tribus de la meseta de origen heucanita, y que deriva de un idioma paleolítico llamado *protoglagos*. También se suele llamar glagos (aunque es incorrecto) a la lengua común del Gran Reino. Se caracteriza por una concepción en árbol de la escritura, de abajo hacia arriba, prolongándose como si de una planta con numerosas ramificaciones se tratase. La frase (y la forma de encadenar las palabras para su interpretación) parte de unas raíces y un tronco, para derivar en diferentes direcciones según los significados que pueda tener el texto. Esta forma de codificación es extremadamente compleja y abarca muchos subniveles, por lo que no fue adoptada por otros pueblos colindantes, como los que formarían posteriormente los Kanatos. Sin embargo, los expertos coinciden en que, una vez dominado el glagos, demuestra ser una herramienta tremendamente útil a la hora de codificar información.

Así pues, se trata de una forma de escritura basada en ideogramas progresivos, dibujos de plantas que esconden frases y sonidos. Una página típica de un libro escrito en glagos consiste en un único arbolgrama de gran belleza que ocupa todo el espacio de dibujo, lleno de trazos encadenados y runas que cuelgan de sus ramas, que se interpretan de abajo hacia arriba (nivel progresivo o de avance temporal de la historia que se cuenta) y de izquierda a derecha (nivel semántico o de interrelación de significados). La historia del linaje de una familia, por ejemplo, se puede contar íntegramente en un solo arbolgrama, con los nombres de sus integrantes colgando de sus ramas y la

relación entre los mismos expresada en las diferentes alturas a las que aparecen.

En un principio el glagos se codificaba en 537 símbolos diferentes, reducidos a 401 tras la simplificación impuesta por la escuela de escribanos de Grodvy, en -76 C. M. Se usó en principio en liturgia y para sellar los acuerdos mercantiles, aunque con el desarrollo de la clase burguesa adquirió tintes poéticos, y se empleó para escribir libros de carácter no religioso. Del mismo modo fue puesta en práctica la escritura cursiva, suavizando la excesiva ortogonalidad de los primeros árboles, lo que aumentó la velocidad de los escribientes. Eran arbolgramas «mecidos por la brisa», que los tumbaba de costado como sometidos a un fuerte viento.

Sin embargo, su desarrollo no estuvo exento de problemas: debido a la enorme variedad de dialectos que conformaban la lengua hablada en el Gran Reino antes de su unificación, un solo conjunto de símbolos demostró no ser el adecuado para fijar la fonética ustraniana. La mayoría de los pueblos lo resolvieron creando parejas de consonantes con significado propio: cz, sz, ch para los eslavos; tz, tx y tt para los rush; y dialectos basados en un sistema de signos diacríticos que conservaban huellas del protoglagos original para muchas tribus del lejano Norte.

GLAOXUN

Personaje heroico de los cuentos antiguos del Gran Reino que, trasunto de Gilgamesh, lo sacrificó todo, incluso su cordura, en una inútil búsqueda de la eterna juventud (véase *Svalensko, fortaleza*).

GOLVE

Comandante de aliaros. Solo uno de cada quinientos reservistas, de aquellos que vivían en las haciendas de la periferia, era llevado a Sikandar para recibir instrucción militar y acababa licenciado con este rango. Nabarza era un comandantegolve de aliaros.

GOUVIN

Nombre con el que los marineros llaman al feroz viento que sopla sobre el Volg y su tributario, el Niklos. Es un viento malo para las velas, pues sopla en dos direcciones a la vez, ejerciendo torsión y fuerza de desgarre sobre ellas.

GUADAÑA

Nombre de la espada del comandante Nabarza, que llevaba escrito en glagos a lo largo de la hoja. Las ramas del arbolglagos nacían en la guarda y se ramificaban abrazando el filo, con un dibujo silábico de gran belleza.

GUNDARA

Nombre auténtico de Talía, la niña bruja de los jotuns.

HAFIR

Ciudad del Kanato de Al-Dhabbla donde residía una prima lejana de Iósif.

HÉLADE

Reino marítimo de grandes conquistadores y amantes de las artes y del comercio que prosperó al Sur del Gran Reino, al otro lado de un ancho brazo de mar. Fue la patria de los padres de Hesión, aunque su singular situación geográfica propició el ataque de extensas flotas piratas, que causaron a la postre la migración de muchas familias al reino vecino. Esta raza que emigró al Norte, al mezclarse con los habitantes de las estepas, dio origen a la ustraniana, la misma que luego intentó exterminar la princesa Cordelia por considerarla impura. Uno de los más afamados puertos comerciales de la Hélade fue la esplendorosa ciudad de Orestes, donde nacieron el poeta Autólico y el abuelo de Hesión. Aquí, en Orestes, se construyó la Gran Biblioteca planificada por Autólico de Sandria a partir de una biblioteca preexistente mucho más pequeña, con forma de almacén (véase *Biblioteca de Orestes*).

HESIÓN

Caudillo ustraniano y Héroe principal de *La Orfíada*. Aunque su biografía fue recogida, en un ejemplo de sobriedad histórica, por el historiador Autólico en las décadas posteriores a su viaje al Este Inabordable, existen graves lagunas que nos inducen a pensar que gran parte de lo que trascendió de su vida fue producto de la imaginación de sus hagiógrafos. La memoria popular y las fábulas de los siglos posteriores trataron de establecer lo que se sabía «a ciencia cierta» sobre la vida de este valeroso caudillo, pero organizar los fragmentos resultó ser un esfuerzo tan laborioso como inútil: la influencia de Hesión en la historia del Segundo Origen, a partir de la victoria sobre los Kanatos, deriva en una red de fábulas que poco tienen que ver con la figura histórica original.

Hesión es una palabra provista del sufijo patronímico *ión*. Podría, pues, equivaler a «hijo de lo alto» o «del más grande». Era un nombre poco habitual en la época, más propio de la literatura que del vulgo, por lo que algunos historiadores piensan que no era su nombre real, sino un apodo al que recurrió Autólico para engrandecer su figura en los cantares de gesta.

Asimiladas por el folclore del Gran Reino, sus aventuras pronto se extendieron por regiones remotas que él nunca había pisado. Sus hazañas fueron difundidas ampliamente por los bardos, cargadas de añadidos, hasta que hicieron falta cien estrofas para describir los esplendores de su funeral. Entre litigios donde hacía falta su razón o batidas por la frontera donde hubiera que recurrir a su brazo, se le atribuyeron actos que el Héroe sin duda habría rechazado, pero que el poeta encontraba admirables, como la monogamia acérrima o la intolerancia religiosa. Hesión resurge de las cenizas para castigar a los seguidores de Dioses paganos (él, uno de los religiosos más sincretistas de su tiempo); esparce a los vientos la sangre de los terribles comedores de carne humana y recibe en prenda de amistad la mano de varias princesas, beldades hijas de reyes de territorios que acaban siendo anexionados. Con ellas, Hesión disfruta de momentos de placer que parecen relegar al olvido a la divina Eithne, la única mujer que se sabe a ciencia cierta que fue capaz, por su amor, de hacerle entrar en la Historia. No hay que olvidar que el personaje de Eithne resultaría políticamente incorrecto en épocas posteriores, cuando la sociedad del Gran Reino trató de relegar el papel de las damas al de simples paridoras de hijos y acompañantes discretas de sus maridos, cosa a la que Eithne se opuso desde siempre.

El sepulcro de Hesión se encuentra en Sikandar, un magnífico mausoleo que solo contiene las armas del Héroe. Su cuerpo nunca fue hallado. Se le presupone desaparecido durante una tormenta en el lejano mar del Este. Autólico financió, en vano, diversas expediciones con el objetivo de hallar sus restos. Doscientos años después, una cobra puso fin a la dinastía de los Ercolitas, supuestos descendientes de su linaje que gobernaron el Gran Reino por espacio de cuatro generaciones.

Durante los funerales del Héroe, diversas facciones lucharon por darle un sentido u otro a la efeméride. Esto puso de manifiesto, más que ninguna otra cosa, la profunda división que entre la aristocracia había dejado el magnicidio de la familia real (a manos del homenajeado, no lo olvidemos), y lo conveniente que había resultado para la política interna de la nación. Con la muerte de los reyes, una nueva era se abría para todos, un tiempo de baile de

influencias, de descentralización del poder, de acercamiento al sistema feudal gregario que gobernaba con enorme éxito las naciones colindantes.

El prestigio de sepultar al libertador del reino era inmenso para la capital, y permitía a sus regentes fundar una dinastía. Pero antes de que sus «huesos» reposaran en la majestuosa Plaza de los Pueblos, su cortejo fúnebre atravesó, a lo largo de diez largos años, todas las regiones del país. En una ciudad tras otra, las huestes de su escolta (ustranianos, rush y heucanitas libres, e incluso algunos inmigrantes de los Kanatos que también le consideraban una figura legendaria) plantaban sus tiendas en torno al tabernáculo de la leyenda, de cuya divinidad Genfhis, primer regente posterior a Magnus en los Kanatos, extraería la propia.

Durante semejante procesión debieron surgir mil años de leyendas.

HEUCANITAS (a veces «Heucanos»)

Descendientes de Heúcatés, héroe legendario del Gran Reino. Forman el principal y más extendido grupo étnico de todos los que pueblan el país, concentrándose sobre todo en la zona centro, la enorme meseta situada entre las cordilleras occidental y oriental que dividen el continente. La familia del rey Maximilian y su dinastía pertenecen a esta etnia. Altos, de piel blanca y ojos claros, se consideran a sí mismos los norteños de sangre más pura, y es su odio ancestral hacia las razas mestizas lo que en cierto modo justifica la limpieza racial ordenada por los reyes a finales del Segundo Origen.

HEÚCATES

Antiguo héroe que se decía inventó los barcos que cruzaron los ríos navegables del Gran Reino, llegando a su nevado corazón y fundando las primeras ciudades. La raza de los heucanitas se considera desde tiempo inmemorial descendiente del linaje de Heúcatés. Aunque hay pistas más que fiables (comenzando, ni más ni menos, por la etimología del nombre) que sugieren que Heúcatés era un emigrante que vino de la Hélade, los más reaccionarios historiadores del Gran Reino se resisten a otorgarle semejante origen.

HIERRO, bosque de

Bosque situado al Sur de Sikandar, cuyas estribaciones rozan la frontera con el Kanato de Sen-Hang. Se lo bautizó con ese nombre porque era una masa de coníferas que la mayor parte del año mostraban un color ferroso en sus hojas,

y que adoptaba gradaciones de gran belleza en otoño, cuando los juegos de la luz en el envés de las hojas, de tez metálica, hacía que parecieran espejos.

HIZRI

Segundo comandante del Ejército de las Seis Lunas. Hombre bonachón dado al escanciado fácil pero implacable en la dirección de sus tropas, se dijo de él que tuvo tantos hijos que olvidó ponerles nombre y los distinguía por la forma de sus barbillas. Procedía de Yakuska, una región de la estepa cercana a la arenosa Ufa.

HOJA NEGRA DE YAKRA

La espada que portaba Yaroslav en el combate, no tan afamada como Valnius Indomerim, ni forjada con aleaciones tan nobles, pero capaz de hacerle sombra en la batalla. Algunos afirman que la guarda tenía forma de dragón, de cuya boca salía una lengua bífida que al ramificarse se convertía en una frase escrita en glagos, que decía «*muerte a los extranjeros*» recorriendo a todo lo largo la hoja.

ILO

Campeón del Gran Reino en los tiempos del padre de Hesión. Puso su nombre a una ciudad de los Kanatos (Yakra) cuando plantó su bandera en la torre más alta, pero este apelativo duró poco. Ilo fue asesinado por un jovencísimo guerrero llamado Forbros, por aquel entonces cadete en la milicia de la ciudad, y que muchos años después se enfrentaría a Hesión en combate singular (*aristos*) en la batalla de Svalensko (véase *Ilofonte*).

ILOFONTE (FORBROS)

Hijo menor del soberano de la ciudad de Yakra. Cuando era solo un niño su ciudad fue invadida por fuerzas del Gran Reino, y uno de los generales, Ilo, mató a su madre después de violarla y compartirla con sus hombres. Forbros mató a Ilo golpeándole con una herradura de caballo en la cabeza, y desde entonces cambió su nombre por el de «Ilofonte», que significa «asesino de Ilo». Sucumbió muchos años después en la batalla de Svalensko, abatido por la lanza de Hesión y la riada posterior.

ILVHON

Padre de Dasha y Lorel, las primas de Nabarza. Hombre «rico en hacienda y aún más de facundia», como lo describe Autólico, encabezó la partida de los gedneis de Dima-Licana y los guio hasta las colinas, donde encontraron las primeras huellas del paso por las cercanías de un ejército yunk.

IÓSIF

Escriba favorito de Autólico, al que había criado como a un hijo. Se trataba de un joven muy obeso, bonachón y simpático, que tenía gran facilidad para los ideogramas. Su principal defecto era su afición por el juego (sobre todo las apuestas en peleas de gallos), que lo llevó a contraer deudas que quedaron «olvidadas» cuando se ofreció gustosamente a acompañar a su maestro a la lejana Orestes. A Iósif le debemos las principales anotaciones en los márgenes de los pergaminos de Orestes, que aclaran muchos puntos oscuros sobre la obra de su maestro. Sin esta guía aclaratoria (hecha, según algunos historiadores, sin el consentimiento del propio Autólico, al que le molestaban los «garabatos» que afeaban el borde de las páginas) no habríamos podido datar con precisión algunos sucesos históricos fundamentales para situar la línea temporal de *La Orfíada*.

IVÁN GORVIANI ETHELDRED

Iván fue hombre de temple sosegado en la paz e iracundo en la guerra. Semejante a su padre en aspecto (se decía que la nariz se heredaba entre los varones del linaje, mientras que las orejas y la claridad del cabello pasaban a las mujeres, pero él fue depositario de ambos rasgos), se diferenciaba mucho de su progenitor en el grado de sabiduría, más elevado en el hijo que en el padre.

Descendiente de navegantes, Gorvi Etheldred, el padre de Iván, fue un hombre impetuoso y poco reflexivo. Contó en las memorias transcritas por su hija (él nunca aprendió a leer nada más que los signos del tiempo en la mar) su vagabundeo durante más de trece años por derroteros marinos e ínsulas mágicas, antes de dar con la pedregosa costa de Anatelia, donde construiría su casa con las maderas de su barco. Por increíbles que parezcan las andanzas de la familia relatadas en este periodo, aparecen certificadas por la persona del narrador, la hija mayor de Gorvi, poco dada a incluir en sus textos datos de dudosa procedencia. El trazado exacto de sus aventuras se desconoce, aunque como bien señala la propia cronista, «los escenarios en que transcurrieron los viajes de mi padre no podrán ser situados mientras no se encuentre al talabartero que cosió la vela de las tempestades del *mar oceano*».

La gestación de Iván durante ese viaje, pero antes de que su padre admita conocer a la que sería su fiel esposa, induce a pensar que es hijo de una relación anterior, aunque ocupe el tercer puesto en el orden de los herederos. Dado que los historiadores utilizan a menudo este sistema de datación para deducir en qué época nació un personaje u otro, fijar su edad se hace difícil, pero dos cosas son ciertas: Iván era joven cuando conoció a Hesión, y llegó a cumplir el siglo cuando murió en su hacienda de las estepas. Tras él dejó una familia de veintiséis vástagos, ninguno de los cuales nació tocado por la maldición de los reyes, pero de los que poco se sabe más allá del hecho de que fueron hábiles campesinos. Habría que saltar cuatro generaciones desde Iván para encontrar a otro Etheldred digno de cantares de gesta, su tataranieta Anastasia Ivanova, que alcanzó a través de los ríos Gamés y Trigas el mítico mar del Sur, y navegó allende las islas que vieron nacer a los antepasados de Hesión, llegando incluso al lejano archipiélago de las Islas Perennes, donde se casó con un descendiente del héroe Niwalen de Thuit Finann. Hay que destacar el hecho de que ella fue el primer miembro de su familia en constatar que tales archipiélagos existían. Iván murió creyendo ciegamente en las historias de Autólico, pero sin tener verdaderas pruebas de ello.

En la vida adulta de Iván hubo dos episodios dignos de ser recordados, que subrayan el hecho de que los poetas de siglos posteriores lo colocasen en uno de los puestos clave de la historia del Segundo Origen. El primero tuvo lugar entre la tercera y la cuarta décadas posteriores a la desaparición de la reina Cordelia. La hacienda que regentaba la familia de Iván fue asediada por bandidos jotuns, una raza de la tundra recóndita que ya había arrasado otras plantaciones y quemado muchas granjas, hasta que se toparon en su mortífero deambular con la de Iván. Para entonces había perdido el héroe su destreza con la espada, según algunos por un accidente que sufrió durante la temporada de la siega que le obligó a amputarse el pulgar derecho. Sin embargo, los poetas no dudan en describirle en términos similares a la legendaria princesa Eithne, es decir, como una persona de gran inteligencia y hábil en las artes de la artimaña. *Polytlas, polymetis, polyméchanos* afirma Autólico, explotando la rica sinonimia de la lengua del Sur: el de las muchas mañas e igual número de tretas. Es curioso cómo se distancia este Iván del de los primeros cantares, aquel que seguía a su general a las más cruentas batallas.

Llegadas las tropas jotuns a la frontera con su hacienda, Iván convocó a todos los hombres y mujeres de valor, fueran o no pertenecientes a su familia y que quisieran servirle, y los agrupó en una fuerza de choque capaz de

repeler ataques directos. De mucho le sirvió el consejo de su capataz, un trampero del Norte cuyo nombre, por desgracia, no ha trascendido, pero que por sus robustos hombros era conocido por el apodo de Ñu. Él ayudó a convertir las azadas y los utensilios del campo en avíos de batalla, y organizó grupos de zapadores que cavaron zanjas en poco tiempo, para ser rellenas con aceite y quemar a los bandidos que cruzaran por encima.

En los días de agasajo al dios Volos de los rebaños, los jotuns atacaron la hacienda de Iván y fueron exterminados por docenas. Sus cuerpos se utilizaron para abonar la tierra y ayudaron a replantar las cosechas que sus propias antorchas habían destruido. Sobre la orilla del río Gamés, Iván hizo erigir en honor a aquella fecha la estatua de un campesino anónimo que aplasta una quimera usando aparejos de labranza.

El segundo episodio donde se le nombra viene ocurriendo casi cincuenta años después, lo cual es motivo de controversia. Si en el momento de rechazar a las tropas jotuns Iván debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, la fecha en que vuelve a ser protagonista le adjudica una edad no menor a nueve décadas. La media de vida en el Gran Reino por aquellos tiempos era de cincuenta años, llegando los más longevos hasta los ochenta, pero la mala alimentación y las enfermedades no auguraban un buen estado de salud para nadie una vez rebasada la cincuentena. Por ello, no faltan los que atribuyen este episodio a su hijo Vlad, de gran parecido físico y de carácter con su padre, aunque nunca se le mencione expresamente.

Fue en los días en que nacieron cabras de dos cabezas en varios lugares del país, lo que avivó la preocupación del vulgo. Las tropas de la capital estaban librando una campaña en el Este para retomar algunos alcázares perdidos, y llegaban noticias de que las fronteras del Gran Reino habían vuelto a contraerse. Los dos hijos menores de Iván perecieron en el verano a causa de terribles fiebres, y sus mulas bebieron agua de un pozo contaminado que las dejó estériles. Hubo miseria y muerte en la hacienda Etheldred, pero el patriarca dio con la fórmula que los salvaría de la hambruna: en las profundidades de la tierra moraban unos gusanos que eran comúnmente utilizados para teñir la ropa, pues al ser aplastados sus cuerpos expulsaban una sustancia azulenta de gran belleza.

Iván descubrió que, bien hervidos, estos gusanos podían sustituir por cortos periodos de tiempo a la carne y a ciertas hortalizas. Mandó entonces criarlos en grandes recipientes, aportándoles solo tierra y excrementos, tanto humanos como de animales, para su reproducción. La población de gusanos se hizo tan extensa en pocos meses que pudieron alimentar no solo a la

familia de Iván, sino a todas las granjas en un radio de varias leguas. El patriarca se había ganado un lugar en el corazón de sus convecinos.

Este Iván que vemos es diferente al guerrero de antaño. Sus epítetos ya no lo caracterizan como destructor de enemigos, sino como pensador tranquilo. Su *polyméchanos* lo convierte en un líder, más que en un soldado, y es por ello por lo que su familia crece y se vuelve numerosa en lugar de perecer en las largas hambrunas.

Iván moriría de extrema senectud en la primavera de 112 C. M, entre familiares y amigos y una enorme gratitud por parte de todos aquellos que le conocieron. Su vida no constituyó un *nostos*, como la de otros héroes del Segundo Origen: un regreso especialmente largo y azaroso hacia alguna parte. Más bien fue sedentaria, pero no estuvo exenta de peligro ni de poderosas muestras de amor hacia sus seres queridos, lo que a la postre le volvió grande. Su tumba se yergue en el mismo lugar en que construyera la casa su padre a partir de las maderas de su viejo barco.

IVANIA

Palafrenero de la casa de Orfías asesinado en la matanza de Andurov. Hesión se encuentra con su espíritu en el Inframundo, y aprende de él cuáles son las leyes que rigen el mundo de los muertos.

JILFHUR, bosque de

Bosque situado en las laderas del Arriaz de Lovorov, en las cercanías de Svalensko. Tenía identidad propia dentro de la geografía de la zona porque sus árboles poseían una hoja plateada característica, insólita en la vegetación del Urianhai. Antiguas leyendas lo justifican por un pacto entre los primeros hombres que aprendieron el oficio de la minería y Urhus, el dios de la tierra profunda (véase *Mitos y leyendas*, en Apéndice B).

JOTUNS

Tribus de bandidos y supervivientes de etnias que en el pasado habían sido expulsadas por los colonos heucanitas. Los historiadores piensan que su origen hay que buscarlo en el inexplorado Occidente, en clanes de bárbaros de las estepas que emigraron hacia el Este desde los confines occidentales del mundo, huyendo de una glaciación o de algún fenómeno de igual escala. Tenían fama de ser guerreros feroces, comedores de carne (en tiempos de necesidad, incluso de carne humana), y que únicamente descubrieron la agricultura cuando su civilización estaba en plena decadencia, y se habían

convertido casi en esclavos de los heucanitas. Antes de eso cazaban mamuts y renos para alimentarse. En los tiempos del Segundo Origen las tribus jotuns que quedaban en el Gran Reino habían sido perseguidas hasta su práctica extinción, aunque aún quedaban restos de clanes dedicados al pillaje que volvían peligrosos los caminos del borde septentrional de la meseta. Como Hesión descubrió en su viaje a Svalensko, algunas tribus (cuyo dios era una versión primitiva de Volos, Senuhé, lo cual hace pensar que fueron ellos quienes introdujeron a esta deidad en el panteón heucanita —aunque se piensa, por la etimología del nombre, que en su versión jotun Senuhé era una mujer, o alguna clase de tótem asexuado—) habían aprendido el arte de camuflarse como tribus de heucanitas, aprovechando los rasgos comunes entre ambas, e incluso habían fundado aldeas que nadie sospechaba que fuesen jotuns.

JULAK

Lancero del Ejército de las Seis Lunas que se ganó una bien merecida fama entre sus compañeros como intérprete de augurios. Hesión, sin embargo, solo obtuvo divagaciones y respuestas ambiguas de su parte cuando le consultó a propósito de lo que iban a encontrar en el Urianhai. Los Dioses se mostraban cautos, y durante un tiempo, en aquellos días, todos los augurios del mundo fueron herméticos.

JUREII, VLADIMIR

Líder de uno de gremios de ladrones y contrabandistas que operaban en Sikandar. Se convirtió en acreedor de Kuzmin e Iósif cuando estos contrajeron serias deudas de juego en los bajos fondos de la ciudad, por culpa del primero.

KASLOV

Soldado del Ejército de las Seis Lunas con rango de atriba o jefe de zapadores. Al igual que el segundo comandante Hizri, provenía de la pedregosa región de Yakuska. Salvó la vida de Iván cuando este cayó desde la muralla empujado por un enemigo, pero falleció poco después ensartado de manera infame en un escudo armado.

KELANDRA

Madre de Hesión, nacida al igual que su marido Orfías en la Hélade, y muerta muchos años después en Andurov. Su espíritu se reencuentra con su hijo en la Llanura de los Muertos durante la *Nekuia*.

KHOIJAI

Meandro del río Trigas desde el cual el comandante Nabarza y algunos caballeros supervivientes organizaron los ataques a los barcos Yian-sun que remontaban el río, rumbo a Sikandar.

KOMAROV

Capitán de las brigadas de aliaros que recibió a Nabarza en el cruce del Raleón.

KROVLUS

Maestro escultor de los tiempos del rey Arkadi, que fue el principal artífice del Anakeion.

KUZMIN

Primo segundo de Iósif, se sumó también a la comitiva de Autólico en su viaje a Orestes. Decían las malas lenguas que él tuvo la culpa de introducir a su primo en los bajos fondos de las apuestas de Sikandar (y a la postre de su exilio forzoso, lejos de sus acreedores), pero Kuzmin nunca lo admitió. Salvó las vidas de Autólico y de Iósif al ganar una partida de dados contra un ente preternatural, una Baba-Yaga, en una aldea de leprosos.

KYSMIR

Pescador de anguilas y hábil marinero que ayudó a Autólico y a su gente a alcanzar la costa del lejano Sur, descendiendo por el cauce del Volg hasta llegar al estuario de Findramyr. Su barco se llamaba *Corazón de primavera*, y era una lancha veloz diseñada para recorrer grandes distancias en poco tiempo, por lo que fue muy útil para esquivar las patrullas yunk que vigilaban los distintos Kanatos que atravesó en su periplo.

LANCEO

Aedo de los Dioses, bardo divino. Poseía dos cítaras: una estaba hecha de mármol oscuro como la noche y le había enseñado a usarla el viento del Norte. Con ella narraba los hechos positivos que ocurrían en el mundo, como

los nacimientos de bebés o la repoblación de la vegetación tras algún incendio. También poseía otra, hecha de hierro forjado, que le había enseñado a usar el viento del Sur, y con ella cantaba los desastres y los malos augurios. Autólico comienza a relatar los pormenores de la *Batalla de Todo Hombre Vivo* haciendo alusión a Lanceo y a su cítara de metal, en forma de siniestro augurio.

LAURANE

Antiguo nombre de Escia, la hija menor del vaivoda Vóronez. Lo cambió por Escia (Sombra en la Mañana) después de la batalla de Svalensko, pues aunque su corazón siguió siendo parcialmente puro, el horror de la guerra había dejado una huella en su alma imposible de borrar.

LHÁRECO

Copista aventajado y ayudante de Autólico en la Biblioteca de Orestes.

LOREL

Hermana menor de Dasha, la prima del comandante Nabarza. Por otros textos sabemos que había nacido muda, y que murió al dar a luz a su tercer hijo varios años después de que los gedneis fueran al exilio.

LUPENDO

Hijo del rey Arkadi, traidor a su patria, que junto a su hermano Pólux invadió la ciudad de Nargrevo.

MAGNUS, Gran Kan

Personaje mítico que reinó durante muchos años (según los escritos de la época, ¡más de 240!) en las tierras conocidas como los Kanatos de Crimea. Poco se sabe de este extraño y legendario sultán, pues su figura, si bien estuvo siempre cubierta por una aureola mítica, permaneció oculta a la vista de los mortales durante la mayor parte de su vida. Esto propició que más que hechos verídicos, sobre él nos hayan llegado solo leyendas. Algunas aseguraban que era inmortal y que se reencarnaba una y otra vez en espera de que el Sol descendiera del cielo para recogerlo y llevarlo a su morada. Otras, que en realidad no era un ser humano, sino un monstruo con cabeza de dragón y cuerpo de serpiente, que se vestía con ropajes de hombre para atender a sus súbditos. Sea como fuere, el único habitante del Gran Reino que lo vio en

persona durante el Segundo Origen fue el guerrero Hesión, en el transcurso de la Batalla de Todo Hombre Vivo, y el descomunal secreto que descubrió sobre Magnus jamás se lo contó a nadie, ni siquiera a su cronista, Autólico. Por ello, este tuvo que indagar durante años para saber lo que había ocurrido en realidad en el interior de aquella tienda, hasta que al fin supo la verdad de boca de un noble sureño, el dignatario Abhâz, al cual conoció transcurridos muchos años, en una visita de cortesía de los Kanés a la Gran Biblioteca de Orestes.

MÁSCARAS DE PORCELANA, las

Escuadrones de élite del ejército de los Kanés. Vestían armaduras negras y portaban armas pintadas del mismo color. Lo único que no llevaban de este color eran unas máscaras de cerámica blanca sobre el rostro, que al imitar espíritus les conferían un aspecto tenebroso. Fingían ser espectros para infundir terror en el corazón del enemigo, y de esa manera ganar ventaja en el combate. Un miembro de este cuerpo de élite asesinó al segundo comandante Hizri, antes de caer a su vez bajo la espada de Iván. Como protectores del Gran Kan, fueron la última línea de defensa que tuvo que sortear Hesión antes de llegar a su tienda palaciega. Según Autólico, que lo sugiere a través de una elipsis narrativa, Hesión liquidó a más de dos docenas de estos guardias de élite al abrirse camino al interior de la tienda, sin inmutarse.

MAXIMILIAN II, rey

Soberano del Gran Reino y fundador de la dinastía de los Heucanos, así como padre de Cordelia. Líder político y espiritual de los destinos de un Imperio que no llegó a formarse totalmente. Su último parlamento con Hesión tuvo lugar durante las primeras jornadas de la Batalla de Todo Hombre Vivo, como se vino en denominar al asedio de Sikandar. Mientras duraron sus días, el Gran Reino gozó de una etapa de prosperidad que se vio truncada poco antes de la muerte del soberano, debido a su obsesión por expandir fronteras y entrar en conflicto con los Kanés.

MHEJAS

Mensajero del general Ulov. Es quien avisa a Hesión de que los Kanés están a punto de atacar en masa a la capital durante la Noche Cruel.

MHOR HANDUL

Castillo con forma de pagoda del país de Altai, regido por el único de sus soberanos que presentó batalla a los Kanatos durante la invasión de su territorio. Este rey (*lama*, en su lengua natal) se llamaba Émergol, e instruyó a sus siete hijos en el arte de la guerra, en contra de las enseñanzas de su religión. Pese a todo, sus esfuerzos fueron vanos, pues los ejércitos del Kan consiguieron llegar hasta su castillo y lo arrasaron, matando a toda su familia y erradicando la casta de los Reyes Contemplativos.

MILOSH

Hijo del rey Maximilian, ocupaba el segundo puesto en la línea de sucesión, por detrás de Azov y precediendo a sus hermanas Cordelia, Nadezhda y Yulia, a pesar de ser mucho más joven que la primera.

MIMIR

Nombre mítico de las antiguas bestias del Norte, que los jotuns cazaban en épocas pretéritas y que, en su migración por el extremo septentrional del continente, guiaron a esta tribu de bárbaros a las grandes estepas de lo que posteriormente sería el Gran Reino. El Mimir («coloso», en la lengua de los jotuns) era una especie de elefante peludo de gruesos colmillos, alto como tres humanos y largo como dos carretas. Algunos dicen que los mamuts que los yunks usaron durante la Batalla de Todo Hombre Vivo eran en realidad Mimir capturados al Norte del Kanato de Irusk.

MITAGOS

Río de gran longitud que nace de tres valles en la franja Este del Yenisai. Los llamados «jinetes de los ríos» lo usan para transportar sus troncos desde los altos bosques de taiga hasta el océano. Su nombre arcaico era Uriandohk, y se dice que fue padre de la raza de los rush (véase *Los cien hijos del Mitagos*, en Apéndice B).

NABARZA

Comandante norteño de extracción humilde, residente en el pueblo de Dima-Licana hasta el comienzo de la guerra aunque sus antepasados vivieron en Sidón, tierra pródiga en bronce. Defendió audazmente la ciudad molinera de Puente del Oeste contra las tropas mercenarias de los yunks con solo doscientos hombres, aunque en el momento crítico fue derribado por una flecha. La corriente del Trigas arrastró su cuerpo lejos de la batalla, salvándole la vida. La sibadalla de la princesa Eithne, Anya, secretamente

enamorada de él, buscó su cuerpo movida por una intuición hasta encontrarlo y rescatarlo de una muerte segura. La historia de Nabarza y Anya inspiró una célebre fábula, sobre una ninfa acuática que se enamora de un hombre herido que cayó en su río, al confundir el tono rojizo de su sangre con la luz del Sol poniente (véase *Mitos y leyendas*, en Apéndice B).

NADEZHDA

Segunda hija del rey Maximilian, después de Cordelia y antes que Yulia. Su principal rasgo físico, aparte de haber heredado la nariz y las orejas de su madre, era poseer los ojos de distinto color, azul y verde. No sabía pronunciar la erre.

NAREVIA

Bosque cercano a la ciudad de Sikandar, que el ejército de Magnus taló para abastecerse de material de reparaciones y de proyectiles para sus arcos.

NARGREVO

Antigua capital del Gran Reino antes de la fundación de Sikandar. Fue la última morada del rey Arkadi, abuelo paterno de Maximilian II, traicionado y asesinado por dos de sus catorce hijos.

NEKUIA

Al igual que otros Héroes de la épica antigua, Hesión también realizó un viaje al Inframundo, el vasto dominio poblado por las sombras de los muertos. El relato de este singular viaje (la *Nekuia*), quién sabe si verídico o simple alucinación provocada por el jugo de Pleomantis, tiene identidad propia dentro de *La Orfíada* y ocupa buena parte del Canto XVIII.

NEVA

Primera mujer del vaivoda Vóronez, muerta por las fiebres diez años antes del asedio de Svalensko, debido a una complicación en el parto de su tercer hijo.

NEVA

Hermana de Escia, hija mayor de Vóronez, de igual nombre que su madre.

NIKLOS

Tributario del Volg.

NIZNI MENCHIKOV

Ayuda de cámara de la princesa Cordelia. Esta joven, criada en palacio desde su concepción en las cocinas (se decía que su madre fue una sirvienta, su padre un hermanastro del rey, y que su primera y única cuna fue una cazuela), sería recordada como una de las presencias más inquietantes del elenco de personas que apoyaban en todo momento a Cordelia, cuando no hacía trabajos encubiertos para ella. Su escasa edad, catorce años, ocultaba una mente siniestra y despiadada, que participaba en las orgías secretas de la princesa (proporcionándole consuelo en las ocasiones en que no había hombres disponibles) y se encargaba de hacer desaparecer los cuerpos de sus amantes después.

Fue Nizni quien asesinó al príncipe santificado Azov, envenenándolo tras haberle prometido favores sexuales, los primeros y últimos que el desvalido joven recibiría en vida. La espada de Hesión atravesó sus entrañas en la Noche Cruel, y se dice que colgó varias horas de ellas, enganchada al asta de una bandera, antes de fallecer.

NOCHE CRUEL, la

Primera jornada del asedio por parte del Ejército Negro a Sikandar. Se la conoce así porque Hesión, el caudillo ustraniano que buscaba venganza por el genocidio de su pueblo, se introdujo sin ser visto en el palacio del rey Maximilian y lo asesinó, así como a casi toda la familia real. El magnicidio se produjo en el peor momento posible, ya que la figura del monarca era esencial en esas circunstancias para liderar la guerra.

NORDS, potencias

Dioses del lejano Norte, venerados por las tribus primitivas que habitaban las regiones esteparias cercanas a Arkángel. Según algunas leyendas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, su misión era la de vigilar que las estrellas no cayeran unas sobre otras cuando se esparcían como canicas tras el paso del Sol. A veces cantaban, y el sonido que emitían era tan hermoso que al llegar a la Tierra se transformaba en coronas boreales y australes.

ODHURO

Miembro del cuerpo inquisitorial de la Odhuria. Espías y soldados de élite, su deber era dar la vida por proteger a la familia real, y buscar enemigos en cada rincón del Gran Reino hasta destapar las más maléficas conjuras. (Forma plural: odhuri).

ODHURIA

Estado de excepción que se estableció por orden del rey Arkadi después de la Gran Guerra, que concedía poderes absolutos al rey y a sus militares. Fue sinónimo de una ola de sangre y violencia sin par que sacudió un país todavía muy castigado por los combates. Dos generaciones después, la princesa Cordelia, aconsejada por algunos ministros que deseaban crear un cuerpo de espías leales a la Corona, fundó la nueva Odhuria o cuerpo inquisitorial. Era un grupo de agentes leales a la princesa que usaba la tortura y la intimidación como arma para mantener a sus enemigos a raya, y sonsacarles información sobre posibles conjuras.

OLVHAMI

En la liturgia dedicada a la Diosa Madre, acólita o sacerdotisa de bajo rango encargada de destripar a los toros durante las ceremonias de ungimiento. Por extensión, el machete que empuña a tal fin.

ORESTES

Ciudad costera del reino de la Hélade que albergó al linaje de Hesión hasta que su padre emigró hacia el Norte, al Gran Reino, en busca de un futuro alejado de los ataques de las flotas piratas. Hesión se refiere a ella al relatar a Iván la historia de su abuelo y la princesa corsaria (Canto XV). También fue la ciudad que acogió a Autólico en la última fase de su vida, como rector de la Gran Biblioteca que construyeron los Reyes Comerciantes.

ORFÍAS

Padre de Hesión. Se reencuentra con su hijo en la Llanura de los Muertos durante la *Nekuia*, donde le juzga y, a pesar de todos sus pecados presentes y futuros, le encuentra digno de seguir siendo su hijo y de ocupar un lugar de honor en la saga familiar. Es este encuentro el que restablece el orgullo y la felicidad en el corazón de Hesión y le da fuerzas para afrontar su deber durante la Noche Cruel y la batalla contra el ejército invasor.

ORFÍADA, el
Hesión.

ORFÍADA, la

Poema épico en veintisiete cantos o rapsodias (su título original, *Orfiatiká*, indica este plural: *Cantos Orfiáticos*). Compuesto combinando el glagos y la lengua del Sur por Autólico de Sandria, tiene aproximadamente 4100 hexámetros. Pese a que versa sobre la vida del caudillo Hesión, a petición de aquel fue bautizado honrando a su padre, Orfías, contraviniendo deliberadamente la costumbre de los antiguos poetas. Después de Autólico, rapsodas errantes hicieron resonar en solemnes hexámetros algunas versiones de este poema, pero la suya es la más completa versión de los hechos y la que mejor refleja el carácter ambiguo de los personajes, a veces héroes, a veces villanos, tratando de desposeerlos de la aureola mítica de otros ídolos clásicos. En las largas páginas de este poema, Autólico parece atrapado en una monodía desconsolada en la que la suerte de sus coetáneos es menos apremiante que el apocalipsis de sufrimiento y desintegración política en que se sumerge el Gran Reino, verdadero protagonista de la historia. Más que una gesta de héroes y princesas, parece una alegoría del funesto destino que le aguarda a la Humanidad si el proceder de los poderosos se sigue adecuando solo a sus caprichos y a sus intereses personales, en lugar del bien del pueblo al que representan.

OSKOVA

Ciudad situada en el Suroeste lejano del Gran Reino, colindante con el Kanato de Al-Dhabbla. Hacia esta ciudad envió la princesa Cordelia a Hesión cuando deseaba alejarlo lo máximo posible de las actividades de Yaroslav en el Urianhai. Poco se sabe sobre Oskova, salvo que era la ciudad menos heucanita y más semejante a otras culturas del Gran Reino. De hecho, se decía que la mayoría de sus edificios no eran de piedra o adobe, sino que eran bellas torres de papel en forma de pagodas, pintadas de vivos colores, reforzadas con madera y mimbre.

OXANA

Suma sacerdotisa del templo de Sikandar, antigua maestra de Eithne y elegida de la Diosa Madre. Desaconsejó a Yaroslav que portara en la guerra la espada *Forjadereyes*, pues era una prerrogativa del rey que tenía muchas implicaciones de cara al populacho. Ella no sabía que la espada se encontraba en ese momento en poder de Hesión. También fue la única persona que se interpuso en los planes de la princesa Cordelia de escapar de la ciudad durante la Noche Cruel.

PASO DE ADRAT

Paso entre montañas que devenía en el método más seguro de cruzar de Este a Oeste la cordillera del Urianhai, a la altura del País de las Riadas, sobre todo para grandes contingentes de tropas o para las grandes caravanas comerciales que provenían de la estepa. Este paso era defendido por la guarnición de Svalensko. Era el paso que debía de haber cruzado Hesión con el Ejército de las Seis Lunas en su viaje a Oskova, pero que al final no cruzó cuando cambió su rumbo y se dirigió hacia Andurov.

PETRUSK

Cañada de Andurov, excavada por el riachuelo Dhar y su cascada con la ayuda de otras corrientes freáticas, que ascendían a la superficie espumando en los desfiladeros.

PLENTO

Nombre arcaico adjudicado por los norteños a la región de Yakra. Cayó en desuso después de la Gran Guerra de Arkadi.

PÓLUX

Hijo del rey Arkadi, traidor a su patria, que junto a su hermano Lupendo invadió la ciudad de Nargrevo.

PRÉVOR

Sojorv (especie de alcalde o corregidor) del pueblo de DimaLicana. Hace oídos sordos a la persecución de los gedneis al comienzo de la guerra.

PROZDES

Ingenieros del rey. En tiempos de paz se encargaban de ejecutar las obras civiles y de infraestructuras. En tiempo de guerra emplazaban las catapultas, abrían las zanjas en el terreno y tenían potestad para mover la sagrada Esfinge de Sikandar, clausura definitiva de la ciudad.

PULEV

Legado de la Odhuria, hombre de confianza de la Corte que acompañaba al ejército de Hesión como ministro y consejero.

El papel de estos ministros (sluzhilie lyudi, u «hombres de servicio») estaba justificado por su Carta de Vasallaje, y servían tanto como enlace entre

la clase gobernante y la militar, como de espías para los primeros y fuente de recelo para los segundos. Creían en el origen divino del poder que detentaban y en su deber de preservar la ortodoxia. Esto se reforzaba mediante su observación de las reglas de la política como si de dogmas religiosos se tratasen, con sus rituales, sus observancias tradicionales y su postura francamente hostil ante nuevas olas de pensamiento.

QARYAT AFIF

Capitán yunk de afamado linaje. Fue el primer soldado del Kan en llegar hasta la muralla durante el asedio de Sikandar, y se encargó de comandar a los zapadores que manejaban el ariete en su intento de derribar el gran portón de madera.

QULDOV

Heraldo de los odhuri que acompañó a Yaroslav en su adelantada partida hacia Svalensko.

RANDRAGOR

Ciudad maderera situada en la ribera del río Mitagos. Después de la guerra, se convirtió en uno de los primeros enclaves en respetar el pacto sellado entre los Kanatos y los heucanitas de compartir los cauces fluviales para dar salida a las flotas de alta mar.

REGMOS, pergaminos de

Conjunto de incunables que marcan, para el Gran Reino, el paso de la era prehistórica y salvaje de las estepas, a la primera organización de tipo burocrático-militar que dio origen al país. Aunque su texto, interpretado a raíz de una antiquísima traducción de escritura cuneiforme sobre arcilla, defendía la figura del monarca como único punto de contacto entre los Dioses y los hombres, fue tergiversado una y otra vez tras el magnicidio de Maximilian hasta que pareció respaldar de manera ilógica los derechos de los gosti.

REN METH

Maestro de arquitectos en tiempos del rey Arkadi. Fue quien tuvo la idea de la Esfinge Alada para sellar de manera definitiva el acceso a Sikandar en caso de un asedio muy prolongado, y quien ingenió su novedoso sistema de desplazamiento sobre canales. Fue un hombre muy respetado en su época,

tanto que entre las cúpulas intelectuales se decía que el rostro de la Esfinge, que por decreto debía estar esculpido a imagen y semejanza de algún Dios, guardaba un parecido más que razonable con el del propio arquitecto.

REXÉNOR

Rey Comerciante de la Hélade emparentado con la dinastía mítica de Ciro. Fue quien tuvo la idea de convocar a Autólico e invitarlo a vivir en Orestes para que se hiciera cargo de la construcción y la posterior administración de la Gran Biblioteca. Dicen los historiadores que Rexénor conoció al poeta a través de uno de sus poemas, posiblemente *La quinta cabeza de la Hidra* o uno anterior, que llegaría hasta su país en la bodega de algún barco y que dejó maravillado al monarca. De dónde salió este manuscrito y quién lo llevó a la Hélade ha sido objeto de mucha elucubración durante los siglos posteriores.

RINIA

Extraño ser, mezcla de mujer y súcubo (posiblemente una Baba-Yaga; véase *La emperatriz de los gitanos*, en Apéndice B) con el que se tropiezan Autólico y sus dos acompañantes, Iósif y Kuzmin, durante su viaje hacia Bolshaia.

RIVHAR

Comunión suprema entre una sacerdotisa de la Diosa Madre y el Alma, la magia derivada del culto que había resultado casi extinguida en la anterior edad de los hombres. Muy pocas sacerdotisas conseguían descubrir el secreto del Rivhar, e incluso para las madres superiores y los miembros más veteranos de la Orden este no era más que un mito. Eithne lo consiguió en la cima de las Montañas Brunas, como culminación de un ritual que casi acaba con su vida pero que, a la postre, resultó decisivo para la salvación de Svalensko.

ROURILA

En la mitología del Gran Reino, emperatriz de las hadas que fue depuesta de su trono por dejarse seducir por un conquistador del mundo de los hombres. Aparece retratada en uno de los frescos (un palimpsesto, como descubrió Iósif) de la Biblioteca de Sikandar.

RUSH

De las tres etnias principales que habitan el Gran Reino, la de los rush era la más antigua y la que menos extendida se encontraba en tiempos de Autólico. Los rush no forman una única raza con características físicas definidas (aunque se los tiende a representar como de menor estatura que los heucanitas, pálidos hasta el extremo del albinismo y, curiosamente y en contraste con lo anterior, de ojos castaños o negros en su mayoría) sino que son una amalgama de las razas que habitaban las grandes llanuras mucho antes de la llegada de los heucanitas. Son los pueblos paleolíticos del continente, muy diezmados ya en los tiempos del Segundo Origen, y con rasgos culturales prehistóricos presentes (aunque muy sublimados) en su modo de vida. Uno de los subgrupos de los rush son los slavs —tribus comedoras de carne que habitaban la cordillera del Urianhai—, tal vez la rama con mayor diferenciación interna, aunque no tanta como para constituir un grupo propio. La familia de Eithne posee sangre rush casi pura, de ahí el nombre de la princesa, derivado de un sistema lingüístico distinto del conjunto slav de los heucanitas. Eithne, por el contrario, tenía los ojos verdes, aunque su pelo sí que era muy oscuro y lacio.

SALA DE TERCIOPELO

Salón de reuniones de Estado en el palacio del rey Maximilian. En su decoración no había presencia de terciopelo, sedas o tapices de ninguna clase (es más, sus muros eran rotundos y ásperos, muy agresivos), pero la llamaban así porque en su interior el lenguaje y las formas usadas por los dignatarios tenían que ser muy suaves. No se permitían insultos ni salidas de tono dentro de aquellos muros, y el pundonor debía ser observado por encima de cualquier otra circunstancia. También fue utilizada en algunas ocasiones muy concretas como salón de fiestas.

SANDRIA

Región de la Hélade cercana a Orestes, famosa por ser la cuna del gran poeta Autólico. Regida por uno de los famosos Reyes Comerciantes que extendieron su dominio por todo el continente, fue un país con una historia violenta y convulsa, que provocó la emigración de muchas familias al Gran Reino, pero a su vez constituyó la fuente de muchos de los grandes mitos que nos han sido legados a través de la obra de poetas como el propio Autólico, y sus reputados contemporáneos.

SÁTRAPAS

Clanes dedicados al bandidaje que asolaron el País de las Riadas de Svalensko y sus aledaños en tiempos de la dinastía Ungmer, predecesores de Vóronez en calidad de vaivodas. Vóronez hace referencia a ellos durante el asedio de Svalensko por las huestes del glorioso Ilofonte.

SEGUNDO ORIGEN

Apelativo que designa al periodo histórico inmediatamente posterior a la Gran Guerra que devastó el Reino. Su año cero marca el comienzo del nuevo calendario (C. M. o Calendario de la Meseta), y coincide con la ascensión al poder de la familia del rey Maximilian, justo tras la desaparición de los últimos Iluminados.

SÉMELE

Región de la Hélade que fue cuna del cónsul Acrisio, enviado por Rexénor para convencer a Autólico de que volviera a su tierra natal.

SENUHÉ

Advocación bajo la cual veneraba a una versión primigenia del dios Volos la raza bárbara de los jotuns.

SEYBI

Tributario del Skrov.

SHIN

Pueblo nómada de leñadores que talaba quejigos y otros árboles para proveer de materia prima a los madereros del Mitagos.

SIDÓN

También llamada Bolyograv, es una importante ciudad minera del Oeste del Gran Reino, de la cual procedía el mejor metal del país, con el que se fabricaban las mejores armas. Los antepasados del comandante Nabarza nacieron aquí, aunque se trasladaron a Dima-Licana una generación antes de que él naciera.

SIKANDAR, ciudad santuario de los reyes

Capital del Gran Reino durante el reinado del rey Maximilian II y los siglos posteriores. La historia de su fundación se pierde en la noche de los tiempos,

pero se la considera alcázar y bastión militar desde que el abuelo de Maximilian, el rey Arkadi, la rodeó con un muro de siete millas de longitud. Con la anexión final de los Kanatos, realizada pacíficamente tras varios siglos de negociaciones y disputas, la capitalidad del reino se trasladó al Sur, a las ciudades construidas cerca del mar, muchísimo después de la era de Maximilian.

SKROV

Río sagrado cuyas aguas cristalinas nacen en las montañas cercanas a Arkángel. Su curso pasa cerca de la cumbre de Vorolk.

SLOGONTSI

Enclave de caravanas y pequeña ciudad comercial sita al Suroeste de Sikandar. En tiempos de paz con los Kanatos, este enclave era un lugar del que partían las grandes caravanas hacia el Sur, con toda la prosperidad que ello acarrea, pero en tiempo de guerra abastecía solo a las ciudades periféricas del Urianhai. El enclave, en estos casos, veía mermada su población en casi un sesenta por ciento.

SOROKIN

Consejero del rey y hombre «rico en ardidés», como lo describe Autólico. Su presencia se deja sentir muy brevemente en esta obra, como si el poeta lo relegase a asuntos mundanos que poco tienen que ver con la cruenta guerra que se relata, pero sabemos que su influencia en las artes y en la economía del Gran Reino fue grande. Autólico no revela qué suerte corrió Sorokin tras el asedio de Sikandar, pero por otros textos paralelos podemos afirmar que sobrevivió al sitio, y que fue uno de los artífices de la reconstrucción de la ciudad.

SUMOTAI

Dios vivo del legendario país de Altai. Vóronez les cuenta su historia a Hesión y al legado Pulev (de hecho, afirma haberle conocido en persona) en el primer encuentro que los tres mantienen en Svalensko.

SVALENSKO, fortaleza

Ciudad fortificada sita a doscientas millas al Noroeste de la capital del Gran Reino, disputada encarnecidamente durante años a los bárbaros norteños y a

los Kanatos. Jamás fue invadida por ejército alguno debido a su singular emplazamiento:

Svalensko fue edificada sobre una planicie que se inundaba por riadas de agua procedentes del deshielo de las montañas. Esto garantizaba que ningún ejército pudiera sobrevivir a un asedio prolongado de la ciudad. Además, el suelo reblandecido impedía el paso de maquinaria pesada de asedio, como torres, catapultas o balistas.

Según la leyenda, la isla de Ferineia, única elevación pedregosa del terreno, fue el lugar donde aparecieron las sirenas que tentaron al héroe Glaoxun en su búsqueda de la fuente de la eterna juventud.

TABARDO DE DRAGÓN

Mote con el que, en su juventud, el comandante Nabarza trató inútilmente de impresionar a la joven princesa Eithne para ganarse sus favores.

TALÍA

Niña bruja de los jotuns. Su nombre auténtico era Gundara. Fue la primera en aportar pistas a Eithne sobre el posible paradero del templo perdido de la Diosa, y también la primera en ser avisada por los Dioses (a través de la osteomancia) sobre la terrible y sangrienta persecución a la que las etnias minoritarias del Gran Reino estaban a punto de ser sometidas.

THALEP

Siervo personal de Autólico durante la etapa de su vida que pasó en Orestes, como rector de la Gran Biblioteca. Era analfabeto, lo que constituía un motivo de vergüenza para su culto amo.

TOLOMIUS

Senescal de Svalensko, a las órdenes del vaivoda Vóronez como hombre de paja, más que como consejero o depositario de un poder real. Era un hombre de avanzada edad que se resistía a abandonar su cargo, pese a que la senectud ya hacía mella en sus facultades, y que sabía perfectamente cuál era su lugar en el esquema de mando.

TRIGAS

Río sagrado que nace en los altos del Yenisai y serpentea por las estepas hasta alcanzar Sikandar, la capital del Gran Reino, para proseguir después hacia el

mar. Con sus 4300 millas de recorrido, es uno de los cauces de agua más largos de este país, y por ende del mundo conocido. Uno de sus tributarios es el también navegable Umilinan.

TURNAK

Segundo comandante del Neletíada Kamás. Murió en la Batalla de Todo Hombre Vivo cuando una saeta yunk le perforó el casco.

UDSKII

Ciudad situada al Noroeste de Sikandar, sobre una meseta más baja que la central pero también más plana. Era un lugar de aprovisionamiento para las compañías que viajaban o bien entre Sikandar y Svalensko, o bien hacia el Norte, a la taiga desierta.

UFA

Región del Gran Reino situada al Oeste de la cordillera del Urianhai. También conocida como «la arenosa», debido a una singular característica de su terreno que lo asemeja con un desierto de arena blanca.

ULOV, DMITRI

Archigeneral de los batallones de lanceros de Sikandar. Se enfrenta a Yaroslav en la reunión estratégica del Estado Mayor, unas horas antes de la asamblea ante Magnus. Como miembro de la cúpula militar, tendrá un importante papel en esa asamblea. Según los parafrases de Autólico, su enfrentamiento con Yaroslav fue mucho más cruento que lo relatado en el poema, pero todos coinciden en que alargar la descripción de este hecho habría sido redundante (por más que circulen algunas versiones apócrifas de *La Orfíada* donde sí se detalla).

UMILINAN

Tributario del río Trigás, situado en la frontera con el Kanato de Sen-Hang. En sus orillas se levantaba la ciudad de Yakra. La anchura y navegabilidad de este río lo convertía en un tesoro muy apetecible para los norteños, motivo por el cual invadieron Yakra.

UNGMER, casa de

Casa señorial que precedió a la familia de Vóronez en el control de Svalensko. También fueron los constructores de la fortaleza, y lo dejaron patente en las enormes estatuas que flanqueaban el acceso al castillo. Las estatuas representaban a Ilmo de Ungmer, a la derecha, el patriarca de la familia, y a su sobrino Ejnathon, al que apodaron el Tuerzo, a la izquierda, pues se ganó con méritos el ser inmortalizado en granito cuando consiguió el dinero para acabar las obras gracias a sus dotes como negociador. El emblema de la casa de Ungmer era un acebedo serpenteando en dos hileras contra un fondo añil, sobre el que despuntaban las fases de la Luna.

URHUS

Dios de las profundidades del manto terrestre. Tenía potestad sobre los minerales y las raíces de las plantas, en tanto estas entraban para alimentarse en su territorio. Las piedras y minerales preciosos eran considerados un regalo de Urhus a las criaturas que habitaban los niveles superiores del mundo, e incluso se creía (en algunas versiones del mito) que las gemas eran el trabajo de los espíritus de los muertos, que una vez ingresaban en el Inframundo eran obligados a trabajar para esculpir la belleza de las rocas.

URIANHAI

Cordillera occidental del Gran Reino, más corta en longitud que su gemela del Yenisai, pero con picos más altos en su tramo central. La mayor montaña del mundo conocido se encuentra aquí: es el Áquilus (de cuyo nombre tomó el suyo el emblema de la familia de los Heucanos), que se eleva como un gigante en el límite de la penillanura, y roza los ocho mil metros. Es en el Urianhai donde se encuentran también los valles de Andurov, pueblo adoptivo de Hesión, el País de las Riadas de Svalensko, y en su extremo Sur la antigua nación de Altai, anexionada por los Kanatos de Crimea.

URVISA, capitán

Militar del ejército norteño, cabecilla de los leitos del Sur.

USTRANIANOS

Segunda etnia en importancia de las que habitaban el Gran Reino en tiempos de Autólico. En realidad se trataba de un conjunto de emigrantes llegados hacía varias generaciones tanto de los Kanatos como de la Hélade, que echaron raíces en el continente y se mezclaron con las otras dos etnias

presentes, la heucanita y la rush, para dar lugar a un tercer grupo humano con características físicas y culturales mezcladas. Eran tan altos como los heucanitas pero más morenos de piel y más fornidos. Dado su mestizaje poseían rasgos culturales y religiosos tanto del Norte como del Sur, y con el tiempo (muchos siglos después de Autólico) acabarían siendo la raza predominante en la estepa, por encima incluso de los heucanitas. Hesión y su familia pertenecen a este grupo étnico.

UWE MERLK

Pareja sentimental de Dasha, la prima de Nabarza. Un campesino un tanto corto de luces que rivalizaba con aquel por obtener los favores de su prima.

VAHSNILY JRUS

Teniente de la Guardia del Águila, un apuesto joven oriundo de Travia a quien la princesa Cordelia escogió como uno de sus muchos amantes la noche posterior a la llegada de los campeones de Yakra. Huelga decir que, después de esa noche, corrió la misma suerte que el resto de los desdichados que compartieron cama con la princesa, pues su cuerpo fue hallado flotando en el río por unos campesinos, varios días después, cubierto de llagas y casi irreconocible.

VALNIUS Indomerim (Forjadereyes)

También conocida por el sobrenombre de *Forjadereyes*, esta sagrada hoja perteneció a la familia de Maximilian durante generaciones. Estaba escrito que el monarca la portaría en el momento de mayor desesperación de su reino, y así fue. O eso creyó el populacho. En realidad fue Hesión quien la blandió en la batalla final contra los Kanes, ataviado con la armadura de Maximilian, y le dio además otro uso más siniestro: fue el instrumento que empleó para cometer su magnicidio.

VARUL

Nombre de una de las familias que habitaban en Dima-Licana cuando comenzó la crisis de los gedneis. Eran rivales en muchos aspectos de la familia de Nabarza, y fueron de los primeros en acusarles de sedición cuando el pueblo quedó abandonado.

VASIR

Criaturas mágicas que, según el folclore popular, poblaban los bosques del Urianhai. Tenían cuerpo de animal y pezuñas de fuego, y aunque eran muy difíciles de ver, no eran inmortales, por lo que los tramperos muy de vez en cuando las cazaban.

VIKJONSTAD (también vaikjonstad)

Antigua lengua que hablaba el pueblo jotun, y que no tenía forma escrita. Algunos sonidos, sin embargo, podían ser representados gráficamente en liturgia como características asociadas a símbolos religiosos, o como canciones.

VILSHNIA

Guarnición permanente de aliaros situada en las proximidades de Dima-Licana.

VOLG

Río que une la cordillera del Urianhai con el mar del Sur, salida marítima hacia la Hélade, por el cual descendió la comitiva de Autólico en su viaje a la lejana Orestes. Este río atraviesa las regiones de los Kanatos antiguamente conocidas como Altai, una nación mítica de la que el vaivoda Vóronez habla a Hesión en su primer encuentro (véase *Altai*).

VOLOS

Dios de los rebaños y la agricultura. También se lo veneraba bajo otros nombres, como Senuhé, uno de sus apelativos más arcaicos y empleado sobre todo por las tribus jotuns.

VÓRONEZ, vaivoda

Regente al cargo de la ciudad fortificada de Svalensko durante su asedio por Ilofonte. Fue asesinado por Iván Etheldred en venganza por haber ordenado a sus tropas quemar el pueblo natal de Hesión, siguiendo la política de limpieza étnica decretada por la princesa Cordelia. El emblema de su familia era un crisantemo al que se le habían serrado los bordes de las hojas para que parecieran espadas, plantado en una maceta que semejaba una corona de oro y granate. Como vaivoda de Svalensko, y siguiendo la tradición de la familia Ungmer que le precedió, sus símbolos de poder eran un báculo quirinal, una rica trábea y una rodela embrazada al lado izquierdo del cuerpo. Sacrificó a su

propia hija, Escia, para tratar de matar a Hesión. Su espíritu doliente se reencuentra con el Héroe durante la *Nekuia*, y entonces le suplica que le perdone. Hesión se niega.

VREIKOS, gosti

Representante de los terratenientes que administraban las tierras gobernadas por el vaivoda Vóronez.

YAKRA

Puerto fluvial perteneciente al Kanato de Sen-Hang, en las orillas del río Umilinan, un tributario del Trigas. Fue destruido por Yaroslav según órdenes del rey Maximilian. Cuentan los testigos que la crueldad del carnicero de Ausgren no conoció límites, pues no solo saqueó templos y haciendas, sino que pasó a cuchillo a todos los varones y abrió el vientre de las embarazadas para arrojar a la siguiente generación a la hoguera. Las atrocidades cometidas en Yakra son un punto de inflexión en *La Orfíada*, pues por un lado señalan el comienzo de la extrema rivalidad entre Hesión y Yaroslav, y por otro son el detonante de la invasión del Gran Reino por parte de los Kanatos.

YAKUSKA

Región del Gran Reino situada al Oeste de la cordillera del Urianhai, hermana geográfica y de nombre de la arenosa Ufa.

YAL

Río que discurre serpenteando por los bosques de coníferas situados al Este de Sikandar. Se dice que en sus riberas habitaba una extraña raza de hombres que tenía el cuerpo totalmente recubierto de pelo, como si fueran simios inteligentes, y que adoraba a una enigmática deidad primigenia que (según algunos historiadores) tiene un amasijo de tentáculos en lugar de cabeza y no pertenece a este universo.

YAROSLAV, gran capitán

Caudillo norteño. Fue uno de los mayores héroes con los que contó el Gran Reino en la guerra contra los Kanatos. Se decía que estaba emparentado lejanamente con la familia del rey Maximilian, aunque tales lazos nunca pudieron ser demostrados. De carácter impulsivo y beligerante, fue un líder más efectivo en la batalla que su rival Hesión, capaz de arrastrar a los

hombres a realizar hazañas tan peligrosas como admirables, pero carecía de la inteligencia y la cautela de aquel. Su principal rasgo de carácter se apoyaba en la posesión de una bula de perdón, concedida por las máximas autoridades religiosas tras salvar las vidas de muchos de ellos, que le garantizaba el perdón de los Dioses hiciera lo que hiciera en este mundo. Amparándose en su bula, Yaroslav fue el ejecutor de las mayores masacres (ordenadas a la postre por Cordelia y los gosti que la apoyaban) que sufrió el Gran Reino antes de su caída. Uno de sus apodos era «el carnicero de Ausgren», pues esta fue la ciudad donde nació.

YEFIM

Veterano del Ejército de las Seis Lunas, reconocible por la cicatriz (recuerdo de una batalla librada en su época de infante) que le atravesaba la cara a la altura del ojo derecho. Cayó durante el asedio de Svalensko, derribado por una jabalina que se le acercó por su lado ciego.

YENISAI

Cordillera oriental del Gran Reino, la más extensa del país, que atraviesa la franja de la llanura uniendo zonas que pueden variar desde los -60° C en invierno hasta los 40° C en verano. Es el mayor intervalo de temperaturas del mundo.

YIAN-SUN

Conjunto de Ciudades-Estado del extremo oriental del continente, casi todas costeras. Se hicieron famosas por su destreza en la construcción de barcos veloces y de poco calado.

YULIA

Hija menor del rey Maximilian. Todavía era un bebé cuando aconteció la Noche Cruel. Curiosamente, fue la única a la que respetó Hesión, perdonándole la vida. Durante años se rumoreó que un sirviente muy cercano a los niños (puede que la misma Bogdana) la salvó sacándola del palacio mediante un pasaje secreto, se mezcló con ella entre el vulgo y nunca más se las volvió a ver. ¿Consiguió Yulia convertirse en una mujer adulta? ¿Le habría revelado el aya en alguna ocasión el secreto de su origen? No se conoce el desenlace de tal historia, pero la leyenda de que podría haber sobrevivido incluso a la muerte de Hesión caló muy hondo entre los aedos, que la reflejaron en innumerables canciones.

YUNK (S)

Tropas de élite del Ejército Negro del Gran Kan. Por comodidad, algunos militares norteños empleaban este término para referirse a todo el ejército sureño, pero es un error.

YURI

Padre de Ivania, el palafrenero de la Casa de Orfías.

YURI WESCHENJKO

Príncipe de los oslupes, guerreros entrenados desde niños en el uso de la lanza. En *La Orfíada* es uno de los pocos guerreros que no luce la barba de prestigio, aparte de Hesión, aunque en el caso de Yuri es porque su padre había sido castigado a no pagar el tributo que le garantizaba este derecho. La condena había saltado una generación, y tanto Yuri como sus hermanos se avergonzarían de su rostro lampiño hasta que pudieran saldar la deuda que contrajo su progenitor. Hesión no llevaba barba por capricho, y porque Eithne le consideraba así más atractivo, sin importarle lo que dijeran los demás nobles de él... lo cual dice mucho de su carácter contestatario y desafiante a las reglas de su país.

ZEMSKI SOBOR

Literalmente, «asamblea de la tierra». Con este nombre tan próximo a los intereses de la plebe se constituyó, tras la caída del régimen, un gobierno de intereses poco claros formado por los terratenientes que no habían sucumbido a la furia de Hesión ni a las intrigas políticas de Cordelia. Controló los destinos del país durante la siguiente década, hasta que la construcción del sepulcro de Hesión en la capital permitió a sus supuestos descendientes, los Ercolitas, fundar una dinastía. Autólico jamás estuvo de acuerdo con los imprecisos lazos de sangre que unían a los miembros de esta familia con la del Héroe, negándose a certificarlos, pero juzgó más apropiado permanecer en silencio sobre este asunto que enfrentarse a una muerte prematura (véase *Hesión*).

ZERV

Pequeño pueblo de pescadores de río situado en las fuentes del Niklos. Poseía también un mercado donde se vendía gramínea y otros productos. Es donde Nabarza conoce a Autólico, y le aconseja que contrate los servicios del barco de Kysmir en lugar de los de un peligroso pirata de río.

ZHOLD

Anillo singular que la princesa Cordelia heredó de su madre. Era un círculo de oro blanco con una gema engastada, bajo la cual había un diminuto espacio hueco. En él la princesa solía guardar una dosis de veneno muy potente. Fue con este anillo, y mediada la intervención de Nizni, como eliminó a su hermano Azov en su carrera hacia la regencia.

ZINENKO de Travia

Héroe de la batalla de Sikandar. Su nombre coincidía con el del protagonista de una balada de las tierras altas, del cual se declaraba sucesor.

ZLEDI

Constelación visible desde cualquier parte del Gran Reino y los Kanatos. Es la única a la cual no baña el océano en ningún momento del año (véase *La constelación de la flecha dorada*, en Apéndice B, para más detalles sobre la leyenda aparejada a este rutilante grupo de estrellas).

APÉNDICE B

Mitos y leyendas

En lo tocante a la mitología del Gran Reino, y al acervo cultural que comparten los que vivieron en él durante los años del Segundo Origen, ha de aclararse que aunque sus historias estaban prohibidas en liturgia y en los libros, la tradición oral se encargó de mantenerlas vivas hasta el tiempo en que fueron recogidas por los cronistas. Dado que muchos de los personajes centrales del relato son emigrantes de las tierras del Sur, su folclore es una mezcla de la tradición de ambos países.

A continuación aparece resumido el corpus de leyendas al que los personajes de *La Orfiada* hacen referencia durante el poema:

La ballena Ypsis o la isla del fin del mundo (véase *Autólico*, en Apéndice A): Allá por los comienzos del mundo, en el año -12 000 C. M., cuando el hechizo del Principio aún era fuerte, un héroe hijo de reyes, el bravo Yurinom, recibió el encargo de conseguir una flor que solo crecía en el confín del océano. Esa flor tenía propiedades curativas y era lo único que podía salvar a su madre, la convaleciente Nuptis, a la que los sabios habían augurado solo seis semanas de vida. Armándose de valor, Yurinom reunió una tripulación y botó un barco, el *Ereptes*, con el que a porfía barrieron la mar. No tardó en encontrar la isla, pero esta resultó ser un malvado cetáceo llamado Ypsis. El animal estaba cubierto por una costra de tierra y coral que lo hacía parecer una isla, y en su piel crecía la hermosa flor. Negándose a venderla o a regalarla, la ballena trató de hacer un trato con Yurinom: le dejaría arrancar un brote por cada hombre de su tripulación que él sacrificase, ofreciéndoselo para mitigar su hambre. Yurinom se negó, indignado, pero aun así la ballena se cobró su precio, y diez tripulantes fueron devorados antes de que el barco lograra alejarse lo suficiente. El héroe sabía que se le estaba

acabando el tiempo, y que sus arpones jamás atravesarían el blindaje de coral que protegía a la ballena, así que actuó con astucia: mandó pescar cientos de calamares y con su tinta pintó de negro su barco. A continuación, arrancó una de las velas y la llevó arrastrando como una red sobre las olas, cosida con miles de pequeñas perlas que eran las ventosas de los calamares, secadas al sol. Ypsis creyó que se trataba de un banco de plancton y siguió al *Ereptes* hasta una isla cercana, donde vivía la Hidra, un monstruo legendario. La Hidra divisó a la ballena y la devoró, pero Yurinom pudo robarle un brote escalando por su piel. Así, logró regresar a su casa a tiempo de curar a su madre. Según el poema *Tritogenia*, Autólico aconsejó a la dama Eithne y a sus cinco hijas que construyeran una balsa con los huesos de la ballena Ypsis para escapar de la isla de la Hidra, en su viaje hacia el lejano Este.

La constelación de las cimitarras de plata (véase *Ejército de las Seis Lunas*, en Apéndice A): Las tribus arcaicas que habitaron las tierras del Sur del Gran Reino, al menos las que estaban situadas más allá del brazo de mar que lo separaba del otro continente, desarrollaron su civilización mucho antes que sus primos del Norte. De hecho, muchos historiadores coinciden en que la compleja religión del Gran Reino muestra «excesivas» coincidencias con los mitos ancestrales de sus primos de la Hélade. Uno de estos mitos habla de una tríada de dioses llamados Enlik, Rammu y Hafrash, que se repartían los dominios del cielo, la tierra y el mar. A Rammu se le representaba como un ente mezcla de ave y tigre de seis patas, encargado de agrupar las estrellas en símbolos mágicos que influenciaran el destino de las cosas, por lo que asumió el patronazgo de astrólogos y estudiosos del firmamento. Se cuenta que, un día, Rammu se encontraba demasiado enfermo como para realizar su labor, por lo que habló con su hermano Hafrash y le pidió que repartiera él los astros. Rammu le devolvería el favor encargándose de domar los mares durante veinticuatro horas, una vez estuviera sano. Hafrash no solo ejecutó el trabajo que le encargó su hermano, sino que fue más allá: llevó los símbolos de los océanos al cielo, dibujando esquemas místicos pertenecientes a las aguas entre las estrellas. Uno de estos esquemas era «el calamar de espadas», antiguo icono de los navegantes que les traía suerte a la hora de atravesar las tormentas y los ciclones. Dibujado en el mar, era un calamar de seis brazos con una cabeza plateada, bañado en su propia tinta. Expresado en cuerpos celestes, vino a ser la conjunción de seis medias lunas que se arracimaban en un punto común, con un núcleo plateado y un fondo de nocturna oscuridad.

Al descubrir esa nueva constelación, algunas tribus de pescadores interpretaron en ella un buen augurio y fundaron su ciudad (la que con el tiempo se llamaría Orestes en honor a su fundador, Ory el-Tesh, nombre parlante que significa «navegante de los fiordos púrpuras») en la misma cala donde en ese momento fondeaban. Se cuenta que allí, enterrada en la arena, los pescadores hallaron una estatuilla de coral que representaba a una ninfa acuática con un cabello que volaba en ondas líquidas y aureolaba sus expresivos ojos de amatista. Esa fue la señal definitiva que los convenció para dar el gran paso de la fundación de la ciudad. Cuando Rammu se recuperó de su enfermedad y vio lo que su hermano había hecho, le reprendió, colérico, y borró esas constelaciones de la bóveda celeste, pues las cosas del mar no podían mezclarse con las del cielo, a menos que tal mezcla ocurriera en el Horizonte (punto de contacto entre ambos Reinos). Sin embargo, la visión de aquellas lunas entrecruzadas jamás se borró de la memoria de los marinos, que todavía hoy la honran en sus liturgias.

Los árboles de plata (véase *Jilfhur*, en Apéndice A): En los albores del tiempo, cuando los hombres descubrieron que con sus herramientas de metal podían herir con facilidad la piel de la tierra y extraer sus tesoros, vivió un cantero llamado Nok. Tenía diecinueve hijos y habitaba en una cueva que él mismo había excavado en la ladera de una montaña. Nok era el favorito del dios Urhus, señor de las profundidades de la tierra y de todo cuanto expulsaban los volcanes. De niño le había visitado disfrazado de topo, y le enseñó el arte de cavar con sus propias manos en la arena para hacer agujeros. Cuando creció, Nok aprendió por sí mismo a fabricarse herramientas y a encontrar vetas de minerales preciosos. Sus hijos también aprendieron su oficio, y pronto su fama trascendió las fronteras de su patria para llegar a todos los confines del mundo. Sin embargo, el ser humano es codicioso por naturaleza, y habiendo oído hablar de una familia que podía excavar la roca y encontrar con precisión el metal, tiranos de territorios distantes acudieron a su casa para llevárselo por la fuerza. Nok comprendió que la única forma de no provocar guerras era desapareciendo, así que un buen día cavó un agujero más profundo de lo que había hecho nunca, y desapareció. Nadie le volvió a ver. Paulatinamente, conforme pasaban las décadas, el arte de Nok se fue perdiendo, e incluso su familia dejó de tener pericia en la minería. Por este motivo, según se cuenta, hay bosques como el de *Jilfhur* que dan hojas de color plateado, pues de esta forma ayuda Nok a sus descendientes a obtener

con mayor facilidad su más preciado tesoro, diluido en forma de delgadas capas que bañan las hojas. Solo la familia de Nok sabe cómo extraer la plata de la hoja y darle aspecto de mineral.

La ninfa Ove y el guerrero herido (véase *Nabarza*, en Apéndice A): Un duque llamado Nobrol se enamoró de la diosa acuática Amisia, la de profundo seno, a la que espió mientras hacía sus abluciones en la linde del río. La perfección de su desnudez lo encandiló, pero cuando trató de acercarse a ella la Diosa lo confundió con un animal salvaje y le disparó una flecha, hiriéndolo de muerte. El duque no le guardó rencor, hasta tal punto que mientras convalecía en su castillo, ordenó construir veinte molinos de agua a lo largo del curso de la corriente, todos adornados con la efigie de Amisia, para que ella supiera que él estaba vivo y que la amaba. Sin embargo, ella no volvió a visitar las riberas de aquel río. Años después, sus descendientes directos retomarían ese amor y lograrían consumarlo: la ninfa Ove, hija de Amisia y un fauno, recorría las aguas viendo saltar a los salmones cuando un cuerpo cayó en el río, espantando a los peces. Ove se llevó un buen susto, y a punto estuvo de huir ella también, pero algo sucedió. La ninfa confundió la mancha de sangre que el guerrero herido derramó en el agua con los rayos del Sol poniente, y al ir a tocarlos se infectó con su inmundicia. Una ninfa no puede tocar la sangre de los humanos sin perder su condición preternatural, así que Ove se convirtió en una humana, sacó al guerrero del río y curó sus heridas, para que le explicase qué había ocurrido. El hombre, que no era sino el hijo mayor de Nobrol, el duque Serey, se enamoró de ella nada más verla. Ove accedió a casarse con él y ambos vivieron una vida larga y feliz, aunque nunca más se acercaron al río.

La leyenda de la Jaula de Oro (Canto I): En un país de los confines occidentales del Reino tiempo ha que vivía una princesa llamada Moa, hija de un rey obsesionado con la música y el canto de las aves. Moa había crecido en un esplendoroso palacio donde todo estaba pensado para producir música, desde el tintineo de las copas durante las comidas, al flujo de los arroyos cercanos, redirigido mediante acequias para que fuera armónico y cadencioso. Una pléyade de jaulas de plata y marfil se extendía por todo el palacio, conteniendo ejemplares de los pájaros cantores más refinados del mundo, y se decía que cuando estaban en celo se unían en un coro tan bello que hacía

llorar a las montañas. A su sombra, los mejores aedos llegaron de todos los rincones de la Tierra y entonaron sus poemas acompañados por arpas de oro. Desde el exterior podía parecer que la vida en este lugar era maravillosa, pero solo era una luz que proyectaba sombras más largas. La obsesión por la música del rey Laztec, padre de Moa, iba mucho más allá de hacer que sus súbditos estudiaran un instrumento y fueran personas cultas, capaces de hablar de la armonía en todas sus formas. En realidad, odiaba tanto el aspecto imprevisible del mundo, el aparente caos de la naturaleza, que obligaba a sus lacayos a extraer música (de una manera que llegó a ser enfermiza) de todo lo que hicieran. Exigía que hablaran en verso, que se engalanaran con pulseras que tintineaban cuando se movían (y, desde luego, les enseñó a moverse de una forma especial para que ese tintineo fuera hermoso), e incluso llegó a un punto en el que prohibió el lenguaje hablado en sus tierras, porque sonaba demasiado áspero al oído. A partir de entonces sus lacayos se comunicaron silbando, en un código eurítmico inventado por el propio Laztec. La locura del rey músico parecía no tener fin, y quien más la sufrió fue su hija, Moa, que se crio desde la cuna con aquellas directrices vitales tan estrictas, tan obcecadas con la consecución de la belleza. Moa llegó a vivir encerrada en una jaula de oro de sesenta pies de altura, dividida en pisos, y vestía un disfraz de pájaro que llegó a hacerse indistinguible de su piel. Moa, dotada de una prodigiosa voz, dedicó su vida a componer sinfonías y aprender el uso de todos los instrumentos que sus embajadores trajeran de tierras lejanas. Se dice que fue la persona con mayor talento para la música que ha nacido jamás, y que dentro de aquella jaula compuso algunas de las melodías más bellas que ha escuchado el ser humano. Un día, un héroe extranjero, habiendo oído por boca de los aedos su triste historia, acudió para rescatarla. De ese modo pretendía ganarse el derecho a desposarla. El héroe, llamado Anfión, sorteó mil peligros y desafió la voluntad de Laztec para salvar a su hija, llegando a someterse a una serie de crueles pruebas que aquel le impuso. Anfión salió airoso de todas ellas, pero cuando llegó el momento de declararle su amor incondicional a la princesa, la muchacha se burló de él y se negó a abandonar su jaula. Tenía demasiado miedo del caos caprichoso del mundo, de lo imprevisible de sus sucesos. Anfión no tuvo más remedio que marcharse, cabizbajo, sin comprender lo que sucedía. La noche posterior a su partida, se cuenta que los sirvientes de Moa acudieron para asearla, como era su costumbre, y no hallaron por ninguna parte a la princesa. La jaula estaba cerrada con llave, pero en su interior solo quedaban las plumas de su disfraz de pájaro cantor. Jamás hallaron su cuerpo, pero descubrieron gotas de sangre

en el arpa que Moa usaba para componer. Si la leyenda es cierta, lo ocurrido fue esto: la princesa no pudo soportar el breve atisbo que se le ofreció del Amor, con toda la incertidumbre que tal sentimiento conlleva, y se suicidó convirtiéndose a sí misma en música.

Yaros de Vialdia o la guerra de las mil banderas (Canto II): Dos generaciones después de Moa, y nacido en el seno de su misma familia, vivió un príncipe llamado Yaros. Era descendiente por vía paterna de Laztec, y según los óleos había heredado sus mismos pómulos y el temprano canear de su cabello. Tiempos convulsos le tocó vivir, pues su reino se encontraba en guerra en aquellos años contra los bandidos jotuns (véase *Iván Gorviani Etheldred*, en Apéndice A). Por desgracia para la gente humilde, el reino de Vialdia había sido conquistado una generación atrás por los heucanitas, quienes prohibieron la existencia de cualquier ejército en aquella región del mundo, al que veían como una amenaza para sus intereses expansionistas. La población no tenía con qué defenderse de los jotuns, ya que las espadas habían sido convertidas en arados y los escudos en ruedas de molino. Fue Yaros el que resolvió esta situación sin faltar a su palabra de obediencia a los heucanitas. Un día en que hacía mucho viento y las banderolas flameaban con gallardía sobre las torres, el príncipe vio en ellas una posibilidad de salvación. Dos años antes se había encontrado con un anciano que vivía solo en el bosque, y que usaba largas cintas de seda para cazar, trepar a los árboles e incluso para apagar las hogueras. Este anciano, llamado Oalzov, le había contado que la seda era uno de los materiales más resistentes del mundo, pues era capaz de apresar el bronce y desafiar su filo, romper las ramas de los fresnos y provocar letales ráfagas de viento, con sus latigazos, que atontaban a los animales y les hacían perder el sentido. Yaros no le hizo demasiado caso en aquella primera reunión, pues lo consideraba un anciano loco de cuya boca solo brotaban sandeces. Pero cuando se vio en la tesitura de tener que preparar una guerra sin disponer de armas, su instinto le impelió a que buscara al viejo Oalzov. Tardó semanas en dar con su escondite, y cuando ya estaba próximo a darse por vencido (pues no hacía más que pensar en que era demasiado tarde y que el viejo ya habría muerto), su caballo cayó en una trampa de lazos de seda, preparada para osos. La sorpresa de Yaros fue mayúscula, pero no menos que la de Oalzov cuando escuchó su historia. El viejo se rio de él, arguyendo que solo los locos se enfrentarían a las espadas y las armaduras con ovillos de tela, pero el príncipe, que parecía realmente

desesperado, esgrimió este argumento: el fresno se doblega porque no espera que la tela lo desafíe. El oso cae en la trampa porque su debilidad aparente consigue engañarlo. De esta forma, incluso los ejércitos pueden desbaratarse si subestiman la fuerza de su delicado enemigo. Oalzov entendió que el príncipe había comprendido cuál era la verdadera naturaleza del Arte de la Seda (*ocalión*, según Autólico), y accedió a confiarle sus secretos. Cuando las mesnadas jotuns tropezaron con los defensores de Vialdia, se dieron cuenta de que iban desarmados, y se mofaron de ellos y de su estupidez. Lo que más les sorprendió fue que cada soldado portaba un estandarte con el blasón de su familia o, en el caso de los que no eran gentilhombres, el de su señor. Por ello esta batalla se conoció como «la guerra de las mil banderas». Cuando los jotuns atacaron, pensando que aquello iba a ser una carnicería, Yaros dio la orden: sus hombres apresaron las armas y los miembros de sus enemigos con las largas banderolas, enredaron las patas de sus bestias y les sacaron los ojos de fieros latigazos. La suerte cambió de bando muy rápidamente, y Yaros se proclamó vencedor de una de las batallas más extrañas de la historia. En los anales del Gran Reino no suele hablarse de artes marciales, pero el *ocalión* constituye una ilustre excepción a la regla.

La égloga de Aliojin, el corcel de las estrellas (Canto III): Esta leyenda del Gran Reino es inusual en tanto que no está protagonizada por un ser humano, sino por un animal. La única forma escrita que se conserva es una égloga, composición pastoral de carácter bucólico, que en realidad se centra más en describir los placeres de la vida salvaje que en los caracteres y hechos de sus protagonistas. Habitaba en la inhóspita región Noroccidental de Yakuska un hombre que había adoptado como hijos a tres caballos. Este hombre, un gigante al que los escoliastas emparentan consanguíneamente con los Eopos, se llamaba Gabrikov, y era más un ermitaño que un modelo de sociabilidad. De hecho, repudiaba a la especie humana como invasora de unas tierras que habían pertenecido a los caballos en épocas pretéritas, y él mismo, lejos de considerarse hijo de mujer, se tenía como primogénito de una yegua con nombre de monzón. Gabrikov, ante la imposibilidad de engendrar una prole, adoptó tres potrillos y les enseñó el lenguaje de los humanos. Se llamaban, por orden de edad, Imedón, Tefaruos y Aliojin, el más joven. Los tres desarrollaron la capacidad del habla, aunque el idioma que Gabrikov les enseñó no fue ninguno de los que se hablaban en los reinos del Este, sino la lengua ancestral de los Dioses de los ríos y los lagos, que él había aprendido

de tanto aproximarse al Gebrey a saciar su sed. Los potrillos crecieron y se convirtieron en briosos corceles, e iban galopando por las praderas mientras recitaban poesía y exponían en voz alta (charlando, tal vez, con las aves o con el mismo viento) sus pensamientos. He aquí que la Diosa Madre escuchó una de estas sinceras voces, la de Aliojin, y bajó del cielo en forma de tornado para discutir una antiquísima cuestión con él. Desde tiempo inmemorial, ningún espíritu libre que vagara por las vastas extensiones del continente había hablado con el cielo para expresar su opinión sobre las montañas, sobre los lagos y las tormentas. La Diosa le preguntó a Aliojin si se sentía a gusto con el paisaje que las potencias celestes habían esculpido para él, y el corcel respondió que sí, que era lo más hermoso que había visto nunca, pero que, de entre todas sus maravillas, echaba de menos esos lugares concretos donde el agua se precipitaba de las montañas y dibujaba con lienzos de espuma los arcoíris. Sus ojos de animal solo habían visto el arcoíris en dos ocasiones, y no lograban retener la magnificencia de cada color. Conmovida por su espíritu sensible, la Diosa le dotó de alas y le permitió volar, encargándole la tarea de recoger el rocío de la Aurora y volcarlo sobre las montañas para crear cascadas. Es por ello por lo que, cuando los pastores ven un arcoíris de gran claridad y con franjas anchas y bien definidas, se acuerdan siempre de las manadas de caballos salvajes.

Rourila o el amor prohibido de las ninfas (Canto III): El país de las ninfas, según la tradición heucanita, era una isla que vagaba por el mundo, trasladándose de un mar a otro gracias a que remontaba los ríos subida en una ola continua. Este tsunami localizado en un área muy pequeña era su corcel, y a veces dibujaba estelas con forma de cangrejos de espuma y caballitos de mar. En esa ínsula mágica habitaba una comunidad de mujeres hermosas, vírgenes, que nacían de la polinización de una flor llamada «estirpe de hielo». Muchos relatos sobre marineros que se habían topado con esta isla llenaban de color las noches de las tabernas, pero nadie había podido poner un pie en sus costas. Esta historia llegó a oídos de un célebre conquistador, Yevgueni Pígušov, quien se propuso plantar su bandera en esa ínsula mágica y destapar el misterio que la envolvía. Yevgueni trazó un plan astuto para conseguirlo: dado que la flor plateada solo crecía en aquella tierra, pidió ayuda a un apicultor para que cruzara especies de abejas melíferas hasta encontrar una que se sintiera atraída por el color argénteo de las flores. A continuación, usó a estas abejas para que volaran por los confines del mundo buscando las flores

plateadas. Después de ocho años de búsqueda las hallaron. Eufórico, Yevgueni movilizó su flota de barcos y persiguió a la isla a través de ríos y mares, hasta que por fin pudo alcanzarla mientras el tsunami trataba de remontar una alta cascada. Las ninfas que habitaban aquella tierra recibieron con estupor a los conquistadores, pues nunca habían visto a seres humanos, y menos del género masculino. Yevgueni montó en cólera cuando vio que, si bien las hadas existían realmente, su tamaño era minúsculo, y cualquiera de ellas podía sentarse perfectamente en la palma de su mano sin que sobresalieran ni siquiera sus alitas de vivos colores. El humano pretendía depositar a una de aquellas mujeres y hacerse inmortal, por lo que, embravecido, mató a muchas de ellas para saciar su cólera. Entonces, un hada moribunda le habló sobre la emperatriz de aquel lugar, una ninfa llamada Rourila que sí poseía la estatura de los humanos. Yevgueni quiso impresionarla con un ramo de flores, y usó las alas de las ninfas muertas para darle un color más bello. Cuando Rourila vio el ramo, cayó rendida a los pies del conquistador, pues no se dio cuenta de que lo que pensaba que eran flores en realidad eran alas de ninfas muertas. Aquella historia concluyó trágicamente tanto para Rourila como para Yevgueni, pues en el transcurso de la noche, durante los festejos del matrimonio que ambos contrajeron, las ninfas envenenaron el vino y mataron a todos los soldados, mientras que a la emperatriz la condenaron a perder las alas y a ser desterrada para siempre de la isla, por no haberse dado cuenta del engaño. Dicen los aedos que durante unos lustros circuló una canción que narraba las desdichas de Rourila, de cómo pasó de ser soberana de las hadas a una simple mortal vagabunda, y cómo construyó una casita de madera al pie de una gran cascada, esperando inútilmente a que algún día la isla cruzase por allí cabalgando su ola y la admitiera de nuevo en sus jardines immaculados.

Guennadi, el amor vendido (cantos IV y XXVI): La Casa de Arovzei siempre fue una familia menor, una pieza sin apenas peso dentro del entramado de influencias de los gosti y sus códigos de administración de tierras. Sin embargo, unos años después de nacer el primogénito de la Generación del Año de la Garza (según el antiguo Calendario de la Estepa), las condiciones de esta familia mejoraron sensiblemente. Sin explicación alguna, su posición en la jerarquía de los gosti aumentó de forma desmesurada, sus beneficios se incrementaron y su cercanía a la Corte del rey fue mayor que nunca. Guennadi se llamaba aquel primogénito, y nació sin saber que su destino

estaba peligrosamente ligado al despunte de su familia, pues para su desgracia, su alma había sido vendida por sus padres a las potencias Nords cuando su cuerpo aún se gestaba en el vientre materno. Al cumplir los tres años, cuando la familia se encontraba en su apogeo, un emisario de los Nords bajó de los cielos para visitar al niño. Ambos conversaron largo y tendido en la lengua ancestral que los hombres hablan antes de haber nacido y olvidan después, y que ninguna garganta humana puede pronunciar. En medio de una noche de brillantes relámpagos y de resonantes truenos, el emisario se llevó al niño a los cielos para que habitara en las sinuosidades de la Aurora Boreal. Pasaron varias décadas y la familia de Guennadi notó cómo algo en sus corazones se marchitaba. No lograban recordar los sentimientos que anidaban allí cuando el niño aún estaba con ellos, pero los echaban de menos, tanto que sus padres y tíos y abuelos se trocaron en meras sombras humanas, consumidas por ese vacío que ninguno podía explicar, pero que crecía día a día, invadiendo su alma como un tumor maligno. Una noche, la madre de Guennadi estaba observando las auroras boreales cuando un destello de comprensión, el moribundo latido de un recuerdo, surgió en su mente: en ese momento recordó lo que había perdido, el amor de su hijo, y lloró amargamente porque supo que jamás volvería a recuperarlo. Pues he aquí que no era un niño lo que estaba vendiendo cuando hizo aquel trato con los Nords, sino su amor, su misma condición de madre, lo cual había condenado a su linaje a pudrirse en el olvido. Cuentan que décadas después de acontecidos aquellos hechos, cuando el castillo de los Arovzei era una ruina abandonada y el mausoleo de la familia un cenobio mancillado por el recuerdo de mil suicidios, un joven apuesto bajó del cielo montado en un carro de luz. Paseó entre las tumbas de sus familiares hasta encontrar la de su madre, y allí depositó una flor. ¿Había perdonado Guennadi el crimen cometido contra su persona por sus crueles padres?

La constelación de la flecha dorada (Canto IV): Hubo una mujer marinera hace mucho, mucho tiempo que se llamaba Natasha, capitana de su propio barco y consumada experta en el arte de lanzar las redes al mar. Ya desde niña Natasha había sentido una especial afinidad por el mar, pues sus padres también vivían de errar por el ancho ponto y hacer tratos con los seres que habitaban en las profundidades. Creció sin tocar ninguna tierra, ya fueran ínsulas perdidas o continentes salvajes; los únicos terrenos que conocieron sus pies fueron las calafateadas cubiertas de los barcos y las islas artificiales de

Ifkos, colmenas de balsas atadas unas a otras que vagaban errantes por el mar y servían de ocasional varadero a piratas, corsarios y otros hijos de nadie. Aconteció que la madre de Natasha murió cuando ella era muy joven, sin que ojo alguno aparte de los de su padre la viera existir y criar a aquella avispada niña versada en el lenguaje de las ballenas y de los delfines. Por este motivo, porque muchos conocían al padre de Natasha pero nadie había visto jamás a su madre, comenzó a circular el infundado rumor de que la joven había sido engendrada en el vientre de una ballena, a la cual su padre habría dejado preñada durante una inmersión en busca de perlas. El padre de Natasha hizo lo que pudo por desterrar para siempre ese rumor, mostrando enseres y objetos preciosos que habían pertenecido a su esposa y que él conservaba como oro en paño, pero tal fue su interés por desmentir la habladuría, que lo único que consiguió fue darle más credibilidad. La gente empezó a mirar mal a la chiquilla, y cuando se convirtió en mujer y capitaneó su propio barco, nadie recordaba ya su verdadero nombre, y todos la llamaban Zledi, que en la Lengua Azul significa «silbadora de ballenas». Un día, un grupo de cachalotes enfurecidos por la pesca fortuita de una de sus crías atacó Ifkos, causando grandes destrozos y numerosas muertes entre los pescadores. La gente, aterrada, suplicó a Natasha que los ayudase, pero esta no sabía en realidad qué hacer. Desesperada, se plantó delante del macho más grande y le habló, suplicando que los perdonasen y que no hundiesen para siempre las balsas de Ifkos. Natasha recordó unas pocas palabras de aquel musical lenguaje de los mamíferos del mar que había aprendido de niña, y eso apaciguó a los enfurecidos cachalotes. Desde aquel día, los marineros ya no murmuraron más a espaldas de la joven, y su mote, Zledi, dejó de ser un insulto para convertirse en un apellido que su familia llevó con orgullo. Dicen que cuando Zledi murió, un enorme cachalote negro surgió de las aguas y se llevó su cuerpo a las profundidades del océano, donde ningún humano ha llegado jamás, y cuentan que su tumba está hecha de coral y que la guardan tres gigantes calamares. Con los años, los marineros bautizaron con el nombre de Zledi a una constelación que baila en el cielo sin besar jamás las aguas, porque el espíritu de Natasha se elevó para nunca más regresar a ellas. Esta constelación no solo indica a los marineros el camino a seguir para no extraviarse por el ancho ponto, sino que dispara flechas doradas para matar a las sierpes marinas y a otros peligros del mar que amenazan a los barcos.

Iopas o la sinfonía áurea (Canto V): Este es uno de los mitos más extraños y metafóricos (es decir, abundante en tropos icónicos) de los que se conservan de la cultura del Gran Reino. Es una leyenda arcaica que, puesta en boca de ciertos personajes, los define como de pensamiento extremadamente conservador en un mundo ya de por sí antiguo y respetuoso con la tradición. Desde tiempo inmemorial existió la idea, entre las tribus de la estepa que hablaban las variantes del protoglagos, de la existencia de algo parecido al alma, sustancia inmaterial (no dotada de identidad propia o conciencia de sí misma, como en otras mitologías) que estaba localizada en un lugar concreto, dentro del cuerpo, y que se iba llenando conforme transcurría la vida de las personas. Lo que la llenaba era una suerte de líquido o de gas denso, no se sabe con seguridad, que podía ser dorado o grisáceo según la experiencia vital de cada persona. El gas dorado representaba la virtud, y el grisáceo la melancolía. Según los mitos arcaicos, cuando un hombre o una mujer morían, ese gas se liberaba y, dependiendo de su concentración, ascendía y se transformaba en una parte integrante de las nubes, o descendía hasta tocar el suelo y servía para fertilizar la tierra y hacer crecer las plantas. Una persona muy melancólica o triste mostraría un alma gris, condenada a no ver jamás el cielo y a disiparse para hacer crecer a otros seres vivos, que a su vez tendrían la oportunidad en sus vidas de convertirse en nubes. Con el paso del tiempo, esta concepción dual y hasta cierto punto alquímica del alma fue variando, hasta que en lugar de líquidos o gases, lo que definía la pureza del espíritu eran sonidos. Estaban los áureos, representados por la armonía y la euritmia en todas sus vertientes, y los cenicientos, que eran ruidos discordantes que no invitaban en modo alguno a ser disfrutados. Cada vez que una persona hacía un acto noble o bondadoso, un sonido eurítmico vibraba en su alma, templándola hacia el lado del Bien, mientras que cuando cometía algún delito o se comportaba de una manera especialmente horrible, era una espantosa cacofonía lo que disonaba y trastornaba su equilibrio interior. Como era de esperar, a medida que evolucionaba el pensamiento y los motores del mundo se iban volviendo menos impersonales y más antropomórficos, se acabó caracterizando esta dualidad en dos rostros humanos, con nombres y atributos propios de los Dioses: la parte luminosa del alma la encarnaba el crinado Iopas, que pulsaba su cítara cuando un hombre hacía algo bueno por los demás (y también, contradictoriamente, cuando decía una mentira, lo que dio lugar a un famoso adagio), mientras que la parte negativa detentaba el rostro y el nombre de Braggi, una criatura oscura con alas de murciélago y colmillos de mamut, que soplaba un inmenso fagot.

La emperatriz de los gitanos (Canto V): Cuentan los viejos aedos que entre las leyendas que fueron cantadas por las tribus que habitaban el Norte, una de ellas destaca por su aterradora brutalidad. Era una historia difundida por las tribus nómadas que se negaron a aceptar reyes o castas que los gobernasen, y se convirtieron así en gitanos, almas errantes y condenadas a no encontrar jamás el descanso en la Tierra. Las matriarcas romaníes contaban que hace muchos, muchos años, un príncipe gitano llamado Ganhios guiaba a su caravana por el corazón de un bosque oscuro, de venerables árboles, perdido en algún lugar de la taiga. Venían huyendo de un señor feudal que no quería vagabundos en su territorio, y los había mandado perseguir por la milicia. Para salvar la vida, los romaníes se introdujeron en el bosque, donde sin que ellos lo supieran habitaba un espíritu malvado de gran poder, contra el cual las jaculatorias de protección nada podían. El bosque envió tres señales a Ganhios para advertirle de que no continuara: primero le hizo descubrir huellas de oso en la nieve y en el tronco de los árboles, profundas y amenazadoras. Pero el príncipe, buen cazador, había matado osos pardos y negros con sus propias manos y no les tenía miedo, por lo que siguió adelante. En segundo lugar, el Bosque alteró los frutos de los árboles para que al caer al suelo engendraran monstruos, pues la amenaza con la que se encontrarían los humanos más adelante sería aún peor. Pero Ganhios desenfundó su espada y les hizo frente, cortando sus espinosos tentáculos y cercenando sus retorcidos cuerpos de raíz. Como había sido fácil acabar con ellos y los cuernos del señor feudal resonaban a lo lejos, decidió seguir adelante. Por último, el Bosque los condujo a un lago cuya agua era potable para los animales pero letal para los humanos, y dejó que algunos de los familiares del gitano bebieran. Cayeron fulminados al momento, pero el Bosque juzgó que era una pérdida insignificante en comparación con lo que les aguardaba. Aun así, Ganhios creyó que se trataba de un ardid del señor que los perseguía, que de algún modo se las había arreglado para envenenar las aguas, y el odio le impulsó a seguir adelante. Ya nada más podía hacer el Bosque para advertirles. Al anochecer del noveno día, los romaníes se tropezaron con una cabaña. En ella habitaba una Baba-Yaga, un espíritu maligno de los bosques boreales, con forma de anciana demoníaca que comía hombres y los vomitaba días después para elaborar sus mágicas mixturas. La bruja, cuando se presentó ante los gitanos, lo hizo disfrazada de mujer joven y hermosa, conjuro que solo le duraría veinticuatro horas, pero en ese intervalo logró seducir al desdichado Ganhios. Esa noche se acostaron juntos. Hicieron el amor dentro

de la cabaña mientras la caravana acampaba por fuera. Grandes prodigios y antiguas maldiciones se desataron aquella noche, pues la bruja, presa del éxtasis, devoró al príncipe y lo almacenó bien triturado en su vientre, para regurgitarlo después. Al mismo tiempo, lanzó un terrible embrujo sobre su familia, a la que condenó a pudrirse lentamente como las hojas que, sucumbiendo al dulce engaño del otoño, abandonan la rama para buscar su suerte en el manto del suelo. Los familiares de Ganhios pudieron escapar de aquel tenebroso lugar a duras penas, pero solo lo hicieron para afrontar un destino aún peor: extender por el mundo una plaga que desde entonces se conoce como lepra. Se cuenta que, meses después, la Baba-Yaga vomitó por fin a Ganhios en un caldero, y mientras sentía cómo lo revolvían con un cucharón, el príncipe le preguntó si al menos había disfrutado de aquella noche de lujuria. La vieja le contestó que había sido la única noche en la que había podido recordar, desde hacía siglos, cómo era sentirse joven otra vez, y por ello había aguantado tanto tiempo a Ganhios en su vientre: lo estaba digiriendo bien, pues iba a preparar con él una receta mágica que le devolvería la juventud y la belleza de nuevo, y esta vez de manera permanente. Desde entonces, se dice que la cruel Baba-Yaga vaga por el mundo bajo el aspecto de una hembra apetitosa y lozana, refugiándose en las leproserías como si fueran sus palacios.

El colmillo del Mimir (Canto VI): Este es un mito de las tribus jotun. Los Mimir eran colosales animales legendarios que habitaban los confines del lejano Norte desde tiempo inmemorial, algunos dicen que desde el momento mismo en que se lanzó el hechizo del Principio. Cuenta la leyenda que existieron dos tribus de cazadores que solían alimentarse de la carne de los alces de gruesas astas que migraban por la tundra. Estas tribus, llamadas Heimf (los «hijos») y Nefflims (los «guardianes») no eran enemigas, pero a veces competían por los terrenos de caza. Todo marchó bien entre ellas hasta que la caligrafía de las osteomantes vaticinó la llegada de un año funesto, el llamado Völusedd o ruptura del último huevo. En ese año, una tragedia acontecería en el mundo que obligaría a las especies de animales a moverse en estaciones equívocas de un continente a otro, y eso provocaría muchos y profundos cambios. No habían pasado demasiados meses cuando una bola de fuego cayó del cielo e impactó en el mar, provocando una ola de enormes proporciones que anegó las costas y creó un gigantesco lago de agua salada en el interior del continente. Animales que antes habían habitado el mar tuvieron

que cambiar para adaptarse a su nueva vida, y algunos incluso se volvieron capaces de respirar oxígeno y salieron reptando sobre sus vientres. Pero la carne de estos animales nuevos no era sana para el hombre, así que las tribus tuvieron que seguir a los Mimir en su viaje a las tierras del helado Norte. Pero el hombre no es un Mimir, carece de su resistencia titánica y su sentido de la orientación, por lo que cuando el resto de la caza se agotó, los jefes de las tribus tuvieron que tomar una decisión: ¿dejarían de escoltar a aquellos animales sagrados y se establecerían en la costa, donde podrían volverse pescadores y vivir de lo que les diera el mar? ¿O seguirían adelante un poco más, confiando en encontrar otra clase de animal cuya carne pudieran comer en las frías planicies de la tundra? Era una decisión que podría acarrear la vida o la muerte para la tribu entera, pues el Mimir, gran reserva de carne en sí mismo, no podía ser cazado, ya que era un animal sagrado y con su fuerza podría aplastar a cualquier grupo. Los Heimf decidieron quedarse en la costa, edificar allí sus casas y ofrecer sacrificios a las aguas para que nunca más se volvieran a levantar contra la tierra. Así decidieron pasar sus vidas mientras esperaban a que los Mimir regresaran. Por su parte, los Nefflims decidieron seguir el rastro de los mamuts y confiar en la suerte. Ambas tribus se separaron y no volvieron a encontrarse durante años. Pero sucedió que, una generación después de acontecidos estos hechos, un pescador Heimf que estaba faenando cerca de la costa hizo un descubrimiento: en una ensenada había un enorme esqueleto de animal, con colmillos retorcidos y más largos que su barca. Eran los restos de un Mimir. Consternado, el pescador regresó a la tribu y le contó al jefe lo que había visto. Este decidió montar una expedición de bravos guerreros que fueran hasta aquel lugar e investigaran lo sucedido. Cuando llegaron, encontraron otros esqueletos, todo un cementerio de huesos de Mimir. El espanto y la consternación fueron demasiado para ellos. El jefe de los Heimf tuvo que coger su mejor lanza y viajar en persona hasta el cementerio de mamuts para verlo con sus propios ojos. Coincidió entonces que una partida de cazadores de los Nefflims estaba regresando en ese momento al cementerio con los restos de su última cacería: una cría de Mimir. El jefe Heimf montó en cólera cuando comprendió lo que sucedía: los malditos Nefflims habían violado su juramento más sagrado, el de respetar y honrar a los Mimir, y los estaban cazando. Los Heimf declararon la guerra a sus antiguos hermanos para proteger a los Mimir, y ambas tribus chocaron en pos de un desenlace. Pero he aquí que en el último momento, cuando los Heimf estaban a punto de ser derrotados, los Dioses Nords se apiadaron de ellos y les concedieron una última gracia: convirtieron al jefe de los Heimf en

un Mimir, y este pudo usar su tremenda fuerza, combinada con el saber de la guerra de su parte humana, para aplastar a los Nefflims y ganar la batalla. Se dice que los Heimf se trasladaron luego a su hogar ancestral, en los confines del mundo, y allí fundaron un poderoso imperio marítimo, mientras que los Nefflims supervivientes huyeron hacia el Sureste, a la taiga, y se convirtieron en los padres de los jotuns. El jefe de los Heimf nunca revirtió a su estado humano, pero en forma de Mimir guio a su tribu a la prosperidad y vivió quinientos años, en los que alcanzó a ver cosas desconocidas para cualquier ser humano, y su inmensa sabiduría dio lugar a que se redactaran mil papiros. La tumba del «Mimir que fue un Hombre» todavía permanece oculta, en algún lugar de los glaciares, conteniendo este increíble tesoro literario. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre qué lengua se empleó para redactar estos papiros, pues la lengua jotun (se supone que la misma que usaban sus ancestros) carece de forma escrita. Algunos creen que pudieron redactarse en plyos alineal-C, una lengua del lejano Occidente que usaba un pueblo que comerciaba con aceite de ballena con los Heimf.

El primer rivhar, o la leyenda del templo perdido (Canto VII): Fue en los tiempos del Primer Origen, allá en la época en que los antiguos Dioses morían o se marchaban en barcos de luz hacia lejanas tierras, cuando una Diosa primigenia, que según las canciones de los heucanitas había ayudado a crear el mundo, lanzó una llamada para que la primera mujer digna de adorarla la escuchase. Esta mujer tenía muchos nombres, y no se sabe con seguridad cuál eligió a la hora de responder a la llamada: según las épocas y los pueblos que la recordaron, se la llamó Nur, que significaba Noche (pues dicen que llegó justo al caer la noche a este mundo a través del vientre de su madre, y que desde entonces el Sol tarda más en salir por la mañana, como si quisiera rendir tributo a ese breve momento de descanso para los seres vivos); pero también Amai, que significa Lluvia, pues decían que cuando siendo niña pronunció su primera palabra, lluvias de estrellas anegaron el firmamento, e incluso hubo algunas que cayeron mansamente a la tierra para deshacerse en inmensas colonias de luciérnagas. Esto, a su vez, dio origen a otra leyenda que habla de por qué las estrellas están vivas y cómo es el sonido, semejante al que hacen los insectos al volar, que producen mientras giran interminablemente en el cielo. Nur escuchó la llamada de la Diosa retumbar en su mente, sacándola del plácido sueño por las noches, y supo que era la Elegida, y que un poder ancestral que nunca debió caer en el olvido la estaba

reclamando para que se reencontrasen. Aquello sucedió la noche antes de la boda de Nur con un príncipe que la había estado cortejando desde que era una niña. Para desgracia del pretendiente, que había regalado a su familia joyas y caballos y sedas procedentes de los confines del Globo, la joven se levantó antes de que rompiera el alba, se vistió con ropas de viaje, tomó uno de los mejores corceles de los establos y se lanzó a galopar al monte, rumbo al horizonte más lejano, pues sabía que tras él estaría esperándola la Diosa. Mucho duró su viaje, algunos dicen que veinte años, otros que cien (y que Nur llegó a su destino siendo más vieja que ningún otro ser humano), pero al final la Elegida encontró la caverna. Y dentro de ella, el templo de la Diosa: más antiguo que las montañas, más venerable que los fuegos de los abismos y que las olas del océano. Aquel fue el marco en el que se produjo el primer rívar, el primer milagro. Nur escuchó a la Diosa, supo cuál era su mandato y regresó para comunicarlo al resto de los seres humanos. Así se fundó la religión de los heucanitas, y el culto a la Diosa Madre que pronto se extendió por todos los confines del Gran Reino. Se cree que la tumba de Nur, jamás hallada, se encuentra en el interior de este templo perdido, al cual consiguió regresar en un estado de extrema senectud (ayudada tal vez por alguno de sus quince hijos, pero esta parte de la leyenda es apócrifa, pues en ningún texto viene recogido el nombre del padre), una vez consideró que su celo de ganar prosélitos estaba satisfecho.

Grita el Gouvin: la leyenda de los gemelos del agua (Canto VIII): Dicen que en los altos del Urianhai, allá donde nace el río Volg, una mujer fue atacada por un espíritu de las aguas convertido en tritón. De la impía unión nació solo cinco meses después un bebé con cuerpo de hombre y cara de pez, a quien los ancianos de la tribu llamaron Belishar, que significa «el ungido», pues consideraban que su mera existencia era un regalo que los espíritus del río les habían hecho, y que inauguraría una nueva era de prosperidad para los pueblos pesqueros del Volg. Nada más lejos de la realidad: cuando Belishar se hizo hombre protagonizó una serie de episodios violentos que pusieron en peligro no solo el comercio de la zona, sino también las vidas de sus conciudadanos. Primero devoró a todos los animales que se acercaban a beber al río, pues decía que nadie podía beberse a su padre sin que él hiciera nada por evitarlo. Luego dirigió su rabia contra los pescadores y hubo algunas tripulaciones de barcos que tuvieron que recurrir a las armas para espantar al Kalush, el demonio del río, como ya empezaban a llamarle. Hubo quien contó

que había oído espantosos gritos por la noche, en las proximidades del Volg, como si horribles criaturas estuvieran copulando en sus orillas y devorándose a la vez unas a otras. Por último, Kalush (que ya había adoptado este nombre que se le ajustaba más, en lugar del engañoso e ingenuo Belishar) amenazó a las mozas del pueblo, gritándoles obscenidades y rogando a gritos que le dieran un heredero al que poder regalarle el agua de los ríos cuando fuera mayor. La situación se volvía insostenible, y justo cuando las gentes del pueblo tuvieron que encerrar a sus hijas en casa para que el diablo con cara de pez no las asaltara, llegó una posible salvación en forma de rumor. En efecto, unos peregrinos contaron que en una aldea de la montaña, cercana a las fuentes del Volg, otra mujer había mantenido relaciones con el río, y de esa unión había nacido otro niño, Syn Drymar (que en el idioma antiguo significa «hijo del agua»), con cara de hombre y cuerpo de delfín. Estas habladurías llegaron también a oídos de Kalush, quien inmediatamente sintió pánico. ¿Hay otro hijo del río?, se preguntó. ¿Me querrá como a un hermano o me tendrá por un competidor por el cariño de Padre? Decidido a obtener una respuesta, Kalush se marchó en dirección a la montaña y acabó encontrándose con Syn, el niño delfín. Ambos se reconocieron al instante y se odiaron, pues Syn tenía buen corazón y deseaba ayudar a los hombres, mientras que el alma de su gemelo era oscura y pútrida como el lecho del Volg. Lucharon incansablemente el uno con el otro durante sesenta días con sus noches, y ambos pidieron ayuda a los poderes de las aguas para que los asistieran en la batalla. Resultó que a ambos los habían concebido espíritus distintos, y sus respectivos padres vinieron a luchar con ellos. Grandes prodigios, según cuenta la gente que vivía en la zona, se desplegaron en aquellos días: desde que el agua se alzó en enormes tifones con brazos y piernas para arrasarlo todo a su paso, hasta que las piedras tomaron forma y se unieron a la batalla como feroces bestias acorazadas. Al final, Syn fue herido y tuvo que abandonar la lucha, lo que dejaba como vencedor a Kalush. Sin embargo, otro espíritu, el del viento, que era más poderoso que los de las aguas pues podía revolverlas o amansarlas a su capricho, decidió intervenir. Castigó a los gemelos por haber desatado tan terribles fuerzas, condenando a Syn a nadar hasta el mar y desaparecer en sus profundidades, y a Kalush a convertirse en un escollo contra el que muchos barcos chocarían. Gouvin era el nombre de este espíritu del viento, y se dice que desde entonces sus caricias son afiladas como puñales, para advertir a Kalush de lo que le espera si algún día se rebela contra el castigo y se levanta de su lecho en el río.

Godfred, el curtidor del cinturón de cuero (Canto IX): De las leyendas que hablan de ominosas y enigmáticas presencias sentidas por los viajeros en los bosques, una de las más curiosas es la de Godfred, el curtidor. Se contaba, allá por los tiempos del rey Arkadi, que en las faldas del Urianhai vivía un trampero que tenía doce hijos. El menor de ellos era Godfred, un joven al que su tío había enseñado el oficio de curtidor, y que se dedicaba a trabajar las pieles que los demás hermanos, todos cazadores o émulos del oficio del padre, traían cada semana en sus sacos. Tal era la destreza de Godfred con el desecado, el corte y la aguja, que su trabajo pronto comenzó a ganar prestigio en los pueblos de los valles. Un buen día comenzaron a llegar encargos que aumentaron considerablemente el bienestar de la familia. No solo los residentes de la zona y los mercaderes que pasaban ocasionalmente por allí, sino también los nobles locales, querían probar los frutos de la labor de aquellas manos mágicas. Esta bonanza trajo otras buenas noticias aparejadas, como que los hermanos, por riguroso orden de nacimiento, fueron desposándose uno tras otro con las hijas de los campesinos que araban las tierras bajas. El trampero estaba satisfecho con sus hijos, pero ante todo se sentía orgulloso del pequeño Godfred, a cuya pasión debían tal felicidad. Sin embargo, no todo salió bien: una desgracia estaba a punto de sacudir al orgulloso clan de los tramperos, solo que ningún augur habría sido capaz de predecirlo. Cuando le tocó el turno de casarse al noveno hermano, un soez y altanero mozalbete llamado Kruron, eligió por esposa a una bella muchacha de cabellos de fuego de nombre Marina. Kruron estaba obsesionado con ella desde que eran niños, pero la joven le despreciaba, y no perdía ocasión de ridiculizarle ante la gente de la aldea por su ignorancia y su ruda forma de comportarse. Cuando el hijo del trampero le exigió que fuera su esposa, y no otra mujer sino ella, la joven se negó en redondo y le aseguró que por mucho dinero que tuvieran y muy bonitas pieles que curtiera su hermano, jamás sería suya. Pasaron unas semanas en las que nada más aconteció, pero un día Kruron trajo a casa una piel muy especial. Le contó a su hermano Godfred que la noche anterior un animal extraño, posiblemente uno de los vasir (espíritus naturales con cuerpo de animal y pezuñas de fuego) que habitaban el bosque, había sucumbido a su cepo. Según las antiguas fábulas, estas criaturas eran extremadamente difíciles de ver, pero no inmortales, por lo que si su hermano juraba que había cazado uno, Godfred no tenía motivos para dudar de su palabra. Aquella piel no parecía la de un animal. Godfred la trabajó, pero no hacía más que cometer errores que troceaban la tela y la quemaban por todas partes. El curtidor, que ya era un hombre experimentado

y buen conocedor de su oficio, no se explicaba el porqué de tales fallos. Era como si una maldición hubiera caído sobre aquel paño. Al final, después de mucho intentarlo, consiguió salvar suficiente cuero como para fabricarle a Kruron un cinturón para sus pantalones. Este lo llevó con orgullo a todas partes, haciendo pequeñas bromas a costa de Marina que nadie más entendía. Godfred había estado tan absorbido por el trabajo durante aquellos días que hasta sus oídos no habían llegado los rumores que circulaban por la aldea, según los cuales una muchacha de pelo rojo había desaparecido, y el único sospechoso de tal desastre era Kruron. Un día en que lucía el Sol y Godfred había salido a pasear por el bosque, para desentumecer los músculos y aclarar su vista cansada, escuchó una voz que lo llamaba. Era una voz de mujer. Godfred sintió miedo, pues no todos los espíritus del bosque eran benévolos, y aquellos que salían al paso de los viajeros, buscando activamente el contacto, normalmente exigían de ellos que les entregaran su vida. Por más que corrió no logró deshacerse de aquella presencia, y al final, cuando se vio acorralado contra un barranco, se volvió y contempló con sus propios ojos cómo un ciervo cuya cornamenta ardía con llamas blancas, le acusaba con la voz de Marina. Le dijo que era un malnacido, un hombre sin honor, y que había colaborado con su hermano en un horrible y despiadado crimen. Godfred negó tales acusaciones, alegando que él solo curtía, desplazado del mundo en su taller. El ciervo le contó entonces la verdad: la piel que Kruron le había traído era la de la pobre Marina, a la cual había asesinado y despellejado después de bañarla en aceite hirviendo. Godfred, consumido por el horror y la culpa, regresó corriendo al hogar y acusó ante toda su familia a Kruron. Su hermano lo negó todo, pero entonces sucedió el prodigio: el cinturón de cuero que Godfred le había hecho comenzó a gritar, hablando por todos sus agujeros como si fueran bocas, pronunciando una y otra vez el nombre de su asesino. La cordura de Kruron se esfumó ante la presencia de tales magias, y no fue capaz de quitarse aquel cinturón maldito por más que lo intentó. Estaba condenado a llevar encima la prueba de su delito hasta que muriera. Así fue como el crimen del hijo del trampero fue descubierto, y el espíritu errante de Marina pudo descansar en paz.

Los tres trabajos de Bulganin, o la endecha del campeón desterrado (Canto XII): Vivía en la región de Ufa un gosti de amplísima familia, a quien por nacer en una estación en la que la tierra se llenó de almendros sus padres bautizaron Bulganin, que en la lengua heucanita significa «nacido de una flor

rosada». Este terrateniente se ganó fama de intachable entre sus gentes, pues en modo alguno abusaba de su poder, y en cuanto detectaba alguna injusticia o crimen en sus dominios se apresuraba a impartir justicia. Al honesto lo trataba con honestidad, y al pendenciero con dureza. Pero he aquí que fue engañado por uno de los condenados a la horca, un fratricida llamado Podros, pues de camino al cadalso le hizo una pregunta pública al señor de aquellas tierras, y aquel, en su ingenuidad, prometió responder con la verdad. Podros le echó entonces en cara que él era el mayor asesino de todos, pues había dejado morir a su hijo nonato por culpa de unas fiebres que afectaron a su esposa, y que no pudo curar. Si quería seguir impartiendo justicia como hasta ese momento, debía expiar su culpa. Podros fue ahorcado, pero sus palabras calaron en el vulgo, y pronto los familiares de Bulganin que estaban celosos de su poder le exigieron que partiera en una búsqueda sagrada. Si los Dioses le permitían retornar indemne, su mancha se consideraría borrada. Bulganin partió con el corazón destrozado, pues su esposa le había ocultado hasta ese momento la pérdida del bebé. Tres fueron los trabajos que se le encargaron: que buscara el lugar más frío de la Tierra y meditara allí durante nueve días con sus noches; que combatiera contra las gloriosas amazonas y les arrebatara uno de sus tesoros (un pellejo de chacal que sudaba gotas de oro); y que venciera al espantoso monstruo leshii, demonio de los bosques que bajo la apariencia de un desgarrado anciano escondía su infernal naturaleza. Bulganin encontró el lugar más frío del mundo en la costa de Borealia, pero cavó un agujero tan profundo para cobijarse que los fuegos del Inframundo le calentaron, por lo que pudo meditar sin morir congelado. Luego viajó hasta el país de las amazonas y enamoró a su reina, a la cual prometió nuevas y fértiles tierras si le entregaba el pellejo de chacal, aparte de suplicarle que en su nuevo feudo dejara vivir a los hombres y no solo a las mujeres. Por último, encontró al leshii en un profundo bosque y, sin llegar a ponerse nunca a su alcance, cortó la rama del almendro que le proporcionaba la vida y esperó a que muriera de viejo. Tras proclamarse triunfante en estas empresas, Bulganin regresó a su hogar solo para descubrir que su odisea no había sido más que un engaño. Mediante una astuta ñagaza, sus primos y su mujer lo habían alejado para poder declararlo muerto y usurpar sus haciendas, e incluso se habían casado entre sí. Colérico, Bulganin llamó a las amazonas y cumplió la promesa con ellas contraída: les cedió sus tierras y dejó que mataran a sus primos. Luego él marchó al exilio. Cuentan algunas leyendas paralelas que hubo un vagabundo que solía frecuentar los bosques de Arkángel, que vestía

una pelliza de chacal y que, pese a su aspecto de mendigo, siempre tenía oro en abundancia para pagarse aquello que necesitara.

La tribu de Ilmurabbi y la promesa de los Ríos (Canto XIII): En tiempos lejanos, cuando en las estepas aún no habían sido fundadas las primeras ciudades, ya había tribus trashumantes que pasaban de las dehesas del invierno a las del verano. En aquellos tiempos en los que no se habían inventado los idiomas modernos, y los hombres no poseían ni siquiera una palabra para designarse a sí mismos, hubo un jefe llamado Ilmurabbi. Era el líder de una tribu especialmente grande y poderosa, que llegó más al Norte de lo que ningún ser humano había conseguido llegar nunca, venciendo al frío gracias a un invento revolucionario: las naidas. Ilmurabbi era despótico y caprichoso, pero también muy inteligente y obsesionado con una idea: imitar al lobo blanco y a otros animales, mimetizando sus hábitos con el propósito de resistir las duras condiciones de vida de la estepa y poder colonizar las llanuras boreales. Con ese principio rector en mente, la tribu se deshumanizó sensiblemente, llegando al extremo de afilar los colmillos a los niños para que parecieran lobatos y de vivir en madrigueras ocultas bajo tierra. Incluso sus Dioses cambiaron para parecerse a los tótems animales que tanto envidiaban. Pero la leyenda de Ilmurabbi se recuerda sobre todo gracias a su pacto con los Ríos. Al desplazarse tan al Norte, siguiendo el curso de las corrientes, es de suponer que alcanzaron sus fuentes. Afirman que Ilmurabbi, contemplando la cruda belleza de aquellos parajes inhóspitos, habló con un Río y le propuso un pacto: si las corrientes de agua permitían a los hombres pescar y bañarse en ellas, y tomarlas para beber sin envenenarse, el hombre a cambio los cuidaría y jamás depositaría en ellos sus excrementos ni interferiría en su curso. Esta promesa fue cumplida por las aguas, pero los hombres pronto la olvidaron y empezaron a fabricar diques y a contaminar las aguas. Se dice que el espíritu de Ilmurabbi todavía habita las fuentes de algunos afluentes, y acosa a los hombres que acampan en esas latitudes para recordarles lo deudores que son de su promesa.

Sibil y Melibea o el telar de las cinco Diosas (Canto XVI): Este poema, popularizado por los bardos de Sikandar, puede recitarse en veinticinco minutos, por lo que muchos plebeyos se lo aprenden de memoria. En las faldas de la roca Numuas hay una apertura en forma de inmensa caverna, a la

que conducen cien anchas bocas y otras tantas puertas. En ellas obsequiaban los pescadores sus votos y preces a las cinco Diosas, espíritus de mujeres que habían fallecido arrojándose por los acantilados. Ante estas puertas llegaron, arrastradas por la marea, dos canastas con bebés. Criados por los peces, los bebés expósitos se convirtieron en una hermosa doncella llamada Melibea, y en un casto doncel al que los corales bautizaron Sibil. Debido a lo misterioso de su origen, ambos tenían prohibido enamorarse, ya que cabía la posibilidad de que fueran hermanos. Sin embargo, llegada la pubertad, Sibil trató de cortejar a Melibea. Esto hizo que las cinco Diosas se enfadaran y ordenasen su reclusión tras una de las cien puertas. Si Melibea trataba de seguirle, solo tenía una posibilidad de acertar detrás de qué entrada estaba su prisión, pues las otras la conducirían a una muerte segura. Las Diosas consideraban que una proporción de cien a uno bastaría para mantener a la muchacha alejada del peligro, pero se equivocaron. Melibea se dedicaba a confeccionar espuma para las olas en un telar que era propiedad de las Diosas. Usándolo, fabricó espuma en grandes cantidades, que se coló por debajo de cada puerta, llegando hasta Sibil. Este escribió su nombre con el dedo en el blanco género, y así Melibea supo tras qué puerta se encontraba. Ambos se fugaron junto a una de las divinidades, Sephe, que había quedado encandilada con su historia de amor... Una representación alegórica similar la encontramos en la decoración del frontón de la mansión de Hifias, un rico comerciante de tiempos posteriores al Segundo Origen, por lo que se piensa que tal vez estos versos sean una interpolación post-autólica.

El largo sueño de Pleomantis (Canto XVII): Pleomantis era una sacerdotisa que vivía en Juclas, ciudad de difícil localización. Había desarrollado una forma de culto a la Diosa Madre muy particular, basándose no en recitar oraciones, sino poemas. Tal era su fama que religiosos de toda índole acudían a escucharla, para aprender su arte y honrar a sus propios Dioses con la musicalidad de sus versos. Un día, un rey llamado Estieo llamó a su puerta y le suplicó que compusiera la oración más hermosa que jamás hubiera brotado de sus labios, con el fin de aplacar a la diosa Kálobe, encolerizada porque él la había rechazado en su lecho. Pleomantis se negó, pues no quería convertirse en un arma contra la deidad, y lo expulsó de sus tierras. En venganza, Estieo ordenó a sus hombres que rociaran las ofrendas que Pleomantis recibía en su templo con un somnífero muy potente. De esta forma, y sabiendo que la sacerdotisa no pararía de componer versos ni aun

estando dormida, obtendría su poema. Durante años, Estieo se tumbó junto al lecho de Pleomantis y le susurró palabras cálidas al oído, incitándola a hablar en sueños. Ella terminó haciéndolo, y he aquí el poema-oración que compuso para su captor:

*Para aquellos que ocupan Estia,
tierra pedregosa,
y liban las corrientes del caudaloso Borugio,
pródigo en peces,
alzo una voz de esperanza,
hermanamiento y amistad.
Para los estianos que respiran coraje
y los feacianos de intonsa cabellera,
dedico este canto de armonía.
Ojalá se posen en el llano escamandrio
las aves que con sosegados trinos
calman los furores de los hombres
y complacen los deseos de las mujeres,
concediéndoles sus anhelos
antes de que la siniestra mandrágora
teja sus oscuros laureles
en las tumbas de sus hijos.*

Satisfecho con la oración, Estieo corrió al templo de Kálobe. Acompañado por un plantel de aedos inspirados, entonó el poema tras haber sacrificado un lechón. Lo que el infortunado rey desconocía era que, según la mitología asociada a Kálobe, esta había sido envenenada por su primer hijo, el titán Geón, con una solución extraída de la mandrágora. Desde entonces se consideraba sacrilegio tratar de honrar a la Diosa con loores donde apareciera tal palabra. Encolerizada por su atrevimiento, Kálobe encerró a Estieo en una profunda caverna, atado con cabellos de titánide a una roca sobre la cual crecía la extraña planta. Sus frutos destilaban el mismo veneno con el que Estieo había dormido a Pleomantis, y dejaban caer una gota sobre sus labios cada veinte años, prolongando eternamente su sueño. Pleomantis despertó al cabo de pocos meses y se dio cuenta de lo que había hecho, así que compuso una oda a Kálobe que, esta vez sí, apaciguó su espíritu. Hoy en día se conoce por el nombre de «pleomanias» a todas aquellas formas de oración apoyadas en verso.

Las honras de Narxes (Canto XX): El juicio de Goraii y las honras de Narxes no son, propiamente dichas, leyendas autóctonas del Gran Reino. Existen versiones muy primitivas de estas historias recogidas mediante la tradición oral en las ciudades del Sureste, las que lindaban con los Kanatos, y los estudiosos creen que el mito nació allende esas fronteras con un corpus bien distinto. En su composición verbal más pura, Goraii fue un hijo de reyes que renunció a su derecho de gobernar para dedicarse a la vida contemplativa y al culto mediante el pastoreo al dios Volos. Sus primeros años como soberano de una Ciudad-Estado trascurrieron en aparente tranquilidad, como correspondía a un heredero inesperado que se encuentra de improviso con que todos sus hermanos han perecido en la guerra. Una noche en que los lobos se mezclaron en paz con las ovejas, Volos le juzgó como hombre y como acólito. Habiéndole encontrado apto, se presentó ante él en un sueño y le comunicó que una gran amenaza se cernía sobre su tierra, y también que aquellas que ahora se postraban ante él (las ovejas) serían el ejército que necesitaría para resistir. En efecto, una incursión yunk causó estragos en las tierras de su familia menos de un mes después. Los intentos de combatirlos fueron vanos, hasta que Goraii recordó la advertencia del Dios. Ordenó esquilar a las ovejas y con su lana fabricó trajes de abrigo para sus soldados. En el transcurso de la batalla decisiva contra los yunks, el invierno se hizo patente de manera inesperada: las temperaturas bajaron como nunca se había contemplado en aquellas latitudes, y el frío causó muchas bajas en ambos bandos. Las fuerzas de Goraii prevalecieron gracias a sus abrigos de lana, conjurando la amenaza de los yunks. A partir de aquel día Goraii cambió su nombre por el más apropiado de Narxes^[116], y rindió tributo a Volos en su ciudad. Según esta versión, los yunks se arrodillaron ante él y le honraron, asustados por el poder de Volos. Pero si resulta ser cierto que la leyenda es la asimilación de una historia ancestral de Crimea, es muy probable que en el original fueran los heucanitas quienes perdieran ese combate, y Narxes fuera un Kan de segunda categoría de las estepas. El mismo nombre, «Narxes», tiene traducción al idioma de los Kanatos, y significa «adorador del disco solar».

Las oscuras semillas de Zesjham (Canto XXV): Un aedo loco, Perifarles de Trimania, recoge la visión que tuvieron unos marinos en el estrecho de Berengar cuando encontraron a la Madre Tierra pariendo sus horrores para inundar el universo. Según él, este ente incognoscible llamado Tierra era una

criatura de fecundo vientre, de la cual derivaban todos los males de ambos mundos, tanto el terrenal como el de las pesadillas. Obsesionado por comprobar si los relatos de estos marineros eran veraces o no, Perifarles se embarcó en una peligrosa búsqueda del vientre de la Tierra. Se dice que estuvo viajando treinta años, en los cuales su navío tocó muchas costas inexploradas y su cordura se fue perdiendo más y más, vencida por los misterios que yacían ocultos en las esquinas del océano. Durante ese tiempo escribió un diario, cuyas páginas, acusadas de heréticas, fueron dispersadas y escondidas para evitar su quema. Esta labor la llevaron a cabo los perifitas, una secta que adoraba al aedo como si de un mesías se tratase. Una de las historias más perturbadoras que se trajo Perifarles de tierras extrañas fue la del demonio Zesjham, uno de los entes que nacieron muertos de ese vientre terriblemente fecundo. Zesjham, pese a pertenecer al reino de la Muerte, se fugó de sus dominios para reclamar su lugar en el mundo, pero como no podía subsistir en él como ser vivo, encontró otra manera. Se dice que el sexto hijo del sexto hijo de una familia, ya fuera humana o animal, nacería con una grave malformación física. Esto se conoce como «la oscura semilla de Zesjham», y viene a ser una pequeña parte del demonio que germina en el feto cuando aún no ha visto la luz del día. De esta forma, su esencia se reparte por cientos de seres vivos y él puede disfrutar (en una especie de «catarsis gestáltica» de sí mismo) de parte del legado que le fue prohibido. También vaticina el diario de Perifarles que, en el momento en que haya suficientes sextos hijos vivos en el mundo como para retener toda la esencia de Zesjham, este resucitará, y sembrará el terror y la muerte allá por donde pase, arrasando con países enteros en su ansia de venganza contra su madre por haberle parido muerto. Un Héroe (descendiente del linaje de Hesión, según algunos textos) estará llamado a vencerle con una lanza dorada.

Los cien hijos del Mitagos (Canto XXVI): Tres eran los lagos que alimentaban las fuentes del río Mitagos: el Merron, al pie de las Cinco Hermanas, el Ursa y el espejo de las mil cascadas, el Nekil. Dos veces al año las lluvias los desbordaban, creando riadas que bajaban por los congostos y se abrazaban para dar cuerpo a una sola corriente, el sagrado Mitagos, que según la leyenda enamoró a una reina de los hombres y le dio cien hijos. Esta leyenda parte de un hecho acontecido en los albores de los asentamientos humanos en los bosques de la taiga. En aquel entonces habitaba las faldas del Yenisei una tribu conocida como los rush, de la que algunos historiadores

piensan que surgió la raza del mismo nombre. Eran un orgulloso pueblo de tramperos que se disputaban a diario la tierra con los osos. Del linaje del octavo rey nacido en la octava luna surgió una princesa, Mantodeplata, que estaba destinada desde su nacimiento a abandonar su casa para vivir como ermitaña en servicio permanente a las potencias Nords. Como tal no podría tener hijos, pese a que era lo que más deseaba en el mundo. Cuando cumplió los trece años, Mantodeplata se despidió de su familia y se fue a vivir a la montaña, donde se entregó a una vida de meditación dura y estimulante. Se dice que habitó una cueva custodiada por osos polares, que se alimentaba de agua de rocío y papillas de azanahoriate, y que los linceos y otros seres del bosque le contaban las cosas que veían en sus largos paseos en busca de comida. Cerca de su cueva fluía el caudaloso torrente al que siglos después llamarían Mitagos, y que por aquel entonces los hombres conocían como Uriandohk. Con él entabló una amistad duradera, e incluso hubo un conato de romance entre ambos. El Río la bañaba sin que sus aguas le dieran frío, y ella le correspondía cantándole canciones. Todo fue bien hasta el año en que la joven cumplió los veinte, cuando ocurrió un desastre que diezmo la población de su tribu. Los rush se vieron abocados a la extinción, y subieron a la montaña a pedir ayuda a la mujer santa. Por aquel entonces Mantodeplata ya había olvidado el lenguaje de los hombres, por lo que la comunicación entre ambos fue ardua, pero la mujer comprendió el sufrimiento de su pueblo y se apiadó. Después de rezar durante ocho días a las Nords, y tras pedirles consejo, las potencias le concedieron la gracia de tener hijos y un consorte, el que ella eligiera. Mantodeplata eligió al Río, y tras sumergirse en sus aguas se quedó preñada. De su vientre nacieron cien hijos, fuertes y sanos, que serían la semilla de la futura raza. Por este motivo todos los descendientes de los rush tienen los ojos azules: es la marca que dejó su padre, el Río, para que recordasen su origen a través de los tiempos.

APÉNDICE C

Heráldica

Estos son los emblemas familiares de algunos de los linajes más importantes que aparecen en la obra de Autólico, listados por orden alfabético:

POR EL GRAN REINO:

Casa Mantodeplata (Familia de la princesa Eithne, descendiente de la princesa Mantodeplata de los rush; véase *Los cien hijos del Mitagos*, en Apéndice B): Campo con dos esmaltes en índigo y azur, con escudo partido al palo de un roble cuyos frutos son de oro y la lluvia que sobre él cae de plata. Al lado opuesto, una montaña de laderas nevadas con figuras de centauros y seantes particiones.

Casa Real de los Heucanos (Familia del rey Maximilian II. Este símbolo fue el único blasón en la historia del Gran Reino en tener nombre propio, *Áquilus*): Águila dorada sobre fondo oscuro, con plumas de fuego y ojos de rubí. Veinticinco cuarteles forman una colmena detrás del rey de armas, demediados a la diestra con predominio de la casa del patriarca.

Casa de Ungmer (Familia Ungmer, constructores de la fortaleza de Svalensko): Acebeda serpenteando en dos hileras contra un fondo añil, sobre la que despuntan las fases de la Luna. De derecha a izquierda del titular, una espiral negra y blanca, seis palos de gris moteado y un campo vacío que bordea el rúbrico de la acebeda.

Casa de Vóronez (Familia Vóronez, vaivodas que sucedieron a los Ungmer en la administración de Svalensko): Crisantemo al que se le han serrado los bordes de las hojas para que parezcan espadas, plantado en una maceta que imita una corona de oro y granate. En el jefe, barras gules; en el abismo, un campo muerto y en la punta, sinople jaspeado de bronce.

Ejército de las Seis Lunas (Ejército independiente bajo las órdenes de Hesión): Estrella de seis puntas formada por la conjunción de otras tantas medias lunas, con las puntas interiores formando un rosetón de azogue, y las externas afiladas como cimitarras. Campo índigo con escudo partido al palo, con lluvia de estrellas sobre las lunas y espirales de olas de mar en las esquinas.

POR LOS KANATOS DE CRIMEA:

Fratría de Dóvoros, consanguínea de Senhai y Al-Bradir (Familia de Abhâz, dignatario del Gran Kan): Sobre campo esmeralda crecen ababoles dispuestos en triángulo, barras gules y rombos en escalera. Escoltando el titular, un tenante de león y lambrequines de trébol. La divisa expone un principio rector de la familia: «Siempre rectos, siempre correctos».

Fratría Real del Príncipe del Cielo y de la Tierra (Familia de Magnus, Gran Kan y Amo Legislador de todo-lo-que-existe): Sobre campo dorado se levanta rampante un gran dragón con tres cabezas, una vestida de fuego, la otra de nieve y la tercera de rubíes. Escoltando al titular, el rey de armas numera sus treinta cuarteles en sentido vertical, con armas paternas y maternas enlazadas en un rosario de colmillos.

Fratría de Yernak, consanguínea de Ilofonte y Dresdo (Familia de Yernak, antiguos soberanos de la ciudad de Yakra): Sobre campo azur vemos un timbre de armas de espadas y serpientes. Escudo de losange matriarcal con plumas de ave en el palo, escamas de ofidio y dagas cruzadas pintadas en sinople y bordeadas de negro. En el abismo, bajo el jefe, el cuello de un cisne que forma una S pronunciada.

POR LOS PAÍSES Y CIUDADES-ESTADO DE LA HÉLADE:

Reyes Comerciantes, Casa de Orestes (Familia de Rexénor): Huella de una zarpa de oso con uñas largas y dentadas, como hojas de sierra. Los bordes de la huella parecen perfilados en agua, no en tierra, con un ribete de espuma y ocho barcos con ocho órdenes de remos distintas desfilando de izquierda a derecha por el borde del campo azur, sobre una rama de abedul incrustada de diamantes.



VÍCTOR CONDE (Santa Cruz de Tenerife, 1973). Seudónimo del escritor español Alfredo Moreno Santana, autor de obras de ciencia ficción, terror y fantasía.

Autor de más de treinta libros y ha conseguido los máximos galardones del género en España, entre los que destacan el premio internacional Minotauro y el Ignotus, ambos por su novela *Crónicas del Multiverso*, colofón de una saga que ya abarca cinco novelas.

Miembro de la asociación de escritores Noche, compagina su trabajo de escritor con el de guionista de cine y televisión.

Notas

Los Apéndices a los que hacen referencia las notas pueden encontrarse en el capítulo Apéndices y están compuestos por un Glosario, una recopilación de Mitos y leyendas y un apartado de Heráldica.

LIBRO PRIMERO

CANTO I

[1] Saya femenina anudada a la cintura y sujeta con un cíngulo. <<

[2] Según nos relata Autólico en *Los Hipernomnos*, la muralla de siete millas que rodeaba Sikandar fue una descomunal obra de ingeniería concluida durante el reinado del abuelo de Maximilian, el rey Arkadi. Se cobró muchas vidas, por lo que las gentes del Reino tildaron a Arkadi de tirano monstruoso, pero la muralla logró defender la ciudad contra todos los enemigos de su época, y se decía que llegó a ser tan impenetrable como los muros de la mítica Ilión. <<

[3] Nombre arcaico de la magia. <<

[4] La Diosa Madre, líder del panteón del Gran Reino, tenía tres estados o representaciones icónicas: el *hifhsakeion* (guardiana de la Tierra), que solo aparecía en las estelas y que la representaba como una niña con cabellos de fuego; el *múterhos* (dadora de vida), que reducía el volumen de su cabeza y aumentaba exageradamente el de sus caderas y pechos, y era considerado una forma de honrar la fertilidad de la mujer; y el *genocydon* (diosa guerrera), su aspecto más violento. <<

[5] Véase *Mitos y leyendas*, en Apéndice B. <<

CANTO II

[6] Este es un nombre parlante. Significa «el visionario» o «el que piensa con claridad». <<

[7] Yunk: tropa de élite de los Kanatos. Este término, en el idioma sureño, significaba literalmente «herida abierta», aunque el plural, yunks, curiosamente no tenía traducción. <<

[8] Habitación trasera cuyas paredes remataban la simetría del edificio y que era usada como tesorería o depósito de víveres. <<

[9] La estatua criselefantina (de oro y marfil) que veneran los sikandianos mide más de sesenta codos de altura, y es un prodigio escultórico que intenta atrapar, con sus formas redondeadas y su expresión solemne, toda la majestad de la potencia celeste a la que consagra. Una deidad a la que se le atribuye, entre otros prodigios, haber evocado el Antípethon para que Ao crease el mundo. (Véase *Ao («la Voluntad»*), en Apéndice A). <<

[10] Heucanitas: descendientes de Heúcales, antiguo héroe que se decía inventó los barcos que cruzaron los ríos navegables del Gran Reino, llegando a su nevado corazón y fundando las primeras ciudades. Este héroe fue famoso en tierras lejanas porque también era el ancestro epónimo de los hocitas, con quienes en los viejos mitos se confundía a los rush. <<

[11] Aunque Autólico sitúa el marco de su poema a finales de la Edad del Bronce, las referencias al uso de aleaciones de hierro están presentes por toda la obra. Es común que aparezcan menciones al hierro como sustituto ya bastante definido del bronce, pero debía tratarse de algo caro e inusual, pues la mayoría de las armas y armaduras siguen estando hechas de bronce. Algunas armas nobles, poseedoras de nombre propio (como la hermosa Valnius Indomerim), sí fueron forjadas usando aleaciones de metales de gran dureza, pero eran más la obra de un artista que un proceso de fabricación en serie. <<

CANTO III

[12] No será esta la última vez que Autólico caracterice con semejante epíteto a sus protagonistas, tanto héroes como villanos. A Hesión lo llama *lesbíphilos* o «caro a Lesbos», dios de la guerra justa y sin trampas, mientras que a Yaroslav (y en alguna sorprendente ocasión, también al monarca del país, Maximilian) lo tilda de *faidimôrhes*, hijo del dios Faidhios, culebra traicionera que hace la guerra sin honor ni nobleza. El contraste, como se ve, no puede estar más marcado. <<

[13] Véase *Mitos y leyendas*, en Apéndice B. <<

[14] Esta forma de hablar, tan impropia de un guerrero, es una de las licencias poéticas de los aedos de antaño. Es el narrador el que se viste con la piel de su personaje durante unos segundos para poner bellos versos en su boca, versos que solo un corazón sensible, un alma ilustrada, podría pronunciar. El aedo es el guerrero, y el guerrero es el aedo. A este recurso de suplantación de carácter se lo llama *iksionastis* en la antigua métrica. <<

[15] Esta preocupación de Hesión porque Autólico posea datos veraces no es caprichosa, y nos muestra cómo funcionaban las cosas en el mundo antiguo. La composición de un poema sobre un hecho histórico no es asunto baladí, por cuanto podría ser el único recurso que las generaciones futuras tengan de conocer la Historia. <<

[16] Sobre el glagos y su estructura gramatical en árbol, ver *Glagolítico*, y también *Biblioteca de Sikandar*, en Apéndice A. <<

[17] Los rush, los heucanitas y los ustranianos son las tres etnias principales que pueblan el Gran Reino. También se hace referencia en ocasiones a los eslavs, aunque no se sabe con seguridad si constituían una etnia en sí misma o un supergrupo que englobaba a rush y heucanitas. Autólico las diferencia bien unas de otras dada la importancia del origen de ciertos personajes en el poema (Hesión es ustraniano, una raza proveniente de la Hélade, y Maximilian y su familia, heucanitas norteños), pero en la realidad estaban muy mezcladas. <<

[18] El *criterion* es una figura poética común en los narradores de la época de Autólico, en virtud de la cual un personaje dado parece entender el mundo en función a su experiencia de él y a sus recuerdos. A su vez, esto modifica *en realidad* a ese mundo. Hesión dice que el árbol probablemente ya no existe porque para él ha dejado de tener importancia, o lo que es lo mismo, de ser tácitamente real. Aunque el autor no abusa de esta licencia poética, en algunos versos de *La Orfíada* este poder volitivo sobre el continuo espacio-temporal sí se manifiesta, como en *LO XIV 64*. Curiosamente, la línea de diálogo en que lo menciona es una paráfrasis de un verso del *Stakorov Avisnaeii* de otro poeta contemporáneo, el célebre (y dipsómano) Gárgaro de Ciro. <<

[19] En la cultura de la Hélade y del Gran Reino, la elegía se expresaba en hexámetros y pentámetros, y admitía temas placenteros, no solo fúnebres. <<

[20] Estos son nombres parlantes del oficio que ejercen las personas que los ostentan. *Nadjov* significa «pastor» y *Zhirri* «camintero». En este contexto, con toda probabilidad se refieren al oficio paterno. <<

[21] El uso de monedas como herramienta propagandística ya era habitual en el Gran Reino desde tiempos de Arkadi. La moneda, un bien que pasaba por muchas manos y era examinado atentamente por el vulgo, mostraba unos grabados que ilustraban las últimas encomiendas reales y los decretos más recientes del rey. En esos dibujos se prescindía del glagos, pues la mayor parte de la población no sabía leer. <<

[22] De este párrafo colegimos que Autólico era zurdo, aunque él mismo se jactaba de empezar muchos de sus poemas con la frase «alzo mi diestra y derramo las palabras que a los Dioses satisfacen, y que a los ecdóticos medios dispongo...». <<

[23] Hierba empleada en medicina como vulneraria. <<

CANTO IV

[24] Colorante que posee el grupo azo como cromóforo. <<

[25] Maldición consanguínea de los reyes, debida a que los nobles se casaban entre ellos generación tras generación para no manchar su sangre con líneas menos puras. No estaba considerada un defecto ni una enfermedad, sino una bendición de los Dioses. <<

[26] Algunos escritos de la época sugerían que el rey tenía seis hijos, pero las fuentes de Autólico y otros cronistas son más fiables y enumeran solo cinco: Azov, el mayor; Cordelia, la segunda; Milosh y Nadezhda, los gemelos terceros; y la bebé, Yulia, nacida a la par que moría su madre. En *La Orfíada* no se hace mención al luto guardado en el país por la muerte de la reina, pero se deduce que duró mucho, y que acabó poco antes del regreso de los héroes de Yakra. <<

CANTO V

[27] Faldilla de la armadura. <<

[28] Excavaciones en los valles del Yenisei han sacado a la luz tumbas donde parte del tesoro que acompaña a los monarcas consta de dados, cubos de aristas limadas con puntos en cada una de sus caras, aunque ninguna con un solo punto. Se cree que esta costumbre respondía al interés por dotar al espíritu de una protección contra los azares de la otra vida. <<

CANTO VI

[29] Jefe de armas de segunda categoría que poseían algunos señores feudales o los altos mandos de una milicia, y que disponía de los asuntos administrativos. <<

[30] Véase *Mitos y leyendas*, en Apéndice B. <<

CANTO VII

[31] Estamos ante una fórmula de los viejos poetas: «*Oneiros shalis olpma, kritekon shalis nôhr*». <<

[32] Autólico se refiere al escribir esta parte a poetas del tipo de Homero, lo cual pone de manifiesto otra de las grandes incongruencias de su mundo: mientras que algunos sabios sabían leer glagos y otros idiomas, había aedos que, al estilo de la Antigüedad clásica, iban por los pueblos recitando sus poemas a cambio de comida, y que eran analfabetos. Esto demuestra que había partes del Gran Reino que vivían en una época mucho más avanzada que otras, como si la Baja Edad Media se codeara con el barbarismo de las eras precultura del hierro. <<

CANTO VIII

[33] Aliarios: tropas de refuerzo del ejército reclutadas en las haciendas. Normalmente no se las convocaba salvo en caso de guerra, y estaban compuestas sobre todo por campesinos. Solo uno de cada cien aliarios era llevado a la capital e instruido en las artes de la milicia para que se hiciera cargo de un destacamento de reservistas. A este comandante no profesional se lo denominaba «golve». <<

CANTO IX

[34] Las rocas que forman el sustrato de la tierra fértil son «crapulosas» en el vocabulario de Autólico. Cfr. *Los Hipernomnos* VI, 471 (la crapulosa roca que cantaba como una sirena para atraer barcos a sus fauces). <<

CANTO XI

[35] Aquí tenemos otro ejemplo de *iksionastis*. Es Autólico el que habla en métrica poética a través de un personaje idealizado, no Hesión. <<

[36] El adjetivo «morganático» que usa aquí Autólico hace referencia al don de la mañana que un hombre concede en lugar de la dote, a una esposa de menor rango social. <<

[37] Según la mitología del Gran Reino, el mundo solo tiene doce mil años, y en sus comienzos poseía un aspecto completamente distinto del actual. El cielo era rojo, los mares ardían con fuego y los Dioses iban levantando grandes islas que emergían ya completamente desarrolladas del océano, con su vegetación y su fauna, e incluso con algunas tribus primitivas habitándolas. El color rojo del cielo estaba asociado al oxígeno puro, por lo que la respiración de los seres vivos paulatinamente lo fue degradando y pintándolo del azul que conocemos. <<

CANTO XII

[38] Alcímena era una próspera ciudad comercial en la que Férebra era objeto de especialísima veneración. <<

[39] Disco metálico de peso y ley determinados que se convertirá en la moneda oficial. <<

[40] Mystes: vocablo que alude al adepto a los misterios, al que fuerza la vista para mirar lejos. Así se llamaron los sabios de la Antigüedad, que ocultaron sus tesoros en cubos celosamente guardados por poderosos hechizos llamados Xfinges. <<

[41] Los escudos de losange (campos divididos por diagonales que se cortan) eran utilizados por las familias con base matriarcal en los Kanatos. <<

[42] En la épica de Autólico hay dos clases de hombres: los normales, que conforman la práctica totalidad de la población, y los héroes como Hesión o Yaroslav, capaces de hazañas sobrehumanas. Todo ello, por supuesto, envuelto en el ropaje del hexámetro dactílico. <<

[43] Ilofonte significa «asesino de Ilo», un antiguo caudillo del Gran Reino. Véase *Ilofonte*, en Apéndice A, para más detalles. <<

CANTO XIII

[44] En el manuscrito original hay un oxímoron que se intenta respetar en esta traducción, con «sosiego» aparejado con «frenesí». <<

[45] Los *yakuskianos* son hijos de Yakuska (nombre de su nodriza que les da pie al patronímico), una región pedregosa de la estepa que se halla al pie de la arenosa Ufa. El segundo comandante Hizri y el atriba (o jefe de zapadores) Kaslov no están unidos por lazos de sangre, sino solo por proceder de la misma comarca. <<

[46] Lanza larga con dos filos curvados hacia atrás a lo largo del asta. Se empleaba para enganchar al enemigo ensartado y tirarlo del caballo, o para realizar ataques contra blancos adyacentes. <<

[47] Esta arma, de origen oriental, era muy usada en los Kanatos tras su incorporación de las técnicas y la maquinaria de guerra de los reinos conquistados allende los mares. <<

[48] La *aristeia* ocupaba un lugar fundamental en la lógica de la guerra de aquel entonces. Combates multitudinarios se detenían en seco cuando los Héroes de cada bando al fin se encontraban, y no podían reanudarse hasta que los presentes ejercían de jueces del desenlace. El vencedor tenía derecho a quedarse con las armas, tesoros, mujeres, e incluso con los esclavos y las haciendas del vencido. <<

CANTO XIV

[49] Esta broma la gasta Autólico a costa de la antigua escritura glagolítica, apoyada en parte en ideogramas, en la cual a los comerciantes que se desplazaban por tierra se los representaba mediante la figura de un pájaro con agallas de pez, y a los que navegaban por mar como truchas aladas. <<

[50] Galeras rápidas con un único orden de remos, utilizadas para el desembarco y el hostigamiento de naves de mayor tamaño. <<

[51] De esta forma era como se denominaba también a Arkángel, la gran ciudad portuaria situada en el extremo septentrional del Urianhai, pero Autólico pone en boca de Hesión este apelativo en varias ocasiones para describir su pueblo natal. Es una muestra más del inmenso amor que sentía hacia él y su familia. <<

LIBRO SEGUNDO

CANTO XV

[52] Este juego, el *zunusk*, era muy popular entre la milicia. Se jugaba con dados de ocho caras donde la mitad de ellas albergaban números y sus opuestas figuras de animales. <<

[53] En este párrafo Autólico introduce otro de los grandes signos distintivos del mundo de *La Orfíada*: la certeza de la división entre hombres comunes y héroes divinos, a la usanza de Homero. En un mundo donde los héroes protegidos por los Dioses, como Hesión o Yaroslav, existen de verdad, los hombres comunes (como Pulev, o el rey Maximilian) hacen lo que pueden por tenerlos controlados, a sabiendas de que es un esfuerzo inútil. Son como pulgas intentando domar leones, y ellos lo saben. En este párrafo, Pulev concreta en palabras la idea de que los vástagos de Hesión pueden dar lugar a más héroes o a grandes conquistadores, hombres y mujeres de la talla de Alejandro Magno o Julio César, por lo que es una pérdida inútil que su semilla se desperdicie en sus correrías amorosas con otros varones. <<

[54] Este yelmo llamado *lorvex*, voz que solo aparece aquí (es un *hapax legomenon* en la obra de Autólico), carece de cimera y penacho, y está fabricado en piel, no con gamuza ni armiño. <<

[55] Naida: especie de vivaque de los tramperos y buscadores de oro. <<

CANTO XVI

[56] Esto es una frase hecha. *Gilosk* y *Hodios* son nombres parlantes del oficio que ejercen las personas que los ostentan. Nosotros diríamos «olvidaremos lo ocurrido». <<

CANTO XVII

[57] A semejanza de otros héroes mitológicos como Jasón, la primera vez que el héroe aparece ante una figura de autoridad, representada aquí por el poeta caído en desgracia, lleva descalzo uno de sus pies. <<

[58] Hidocomte: hijo del marino Cámtulo, sin concurso de mujer. Un río se ofreció a ejercer de madre, pero al ser rechazado apresó por celos a Cámtulo bajo sus aguas y le condenó a ser un niño eterno. <<

[59] Azher: a) color pardo negruzco, a veces moteado de naranja, que se obtiene de la fermentación acética de determinadas drupas tempranas; b) principal isla del archipiélago de las Fineiras. <<

CANTO XVIII

[60] Escia es un prefijo que entra en la formación de palabras con el significado de «sombra». <<

[61] Como se dice en un pasaje posterior, Vóronez es castigado por su inmundicia habiéndosele privado de funerales regios, y siendo arrojado a una fosa común sin más distinción que una palada de sal. Esa es la mancha blanca que su espíritu torturado deberá cargar para su vergüenza, por el resto de la Eternidad. <<

[62] Himno para agradecer la victoria que se dedica a los Dioses tutelares de la familia. <<

CANTO XIX

[63] En los poemas heucanitas la llama es «amable» y a veces «tierna». <<

[64] La forma original de este verbo es *aukaúnathos*, un participio de perfecto en genitivo femenino singular, del verbo *aukaunân*, que recoge al mismo tiempo la voz «sonar, retumbar», y el matiz «vibrar en lugar quedo». Acoplado a la fórmula aédica *aukaunôus proferythis*, acabó evolucionando en sinónimo de «rezar por los muertos en lugares sacros». <<

[65] Urkrón: monstruoso hijo del titán Almori, a quien la Diosa Madre derribó con un relámpago por haberse negado a conceder al enemigo derecho de parlamento. <<

[66] Archipiélago situado muy al Sureste, de densa y compleja mitología, donde se rumoreaba que habitaba un dios con forma de bosque milenario. <<

[67] Una arroba equivale a 11,5 kilos. *Forjadereyes* pesa, por lo tanto, en torno a los 46 kilos de pura aleación. Sin embargo, héroes como Hesión o Yaroslav son capaces de blandirla con una sola mano y hacer esgrima con ella. <<

[68] De nombre Arved, a quien Autólico llama mediante circunloquio «el de los ojos rasgados». <<

[69] Es decir, el dios Volos de Akhia, advocación bajo la que también lo veneraban los ustranianos. <<

CANTO XX

[70] Toungos: divinidades del porvenir que se identifican con las Moiras griegas. Autólico, en *Los Hipernomnos*, los hace hijos del Crepúsculo y les confiere habilidades protectoras de los partos. Aunque al principio estos seres carecían de sexo, se les atribuyó el masculino porque la tradición ustraliana no contempla a la mujer como hiladora del destino, sino al hombre. <<

[71] Esta desgarradora pieza se conoce como el *Bogdníverash*, o «lamento de Bogdana». <<

[72] Las suplicandas eran bancos reservados a los nobles en el interior del templo, frente a la estatua de la Diosa. El vulgo nunca entraba en el edificio para orar ni para depositar sus ofrendas, pues era un privilegio reservado a los sacerdotes y a los nobles. Por tal motivo había dos altares, uno exterior para la plebe, y otro interior que solo podía utilizar la suma sacerdotisa. <<

CANTO XXI

[73] Uno de los ríos acabados en titánicas cascadas del Inframundo. La etimología de «Pratmos» es clara: significa «odioso». Personificado para los heucanitas, es la fuente de las Tinieblas y la Noche. <<

[74] Esto es un *non sequitur* de este verso con respecto del anterior. <<

[75] Véase Canto I, Capítulo 3, y la nota 4 a tenor de los tres Aspectos de la Diosa. <<

[76] Palabras en glagos, de ahí que se puedan codificar en tallos y ramas. Sobre el glagos y su estructura gramatical en árbol, véase *Glagolítico*, y también *Biblioteca de Sikandar*, en Apéndice A. <<

[77] Los Toungos. <<

[78] La Orfíada. <<

[79] En la mitología del Gran Reino, los Dioses solo posan su vista en el mundo en dos ocasiones: cuando un guerrero reclama para sí *aristeia* o principalía en la batalla, y cuando está a punto de acontecer un hecho que cambiará para siempre el devenir de la Historia. <<

[80] A partir de este momento del poema, Autólico siempre escribe la palabra Héroe con mayúscula cuando se refiere a Hesión, como si al consumir su venganza se hubiese ganado un lugar entre las estrellas. <<

CANTO XXII

[81] La fraternidad es una cofradía que agrupa a una serie de familias emparentadas, que comparten cánones político-religiosos. En los Kanatos constituyen la base de la organización social. <<

[82] El cuento (*saurôtêr* en la lengua del Sur) es la contera o regatón de la lanza, que sirve para mantener erguida el asta cuando se la clava en la tierra.
<<

[83] Autólico maneja aquí el semantema *Mhej-* / *Mhaëg-*, que significa «presuroso», para hacer un juego de palabras con el nombre del heraldo, Mhejas. La figura etimológica resultante crea un nuevo nombre parlante: «el rápido portador». <<

[84] En **negrita** el mensaje respetado por el fuego. Todo lo demás se volvió ceniza. <<

[85] Lanceo es el escopo de los Dioses, el bardo divino. Poseía dos cítaras, una que le había enseñado a tocar el viento del Norte (con la que glosaba las bondades de la Naturaleza y de los hombres), y otra relativa al viento del Sur, que usaba para cantar los desmanes de la guerra. <<

[86] Veterano de la guerra de Yakra, a este héroe enemigo lo nombra Autólico en otro libro, sugiriendo que fue uno de los campeones de aquel asedio, y que pudo ser el mismísimo Yaroslav, con su famosa espada negra, quien lo dejara tuerto. <<

[87] Torrente que discurre por las Vaguadas de la Luna, en la península de Válnujar. Es un hipocorístico de Epatnoeitos, formación que deriva del nombre de su descubridor, *Epat*. <<

[88] Ingenieros del rey. <<

CANTO XXIII

[89] *Ferebras*: sacerdotisas que celebraban los «misterios» de Féebra, una diosa menor de la fertilidad. Llevaban la cabeza coronada de hiedra y danzaban de forma obscena hasta concluir el oficio con una ofrenda a los sentidos. <<

[90] En esta estrofa Autólico rompe la cuarta pared, haciendo un aparte para recordarnos que es él y no otro quien nos regala esta épica gesta. <<

[91] De nuevo recurre Autólico al *iksionastis* (véase Canto III, Capítulo 2) en la forma de hablar falsamente refinada de un luchador. <<

[92] Nepente: bebida usada por los Dioses para sanar sus heridas y restaurar su juventud perdida. Produce además un profundo olvido, como las aguas del Río Eterno, razón por la cual muchas veces las potencias celestes parecen olvidar sus pactos con los hombres, y hay que rezarles con ahínco para recordárselos. <<

[93] Aquí Autólico desnuda su alma para conceder *aristeia* al enemigo, es decir, el honor de una *principalía* para honrar su valor o, de no ser posible, el máximo respeto a su memoria tras la batalla. Otros héroes de esta gesta, como Hesión o Iván, tendrán también su *aristeia* o *principalía* llegado su momento.
<<

[94] Aposiopesis: Autólico deja en suspenso la venganza que Ulov está maquinando contra el regicida. <<

CANTO XXIV

[95] Este capítulo lo añade Autólico años después de finalizada la primera versión del poema. Se trata de una escena típica, la del vestirse de héroes, que también encontramos en la *Ilíada* (Canto XIX) y en el *Cantar de Orestes* (Canto VII). Se desarrolla según el orden preestablecido por la métrica: primero canilleras, a continuación coraza, espada, escudo, y por último el yelmo (*ekuunas* o «yelmo de los caballos») y las lanzas, si las hubiere. La descripción que hace el poeta de algunos adminículos, como el esplendoroso escudo o la bella coraza, es anacrítica. Esto es, que deliberadamente no intenta reflejar la realidad, sino las pieles divinas con que los Dioses visten al campeón al que van a favorecer en la batalla. <<

[96] En los barcos de la Muerte, los hombres nobles viajan a cielo abierto, en cubierta, y los rufianes en las bodegas, privados de la visión sobre lo que les depara el futuro. <<

[97] Es decir, que su creador vislumbró en un sueño. <<

[98] El anakeion es la principal obra de arte escultórica del Gran Reino, concebida en época de Arkadi y ejecutada por el maestro Krovlus. Representa a un guerrero quitándose el casco después de una batalla. Sus formas y su dramatismo eran tan impactantes que, desde su concepción, era digno de héroes el imitar aquella pose. <<

[99] Yurt: tienda de campaña cilíndrica de grandes dimensiones que protege tanto del intenso calor como del frío. <<

[100] Pese a que aquí no nos da más datos sobre este auriga traidor, en su poema *La quinta cabeza de la Hidra* Autólico dice que se llamaba Faugíos, y que era el hijo bastardo de un príncipe manco. <<

[101] Campana que tañe una vez por cada alma que ingresa en los Infiernos.
Sonó para Hesión en el Canto XVIII, la *Nekuia*. <<

CANTO XXV

[102] Manto largo que sustituía a las togas sacerdotales en invierno. <<

[103] Las hojas de los heimdashi (forma plural) son peltadas, como las del manzano, y poseen un limbo redondo en forma de escudo. Se unen a la rama mediante una especie de escama llamada estípula. <<

[104] Este *ubi sunt* tiene especial relevancia en tanto entronca con *La Orfíada*, Canto XV, 310. <<

[105] Rameras sagradas, oficiantes de los misterios más arcaicos del culto a la Diosa Madre. <<

[106] Fulgurita. <<

[107] Impuesto que los terratenientes imponían a sus trabajadores. Dependía del número de varones aptos para realizar el servicio militar que hubiera en cada familia. <<

[108] Especie de camilla hecha con palos y tendones que servía para transportar fardos o animales muertos. Se enganchaba a la espalda gracias a unas correas o, en los modelos más primitivos, dos cuernos de cabra. <<

[109] Dado que uno de los problemas que causaron la guerra era que los Kanatos ocupaban toda la costa, y que el de Irusk tenía terrenos que sobrepasaban en mucho las latitudes frías, Autólico sugiere aquí que casi todas las tropas de Magnus procedían de los Kanatos del Sur, estando el de Irusk casi despoblado. Por qué Yaroslav eligió atacar Yakra en lugar de Irusk, tentando a las naciones del Sur, tiene más que ver con el orgullo de los campeones del Gran Reino que con una estrategia bien formulada. <<

CANTO XXVI

[110] Antigua bestia mitológica que según la tradición habita en los bosques densos y misteriosos, que datan de los albores del mundo, de cuando el hechizo del Principio todavía era muy potente. <<

[111] Véase Canto XXIV, 498. <<

[112] Autólico introduce aquí una larga oración condicional sin apódosis. <<

[113] Véase *Guennadi, el amor vendido*, en Apéndice B, *Mitos y leyendas*. <<

CANTO XXVII

[114] La marca personal del copista o el sello del remitente solían estamparse entre las raíces del árbol, en un espacio intermatricial conocido como *takhuctu*. <<

APÉNDICES

[115] Nacida de la cabeza <<

[116] Este es un nombre parlante. Significa «pastor de hombres y bestias». <<

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

La Orfíada

Citas

Unas líneas a propósito...

Prólogo. Abismos en el tiempo

Libro primero. De la vida y la muerte

Canto I. El regreso de los héroes

Canto II. Reencuentros

Canto III. Recuerdos de Andurov

Canto IV. La sombra en el Norte

Canto V. La partida

Canto VI. Los olvidados

Canto VII. La voz de otros días

Canto VIII. Nabarza o la maldición de los gedneis

Canto IX. El tenebroso viaje

Canto X. El polvo de los siglos

Canto XI. Svalensko

Canto XII. Ilofonte

Canto XIII. Rivhar

Canto XIV. Luces y sombras

Libro segundo. Del amor y la ira

Canto XV. La ira

Canto XVI. En los salones grises de Svalensko

Canto XVII. Bashlenky o el divino porquerizo

Canto XVIII. «Nekuia»

Canto XIX. Los funerales de Escia y el acantonamiento de Sikandar

Canto XX. La Noche Cruel

Canto XXI. La Batalla de Todo Hombre Vivo
Canto XXII. La embajada ante Magnus
Canto XXIII. La Batalla de Todo Hombre Vivo
Canto XXIV. La principalía de Hesión
Canto XXV. Las cenizas de un reino
Canto XXVI. Hacia los puertos dorados
Canto XXVII. Recuerdos del pasado

Apéndices

Apéndice A. Glosario

Apéndice B. Mitos y leyendas

Apéndice C. Heráldica

Sobre el autor

Notas

Libro primero

Canto I

Canto II

Canto III

Canto IV

Canto V

Canto VI

Canto VII

Canto VIII

Canto IX

Canto XI

Canto XII

Canto XIII

Canto XIV

Libro segundo

Canto XV

Canto XVI

Canto XVII

Canto XVIII

Canto XIX

Canto XX

Canto XXI

Canto XXII

Canto XXIII

Canto XXIV

Canto XXV

Canto XXVI
Canto XXVII
Apéndices

LA ORFÍADA

SOLO EXISTEN DOS MOTIVOS
PARA DESAFIAR A LA MUERTE:
EL AMOR Y LA IRA



VÍCTOR CONDE



Lectulandia